



NOELIA
AMARILLO

*Atrévete
a quererme*

Lectulandia

Héctor ya no es un niño: ha terminado sus estudios, ha encontrado trabajo y se ha mudado a otra ciudad. Solo. O todo lo solo que se puede estar viviendo con siete personas en una casa diminuta. Está decidido a disfrutar de su recién obtenida libertad o al menos eso pretende hasta que conoce a Sara, una mujer que le da calabazas sin ni siquiera pestañear después de haberle permitido probar el placer más exquisito.

Sara sabe perfectamente lo que puede esperar de la vida, y eso no incluye salir con un jovencísimo príncipe azul con cara de ángel. Es cantante de noche, secretaria de día y madre a jornada completa. ¡No tiene tiempo para cuentos de hadas! Y aunque lo tuviera, tampoco tiene ganas. Un poco de sexo, sí, por supuesto, y más si es del bueno. Pero ir más allá, no. Es demasiado vieja y sabia para complicarse la vida con historias de amor imposibles.

Música, sexo y amor en un cóctel explosivo en el que la impaciente juventud y la calmada madurez echan un pulso entre las sábanas.

Lectulandia

Noelia Amarillo

Atrévete a quererme

Amigos del barrio - 4

ePub r1.1

Titivillus 24.09.15

Título original: *Atrévete a quererme*

Noelia Amarillo, 2014

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Dedicado a ti.
Sí, a ti. A ti que me escribes en Facebook y me haces reír.
A ti que me mandas correos electrónicos exigiéndome que me dé prisa en
terminar la próxima novela.
Este libro está dedicado a ti.
A ti, que sois tod@s.

Prólogo

1 de enero de 2011

Héctor se tomó de un trago el vodka con naranja que aún le quedaba en el vaso. Estaba caliente, los cubitos de hielo hacía tiempo que se habían derretido. Observó con desinterés el vaso y lo giró un par de veces entre sus dedos para después colocarlo boca abajo en la barra. Su mirada se concentró en las escasas gotas que se esparcieron caóticas sobre la oscura superficie, reclamando quizá un significado esotérico en ellas, como quien escudriña su futuro en los posos del té. Un inesperado empujón en la espalda le obligó a abandonar el trance hipnótico en el que se había sumido. Se giró perezoso y observó al borracho que había caído sobre él tras dar un traspíe. El tipo levantó una mano a modo de disculpa. Héctor asintió con la cabeza y volvió a mirar la barra, pero las gotas que antes le resultaran tan seductoras se habían convertido en diminutas y aburridas huellas carentes de interés. Buscó al camarero, decidido a pedir otra copa para vaciarla sobre la barra y así poder ver de nuevo esas preciosas gotas que tanto le habían fascinado, pero desistió al comprobar que este le miraba con el mismo gesto malhumorado que tendría un gorila enfadado.

Hasta los borrachos saben cuándo se están pasando de la raya.

Se levantó con cautela y caminó inestable hacia la pista de baile. Al fin y al cabo, si había acudido allí, solo, sin amigos, era por un buen motivo: olvidar. Y eso no lo iba a conseguir acodado en la barra, asediado por un montón de tipos, tan borrachos como él, que luchaban por conseguir un cubata adulterado en la abarrotada discoteca durante la noche con más afluencia de todo el año: Nochevieja.

Se sostuvo tambaleante sobre los pies, en un baile que era en realidad una parodia etílica y miró a su alrededor buscando la presa perfecta para su cacería. Y, aunque estaba rodeado de gente, esto le resultó mucho más difícil de lo que había supuesto en un principio. La música le resultaba extraña, no le gustaba, no era la que solía escuchar con Sara, o más bien, de la boca de Sara. Cabeceó, enfadado consigo mismo por recordar lo que estaba empeñado en olvidar, y continuó acechando.

Deambuló, tropezando con los pies de tipos que, aún más borrachos que él, dormían la mona en los extremos de la pista. Se abrió camino a codazos hasta la zona central y, una vez allí, dejó que su cuerpo se moviera al monótono y estridente ritmo de la música que comenzaba a aborrecer.

Fijó la mirada en un grupo de mujeres que bailaban cerca de él. Una de ellas, morena, con el pelo largo hasta mitad de la espalda, pechos rotundos y culo sabroso, llamó su atención. Se aproximó con una lánguida sonrisa dibujada en el rostro y comenzó a bailar tras ella. La chica, percibiendo su cercanía, giró la cabeza, lo observó con detenimiento y, asintiendo satisfecha, se movió sinuosa hasta colocar el

trasero a escasa distancia de los pantalones de Héctor... y de lo que había en el interior de estos.

Se contonearon en una danza sensual hasta quedar frente a frente. La joven elevó los brazos sobre la cabeza, alzando los hermosos pechos que él podría disfrutar si su cortejo era aceptado. Héctor colocó una de sus piernas entre las de ella, en un baile que había ejecutado miles de veces, en lo que parecían miles de años atrás, en cada una de las miles de cacerías sexuales en las que se había sumergido. Ella acunó lasciva su sexo sobre el muslo masculino, y dejó caer la cabeza hacia delante. Su preciosa cabellera oscura osciló como una cortina de seda negra, ocultándole los rasgos.

Héctor tomó la cintura de la joven, pegándola a él, y hundió la cara en la sedosa melena a la vez que cerraba los ojos. Inhaló profundamente el ambiente saturado de perfume, una mezcla de sudor y humo artificial se introdujo en sus fosas nasales, llevándole a otra discoteca, a otro momento. Su pene, hasta entonces apático, reaccionó con fuerza, engrosándose y alzándose bajo los elegantes pantalones. Un sordo gruñido escapó de sus labios mientras se apretaba al cálido cuerpo femenino que se mecía contra él, y se sumergió con impaciencia en la salvaje lujuria que le permitiría obtener el codiciado olvido. Frotó con anhelo animal su polla contra el vértice oculto entre las piernas de la mujer, y deslizó una mano hasta alojarla en su trasero, un trasero más respingón de lo que esperaba. Inquieto, posó la otra sobre los pechos de la muchacha, unos pechos mucho más grandes y duros que los que él anhelaba.

Abrió los ojos lentamente, su compañera continuaba bailando excitada sobre su muslo, con la cabeza colgando hacia atrás, mostrándole una cara que no era la de Sara. El embrujo desapareció dando paso a una dolorosa realidad. Se apartó bruscamente del cuerpo voluptuoso que continuaba frotándose contra él. Su pene, de nuevo flácido, se rio de sus torpes esfuerzos por olvidar lo que no podía ser olvidado.

Dio un paso atrás e, incapaz de decir nada, se dio la vuelta y abandonó la pista para regresar presuroso a la barra y alzar una mano solicitando la atención del camarero.

Necesitaba refuerzos si quería conseguir olvidar.

—¿Me invitas a una copa?

Héctor levantó la cabeza e intentó centrar la mirada en la mujer que estaba frente a él. Era una preciosa rubia. La recorrió con la mirada. Bajita, ojos azules, pechos enormes, caderas y culo prominentes. Justo lo que necesitaba. No había nada en ella que pudiera recordarle a Sara. Asintió con la cabeza, y ella le dedicó una sonrisa tan ebria como la que él debía de mostrarle en esos momentos.

La joven le dijo su nombre y lo que quería tomar. Héctor se esforzó por recordar el nombre de la bebida para pedírsela al camarero, el de la muchacha ni siquiera se molestó en escucharlo.

—Es una fiesta estupenda, ¿verdad? —comentó ella tras dar un trago.

Héctor miró a su alrededor y asintió sin ganas. Debía de ser bastante tarde, pero la discoteca continuaba abarrotada de cuerpos sudorosos que bailaban y se entrelazaban en una danza lúbrica que a él le dejaba frío.

Absorto en las luces de la pista, sintió la mano de la muchacha posarse sobre su muslo, percibió sus labios manchados de carmín moviéndose, su boca abriéndose en una risa que el desinterés, unido a la música a todo volumen que sonaba, le impidieron escuchar. Asintió con la cabeza, hastiado. No le apetecía hablar. Tampoco escuchar. Había ido allí en busca de alguien con quien follar, no a hacer vida social.

Esperó hasta que ella se terminó la copa, indiferente a la conversación que la muchacha intentaba mantener. La tomó de la mano y, tirando de ella, la arrastró hasta la pista de baile. La multitud que allí se acumulaba los envolvió, cerrándose a su alrededor, aislándolos en una burbuja de cuerpos, sudor y vibraciones.

Bailar, eso era lo que tenía que hacer. Era un genio bailando. Había ligado con miles de chicas en miles de pistas de baile y luego se las había follado.

Las viejas costumbres no se olvidan. Necesitaba resucitarlas. Hacer que todo volviera a ser como antes.

Instó a su cuerpo a que se adaptara al ritmo de la estridente canción. Obligó a sus caderas a que se mecieran con inapetente lujuria. Friccionó su ingle contra la pelvis de la joven con cadenciosos y mecánicos movimientos. Exigió a sus manos que encontraran el camino hasta los inmensos pechos y ordenó a sus dedos que acariciaran con apática pericia los puntiagudos pezones que se marcaban bajo la blusa de fiesta que ella vestía.

Ella reaccionó metiéndole la lengua en la boca. Héctor se apartó. La muchacha arqueó las cejas y se rio.

—¿No me dejas besarte? ¿Igual que Julia Roberts en *Pretty Woman*? —bromeó.

Héctor asintió inexpresivo. Le daba lo mismo lo que ella pensara siempre y cuando no le besara. Aún no estaba preparado para eso. Por ahora solo quería follar. Luego ya vería.

La joven se mordió los labios, divertida, y posó una mano sobre la entrepierna masculina. Hizo un mohín al descubrir que allí no había nada digno de ser acariciado, todavía, y decidió redoblar sus esfuerzos para obtener el premio deseado. Deslizó la mano bajo el pantalón, aferró el flácido pene entre sus dedos, y comenzó a masturbarlo.

Héctor le devolvió el favor, dispuesto a compensarla por el trabajo que se estaba tomando. Introdujo una mano bajo la falda y le acarició el sexo. Una mueca se dibujó en su rostro al notar que ella no estaba totalmente depilada. Miles de años atrás no le hubiera importado, pero ahora solo podía pensar en un pubis terso y libre de vello que tenía el sabor más dulce que nunca había probado. Cerró los ojos con fuerza y se mordió los labios hasta que el dolor le alejó del recuerdo, hasta que pudo centrarse de nuevo en su plan para esa noche.

Ella estaba húmeda, mucho. No sería difícil hacerla arder de deseo para luego

llevarla a un hotel y follarla hasta dejarla saciada. Hasta saciarse él. Hasta olvidar entre las piernas de otra lo que no quería recordar.

Penetró con dos dedos la vagina dispuesta, jugó con ellos en su interior, los rotó y curvó. Continuó metiéndolos y sacándolos con deliberada insistencia mientras ella seguía afanándose en su impasible pene. Antes o después su estúpida polla acabaría por reaccionar.

¿Qué más daban unas manos u otras? Todas tenían cinco dedos. Todas agarraban igual. Todas apretaban igual.

—¿Por qué no me llevas a un hotel y te la como un rato? —le sugirió ella de repente—. La mamo de puta madre. Te la voy a poner tan dura que no vas a poder ni andar.

Héctor asintió. Abandonaron la discoteca y caminaron dando tumbos hasta una pensión cercana.

Al entrar en la habitación, Héctor se dejó caer sobre la cama y la muchacha, de la que no se había molestado en recordar el nombre, se abalanzó sobre él con lascivia para librarle del cinturón y desabrocharle la bragueta con manos torpes.

Héctor miró al techo, en una esquina había una telaraña. Sintió como la joven luchaba por quitarle los pantalones. No se molestó en levantar el trasero para hacerle más fácil la tarea.

Incapaz de lograr su objetivo, la joven se limitó a bajarle un poco el bóxer y colocarlo bajo los blandos testículos, donde no le molestara para lo que tenía pensado hacer.

La telaraña parecía hecha con algodón deshilachado. Gris, debido al polvo acumulado en las sedosas hebras que había tejido el insecto, era perfecta en su forma, en sus radios, marcos y vientos.

La muchacha observó al hombre tumbado en la cama. Era guapísimo. El pelo rubio y ligeramente ondulado, con mechones más claros enmarcándole el rostro, caía alborotado hasta sus hombros. Sus ojos, fijos en el techo, eran de un azul tan claro que parecían iluminar la habitación. Alto y fuerte, con los brazos y las piernas bien formados y una estupenda tableta de chocolate que, sin lugar a dudas, iba a immortalizar con el móvil para enseñársela a sus amigas. Le había tocado la lotería esa noche, el chaval era un verdadero bombón.

Tomó con suavidad el flácido pene entre los dedos y sonrió. Aun en reposo apuntaba maneras. Era grueso y largo. Erecto sería uno de sus mejores trofeos. Dispuesta a llevarse el premio gordo, se lamió los labios y envolvió con los dedos la polla que estaba segura haría revivir... Y con la que pensaba darse un festín.

Un insecto sobrevoló la telaraña antes de caer en ella. Héctor entornó los ojos, toda su atención centrada en los inconexos movimientos del pequeño prisionero que, cuanto más intentaba escapar, más atrapado estaba. Cuanto más batía sus alas, más se enredaba en la mortífera trampa. Jamás escaparía. Era imposible evadirse de una telaraña cuando esta te envolvía, te ceñía, te tragaba. Lo sabía. Lo sentía en su piel, en

su mente. Por mucho que se revolviere, por muy rápido que corriera, por mucho que intentara romper los delicados hilos que le rodeaban, las intangibles hebras de la memoria le envolverían una y otra vez, mostrándole lo que había sido y ya no podía ser. Encerrándolo en una telaraña de recuerdos que necesitaba olvidar con desesperación.

Que conseguiría olvidar. Costara lo que costara. Aunque para ello tuviera que humillar sus propios sentimientos y follar asqueado con quien no quería follar.

La joven miró enfurruñada la estúpida polla que no reaccionaba ante sus arrumacos, y decidió ir a por todas. Basta de besos y caricias, era hora de sacar su mejor arma.

Héctor se incorporó de golpe al sentir una caricia húmeda e indeseada. Bajó la mirada hacia su sexo y vio la lengua de la muchacha recorriendo su arrugado falo. Se giró, apartándose de ella y vomitó.

Abandonó la pensión entre los gritos e imprecaciones de su enfadada acompañante. No se molestó en explicarse ni disculparse.

Caminó sin rumbo fijo hasta que decidió que solo había una persona que podía ayudarle. Alguien que siempre había resuelto todos sus problemas. El único capaz de bregar contra la desesperación que le atormentaba. Se paró junto a la carretera y esperó hasta que vio pasar un taxi.

Se detuvo ante la puerta, se pasó los dedos por el pelo e intentó recolocar su arrugada ropa. Inspiró profundamente y empuñó las llaves en su temblorosa mano. Le costó acertar en la cerradura. Esta no dejaba de moverse. Pensó, algo avergonzado, que cuando se había detenido en el bar de la esquina tras bajarse del taxi, debería haberse tomado un par de cafés en vez de seguir bebiendo lo que no debía, pero se había sentido incapaz de afrontar la felicidad conyugal que reinaba tras la puerta que había frente a él. No sin esas copas de más.

Abrió con cuidado e intentó entrar silenciosamente en la casa. Lo mejor sería que fuera directo a su habitación a dormir la mona. El estado en el que se encontraba no era el adecuado para contar sus penas a nadie. Sí, lo mejor era actuar con sigilo y no mostrar su presencia todavía.

No fue posible.

Atisbó a su cuñada, Ariel, saliendo de una habitación, e intentó llevarse el dedo índice a los labios para pedirle que guardara el secreto... pero el índice acabó chocando contra su ojo, y Ariel, por supuesto, avisó a su marido.

Darío apareció ante él con cara de pocos amigos; Héctor intentó mostrarse compungido. Hacía años que no llegaba a casa tan ebrio y su hermano mayor nunca había sido tolerante con sus borracheras.

—¡Héctor! —gritó, sujetándole cuando comenzó a caer—. ¿Qué te pasa?

—¿Da? Creo que he bebido una copa de más.

—¿Una solo?

—Voy a vomitar —le advirtió dejando caer la cabeza sobre su hombro.

—Ah, no. Ni se te ocurra. No pienso limpiar tu vómito. Espera hasta llegar al váter.

Darío le pasó los brazos por debajo de las axilas, lo levantó como pudo y lo llevó hasta el baño. Y durante el trayecto, Héctor no dejó de quejarse.

—No tenía que haberme ido con la rubia, pero no pude follarme a la morena, me recordaba a Sara... así que intenté follar con la rubia, y mira lo que ha pasado... — balbució entre arcadas, deseando que le ayudara a encontrar una solución a su problema. Era su hermano mayor, él siempre lo arreglaba todo, siempre estaba ahí para escucharle. Él podría hacer algo—. Da, no me aprietes la tripa, voy a vomitar — le suplicó al notar que su estómago se rebelaba todavía más.

—Aguanta un par de metros, ya casi estamos.

Pero no aguantó. Expulsó todas y cada una de las copas que había tomado sobre la alfombrilla del lavabo. A medio metro escaso del retrete.

—¡Miércoles! —Gruñó Darío—. ¿No podías haber esperado un segundo?

—Da, no lo regañes —le reconvino Ariel—. ¿No ves cómo está?

—Claro que lo veo, por eso justo lo estoy regañando.

—Hola, sirenita —dijo Héctor al ver que su cuñada intentaba defenderle—. Qué guapa estás... y tu princesita también es preciosa. Yo también tengo una sirena, pero no me quiere. Por eso me he buscado otra, pero me equivoqué...

—Héctor, estás como una cuba.

—No. Estoy como un botijo. Si estuviera como una cuba, me la habría follado, pero no estoy lo suficientemente borracho y no la he podido olvidar —afirmó, recuperando un poco de su antiguo carácter risueño antes de cerrar los ojos.

—¡No se te ocurra dormirte! No pienso llevarte en brazos hasta la cama.

—No lo hagas, aquí estoy bien —contestó acurrucándose entre el lavabo y el bidé, a punto de posar la cabeza sobre el vómito apestoso.

—¡Héctor, levanta! —gritó cogiéndole las manos y tirando de él—. Vamos, hermano, no te voy a dejar aquí tirado, aunque te lo merezcas.

—Me da lo mismo si lo haces, estoy acostumbrado.

—Héctor, ¿quién te ha dejado tirado? —preguntó con dulzura Ariel.

—Mi sirena.

—¿Tu sirena? —interrogó Darío cargándose a su hermano en los hombros.

—Sí. Es tan guapa como la tuya, pero morena. Y canta como los ángeles. Pero no me hace caso. Dice que soy un niño. ¿Soy un niño, Da?

—En estos momentos, prefiero no decir lo que pienso —contestó el interpelado.

—No seas tonto, Darío —amonestó Ariel a su marido dándole una colleja—. Claro que no eres un niño, Héctor. Eres un hombre muy guapo y cariñoso.

—Entonces, ¿por qué no me quiere? —Le preguntó desesperado. Quizá ella, como mujer que era, supiera por qué Sara no le quería.

—Porque es tonta —afirmó Darío.

—¡No! Ella no es tonta. Es demasiado lista —replicó Héctor, un segundo antes de

caer a plomo en la litera que ocupaba cuando estaba en la casa familiar—. Soy yo el tonto por haber intentado follarme a otra. ¿Sabes cuánto tiempo llevo sin mojar? —le preguntó de repente a Darío.

—Ni idea, y tampoco quiero saberlo.

—Mucho, mucho tiempo. Un hombre tiene sus necesidades, y yo, el que más. Pero cada vez que me acerco a una chica, pienso en ella, y no puedo hacer nada. Hoy me he emborrachado, decidido a quitármela de la cabeza, y mira cómo he acabado. Sabes, Da, estar enamorado es un asco.

La voz del corazón. Impulso.

1 de enero de 2011, mediodía

—Hora de despertarse, bello durmiente.

Héctor se llevó la mano a la cara, abrió los ojos lentamente y jadeó cuando la resplandeciente luz del sol le provocó un agujonazo de dolor que tiñó de rojo sus retinas, obligándole a bajar los párpados con rapidez.

—Baja la persiana, Da —gimió con voz ronca.

—¿Por qué? Hace un día precioso. Levántate de la cama y disfrútalo —le instó su hermano mayor alzando el tono de voz.

Héctor se colocó boca abajo en la litera y se tapó la cabeza con la almohada, despotricando en voz baja contra los grandullones insensibles que gritaban y subían las persianas, y fastidiaban a propósito a los pobrecitos hermanos pequeños.

—Vamos, Héctor, no te hagas el remolón.

—Estoy agonizando. Déjame morir en paz —susurró apretando los párpados. La luz parecía encontrar hasta las más mínimas rendijas para colarse entre ellas y hundirse, con implacable crueldad, en sus sensibles ojos.

—Ariel está inquieta por la escenita que montaste anoche —comentó Darío como quien no quiere la cosa—. Lleva desde el desayuno deseando interrogarte.

—Oh Dios —gimoteó Héctor al pensar en su cuñada y lo peligrosa que era cuando estaba nerviosa—. Dile que el taxista conducía fatal y me mareé —dijo inventando una excusa.

—Ariel no es tonta. —Darío cogió la almohada que su hermanito usaba de barrera contra el sol y la lanzó a la litera superior.

—Pues dile que... que fue una borrachera tonta, que no tengo nada más grave que una resaca de campeonato —sugirió Héctor sujetándose la cabeza con las manos. Estaba seguro de que si la soltaba se le separaría de los hombros y caería al suelo—. Dame la almohada, porfa, —suplicó quejumbroso—. Me duele mucho la cabeza.

—Quiere saber quién es tu sirena y qué ha pasado entre vosotros para que te agarres semejante tajada.

—Dile que eso no le incumbe —murmuró Héctor acurrucándose bajo las mantas.

—Según ella sí que le incumbe. Me ha advertido de que si no sales en cinco minutos y comienzas a cantar, entrará ella a buscarte. Y ya sabes que no es nada delicada.

—No puede entrar en mi cuarto. Estoy desnudo. —Susurró Héctor saliendo de su refugio y abriendo un ojo para mirar fijamente a su hermano.

—Sí puede.

—No la dejarás.

—Oh, sí. Sí la dejaré.

—Te odio, Da.

—Yo también te quiero, hermanito.

—¿Quién es tu sirena? ¿Qué te ha hecho para que te emborraches de esa manera? ¿Quieres que hable con ella? —Le acosó Ariel en el mismo momento en que pisó el umbral del comedor.

Héctor parpadeó un par de veces, se retiró el pelo húmedo por la reciente ducha de la frente e hizo ademán de dar un paso atrás. Todavía no estaba preparado para ser interrogado.

—Ni se te ocurra marcharte —le advirtió Ariel poniéndose en pie tras dejar a su hija en la hamaca para bebés—. Siéntate y comienza a cantar.

—Es un poco largo... y la pequeña parece tener hambre —dijo mirando a su sobrina que estaba tan tranquila comiéndose los pies—. Quizá sea mejor dejarlo para otra ocasión.

—Héctor, siéntate —le exigió Darío sonriendo divertido.

—Está bien —se rindió poniendo las manos en alto—, sabes que soy incapaz de negarle nada a tu sirenita.

—¡Miércoles! ¡Te he dicho mil veces que no la llames así! —estalló Darío enfadado.

—Tengo su permiso —replicó Héctor guiñando un ojo a la temperamental pelirroja que lo miraba divertida.

Darío bufó, cerró los puños y optó por mantener la boca cerrada. Esa era su eterna discusión y sabía cómo acabaría: en agua de borrajas. Héctor era la única persona en el mundo a la que Ariel permitía usar ese alias. Ni siquiera él mismo, su marido, el hombre del que estaba locamente enamorada y que la amaba por encima de todo, podía hacerlo sin ganarse un buen coscorrón. Y su hermano se aprovechaba vilmente de esa circunstancia.

—¿Cómo se llama? —preguntó Ariel.

Héctor miró a su cuñada y suspiró profundamente antes de contestar:

—Sara.

—¿Por qué no te quiere? —Ariel nunca se andaba con sutilezas.

—Es complicado.

—Tenemos todo el tiempo del mundo, he mandado a papá con Ruth, y no van a regresar a casa hasta la noche —afirmó Darío arrellanándose en el sillón y colocando a su esposa en su regazo.

—No sé por dónde empezar —intentó zafarse Héctor.

—Qué tal si lo haces por el principio.

—La verdad es que os engañé un poco la primera vez que os hablé de La Mata —comenzó a explicar Héctor a su hermano y su cuñada—. No era tan idílico como os conté ni tampoco me pareció tan maravilloso.

Capítulo 1

1 de junio de 2009

Tras un viaje eterno a través de las llanuras de Castilla la Mancha y la Comunidad Valenciana, dentro del autobús por fin empezó a filtrarse la humedad densa y pesada del mar. El viaje estaba a punto de concluir.

Héctor despertó agotado del duermevela en el que se había sumido durante la última hora, abrió los ojos, echó la cabeza hacia atrás, movió los hombros e intentó estirar las piernas. Sus rodillas volvieron a chocar contra el respaldo del asiento que le precedía. Entrelazó los dedos de las manos y las elevó por encima de la cabeza; era la única manera que tenía de estirarse un poco en el reducido espacio disponible. Tomó la botella de agua de la mochila que reposaba a sus pies y bebió, más aburrido que sediento; tenía la boca reseca por el aire acondicionado del autobús. Hurgó de nuevo en la mochila, buscando el paquetito de toallitas húmedas para bebés que su hermano se había empeñado que llevara. Utilizó unas cuantas para refrescarse el rostro y los brazos y, por fin, volvió a sentirse humano.

Descorrió la cortinilla de la ventana y observó el exterior. El paisaje monótono que le había acompañado durante la mayor parte del viaje había dado paso a una sucesión de pueblos, en los que urbanizaciones de chalés pareados se mezclaban con edificios de tejados rojos y casas bajas de paredes encaladas. En el horizonte, la dorada cúpula del sol naciente dibujaba una luminosa franja anaranjada, moldeando la frontera entre el profundo índigo del mediterráneo y el pálido azul del cielo aún adormecido.

La escena que se mostraba ante sus ojos era una de las más hermosas que había visto nunca. Pegó la nariz al cristal y observó fascinado cómo el sol ascendía con presurosa lentitud, transformando la noche en día, convirtiendo el homogéneo paisaje nocturno en un caleidoscopio de azules marinos, cálidos naranjas y luminosos blancos. Apenas se atrevía a pestañear por temor a perderse, aunque fuera durante un solo segundo, la belleza de ese amanecer.

—¿Alguien se baja en La Mata?

El sonido distorsionado de la megafonía sacó a Héctor de su ensoñación.

—Sí, yo —alzó la voz para hacerse oír.

—Vaya preparándose, llegamos en cinco minutos.

Héctor miró a su alrededor y luego observó con un gesto de fastidio la parte trasera del autobús que se incorporaba a la carretera y lo dejaba abandonado a su suerte.

Al iniciar el viaje, el conductor le había indicado que se detendría en La Mata para dejarle bajar, y él, inocentemente, había imaginado que lo haría en una estación

de autobuses, en el pueblo, cerca de alguna cafetería en la que pudiera desayunar y pedir orientación para llegar a la que pronto sería su nueva casa.

No había sido así.

En vez de eso, estaba en una gasolinera a las afueras, cargado con una mochila y una enorme maleta, y muerto de hambre. Estiró la espalda haciéndola crujir ruidosamente, cogió los bártulos y caminó hacia la estación de servicio; seguro que allí podría tomar un café y un bollo.

No pudo.

No tenían cafetería, ni había nada en la diminuta tienda que pudiera ser comestible para un ser humano. Casi deseó ser un coche, al menos si lo fuera podría dar un trago de gasolina. Lo único bueno de su incursión en el mundo de los combustibles fue que el dependiente le indicó cómo llegar a su nuevo hogar y le aseguró además que no distaba ni cinco minutos a buen paso.

Veinte minutos después, preguntándose qué demonios entendería el tipo por «buen paso», se paró frente a una diminuta casa baja, de paredes blancas y persianas de madera. Con un enfado de mil demonios, empapado en sudor —la humedad relativa debía sobrepasar el sesenta por ciento—, y harto de cargar con la pesada maleta, elevó la mano dispuesto a llamar al timbre, entrar y darse una buena ducha. El sentido común lo detuvo. Quizá no fuera oportuno despertar a las seis y media de la mañana, un domingo, a sus nuevos y casi desconocidos compañeros de piso, con los que había contactado gracias a Internet. Gruñó sonoramente, se retiró un mechón de pelo empapado de sudor de la frente y buscó a su alrededor un lugar en el que desayunar.

Un rato después, con el estómago lleno y el mal humor calmado gracias al aire acondicionado, abandonó la cafetería y se dirigió a la playa de La Mata. Era inmensa y estaba vacía... excepto por unos cuantos locos que paseaban por la orilla del mar a esas horas. Se descalzó y la fina arena se hundió bajo las plantas de sus pies, suave y cálida. Acogedora. Deliciosa. Decidió que no molestaba a nadie si se echaba un sueñecito. Sacó de la maleta una toalla, la colocó pulcramente y se tumbó sobre ella con cuidado de no mancharse de arena. Luego colocó la mochila bajo su cabeza y la maleta pegada a su costado, y programó la alarma del reloj para que sonara a las doce del mediodía.

A las diez y veintisiete minutos se plantó frente a la casa en la que pensaba alojarse durante los próximos meses.

¡Qué les dieran por culo a sus compañeros si les despertaba! Estaba hasta las mismas narices de aguantar los pelotazos de adolescentes con mala puntería, la música pachanguera a todo volumen del chiringuito, los chillidos de los niños quejándose por tener que esperar a hacer la digestión para bañarse y, lo peor de todo, los gritos de las madres regañando a sus hijos por no obedecerlas. ¡Por el amor de Dios, era domingo! ¿Qué demonios hacía la playa llena de gente a las diez de la mañana?

¿Estaban locos?

Se sacudió por enésima vez de los pantalones, la camisa y el pelo la puñetera arena de la playa, que salió despedida en todas direcciones.

—Malditos mocosos —gruñó en voz alta, antes de pulsar con insistencia el timbre que le llevaría al paraíso prometido: la ducha.

Cinco minutos, y muchos timbrazos después, un joven pelirrojo se dignó a abrirle la puerta.

—Hola, soy Héctor, el nuevo compañero de piso —se presentó, intentando mostrar una sonrisa, aunque por dentro ardía de furia... y de calor; el puñetero sol calentaba de lo lindo.

—Estás lleno de arena —comentó el joven mirándolo de arriba abajo.

—Estaba durmiendo en la playa cuando unos mocosos han pensado que sería jodidamente divertido enterrarme en la arena.

El pelirrojo lo miró, parpadeó un par de veces y, por fin, una tímida sonrisa asomó a sus labios.

—No deberías dormir en la playa, los niños pueden ser muy creativos, y mientras estén ocupados y no den por culo a sus madres, estas no suelen regañarlos... aunque te entierren vivo o se dediquen a usarte de red separadora para jugar a las palas —comentó fingiendo un escalofrío—. Por cierto, soy José, alias Zuperman, hemos hablado varias veces por Internet —se presentó.

Héctor esbozó la primera sonrisa sincera desde que se había abierto la puerta. Conocía a su interlocutor, era un gran tipo.

—Vamos dentro, no es que vayamos a estar más frescos que aquí, pero al menos no nos torraremos al sol —le indicó dejándole entrar, por fin—. ¿Eres de Madrid?

—Sí. De Alcorcón más exactamente.

—Pues vas a tener que cambiar el chip si quieres adaptarte a vivir aquí —le advirtió José entrando en la casa—. Lo primero que debes aprender es que la playa es para bañarse, divertirse y echar polvos; jamás para dormir. Lo segundo, que al menor esfuerzo que hagas comenzarás a sudar y la arena se te pegará por todos lados. Por tanto, o te duchas a diario o apestas y nos llenas los sillones de arena. Lo tercero, en fin, si quieres llevarte bien con el resto de los que vivimos aquí, debes seguir unas normas: nada de llamar al timbre antes de la una del mediodía, nada de churris en la casa y nada de monopolizar el mando de la tele. Decidimos democráticamente lo que queremos ver, casi siempre deportes. Cada uno de nosotros tiene un estante en la nevera, un armario en la cocina y un par de estanterías en el ropero del dormitorio. Las camas ya están escogidas, el último que llega se queda con la que hay libre. ¿Estás de acuerdo?

Héctor asintió.

—Bien, tu cuarto es el de la izquierda, y tu cama, la litera de la derecha, abajo. Me voy a dormir, tío, estoy muerto —explicó rascándose con deleite las joyas de la familia.

Héctor volvió a asentir. Estaba tan conmocionado por lo que veía a su alrededor, que ni siquiera se percató de la partida de su nuevo compañero de piso. Aquello era aún peor de lo que había pensado.

Se encontraba en un salón, no muy amplio, dividido en dos zonas. En el ala derecha apenas cabía un sofá de tres plazas con los muelles que intentaban escapar del asiento. Frente a este, ocupando una mínima pared, había un aparador rústico con una televisión antigua que dudaba que funcionara. En la otra ala, se ubicaba una cocina americana con una nevera que no llegaba ni al hombro, una cocina de gas, con tres quemadores llenos de mugre, un horno con la puerta descolgada, una lavadora más vieja que Matusalén y varios armarios colgados de la pared. El fregadero estaba lleno de platos sucios. Ocupando el escaso espacio restante había cuatro sillas montando guardia alrededor de una mesa de madera, que a su vez estaba invadida por un ejército de vasos de apariencia poco pulcra. Al fondo del salón, junto a una escalera abatible que salía desde una trampilla del techo y que debía llevar a la azotea, había un arco que daba a un diminuto recibidor en el que se abrían tres puertas: el baño y las dos habitaciones.

No había nada más.

José le había explicado en sus charlas por correo electrónico que la casa era pequeña... pero no se había imaginado que lo fuera tanto. Ni que estuviera tan sucia. Si sus hermanos la vieran, pondrían el grito en el cielo. Claro que, por el alquiler que pagaba, tampoco podía pedir un palacio.

Decidido a no dejarse vencer por el desánimo, entró sigiloso en la que sería su habitación durante los próximos meses.

Estuvo a punto de dejarse vencer.

El mobiliario consistía en dos parejas de literas, bastante estrechas, un pasillo entre ellas de apenas medio metro y un armario de una sola puerta, pero sin puerta. Nada más. Los ronquidos de los tres tipos que allí dormían eran atronadores, y el pestazo a pies, insoportable.

Salió del cuarto con la maleta aún a cuestas, allí no había sitio donde dejarla, y se dirigió a la cocina, necesitaba un trago, aunque fuera de agua, para reponerse de la impresión. Abrió uno de los armarios en busca de un vaso, a ser posible limpio, en el que beber, y lo encontró lleno de calzoncillos, calcetines y camisetas amontonados sin ningún orden. Cerró la puerta con rapidez en el mismo instante en que la montaña de ropa comenzaba a derrumbarse. Apoyó las manos en la pegajosa y desconchada encimera y se obligó a respirar profundamente. Seguro que después de dormir unas cuantas horas no le parecería tan malo. Estaba acostumbrado a vivir con la pulcritud y el orden de sus hermanos y su padre, pero eso no significaba que no pudiera vivir de... otra manera.

Se irguió, miró el fregadero y negó con la cabeza, se negaba a fregar los vasos que había allí, ¡tenían costra! Frunció el ceño y, sin pensarlo un segundo más, abrió la nevera, cogió una botella de agua y bebió a morro. Luego se dirigió al cuarto de baño,

con una toalla recién sacada de su maleta, y entró dispuesto a darse una buena ducha que le librara de la arena. El plato de la ducha estaba abarrotado de pelos de todos los colores, igual que el lavabo. El inodoro prefería no investigarlo por el momento. Armado con el flojo chorro de agua que salía de la ducha retiró algunos pelos y se metió en el diminuto cubículo. Se aseó con rapidez y regresó a su habitación. Se tumbó en la única litera que quedaba libre, la de abajo, y cerró los ojos, dispuesto a dormir un poco.

Seguro que cuando los abriera comprobaría que no era tan malo como parecía. Seguro que la casa no estaba tan sucia. Seguro que la playa no tenía tanta arena ni era tan pegajosa.

Tenía veinticuatro años, era la primera vez que se alojaba fuera de la casa familiar, lejos de sus hermanos y su padre. Tenía que sobreponerse al disgusto.

Seguro que sus compañeros de piso estaban igual de perdidos que él. Por eso lo tenían todo... como lo tenían. Pero si él daba ejemplo, limpiando la ducha tras asearse, lavando sus platos y sus vasos, y colocando la ropa en su sitio, ellos le acabarían imitando. A nadie le gustaba vivir en una cochiguera, ¿no?

Capítulo 2

—No te creas que la desilusión inicial pudo conmigo, Da, ya sabes cómo soy: siempre intento ver el lado positivo de las cosas. Y con esa actitud, afronté mis primeros meses en La Mata. —Héctor miró a su hermano encogiéndose de hombros—. La casa era una birria, el trabajo era agotador y mal pagado y me faltaban las comodidades más elementales, pero a pesar de todo ¡estaba entusiasmado! Por fin era independiente. Por primera vez en mi vida, estaba fuera de casa, lejos de Madrid, y tenía que valerme por mis propios medios. Fue todo un reto, pero con mi esfuerzo y trabajo, salí del bache.

—Creo recordar que además de tu esfuerzo y trabajo, también te vino muy bien el dinero que te presté, a fondo perdido, para comprarte una bicicleta, para los agujeros que había que tapar y para algunas otras cosas —replicó Darío con ironía.

Martes, 1 de septiembre de 2009

—¡Cállate, maldito cabrón! —siseó Héctor mientras buscaba el móvil que la noche anterior había dejado bajo la almohada y que ahora sonaba enardecido desde Dios sabía dónde.

—¡Héctor, joder, apaga el puto trasto, coño! —gritó uno de sus compañeros de cuarto.

—Voy, voy.

Cuando lo encontró, se apresuró a apagarlo y bajó de su litera, la de arriba. En los tres meses que llevaba allí, de los ocho habitantes iniciales, solo quedaban él y Zuper, el resto habían ido causando baja para ser rápidamente sustituidos por otros. Unos se habían marchado porque se les había acabado el trabajo, otros porque no le encontraban «el punto» a su nueva vida... En fin, no todas las personas tenían la capacidad de adaptación que había demostrado tener él.

Entró en el aseo y buscó entre la pila de toallas amontonadas en el suelo la que estuviera más seca y limpia, luego procedió a ducharse. Una vez despierto, se dirigió desnudo a la cocina, abrió el armario que le correspondía y sonrió al comprobar que aún le quedaban unos calzoncillos y unos calcetines limpios. Sacó también los pantalones vaqueros y la camiseta gris de manga corta y se vistió. Una vez hecho esto, se protegió las manos con unos guantes de goma para fregar, que nadie usaba, y rebuscó su ropa entre las miles de prendas sucias que se acumulaban en el armario que había bajo el fregadero. Cuando la hubo localizado, puso una lavadora. Esperaba acordarse de tenderla cuando regresara por la tarde.

Abrió la nevera, cogió un cartón de leche que llevaba escrito su nombre y bebió

un largo trago a morro, luego buscó en su estante algo comestible para desayunar. Descartó el sándwich verdoso, el trozo de tortilla de patatas cubierto de moho y la media manzana reseca. Sonrió al encontrar, tras un montón de latas de cerveza, un yogur que solo llevaba caducado un par de días. Seguro que por cuarenta y ocho horas arriba o abajo no pasaba nada. No se molestó en buscar una cuchara, sabía que estaban todas en el fregadero a la espera de que alguno de los novatos las fregara. Él ya era perro viejo, sabía cómo iban las cosas en esa casa. Quitó la tapa del yogur, lo apretó entre las manos y fue chupando hasta que lo dejó vacío. Lanzó el envase al cubo de la basura, pero este se encontraba tan lleno que rebosó y cayó al suelo. En fin, algún novato la sacaría, él no tenía tiempo que perder si quería llegar puntual al trabajo.

Sacó de su escondite el paquete de chorizo envasado al vacío que su hermana le había dado el fin de semana anterior, lo echó en la mochila y dejó esta junto a la puerta. Luego subió a la azotea y bajó, con grandes dificultades, la bicicleta que cada noche dejaba allí. Se metió la pernera derecha del pantalón en el calcetín para no enganchársela con la cadena, y abandonó la casa montado en la flamante bicicleta que su hermano había financiado, a fondo perdido, hacía tres meses. Se entretuvo unos segundos en comprar una barra de pan en la pastelería de la esquina, y, sin perder más tiempo, se dirigió silbando al trabajo. ¡Le encantaba su nueva vida!

Llegó a las siete en punto al Centro de Visitantes de las Lagunas de La Mata y Torrevieja, saludó a sus compañeros, más madrugadores que él, tomó la mochila con los útiles de recogida y salió de nuevo, dispuesto a realizar su trabajo.

En teoría podía hacer cosas mucho más difíciles e importantes que realizar mediciones y recoger muestras, catalogarlas e incluirlas en la base de datos. Al fin y al cabo era ingeniero técnico forestal y tenía un máster en gestión y conservación de espacios naturales protegidos, pero... también acababa de salir de la universidad, y este era su primer trabajo, como becario, por supuesto, y no era cuestión de empezar a quejarse tan pronto. Por tanto, comenzó su recorrido, no sin antes ponerse una gorra y rezar para que ese día hiciera un poco menos de calor que los anteriores.

No fue así, por supuesto.

Acabó su recorrido cerca del mediodía y regresó al centro, donde comenzó a pasar al ordenador los datos de las muestras recopiladas, entre otras cosas.

A las dos y cuarto de la tarde, cuando comenzó a recoger el escritorio, estaba empapado en sudor. Si fuera uno de los empleados fijos del centro estaría cómodamente sentado en las salas del interior, bajo un chorro de aire acondicionado, pero como no lo era, su mesa estaba junto a la recepción para así poder atender a los visitantes. Y esto no sería ningún inconveniente, si no fuera porque la puerta de la calle se pasaba más tiempo abierta que cerrada, permitiendo que el implacable calor se colara hasta donde él estaba.

—Héctor —le llamó su jefe cuando se disponía a salir—, no te olvides de que esta tarde te toca abrir a las cuatro.

—¿Esta tarde?

—Sí, ya estamos en septiembre, el horario ha cambiado. ¿No te lo dije el primer día?

—Eh, pues la verdad es que no lo recordaba. —No, por supuesto, porque no se lo había dicho, pero cualquiera le llevaba la contraria al jefe.

—Tanta titulitis y luego no servís para nada. Te avisé de que en septiembre el centro se abre de cuatro a cinco y media los martes y los jueves, y que tú serías el encargado de hacerlo.

—Lo siento, no lo recordaba —se disculpó Héctor tragándose el enfado. Si iba a trabajar tres horas más a la semana, lo mínimo que debería haber hecho era avisarle el día anterior del cambio de horario—. ¿Cuál va a ser mi horario durante este trimestre que me queda? —preguntó entornando los ojos.

—El mismo que ahora, de siete a dos y media entre semana, un fin de semana de guardia al mes, y las tardes de los martes y jueves. ¿Tiene algún problema con eso, señor ingeniero técnico forestal?

—No, en absoluto, era solo por no volver a meter la pata —se excusó Héctor, abandonando el centro.

Se montó en la bicicleta, enfiló hacia la carretera y comenzó a pedalear como un loco.

—Cabrón. Hijo de puta. Miserable mal nacido —siseó entre dientes mientras se daba toda la prisa que podía en llegar a casa.

Apenas le daría tiempo a comer. Estaba seguro de que lo había hecho a propósito. Desde que había empezado a trabajar allí, su jefe estaba siempre al acecho, pendiente de cualquier error que pudiera cometer, o no. Buscándole las cosquillas. Menos mal que solo le quedaban tres meses para dar por finalizado el contrato. No sabía si podría soportarlo por más tiempo.

Aunque, por otro lado, le encantaba su trabajo. Adoraba recorrer las salinas y deleitarse con los animales que allí habitaban, y con el final del verano y la llegada del otoño sería todavía mejor. Gracias a que era un lugar de migración, a mediados de mes podría observar no solo las bandadas de alcaravanes, cigüeñuelas y avocetas, sino también los zampullines cuellilargos y los flamencos. Sabía por sus compañeros que algunos años habían llegado a contarse más de tres mil ejemplares de los primeros y cerca de dos mil de los segundos. Sería un espectáculo digno de ser visto, y su trabajo consistía en verlo.

¿Podía haber algo mejor?

Sí, que le pagaran un sueldo decente. Aparcó la bicicleta junto a una farola, la amarró a ella y se dirigió al Manzanilla, el único restaurante, si se le podía llamar así, de toda La Mata en el que daban menús por menos de ocho euros, siete con cincuenta, más exactamente. Estaba al final del pueblo, justo al lado de un enorme descampado que daba a la carretera y que era donde los miércoles se ubicaba el mercadillo. Por cierto, ese día el menú ascendía a nueve euros. Era un cuchitril

insalubre en el que servían las sardinas a la plancha más ricas y el salmorejo más denso y sabroso de todo el mundo mundial. Y también era un buen sitio para comer si no andabas muy bien de fondos y eras un vago que se negaba a cocinar.

Y no era que Héctor entrara en la categoría de vagos, en absoluto. Cuando vivía en la casa familiar, en Madrid, con sus hermanos mayores y su padre, hacía sus tareas como cualquier hijo de vecino. Si Ruth le ordenaba fregar, él fregaba. Si Darío le decía que hiciera algo de comer, él cocinaba. Si su padre le pedía que recogiera la ropa, él la recogía... casi siempre. De hecho, la mayoría de las veces no hacía falta decirle que hiciera nada, lo hacía *motu proprio*. Pero allí, en La Mata, Alicante, no había nadie que le pusiera mala cara si una noche no cenaba correctamente, ni tampoco había quien le riñera si se olvidaba de bajar la tapa del váter o de limpiar los pelos del lavabo. ¡Estaba en el paraíso! Podía hacer lo que quisiera sin tener que dar explicaciones ni aguantar las charlas de sus hermanos. Y no es que le hubieran regañado mucho en sus veinticuatro años de vida, en absoluto. Siempre había sido un buen chico, por eso, había llegado la hora de ser malo.

—¡Héctor! —le llamó Zuper, que estaba sentado a una mesa, al fondo del local.

Su compañero de piso, al igual que él, prefería comer basura a tener que cocinar... y limpiar.

Héctor se sentó a su lado y, tras observar en la pizarra el menú del día, pidió una ensalada y huevos fritos con patatas.

—Esta noche vamos a ir a los Arenales. Los primos de unos amigos van a dar una fiesta en una discoteca para darle un poco de publi y ver si consiguen alquilarla. Han convencido a los conocidos de otros colegas para que el batería de un grupo, que es hermano de la novia de uno de ellos, líe a sus compañeros y toquen gratis un par de horas para animar el cotarro. ¡Va a ser la hostia! Y lo mejor de todo es que todavía hay una plaza libre en la furgoneta. ¿Te apuntas?

—¿Esta noche? No, mañana curro, y ayer ya estuve de marcha hasta las tantas. Hoy pensaba acostarme pronto y descansar. Además, no cobro hasta el día cinco y estoy sin un puto duro, tengo lo justo para llegar hasta el viernes.

—Dile a tu hermano que te haga un préstamo a fondo perdido, total, no vamos a gastarnos tanto, la barra libre sale por veinte pavos y con eso nos darán de beber toda la noche. ¡Está tirado!

—Muy barato me parece. Además, no quiero pedirle nada a Darío, ya lo hice el mes pasado, y también me financió la bicicleta en junio.

—Pues te lo dejo yo, y me lo devuelves cuando cobres. Vamos, tío, lo vamos a pasar genial. Habrá mujeres, muchas mujeres... —le instó, arqueando teatralmente las cejas.

—Estoy cansado, Zuper, no he dormido ni tres horas y me duelen hasta las cejas del sueño que tengo.

—Échate la siesta.

—Esta tarde me toca ir al centro, me han cambiado el horario —gruñó Héctor

enfadado al recordar que no tenía casi tiempo de comer, ni de dormir.

—Ya te recuperarás el viernes cuando vayas a Madrid. Piénsatelo, tío, vas a tirarte todo el fin de semana en casa con tu *family*, sin poder disfrutar de lo que realmente vale la pena en esta vida.

—¿Y eso es...?

—¡Las churris!

Héctor estalló en risas al escuchar a su amigo.

Zuperman no era un mal tipo, aunque tenía cero neuronas dedicadas a la responsabilidad. Pero aun así, no le faltaba razón.

Todos los fines de semana que no tenía guardia volvía a Madrid con su familia. Se apostaba en la gasolinera de La Mata cada viernes a las once de la noche y regresaba el domingo de madrugada para llegar justo a tiempo de empezar a trabajar el lunes. Era agotador. Pero merecía la pena.

Echaba de menos a sus hermanos y a su padre, a su sobrina y su cuñado, y eso por no hablar de Ariel, la sirenita traviesa de la que estaba enamorado su hermano mayor. A la muchacha no le gustaban las despedidas; llevaba fatal que la gente a la que quería no estuviera a su lado y, a él, lo quería como a un hermano, lo mismo que él a ella. ¡Y gracias a Dios!, porque Ariel tendía a golpear a las personas que no le caían bien.

Los fines de semana en familia le servían para retomar el contacto con el mundo real, el responsable, ese en el que la gente come bien, descansa, sale con la familia y, sobre todo, no se va de fiesta hasta las tantas de la madrugada para acabar empalmando con el trabajo.

Héctor disfrutaba tanto esos días, que no le suponía ningún sacrificio ir a Madrid en cada ocasión que podía, aunque se perdiera las juergas que sus amigos se pegaban cada fin de semana. Al fin y al cabo, siempre podía recuperar entre semana el tiempo perdido.

—De acuerdo, cuenta conmigo.

—¡Genial! A las diez nos pasará a recoger la furgoneta, nos sale por diez pavos, por tanto, recuerda, me debes treinta.

—¿La furgoneta? ¿Va a llevarnos Pako?

—Sí, ese, el moreno con el pelo de punta y la correa del perro en el cuello.

Héctor asintió, no era un mal plan, y si Pako era el conductor, mejor que mejor. Sus amigos tenían la costumbre de ir de fiesta a menudo, y casi nunca a sitios accesibles en transporte público, o al menos no a los horarios que los autobuses interurbanos, si los había, funcionaban. Por tanto se había acostumbrado a ir en el coche de algún conocido, pagando su parte de la gasolina, por supuesto. Y de los cientos de personas que había conocido en esos tres meses, del que más se fiaba era de Pako. Era un buen conductor y se tomaba el llevarlos de un lado a otro como un trabajo. No bebía y conducía con seguridad y conocimiento. Eso sí, en cada porte que realizaba, el muy cabrón hacía el agosto, porque en la caja de la furgoneta entraban

por lo menos quince personas sentadas a estilo indio, y a diez pavos por persona.

Capítulo 3

—La primera vez que la vi, pensé que era la mujer más hermosa del mundo. Ojalá la pudieras conocer, Da —dijo Héctor con la mirada pérdida—. Cuando se ríe, echa la cabeza hacia atrás y su larga melena negra baila alborotada sobre su espalda y, mientras sus ojos chispean divertidos, de sus labios escapa una risa que se asemeja al canto de los cascabeles. A veces tengo la impresión de que cuando ríe, el firmamento deja de girar y se detiene a observarla. —Apretó los labios, y obligó a su mente a centrarse en lo que estaba contándole a su hermano mayor. No iba a entrar en detalles, no podía, pero necesitaba transmitirle lo que había sentido al verla por primera vez.

—Vamos, Sara, ¡anima esa cara!, estás en una fiesta, no en un funeral —comentó una rubia escultural a su amiga morena.

—No me lo recuerdes. Todavía sigo sin entender cómo narices me he dejado convencer por Ernest para venir aquí, ¡un martes!

—Ni idea, cariño, pero la cuestión es que aquí estás, y ya que te vas a tener que quedar un buen rato, más te vale intentar pasarlo bien.

—Además, ya te has comprometido, no puedes echarte atrás —le recriminó otra rubia, más joven, uniéndose a la conversación.

Sara dirigió una mirada fulminante a ambas mujeres. Las dos rubias, las dos increíblemente guapas. La mayor era Elke, su mejor amiga desde hacía tantos años que era imposible contarlos. La más joven, Alba, era su preciosa, gruñona y alegre hija que siempre veía el lado positivo de las cosas.

—¿Pero os habéis fijado bien? Este sitio lleva años abandonado —les dijo reprimiendo un escalofrío.

—Según Ernest, ha estado alquilado todo el mes de julio. En agosto, como no funcionaba, tuvieron que cerrar —explicó Alba por enésima vez esa noche—. Por eso los dueños han montado esta fiesta para sus amigos y han liado a Ernest, y él a vosotras, para tocar. Quieren intentar conseguir que sea un éxito, y ver si así alguien se anima y vuelve a poner en marcha la discoteca.

—Total, que estamos haciendo una obra de caridad —concluyó Elke mordiéndose los labios a la vez que miraba a Alba—. En fin, será nuestra buena obra del día. Quién sabe, lo mismo nos abre las puertas del cielo. —A sus ojos asomó un rayo de diversión—. Y ya sabes que no me llevo muy bien con san Pedro, así que toda ayuda es buena. Vamos a intentar pasarlo bien, tocar mejor y salvar la discoteca.

—Esto tiene de discoteca lo que yo de monja —afirmó Sara mirando a su alrededor—. Es pequeña, el sistema de sonido distorsiona, la iluminación es horrible, la pista de baile está llena de desconchones...

—Oh, por favor, mamá, deja de hacerte la estirada y deja salir a Velvet.

—Velvet solo saldrá cuando me suba al escenario —replicó Sara, molesta porque su hija pareciera preferir al *alter ego* que se había creado antes que a la mujer real que era.

—Pues me gustas más como Velvet. Tú siempre ves el lado negativo de las cosas. Mira a tu alrededor, estamos de fiesta, deberías dejarlo todo de lado y divertirte en vez de pedirle a una pequeña discoteca de playa que se parezca al Royal Albert Hall.

—No pido que se parezca al Royal, pero sí exijo un poco de limpieza. Esto está todo lleno de polvo y otras cosas que prefiero no pensar.

—Mujer, ya conoces a Ernest y sus amigos. Para una noche no se van a pasar tres días limpiando —declaró Elke posando una mano sobre las de Alba antes de que esta comenzara a discutir con su madre. Las conocía muy bien a ambas—. Son jóvenes, tienen otras prioridades.

—Esa es otra, ¡me siento como si fuera la abuelita roquera! Le doblo la edad a la mayoría de la gente que está aquí. Y a la otra mitad se la triplico.

—Vamos, mamá, ¡no seas exagerada! —exclamó la joven, mirando de reojo a la otra rubia.

—¡Exagerada, yo! Mira a tu alrededor. ¡Son todos niños! Podría ser su madre.

—Ya estoy mirando, y tú deberías hacer lo mismo —afirmó Alba fijando la mirada en la puerta.

Elke se dio la vuelta para ver qué era lo que había llamado la atención de su amiga. Sara se limitó a girar un poco la cabeza y observar por el rabillo del ojo.

—Bueno... no está mal —comentó Elke encogiéndose de hombros.

—Oh, Elke, tu opinión no vale. A ti solo te gustan las mujeres —objetó Alba con una pícaro sonrisa en los labios.

—Es un niño —sentenció Sara volviendo la mirada hacia el escenario cutre y diminuto de la discoteca.

—¡Mamá! ¿Quieres hacer el favor de prestar atención y mirar bien? ¡Es un bombón!

Sara suspiró y, disimuladamente, giró el taburete destartado sobre el que estaba sentada y observó con atención el objeto de deseo de su hija.

No estaba mal.

El muchacho acababa de entrar en la discoteca junto con un grupo de jovencitos, y en ese momento estaba mirando a su alrededor con el ceño fruncido, observándolo todo como si no le convenciera la apariencia descuidada del local. Uno de sus amigos le puso la mano sobre el hombro y se acercó a susurrarle algo al oído.

Sara aprovechó que parecía distraído con la conversación para hacerle una revisión completa.

Era joven, rondaría los veinte años, si llegaba. Tenía el pelo rubio, o al menos eso parecía bajo la pobre luz de los focos. Era alto, mucho, debía superar el metro noventa, y su cuerpo parecía perfectamente moldeado: fuertes brazos, piernas definidas, cintura estrecha, hombros anchos y un buen culo. No podía asegurar que

tuviera tableta de chocolate, al fin y al cabo estaba vestido, pero intuía que sí. Vestía unos vaqueros cortados por debajo de las rodillas, unas deportivas negras sin calcetines y una camiseta gris con el logo de los Rolling Stones en la parte delantera. Exudaba sexo por cada uno de los poros de su piel.

—Muy mono —claudicó volviendo a girar el taburete a su posición inicial, frente a su amiga y su hija—, pero pensaba que te iban más los morenos.

—Sí, a mí los chicos me gustan morenos —afirmó Alba—, pero a ti te gustan rubios —arqueó las cejas muchas veces seguidas.

—Sí, claro, ya lo sabes. Pero no veo qué tiene que ver eso con... —Sara entornó los ojos, acababa de captar la intención del comentario de su hija—. Ni se te ocurra, Alba, hablo totalmente en serio, no quiero que hagas de celestina otra vez. Me niego. Ya lo hablamos la última vez que te dio por ahí y me prometiste que no volverías a meter las narices en mi vida sentimental.

—Mamá, tú no tienes de eso.

—Y por eso soy tan feliz —sentenció Sara para luego cambiar de tema—. Creo que va siendo hora de que me cambie de ropa. —Se bajó del taburete para a continuación dirigirse hacia la puerta que llevaba al *backstage*.

—Deja a tu madre tranquila, Alba.

—No he hecho nada.

—Alba, déjala tranquila —le advirtió Elke para luego ir en pos de Sara.

«¿Dónde coño me he metido?». Héctor miró a su alrededor, asombrado de que hubiera tanta gente en un sitio tan cutre, pero claro, cuando alguien unía la palabra «fiesta» a la palabra «barra libre», todo el mundo se apuntaba.

—Vamos, tío, cambia esa cara —le susurró Zuper al oído—, esto está lleno de churris. Haz tu magia, que estoy loco por follar.

—Joder, me lo tenía que haber imaginado —gruñó poniendo los ojos en blanco.

—¿Qué? No me dirás que te vas a rajarse ahora. El sitio puede que no sea la hostia, pero tú tampoco eres Cristiano Ronaldo. Anímate y haz magia, tío, que el tiempo se agota y de aquí a nada las churris estarán cogidas.

Héctor se encogió de hombros y caminó hacia la barra, donde, previo pago del importe acordado, el camarero les puso una pulsera naranja fosforito a cada uno que indicaba que tenían las bebidas pagadas. Revisó con atención las botellas de licor que decoraban las destartaladas estanterías. Eran todas de marcas desconocidas para él, y no es que fuera un sibarita, pero aun así mejor no probar cócteles extraños o mucho se temía que acabarían dándole dolor de estómago. Optó por tomar una cerveza. Zuper, en contra de lo que pudiera parecer por su irresponsable estilo de vida, optó por una Coca-Cola como siempre. En realidad, el pelirrojo jamás bebía nada que tuviera alcohol.

—¡Vamos a bailar! —exclamó Zuper tirando de él hacia la pista.

Héctor se dejó hacer, al fin y al cabo, la noche no estaba del todo perdida. Había muchas mujeres con las que ligar, la playa estaba a tiro de piedra y había guardado un

par de condones, que pensaba utilizar, en la cartera.

Su disparatado amigo tenía la extraña e incoherente teoría de que era un imán para las chicas, por lo que se empeñaba en llevarle a todas las fiestas a las que asistía, que eran muchas. Y una vez allí, se quedaba a su lado en la pista de baile, mientras él hacía «su magia», cosa que a Héctor le parecía una chorrada. Pero bueno, allí estaba, bailando a la vez que recorría con la mirada a las futuras presas.

Una rubia despampanante le llamó la atención. Bailaba junto a un grupo de amigas cerca del escenario. Se movía de manera provocativa mientras le miraba fijamente. Héctor la recorrió con la mirada. No era muy alta, pero sí estaba muy bien formada. No le faltaba de nada, tenía un culo apetitoso, unas tetas pequeñas pero respingonas y cara de ángel perverso. Sonrió, la saludó levantando la mano en la que tenía el botellín de cerveza, y cuando ella le respondió de la misma manera, comenzó el juego.

Se acercó sin dejar de bailar, con Zuper pisándole los talones, se presentó a sí mismo y a su amigo, y comenzó una conversación intrascendente destinada a divertir a las chicas. Averiguó que la que le había llamado la atención se llamaba Alba, tenía veintiún años y estudiaba para ser historiadora medievalista. Descubrió que le gustaba bailar, que era de sonrisa fácil, muy abierta y divertida. También se enteró, porque ella se lo contó, que era la hija de la cantante solista del grupo que iba a tocar esa noche.

«Mierda».

Eso explicaba por qué la muchacha había dejado de bailar contoneándose en el mismo momento en el que había llegado hasta ella. Seguramente temía que su madre subiera al escenario y la viera en plena danza sensual con él. Intentó alejarla de la pista. Ella no se dio por enterada. Probó a bailar junto a ella y empujarla discretamente hacia la barra, donde se acumulaba la gente y podrían pasar más o menos desapercibidos. Ella se negó en rotundo. Quería estar allí cuando su madre comenzara a cantar.

—Es la vocalista del grupo. Tiene la voz más bonita del mundo y se mueve de una manera que... En fin, siempre se vuelca en su trabajo, pero como en esta ocasión va a cantar lo que a ella le gusta, seguro que se deja llevar más aún. Ya lo verás, es algo digno de ver —afirmó Alba mirando impaciente al escenario, deseando que Sara saliera de una buena vez antes de que el bombón se marchara.

El muchacho parecía poco predispuesto a esperar mucho más. Se le notaba a las claras que se había acercado a ella con la intención de ligar, y claro, en cuanto dejó de insinuársele, él, que no era tonto, se dio cuenta del cambio de situación y comenzó a buscar una nueva presa. ¡Hombres! ¿Por qué tenían que ser tan impacientes?

Héctor dio un nuevo trago a su cerveza y observó el escenario vacío, deseando que el dichoso grupo saliera de una buena vez, y así poder decirle a Alba, que sí, que su madre se movía muy bien, que era muy guapa y todo lo que fuera necesario para dejar a la chica contenta y largarse en busca de nuevos horizontes lo antes posible.

Decididamente, se había equivocado de presa. Alba era muy guapa, bailaba muy bien, era muy agradable, pero no quería rollo y además parecía estar obsesionada con su progenitora. Mucho se temía que estaba haciendo de celestina para que fuera el nuevo ligue de su madre, y eso sí que no. No estaba dispuesto a follar con una mujer que usaba a su hija para ligar.

¡Ni loco!

Ya se lo estaba imaginando, seguro que sería la típica mujer mayor que se creía una eterna adolescente. Una de esas descerebradas que salían a pegar alaridos en el escenario mientras movían las caderas como si se estuvieran electrocutando, y que espantaban a todos los hombres que hubiera a su alrededor. Si no, ¿a cuenta de qué utilizaba a su hija como carnaza para buscar ligue? Lástima que Alba estuviera tan obsesionada en su madre. Era una chica encantadora, pero a él no le hacía falta que le presentaran a nadie para follar, lo podía encontrar solito, y de mejor calidad. Decidió quedarse junto a ella un rato más, al fin y al cabo no perdía nada por mostrarse agradable, esperar a que la mujer empezara a cantar y alabarla un poco delante de su hija.

De repente, las luces de la discoteca bajaron de intensidad y la música, que hasta ese momento había sido ensordecedora, cesó de sonar. Héctor pudo vislumbrar movimiento sobre el escenario y, luego, el silencio fue sustituido por una introducción de piano, lenta, perezosa, sensual... Apenas diez segundos después, una voz profunda, rasgada, comenzó a cantar.

*Take me now baby here as I am
Pull me close, try and understand.
Desire is hunger is the fire I breathe
Love is a banquet on which we feed.*^[1]

La luz subió de intensidad, enfocando a los músicos. Pero Héctor solo pudo centrar su mirada en la vocalista del grupo. Era incapaz de sustraerse al hechizo de su voz, al embrujo de su danza, a la magia de sus ojos de chocolate.

Escuchó estremecido su voz ronca y penetrante, cantando a la noche, a los amantes, a la lujuria.

—Ya te lo dije, es impresionante, ¿verdad? —le gritó Alba al oído, para que pudiera escucharla a pesar del alto volumen de la música.

Héctor asintió con la cabeza, incapaz de apartar la mirada de la mujer más hermosa y sensual que había visto, y escuchado, jamás.

Sara era puro fuego sobre el escenario, un torrente de ardiente lava que penetraba en cada uno de sus poros con cada nota desgarrada que abandonaba sus labios.

Observó embelesado los movimientos cadenciosos de sus caderas, recorrió con lasciva codicia las largas y estilizadas piernas y deseó, con una avidez casi imposible de contener, arrancarle la volátil minifalda negra, hundir la cara en el vértice entre sus

muslos y saborearla hasta quedar ahíto. Sacudió la cabeza, intentando salir del embrujo y dejó que su mirada deambulara por el liso vientre. Se deleitó, sediento de más, con cada curva del cuerpo femenino. Y, por fin, se detuvo cautivado por el top rojo de lentejuelas que dejaba intuir la perfección de unos pechos dignos de ser alabados.

Cerró los ojos, intentando escapar de la fascinación que esa mujer provocaba en él. Sentía la boca seca y las manos le ardían, inquietas, anhelantes. Tenía la frente perlada de sudor y el pene, duro y expectante, palpitaba tras sus pantalones vaqueros. Todo su cuerpo temblaba de excitación.

Abrió los ojos de nuevo, necesitaba mirarla a la cara, comprobar que su rostro se correspondía con el erótico cuerpo que se movía sinuoso sobre el escenario. De sus labios escapó un violento gemido. Su verga, indómita, se agitó bajo la tela de los pantalones. Sus testículos, impetuosos, se endurecieron y elevaron, ebrios de deseo.

Ella era noche, pasión y sensualidad sobre el escenario. Su larga melena, negra como el ónix más puro, volaba alrededor de su cara afilada, de altos pómulos y gruesos labios. Sus ojos rasgados, oscuros como nubes tormentosas, se mantenían entornados mientras su boca se movía voluptuosa con cada nota de la canción. Aferraba el micrófono con ambas manos, lo acariciaba con sus dedos largos y delgados, pegaba sus labios a él mientras cantaba.

La canción se tornó más rápida, su voz subió de tono, empuñó con más fuerza el micrófono y comenzó a masturbarlo como si de un falo se tratara.

Because the night belongs to lovers

Because the night belongs to lust.^[2]

Las palabras abasaron los sentidos de Héctor, se enroscaron en su pene como una cinta de terciopelo tan negro como el oscuro cabello de la mujer, apresándolo con pasión en la dúctil humedad de su garganta.

Su voz era terciopelo negro que le acariciaba la piel, exaltando sus sentidos. Terciopelo negro posado sobre su polla, inflamando su deseo. Terciopelo negro cubriendo su cuerpo con una pátina de lujuria que le privó del aire necesario para respirar.

So touch me now, touch me now, touch me now.^[3]

Héctor comprobó que la camiseta le cubriera la entrepierna y deslizó las manos con disimulo debajo de ella. Se frotó la polla por encima de los vaqueros, haciéndose eco de la petición implícita en la canción. Su mente se colapsó al imaginarse tocando, acariciando y saboreando la morena piel de Sara. Sus sentidos, excitados hasta el punto de no retorno, se encargaron de llenar su cerebro de imágenes que enardecieron

más todavía sus tensos testículos y su endurecido y dolorido pene.

Imaginó los carnosos labios posados sobre su verga, incendiándola, paladeándola... Observó con los ojos de su mente cómo su enorme y rígida polla se enterraba por completo en la boca de la mujer más sensual que había visto y escuchado jamás.

Se corrió.

Como un adolescente inexperto, como un tonto enamorado, como un idiota incapaz de controlarse.

—¿Qué haces ahí parado? —le gritó Zuper al oído. Héctor permaneció inmóvil frente al escenario, incapaz de procesar las palabras del pelirrojo, prisionero aún de los estertores de uno de los orgasmos más potentes de su vida—. ¡Tío, muévete de una puta vez y ponte a bailar! —le increpó agarrándole por los hombros y zarandeándole.

Aturdido, Héctor dio un paso hacia atrás y se zafó del tipo que le estaba fastidiando. Lo observó con atención bajo las luces parpadeantes que emitían los focos y, por fin, reconoció a Zuper.

—Pero ¿se puede saber qué te pasa? ¡Muévete, que las churris se están largando con otros! —le exigió su amigo.

Héctor lo miró confuso.

—Oye, ¿no te habrás metido nada que te haya dado el Pirulas, verdad? —le preguntó Zuper tomándolo de la cara y observando con atención sus ojos.

Héctor apartó la cabeza, volvió a dirigir la mirada al escenario y se encogió de hombros. No tenía ni idea de a qué coño se refería y, además, le importaba un carajo. La diosa seguía cantando y él se lo estaba perdiendo.

—¡No me jodas, Héctor! ¿Cómo coño se te ocurre? ¡No te he dicho mil veces que el Pirulas solo vende mierda!

—¿Qué? ¡No! Joder —le respondió a gritos para hacerse oír por encima de la música, acababa de darse cuenta de lo que insinuaba su amigo.

—Entonces, ¿por qué tienes esa cara de pasmado?

—Me gusta el concierto —acertó a decir. No le apetecía hablar, toda su atención estaba centrada en la mujer que entonaba, con voz ronca, las primeras estrofas de una nueva canción.

—¿Qué? ¿Pero de qué vas, tío? Las churris se han largado a bailar al centro de la pista, deja de hacer el gilipollas y vamos con ellas antes de que otros nos las levanten.

—Ve tú.

—¿Que vaya yo? Déjate de mierdas y ponte a bailar, joder, que al final nos quedamos sin follar. Tienes que hacer tu magia.

Héctor se giró hacia su amigo. No le dijo nada, solo lo miró. Una mirada que le hizo dar un paso atrás y encogerse de hombros.

—Está bien, haz lo que te dé la gana, yo paso. Si te quieres quedar a palo seco esta noche, es tu historia —dijo Zuper elevando las manos en señal de rendición—.

Quédate aquí plantado y no hagas nada, ya me buscaré la vida yo solo —gimoteó lastimero. Héctor volvió a encogerse de hombros y dirigió de nuevo la mirada al escenario—. De acuerdo, lo capto; entiendo que hoy no quieres follar. Perfecto. ¿Puedo intentar algo con la rubia con la que has bailado o te la vas a quedar? —preguntó intentando picarle para que reaccionara.

—Toda tuya —murmuró, mirando de nuevo el escenario. Le importaba un pimiento si Zuper se enrollaba con Alba, aunque dudaba de que lo consiguiera.

Zuper puso los ojos en blanco y negó con la cabeza. Su amigo se había vuelto loco.

Cuando terminó el concierto y el grupo abandonó el escenario, Héctor permaneció inmóvil, observando los micrófonos, esperando, deseando que ella volviera a salir y continuara cantando. No fue así.

Se pasó las manos por el pelo, retirándose los mechones húmedos de la frente. Estaba sudando, y no era solo por el calor que hacía en el local. Respiraba agitado, tenía la piel erizada, hipersensible. Las manos le temblaban anhelantes y la polla, erecta y rígida hasta casi doler, clamaba por escapar de la prisión de los vaqueros y hundirse en el cuerpo de una diosa.

Miró a su alrededor. ¿Bajaría ella a la pista con el resto de los mortales? ¿Bailaría con la plebe o desaparecería entre el humo de la ilusión como la diosa que era?

La buscó con la mirada, recorrió cada rincón del pequeño y desastrado local. No la encontró, pero en su lugar dio con un rayo de esperanza.

Caminó decidido hacia la figura borrosa y dorada que resplandecía bajo las aturdidoras luces estroboscópicas junto a la barra. Tenía que ser Alba, solo ella tenía un pelo tan radiante. Llegó hasta ella, estaba junto a un grupo de amigos. Sin pensarlo un segundo la tomó de un brazo, alejándola de ellos, y la colocó frente a él.

—Hola —dijo sin saber cómo preguntarle lo que quería saber.

—¡Hola! ¿Qué te ha parecido el concierto? —indagó entusiasmada. Había estado vigilándole y había visto cómo se comía a su madre con la mirada—. ¿Te ha gustado?

—Ha sido increíble. Tu madre es asombrosa. ¿Dónde está? —preguntó Héctor, impaciente, sin pensar en ser agradable o educado.

—¿Dónde está mi madre? —Héctor asintió con la cabeza—. Estará tomando un refresco en el camerino, junto con el resto del grupo.

—¿Va a venir?

—¿Dónde? ¿Aquí? —Héctor volvió a asentir—. Sí, claro. Vendrá a decirme que se va, y me preguntará si me quedo o me voy con ella —respondió risueña Alba. El bombón había caído con todo el equipo.

—¿Se va a ir?

—Imagino que sí, nunca se queda a la fiesta después de dar un concierto. Suele acabar muy cansada y lo único que piensa es en darse una ducha. Ya sabes lo relajante que es. Dejará que el agua caliente recorra su cuerpo mientras se enjabona lentamente con las manos llenas de espuma —comentó divertida, consciente por

completo de las imágenes que estaba implantando en la mente del joven. Este jadeó sin poder evitarlo—. Luego se irá a la cama a dormir, sola —especificó.

Héctor cerró los ojos, su polla presionaba atormentada contra los vaqueros mientras sus testículos latían dolorosamente, exigiéndole una satisfacción que, de momento, aún no podía darles.

Respiró profundamente, intentando calmar el estado de agitación en que se encontraba. No podía seguir siendo tan directo con Alba o ella intuiría sus intenciones y lo mandaría a la mierda. Era imposible que estuviera conforme con las cosas que pensaba hacer con su madre. Al fin y al cabo era su hija. No, tenía que ser cauteloso y llevarla poco a poco a su terreno, convertirla en su aliada. En definitiva, tenía que ser muy agradable y convencerla de que le presentara a su madre, eso sí, sin levantar sospechas.

Observó con atención a la joven, buscando la manera de conseguir lo que se había propuesto. Ella entornó los ojos. Héctor la imitó. Había algo que...

—¿Y tu padre? —preguntó de sopetón. Un segundo después deseó tener cerca una pared para golpearse contra ella y poner un poco de orden en su estúpida cabeza. Había sido de todo menos prudente.

—¿Mi padre? —Alba lo miró con los ojos muy abiertos. ¿A qué narices venía esa pregunta?

—Sí —respondió; de perdidos, al río—, tu padre. ¿También toca en el grupo? —No era su estilo meterse en medio de un matrimonio, pero no sabía si podría contenerse.

—¡No! Geert estará Dios sabe dónde —explicó ella intuyendo por dónde iban los tiros—. Hace años que están separados.

—Lo siento mucho —musitó Héctor con una luminosa sonrisa en los labios que se apresuró a contener.

—No digas chorradas, no lo sientes. Estás feliz porque tienes vía libre —afirmó ella antes de guiñarle el ojo con picardía.

Héctor estalló en carcajadas. Le gustaba esa muchacha, le gustaba mucho. Era lista, y, por lo que parecía, estaba de su lado.

—Tienes razón, no lo siento. En absoluto —comentó risueño, luego la tomó de los hombros con suavidad y acercó su cara a la de ella—. Preséntame a tu madre.

Capítulo 4

Love is an angel, disguised as lust.^[4]

PATTI SMITH, Because the night

Sara abandonó el camerino y se dirigió hacia la pista todavía vestida con la ropa de actuar, aunque no era esa su costumbre. Normalmente en cuanto terminaba la actuación corría a cambiarse de atuendo. La ropa para actuar era muy llamativa para su gusto: faldas demasiado cortas, leggings muy ajustados y tops excesivamente ceñidos. Y, aunque le encantaba llevar ese tipo de prendas, era consciente de que fuera de un escenario llamaban mucho la atención, algo que ella no deseaba. Y eso por no hablar de los botines de tacones kilométricos. Preciosos, sí. Sugerentes, también. Incómodos, mucho. Cuando actuaba, apenas si los notaba, pero en el momento en que descendía del escenario y el trance en que se sumergía desaparecía, el dolor en la planta de los pies y en los gemelos emergía con fuerza. Por tanto, en el mismo momento en que pisaba el camerino, se cambiaba de ropa, y relegaba a Velvet, su *alter ego* sensual, al rincón de su mente donde no le hiciera actuar como una tonta con las hormonas alborotadas.

Lo hacía todas las noches, excepto esa.

Esa noche seguía llevando la minifalda negra de terciopelo, el top rojo de lentejuelas y los botines de tacón con flecos. Se había limitado a cambiarse la ropa interior —solo las braguitas, con ese top no podía llevar sujetador—, asearse en los servicios, peinar su melena negra hasta dejarla brillante y retocarse el maquillaje. Y todo porque el bombón que Alba le había señalado en la discoteca había permanecido inmóvil durante todo el concierto, frente a ella, observándola, devorándola con la mirada, haciéndole sentirse deseada. Excitándola.

—Eres imbécil, Sara —musitó para sí mientras recorría el local buscando a su hija—. Seguro que ese niño iba hasta arriba de todo y por eso estaba mirando hipnotizado el escenario —se dijo con irritación—. O eso, o estaba babeando por Elke.

Su amiga era la bajista del grupo y tenía que quitarse a los tíos de encima todas las noches.

Esquivó irritada a borrachos tambaleantes, bailarines inexpertos y grupitos de amigos hasta llegar al lugar en el que había quedado con su hija. Los tacones la estaban matando. Le preguntaría si regresaba con ella a casa y se largaría de allí. Ya no tenía edad para tanta fiesta.

—¡Mamá! —la llamó Alba. Sara sonrió y se acercó a ella.

—¿Qué tal hemos estado?

—Estupendos, como siempre —contestó abrazándola y comiéndosela a besos—.

Eres la mejor cantante del mundo —afirmó recurriendo a la coletilla habitual entre ellas.

—¡Exagerada! ¡Solo soy la mejor cantante del planeta! —respondió como siempre hacía desde que Alba apenas sabía hablar y le había dicho por primera vez esa frase.

—Mamá, quiero presentarte a un amigo —le dijo Alba de repente, poniéndose muy seria y señalando al chico que estaba a su lado, y en el que Sara no se había fijado—. Este es Héctor. Héctor, mi madre, Sara.

Sara se giró hacia el nuevo amigo de su hija, y se quedó paralizada. Era él. El bombón que no había dejado de mirarla mientras estaba actuando sobre el escenario.

Héctor sonrió, se acercó a la mujer que había llenado de fantasías eróticas su cabeza, la tomó de la cintura y le dio un beso en cada mejilla, casi sobre las comisuras de los labios. Luego pegó su boca al oído adornado con exóticos pendientes y susurró exhalando su cálido aliento sobre el lóbulo de Sara.

—Tienes una voz maravillosa.

—Gracias —acertó a responder, aturullada por el escalofrío que la había recorrido al sentir el aliento del joven sobre su piel. ¿Era real ese hombre? ¿De cuál de sus sueños eróticos se había escapado?

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Héctor, con los labios pegados a su oído, la música estaba muy alta y no quería hablar a gritos.

—Un refresco, pero que no lo sirvan de una botella de dos litros, quiero bote o botellín. Si no tienen, una cerveza sin alcohol o una botellita de agua.

Héctor asintió, se dirigió hacia la barra y pidió las consumiciones. Le tendió a Sara una botella de agua y le dio un trago a la cerveza que había pedido para sí. Estaba sediento. Durante el tiempo que había durado la actuación no se había movido del sitio, excepto cuando el grupo tocó una pieza instrumental y Sara abandonó temporalmente el escenario, momento que aprovechó para ir al servicio, librarse de los bóxers manchados de semen y tirarlos a la papelera. No podía seducir a una diosa con los calzoncillos sucios.

Observó cómo Sara echaba la cabeza hacia atrás, posaba sus labios pintados de rojo en la boca de la botella y bebía. Se imaginó que esos mismos labios rodeaban su pene, tragando sobre él. Un latigazo de placer estalló en su cuerpo, tensándolo, endureciéndolo más todavía.

Todos sus instintos le instaron a tomarla. Ya. Había llegado la hora de hacer magia.

Esperó a que terminara de beber, le quitó la botella de las manos y la dejó sobre la pegajosa barra. Luego la tomó de la cintura y, con cuidado de no tocarla con su tremenda erección, se acercó a ella.

—Bailemos —la apremió empujándola con sutileza hacia la pista.

Sara lo miró estupefacta, una chispa de inseguridad asomó a sus ojos antes de que pudiera ocultarla alzando una de sus finas y oscuras cejas.

—¿Bailar? ¿Con estos tacones? Me temo que no —rechazó con una sonrisa en los labios que no le llegó a los ojos.

—¿No? ¿Por qué?

—Porque es imposible que baile sobre ellos y a la vez mantenga el equilibrio —inventó sobre la marcha.

—Quiero verte bailar otra vez —susurró en su oído.

—¿Otra vez? ¿Cuándo me has visto bailar? —Hacía años que no bailaba, no podía haberla visto haciéndolo.

—En el escenario, hace unos minutos. No seas mala, baila para mí ahora —exigió meloso besándola en el cuello.

—Eso no es bailar. Solo hacía mi trabajo moviéndome al ritmo de la música —replicó Sara apartándose de él a la defensiva y mirándolo de arriba abajo.

¿Acababa de besarla en el cuello? O eso, o estaba tan borracho que no podía mantener el equilibrio y había apoyado la cara en su hombro para sujetarse. Casi se inclinaba por la segunda opción. Estaba acostumbrada a que en los hoteles, los babosos borrachos, y no tan borrachos, se le tiraran encima. Pero que lo hiciera un jovencito... pues no, la verdad.

—Entonces movámonos al ritmo de la música —insistió Héctor que, sujetándola por la cintura, la guio con meticulosa y sensual lentitud a la pista, lejos de Alba.

Sara se dejó llevar, entre aturullada y divertida; no era posible que eso le estuviera pasando a ella. Pero sí, le estaba pasando y el muchacho sabía lo que se hacía. Lo sabía muy bien.

Le había liberado las manos y se movía frente a ella al ritmo de la música, acercándose para al instante separarse, rozándola como por casualidad en el brazo, en el vientre, al final de la espalda. Se inclinaba sobre ella y la acariciaba con su aliento en el cuello, la nuca, los hombros... para luego alejarse de nuevo.

La reacción de Sara fue echarse a reír con un deje histérico por lo inesperado de la situación. Era la primera vez en su vida que un jovencito estaba interesado en ligársela, y, ¡oh, milagro!, era el mismo en el que ella se había fijado mientras estaba cantando.

Se sentía como una diosa. Una diosa perversa y lasciva dispuesta a comerse al joven e inocente héroe. Aunque, en este caso, el héroe no fuera inocente. En absoluto.

—¿Qué te hace tanta gracia? —le preguntó Héctor, sonriendo a su vez.

—Me siento como si fuera la madrastra de los cuentos para niños. —Héctor entornó los ojos, sin entender a qué se refería—. Hermosa, malvada y dispuesta a convertirse en dragón y devorar al joven e incauto príncipe —le explicó Sara haciendo hincapié en la palabra joven.

—Puedes devorarme siempre que quieras —afirmó él antes de inclinarse sobre ella y lamerle los labios, mirándola a los ojos con un deseo tan abrumador que hizo que Sara se sintiera más viva de lo que nunca se había sentido.

Héctor pasó sus fuertes manos por la espalda de la mujer, deslizó las yemas de los

dedos bajo la cinturilla de la minifalda y la acercó a él, permitiendo que su rígida erección presionara contra el suave vientre femenino. Sara jadeó asombrada al sentir su dureza, y él aprovechó para succionarle el labio inferior hasta que su sensual boca se volvió maleable, momento en que sumergió la lengua en su interior, y la devoró.

Cuando se separaron, casi sin aliento, los oscuros ojos de Sara brillaban febriles, su pulso latía acelerado y todo su cuerpo temblaba de anticipación. La mujer que era cuando estaba sobre el escenario, y que tan rápidamente ocultaba en cuanto bajaba de este, acababa de escapar del lugar en su interior en el que la mantenía encerrada.

—Me has convencido —le dijo Sara con una voz ronca que no se parecía a la que había usado hasta ese momento. Enredó los dedos en el rubio cabello de Héctor, se puso de puntillas y le lamió el labio inferior—. Bailaré para ti.

Y dicho esto, elevó las manos por encima de su cabeza y comenzó a moverse.

Héctor se quedó inmóvil, observándola fascinado, incapaz siquiera de pensar. Luego se colocó tras ella, posó las manos en su cintura e, intentando mantener una distancia de seguridad entre su erección y el tentador trasero femenino que le permitiera no correrse en los próximos cinco minutos, comenzó a bailar.

Sara echó la cabeza hacia atrás, miró a su joven pretendiente, y se tapó la boca con una mano para ahogar la carcajada histérica que estaba a punto de escapar de su garganta. Ella no se comportaba así. Jamás. Pero era tan excitante.

Relegó a un rincón de su mente la fría lógica que le instaba a terminar con ese teatro y recuperar la compostura, y dejó que la pasión que solo se permitía mostrar en el escenario la guiara. Bailó con voluptuosa lentitud contra el cuerpo firme de su joven e inesperado acompañante, meciéndose sobre el alto y fino tacón de sus botines mientras movía las caderas, la cintura y los hombros con el ancestral ritmo de la sensualidad. Hasta que una chica rubia, que en el extremo opuesto de la pista hacía ostentosos gestos con las manos frente a ella, le hizo recuperar la razón.

Cesó de bailar y la observó con atención.

—¿Qué le pasa a Alba? —preguntó Héctor a la defensiva, mirando con los ojos entornados a la que había considerado su amiga hasta hacía un segundo. No le hacía ninguna gracia que la muchacha metiera las narices donde no tenía que meterlas.

Sara lo ignoró, centrando toda la atención en su hija. Segundos después negó con la cabeza, levantó una mano, en el gesto universal de: «espera un segundo», y se volvió hacia Héctor.

—Tengo que irme —le gritó para hacerse oír por encima de la música.

—No creo que Alba esté de acuerdo con eso, y yo tampoco —replicó él con una sonrisa traviesa, señalando a la rubia. Esta negaba vehementemente con la cabeza y hacía señas inequívocas con brazos y manos dando a entender algo así como: «ni se te ocurra marcharte ahora».

Sara se cruzó de brazos y asintió con la cabeza. Alba puso las manos en las caderas, frunció el ceño, entornó los ojos y negó una sola vez con la cabeza. Sara imitó la postura de su hija.

Alba chocó el canto de una mano con la palma de la otra con inusitada contundencia y después se llevó los dedos a la boca, sopló un beso sobre ellos y, antes de que Sara pudiera parpadear, salió de la discoteca.

—Me parece que te ha dejado sola ante el peligro —susurró Héctor en su oído a la vez que volvía a tomarla de la cintura, con suficiente presión en los dedos como para que no pudiera escaparse con facilidad.

—Eso parece —murmuró Sara enfadada por la traición de su hija—. Me temo que se ha quedado sin chocolate durante toda la semana y tendrá que acompañarme a una sesión de piano en el conservatorio.

—Mujer malvada y cruel...

—Ni te lo imaginas. Puedo llegar a ser muy creativa con mis castigos —siseó medio enfadada, medio divertida por las palabras de él.

—¿De veras? Me encantaría comprobarlo.

Sara abrió los ojos como platos, su enfado se había esfumado, dando paso de nuevo a la excitación. Giró la cabeza y lo miró, aturdida por el deseo que habían despertado en ella sus últimas palabras.

—Aprovecha el momento. Baila para mí. —Héctor deslizó una de las manos que mantenía en su cintura hasta el vientre, pegándola a él, permitiéndole sentir en las nalgas su tremenda erección.

Y Sara, por segunda vez esa noche, cerró los ojos y se dejó llevar por la música, con el joven y nada inocente príncipe azul pegado a su trasero.

Se movieron al unísono meciéndose el uno contra el otro, las manos de él ancladas en el vientre de ella y las de ella abrazadas a la nuca de él, marcando su propio ritmo e ignorando por completo la música que retumbaba a su alrededor.

—Me encanta cómo te mueves —susurró Héctor mordiéndole el lóbulo de la oreja.

—Llevo más de veinte años bailando sobre los escenarios, he tenido tiempo de aprender a moverme —le indicó Sara mirándolo desafiante; ya no tenía edad, ni paciencia, para andarse por las ramas.

—Me gusta que tengas experiencia.

—Mucha experiencia. En octubre cumpla treinta y nueve —especificó. La escasa luz de los focos, débil y parpadeante, sumada a las copas que él habría tomado, podía hacerle pensar que ella era más joven de lo que realmente era. Y, francamente, no le apetecía nada quedar como la bruja vieja y malvada que seduce al incauto jovencito.

—Pensaré en algo especial para celebrar tu cumpleaños. —Héctor la mordió con dulzura en el hombro y continuó depositando un reguero de besos hasta llegar a su nuca, donde le dio un breve lametazo sobre el que después sopló.

Sara se apartó de él al sentir un repentino escalofrío de placer. Lo que estaba haciendo era una locura. ¡Ella no era así! No era la mujer sensual y lasciva que aparentaba ser cuando se subía al escenario. Ella era una mujer cabal y responsable que no se aprovechaba de tiernos e inocentes jovencitos.

Se dio la vuelta, enfrentándose a él.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veinticuatro. ¿Algún problema con eso? —la desafió Héctor. Y, volviéndola a tomar de la cintura, la acercó a él a la vez que introducía una de sus piernas entre las de ella.

—No. Desde luego que no —jadeó Sara al sentir la tremenda erección presionando contra su vientre. Su cara angelical la había engañado, él era mayor de lo que había pensado. No mucho, pero al menos ya no se sentía como una asquerosa pederasta.

—Estupendo. Sigamos bailando. —Héctor bajó la cabeza y la besó.

Sara acarició con dedos trémulos el sedoso cabello de su joven príncipe y se dejó llevar. Le había avisado, incluso le había confesado su edad. Si a él no le importaba, a ella tampoco.

Las manos de Héctor se deslizaron bajo el top rojo de lentejuelas, buscando la suave piel femenina. Sara se arqueó contra él cuando sus dedos dibujaron círculos sobre la curva en la que la espalda pierde su nombre.

—Me muero por tocarte —gimió él en su oído.

—Ya lo estás haciendo.

—No como deseo. Salgamos fuera... a la playa.

—¿A la playa? Ni loca. Hay demasiada arena —jadeó ella, asustada al sentir como los traviesos dedos tentaban la cinturilla de la minifalda.

—Quiero comerte entera —susurró él junto a su boca a la vez que comenzaba a moverse en dirección a la puerta sin dejar de bailar.

—No soy un helado —replicó Sara esforzándose por mantener la cordura a pesar de la mano que trazaba espirales sobre su ombligo. Una cosa era bailar, y otra muy distinta hacer lo que su delirante mente estaba pensando hacer con el muchacho.

—Estoy seguro de que tus pezones saben a coco —afirmó él inhalando profundamente junto a su cuello.

—Es la colonia, no te hagas ilusiones. —Lo sintió reír contra su hombro.

—Eres única. —Héctor apoyó la frente sobre la de Sara. Ahora sus manos acariciaban lentamente las caderas femeninas mientras sus pulgares danzaban sobre el vientre—. Me muero por follarte, Sara.

Ella elevó la cabeza, aturdida, repentinamente consciente de que su joven y angelical compañero de baile era realmente un lascivo diablo dispuesto a quemarla con el fuego de la lujuria. Y lo malo era que ella quería quemarse.

Él aprovechó su desconcierto para besarla tal y como deseaba. Lamió sus labios y mordisqueó el inferior hasta que ella por fin los abrió, permitiéndole la entrada a su boca. La invadió con su lengua a la vez que mecía las caderas, dejando claras no solo sus intenciones, sino también la dureza y grosor de su enorme erección.

—No puedo más, Sara. Desde que te he visto en el escenario tengo la polla dura como una piedra. Necesito saborearte, tocarte... follarte. Salgamos fuera —imploró

junto a sus labios. Sus dedos, posados sobre el terciopelo negro de la minifalda, acariciaban el trasero, descendiendo hasta los muslos para después volver a ascender.

Sara lo miró estupefacta, su nada inocente príncipe azul era claro como el agua. Se expresaba con palabras que no dejaban lugar a dudas sobre lo que quería hacerle. ¿De verdad podía sentir un deseo tan arrebatador? ¿Por ella? Y, ¿de verdad podía ella excitarse tanto escuchándole? ¿En qué clase de sátira se había transformado?

—Te deseo, Sara. Ahora —exigió él tomando una de sus manos y posándola sobre su anhelante erección—. Mira cómo me tienes. —Se meció contra ella sin dejar de llevarla hacia la salida—. Te voy a follar hasta que grites mi nombre.

—No pienso gritar nada en mitad de la playa, y menos de noche —acertó a responder, con los ojos desorbitados.

Jamás le había ocurrido algo similar. Los pocos hombres con los que se había acostado solían ser cabales, prudentes, mesurados... Claro que eran mayores que ella, no quince años más jóvenes.

—Sí lo harás, te lo aseguro. No voy a dejar un solo centímetro de tu cuerpo sin besar. Te voy a tumbar de espaldas sobre la arena, te voy a desnudar y te voy a comer el coño hasta que tus muslos se cierren sobre mis orejas.

—Si cierro los muslos sobre tus orejas, no te vas a enterar de si grito o no —replicó Sara con la fría lógica que tanto molestaba a su hija. Inspiró profundamente, intentando enfriar un poco su febril mente, que no paraba de imaginar escenas en las que la cabeza de Héctor estaba entre sus piernas y su lengua en...— Además, ¿a qué viene esa fijación con la playa? ¡Me niego a acabar llena de arena como si fuera una croqueta! —exclamó sacudiendo la cabeza para expulsar los indecentes pensamientos.

—Me encantan las croquetas —jadeó Héctor sobre su boca. De repente, la tomó por las nalgas y elevándola contra su ingle, giró sobre sí mismo y abrió la puerta de la discoteca con la espalda.

—¡Estás loco! —gritó divertida al sentir la tibia brisa nocturna en sus piernas desnudas. Su espalda chocó contra la dura pared del exterior del edificio cuando Héctor se abalanzó sobre ella e intentó devorar su boca de nuevo. Se contoneó hasta que consiguió zafarse de él y poner los pies en el suelo. Y no solo en sentido literal —. ¡Me niego a revolcarme contigo aquí! —le advirtió.

—No pasa nada, buscaremos otro sitio.

Y, sin pensarlo un segundo, la tomó de la mano y caminó veloz hacia la playa.

Al pisar la arena, Sara perdió el equilibrio por culpa de los altos tacones, y Héctor, como el adorable príncipe azul que era, se arrodilló a sus pies, y sin permitir que sus quejas le detuvieran, le quitó los botines y enganchó los tacones en el bolsillo trasero de sus vaqueros. Luego volvió a levantarse, e hizo amago de rodearla por la cintura.

Sara, llevada por una emoción que no quería detenerse a investigar, se escapó de él y corrió en dirección a la orilla. Luego se lo pensó mejor y se alejó de las olas. No

le apetecía acabar empapada además de enarenada, porque si algo tenía claro era que él la iba a atrapar.

Héctor se detuvo un segundo para recolocar en los pantalones su incómoda erección, y comenzó a perseguirla. Se le escapó un par de veces de entre los dedos, Sara era muy escurridiza, pero al final consiguió su propósito. Se lanzó sobre ella y acabaron rodando sobre la arena, alejados de las olas, riendo y jadeando por la corta carrera. Él sobre ella, intentando meterse entre sus piernas, y ella, procurando mantenerse cuerda, impidiéndoselo.

De repente, la boca de Héctor estaba sobre la de ella y sus fuertes manos recorrían presurosas todo su cuerpo. Un suave roce de nudillos sobre los hinchados pezones, un ligero beso en la clavícula, una lánguida caricia sobre sus pechos... La palma de su mano abierta sobre su vientre, resbalando por encima de la minifalda, acariciándole los muslos y colándose entre ellos para ascender entre sus piernas. Sus dientes mordisqueando los pezones sobre las lentejuelas del top, tirando de ellos hasta hacerla jadear, arquear la espalda y separar los muslos. Las yemas de sus dedos sobre la fina tela de las braguitas...

—Sara, estás empapada.

Una suave y certera presión sobre sus labios vaginales, un roce húmedo retirando la tela que cubría su sexo, un dedo que penetraba en su interior.

—Me muero por follarte, por sentir sobre mi polla la humedad que siento ahora mismo en mi dedo. Estás tan mojada, me aprietas tanto. Quiero devorarte, Sara. Quiero meterte la lengua y saborearte. Quiero oírte gritar —susurró antes de morder la tela del top y levantarla hasta que los preciosos pechos quedaron expuestos.

—No pienso hacerlo. No voy a gritar para que todo el mundo se entere de lo que estamos haciendo. No tengo edad para esto, es de locos.

La besó de nuevo, silenciando sus protestas. Un segundo dedo la penetró, haciéndola arder. El pulgar sobrevoló el clítoris, tentándolo con ligeros roces que la enloquecieron. Los dedos en su interior se curvaron, en busca de ese lugar especial en el que el placer explotaba. Lo frotó y acarició hasta que Sara dejó de pensar y solo pudo sentir. Y, mientras tanto, los labios de Héctor retozaban sobre los pezones, los dientes jugaban con ellos, los raspaban con delicadeza y al instante después la lengua se posaba sobre ellos, calmándolos, para luego succionarlos con fuerza, dejándolos tan sensibles que un solo roce la hacía jadear.

—Córrete para mí, Sara, ahora —exigió, dibujando con el pulgar círculos cada vez más rápidos sobre su clítoris.

Y Sara lo hizo. Se arqueó hasta que solo sus talones y sus hombros continuaron sobre la arena. Se corrió con tanta fuerza que pensó que iba a perder la conciencia. Gritó de placer, gimió y jadeó incapaz de contenerse, animando todavía más al imponente pene de su amante.

Héctor la observó embelesado mientras continuaba acariciándola, empeñado en alargar su orgasmo todo lo posible, embrujado por el placer que inundaba su hermoso

rostro. Solo se detuvo cuando la espalda femenina volvió a tocar la arena y los jadeos entrecortados se suavizaron hasta tornarse agitada respiración.

—Eres tan hermosa, Sara. Me gustaría tenerte siempre junto a mí, excitada y desnuda, con tu precioso rostro bañado por el éxtasis.

Sara se sonrojó avergonzada por sus palabras, que tan bien indicaban cómo se sentía en ese instante: perdida entre las olas del orgasmo, en mitad de la playa.

«¡Oh Dios!».

Plenamente consciente de dónde se encontraba y de lo que estaba haciendo, se incorporó sobre los codos y miró a su alrededor. Suspiró agradecida al comprobar que se habían alejado lo suficiente de los edificios que rodeaban la discoteca.

—Mira cómo estoy, tan excitado que me duele hasta respirar —susurró Héctor en su oído a la vez que le cogía la mano y la llevaba hasta su erección—. Tócame, Sara, agárrame la polla como agarrabas el micrófono mientras cantabas.

Sara observó su apuesto rostro, tenía la frente perlada por el sudor y los ojos entornados, como si el deseo le impidiera abrirlos por completo. Le sujetaba la mano sobre su pene, se mecía contra ella y, al hacerlo, su respiración se estremecía, convirtiéndose en gemidos.

—Por favor, Sara, fóllame con los dedos como hiciste con el micro. Canta sobre mi polla, hazme el amor con tus labios como soñé que hacías mientras estabas en el escenario.

Sara parpadeó aturdida al escuchar la pasión en sus palabras, el deseo en su voz. Nunca nadie le había dicho nada parecido. Nunca antes se había sentido como una diosa lasciva y venerada.

Miró de nuevo a su alrededor, la playa estaba desierta, la lejana luz de las farolas del paseo marítimo apenas alcanzaba a iluminar las cercanías, muy lejos del lugar donde ellos se encontraban. Ninguna persona caminaba por la orilla bajo la luz de la luna. Nadie podría verlos.

Bajó la mirada y observó a su joven y libidinoso príncipe. La miraba como si fuera la mujer más hermosa del mundo, a la que más deseaba.

Y ella le deseaba a él. Lo deseaba más de lo que jamás hubiera podido imaginar que desearía a alguien.

Capítulo 5

—Era puro fuego, Da. Todo mi cuerpo ardía por ella, sentí que me moriría si no lograba tenerla. No podía respirar, no podía pensar, solo podía desearla más y más. Todo mi ser bullía con una impaciencia aterradora que me impedía razonar. Quería que fuera mía, y que lo fuera ya. Es de locos, Da, jamás me había sentido así. — Héctor cerró los ojos y vio en ellos cada imagen que se había grabado a fuego en su piel, en su mente, esa noche. Negó con la cabeza, no podía contarle eso a su hermano. Se esforzó en borrar los recuerdos que le asediaban y continuar hablando sin entrar en detalles que ni quería ni debía contar.

Sara liberó su mano de los fuertes dedos masculinos que la instaban a frotar la enorme polla. Empujó a Héctor por los hombros hasta dejarlo tumbado sobre la arena y se colocó a horcajadas sobre sus musculosas piernas. Le desabrochó los botones del pantalón y jadeó asombrada cuando el rígido pene saltó hacia ella.

El muy desvergonzado ni siquiera llevaba calzoncillos.

Lo tomó entre las manos y él gimió con fuerza, hundiendo los dedos en la arena. Sara sonrió, sintiéndose poderosa. Se inclinó y suspiró sobre el glande a la vez que lo envolvía con los dedos y comenzaba a masturbarlo lentamente. Él elevó las caderas.

Sara lamió la tímida gota de semen que emanaba de la abertura uretral y deslizó la lengua por la tensa piel de la corona a la vez que sus dedos se mecían sobre el tronco de la enorme polla, acariciando cada vena marcada en él.

Héctor comenzó a temblar, su respiración se volvió rápida, superficial, sus caderas se elevaron y sus manos se aferraron con fuerza a la arena de la playa mientras se mordía los labios intentando contener con dolor el orgasmo que comenzaba a formarse en su interior.

Sara abarcó entre sus labios el firme pene y lo introdujo con lentitud en su boca sin dejar de frotarlo con la lengua. Héctor aulló su placer a la luna.

Sara recibió gozosa la semilla vertida en su garganta. Paladeó y succionó el pene en busca de más, hasta que sintió que se relajaba entre sus manos, dentro de su boca.

Se alejó, pesarosa de liberar la apaciguada polla que un segundo antes invadía, pesada y orgullosa, su boca. Observó al ángel lujurioso que permanecía inmóvil junto a ella, su respiración, todavía alterada, el antebrazo surcado de venas con que se tapaba la cara, el otro brazo extendido sobre la arena, con los dedos firmemente hundidos en ella. Las piernas ligeramente separadas, la bragueta de los vaqueros abierta y, sobre ella, apuntando a un lado y no tan flácida como cabría esperar, la soberbia verga que había degustado con inusitado entusiasmo.

Él se había corrido con insólita rapidez, presa del deseo que ella le provocaba. Un deseo arrollador que Sara había visto con sus ojos, sentido bajo sus manos, acariciado con su lengua y saboreado en su paladar.

Sara se arrodilló sobre la arena y se colocó con manos trémulas el top y la minifalda. Ojalá no tuviera que trabajar al día siguiente. Ojalá no estuvieran allí, en esa playa.

Era una verdadera lástima que estuviera en un sitio público, porque, con ese hombre, en un lugar privado, se sentía capaz de intentar hacer realidad todas sus fantasías. Lamentaba que fuera martes y no sábado, para poder estar toda la noche pegada a él, sobre él, debajo de él. Era una putada que no tuviera condones a mano, porque entonces se lo follaría sin pensarlo un segundo. Sacudió la cabeza, enfadada consigo misma porque sabía que cualquier cosa que pensara en ese momento no sería más que un burdo y estúpido pretexto para evitar continuar allí, con él. Solo había una excusa válida, real, para la necesidad de huir que en ese instante sentía: su propia cobardía.

Lo miró una última vez, dispuesta a levantarse y despedirse de él, pero un ramalazo de perezosa lascivia la sedujo al contemplarlo de nuevo. Él tenía los ojos cerrados, como si estuviera dormido. Parecía tan vulnerable, tan inofensivo...

Extendió la mano, sus dedos acariciaron el escaso vello que aderezaba el liso vientre masculino... y se vieron envueltos por los de él.

—Joder, Sara, quiero follarte. Necesito follarte ahora mismo —musitó asiéndola por la nuca con la mano libre.

La obligó a descender de nuevo sobre él para a continuación apoderarse de sus labios en un beso salvaje y arrebatador que la dejó sin aliento. Guio con su mano la de ella, depositándola sobre su polla, erecta de nuevo.

—Dime que sí, Sara, y te demostraré hasta dónde puedo llegar, cuánto puedo aguantar.

Sara se dejó tentar durante un instante, acarició la rígida largura, se solazó con su tersa dureza y, cerrando los ojos pesarosa, interrumpió el beso y se apartó de él.

—Es tarde, Héctor, demasiado tarde. —No se refería a la hora. Ni al día. Se refería a los años. Demasiados años tarde para ella—. Debo regresar a casa y dormir un poco antes de que amanezca —respondió utilizando la excusa que parecía más creíble.

—No es tarde, es pronto, la noche es joven. Déjame que te demuestre todo lo que soy capaz de hacer. Conseguiré que grites mi nombre.

—¡Qué fijación tienes con los gritos! —resopló con fingida diversión a la vez que se levantaba y se sacudía la arena que se había quedado pegada en su ropa, su pelo, su piel...

—Vamos, Sara. Sé que he sido demasiado rápido, pero te juro que no es lo normal. Puedo estar horas y horas follando sin parar, sin correrme —le aseguro Héctor, avergonzado por su rapidez en finiquitar el asunto.

Se puso en pie con agilidad y, sin molestarse en abrocharse los pantalones, la abrazó por detrás y pegó su enorme erección al trasero femenino.

—¡Horas! ¡No lo dirás en serio! —Aparentó escandalizarse, pero en cuanto las

palabras abandonaron sus labios se dio cuenta de que lo adecuado no era escandalizarse, ¡sino echar a correr!

«¿Horas follando? ¡Por favor, qué aburrimiento! Todo el rato dale que te pego, sin parar. ¿Y cuándo iban a encontrar tiempo para dormir?», pensó en un ataque de raciocinio. Ella necesitaba como mínimo ocho horas para rendir en el trabajo, y lo que era más importante, no estaba por la labor de permanecer debajo de un tío, por muy joven y bien dotado que fuera, durante ¡horas! Tenía mil cosas que hacer como para perder el tiempo follando como una coneja todo el santo día. Ciertamente que nunca había sido una mujer muy sexual, ni siquiera de joven, mucho menos ahora, pero... ¡Horas! Héctor tenía que estar bromeando. Lo observó con atención. Los labios apretados, la mirada decidida, el mentón alzado... No. No estaba bromeando.

—¿Para qué quiere alguien en su sano juicio follar durante horas sin correrse? Tiene que ser incomodísimo. Por no hablar de que al día siguiente el escozor debe de ser horroroso. No lo digas ni en broma. —Puso los ojos en blanco y negó con la cabeza, para luego apartarse de él, simulando un estremecimiento de rechazo que en realidad no sentía, aunque lo sentiría si él seguía en sus trece—. Lo que prima en el sexo es la calidad, no la cantidad, y tu calidad es excelente.

—No bromees, Sara, no es divertido —se quejó Héctor, herido en su amor propio. Él nunca había sido de gatillo rápido, por lo que esa cagada, y encima con una mujer a la que deseaba tanto, le molestaba enormemente. No soportaba que se riera de él.

—No estoy bromeando, hablo totalmente en serio, por nada del mundo querría tener una polla dentro durante horas y horas —replicó a la defensiva, decidida a demostrarle, con la mayor dignidad posible, que no era la mujer que él pensaba.

Él negó con la cabeza, incrédulo.

—No intentes hacerme creer que no te importa, Sara. Sé que estás disgustada porque no he aguantado nada, no soy idiota. Pero te aseguro que esta vez te correrás varias veces antes de que yo lo haga —afirmó pegándose a ella de nuevo.

—Héctor, de verdad, me parece aburrido y muy incómodo. Prefiero mil veces un polvo corto y juguetón con unos buenos preliminares, que un maratón sexual interminable y monótono que me deje con las piernas arqueadas como a los *cowboys* —le explicó con total sinceridad, acorralada al percibir su empeño por demostrar que podía durar y durar. «¡Horror empieza con hor de horas!», pensó un poco histérica.

—Puedo hacer que cambies de opinión, si es que realmente estás siendo sincera, que lo dudo. Llevaba excitado desde que te he visto en el escenario, por eso no he podido contenerme. Pero si me das una oportunidad, te aseguro que no te vas a arrepentir.

—No me arrepiento, Héctor, en serio. Me encanta saber que me deseabas tanto que te has corrido en un tiempo récord. —Sara hizo una pausa al ver cómo el rostro del joven pasaba rápidamente de la esperanza al enfado más absoluto. Acababa de meter la pata hasta el fondo. Él jamás entendería cómo se sentía una mujer como ella al sentir el deseo de un joven como él.

—Joder, Sara. Eso ha sido un golpe bajo.

—No, Héctor, no es ninguna ofensa, sino un halago. A cualquier mujer le agrada saber que un hombre ha perdido los papeles por ella —intentó explicarse.

—A mí no me parece un halago —refunfuñó apartándose de ella y abrochándose los pantalones—, pero si es lo que quieres, haz lo que te salga del coño. No sabes lo que te pierdes.

Sara jadeó asombrada por su salida de tono. Cuando se recuperó de la sorpresa, se agachó para recoger los botines que había tirado minutos antes sobre la arena y, sin decir una palabra, se dio la vuelta y caminó hacia el paseo marítimo. Entendía que estuviera enfadado y, sinceramente, le venía de maravilla. Pensaba aprovecharse de ello para salir de esa situación que a cada segundo que pasaba se le escapaba más y más de las manos.

Héctor resopló enfadado, pero aun así la acompañó en silencio hasta la discoteca. Puede que estuviera cabreado y que hubiera dicho cosas que no debería haber dicho, pero no iba a permitir que ninguna mujer, y menos una tan hermosa, caminara sola por la playa al alcance de cualquier gilipollas que pudiera darle un susto.

Sara observaba a Héctor por el rabillo del ojo, se le veía enfadado, y también arrepentido. Pero debía reconocer que, ante todo, se estaba comportando como un perfecto caballero: protector cuando al llegar al paseo marítimo algún borracho le dijo cosas que no debía; galante cuando se colocó a su lado, posó una de sus fuertes manos en su espalda y caminó junto a ella, atento a que no tropezara con los desiguales maderos del paseo; imponente en su altura y porte.

—Me ha encantado conocerte —le dijo, enfrentándose a él junto a la entrada de la discoteca. Había sido encantador, y no pensaba irse sin despedirse. No se lo merecía. Si alguien tenía la culpa del desaguisado, era ella; no debería haberse dejado llevar por la excitación—. Aunque estés todavía malhumorado, eres un muchacho encantador. Estoy segura de que vas a volver locas a todas las féminas con las que te cruces —afirmó con franqueza.

—Preferiría volverte loca a ti.

—Oh, te aseguro que lo has hecho.

—«¡Horas!».

—Siento haberme comportado como un gilipollas.

—Tenías tus motivos, no pasa nada. Velvet tiene ese efecto en los hombres —le disculpó, feliz de poder marcharse sin que se hubiera montado una desagradable escenita. Odiaba las discusiones.

—¿Velvet? ¿Qué narices es Velvet? —le preguntó, confundido por su respuesta.

—Hasta que volvamos a vernos —se despidió Sara ignorando su pregunta y entrando en la discoteca.

Héctor se quedó mirando la puerta durante un instante, metió las manos en los bolsillos del pantalón y negó con la cabeza.

—Soy un jodido idiota —musitó para sí.

Un segundo después estaba en el interior de la discoteca, buscando a la diosa que se le había escapado de entre los dedos.

Seguía tan llena de gente como antes, las luces continuaban con su molesto y desorientador parpadeo y la música sonaba todavía más alta, más aturdidora. Recorrió cada metro del lugar, buscándola. Preguntó por los miembros de la banda, por la cantante en particular, y siempre obtuvo la misma respuesta: los músicos habían recogido y se habían ido hacía ya un rato. Algunos habían visto marcharse a la cantante hacía poco más de una hora, otros no sabían de quién hablaba. Solo hubo una persona que le indicó que acababa de salir del *backstage*, acompañada de una rubia con unas tetas impresionantes, y que ambas se habían marchado de la discoteca hacia apenas unos segundos.

Héctor decidió comprobar si eso era cierto.

Abandonó con rapidez la pista de baile, salió de nuevo al exterior, y allí la vio. Montada en un C4 gris aparcado junto a la acera, sentada en el asiento del copiloto, al lado de la bajista del grupo. Corrió hacia el vehículo. Oyó el ruido del motor al arrancar, observó el intermitente derecho iluminarse y, antes de que pudiera llegar hasta ellas, el coche aceleró y se incorporó a la carretera, dejándolo atrás. Continuó corriendo tras ellas hasta que se obligó a aceptar que por mucho que lo intentara, no conseguiría alcanzarlas.

—¡Héctor! —Oyó la voz de Zuper llamándole.

Se giró para observar a su amigo, que caminaba hacia él.

—Tío, ¿dónde te has metido? Te he estado buscando por todos lados. Joder, me has dejado tirado. No has hecho tu magia, y no he ligado. Eso no se hace con los amigos. Menuda putada, coño, yo que pensaba mojar hoy, y vas tú y te escaqueas. Anda, vamos dentro, a ver si todavía podemos salvar la noche.

—Me largo, Zuper, no estoy para fiestas —le respondió Héctor caminando hacia el paseo marítimo.

—¿Te vas? Todavía no ha llegado la furgó... ¿Cómo vas a llegar a La Mata?

—Dando un paseo. Me vendrá bien.

—No me jodas, tío, pedazo paseo que te vas a pegar. Espera, no corras tanto, que se me ha ocurrido una idea. Aguarda aquí, que ahora mismo vengo.

Héctor miró a su amigo y se encogió de hombros sin dejar de caminar. No estaba de humor para las tonterías de Zuper.

—¡Héctor! —le volvió a llamar un instante después, sujetando a un muchacho que se aferraba a sus hombros y que parecía a punto de desplomarse—. Lo he conocido esta noche, se ha pillado una buena trompa, y me ha dicho que vive en La Mata. Ha venido en su coche y no está en condiciones de conducirlo. Le he dicho que tú lo harás por él, solo tienes que encontrarlo y ya tienes transporte gratis para regresar a casa. No dirás que no cuido de ti, ¿eh? Me debes una.

Héctor miró a su amigo, sorprendido y a la vez divertido. Estaba claro que Zuper conocía a todo el mundo, y que se las apañaba para resolver cualquier problema que

podiera surgir. Entornó los ojos, pensativo. Sí. Zuper conocía a todo el mundo, a todo, todo, todo el mundo mundial.

Una enorme sonrisa se dibujó en su atractivo rostro. Zuper le había traído a la discoteca, conocía a los dueños, a la gente que había allí... y estaba cien por cien convencido de que también conocía a los miembros del grupo que había tocado. Seguro que se podría enterar de dónde encontrar a Sara. Para eso su amigo era el mejor.

—De acuerdo, no hay problema, conduciré por él —aceptó Héctor el trato—. Zuper, ¿sabes cómo puedo localizar a la...?

—Oh, vamos, no me vengas con preguntas ahora y coge a este tipo, que pesa un huevo —le interrumpió pasándole al borracho. Héctor se apresuró a agarrarlo antes de que este cayera al suelo—. Bueno, me largo, que la fiesta sigue y no quiero perder más tiempo.

—¡Zuper, espera! ¿Dónde puedo encontrar...?

—Ah, sí. Me ha dicho que el coche está cerca del puesto de la Cruz Roja, junto al paseo marítimo —le interrumpió Zuper de nuevo, pensando que le preguntaba por el coche. Luego se dio media vuelta y salió corriendo hacia la discoteca, dejando a Héctor con la duda.

—En fin. —Héctor miró a su inesperado acompañante y se encogió de hombros—. Vamos a buscar tu coche, mañana ya le preguntaré a Zuper.

Tardó casi media hora en localizarlo. No estaba junto al puesto de la Cruz Roja y, además, el tipo no ayudaba en nada. Solo sabía que era un Seat Toledo rojo cuya matrícula empezaba por BFW. Cuando por fin montaron y tuvo colocado en el asiento a su compañero, tarea que también llevó su tiempo, condujo en dirección a la discoteca. No sabía qué carretera tomar, y puesto que había llegado hasta allí en furgoneta, imaginaba que si salía desde allí, encontraría el camino.

Al llegar se encontró con varios coches y un furgón policial aparcados en la acera, todos con las luces encendidas y parpadeantes. Un montón de policías estaban frente a las puertas de la discoteca, interrogando a los que había fuera e impidiendo salir a los que estaban dentro.

Paró el coche, sorprendido. ¿Qué carajo había pasado? En ese momento, Zuper cruzó la calle y se encaminó hacia donde Héctor había detenido el coche. Silbaba a la vez que caminaba, como si fuera el hombre más feliz y despreocupado del mundo. Al llegar al Seat Toledo, abrió una de las puertas traseras y se metió dentro.

—Apareces como caído del cielo, tío —comentó acurrucándose en el asiento—. Nos han jodido la fiesta. Algún vecino gilipollas ha denunciado al dueño de la discoteca por abrirla sin licencia de apertura, y ahora resulta que eso es ilegal. ¡No me jodas! —bufó enfadado—. Arranca y vámonos pitando de aquí.

—¿Qué?

—Y encima dicen que se estaba traficando con drogas ahí dentro y la poli esta identificando y registrando a toda la peña —comentó Zuper mirando por la ventanilla

—. ¡Quieres arrancar de una puta vez, coño!

—¡Tranquilo! A nosotros solo nos pueden acusar de llevar un borracho a bordo —replicó divertido Héctor, metiendo primera.

—No jodas, tío, no me pienso deshacer del paquete que me ha dado el Pirulas. He conseguido unos cuantos euros por guardárselo, y si lo tiro tendré que devolvérselos... y pagarle la coca.

—¿Qué has hecho qué?

—Qué arranques, ¡joder!

Y Héctor hizo lo único que podía hacer, largarse de allí. Ya hablaría con Zuper cuando llegaran a casa, y entonces averiguaría dónde encontrarla de nuevo. Seguro que no sería difícil.

Dos mujeres viajaban silentes en el interior de un monovolumen gris que circulaba a perezosa velocidad por la N332 dirección Guardamar. Una iba perdida en sus cavilaciones, la otra preocupada por su amiga.

—¿Estás bien, Sara? —Elke observó a su compañera por el rabillo del ojo. Desde que se habían montado en el coche no había abierto la boca. Y aunque Sara no era muy charlatana, tampoco era una tumba. Tanto silencio no auguraba nada bueno.

—¿Crees que un tío puede aguantar follando durante horas? —le preguntó de sopetón.

—¡No has estado ni una hora fuera, no intentes tomarme el pelo! —exclamó Elke quitando el pie del acelerador. El estrepitoso y reiterado pitido de un claxon, procedente del vehículo que las seguía, le indicó que si quería tener la noche en paz lo mejor era que siguiera conduciendo a una velocidad razonable.

—¡Elke! —aulló Sara aferrándose con ambas manos al salpicadero.

—Tranquila, que no pasa nada, solo es el imbécil de detrás —le explicó para calmar a su amiga—. ¡Si tienes prisa, adelántame, gilipollas! —le gritó al causante de los claxonazos a la vez que sacaba la mano por la ventanilla y le hacía una peineta. El otro conductor le puso las largas un par de veces y, a continuación, pasó a su lado como una exhalación gritando improperios—. Será idiota el muy capullo —musitó Elke volviendo a sacar la mano por la ventanilla—. En fin, a lo que íbamos, ¿qué es eso de estar follando durante horas? No te ha dado tiempo, ni de coña. No me vengas con fantasmadas.

—No estoy diciendo que haya follado durante horas. Te estoy preguntando si se puede.

—Ah. Depende. ¿Toma viagra? —preguntó con gesto serio y mirada divertida.

—¡No! Tiene veinticuatro años. No necesita eso.

—¿Veinticuatro? Pues parece más joven.

—Y que lo digas —refunfuñó Sara.

—Con esa edad puede que aguante una horita, pero no más. Si fuera más joven imposible, siempre van empalmados y se corren enseguida. Por eso me pasé a las chicas, tienen más aguante y averiguan antes dónde está el quid de la cuestión —

comentó burlona.

—Elke, sinceramente, hay cosas que prefiero no saber. Tus relaciones sexuales son una de ellas —replicó Sara poniendo los ojos en blanco. A su amiga le encantaba picarla, tal y como demostraba la pícara sonrisa que mostraba en ese instante—. Entonces, no es posible que un tío se tire horas y horas follando, ¿verdad?

—Joder, Sara, tienes casi cuarenta tacos, ni que fueras una jovencita virginal. Supuestamente tienes que saberlo tú mejor que yo. A mí, te recuerdo, me van las tías.

—Bueno... Geert no cuenta, ya sabes que es de los que van al grano.

—Ya, gatillo rápido.

—No. Gatillo rápido no, solo un poco apresurado.

—Es más rápido que Usain Bolt.

—Y los demás hombres con los que he estado... en fin, hace tanto tiempo que ni me acuerdo —soslayó las palabras de su amiga. Se negaba a empezar una discusión sobre la supuesta «velocidad» de su expareja. Más que nada, porque llevaba todas las de perder.

—Acota el significado de «los demás». Para mí que te estás tirando flores, «los demás» implica a varios tíos y, que yo sepa, solo has estado con... mmm... ¿dos?

—Tres —refunfuñó Sara—. Mark, Yuri y Alberto.

—¿Yuri? ¿En serio? No lo recuerdo.

—Ni yo. Pero sé que lo hubo. Entre Mark y Alberto. Seguro —dijo pensativa antes de mirar a su amiga y ver la sonrisa que se dibujaba en sus labios—. ¡Elke! Estoy hablando en serio.

—De acuerdo, está bien. Me pongo seria. Pero, Sara, tienes que reconocer que la pregunta se las trae. No tiene ni pies ni cabeza.

—Ya, eso díselo a él, me ha amenazado con follarme durante horas.

—¿El pipiolo te ha amenazado? —Gruñó Elke tentada de dar la vuelta, regresar a la discoteca y hacerle una cara nueva al rubito.

—No exactamente. Ha dicho que le gustaría follarme durante horas. Y la verdad, me ha dado hasta repelús escucharlo —confesó fingiendo un estremecimiento.

—Ah, bueno. Le gustaría, esa es la cuestión. A los hombres se les va la fuerza por la boca. No te preocupes. No son capaces de aguantar tanto, ni aunque sean jovencitos de veinticuatro años, como habrás comprobado... porque lo has comprobado, ¿verdad?

—Pues no. Me he largado dejándole tirado con una erección de tres pares de narices.

—¿¡Qué!? Espera que aparco y me lo cuentas todo. Esto no me lo pierdo por nada del mundo.

—No te molestes. No hay nada que contar.

Elke miró a su amiga, puso los ojos en blanco durante un segundo, y luego buscó un sitio para aparcar.

—¿Me lo vas a contar o no? —preguntó cruzándose de brazos tras apagar el

motor, dejando claro que tenía todo el tiempo del mundo para escucharla.

—¿Tengo otra opción?

—Si quieres que seamos siendo amigas, no.

—Está bien —aceptó Sara lanzando un suspiro—. Se llama Héctor, tiene veinticuatro años... —Y procedió a contárselo todo, todo, todo.

—Entonces, el problema es que te has acojonado cuando ha dicho que duraba horas —resumió Elke.

—No he hecho tal cosa.

—Has salido corriendo dejándolo empalmado. Así que o eres idiota o te has acojonado. Y como eres mi amiga, prefiero pensar que ha sido la segunda opción —replicó negando con la cabeza—. ¡No me lo puedo creer, Sara! Te encuentras, como caído del cielo, con un tío que podría ser el sueño de cualquier mujer hetero... ¡y lo dejas escapar!

—Para mí no es un sueño, sino una pesadilla.

—¿Por qué?

—Porque un instante después de correrse, estaba otra vez excitado, duro como una piedra y diciendo que quería que folláramos durante horas. ¡Horas! Yo he perdido la costumbre de hacer eso, y más durante tanto tiempo.

—¿Alguna vez la tuviste?

—Ya no tengo el cuerpo para esos trotes. Solo de pensarlo me dan escalofríos —continuó Sara, ignorándola.

—¡No digas tonterías! Que tampoco estamos hablando de Nacho Vidal. Es solo un hombre un poco más joven de lo que tú estás acostumbrada, pero nada más. —Elke frunció el ceño, entornó los ojos, se mordió el labio y por último miró a su amiga pensativa—. ¿Sabes lo que creo?

—No tengo ni la más remota idea —refunfuñó Sara. Cada vez que Elke intuía algo daba en el clavo.

—Creo que el chaval te ha hecho tilín.

—Oh, seguro.

—Sí. Te gusta, y conociéndote como te conozco, te has montado toda esta historia en tu cabeza para no darte la oportunidad de salir con él —afirmó Elke enfatizando sus palabras con un golpe en el volante.

—Estás totalmente equivocada. Lo último que me apetece a estas alturas de mi vida es salir con alguien y tener que empezar a dar explicaciones.

—¿Dar explicaciones?

—Sí. Tener que empezar de nuevo a explicar cómo y dónde me gusta que me toquen, si lo quiero rápido o despacio, más fuerte o más flojo, con un dedo o con dos, o lo que es peor todavía, cómo me gusta que me coman el... —explicó, y según iban saliendo las palabras de sus labios, se iba dando cuenta de que no estaba mintiendo. Realmente no le apetecía volver a pasar por todo eso—. No, lo siento, pero no me apetece nada volver a pasar por los prolegómenos de una relación sexual con un

desconocido. Ya no tengo paciencia para andar cuestión.

—Pero si acabas de decirme que te ha hecho llegar en cinco minutos.

—Un golpe de suerte por culpa de un calentón inesperado —improvisó la excusa perfecta.

—No me jodas, Sara.

—Justo de eso es de lo que estamos hablando, de joder —replicó exasperada. Su amiga no la entendía, ni la iba a entender nunca. Elke tenía diez años menos que ella, no era lo mismo—. Una cosa es masturbarse mutuamente en pleno calentón, y otra muy distinta comenzar a explicarle que no puede penetrarme de golpe porque tengo problemas de lubricación, o que no tengo orgasmos vaginales y, por tanto, si no me acaricia el clítoris me voy a aburrir como una ostra. ¡Y más si lo hace durante horas! —exclamó desesperada, pensando en lo horroroso que sería acostarse con un chico joven y fogoso con más pilas que el conejito de Duracell—. Mucho trabajo para un simple polvo —desestimó.

—Pero no tiene por qué quedarse en un simple polvo. Existen unas cosas llamadas «citas», ya sabes, quedar con él e ir a cenar, comer, pasear... se puede echar más de un polvo con el mismo tío en días distintos. No es nocivo para la salud.

—No fastidies, Elke, ya no tengo edad para andar complicándome la vida con relaciones sentimentales. ¡Como si no tuviera otra cosa que hacer!

—Claro, y por eso prefieres echar una vez al año un polvo de cinco minutos con Geert, porque él te hace ver las estrellas —ironizó— y a cambio, solo tienes que convertirte en el Banco de España.

—Ya sabes el refrán: más vale lo malo conocido que lo bueno por conocer —contestó obviando la segunda parte de la frase.

—¡Y tan malo! —siseó Elke fijando la mirada en su amiga—. Yo sigo pensando que la culpa de que no disfrutes como debieras con el sexo no es tuya, sino del inútil de tu ex.

—Sí disfruto con el sexo. Con un sexo tranquilo y relajado que dure un tiempo adecuado —zanjó la cuestión Sara. Estaba harta de que su amiga siempre se metiera con el pobre Geert—. Arranca el coche y vámonos a casa. Necesito dormir aunque solo sea un par de horas antes de ir a trabajar.

Elke frunció el ceño, cerró la boca y giró la llave en el contacto. Durante los diez minutos que duró el trayecto, ambas mujeres viajaron en silencio, perdidas en sus pensamientos.

Elke comprendía a Sara. No era fácil abrir el corazón y arriesgarse a enamorarse de alguien, mil cosas podían salir mal, y ella vivía muy tranquila sin tener necesidad de poner en peligro su pobre corazón, al igual que Sara. O al menos eso había pensado durante el último año, porque hacía menos de un mes todo había cambiado, se había arriesgado, y había ganado. Una sonrisa soñadora se dibujó en su cara. Estaba deseando llegar a casa para... Sacudió la cabeza con fuerza y miró a su amiga para recordarse que no debía pensar en sí misma sino en ella.

Sara llevaba años determinada a no tener ningún tipo de relación sentimental. Y no había manera de hacerla cambiar de opinión. Aunque tampoco ayudaba que su expareja fuera un zalamero caradura, irresponsable y embaucador que se empeñaba en comportarse como si fuera el mejor amigo que pudiera tener. Y con el que, además, de vez en cuando, seguía teniendo sexo. Muy de vez en cuando, y un sexo regular tirando a normal, pero sexo al fin y al cabo. La costumbre había matado a la pasión.

Una vez hubieron aparcado el coche en el garaje de la casa, se entretuvieron en sacar del maletero el bajo eléctrico, el maletín con el micrófono y el pie de Sara, y las mochilas con la ropa de ambas, y se dirigieron a sus respectivos cuartos en silencio para no despertar a Alba.

—¿Qué tal te ha ido, mamá? —exclamó esta encaramándose a la escalera.

—¡Alba! ¿Qué haces despierta?

—¿Qué crees tú que hago? Pues esperaros para averiguar qué ha pasado con Héctor.

—No es de tu incumbencia —la regañó Sara.

—O sea, que le has dado calabazas —aventuró Alba. Elke asintió con la cabeza—. En fin, tenía que intentarlo —musitó—, a ver si la próxima vez te encuentro uno que te haga más tilín.

—¡Alba!

La voz del corazón. Primer latido.

1 de enero de 2011

Darío inclinó la cabeza para evitar mirar a su hermano. Mucho se temía que ni siquiera poniendo su mejor cara de póquer podría disimular el enfado que hacía mella en él ante lo que estaba escuchando. Había muchas cosas que Héctor no le estaba contando y, sinceramente, se alegraba de ello. No quería saber qué había hecho su hermanito esa noche, en esa playa, con esa mujer.

¡Miércoles!

Era su hermano pequeño. No podía, ni quería saber nada relativo a él y al sexo, aunque no le costaba nada imaginárselo ligando en la pista de la discoteca, desplegando todas sus armas de seducción; lo había visto hacerlo cientos de veces. Pero... ¡no con una mujer que podía ser su madre! ¿En qué demonios estaba pensando al hacer eso? Y por el estado en que había llegado la noche anterior, mucho se temía que su cabal hermanito no solo no se había dado por satisfecho con seducir a esa mujer en esa única ocasión, sino que llevaba ya tiempo manteniendo una ¡relación con ella! Una relación poco satisfactoria, a tenor de lo que había farfullado Héctor medio borracho la noche anterior. Una relación que les había ocultado durante... ¡Un año!

Tomó aire profundamente para tranquilizarse y forzó a sus manos, cerradas en puños, a abrirse de nuevo y posarse en aparente relajación sobre los reposabrazos del sillón. De nada le servía dejar salir su mal genio y asustar al muchacho antes de que acabara de contar su historia. Miró la hora en el reloj de su muñeca, aún quedaba tiempo antes de que su hermana regresara a casa con su padre. Más le valía a Héctor apresurarse, porque cuando Ruth se enterara de lo que había hecho, iba a montar en cólera.

—¡Vaya historia, Héctor! —comentó en ese momento Ariel, a la vez que sujetaba a su hija contra la cadera y posaba una mano sobre la de su marido. Conocía a Darío y no le hacía falta mirarle para saber que estaba muy enfadado—. ¡Qué callado te lo tenías! No me lo puedo creer, el gran seductor ha conocido a una chica que le ha hecho tilín.

—¿Una chica? —apuntó Darío con ironía mirando a su hermano pequeño—. Más bien una mujer. Treinta y nueve años... ¿No te parece un poco mayor para ti?

—Es perfecta para mí, Da —replicó Héctor a la defensiva a la vez que se levantaba del sofá y se colocaba ante su hermano con las manos apoyadas en las caderas.

—Tranquilo, hermanito, no pretendo ofender, solo estoy exponiendo un hecho. —Darío estiró las piernas y adoptó una postura relajada. Se negaba a levantarse y

recoger el guante que le estaba tirando su hermano. Dado el nerviosismo de Héctor, y su propio mal genio, lo último que le hacía falta era decir exactamente lo que estaba pensando. Aunque le costara la misma vida callarse.

—Yo estoy tranquilo, Da. Eres tú quien no lo está. Sí, cuando la conocí Sara tenía treinta y nueve años, ahora tiene cuarenta... ¿Y qué? ¿Supone algún problema para ti? —Héctor se inclinó hasta que su cara quedó a escasos centímetros de la de su hermano mayor. Darío se limitó a cruzarse de brazos, aparentemente calmado.

—Vuelve a tu sitio, Héctor, o tendré que hacerte una cara nueva por amenazar a mi marido —le advirtió Ariel, situándose junto a él con su bebé todavía en brazos.

Héctor se giró hacia su cuñada, consciente de que Ariel era perfectamente capaz de hacer lo que había dicho, incluso con las manos atadas a la espalda. La joven con la que se había casado Darío tenía un genio de mil demonios y sabía pelear de todas las maneras imaginables. Aunque también era la muchacha más cariñosa —cuando quería— y encantadora que había conocido nunca.

—Lo siento, sirenita, no sé lo que me está pasando —se disculpó apoyando la frente sobre la de su sobrina. La pequeña aprovechó la oportunidad para aferrar con sus puñitos algunos mechones de cabello rubio y tirar de ellos con fuerza. Héctor le hizo un par de carantoñas mientras luchaba por deshacerse de los tirones que le propinaba.

—Livia y yo aceptamos tus disculpas, pero si se te vuelve a ocurrir volver a comportarte como un idiota...

—Lo sé, me darás tal tortazo que tendré que utilizar los dientes de collar. — Héctor se sentó de nuevo, dedicándole a Ariel su sonrisa más deslumbrante.

Ella se limitó a arquear una ceja, incommovible.

Se quedaron en silencio un momento, cada cual inmerso en sus pensamientos.

Ariel jugaba con su pequeña mientras pensaba en la manera de calmar los ánimos entre los dos hermanos. Entendía a ambos. Darío era demasiado protector como para pasar por alto la diferencia de edad. Pero si Héctor se había enamorado... en fin, ¿qué importaba la edad? Lo importante eran los sentimientos. Sentirte bien con una persona, saber sin ninguna duda que eres amado, comprendido y correspondido. Saber que ya no estás solo. Ella sabía demasiado sobre la soledad como para permitir que unos pocos años arriba o abajo se inmiscuyeran en una relación.

Darío, en cambio, evitaba mirar a su hermano, aunque no lo conseguía por completo. Mantenía la mandíbula apretada y sus manos se aferraban con fuerza a los brazos del sillón mientras intentaba apaciguar la furia que le recorría. Por culpa de una mujer, mayor, para más señas, su hermano se había enfrentado a él y, además, el muy idiota se estaba comportando como un imbécil encoñado.

—Estoy seguro de que Sara te caería bien, Ariel —comentó Héctor de repente, incapaz de permanecer más tiempo callado bajo el escrutinio de su hermano mayor —. Ella es increíble. Lo mejor que me ha pasado en la vida.

—Ya veo, por eso anoche intentaste follarte a otra —apostilló Darío sin poder

evitarlo.

—¡Darío! —Ariel se levantó del sillón al mismo tiempo que lo hacían Darío y Héctor. Sin darle tiempo a negarse, puso a la niña en brazos de su cuñado y, acto seguido, se encaró con su marido—. Cierra esa boca ahora mismo o te la cierro yo.

—No te metas en esto, Ariel, no es de tu incumbencia —advirtió a su mujer.

—¿Desde cuándo no es de mi incumbencia? —siseó la joven pelirroja mostrando los dientes—. Héctor es mi familia ahora, tú lo dijiste. —Darío resopló y elevó el dedo índice para continuar su alegato. Ariel no le dejó hablar—. Baja ese estúpido dedo o te lo volveré a morder, y te juro que esta vez te haré sangrar.

Darío abrió mucho los ojos, recordando exactamente el día en que Ariel había hecho eso. Fue el mismo día en que se conocieron. El momento en que comenzó a enamorarse de ella. Sacudió la cabeza para liberarse del memorable recuerdo, no estaba dispuesto a ceder.

—No me malinterpretes, Ariel. Héctor es tu familia —afirmó con rotundidad. Bastante le había costado lograr que ella se permitiera formar parte de la familia, como para dejar que volviera a sentirse aparte por una palabra mal empleada—. Pero no puedes ponerte de su parte. ¡Yo soy tu marido!

—¡Y también eres idiota!

—¿Yo soy el idiota? ¿¡Yo!? Yo no he llegado a casa borracho como una cuba, ni he intentado ponerle los cuernos a mi novia acostándome con alguien de quien no recuerdo ni el nombre.

—Cierra el pico ahora mismo o...

—¿O qué?

Héctor miró alternativamente a su hermano y su cuñada, incapaz de creer que estuvieran discutiendo por su culpa.

—Basta, Ariel —interrumpió la discusión colocándose entre ellos, y poniendo a la pequeña, cada vez más inquieta, en los brazos de su padre—. Darío tiene razón, ayer metí la pata hasta el fondo y ya no tiene solución —afirmó dándose la vuelta y caminando hacia la puerta del comedor.

Darío miró al cielo y puso los ojos en blanco mientras acunaba a su hija. Ariel, por su parte, fue tras Héctor y le tomó con fuerza de la muñeca, obligándole a darse la vuelta.

—No. Da no tiene razón. Ayer no pasó nada, no llegaste a hacer nada, por tanto no cometiste ningún error.

—Sirenita, eres demasiado buena conmigo. —Héctor depositó un cariñoso beso en la frente de la muchacha—. Si no pasó nada, fue porque estaba demasiado borracho como para que pasara.

—Lo dudo —tronó la voz de Darío en el silencio que reinaba en el comedor—. Te conozco demasiado para creerme esa tontería, hermanito. No eres de los que beben hasta emborracharse, y ayer habías sobrepasado todos tus límites. No es normal en ti. Y no voy a permitir que pienses que no te quiero, o que no te apoyo,

solo porque me deje llevar de vez en cuando por mi genio. Siéntate y cuéntanos por qué lo hiciste.

—¿De vez en cuando, Da? Estás más tiempo enfadado que contento —comentó Héctor acercándose y dándole una palmada en la espalda—. Yo también te quiero, hermano —susurró—. Pero no merece la pena hablar de ello.

Caminó con lentitud hasta las puertas cristaleras que daban a la diminuta terraza de la casa. Se detuvo silente ante ellas, con la mirada perdida en el parque en el que había jugado con sus hermanos de niño, el mismo en el que seguía jugando ahora con sus sobrinas. Metió las manos en los bolsillos de los vaqueros y negó con la cabeza.

—¿Por qué lo has mantenido en secreto durante todo este tiempo, Héctor? —le preguntó Ariel sentándose en uno de los brazos del sillón en el que estaba Darío—. ¿Te avergüenzas de ella? ¿De que sea mayor que tú?

—¡No, por Dios, claro que no! Jamás me avergonzaré de Sara. Es solo que... es complicado. Nadie ve raro que un hombre salga con una mujer mucho más joven que él, pero si es al contrario, si ella es mayor, la gente piensa lo peor. Da por sentado cosas que no son ciertas, se deja llevar por los prejuicios. Y, la verdad, no me apetecía hablar sobre ello y tener que pelearme con mis hermanos —explicó Héctor, para quedarse de nuevo en silencio.

—Lo que demuestra que Ariel es la más lista de toda la familia, y que siempre tiene razón —comentó Darío al ver que su hermano se negaba a continuar hablando—. Soy un idiota, Héctor. Perdóname. A veces no pienso lo que digo.

—Ese es el problema, Da. Que dices justo lo que piensas. Lo que piensa todo el mundo aunque se lo calle, lo que pensará Ruth cuando se entere: que soy un niño que se ha encoñado de una mujer mayor —aseveró apoyando el antebrazo en el cristal de la puerta corredera y escondiendo la cabeza tras él.

—A ver, Héctor. —Ariel abrazó a su cuñado por la espalda y apoyó la cabeza sobre sus hombros—. Conociste a Sara, pero te enfadaste y la dejaste marchar. Imagino que conseguiste que tu amigo, Zuper, te dijera cómo encontrarla. La volviste a ver de nuevo, arreglasteis las cosas, y habéis estado juntos desde entonces hasta que hace un par de días habéis discutido por cualquier tontería, y ahora estáis enfadados —elucubró Ariel—. ¿Me equivoco?

—Por completo, Ariel. Nada sucedió como tú lo pintas. Es mucho más complicado. Pensé que sería fácil volver a verla. En serio. Estaba seguro de que Zuper me diría dónde podría encontrarla, él conoce a todo el mundo. Entonces me di cuenta de que para él las personas no son más que sombras.

Capítulo 6

Sábado, 19 de diciembre de 2009

Héctor sacudió la cabeza para librarse de las molestas gotas de agua que le habían quedado en el pelo tras la ducha e intentó mirarse en el espejo, pero este estaba tan sucio que le fue imposible. Echó un vistazo a su alrededor, y pensó, no por primera vez desde que vivía allí, que a la casa le hacía falta una buena limpieza. Pero si los demás no se molestaban en limpiar, no iba a ser él quien se diera la paliza. Sin vestirse, se dirigió a la cocina, cogió los bóxers y los calcetines del armario y se los puso, luego abrió la nevera y escrutó el estante que le correspondía mientras se rascaba la tripa con parsimonia. Comparado con los de los demás, el suyo era un verdadero vergel. Estuvo un rato dudando sin saber exactamente qué comer. Al final se decidió por utilizar todo lo que tenía; saltaría las espinacas que le habían sobrado de la noche anterior junto con los ajetes, los puerros y el calabacín que le quedaban de la última visita al huerto. Cogió también la granada para que fuera tomando temperatura para el postre. Con el estómago rugiendo por el hambre, procedió a hacerse un hueco en la encimera. No le resultó complicado, sus compañeros de piso habían aprendido, tras algunas discusiones de variada intensidad, que si querían tener la fiesta en paz debían respetar su medio metro de encimera. Rebuscó entre la ropa que colmaba su armario la sartén que se había convertido en «su tesoro» y la puso sobre el único fuego que todavía funcionaba. Cortó en juliana las distintas hortalizas y, mientras lo hacía, pensó en su cuñada; Ariel sería feliz rodeada de tanta verdura, le encantaba. Y él, que tanto había despoticado por tener que cenar comida de cabras, ahora no solo la cenaba, sino que también la comía y, a veces, la desayunaba. Y, siendo sincero, hasta lo agradecía. Antes o después, incluso un joven sensato y responsable como él se hartaba de comer el fiambre envasado al vacío que sus hermanos le suministraban y comenzaba a echar de menos una buena menestra, un guiso de ternera o cualquier plato más elaborado que un bocadillo de chorizo. Pero, para lograr ese tipo de comidas, eran necesarios ingredientes en los que había que gastarse el dinero, y justo de eso, andaba flojo. Tenía que hacer frente con su sueldo de becario al alquiler de la habitación, la comida, las pocas fiestas a las que últimamente acudía y los pequeños gastos que iban surgiendo. No era sencillo llegar a fin de mes, qué diablos, ni siquiera era fácil llegar a mediados. Y aunque intentaba ser autosuficiente, era raro el mes que no acudía a sus hermanos para pedir una inyección de efectivo, a fondo perdido, por supuesto. Ruth y Darío jamás aceptarían la devolución de la deuda.

¡Gracias a Dios!

Terminó de trocear los ajetes y los añadió al resto de alimentos que se pochaban

en la sartén. Y mientras esperaba a que estuvieran en su punto, recordó el momento en el que, gracias a un golpe de suerte, conoció a Fermín y se acabaron parte de sus problemas pecuniarios. Había sido a finales de septiembre, durante una exploración de ruta por el Parque Natural de las Salinas de la Mata. Caminaba enfurruñado por culpa del prepotente de su jefe y la última putada que este le había hecho, y sin pensar en lo que hacía, pateó una piedra; esta voló más allá de las cercas que separaban el parque de los huertos limítrofes y cayó sobre una cesta de mimbre. Y el propietario de la cesta, un jubilado con aspiraciones a agricultor, no se tomó nada bien el accidente. El anciano le imprecó, Héctor se disculpó. Uno estaba aburrido, el otro frustrado. Comenzaron a charlar y, como quien no quiere la cosa, el joven acabó ayudando al viejo a recoger la verdura y el viejo le entregó al joven como recompensa una bolsa llena de acelgas. Desde entonces, Héctor iba a ver a Fermín un par de veces a la semana, y no solo por la comida gratis que este le daba, sino porque hablar con él era como retornar a la vida familiar que había dejado atrás en Madrid.

—Joder, tío, como huele eso. ¿Sobra un poco para este pobre muerto de hambre? —preguntó Zuper entrando en la cocina con el pelo alborotado, señal inequívoca de que no se había molestado en peinarse tras levantarse de la cama... ni en lavarse la cara, ya puestos.

—¿Qué me das a cambio? —contestó Héctor sin girarse a mirarlo. Ya hacía tiempo que había aprendido cómo eran las cosas con Zuper.

—Mmm... ¿Al final te vas mañana?

—Ya sabes que sí, cuando el jueves fui a comprar el billete para Madrid, me encontré con que estaban agotados hasta el domingo por culpa de las Navidades. Todo el mundo regresa a casa el fin de semana menos yo —gruñó enfadado. Si no lo hubiera dejado para última hora, como todo, ahora mismo estaría con su familia, disfrutando de una buena comida y una casa limpia.

—De acuerdo, te cambio un plato de eso que estás cocinando por una pulsera *TI* para el hotel Miramar.

—¿Y para qué quiero yo la pulsera de un hotel?

—No es una pulsera cualquiera, es una que te da derecho al *Todo Incluido*.

—¿Todo Incluido? —Héctor se giró para mirar a su amigo con los ojos entornados. No se fiaba un pelo de él. Le había hecho demasiadas trastadas ya—. ¿Qué lío tienes en mente ahora, Zuper?

—¿Lío, yo? —repuso el pelirrojo todo inocencia—. Vamos, hombre, no seas mal pensado. Solo quiero hacerte un favor, sé que andas mal de fondos por culpa de todos esos regalos que has comprado para tu familia. Y yo voy a juntarme esta noche con unos conocidos para ir a cenar y tomarnos unas copas. Ya sabes, para celebrar las fiestas y todo ese rollo. Los demás van a pagarme quince pavos por la pulsera, pero a ti, como eres mi amigo, te la doy gratis a cambio de eso que estás cocinando.

—¿A un hotel? —preguntó Héctor, incapaz de entender para qué narices iban a ir a un hotel a cenar, ¡y a tomar copas!, habiendo tantos restaurantes en Torrevieja.

—Sí. Dan un bufé estupendo.

—¿Y qué? Prefiero mil veces ir a una hamburguesería. ¡Nosotros no pintamos nada en un hotel! —¿En qué narices estaba pensando su amigo? ¡Un hotel! ¡Por favor!

—¡Vamos, no jodas! No tiene ni punto de comparación. Vamos a cenar como reyes, y luego disfrutaremos del espectáculo.

—¿El espectáculo?

—Sí, el Miramar es uno de esos hoteles de todo incluido, vas con tu pulserita y puedes comer y beber lo que te dé la gana sin pagar un euro. Y en fin de semana tienen una orquesta que anima el sarao.

—¿Una orquesta? ¿Vais a bailar tangos y pasodobles? —preguntó Héctor, cada vez más confuso.

—No, joder. —Zuper se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo más todavía—. A ver, que te lo explico para que lo entiendas. Vamos al hotel, cenamos, y cuando den las doce, vamos al salón donde está la orquesta y nos ponemos hasta arriba de copas gratis mientras nos ligamos a las churris que estén allí.

—A las doce... ¿Qué pasa, nos vamos a convertir en cenicientos? —resopló burlón por la sarta de chorradas que estaba diciendo su amigo.

—No, hombre, mira que eres obtuso —dijo Zuper, sacando al vendedor que había en él—. El Miramar está lleno de turistas extranjeros. A las doce la orquesta se toma un descanso de veinte minutos, y los que tienen hijos aprovechan para subir a su habitación a dormir, lo que nos deja con el salón de actos abarrotado de churris extranjeras deseosas de follar con un macho latino para luego poder contárselo a las amigas de su país. ¿Entiendes?

—Sí. ¿De dónde vas a sacar las pulseritas de marras? —preguntó Héctor suspicaz. Zuper era capaz de conseguir casi todo, y nada de lo conseguido era legal.

—No me preguntes cómo consigo mis chanchullos y yo no te preguntaré a quién le robas toda esa comida.

—No la robo, me la gano —replicó Héctor molesto. No es que fuera muy complicado recoger las verduras, pero su trabajo tenía.

—Como sea, ¿te interesa el trato?

—Paso, prefiero cenar en casa.

—¿Pasas? ¿¡Cómo que pasas!?! Te estoy ofreciendo cena gratis, copas gratis y un buen polvo para festejar las fiestas. ¡Y pasas! Estás como una cabra.

—Conozco tus trapicheos, seguro que tu maravillosa pulsera es una falsificación cutre. No quiero meterme en más líos.

—¿Cuándo te he metido yo en algún lío? —exclamó Zuper con fingida inocencia.

Héctor añadió las espinacas a la sartén, y tras echar un poco de pimentón y removerlas, se giró para mirar a su amigo.

—Por poco acabamos en el hospital cuando trajiste aquellas bandejas de comida caducada, que según tú todavía estaba fresca para comer —comenzó a detallar—. En

otra ocasión, tuvimos que meternos por las ventanillas del coche que te había dejado un amigo, porque las puertas no se abrían, lo que llamó la atención de la guardia civil y acabamos todos en comisaría por intento de robo.

—Bueno, eso se pudo aclarar en cuanto hablé con Pablo.

—¡Pasamos dos jodidas horas en comisaria!

—Nos dieron de cenar gratis.

—¿Y cuando el matón del club privado nos echó a patadas, porque el pase vip que teníamos era una falsificación?

—No fue a patadas, solo nos empujó un poco.

—¿Un poco? ¡Casi me rompe las costillas!

—¡Fueron solo un par de moratones!

—Espera, tengo una mejor. Y cuando tuvimos que salir corriendo de la discoteca porque apareció la poli, y resultó que el local, no solo se había abierto de forma ilegal, sino que además, se estaba traficando con droga... y tú llevabas los bolsillos llenos.

—Joder, tío, no pasó nada, eres un exagerado.

—No lo soy.

—Sí lo eres, y si sigues rayado con eso, no es por la poli, sino porque todavía no he conseguido averiguar el nombre del grupo ni de la cantante esa que tanto te gustó. Pero tranquilo, ya verás como antes o después los localizo.

—Seguro —ironizó Héctor.

—¿Quién sabe? Lo mismo actúa esta noche en el Miramar.

—No digas chorradas. Sara no canta en una orquesta.

—Claro que sí. Aquí todos los que tienen un grupo tocan en las orquestas pachangueras de los hoteles. —Héctor alzó una ceja, incrédulo—. En serio. Es una buena manera de sacarse unos eurillos extras.

—¿Y por qué no me lo habías contado? —inquirió suspicaz.

—Porque no lo he pensado hasta ahora mismo. Vamos, dame un poco de tu comida, y yo te doy una pulsera para que puedas cenar y beber gratis; lo de follar ya corre de tu cuenta. Y oye, si encuentras a tu cantante, será una noche redonda. ¿De verdad te lo vas a perder?

—Está bien, dame la pulsera, hacemos trato —aceptó Héctor refunfuñando.

—No, primero quiero mi plato bien lleno de comida encima de la mesa, me voy a la ducha, en cuanto esté listo, pega un grito... y deja de rayarte tanto, tío, que últimamente estás insoportable.

Héctor se encogió de hombros y siguió removiendo, quizá con excesiva fuerza, el contenido de la sartén.

—No estoy rayado —refunfuñó entre dientes—. Solo frustrado. Y es por tu culpa, si no me hubieras convencido de que conoces a todo el mundo, no estaría como estoy.

—No me jodas, Héctor. Eso es una excusa barata —afirmó Zuper, poniéndose serio por primera vez durante toda la conversación—. No es culpa mía que dejaras

escapar a tu chica. Tus errores son tuyos, no me cargues con ellos a mí, bastante tengo con los míos —masculló dirigiéndose al baño—. Maldito niño mimado.

Héctor retiró la sartén del fuego y echó su contenido en dos platos. Los colocó de un golpe sobre la mesa y se sentó a comer sin esperar a su amigo, tan enfadado, que ni siquiera se percató de lo delicioso que le había salido el improvisado guiso.

A la mañana siguiente de la noche en que conoció a la mujer más excitante que había pasado por su vida, se había levantado eufórico e ilusionado. Había esperado impaciente a que Zuper se dignara abandonar la cama, bastante después del mediodía, y lo había interrogado a fondo, con la esperanza de hallar respuesta a dos preguntas en apariencia muy sencillas: ¿Dónde podía encontrar a Sara? O en su defecto, ¿cuál era el nombre del grupo con el que actuaba? Si lo sabía, podría localizarla. Zuper no supo responder a ninguna de las dos cuestiones. Se había enterado de la fiesta en la discoteca gracias al amigo de un amigo de un amigo... y así hasta el infinito y más allá. No tenía ni idea del nombre del grupo, de quiénes eran sus integrantes ni de quién podría saber algo de ellos. Tampoco sabía quién era el dueño de la discoteca ni conocía a nadie de los que habían acudido a la fiesta, excepto a los que viajaron en la furgoneta con ellos y ni siquiera de esos, que supuestamente eran sus amigos, sabía poco más aparte de cómo se llamaban y de que los había conocido en otra fiesta.

En definitiva, ese día Héctor se dio cuenta de que Zuper conocía a muchas sombras, nada más. Gente con la que en algún momento hablaba y a los que enredaba para sus negocios, para luego no volver a verlos en la mayoría de los casos.

—Estás hecho un figurín —silbó el pelirrojo cuando Héctor salió por fin de la habitación que compartían—. Esta noche mojamos sí o sí... porque vas a hacer tu magia, ¿verdad?

—Déjame en paz, Zuper.

—¡Oh, no! No me digas que otra vez vas a estar insoportable toda la noche. —Gesticuló como si le hubieran clavado un puñal en el corazón. Héctor bufó e ignoró a su amigo—. Ah, no, ni se te ocurra. Como empieces otra vez a espantar a las churris comportándote como un borde, te juro que desaparezco de tu lado.

—Hazlo —gruñó Héctor—, así pasaré una noche tranquila, sin tener que preocuparme por si me metes en algún lío.

—Joder, desde que la cantante esa te dio calabazas estás insoportable.

—Zuper, cállate.

El pelirrojo elevó la mirada al cielo y negó con la cabeza. Mucho se temía que su amigo iba a comportarse como un idiota esa noche, tal y como venía haciendo desde hacía unos meses. De verdad que no lo entendía. Si él tuviera su físico y su magia con las mujeres, no se deprimiría por no poder encontrar a una vieja que le había dado calabazas. Al contrario, se liaría con todas las churris disponibles que encontrara. Claro que tirarse a una mujer mayor también tenía su morbo, aunque tampoco veía normal que Héctor se hubiera encaprichado tanto con ella.

Héctor se colocó por enésima vez el cuello de la chaqueta de cuero y comprobó

que los pantalones chinos Easy Wear marrones y la camisa negra cuello mao que llevaba estuvieran bien planchados. Lo que a su hermana Ruth le llevaba menos de diez minutos planchar, a él le había costado casi una hora. Y no le habían quedado tan bien como a ella. Claro que a Ruth siempre le salían bien las cosas, igual que a Darío. Ellos vivían felices con sus parejas, no tenían que buscarlas por toda la costa sin esperanza de encontrarlas. Ojalá él tuviera su suerte. Sacudió la cabeza, enfadado por el ataque de melancólica envidia que sufría. Era un hombre independiente, capaz de vivir solo y solucionar sus problemas. Sin embargo, ¡cuánto echaba de menos a su familia! Seguro que ellos podrían aconsejarle y ayudarle. Pero en primer lugar no estaba en Madrid. Y en segundo lugar, seguro que montaban en cólera si les contaba que se había obsesionado con una mujer quince años mayor que él. Porque eso y no otra cosa era lo que le pasaba. Estaba obsesionado con Sara. ¿Por qué? Ni idea. No lograba comprender el motivo, había conocido a innumerables chicas guapas, había salido y follado con morenas, rubias y pelirrojas. Altas o bajas, delgadas o rellenitas, todas las chicas le gustaban. Pero ninguna lo había trastornado como Sara. Y no sabía por qué, pero quería volver a verla. Costara lo que costara.

Sin molestarse en esperar al pelirrojo, salió de la casucha en la que vivía y caminó a buen paso hasta la parada del autobús que los llevaría a Torrevieja. Zuper había insistido en «contratar» los servicios de una furgoneta para ir al hotel, pero ¿para qué? La Mata y Torrevieja tenían un estupendo transporte público, que jamás llegaba a su hora, y que podían coger tanto para ir como para volver. No veía la necesidad de gastarse el dinero para ir en una furgoneta de mala muerte, encajonado junto a tipos desconocidos como si fueran un montón de ovejas llevadas al matadero.

La línea regular Torrevieja-La Mata, tan irregular como siempre, llegó con veinte minutos de retraso sobre el horario previsto, lo que hizo que ellos a su vez llegaran tarde al lugar donde habían quedado con el grupo de «conocidos» con los que Zuper había quedado. Tampoco pasó nada, tal como venía siendo habitual cuando quedaban con los «amigos sombra» de Zuper, ya que no fueron los últimos en llegar.

Héctor saludó a sus futuros compañeros de cena con un hola general. Conocía a dos o tres de fiestas anteriores, le sonaba la cara de otros tantos, y del resto, ni sabía sus nombres ni le apetecía saberlos. ¿Para qué? Probablemente no los volvería a ver, y si lo hacía, ellos tampoco se acordarían de él. Así que mientras Zuper repartía sus milagrosas pulseras TI entre los demás, previo pago del dinero, por supuesto, él se encaminó al hotel. No estaba muy lejos y tenía curiosidad por saber en qué tugurio les había metido esta vez su amigo. Imaginaba que sería un hotel pequeño, oscuro y atiborrado de gente.

Se equivocó.

El Miramar se encontraba situado sobre un acantilado a las afueras de Torrevieja. No era muy grande, pero parecía acogedor. Su arquitectura era típicamente mediterránea, con paredes encaladas y tres plantas de altura. Se elevaba sobre el mar, imponente y majestuoso, como un bastión que vigilara las preciosas calas rocosas que

lo rodeaban, y a las que no debía ser fácil acceder.

—Está guapo, eh —comentó Zuper a su lado—. Para que luego digas que te engaño.

—Aún no hemos entrado —dijo Héctor metiendo las manos en los bolsillos de los pantalones a la vez que se encogía de hombros.

—¡Hombre de poca fe!

Héctor sonrió y fue tras su amigo y su grupo de acólitos, que en esos momentos entraban en el vestíbulo. Lo hicieron con una seguridad tan absoluta que nadie, ni el conserje ni los botones ni el gerente, les dedicaron más que un vistazo. Se dirigieron a través de pasillos tenuemente iluminados hasta un inmenso salón con enormes ventanales que daban al mar. Las mesas estaban cubiertas con manteles azules y blancos, haciendo juego con el tapizado de las sillas. Algunas estaban ocupadas por familias con niños y otras por grupos de amigos, chicos y chicas jóvenes con ganas de divertirse. Zuper y su grupo tomaron una de las que estaban junto a los ventanales y luego se dirigieron al bufé, donde, tras enseñar la pulsera *TI*, se sirvieron todos los platos que quisieron. Comieron hasta hartarse y, entre chanzas, se contaron unos a otros las aventuras más prodigiosas. Héctor disfrutó de una cena cordial, aderezada con vino no demasiado malo, risas y camaradería. Terminaron poco antes de las doce y Zuper propuso salir a la galería exterior a fumarse un cigarro mientras esperaban a que dieran las doce y cuarto. Así darían tiempo a las molestas familias para que subieran a sus habitaciones librándoles del incordio de los niños y dejándoles a ellos vía libre para ir al salón de actos y buscar un sitio desde el que mostrarse y cazar a las chicas.

Héctor no fumaba, sus hermanos le hubieran matado si se le hubiera ocurrido hacerlo, por lo que decidió ir al salón a tomarse una copa, al fin y al cabo, a él no le molestaban los niños, al contrario, le encantaban. En realidad, echaba mucho de menos a su sobrina. Caminó por los pasillos, con la chaqueta de cuero reposando en el pliegue de su codo, y la camisa que tanto le había costado planchar remangada en los antebrazos para mostrar la pulsera *TI*.

No le costó trabajo dar con la sala en la que estaba la orquesta, solo tuvo que ir en sentido contrario al que caminaban las familias. Cuando entró, se encontró con un espacio diáfano dividido en dos partes. Ocupando algo menos de la mitad de la sala, estaban dispuestas las mesas con sus respectivas sillas, el resto estaba destinado a la pista de baile, o al menos eso pensó al ver el inmenso cuadrado que formaba el suelo entarimado, de distinto color del que estaban las mesas. En un lateral estaba ubicada una barra asistida por dos camareros, y pegada al fondo y centrada, se encontraba una plataforma elevada donde aguardaban los instrumentos musicales y los micrófonos. A ambos lados de esta, había dos enormes carteles con la imagen y el nombre del grupo que tocaba esa noche.

Enseñando la pulsera que le daba derecho al todo incluido, pidió en la barra una caña y luego se dirigió hasta el estrado, intrigado por saber qué tipo de música iba a

escuchar. Esperaba que no fueran tangos y pasodobles. Según se fue acercando hasta allí, una de las dos palabras que conformaban el nombre de la orquesta llamó su atención. Entornó los ojos intentando verla mejor y aceleró el paso. El fondo del cartel era una fotografía, bastante oscura, de los integrantes de la orquesta y, bajo estos, el nombre del grupo, dos simples palabras en inglés. Una de ellas le atraía irremisiblemente. Sentía que era imperativo recordar dónde la había escuchado. El grupo se llamaba *Velvet Spirits*. Y la palabra que tanto le intrigaba era la primera: Velvet.

Se detuvo petrificado. Había recordado a quién había escuchado pronunciar esa palabra. A Sara. Ella le había dicho al despedirse que Velvet tenía ese efecto en los hombres. Y él no supo a qué narices se refería.

Acababa de averiguarlo.

Dio tres pasos, hasta quedarse a un par de centímetros del cartel y observó el rostro de la mujer que se encontraba en el centro rodeada por el resto de los componentes del grupo. Morena y de ojos negros, sonreía a la cámara como si quisiera seducirla.

Era Sara.

Capítulo 7

—Había perdido la esperanza de encontrarla, Da. Y entonces, de repente, sin previo aviso, la vi. No te puedes hacer una idea de lo que sentí en ese momento. Estaba allí. Al alcance de mi mano. Solo tenía que acercarme y sería mía.

—Os habéis metido al público en el bolsillo, y sin necesidad de tocar ni un solo pasodoble —bromeó Alba al entrar en la salita que el Miramar había puesto a disposición del grupo.

Los músicos agradecieron sus palabras, aunque amenazaron con tocar algún pasodoble si seguía bromeando sobre eso. A ninguno de ellos les gustaba ese tipo de canciones pero el público mandaba, y cuando los asistentes superaban una cierta edad, los pasodobles, los tangos y las rancheras eran la única opción posible.

Los Spirits estaban en la salita, disfrutando del corto descanso entre actuaciones. Ernest, el batería, estaba sentado en un butacón leyendo algo en su tableta. A su lado, Ellery, el teclista, y Eberhard, el guitarrista, estaban jugando una partida en la PSP, aunque por los gritos y palabrotas que soltaban, más bien parecía que los estuvieran degollando vivos. Elke, tumbada en el sillón, con los pies sobre uno de los reposabrazos y las manos bajo la cabeza, se relajaba escuchando música a través de los cascos conectados a su iPod.

—¿Dónde está mamá, Elke?

—En el Salón Mediterráneo. Estaba impaciente por acabar de leer uno de esos libros que tanto le gustan, y como no la dejábamos concentrarse, se ha marchado. Dice que somos muy ruidosos —explicó la rubia mirando con ojos entornados al hombre que acompañaba a Alba—. ¿Se va a quedar el resto de la actuación? —le preguntó a la joven.

—Espero que no —contestó Alba.

—Oye, que estoy aquí, me lo podéis preguntar a mí —se quejó él.

Elke lo miró de arriba abajo, se encogió de hombros, cerró los ojos y continuó escuchando música.

Sara estaba en el salón desierto, casi a oscuras. Sentada en un sillón tenuemente iluminado por una estilizada lámpara de pie, concentrada en la lectura. Tenía las piernas recogidas bajo el trasero, la cabeza inclinada y las manos apretadas contra el lomo del libro. Se mordía de forma inconsciente los labios a la vez que sus ojos se movían con rapidez sobre las letras escritas en la página. Estaba tan metida en la trama de la novela que casi podía oír los pasos del asesino atravesando el salón y dirigiéndose a ella con la intención de... de hacerle cosas muy, muy malas. Estuvo tentada de levantar la cabeza, como había hecho varias veces en los pocos minutos que llevaba allí, pero no lo hizo, sabía de sobra que esos ruidos eran producto de su imaginación y no de la realidad. Se negaba a volver a comportarse como una joven

asustadiza.

—¿Todavía sigues leyendo novelitas rosas? —dijo una voz de hombre a la vez que le quitaba el libro de entre las manos.

Sara saltó del sillón exhalando un agónico grito de terror a la vez que aferraba con ambas manos la botella de agua de la que había estado bebiendo y amenazaba con esta al temible agresor, que no era otro que...

—¡Cabrón! ¡Por poco me da un infarto del susto! ¡Estúpido, imbécil, malnacido! —gritó todos los insultos que se le ocurrieron a la vez que le golpeaba con la botella.

—Vamos, gatita, no te lo tomes tan a pecho. ¿Cómo iba a saber yo que te ibas a asustar porque te quitara el libro? —se defendió él agarrando la botella y arrancándosela de las manos.

—Como vuelvas a darme un susto semejante te juro que... —interrumpió su amenaza al ver a su hija doblada en dos de la risa, sujetándose el estómago con ambas manos mientras se afanaba por tomar aire entre carcajada y carcajada—. Oh, sois tal para cual. No sé ni por qué me sorprendo.

Avergonzada por su histérica reacción, Sara le arrancó el libro y la botella al hombre, se sentó en el sillón, ya que las rodillas continuaban temblándole, y dio un buen trago de agua para intentar recomponer sus alterados nervios.

—Eh, gatita, no te enfades tanto. Lo siento, ¿de acuerdo? Juro solemnemente no volver a hacerlo.

—Ya, como si no te conociera.

—¿Cómo iba yo a saber que has cambiado de género y ahora lees terror en vez de romántica? —argumentó él.

—No es terror. Es suspense romántico.

—Ya decía yo. Déjame verlo, anda —solicitó él sentándose a su lado.

Sara puso los ojos en blanco y le dio el libro de mala gana. Geert arqueó una ceja, abrió la novela por la mitad y leyó un párrafo, que resultó ser una ardiente escena de sexo.

—Gatita, si quieres, tú y yo podemos hacer algo parecido a esto —comentó guiñándole un ojo.

—Ni lo sueñes.

—Me rompes el corazón, Sara —musitó él poniendo la palma de la mano sobre dicho órgano—. Alba, dile algo a tu madre, es una mujer cruel.

—Muy bien dicho, mamá —alabó la joven—. Seguro que disfrutas más con cualquier escena de ese libro que con el inútil de mi padre —afirmó sonriendo, pero con un ápice de seriedad en su voz.

—Ah, me has herido de muerte, jovencita. Sabía que todas las mujeres erais crueles, pero no me esperaba esto de mi propia hija —masculló él, dejando caer la cabeza sobre el respaldo y cerrando los ojos como si hubiera muerto de congoja por la traición de sus mujeres.

—No hagas el tonto, Geert —le regañó Sara divertida a la vez que le cogía el

libro de las manos. Si al muy zalamero se le ocurría dejarlo caer al suelo, se enfadaría de verdad—. ¿Qué tal habéis pasado el día, Alba?

Mientras Alba le refería todo lo que habían hecho, Sara observó al que fuera su pareja, y que ahora se había convertido en uno de sus mejores amigos. Geert apenas había cambiado desde que lo conociera hacía ya más de veinte años. Seguía teniendo el pelo liso y rubio, largo hasta por debajo de los hombros y recogido en una sencilla coleta. Quizá su frente mostraba más entradas que antes, y tal vez sus ojos tuvieran nuevas arrugas, pero sus iris azules, seguían siendo tan seductores como antaño, y sus labios gruesos se curvaban en una de sus sonrisas fáciles que conquistaban a las mujeres de cualquier edad. Era alto, mucho, y de hombros fornidos. El estómago liso de su juventud había dado paso a una incipiente barriguita que no restaba un ápice de belleza a su cuerpo bien formado y su rostro de facciones angelicales.

—Hoy estás especialmente hermosa, Sara —susurró él en su oído al ver el escrutinio al que ella le estaba sometiendo—. Siempre has sido una mujer muy guapa, gatita, pero ahora eres todo un bombón. Fui un idiota al permitir que me dejaras.

—¿Cuánto necesitas, Geert? —le interrumpió Sara, poniendo los ojos en blanco. Era una lástima que su ex no hubiera cambiado de forma de ser con la edad.

—¿Por qué crees que te voy a pedir algo? —preguntó él, riéndose.

—Porque cada vez que empiezas a adularme acabas pidiéndome dinero. Así que ahórrate las palabras y dime cuánto necesitas.

—¡Papá! —le regañó Alba al percatarse de la conversación de sus padres.

—¡Eh! No estoy haciendo nada malo, solo piropeo un poco a tu madre.

—Ya, como si no te conociéramos.

—Alba, cariño, porque no vas al bar y traes un par de cervezas para mamá y para mí.

—Ni de coña, papá. Tú lo que quieres es que te deje a solas con mamá para...

—Alba, por favor, habéis pasado un día fabuloso juntos, no lo estropeéis ahora. Haz lo que te dice tu padre.

—Está bien, mamá. Pero no dejes que te coma el coco —amenazó abandonando el salón.

—Bien, Geert, dime qué te hace falta.

—Gatita, a lo mejor no quiero nada más que sexo. Estás preciosa esta noche —comentó mordiéndole el lóbulo de la oreja.

Sara se alejó de él y lo miró arqueando las cejas.

—Geert, cuando solo quieres sexo, no me lo propones en el salón de un hotel, durante el descanso de una actuación y en presencia de Alba —suspiró negando con la cabeza—. No, gatito, cuando quieres sexo, esperas a que estemos solos y me intentas seducir.

—Últimamente Alba es muy remisa a desaparecer —bufó él, enfadado—, por eso me veo obligado a intentar engatusarte delante de ella.

—Será porque es una chica lista, y no quiere que te sientas herido cuando te dé un

no rotundo por respuesta. ¿Cuánto, Geert?

—Nunca se te escapa nada, leona mía, pero... ¿No has pensado que quizá en esta ocasión estés equivocada? —dijo pasando un brazo por encima de los hombros de Sara. Esta se apresuró a quitárselo de encima—. Está bien, tienes razón. Me han surgido unos problemillas. El restaurante no ha ido como yo esperaba y he tenido que cerrarlo.

Sara arqueó una ceja y lo observó, sorprendida de la tranquilidad con que se tomaba el fracaso de su último negocio. De hecho, era esa tranquilidad impasible de la que siempre hacía gala, lo que a ella la había sacado de quicio durante su vida en pareja. Eso y las «otras», claro.

Geert permaneció inalterable, sentado con las piernas estiradas y cruzadas a la altura de los tobillos y los brazos extendidos sobre el respaldo del sillón, mientras esperaba el veredicto de la mujer a la que había adorado durante toda su vida, la misma a la que había perdido por su estupidez.

—¿Cuánto necesitas? —preguntó Sara por enésima vez.

—Tengo algunos proyectos en mente. —Sara puso los ojos en blanco al escucharle. Se sabía esa canción, Geert la había cantado infinidad de veces durante su vida en común—. Estoy en tratos con unos amigos para poner en marcha un club, algo nuevo e inesperado, ya me conoces, me gusta arriesgar.

—Con el dinero de otros.

—Oh, vamos, Sara, ¿cuándo te he fallado? —Sara inclinó la cabeza y arqueó las cejas—. Bueno, sí, puede que alguna vez fallaran mis planes, pero eso no significa que deba dejar de intentarlo. No estoy hecho para trabajar a las órdenes de otros, lo sabes.

—Lo sé —suspiró Sara negando con la cabeza.

—Esto es algo especial. Es un proyecto maravilloso. Vamos a remodelar por completo el local, será una especie de club en el que daremos cenas y habrá actuaciones en directo, todo muy elegante. Incluso hemos pensado en montar una sala de juegos donde los caballeros puedan esparcirse un poco mientras sus señoras se entretienen con las actuaciones.

—Parece maravilloso, Geert, pero no estoy en situación de ayudar a nadie, tengo mis propios problemas financieros.

—No me mientas, gatita, eres como la hormiga de la fábula, seguro que tienes algo guardado para los tiempos difíciles —replicó meloso mientras le retiraba un mechón de pelo de la frente.

—Y tú eres como la cigarra; nunca guardas nada.

—Quien no arriesga no gana —afirmó él acercando la mano para acariciarle la nuca. Sara se la retiró de un manotazo.

—Quien arriesga debe hacerlo con su propio dinero.

—Soy un hombre pobre, y desde que me dejaste, más todavía. Necesito tu cabecita calculadora para que las cuentas salgan bien. ¿Qué te parece ser mi socia en

este negocio? —Se inclinó sobre ella y la besó en el cuello, justo debajo de la oreja, mientras posaba una mano muy cerca del vértice entre los muslos femeninos—. Incluso puedes cobrarte en carne.

—¡Eres incorregible! —exclamó ella con una carcajada a la vez que le pellizcaba con fuerza el delgado antebrazo—. ¡Aleja tus zarpas de mis piernas!

—Vamos, gatita, échame un cable, y te juro que no te volveré a pedir dinero nunca más. Es más, te prometo que en cuanto el club empiece a dar beneficios te devolveré todo lo que te debo —prometió sin mover la mano un ápice.

—Tal vez si fueras Bill Gates —refunfuñó ella incrédula aferrándole la muñeca y obligándole a apartar la mano—. Está bien, todo sea para que me dejes tranquila. ¿Cuánto te hace falta?

Sara abrió los ojos como platos al escuchar la cantidad requerida. Regateó, inmovible a las zalamerías de Geert, hasta que este se tuvo que contentar con una cifra diez veces menor, que él pasaría a recoger al día siguiente por su casa, cuando no estuviera Alba, por supuesto. Una vez alcanzado el acuerdo, y antes de que Sara pudiera reaccionar, él la abrazó, la colocó sobre su regazo y la besó.

Sara le devolvió el beso, más por honor a los viejos tiempos que por verdadera lujuria.

—Bueno, preciosa, ahora que ya tengo la pasta y no te lo vas a tomar como un intento de sablearte, debo decir que estás guapísima y que con ganas te devoraría entera —ronroneó en su oído a la vez que una de sus manos se perdía en el escotado corpiño que ella llevaba—. Dime que no tienes nada que hacer esta noche, dime que cogeremos una habitación en este mismo hotel y haremos las locuras más obscenas.

—Geert, esto no es necesario.

—Claro que es necesario, soy un hombre soltero en la flor de la vida. Tú eres una mujer hermosa con ciertas necesidades. Podemos complementarnos, al menos por una noche.

—No me apetece, gracias —aseveró con rotundidad bajándose de su regazo para volver a sentarse en el sillón.

—Ah, gatita, sigues siendo tan sincera y terca como siempre, al menos podrías mentir un poco para salvaguardar mi orgullo masculino —protestó mimoso.

—No es por tu innegable encanto, bien sabes cuánto añoro tus caricias —mintió Sara para darle el gusto—. Pero todavía tengo muchísimas cosas que hacer, y estoy molida, agotada, machacada —alegó, fingiendo un bostezo que hizo sonreír al hombre.

—Sigues mintiendo fatal, Sara. No sabes interpretar. Anda, no seas mala, y piénsatelo un poco más. ¿Seguro que no te apetece un poco de sexo? Ya sabes, por los viejos tiempos.

—Me temo que no. Hay mil cosas que me apetecen más como, por ejemplo, dormir.

—Seguro que un buen sueño erótico es mucho más excitante que tú, papá —

apuntó Alba entrando en el salón con las bebidas solicitadas.

—No sé si me gusta que os aliéis en mi contra —suspiró risueño Geert—. Dos mujeres contra un hombre. Debería ser ilegal. En fin, me doy cuenta de que tenéis muchas cosas de qué hablar, y todas sobre mí —dijo levantándose y dirigiéndose a la puerta—. Os dejo solas un rato para que me pongáis verde a conciencia. Te espero en la barra, Alba. Sara, piénsatelo —la exhortó guiñándole un ojo.

—Menudo zalamero está hecho —dijo Alba una vez su padre hubo abandonado el salón—. ¿Ha conseguido sacarte el dinero?

—No es de tu incumbencia, Alba.

—¡Joder, lo sabía! No te puedo dejar sola con él, en cuanto me despisto te pega el sablazo.

—Alba.

—¡Ni Alba ni leches! No puede ser que en cuanto te llore un poco te ablandes y le des todo lo que quiere.

—No le doy lo que quiere, sino lo que necesita. Tiene un proyecto en mente, y precisa un poco de empuje para ponerlo en marcha.

—¿Cuántos proyectos van ya, mamá? —suspiró Alba desanimada—. Tienes que dejar de ayudar a papá, si no, no va a madurar nunca. ¡Tiene cincuenta años y sigue comportándose como un niño!

—Estás exagerando, Alba. Tu padre tiene sueños y el valor para intentar realizarlos. Eso no significa que sea un niño, sino que tiene ilusiones. No nos corresponde a nosotras frustrar sus esperanzas e intentar convertirlo en alguien que en realidad no es.

—¿Y qué hay de ti, mamá? Quiero a papá con todo mi corazón, pero eso no quita para que no me dé cuenta de cómo es. Siempre que tiene algún quimérico proyecto imposible de realizar acude a ti para que lo financies. ¿Es que no lo ves? No le da miedo arriesgarse, porque en realidad él nunca arriesga nada. Eres tú quien lo hace.

—Es mi mejor amigo, y los amigos están para ayudarse. No veo por qué no puedo echarle una mano cuando me necesita.

—¡Lo que papá necesita es conseguir un trabajo y madurar, no que tú estés siempre a su disposición!

—Se acabó, Alba, no hay más que hablar —sentenció Sara levantándose y caminando hacia la puerta—. Faltan cinco minutos para que comience la actuación, tengo que ir con el grupo.

—¿Qué haces, tío? Las churris están en la barra o en la pista —le regañó Zuper—. No me jodas que te ha vuelto a dar la depre y te vas a pasar todo el tiempo aquí sentado. Tienes que bailar y hacer tu magia.

Héctor desvió la mirada del escenario para observar a su amigo, dio un trago al vaso que tenía entre las manos y se encogió de hombros. En ese instante le importaba bien poco lo que este pensara.

—No me lo puedo creer, otra noche perdida —musitó Zuper, sentándose junto a

él—. ¿Qué estás bebiendo?

—Un refresco —murmuró Héctor fijando de nuevo la mirada en el escenario.

—Haces bien, tío. Los tipos como nosotros no deberíamos beber nada que tenga alcohol. —Héctor arqueó las cejas, confundido—. Sí, hombre. Somos dos tíos listos, más inteligentes que el resto de los que nos rodean. Solo que tú tienes más suerte que yo, y además de listo, eres guapo. Puedes permitirte el lujo de atontarte con el alcohol, yo no. Por eso tengo que andar con cuidado. Los feos lo tenemos crudo en este mundo, no nos interesa emborracharnos, nos hace más feos. —Tomó un trago de su refresco—. ¿Eres el más pequeño de tus hermanos?

Héctor entornó los ojos y asintió con la cabeza. Mucho se temía que su amigo iba a darle una de sus charlas interminables.

—Tengo una teoría —susurró conspirador el pelirrojo—. Los hermanos mayores siempre son más feos que los pequeños, está comprobado. Son más bajos, más gordos, más calvos... o más escuálidos, como me pasa a mí —masculló, asintiendo con la cabeza a sus propias palabras—. Yo creo que es porque los espermatozoides de los padres y los óvulos de las madres, con el primer hijo no tienen muy claro a nivel genético qué es aceptable y que no, y claro, el resultado suele ser pésimo. Por eso, cuando el óvulo elige por segunda vez, pone mucho cuidado para no repetir la misma cagada que con el hijo mayor. Y claro, así pasa, que los hermanos mayores estamos bien jodidos.

Héctor se giró sobre la silla y observó a su amigo, luego desvió la vista hacia la bebida que este tenía entre las manos. ¿Estaba así solo por un par de copas de vino en la cena, o el vaso del que bebía contenía algo más que simple limón? Negó con la cabeza, había misterios de la mente humana en los que era mejor no adentrarse. Y la mente de Zuper era un verdadero enigma. Abrió la boca, dispuesto a rebatirle, pero en ese momento bajó la intensidad de las luces de la sala, y Héctor perdió la capacidad de razonar.

El escenario se quedó totalmente a oscuras. El murmullo de las conversaciones se fue reduciendo hasta convertirse en silencio y en su lugar solo pudo oírse el maullido rasgado de las cuerdas de una guitarra y el sonido sordo de alguien golpeando con suavidad un micrófono. Un instante después, una tenue luz dorada bañó la escena, mostrando al grupo que los amenizaría las próximas dos horas.

Sobre el escenario, sentado tras la batería mientras hacía malabares con las baquetas, había un hombre joven, de unos treinta años, con un enorme pañuelo rojo envolviéndole la cabeza cual pirata. A la izquierda de este, emplazado entre dos enormes teclados, se encontraba el teclista, de cabellos tan claros que parecían de plata, idénticos a los del guitarrista que, situado en el extremo derecho, afinaba su instrumento. Completaba la estampa una mujer escultural, con una larga melena lisa y rubia que acariciaba sus enormes pechos mientras se inclinaba sobre el bajo eléctrico. A pocos pasos de ella, en el centro del escenario, el micrófono esperaba solitario la llegada de la solista del grupo. Todos los músicos vestían pantalones y

camisa de color negro y chaqueta de un rojo brillante.

Impaciente, Héctor se inclinó hacia delante y entornó los ojos. No podía haberse equivocado. Sara tenía que ser la cantante, reconocía al resto de los componentes de cuando tocaron en la discoteca, vestían distinto, pero eran los mismos. Un movimiento sobre el escenario le hizo erguir la espalda y aferrar con fuerza el vaso que sostenía entre las manos.

Sara rozó la espalda de Ernest, esquivó los platillos que sobresalían de la batería y caminó hasta el micrófono con paso decidido. Saludó al público y, mostrando su mejor sonrisa, preguntó:

—¿Estáis dispuestos a pasar un buen rato?! —Las personas allí reunidas gritaron su asentimiento. Sara se llevó una mano al oído y fingió no escuchar—. ¿Eber, has escuchado algo? —El guitarrista negó con la cabeza—. Vaya, parece que es un público serio el que nos acompaña esta noche —dijo mirando a los asistentes. Estos respondieron con un rugido—. En fin, me temo que si es así, tendremos que empezar con un pasodoble.

En ese instante, Ellery, el teclista, cogió el saxo que reposaba a sus pies y tocó los primeros acordes de Nerva. El público, la mayoría jóvenes extranjeros, gritaron su negativa.

—Espera. —El músico se detuvo—. ¿No queréis pasodobles? —Los asistentes negaron con contundencia—. ¡Estupendo! Entonces vamos a por algo divertido. —Fingió dudar, y desde la pista le llegó la voz alta y clara de su hija, pidiendo una canción—. ¿Estáis todos de acuerdo? —preguntó al público. Esta vez el grito fue unánime—. Pues, entonces, ¡¿a qué estamos esperando?! —Giró rápidamente la cabeza e hizo un gesto afirmativo a Eberhard.

Y el escenario cobró vida. Los focos estallaron en una explosión multicolor permitiendo ver en todo su esplendor a Sara que, micrófono en mano, comenzó a cantar:

Ahí viene el bombero, con la manguera

Ahí viene el bombero, con la manguera a mojarte entera.

Está caliente, ¡está que quema!

Está que arde, ¡está que explota!

Héctor parpadeó, alucinado al ver el cambio que se había producido en ella. Ya no era la mujer sensual de voz rasgada que cantaba a Patti Smith, se había transformado en alguien totalmente distinto que se contoneaba divertida sobre el escenario, bromeaba con el público mientras cantaba y empujaba al guitarrista cuando este intentaba hacer de bombero con la manguera. Había cambiado por completo de registro, y lo había hecho de forma magistral, ni siquiera vestía tan sensual como la noche de la discoteca, pero sí igual de atractiva. Bajo una chaqueta de brillante raso rojo, llevaba unos leggins y un corpiño, ambos negros, decorados con cientos de

lentejuelas plateadas. Completaban su atuendo unos zapatos rojos de punta afilada y tacón no muy alto pero sí muy fino.

—Héctor... ¿esa no es la tía que estabas buscando? —le preguntó Zuper. El interpelado asintió con la cabeza sin apartar la mirada del escenario—. Está buenísima, no me extraña que estés obsesionado con ella. Si folla con la misma energía con la que baila, tiene que ser tremenda. No me importaría probarla. —El pelirrojo interrumpió su parrafada al sentir una de las manos de su amigo envolviéndole la garganta.

—Ni siquiera lo pienses, Zuper.

—No, no. Claro que no, tío. Yo soy legal, no voy tras las chicas de mis amigos. Lo juro. Mira, sigue bailando en el escenario, te lo estás perdiendo. Parece que el guitarrista la quiere pillar con su «manguera» —dijo intentando desviar la atención del enfurecido rubio.

Dio resultado. Héctor lo soltó y volcó toda su atención en el escenario. Zuper tragó saliva y negó con la cabeza a la vez que se fijaba en otra víctima para sus comentarios.

—De todas maneras, si prefieres a la morena, yo me quedo con la rubia. ¿Has visto las pedazo tetas que tiene? Sería feliz con ellas en la boca toda la noche —comentó lamiéndose los labios. Héctor ni siquiera se molestó en protestar. ¿Para qué? Ya sabía que su amigo no se callaría ni debajo del agua—. Y vaya culo, eso sí que es un buen trasero donde poder agarrarte, y no esos culitos escuchimizados que gastan las modelos de ahora. Qué no daría yo por ponerle la mano encima.

—Puedes mirar, pero no tocar —gruñó una voz femenina a su espalda, haciéndole callar.

Héctor se giró para observar a la joven. Conocía esa voz.

—Eso no tienes que decidirlo tú —contestó Zuper a la defensiva.

—Mira, imbécil, a Elke no le gustan los tíos, prefiere a las mujeres, y la verdad, viéndote a ti, no me extraña nada —afirmó la joven, sorprendiendo a los hombres que la rodeaban, tanto por sus palabras como por su ceño fruncido y su mandíbula apretada.

—Uf, vaya desperdicio —comentó Zuper dirigiendo la vista al escenario—. Si da con el tío adecuado, cambiará de opinión, y ese tío soy yo, sin duda alguna.

—¿Pero tú eres tonto o te lo haces? —exclamó ella colocándose furiosa frente a él.

Héctor se levantó de inmediato y se interpuso entre su amigo y la muchacha. Por fin la había reconocido, era Alba, la hija de Sara. Y estaba muy enfadada.

—Hola, Alba —la saludó a la vez que pisaba con el tacón de su bota el pie de su amigo para indicarle que hiciera el favor de callarse y no metiera más la pata—. ¡Me alegra muchísimo encontrarte aquí!

—A mí también me hace ilusión verte —coincidió ella intentando esquivarle para enfrentarse al pelirrojo—. Te he visto desde la barra y he venido a ver qué tal te iba,

pero luego he oído a este imbécil y me han entrado ganas de partirle la cara.

El mencionado entornó los ojos y se levantó para enfrentarse a la arisca rubia.

—Alba, cariño, ¿ocurre algo? —intervino Geert apareciendo como caído del cielo, con una bebida en cada mano—. La barra está a reventar de gente, siento haber tardado.

—No, no ocurre nada —se apresuró a contestar la joven, componiendo una falsa sonrisa en su rostro, para a continuación presentarlo, eso sí, evitando decir que era su padre. El joven que hacía tilín a su madre había aparecido como por ensalmo, no quería tentar a la suerte presentándole a Geert como su progenitor, no fuera a ser que Héctor pensara que ya no tenía nada que hacer con Sara. Porque sí tenía, y mucho.

Héctor estrechó la mano del hombre mayor y a su vez le presentó a Zuper. Este mantuvo la boca cerrada y se mostró tan encantador como el dolor en el pie se lo permitió. Ahora que sabía que la chica era la hija del ligue de su amigo, comprendía que no contaría con su ayuda en caso de que acabara peleándose con ella y su acompañante. Y bastante feo era ya, como para encima andar por el mundo con la nariz rota.

—¿Cómo es que estás aquí? Ha sido toda una sorpresa verte —comentó Alba sentándose junto a Héctor e ignorando a propósito la sonrisa conciliadora que esbozaron los gruesos labios del pelirrojo.

—Ya ves, vinimos a cenar al hotel y luego decidimos quedarnos a ver la actuación. Me he quedado a cuadros cuando he visto a Sara en el escenario —contestó Héctor escondiendo la pulsera TI bajo la manga de la camisa. No quería que Alba se enterara de los trapicheos que se traía con Zuper.

—¿No sabías que Velvet Spirits tocaba aquí esta noche? —inquirió la muchacha, arqueando una ceja.

—No tenía ni la más mínima idea ni de que tocaban, ni de que ese era el nombre del grupo de tu madre.

—Uf, muchacho, no se te ocurra decir eso en presencia de los chicos —le advirtió Geert—, te pueden llover hostias.

Héctor miró al hombre mayor, sorprendido.

—Me refiero a que a los chicos no les gustaría nada saber que alguien piensa que el grupo es de Sara. Son un todo. No hay cabeza visible —explicó Geert.

—Qué tontería, Sara es la cabeza visible del grupo —replicó Héctor confuso.

—Ten cuidado muchacho, a *los Spirits* les sentará fatal si se enteran de que piensas eso. Los músicos son muy tiquismiquis con quién destaca y quién no. Y más en el caso de *los Spirits*. Elke, Ellery, Eberhard y Ernest son hermanos y montaron el grupo hace un montón de años junto a Silk, la mayor de ellos. Luego ella se casó, regresó a Alemania, y se quedaron sin cantante, por lo que ficharon a Sara que era amiga de Elke y llevaba unos años haciendo de vocalista suplente para *Spirits* y otros grupos. Desde entonces son *los Velvet Spirits*, pero Sara fue la última en llegar y, por tanto, no puede tener más relevancia que los demás. Tiene mucho que ver con la

egolatría de los músicos.

—Entiendo —musitó Héctor sin llegar a comprenderlo del todo observando con atención al hombre mayor. Parecía saber mucho sobre Sara y el grupo—. ¿Tocan todas las noches? Debe de ser agotador —comentó, esperando que pudiera darle respuestas a algunas de las preguntas que se había empezado a plantear desde que la vio subida sobre el escenario.

—No. Solo los viernes, sábados y domingos. Entre semana tienen trabajos totalmente ajenos a la música. El mundillo de los grupos es muy complicado, y da muy poco dinero, por eso lo dejé yo. En verano hay empleo de sobra y se pueden encontrar ofertas para tocar todos los días, pero en invierno es más complicado, los hoteles no están llenos, las estancias de los turistas son más baratas y por tanto los hoteles no gastan tanto en animación —explicó Geert entusiasmado. Le gustaba demostrar lo mucho que sabía del mundillo musical y de cualquier cosa en general.

—Pero vi un concierto de ellos entre semana —afirmó Héctor recordando la noche en que comenzó a obsesionarse con Sara.

—Seguro que los liaron para tocar gratis con la excusa de ayudar a algún amigo a que el negocio despegara —comentó Geert encogiéndose de hombros—. Sara y los chicos tienen buen corazón.

—Y poco dinero —apuntó Alba mirando a su padre para ver si captaba la indirecta.

Héctor asintió ante las palabras del hombre, extrañado al ver que Alba parecía haberle tirado una pulla. Lo observó con atención, era bastante mayor que Sara y tenía la apariencia de un *hippie* moderno. Sus ademanes al hablar dejaban intuir el carisma de aquellos que han pasado toda la vida de cara al público. Elucubró sobre cuál sería la relación entre él y *los Spirits*, y llegó a la conclusión de que seguramente sería miembro de algún grupo amigo. Al fin y al cabo parecía conocer bastante bien el mundo en el que Sara se movía. Abrió la boca para hacerle alguna pregunta de cortesía con la que continuar la conversación, pero se lo pensó mejor y, esbozando una educada sonrisa, volvió a dirigir su atención al escenario. No le apetecía hablar con nadie. No, si eso implicaba no poner todos sus sentidos en la mujer que cantaba y bailaba a escasos metros de él.

Tras casi una hora cantando y saltando sobre el escenario, Sara colocó una mano a su espalda, cerró el puño y lo abrió dos veces. Necesitaba secarse el sudor de la frente, cambiarse de ropa y beber un poco de agua. Y el público, a su vez, necesitaba un cambio en la actuación, ya que comenzaba a dar visos de falta de atención ante el espectáculo.

Y eso era algo que no podía consentir. Le pagaban por hacer bien su trabajo, no por aburrir a los asistentes.

Eberhard y Ellery, al ver la señal de Sara, abandonaron sus puestos al fondo del escenario y se colocaron junto a ella, que les susurró algo al oído, a lo que ellos asintieron sonrientes. Se aproximaron al micrófono y comenzaron a bromear con el

público a la vez que se lanzaban pullas el uno al otro, para a continuación retarse a un duelo entre el saxo de Ellery y la guitarra de Eberhard. Mientras los chicos hacían su papel, Sara puso sobre aviso de sus intenciones a Elke y Ernest y, después, se escondió tras las cortinas que ocultaban la pared que había tras el escenario. Cuando salió, apenas cinco minutos después, vestía unos diminutos *shorts* negros, una ajustada camiseta de tirantes con estampado de camuflaje y unas botas rojas de caña alta. Una gorra de cuero, del mismo color que las botas, completaba su atuendo.

Se colocó frente al micrófono y, sonriendo al público, les dijo el título de la canción que iban a tocar a continuación: *Chu Chu ua*, y solicitó la ayuda de dos personas dispuestas a bailar sobre el escenario. Ante su reclamo los asistentes se mostraron entusiasmados, pero, como era habitual, nadie se atrevió a subir. Miró hacia la barra, donde esperaba encontrar a Alba y Geert. Siempre venía bien tener una hija a mano dispuesta a bailar y así romper el hielo. Pero Alba no estaba donde habían quedado. Recorrió con la mirada la sala, buscándola.

Cuando la encontró, las palabras murieron en sus labios. Estaba sentada a una mesa, mirándola con expresión de no haber roto un plato en su vida, junto con su padre, y en compañía de Héctor. Alba guiñó un ojo a su madre, e inclinándose sobre el joven rubio, lo instó a subir al escenario a bailar.

—¿Yo? —jadeó él con un hilo de voz—. Ni de coña. No tengo ni idea de cómo se baila esa canción. No pienso hacer el ridículo delante de todos. —Y mucho menos delante de Sara. Bastante había hecho el tonto la noche en que se conocieron como para volver a hacerlo otra vez.

—Vamos, no seas tímido, esta canción la sabe bailar todo el mundo —le azuzó la joven.

—Yo no —siseó Héctor.

—Yo subo contigo —se ofreció Zuper. En vista de que a la rubia de las tetas enormes solo le gustaban las chicas, había decidido que la rubia de las tetas pequeñas y cara de ángel perverso era una buena opción.

—Como se te ocurra levantar el culo de la silla, te piso los huevos —lo amenazó Alba con un tono de voz que no admitía réplica.

Zuper tragó saliva, se agarró con las manos al asiento de la silla y asintió con la cabeza, no porque estuviera asustado, sino porque las palabras de la joven habían implantado una imagen en su cabeza que lo había puesto duro al instante. Él, sentado, con las piernas separadas y ella frente a él, erguida, vestida de cuero negro, con uno de sus pies enfundado en unas botas altas de tacón presionando sobre su entrepierna. Se removió incómodo sobre su asiento, intentando colocar su repentina erección en la estrechez de sus pantalones y sacudió la cabeza. ¿Qué narices le había pasado? A él no le iban esas cosas... ¿O sí?

Una vez hubo comprobado que el larguirucho pelirrojo de los preciosos ojos verdes se iba a mantener en su sitio, Alba se levantó, tomó a Héctor por el codo y tiró de él hacia el escenario.

—No quiero —susurró este buscando con la mirada el apoyo de los dos hombres de la mesa.

Zuper estaba distraído mirándose los pies, y Geert sonreía divertido, pensando que su hija tenía que vigilar un poco su manera de ligar con el rubio. Lo iba a espantar si seguía comportándose como una marimandona. Observó disimuladamente a Elke, ¿qué pensaría la alemana? Aunque, conociéndola como la conocía, estaba seguro de que se mostraría encantada.

—Sí quieres. No seas infantil, Héctor. No querrás que mi madre piense que te asustas por una simple canción como si fueras un niño vergonzoso —le regañó ella llevándole casi a rastras hasta las escaleras por las que subirían a la plataforma elevada en la que se encontraba el grupo.

Héctor cuadró los hombros ante sus palabras, irguió la espalda y miró fijamente al escenario. Él no era un niño. No iba a permitir que Sara pensara eso, aunque tuviera que hacer el ridículo ante todo el auditorio bailando una canción que jamás había escuchado antes.

Sara se lamió los labios, nerviosa, al ver que al final Alba había logrado convencer al joven para que subiera. Le dedicó a su hija la mirada más agresiva de su repertorio y, armándose con una seguridad que en esos momentos no sentía, se dirigió hacia ellos para saludarles con un beso amistoso. Beso que Héctor transformó de amistoso en carnal al girar la cabeza y besarla en los labios. Sara frunció el ceño, regañándole con la mirada y, a continuación, hizo caminar a los dos jóvenes hasta el centro del escenario, colocándose ella entre ambos. Un segundo después, la música comenzó a sonar y por un instante Héctor deseó que la tierra se abriera bajo sus pies.

Era capaz de hacer un sinfín de cosas, y reconocía que se le daba muy bien bailar, pero, hacerlo mientras cientos de personas clavaban su mirada en él, distaba mucho de su ideal de diversión. Durante los treinta primeros segundos se mostró aturullado, incapaz de dar un solo paso correcto, pero al cabo de ese tiempo, y dada la complicación del baile y la seriedad de la letra, no le quedó más remedio que dejarse llevar y divertirse.

Quizá la simplicidad del baile fuera la clave de su éxito. Era tan sencillo llevar el compás que hasta un borracho podría hacerlo. La letra de la canción se componía de un estribillo que se repetía constantemente y una serie de estrofas en las que se indicaba cada paso a seguir. Empezaron marcando el paso, como si estuvieran marchando en un desfile militar, y luego pasaron, estrofa a estrofa, a estirar los brazos al frente, elevar los pulgares, encoger los hombros, echar la cabeza hacia atrás, sacar el culete, y marcar el paso con pie de pingüino. Al llegar a este punto, Héctor estaba muerto de risa, al igual que Alba y el resto del público, mientras que Sara, fingiéndose muy enfadada, regañaba a su compañía por no ejecutar los movimientos correctamente y les hacía volver a comenzar desde el principio, pero esta vez, sacando la lengua a la vez que bailaban.

Al terminar la canción, Sara se despidió de los dos jóvenes agradeciéndoles su

«espontánea» ayuda e instándoles a subir a bailar al escenario cuando quisieran. Alba aceptó encantada. Héctor arqueó una de sus rubias cejas y se acercó a Sara para hacerse oír entre la algarabía que reinaba en el salón.

—Si subo y hago el ridículo un par de veces más, ¿olvidarás que metí la pata la última vez que nos vimos y me darás otra oportunidad?

La única respuesta de Sara fue darle un disimulado azote en el trasero a la vez que esbozaba una pícaro sonrisa. Héctor decidió tomárselo como un «sí».

—Has estado estupenda, cariño —elogió Geert a su hija cuando los jóvenes llegaron a la mesa—. Tú tampoco lo haces nada mal, chaval —le dijo a Héctor dándole un flojo puñetazo en el hombro—. Aunque si he de ser sincero, mi hija se mueve mucho mejor que tú, claro que de casta le viene al galgo, y yo todavía soy un maravilloso bailarín —se jactó orgulloso. Alba apretó los labios al escucharle. Su padre seguía siendo tan bocazas como siempre—. No negaré que hacéis una pareja estupenda sobre el escenario. ¿Quizás también la hagáis fuera? —le preguntó a Alba arqueando las cejas divertido. Si así fuera, el chico se iba a llevar la sorpresa de su vida al ver que Alba no iba sola en el lote.

—Papá —gruñó la joven.

—¿Es tu padre? —demandó a su vez Héctor.

—Por desgracia —le contestó la rubia. Geert se llevó la mano al pecho fingiendo un gran disgusto.

—Estupendo —bufó Héctor entre dientes—. ¿Por qué no me lo habías dicho?

—¿No lo sabías? Pero si salta a la vista. Aunque claro, teniendo a mi hija cerca, nadie se fija en su pobre padre —replicó guasón Geert.

Héctor observó con atención al hombre y percibió lo que hubiera descubierto antes en caso de haberse fijado. Alba y su padre eran como dos gotas de agua, el mismo color de ojos, el mismo cabello liso y rubio, los mismos labios gruesos y pálidos. Solo los afilados rasgos de las facciones de la joven evidenciaban que Sara era su madre.

—Os parecéis mucho —afirmó antes de sentarse de nuevo y prestar toda su atención al grupo.

Sara se había deshecho de la gorra militar y estaba cantando una conocida bachata a la vez que bailaba pegada a Ellery. Los contoneos de sus caderas y las sacudidas de su trasero enfundado en esos minúsculos pantalones tan ajustados, más que excitar a Héctor, le estaban poniendo de muy mal humor. En primer lugar, porque el destinatario de sus movimientos era un rubio que debería estar tocando los teclados en vez de jodiendo la marrana. En segundo lugar, porque el público, y en especial Geert, se la estaban comiendo con la mirada, haciendo que le dieran ganas de levantarse y liarse a mamporros con todos los asistentes, aunque con Geert haría una excepción y simplemente le haría una cara nueva. Y, en tercer lugar, porque no podía quitarse de la cabeza que el puñetero padre de Alba y expareja de su futura novia, estuviera allí en vez de estar en cualquier otro lugar como, por ejemplo, criando

malvas a dos metros bajo tierra.

—Estás muy serio, chaval —comentó Geert, algo preocupado. El muchacho estaba pálido como un muerto y apretaba tanto los dientes que, si no fuera por la música, estaba seguro que podría oírlos rechinar.

—Algo me ha sentado mal —respondió Héctor sin girarse a mirarlo.

—Hay que tener cuidado con lo que se bebe con el Todo Incluido. Los licores suelen ser de garrafón. —Geert le palmeó la espalda. Héctor apretó los puños sobre sus muslos para no golpear esa cara que le miraba compasiva—. Si quieres me acerco a la barra y te pido una manzanilla.

—No hace falta, gracias —se obligó a contestar a la vez que volvía a cubrirse la pulsera TI con la manga de la camisa.

—Yo creo que sí, y no me supone ninguna molestia. Ya verás qué bien te sienta.

Héctor esperó a que Geert se abriera camino entre la gente que bailaba divertida la cumbia que en esos instantes comenzaba a cantar Sara, y cuando se hubo asegurado de que no podía oírle, se volvió hacia Alba. Esta escuchaba aburrida las teorías de Zuper sobre los hermanos mayores y menores.

—¿Qué hace aquí tu padre? —le preguntó enfadado.

Alba giró la cabeza con una réplica contundente y cortante en los labios, pero se lo pensó mejor al ver la consternación en los rasgos del joven. Al fin y al cabo, él no tenía la culpa de que el pelirrojo larguirucho la estuviera volviendo loca con sus extrañas teorías.

—Hemos pasado el día juntos, y ahora se ha apuntado a disfrutar de la actuación de mamá. Le gusta mucho ver tocar al grupo.

—¿Al grupo o a tu madre? Se la está comiendo con la mirada —gruñó Héctor.

—Y que esperabas, tío. La chica está que cruje, y al fin y al cabo, él es su ex, ¿no? —intervino Zuper, tan certero como siempre.

—Cuando repartieron los cerebros, ¿estabas presente? —le preguntó Alba al pelirrojo, asesinándole con la mirada.

—Nació así de imbécil —contestó Héctor a la pregunta de la rubia.

—¿Quién es más ciego, el que no ve o el que no quiere ver? —replicó Zuper poniendo los ojos en blanco.

Héctor se levantó *ipso facto* para enfrentarse a él, le apetecía una buena pelea, y Zuper llevaba todas las papeletas para convertirse en su saco de boxeo.

—¿Ya estás mejor? —inquirió Geert tras él, tendiéndole un vaso humeante—. Tómame la manzanilla, verás como enseguida te encuentras bien.

Héctor le agradeció las buenas intenciones con una sacudida de cabeza y volvió a sentarse en la silla, con la infusión en las manos y pocas ganas de hablar con nadie.

Capítulo 8

—Y allí estaba yo, como un idiota, sentado en la misma mesa que su ex, esperando a que acabara la actuación para marcharme con el rabo entre las piernas. Creo que esa noche fue una de las más incómodas de mi vida. Por una parte quería matar al tipo que tenía al lado, y, por la otra, quería golpearme la cabeza contra la pared por ser tan imbécil de colarme por una mujer a la que solo había visto una vez. Te lo juro, Da, lo único que quería hacer era irme de allí y lamerme las heridas, como un perro faldero atacado por su amo.

—Imagino que no lo hiciste —comentó Darío mirando con atención a su hermano pequeño. Que él supiera, Héctor no era de los que se daba por vencido fácilmente.

Pocos minutos antes de las dos y media de la madrugada *los Velvet Spirits* finalizaron su actuación. Las luces bajaron de intensidad, dejando el salón en penumbra y la música que hasta ese momento había inundado la sala se silenció hasta que solo se escuchó el murmullo alborotado de los que se retiraban en busca de nuevas distracciones.

¿Todos? No. Un pequeño grupo de personas continuaba inamovible. Unos, esperando a que la concurrencia abandonara por completo el lugar; otros, ensimismados en sus pensamientos, sin saber qué hacer a continuación.

Héctor observó el escenario en silencio hasta que el último músico desapareció de él, y luego, se levantó circunspecto y cogió su chaqueta del respaldo de la silla.

—Me largo —anunció.

—¿Tan pronto? —Alba arqueó una ceja, extrañada por su repentina prisa.

El muchacho se había mostrado tenso y malhumorado durante toda la actuación. No había conseguido sacarle a bailar de nuevo. De hecho, ni siquiera había conseguido que le contestara a sus preguntas con algo más elaborado que monosílabos.

—Sí.

—Oh, vaya. Pues es una pena, porque justo ahora comienza la diversión —dijo risueña.

—¡Diversión! Esa palabra es música celestial para mis oídos —exclamó Zuper levantándose con una enorme sonrisa en la boca—. ¿Dónde hay que firmar?

—Tú no estás invitado —le cortó Alba mirando de soslayo a Héctor.

Geert sonrió ladino al escuchar a su hija. Al igual que ella, se había fijado en que el rubio parecía sentir cierto cariño por el pelirrojo.

—¿No? ¿Cómo que no? —exclamó Zuper haciendo aspavientos con las manos.

—Lo siento. La invitación solo es válida para Héctor. Si él no viene, no veo por qué motivo voy a tener que soportar tu insufrible cháchara —replicó Alba, echándose hacia atrás en la silla a la vez que cruzaba las piernas a la altura de los tobillos.

—¿Has oído eso, Héctor? —le preguntó a su amigo. Este se encogió de hombros y se encaminó hacia la salida—. Eh, no te vayas. ¿De verdad vas a permitir que me den de lado? —Le persiguió por el salón, hablando en voz alta y usando un tono lastimero que todos escucharon claramente—. Tío, no pensaba que fueras tan imbécil —susurró colocándose junto a él—. Has encontrado a tu chica después de estar buscándola durante meses. ¿Y te vas a ir sin siquiera haber hablado con ella?

Héctor se giró enfadado, dispuesto a enfrentarse a su amigo.

—Menudo cobarde estás hecho —continuó susurrando Zuper—. Huyes con el rabo entre las piernas solo porque te has dado de bruces con su ex.

—Yo no huyo de nada.

—No. Claro que no. Solo te vas a casa a llorar como un crío porque piensas que Geert te va a quitar tu juguete nuevo.

—¡No digas chorradas!

—Tío, sé un poco inteligente, joder. Si Alba te ha dicho que ahora viene la diversión, es porque el grupo al completo va a ir a tomarse algo a algún local, Sara incluida.

—Y si tú estás tan pesado con el tema es porque quieres utilizarme para ir con ellos y meterte bajo las faldas de Alba.

—¡Por supuesto! —Héctor miró al cielo y negó con la cabeza ante la desvergüenza de su amigo—. No tengo ningún problema en reconocerlo —aseveró Zuper—. No soy tan imbécil como tú, ni hago el tonto marchándome cuando lo que quiero hacer es quedarme y follarme a la chica a la que llevo meses buscando.

—¡Tú no llevas meses buscando a Alba!

—¡Pero tú sí! Aprovecha el momento. Aprovéchate de mí.

—¿De ti?

—Sí. Tienes ante ti la excusa perfecta —dijo señalándose a sí mismo—. Actúa como si te quedaras por hacerme un favor. Tu orgullo queda intacto, tu polla puede optar a su premio, y yo, quizá consiga mojar esta noche. Todos salimos ganando.

Héctor negó con la cabeza, asombrado por la argucia de su amigo. Hizo girar la pulsera que llevaba en la muñeca mientras se debatía entre marcharse haciendo caso de su orgullo herido o quedarse aprovechando la trama que había ideado Zuper. Dirigió una mirada dubitativa a su alrededor. Ya no quedaba nadie en el salón, a excepción de Alba y Geert que continuaban sentados a la mesa, observándoles. En el escenario, los instrumentos musicales aguardaban a que alguien los recogiera. Inspiró profundamente y centró la vista en las cortinas tras las que habían desaparecido los músicos. Una cabeza rubia asomó entre ellas, volvió a desaparecer, y un instante después, *los Spirits* al completo las atravesaron con Sara a la cabeza.

Ya no vestía las botas rojas de tacón ni los diminutos pantalones negros. En su lugar se había puesto unos vaqueros de cintura baja, ajustados a las caderas, que caían holgados por sus piernas hasta reposar sobre unas deportivas blancas. Una camiseta negra de manga larga que se ceñía a sus pechos y terminaba a escasos milímetros por

debajo de su ombligo completaba su atuendo. Se había recogido el pelo en una coleta alta, y su oscura y larga melena se balanceaba seductora sobre su espalda.

Se dirigió decidida hasta el micrófono y comenzó a desmontar el pie y los cables mientras el resto del grupo hacía lo mismo con los otros instrumentos. Desvió la mirada de lo que estaba haciendo y observó a las cuatro personas que permanecían inmóviles en el salón.

—¿Bueno, qué, no vais a ayudarnos? —preguntó.

Alba se levantó al instante, dispuesta a echar una mano a su madre. Geert, en cambio, se repantingó en la silla y preguntó qué pensaban hacer cuando estuviera todo recogido.

—Vamos a ir a tomar unas copas al 54 Sueños —contestó Elke.

—¿Tú también, Sara? O te lo has pensado mejor y has cambiado de opinión —preguntó el hombre mayor alzando una ceja. Le estaba preguntando si había reconsiderado su oferta de hacer cosas obscenas en una habitación del hotel.

—Voy a pasar toda la noche con mis amigos —afirmó Sara, remarcando la palabra «toda» a la vez que ponía los ojos en blanco. Cuando se lo proponía, Geert era de lo más pesado.

Geert se encogió de hombros, aceptando que esa noche no habría sesión de sexo, al menos no con su ex.

—Entonces os dejo. No me apetece pasar una hora recogiendo para acabar tomando copas en el 54. Ya nos veremos otro día —se despidió lanzando un beso a Sara. Luego caminó hasta donde estaba su hija y, tras besarle la mejilla a modo de despedida, susurró—: Intenta no asustar al muchacho, parece algo tímido.

Alba puso los ojos en blanco, su padre, como siempre tan bocazas.

Héctor aceptó con un gesto de cabeza la palmada cariñosa que Geert le dio en la espalda, y luego posó sus ojos en Sara. Esta seguía sobre el escenario, con los brazos en jarras, observándole con una ceja alzada. Y tomó su decisión. No iba a dejar que Zuper tuviera razón. Él no era un crío que saliera corriendo ante la primera dificultad.

Desmontar el escenario no fue tan difícil como había pensado, lo complicado fue transportar los instrumentos, cables, altavoces, micrófonos, ecualizadores y la mesa de mezclas hasta el aparcamiento del hotel y guardarlos en la furgoneta del grupo y el coche de Sara, porque, el flamante C4 en el que la había visto la última vez no era de Elke, como había pensado en un principio, sino de Sara.

—Ya puede merecer la pena el sitio ese —jadeó Zuper desde el interior de la furgoneta mientras aferraba con fuerza el tirador del enorme altavoz—. Si llego a saber que desmontar todos estos trastos era tan pesado, te hubiera convencido para que nos fuéramos a casa.

Héctor apretó los dientes y asintió a la vez que sostenía a pulso el otro extremo del aparato y lo empujaba hacia el interior del vehículo.

—No seas quejica, Zuper, ya verás como merece la pena —comentó Alba pasando al lado de los dos jóvenes con una enorme mochila llena de cables que dejó

en el suelo, junto a las puertas abiertas de la furgoneta—. Te lo vas a pasar de muerte en el 54, vas a estar rodeado de chicas.

—Lástima que todas prefieran a otras chicas —explicó burlona Elke antes de abrazar a Alba por la espalda y soplar sobre el aro dorado que la joven llevaba en la oreja. En respuesta, Alba elevó la mano y jugó con el pendiente, idéntico al suyo, que la alemana lucía.

—¿Cómo que prefieren a otras chicas? —gimoteó Zuper sentándose sobre el aparato que acababan de colocar.

—54 Sueños es un local LGTB (Lesbianas, Gays, Transexuales y Bisexuales), ¿no lo sabías? —intervino Eberhard, empujándolo para que bajara de la abarrotada furgoneta.

—Pues va a ser que no, no lo sabía —farfulló Zuper anonadado—. Me estás diciendo que vamos a ir a un local donde las chicas se enrollan con otras chicas. ¿Has oído eso, Héctor? —le dijo a su amigo que en esos momentos miraba perspicaz a las dos rubias—. Guau, tío, ¡va a ser la mejor noche de mi vida! ¿Te lo imaginas?

Héctor asintió con fuerza. Sí. Se lo imaginaba. Una punzada de deseo le recorrió el vientre y se instaló en su pene, haciendo que engrosara con rapidez. Si antes estaba deseando estar a solas con Sara, ahora ya no podría dejar de pensar en ello hasta que llegaran a esa discoteca. Mujeres enrollándose a su alrededor, metiéndose mano unas a otras y Sara bailando junto a él. Pegada a él. Tocándole mientras él la tocaba a ella. Sacudió la cabeza con fuerza y se sacó la camisa de los pantalones de manera que ocultara su evidente erección. Iba a ser una noche maravillosa, pero... antes de seguir soñando tenía que comprobar una cosa. Se giró hacia las dos rubias que en ese momento ponían los ojos en blanco, enfadadas por la respuesta del pelirrojo.

—¿Por eso tu padre no ha querido venir con nosotros? —le preguntó a Alba a la vez que bajaba de la furgoneta y cogía la mochila llena de cables.

—No. A mi padre le da igual si vamos a un sitio o a otro. No ha venido con nosotros porque mi madre le ha dado una negativa rotunda y él no es de los que malgastan el tiempo en causas perdidas —contestó encogiéndose de hombros como si no le importara en absoluto.

—Eso pensaba —musitó Héctor con una sonrisa depredadora en los labios—. Con esto hemos terminado, Eber —le indicó al guitarrista pasándole la pesada bolsa.

—Estupendo. Gracias por la ayuda, tío. Nosotros vamos a guardar la furgoneta en el garaje y luego iremos al 54 tras recoger a Sofía, mi mujer. ¿Nos acompañas o te vas con las chicas? Bah, no respondas, es una pregunta estúpida.

Héctor sonrió al alemán, cada vez le caían mejor los cuatro hermanos. Se despidió con un gesto de cabeza y acto seguido se dirigió al C4, estaba deseando ponerse en camino y llegar a la discoteca. Se detuvo confundido a escasos pasos del vehículo. Alba, Elke y Zuper discutían mientras Sara, apoyada en el capó, los miraba divertida.

—No, y mil veces no.

—Alba, hazlo por tu madre y por Héctor —argumentaba el pelirrojo—. Acaban

de reencontrarse y quieren estar juntos.

Sara le dirigió una mirada asesina al pelirrojo, pero antes de que pudiera contestar, su hija se le adelantó.

—Ya estarán juntos en el 54, hay cosas que ni siquiera una hija haría por su madre, y viajar en el coche, contigo al lado, es una de ellas.

—Pero, Elke, dile que está cometiendo un terrible error —suplicó Zuper a la otra rubia.

—Si tengo que viajar a tu lado, me pego un tiro.

—¡Héctor! —exclamó entusiasmado al ver a su amigo—. Estas dos locas quieren que conduzcas tú. Habla con ellas, hazlas entrar en razón —rogó desesperado a su amigo.

—¿Yo? —Se asombró Héctor—. ¿Por qué iba a conducir yo?

—Porque Alba y Elke se niegan a sentarse junto a tu amigo —le explicó Sara.

—Pues que conduzca Elke, que Alba se siente en el lugar del copiloto y nosotros tres detrás.

—¿Con estos tacones? —le interrumpió Elke enseñándole sus botas de tacón kilométrico—. Tú te pinchas, niño.

—Pues que conduzca Alba.

—No tengo carné.

—Pues entonces hazlo tú, Sara, y que Zuper se siente a tu lado —indicó Héctor—. Es lo más razonable.

Un tenso silencio cayó sobre las dos rubias. No podía ser verdad que Héctor hubiera dicho eso... O sí, sí podía. Él no sabía cómo conducía Sara. Sara enarcó una ceja, miró al pelirrojo, al flamante C4 y a Héctor y luego negó lentamente con la cabeza.

Alba y Elke respiraron aliviadas al ver que no pensaba conducir ella.

—¿Tienes carné de conducir?

—Sara, no soy un crío —replicó él, ofendido por la duda—. Claro que tengo carné de conducir.

—Perfecto, tú conduces —afirmó dándole las llaves a la vez que se instalaba en el asiento trasero del vehículo. Alba y Elke se apresuraron a acompañarla.

—¿Estás segura? —Héctor observó con atención el C4. Por la matrícula, no podía tener más de un año y tampoco veía golpes o rozaduras en el chasis—. ¿Me vas a dejar tu coche? ¿A mí? —exclamó alucinado. Ruth y Darío habían tardado meses en dejarle conducir el viejo AX familiar. Y Sara apenas le conocía.

—¿Sabes conducir o no? —inquirió Sara al ver su renuencia.

—¡Claro que sé conducir! ¡Y seguro que lo hago mejor que tú!

—Eso no es muy difícil —musitó Alba desde su asiento. Elke estalló en carcajadas.

—¿Por qué se ríen?

—Por nada, arranca y dirígete a la playa de los Locos —refunfuñó Sara.

Héctor se encogió de hombros y miró a Zuper que, imitando su gesto, entró en el coche y se instaló en el asiento del copiloto. Resopló, lanzó las llaves al cielo para luego volver a recogerlas y, sin pensarlo un instante más, se acomodó frente al volante. Arrancó, comprobó en el cuadro de mandos que todo estuviera correcto y, con una sonrisa diabólica, pisó el acelerador. Pocas veces tenía la oportunidad de conducir un coche que no fuera el arcaico AX de su hermana, y no pensaba desaprovechar la oportunidad.

No fue fácil encontrar un sitio para aparcar. Aunque la temporada de verano hacía meses que había terminado, Torrevieja seguía siendo una ciudad costera repleta de gente. Los *pubs* y cafeterías frente a los que pasaron tenían las terrazas abarrotadas de jóvenes, y no tan jóvenes, dispuestos a disfrutar de la noche del sábado. El amplio paseo marítimo estaba inundado de personas que caminaban sin rumbo fijo y sus largos bancos de madera los ocupaban parejas de enamorados que se susurraban secretos al oído mientras escuchaban el ronroneo del Mediterráneo.

Al no encontrar aparcamiento cerca del paseo, Héctor, siguiendo las indicaciones de las chicas, callejeó decidido por las estrechas vías del interior de la ciudad. Estuvo a punto de meterse en sentido contrario por varias calles y casi se saltó alguna que otra señal de *stop*.

—¡Están en los lugares más inapropiados! —Gruñó cuando Sara le regañó por su imprudencia.

Como casi todos los edificios tenían garaje privado en la planta baja, más de una vez tuvo que reincorporarse bruscamente al tráfico, acompañado de bocinazos e imprecaciones tras haber girado repentinamente para introducirse en lo que un segundo después averiguaba que era un vado permanente. También estuvo a punto de embestir contra las mesas y sillas de la terraza de un bar que, ocupando más espacio del que tenían, habían invadido el asfalto.

Por fin, tras alejarse varias calles de la playa y perderse un par de veces en el laberíntico trazado de la ciudad, encontró, casi milagrosamente, un sitio vacío.

Cuando por fin aparcó, sus acompañantes se apresuraron a abandonar el coche con inusitada rapidez. Imaginó, por la cara verdosa de Zuper, que su manera de tomar las curvas no le había sentado muy bien al delicado estómago del pelirrojo, y que las chicas no querían arriesgarse a permanecer ni un instante en su compañía.

—No me extraña que tu amigo se haya mareado —comentó Sara abriendo la puerta y posando titubeante los pies en el asfalto.

—Quizás me he entusiasmado un poco. No es lo mismo conducir el anticuado AX de mi hermana que este pedazo de máquina. Seguro que puede pasar de cero a cien en menos de diez segundos —confesó exultante—. ¿Has visto cómo toma las curvas?

—Lo he sentido en el estómago —replicó Sara haciendo una mueca de terror—. Por cierto, la próxima vez que conduzcas recuerda que si un semáforo se pone a parpadear en ámbar, significa que en breves instantes va a ponerse en rojo... y que

por lo tanto debes detener suavemente el coche, ¡no acelerar y saltártelo!

—¡No exageres! No me he saltado ningún semáforo en rojo.

—¡Te los has saltado todos! —exclamó Sara mirándole con los ojos muy abiertos.

—Estaban en ámbar —replicó divertido saliendo del coche.

—¿En ámbar? —jadeó llevándose las manos al pecho—. ¿Pero tú te has molestado en mirarlos cuando estabas saltándotelos?

—No. Por eso estaban en ámbar. Si los hubiera mirado, me los habría saltado en rojo, y eso tiene una multa muy gorda. Por eso no los miro y así no me los salto —bromeó.

—La próxima vez que monte contigo me aseguraré de estar borracha, puede que así no pase tanto miedo como esta noche —musitó para sí.

—¿Has pasado miedo? —preguntó Héctor sorprendido caminando hacia ella—. Pensé que estabas disfrutando. No hacías más que gritar y reírte.

—Cuando una mujer grita, no significa que esté llegando al orgasmo, también puede ser que lo haga porque esté aterrorizada. Y a mí, cuando algo me asusta, me da por reír histérica.

—Vaya, lo siento, no lo había pensado.

—Ya lo imagino, la próxima vez ten más cuidado y piensa en el delicado corazón de esta pobre ancianita.

—¿Me lo vas a dejar llevar otra vez? —preguntó Héctor haciendo caso omiso del comentario de Sara sobre sí misma.

—¿Por qué no?

—Porque es tu coche y te da miedo cómo conduzco.

—Me da más miedo cuando conduzco yo.

—Entonces, ¿por qué te lo has comprado?

—Porque alguien tenía que comprárselo. Elke y yo lo necesitamos para ir a trabajar cada día, y además Alba y Elke se lo llevan las noches que salen juntas. Como un coche no puede estar a nombre de tres personas, lo compré yo, pero lo pago a medias con Elke.

—Pero no te gusta conducir.

—Pues no, ni a Elke tampoco, estamos deseando que Alba se saque el carné —apuntó divertida—, y mientras se lo saca, a veces tengo la suerte de encontrar un maravilloso príncipe azul dispuesto a conducir por mí.

—Por ti, Sara, haría cualquier cosa —afirmó Héctor con su voz más seductora, a la vez que la abrazaba por la cintura, acercándola a él. Ya era hora de retomar lo que habían dejado a medias en la playa la noche que se conocieron.

—¿De verdad? ¿Cualquier cosa? —le susurró Sara al oído.

—Ya sabes que sí. —Él se inclinó, dispuesto a recibir el premio por su galantería.

—Pues entonces, cuando haga la colada te llamaré para que me planches la ropa —comentó divertida apartándose de él para dirigirse hacia el resto del grupo.

Héctor se echó a reír divertido mientras observaba fascinado el seductor balanceo

del trasero femenino al alejarse. Incluso vestida con esos vaqueros era increíblemente sexy. Se entretuvo un momento en colocarse la ropa de manera que disimulara la erección que de nuevo comenzaba a empujar impaciente contra sus pantalones y, cuando consiguió estar más o menos cómodo, se encaminó tras ella. Sara conseguía ponerle duro como una piedra con una sola mirada, con un solo gesto... para luego abandonarle sin compasión tras haberle dejado planchado con una sola palabra. Era única, lo supo en el mismo momento en que la vio por primera vez sobre el escenario. Y lo confirmó cuando lo dejó empalmado y a dos velas en mitad de la playa. Era la primera vez que su magia, como lo llamaba Zuper, fallaba. Y eso era algo con lo que no contaba. Algo que lo hacía sentir más vivo que nunca. Ella era un soplo de aire fresco en lo que a sus conquistas se refería. Era la primera chica a la que no conseguía llevarse a la cama a pesar de haberlo intentado con ahínco. La primera chica que lo dejaba tirado con una erección de tres pares de narices. La primera chica que se resistía a su encanto.

Héctor se detuvo de repente al darse cuenta de por qué Sara no había caído rendida ante él. Porque no era una chica. Era una mujer. Una mujer que no se dejaba deslumbrar por sus encantos. Y justo por eso, estaba tan confundido, tan excitado, tan obsesionado con ella. Porque no había conseguido conquistarla. Todavía. Pero lo haría. Nadie se podía resistir eternamente a él, y Sara no iba a ser la excepción que confirmara la regla. La seduciría, se la follaría y los dos disfrutarían mucho. Muchísimo.

Asintió con la cabeza decidido y caminó hasta el grupo. Ahora que había comprendido el porqué de su extraño encaprichamiento estaba decidido a ponerle solución. Una solución satisfactoria para ambos, por supuesto. Y la discoteca en la que estaban a punto de entrar le facilitaría mucho las cosas. No le sería difícil calentar a Sara en ese ambiente, rodeados de chicas lascivas enrollándose unas con otras. La erección que poco a poco había ido apagándose, resurgió con fuerza de sus cenizas.

—Soy la sobrasada que da sabor al pan que lo envuelve —decía Zuper a las chicas en el mismo instante en que Héctor llegó hasta ellos—. ¿No queréis hacer un sándwich conmigo?

—¿Tu amigo es capaz de ligar diciendo esas tonterías? —Sara se acercó hasta él hablando en voz baja. Héctor negó divertido con la cabeza—. Eso pensaba yo. Vamos a la discoteca antes de que Alba y Elke dejen de encontrarlo entretenido y le hagan algo de lo que luego puedan arrepentirse.

Se dirigieron a la entrada de 54Sueños. Elke y Alba, ignorando la fila de gente que hacía cola para entrar, se dirigieron con seguridad hasta el enorme portero situado tras la cadena dorada que daba acceso —o no— a la discoteca. Conversaron con él y el tono amistoso con el que se trataron hizo comprender a Héctor que las chicas no solo frecuentaban a menudo el local, sino que eran amigas del dueño. De improvisto la conversación bajó de tono hasta hacerse inaudible, el portero giró la cabeza, miró a Zuper fijamente, y tras asentir con la cabeza, comenzó a hablar con alguien a través

del micrófono que llevaba oculto en el cuello de la camisa. Tras esto, miró a Alba y Elke, les guiñó un ojo, y les permitió la entrada. Las chicas instaron a sus compañeros a entrar con mirada pícaro mientras Sara se encogía de hombros. Zuper no se lo pensó un segundo y avanzó con una enorme y lasciva sonrisa en la cara. Estaba deseando ver lo que se cocía en aquel lugar.

Héctor le siguió, para acabar chocando contra él un instante después.

Lo empujó para obligarle a caminar y al ver que no lo hacía, lo esquivó, y pudo por fin observar lo que le había dejado petrificado.

—Cierra la boca y finge que no estás decepcionado —le comentó Alba divertida. Héctor se apresuró a hacer lo que le ordenaban.

Capítulo 9

—Pero bueno, ¡no te quedes callado ahora! —exclamó Darío con los ojos abiertos de par en par al ver que su hermano enmudecía de repente—. ¡Dinos qué pasó!

—¡Da! No te pongas así, parece que te vaya la vida en ello —le reprendió Ariel.

—No me pongo de ninguna manera —siseó frustrado—. No es de buen hermano ponerme los dientes largos y luego quedarse callado —comentó mirando a Héctor—. Dime, ¿cómo es por dentro un local de lesbianas? —preguntó curioso.

—¡Da! —exclamó ofendida Ariel. Héctor miró a su hermano con los ojos entornados y sonrió.

—¿Nunca has entrado en uno, Da? —El interpelado negó vehemente—. Uf. Yo siempre había pensado que en un sitio así las mujeres... —Miró a su cuñada que los observaba con cara de querer matarlos— ya sabes. Que estarían... —Arqueó mucho las cejas— te haces una idea, ¿no? —Darío asintió entusiasta con la cabeza—. Que sería... te lo puedes imaginar. —En el rostro del hermano mayor se dibujó una enorme y lasciva sonrisa—. Pues no.

—¡¿No?!

—¿Esto es un local de lesbianas? ¿Estáis seguras? —preguntó Zuper en voz baja y desencantada. Alba y Elke le chistaron enfadadas, pero él no se dejó amedrentar—. Joder, qué estafa, me había imaginado otra cosa.

Él también, admitió Héctor para sí.

—¡Hombres! Pensáis con la polla en vez de con el cerebro —se quejó Alba.

Héctor asintió conforme con la cabeza antes de darse cuenta de lo que estaba haciendo. Había imaginado... mil cosas, pero desde luego, no lo que tenía ante los ojos.

54 Sueños era una discoteca similar a todas las demás en las que había estado. Delgados y deslumbrantes haces de luz de mil colores coloreaban las paredes e iluminaban las cabezas de las personas que bailaban en la pista. La música surgía ensordecedora desde los enormes altavoces, las dos barras estaban ocupadas por un maremágnum de gente deseosa de obtener su preciada bebida y, en uno de los laterales de la pista, donde estaban ubicados los reservados, varios grupitos de personas de ambos sexos charlaban amigablemente sentados en los confortables pufs de piel sintética que rodeaban las mesas bajas. Por más que Héctor y Zuper escudriñaron el espacio que les rodeaba, no consiguieron ver hechas realidad ninguna de sus lúbricas fantasías. Sí, había algunas parejas que se abrazaban y besaban, chicas con chicas, chicos con chicos y chicas con chicos. Pero nada escandaloso. Todo el mundo estaba completamente vestido y nadie ejecutaba ninguna libidinosa escena sobre las mesas. Incluso los gogós que bailaban sobre la plataforma elevada del fondo eran de lo más normalito.

Tras suspirar decepcionados, acompañaron a las chicas hasta la barra donde estas se entretuvieron charlando con los camareros y algunos conocidos mientras ellos luchaban por conseguir algo de beber. No fue fácil. El sitio estaba abarrotado. Una vez conseguidas sus consumiciones, llegó la tarea más complicada: encontrar una mesa libre. Sara, argumentando que estaba destrozada tras la dura semana de trabajo, se negó a quedarse en la barra soportando empujones, por lo que instó a Héctor y a Zuper a deambular en busca de una mesa con sus correspondientes pufs, mientras que Alba y Elke subían a la oficina de la discoteca a saludar al dueño, que, efectivamente, era íntimo amigo suyo. Héctor y Zuper se encogieron de hombros mientras miraban aturullados a su alrededor sin saber por dónde empezar a buscar. Cuando encontraron por fin una mesa y unos cuantos pufs libres se apresuraron a ocuparla. Poco después regresaron las chicas, dejaron las bebidas sobre ella, al cuidado de Sara, y se fueron a bailar. Zuper, por supuesto, las siguió cual perrito faldero, dejando a Héctor con su presa, lo cual le satisfizo enormemente. Tenía muchos planes para esa noche. Y todos acababan de la misma manera, con Sara desnuda entre sus brazos.

—No sabía que te alojabas en el Miramar —comentó ella golpeando el pequeño asiento hasta moldearlo a su gusto.

—No lo hago. —Héctor empujó con el pie su puff hasta dejarlo junto a una columna y después se dejó caer sobre él, repantigándose con las piernas estiradas, los tobillos cruzados y la espalda apoyada en la columna; era la viva imagen de la despreocupación—. Vivo en una casa baja, en la Mata.

—Entonces, ¿de dónde has sacado la pulsera TI del Miramar? —le preguntó Sara con suspicacia.

—Ah... Esto... —Héctor toqueteó la pulserita de marras sin saber bien qué contestar. Si hubiera tenido unas tijeras se la hubiera quitado, pero no las tenía, y la dichosa pulsera se había resistido a todos sus intentos de romperla—. Cosas de Zuper. Él la consiguió.

—Y a ti te pareció estupendo conseguir cena y bebida gratis, ¿no? —le regañó arqueando una ceja—. Bastante fastidiados están los hoteles como para que un hatajo de jovencuelos caprichosos cene y beba gratis. —Y ella lo sabía mejor que nadie. Las tarifas de la orquesta habían bajado considerablemente en los dos últimos años y había visto como buenos hoteles se cerraban por culpa de la crisis.

—Bueno... —Héctor se encogió de hombros—. Me ha sorprendido mucho verte —dijo cambiando de tema—. Te he estado buscando, ¿sabes? —Sara arqueó una ceja—. Me dejaste muy tocado esa noche. No podía dejar de pensar en ti, incluso fui de nuevo a la discoteca con la esperanza de encontrarte o de dar con alguien que supiera decirme algo de ti, pero estaba cerrada. Desde entonces, cada vez que entraba en algún sitio que tuviera actuaciones en vivo esperaba encontrarte, pero no fue así. Desapareciste de mi vida de la misma manera que entraste, de improviso. Pero ahora que te he encontrado, no te voy a dejar escapar —finalizó sonriendo seductor.

Sara lo miró muy seria, tomó un sorbo de su daiquiri y, sin poder evitarlo, se echó

a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Tú —contestó reprimiendo la risa.

—Ah, Y ¿puedo saber por qué? —inquirió susceptible incorporándose hasta apoyar los codos sobre las rodillas.

—Lo siento, Héctor, pero es que... —Se tapó la boca con el dorso de la mano e inspiró profundamente. Sus ojos chispeaban divertidos—. Eres tan adorable, tan príncipe azul de cuentos encantados, tan niño.

—¿Niño? ¿Yo? No. ¿Por qué dices eso?

—Te zafas de mi regañina cambiando de tema sin venir a cuento y, no contento con eso, me adulas insinuando que me has estado buscando. Eres encantador, pero ese truco no vale conmigo. Quizá te sirva con jovencitas de tu edad, pero a mí no me vas a convencer de semejante tontería, ya hace tiempo que peino canas —explicó divertida reclinándose sobre el inestable respaldo que había creado en el puf y tomando otro sorbo de su bebida.

—¡No te estaba adulando! —replicó malhumorado. Lo había pillado in fraganti.

—Claro que no —repuso burlona—. Entonces, ¿qué? Has atravesado desiertos, conquistado castillos y vencido dragones buscándome. Y ahora que me has encontrado, ¿viviremos felices y comeremos perdices, gratis, por supuesto, gracias a las pulseras ilegales de tu amigo?

—¡Joder, Sara! —espetó enfadado, su orgullo herido de gravedad—. ¿Qué quieres que te diga? ¿Que me arrepiento de haber usado la pulsera TI? ¿Es eso? Pues no me arrepiento. No creo que el hotel se vaya a ir a la mierda por darme de cenar e invitarme a una caña y una manzanilla. No es para que te lo tomes así. No he matado a nadie. Solamente estaba celebrando la Navidad con mis amigos antes de regresar a Madrid y, como todos somos becarios, era hacer trampa en el hotel o irnos a cenar a una hamburguesería. Y una cena de Navidad a base de hamburguesas ni es cena ni es navideña —se excusó poniendo cara de angelito arrepentido—. No sabes lo mal que se pasa siendo becario. El sueldo es un asco, me hacen trabajar como una mula y encima me tratan como si fuera poco menos que basura. No tienes ni idea de las putadas que me hacen y lo mal que lo paso.

Sara lo observó con los ojos entrecerrados y, acto seguido, rompió en una estentórea carcajada. ¡El muy tunante lo había vuelto a hacer! Le había dado la vuelta a la tortilla para quedar como el pobre niño bueno que no era, solo que esta vez, en lugar de adularla, apelaba a su ternura. Sin dejar de reír, se inclinó hasta dejar la bebida en la mesa y le tomó la mano, en un gesto de amistad y comprensión. No tenía fuerzas para enfadarse con él por sus artimañas. Imposible. En esos momentos se mostraba demasiado compungido, aunque fuera fingido, como para regañarle.

—¿Te hace gracia? —Héctor la miró enfurruñado.

—No te enfades y cuéntame, ¿qué vas a hacer estas Navidades? ¿Vuelves a Madrid?

—Sí, el autocar sale mañana a las nueve. Estoy deseando llegar a casa y ver a mi familia —afirmó con mirada melancólica—. El año pasado a principios de diciembre pusimos el belén y el árbol en casa. Y hacia mediados de mes ya estaba histérico buscando los regalos que me faltaban y cuadrando con Darío y con Ruth las cenas de Navidad y Nochevieja mientras Iris, mi sobrina, me pedía una y otra vez que añadiera más regalos a su carta para los Reyes Magos. Este año me da la impresión de que aún no ha llegado la Navidad. No he puesto ningún adorno en la casa que comparto con Zuper, y no tengo ni idea de qué van a hacer mis hermanos para las cenas. Me siento un poco raro. Siempre hemos estado juntos por estas fechas, y ahora me siento... aparte. Aunque intento ir a Madrid todas las semanas no es lo mismo. Ya no vivo con ellos.

Sara escuchó con atención, atenta a cada inflexión de su voz, a cada detalle que desgranaba. Héctor le habló entusiasmado de sus hermanos, de cómo se habían esforzado para pagarle la carrera, luego le contó todas y cada una de las travesuras de su sobrina. Se rieron divertidos por las ocurrencias de su nueva e impredecible cuñada, Ariel. Se tornó melancólico al referirse a su padre enfermo y Sara asintió, comprensiva y amable. Tras una pausa para coger nuevas bebidas en la barra, continuaron conversando sobre el trabajo de Héctor, lo que hacía y lo que no. Se mostró orgulloso de ser ingeniero técnico forestal, y en contra de lo que él había supuesto, Sara le sorprendió al demostrarle que conocía muy bien todo lo que rodeaba su profesión. Asintió complacida al escucharle disertar sobre las largas caminatas por las lagunas de la Mata observando a las aves que tanto le fascinaban. Se rio a carcajadas cuando le contó los inicios de su amistad con el agricultor jubilado y gruñó enfadada cuando le relató lo mal que le trataba su jefe. Estaban tan absortos en la conversación, que cuando Eberhard y Sofía se acercaron a saludarles apenas les prestaron atención, por lo que volvieron a dejarles solos de nuevo, ellos también querían subir a saludar al dueño de la discoteca.

—Ayer fue mi último día en el Centro de la Mata, y menos mal. ¡Estoy harto! —comentó Héctor tras un extenso monólogo en el que no hizo más que quejarse de todo lo que tenía que hacer, de las horas que dedicaba fuera de horario, de lo poco que le pagaban y de la prepotencia de su supervisor—. A mí no me importa currar, no pienses lo contrario. Adoro mi trabajo, me chiflan todas sus facetas, ya te lo he dicho. Pero de ahí a que me exploten por toda la cara, y que encima el capullo de mi jefe se pase el día puteándome, va un abismo. Estoy tan cansado que últimamente ni siquiera me apetece irme de fiesta. Solo tengo ganas de que llegue el fin de semana y volver a casa con mi familia —confesó—. Vivir solo no es tan divertido como pensaba.

—Es complicado, sí.

—No sé cómo Da y Ruth se lo montan, pero ellos siempre tienen la casa limpia, la nevera llena, la ropa planchada y la comida en la mesa. Yo, por más que lo intento, no lo consigo. No llego a fin de mes, la casa es un cuchitril y deja mucho que desear y me ha costado una hora plancharme los pantalones y la camisa... ¡y ni siquiera he

conseguido quitar todas las arrugas! —Gruñó señalándole las mangas de la camisa. Sara se echó a reír por enésima vez, su principito era de lo más coqueto—. ¿Te parece divertido?

—Sí. Me recuerdas a mí cuando vine a vivir aquí. La casa se me caía encima, Alba era un bebé sin libro de instrucciones, mi madre no estaba conmigo para ayudarme, Geert perdía un trabajo tras otro y yo no hacía más que llorar. Entiendo cómo te sientes más de lo que piensas. Pero compadeciéndose de uno mismo no se llega a ningún lado, Héctor.

—¿No eres de Alicante? —preguntó él, cambiando de tema antes de que le diera un sermón sobre cómo hacer bien las cosas. Para eso ya tenía a sus hermanos.

—No. Nací en Londres, pero mi madre y yo volvimos a Madrid con mi abuela cuando cumplí doce años. Ya entonces soñaba con ser cantante. Iba a todos los conciertos que podía pagar, y a los que no, me colaba. Monté un grupito con los amigos del barrio, y poco después de cumplir los dieciocho me mudé con Geert a Alicante a hacer realidad mi sueño.

—¿En Alicante, por qué? —inquirió confundido—. En Madrid también hay salas de fiesta y discotecas.

—Sí, pero por aquel entonces había conocido a Geert, estábamos saliendo juntos y él me había propuesto ser la cantante de un grupo que unos amigos suyos estaban montando aquí, así que hice la maleta y me vine. ¿Quién no hace tonterías por amor? —afirmó dando un largo trago hasta acabar su bebida—. ¿Te apetece otra? —Hizo ademán de levantarse.

—Deja, yo te invito esta vez.

Cuando regresó varios minutos después, Sara observaba divertida la pista de baile.

—Parece que Alba y Elke han acabado por acostumbrarse a tu amigo.

—Si tú lo dices —respondió Héctor risueño mirando al trío.

Las chicas bailaban envolviendo a Zuper. Alba se contoneaba frente a él y Elke a su espalda, le tocaba divertida el trasero... hasta que le pellizcó con fuerza, y Zuper dio un pequeño salto y se llevó las manos al culo, enfadado. Y justo entonces, las chicas se echaron a reír e inclinándose por encima del hombro del pelirrojo se besaron en la boca. Héctor se apresuró a desviar la mirada hacia Sara, sorprendido y a la vez turbado por si ella las había visto besarse, no creía que le fuera a hacer mucha gracia esa broma. Pero Sara se mantenía ocupada removiendo su daiquiri. Respiró tranquilo y decidió retomar la conversación para distraerla de lo que ocurría en la pista. De hecho, tendría que estar intentando conquistarla en vez de andar perdiendo el tiempo charlando. Debería sacarla a bailar para hacer su magia y llevársela al huerto. Podría aprovechar que estaban solos en el reservado para besarla y seducirla.

Pero por extraño que fuera, lo que realmente le apetecía era hablar con ella. Ya tendría tiempo a lo largo de la noche para sacar a relucir sus artes de seducción.

—¿Y a tu madre le pareció bien? A mis hermanos les ha sentado fatal que me

fuera de casa, y soy mucho mayor de lo que tú eras en aquella época —continuó la conversación en el punto en el que la habían dejado.

—¿Qué le pareció bien? —preguntó Sara confundida.

—Que te fueras a vivir a Alicante, con tu novio.

—Ah, eso. Murió dos meses antes de que me mudara, no tuvo oportunidad de enfadarse —explicó dando un nuevo trago a su daiquiri.

—Lo siento, Sara.

—No importa. Hace muchos años de eso —desestimó sus palabras encogiéndose de hombros—. ¿Qué vas a hacer ahora que se te ha acabado el curro? —le preguntó cambiando de tema.

Héctor intuyó que también ella usaba esa táctica cuando no quería hablar sobre algo y, empático como era, hizo lo único que podía hacer, fingir que había picado el anzuelo.

—He encontrado otro trabajo. Esta vez no iré de becario, sino con un contrato de prácticas —bufó, era el mismo perro con distinta correa—. No ha sido fácil conseguirlo, pero Zuper me ha echado una mano, conoce a alguien amigo de otro alguien que es cuñado de un alguien que me ha echado un cable —comentó encogiéndose de hombros—. Empiezo en enero en el Parque Natural del Hondo.

—Te pilla un poco retirado de la Mata, ¿no?

—Ni te lo imaginas. No hay transporte público que me lleve directo hasta allí, y en la bici tardo casi dos horas, y eso tomando atajos.

—Vaya, ¿te vas a mudar?

—Por ahora no. He estado mirando habitaciones de alquiler por la zona, pero me salen más caras que la casa que comparto con Zuper, y por ahora eso es lo único que me puedo permitir. De todas maneras tampoco me importa mucho perder un par de horas al día en el viaje. Me gusta montar en bicicleta, me da tiempo para pensar en muchas cosas —comentó sonriendo—. Y si veo que acabo demasiado cansado, siempre puedo pedirle un préstamo a mi hermano para comprarme una moto de segunda mano... aunque preferiría no hacerlo. Estoy decidido a mantenerme por mis propios medios —afirmó en un arranque de mendaz vanidad.

—¡Eso es maravilloso, Héctor! —exclamó Sara entusiasmada—. Hay muy pocos jóvenes que piensen como tú. La mayoría están dispuestos a exprimir a sus padres y hermanos sin pararse a pensar en nada más que en ellos mismos. Que tú estés decidido a hacer lo correcto y ser independiente sin ayuda de nadie, me llena de orgullo. Eres un hombre íntegro.

—Ah, vaya. Sí, claro. Yo quiero ser independiente y no tener que pedir dinero a nadie —balbució él, avergonzado. No tenía ningún inconveniente en pedirle dinero a Darío cada fin de mes. O no lo había tenido hasta ese mismo instante, porque a partir de ese momento, le iba a resultar complicado sablear a su hermano sin imaginarse la cara de decepción de Sara.

—Cuando estés tan cansado de pedalear que no puedas ni mover los párpados,

piensa en por qué lo estás haciendo y siéntete orgulloso.

—Claro, eso haré. —«Joder. Buena la he liado. Si ahora me pillo una moto va a saber que Da me ha dado el dinero. Me va a tocar pedalear como a un gilipollas», pensó abochornado—. La verdad es que estoy deseando empezar en El Hondo. Me apasiona el trabajo que voy a realizar, aunque me vayan a pagar una mierda. Será una buena inversión de futuro —cambió de tema por enésima vez esa noche.

—¿Qué vas a hacer exactamente?

—Voy a participar en un programa de investigación sobre el uso sostenible de los recursos de los humedales, su conservación y gestión.

—Parece muy interesante.

—Lo es. En los últimos años han desaparecido una gran cantidad de humedales y otros muchos se han visto muy reducidos. Con este proyecto podremos ayudar a su recuperación.

—Es maravilloso, Héctor. Mantener el ecosistema es muy importante, cientos de animales dependen de ello en algún momento de su ciclo biológico. Es necesario concienciar a las personas de su importancia.

—¡Exacto! —exclamó entusiasmado al ver que ella le entendía sin necesidad de largas y complejas explicaciones—. De nada sirve la repoblación de especies, la revegetación y la regulación hídrica si la gente no se conciencia del daño que hacen cada vez que van de *picnic* a un parque natural y se saltan las prohibiciones, se meten con los coches por los senderos para personas, atravesando las vías de paso de los animales.

—Y qué me dices de los que se escabullen para darse baños de barro en zonas destinadas a las aves. ¡Los mataría! —apuntó Sara dando muestras una vez más de lo mucho que sabía sobre el tema—. ¿Vais a promover algún proyecto de sensibilización y uso público?

—Está previsto, al menos sobre el papel, pero hasta que no comience a trabajar no sabré exactamente cómo lo vamos a llevar a cabo. —Héctor se pasó las manos por el pelo y observó a su compañera, pensativo.

—Pero tendrás alguna idea, ¿no? —le instó ella.

—Tengo miles de ideas sobre cómo gestionar el patrimonio ecológico y cultural de los humedales —exclamó vehemente—. Podríamos instituir una especie de simbiosis entre los visitantes y el parque, creando espacios específicos y divertidos para los niños en los que puedan aprender a conocer el entorno y los animales. —Sara asintió a sus palabras—. Mi sobrina, Iris, es capaz de conseguir cualquier cosa de sus padres. Si pudiéramos hacer algo que atraiga a los niños a nuestra causa, tendríamos a los padres ganados. Y no solo eso, también podríamos...

No se atrevía a continuar hablando sobre su trabajo, no era algo que soliera interesar a las chicas con las que salía, y a él le apasionaba tanto, que no se daba cuenta y hablaba sin parar. Por nada del mundo querría cansar a Sara.

—Héctor, ¿por qué te has quedado callado? —le interrogó ella.

—No me gustaría aburrirte.

—Pero si no me aburres, al contrario, me apasiona todo lo que me estás contando. Una de las cosas que más me gusta de mi trabajo es el contacto con personas que luchan por mantener sano el medio ambiente. En mi departamento colaboramos con Red Natura 2000 y me apasiona.

—¿Colaboras con RN2000? ¿En qué trabajas?

—En la Concejalía de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Alicante. Pero no te hagas ilusiones —se apresuró a decir Sara al ver la cara de absoluto pasmo de Héctor—, soy una simple secretaria. No tengo mano para poder meterte.

—¿Qué? ¡No!, no pensaba que me enchufaras... si no, ¡Dios! Sara, es increíble. ¿No lo ves? El destino se empeña en cruzar nuestros caminos. Tú trabajas para Medio Ambiente, y yo soy técnico forestal. Estamos hechos tal para cual. —Sara no pudo evitar echarse a reír por enésima vez esa noche. ¡Héctor aprovechaba las oportunidades al vuelo!

Poco tiempo después, o tal vez mucho después, las luces de la discoteca subieron de intensidad iluminando por completo la sala. La música se apagó, los camareros se apresuraron a recoger de la barra y las mesas los vasos vacíos y en la cabina de sonido, el discjockey hizo sonar una campanilla colocada estratégicamente sobre uno de los micrófonos, para a continuación avisar con voz grave y cansada que en pocos minutos se cerraría el local.

—Vaya, ¿qué hora es? —preguntó Héctor, asombrado de que una discoteca cerrara tan pronto.

—Faltan quince minutos para las seis de la mañana —contestó Elke tras él—. Ya va siendo hora de volver a casa.

—Se me ha pasado el tiempo volando —afirmó Sara ahogando un bostezo. Hasta ese preciso momento no había sentido el cansancio acumulado durante la larga, larguísima semana—. ¿Vamos a por el coche? —le preguntó a la rubia a la vez que se levantaba renqueante del puf. Cuando estaba sentada era muy cómodo, pero al levantarse le crujieron todos los huesos, una clara indicación de que ya no tenía edad para sentarse durante horas en sitios tan blandos y bajos.

—Por qué no te acompaña Héctor, Alba y yo tenemos los pies machacados de tanto bailar.

—Pues Alba no parece muy cansada —comentó Héctor sorprendido al desviar la vista a la pista y comprobar que esta y Zuper bailaban abrazados una canción imaginaria, ya que el sonido de la música se había extinguido minutos atrás.

—¡Vaya! Parece que han hecho buenas migas —dijo Sara divertida al ver la escena. Luego miró a Elke y arqueó una ceja. Esta le guiñó un ojo en respuesta.

—Sí, al final no es tan pelma como pensábamos, en ocasiones incluso es divertido —confesó Elke—. O eso, o estamos muy borrachas. Anda, Sarita, guapa, id vosotros a por el coche y nosotros os esperamos en la entrada de la disco... porfaplease.

Sara miró a Héctor, y este asintió encogiéndose de hombros. Cuando salieron

todavía no había amanecido y la luz de las farolas iluminaba la neblinosa oscuridad que cubría con un manto de humedad la calle. Sara se apresuró a ponerse una cazadora y Héctor hizo lo mismo con su chaqueta de cuero. A pesar de que Torrevieja gozaba del microclima propio de las ciudades costeras, no por eso dejaba de ser pleno invierno, y hacía frío para ir en mangas de camisa.

—Vaya helada está cayendo —argumentó pasando un brazo por la estrecha cintura de Sara, acercándola a él.

—¿Estás de broma? No creo que el termómetro baje de los diez grados —replicó sorprendida—. Hace una noche maravillosa.

—No. Hace un frío horroroso y tú estás delirando al borde de la congelación, lo mejor será que te abrace para que entres en calor y recuperes la cordura —afirmó abrazándola más estrechamente—. No sería un encantador príncipe azul si permitiera que te helaras de frío.

Sara se echó a reír, divertida por sus ocurrencias y Héctor aprovechó ese instante para besarla lentamente, hasta que ella bajó la guardia y el beso se tornó apasionado y feroz. Sus lenguas se pelearon, se lamieron, se enlazaron mientras él la envolvía entre sus fuertes brazos y ella se abandonaba a sus caricias. Pasó un instante, dos, tres antes de que Sara presionara con las palmas de las manos sobre el torso masculino y se separara del acogedor calor que emanaba de él.

—Gracias, ya no tengo frío —bromeó lamiéndose los labios.

—¿Segura? Déjame comprobarlo —susurró Héctor acercándose a ella para acariciarle los pezones por encima de la ropa—. Están tiesos, eso es porque sigues helada, déjame que sea un buen samaritano y te caliente.

—Alba y Elke nos esperan... no querrás que ellas también cojan frío, ¿verdad?

—Ya se encargará Zuper de calentarlas —musitó con voz ronca, perdido en licenciosas imágenes de ellos juntos. Desnudos. En la cama. En el coche. En cualquier lado.

—Te recuerdo que Alba es mi hija —le advirtió ella muy seria. Héctor se apartó bruscamente al darse cuenta de la burrada que había soltado.

—Eh... bueno. No quería decir lo que piensas... yo...

—Y como hija mía —continuó Sara la frase que Héctor había interrumpido—, es muy capaz de capar a tu amigo si se le ocurre hacer algo que a ella no le guste —finalizó sonriendo con picardía antes de alejarse de él.

Héctor estalló en carcajadas. Había vuelto a tomarle el pelo y dejarle sin nada que decir. Adoraba a esa mujer.

No tardaron mucho en llegar hasta donde estaba aparcado el coche, una fina película de rocío condensado empañaba el cristal del parabrisas. Sin pensárselo dos veces, Sara sacó el mando del bolso, pulsó el botón para abrir las puertas y entregó las llaves a Héctor.

—Espero que esta vez no conduzcas como un loco —comentó frente a la puerta del copiloto.

—Intentaré portarme bien —prometió él con voz ronca pegado a su espalda.

Se inclinó sobre ella, acorralándola contra el coche y a continuación desplazó las manos por su cintura hasta que quedaron alojadas en la concavidad de su vientre.

—Joder, Sara, no sabes cuántas veces he imaginado tenerte así, pegada a mí, acogiendo mi polla contra tu culo —enfaticó sus palabras moviendo las caderas, frotándose contra ella.

Mordisqueó la nuca femenina y deslizó las manos hacia abajo, más allá de la cinturilla de los vaqueros, hasta que sus dedos se internaron en el vértice entre los muslos. Lamió el lugar en el que los hombros se juntan con el cuello y luego sopló, haciendo que ella se estremeciera. Las yemas de sus dedos presionaron contra la costura de los vaqueros, en el sitio exacto en el que el clítoris inflamado clamaba por su roce.

Sara echó la cabeza hacia atrás y permitió que él continuara mordiendo y succionando su cuello. Separó las piernas y le aferró las muñecas, instándole a profundizar más el contacto, a presionar más en aquel lugar que lloraba de placer por sus caricias. Cuando él obedeció su silencioso ruego, llevó las manos a su espalda, hasta presionar con las palmas la ansiosa erección que se marcaba imponente contra los pantalones. Giró la cabeza y sus labios se encontraron con los de él, duros, cálidos, húmedos. Se besaron al ritmo impuesto por las caricias que se prodigaban, jadearon al unísono cuando los latidos de sus corazones se aceleraron, absorbieron los gemidos que abandonaban sus bocas mientras sus cuerpos bailaban al compás ancestral de la pasión.

Héctor deslizó los dedos por debajo de la tela vaquera que cubría el sexo femenino. Estuvo a punto de enloquecer al hallar el pubis terso, suave, depilado. Sara, por el contrario, recuperó la cordura al sentir el roce de las yemas sobre su piel desnuda.

—Héctor, para —jadeó con voz ronca, intentando apartarse de él.

—No me pidas eso, Sara, por favor.

—Estamos en mitad de la calle.

—Tienes razón, buscaremos un hotel —afirmó separándose de ella.

—Tenemos que ir a buscar a las chicas —le recordó ella dándose la vuelta para quedar cara a cara.

—Sí —murmuró él volviendo a besarla—. Las recogemos y vamos a tu casa.

—Es muy tarde.

—Da lo mismo, no tenemos prisa. —Aferró la coleta de Sara, se envolvió el puño con el pelo y con la mano libre le acarició el cuello—. Dios, eres preciosa.

—Héctor... —Sara lo empujó de nuevo, e intentó dar a su voz la fuerza que a ella le faltaba—. No empezaré algo que no voy a terminar.

—Por supuesto que lo vamos a terminar. Varias veces —afirmó a la vez que se inclinaba para volver a besarla.

Sara apartó la cara.

—No. No voy a acostarme contigo, Héctor —aseveró apretando los puños, preparada para enfrentarse a él y su enfado. Un enfado completamente merecido. Había vuelto a empezar algo que no tenía intención de acabar. Se estaba convirtiendo en una caliente pollas. ¿Qué poder tenía Héctor sobre ella que la hacía anhelar sus caricias y caer en sus redes una y otra vez, aun sabiendo que luego se arrepentiría?

—¿Por qué no? —le preguntó él, más intrigado que enfadado.

Era la segunda vez que le dejaba con dolor de huevos, y en lugar de indignarse por ello, se sentía desafiado. Ninguna chica se le resistía. ¡Ninguna!

¿Por qué ella sí? ¿Qué poder tenía ella sobre él, que le hacía buscarla sin descanso y caer a sus pies, aun intuyendo que no iba a ser fácil follársela?

—No soy de las que se acuestan con un tío nada más conocerlo, sin saber si tengo algo más en común con él que las ganas de echar un polvo. —Negó con la cabeza—. Tengo casi cuarenta años, y mi manera de pensar te puede parecer anticuada, pero es como soy y no estoy dispuesta a cambiar. Necesito tiempo.

—Entiendo. Quieres... ¿Un cortejo? ¿Citas? —aventuró mirándola con atención.

—Algo así... sí —contestó tras pensarlo un instante. Sí, un cortejo, ¿por qué no?

—De acuerdo —asintió pensativo metiéndose las manos en los bolsillos del pantalón—. ¿Aceptas besos en tu primera cita?

—Eh... sí. Claro.

—Estupendo, esta será nuestra primera cita —declaró encerrándola en sus brazos y volviéndola a besar.

Sara se lo permitió gustosa, pero cuando él intentó de nuevo un acercamiento más íntimo lo detuvo sin dudar.

—Héctor... —le regañó divertida.

—¿No podemos saltarnos unas cuantas citas y hacer como si esta fuera la octava o la novena? —preguntó travieso, lamiéndole el lóbulo de la oreja para luego morderlo con suavidad.

—Eso sería hacer trampas —refutó Sara cerrando los ojos. ¿Cómo era posible que un simple roce de sus dientes la hiciera arder?

—Las trampas son divertidas. —Descendió por su cuello y besó vehemente las simas que dibujaba la clavícula en su dúctil piel para acabar hundiendo la nariz en el valle entre sus pechos.

—Héctor..., no me hagas esto —gimió ella en su oído—. Déjame ser fuerte.

Héctor cerró los ojos y abandonó renuente la suavidad aterciopelada de sus pechos. Elevó la cabeza y apoyó la frente contra la de ella a la vez que negaba remiso.

—Te deseo, Sara. Más de lo que puedas imaginar. Te has convertido en mi obsesión más dulce, en el premio más codiciado. Seguiré tus normas, pero dame algo con lo que sustentarme. Algo que pueda recordar cada noche que esté alejado de ti.

—Héctor...

—Me voy dentro de unas horas a Madrid, no regresaré hasta el año que viene, y

aunque serán unos pocos días, se van a convertir en un infierno. Mira cómo me tienes. —Tomó su mano y la presionó contra su polla enardecida—. Dame algo que llene mis sueños y calme mi dolor cuando te añore.

—Héctor, lo que dices es muy poético, no lo pongo en duda, pero innecesario. Ambos sabemos que eso no va a suceder —rebatí ella con un deje de tristeza en la mirada.

—¿Qué es lo que no va a suceder? —preguntó él, perspicaz, alerta.

—No me vas a añorar. En cuanto llegues a Madrid y salgas con tus amigos te follarás a una chica guapa que te hará tocar el cielo. —Héctor gruñó enfadado y abrió la boca para protestar, pero Sara posó los dedos sobre sus labios, instándole a guardar silencio—. Y a mí me parecerá estupendo, en serio. Soy consciente de las diferencias entre nosotros, y de lo que puedo esperar de ti.

—¿Eres consciente de lo que puedes esperar de mí? ¿En serio? ¡No me jodas, Sara! No sabes nada. No tienes ni idea de nada —gruñó enfadado—. ¿Crees que porque tengo veinticuatro años soy un salido que va todo el día empalmado y con la polla fuera? ¿Eso piensas de mí? Pues estás muy equivocada. No sabes cuánto.

—Yo no he dicho eso, Héctor.

—Pero lo piensas.

—No lo pienso.

—Entonces, ¿por qué cojones me asaltas con esa gilipollez? —Golpeó furioso el capó.

—Eres joven...

—Sí, ¿y qué? ¿Con cuántas mujeres me has visto follar esta noche? ¿A cuántas he besado? —exclamó con rabia apoyando las manos en el techo del coche, aprisionando a Sara entre el vehículo y su cuerpo.

—Héctor, los dos sabemos...

—Tú no sabes una mierda. Te imaginas cosas que no son. ¿Quieres saber con cuántas he follado desde que te conocí? —siseó inclinándose sobre ella—. No es necesario.

—Con ninguna. ¡Cero! ¿Lo captas, Sara? No he follado. Y no lo he hecho porque no me ha dado la puta gana. Porque estaba pensando en ti. Buscándote. Y ahora, si quieres creerme, estupendo, si no, sinceramente, que te follen —rugió apartándose de ella. Dejó las llaves del coche sobre el capó y caminó en dirección a ninguna parte.

—¡Héctor! —gritó ella tras él—. ¡Lo siento! No pensé...

—Exacto. No piensas. En absoluto. —Se giró lanzándose sobre ella y besándola con ferocidad no exenta de ternura—. No es a mí a quien niegas una oportunidad, es a ti misma —afirmó devorándola—. Deja de pensar y siente. Joder. Siéntenos. Estamos bien juntos. Nos deseamos, sí, ¿y qué? No pasa nada. No es malo. No quieres follar todavía. Estupendo. No follaremos. Pero no porque pienses que soy alguien que no soy. Ni porque en tu cabeza se entrometan unos cuantos años de diferencia. Eso nunca. ¿Entendido? —inquirió feroz sujetándole la cara con las

manos. Sara asintió, sorprendida por su ímpetu casi tanto como él mismo—. Bien. — La abrazó volviéndola a besar de nuevo.

Sara asintió dejándose abrazar. No volvería a cometer la estupidez de convertir a su joven príncipe azul en un desalmado villano.

Cuando por fin se separaron estaban acalorados y excitados, pero también eran conscientes del tiempo que llevaban fuera. Al menos Sara lo era.

—Tenemos que regresar con Alba. La discoteca ya habrá cerrado sus puertas.

—Lo sé —aceptó él tomando las llaves que le tendía y dirigiéndose de nuevo al coche.

Condujo inmerso en la densa calma que precede a la tempestad. Le dolían los testículos y el pene le palpitaba de necesidad, pero eso podía soportarlo, al contrario que la mirada precavida que Sara intentaba ocultar mientras miraba por la ventanilla. Sabía que ella estaba pensando en sus palabras. En todo lo que se habían dicho. En lo que creía que sucedería cuando él estuviera en Madrid. En que no le había dado lo que le había pedido, algo con que recordarla durante las noches solitarias.

Aparcó en doble fila frente a la discoteca. Estaba cerrada. Alba, Elke y Zuper los esperaban sentados en el bordillo de la acera. Sus rostros enfadados no auguraban sonrisas de bienvenida.

—Joder, tío, ¿por qué coño has tardado tanto? Se me ha quedado el culo helado y los cojones tiesos.

—Cállate, Zuper —gruñó Héctor sin mirarle.

—¿Estás bien, mamá? —preguntó Alba entrando en el coche y observando a su madre con atención. Tenía el rostro sonrojado y los labios hinchados, como si la hubieran besado a conciencia, pero también tenía la mirada turbia, entristecida.

—Sí, cariño. Solo estoy cansada. Muy cansada.

—Pues arranca y vámonos a casa. Se me están congelando las tetas —bufó Elke frotándose las manos.

Héctor sonrió. Elke y Zuper se expresaban a veces de la misma manera. Interesante.

—¿A vuestra casa? Mejor vamos a la nuestra.

—¿¡A la nuestra!?! —exclamó Héctor escandalizado. Por nada del mundo metería a Sara en el sucio cuchitril al que llamaban casa.

—Claro. Nos pilla de paso desde aquí. Ellas viven en Guardamar —afirmó Zuper con seriedad—. Es mejor que nos lleves a casa y que desde ahí Elke conduzca a la suya. Sería una estupidez que las lleváramos a Guardamar, para luego tener que coger un autobús a La Mata —argumentó.

—Zuper tiene toda la razón —admitió Elke sentándose en el asiento trasero y quitándose las botas. Los tacones la estaban matando.

—Está bien —aceptó renuente Héctor sentándose tras el volante de nuevo mientras Zuper lo hacía en el del copiloto.

Esperó enfurruñado a que las chicas subieron y se incorporó a la carretera. El

trayecto hasta La Mata no les llevaría ni diez minutos. Preferiría ir a Guardamar que estaba más lejos, pero el coche no era suyo y no podía hacer nada para remediarlo. Condujo con seguridad, tomando las callejuelas que Elke le indicaba y atajando por el polígono industrial que había en el extrarradio de la ciudad. Durante el corto trayecto apenas les dio tiempo a comentar lo que harían en Navidad. Antes de que tuvieran tiempo de entrar en detalles, ya habían llegado a su casa en La Mata. Aparcó en doble fila con el motor en marcha y Zuper y él salieron del coche mientras Elke se apresuraba a pasar del asiento trasero al delantero.

Sara les acompañó con la intención de despedirse. Besó al pelirrojo en las mejillas, deseándole una feliz Navidad y luego se encaró a Héctor. Situada frente a él, separada por solo un suspiro de él, alzó la cabeza y las miradas de ambos quedaron enlazadas. Todo a su alrededor se desvaneció.

—Oye, Héctor, estoy pensando que no estaría mal... —comenzó a decir el pelirrojo.

—Piérdete, Zuper —le despidió Héctor sin molestarse en mirarle. El pecoso joven elevó las palmas de las manos y se dirigió a la casa con una sonrisa cómplice.

—Bueno... —comentó Sara chasqueando los dedos nerviosa—. Te deseo una estupenda Navidad y una maravillosa salida y entrada de año. Disfruta de estas fiestas rodeado de tu gente, pásatelo bien y...

—Todavía me debes algo, ¿recuerdas? Las noches son muy largas y solitarias —susurró él pegándose a ella.

—Héctor...

—Dame tu móvil —exigió apoyando las manos en el coche, envolviéndola entre sus brazos.

—¿Mi móvil?

—Dámelo.

Sara rebuscó en los bolsillos de la cazadora hasta encontrarlo y se lo tendió. Héctor lo encendió, jugueteó con él y, un segundo después, sonó *Tubular Bells* en el bolsillo de su chaqueta. Se había hecho una llamada perdida a su propio móvil. Siguió trasteando unos instantes con el teléfono y luego se lo devolvió a su dueña con una sonrisa satisfecha en los labios.

—Me cobraré lo que me debes —aseveró antes de besarla hasta dejarla jadeante sin importarle las risas de Zuper y los comentarios maliciosos de las dos rubias que les observaban divertidas.

Cuando las chicas llegaron a Guardamar, eran más de las siete de la mañana. Alba y Elke se apresuraron a entrar en la casa y subir las escaleras que daban a sus habitaciones. Sara, a pesar del enorme cansancio que sentía, se encaminó a la cocina. Estaba agotada, sí. Pero sabía que sería incapaz de conciliar el sueño sin algo que la relajara. A falta de las caricias y los besos de Héctor, tendría que conformarse con un vaso de leche.

—Mira que eres idiota —gruñó entre dientes, enfadada consigo misma—. Has

vuelto a dejarte llevar y, además, te has quedado a medias. ¿Desde cuándo eres tan mojigata? ¿Qué hay de malo en echar un puñetero polvo con un chaval encantador? —se preguntó en voz baja—. Todo. Lo tiene todo de malo. —Dio un trago a la leche y apoyó el vaso en su frente—. Malditas las ganas que tengo de comenzar una relación. ¡Y con un chico tan joven! Tendré que volver a aprender a soportar sus neuras, a ceder, a dar explicaciones... ¡Con lo a gusto que estoy sin tener que inventar excusas! —Negó con la cabeza—. Es tontería pensarlo más. Diga lo que diga, en un par de días se irá de fiesta con sus amigos, conocerá a una chica, y se la follará. Y a mí me parecerá estupendo. Maravilloso. —Dio un nuevo trago de leche para luego dejar el vaso sobre la encimera con un fuerte golpe, tal como haría un jugador de póquer al que han descubierto en un farol—. ¡Maldito seas, Héctor! ¿Por qué coño tienes que ser tan encantador y darme esperanzas que no quiero tener? Ya te estoy añorando.

Terminó de beber el contenido del vaso, limpió la encimera y subió a la habitación. Una tenue e indecisa claridad se filtraba entre las rendijas de las persianas, anunciando que pronto amanecería. Se desnudó y se metió en la cama sin molestarse en ponerse el pijama. Sabía que antes de dormirse tendría que hacer algo para relajarse. Paseó las manos con lentitud sobre su cuerpo y dejó que sus ojos se cerraran. En el momento en el que las yemas de sus dedos tocaron sus pezones, sonó un silbido.

Se incorporó sobresaltada y cogió el móvil que había dejado en la mesilla. Tenía un mensaje de whatsapp.

¿ESTÁS DESNUDA? YO SÍ.
HÉCTOR.

La voz del corazón. Segundo latido.

1 de enero de 2011

—Ahora entiendo por qué te pasaste todas las Navidades colgado del móvil — exclamó Darío asintiendo satisfecho al haber resuelto el expediente X que llevaba un año intrigándole.

—¿Qué? ¡No hice eso! —Rechazó Héctor.

—Claro que sí. Ni siquiera saliste en Nochevieja —afirmó Ariel levantándose del sillón al escuchar que su pequeña se despertaba lloriqueando.

—Me apetecía más pasar el tiempo con mi familia que con los colegas — refunfuñó Héctor.

—Y por eso te pasabas el día entero encerrado en tu cuarto. Con la puerta cerrada con llave —susurró Darío cuando Ariel abandonó el salón.

—Necesitaba descansar.

—Ya... lo que necesitabas era hacerte unos cuantos «solitarios» —musitó con una enorme y pícara sonrisa en los labios. Héctor se había reído de él cuando lo pilló masturbándose. Había llegado la hora de la venganza.

—¿Qué?! Eso es mentira —negó Héctor abochornado, mirando hacia la puerta por la que había salido Ariel—. No te inventes las cosas —susurró.

—No las invento. Todos sentimos en la piel tus cambios de humor.

—¿Cambios de humor? Vamos, Da, ni que estuviera con la pitopausia.

—Te enfadabas con todo el mundo por cualquier tontería hasta volverte insoportable, y cuando te dabas cuenta de que no tenías razón, cogías el móvil y te encerrabas en tu cuarto. A veces no oíamos más que silbiditos, otras te escuchábamos hablar con alguien, y luego, cuando por fin salías de la habitación, estabas sonrojado y feliz como una perdiz.

—¡No digas bobadas! Que estuviera contento no implica que me hubiera estado pajeando —gruñó colorado como un tomate.

—Pobrecito, tan joven y tan desesperado. Con la cantidad de chicas que te has ligado, y mírate ahora... a dos velas, teniendo que recurrir a tus propias manos. ¿Quién se lo iba a imaginar? —se burló, disfrutando al ver el gesto avergonzado de su hermano pequeño.

—Te estás pasando, Da —le advirtió Héctor—. Te estás montando una historia que no es cierta.

—Donde las dan, las toman.

—Darío, no martirices a tu hermano —le regañó Ariel entrando en el salón con Livia.

—Gracias por defenderme de este bruto, Ariel. Se está metiendo conmigo sin

razón —dijo levantándose para tomar en brazos a su sobrina—. ¿Te he dicho alguna vez que eres mi sirenita favorita? —comentó Héctor besando a su cuñada en la mejilla a la vez que miraba a su hermano y le guiñaba un ojo, burlón.

Darío gruñó sonoramente.

—No te hagas el mártir, Héctor. Todos nos dimos cuenta de que te pasabas el día encerrado en tu cuarto matándote a pajas —comentó Ariel antes de sentarse en el sillón orejero y desabotonarse la camisa de cuadros que vestía—. Pásame a Livia.

—Eh... ah... —balbució Héctor, lo habían pillado in fraganti. Abrió y cerró la boca como un pez mientras le entregaba a la niña, buscando una excusa creíble a sus exilios voluntarios en el cuarto esas Navidades. Aunque no le dio tiempo a pensar mucho, porque en ese instante Ariel se desabrochó el sujetador de lactancia y comenzó a dar de mamar a su hija.

—Da, vamos a la cocina —le instó a su hermano, sin saber adónde dirigir la mirada.

—Ni se os ocurra —exigió Ariel—. Quiero enterarme de todo.

—Pero... estás dando de mamar...

—¿Y?

—Nada... —musitó Héctor volviéndose a sentar para mirarse las deportivas con mucha atención.

—Así que conseguiste el teléfono de tu chica sin problemas... —comentó la joven—. Fuiste más listo que tu hermano.

—¡No me lo quisiste dar! ¡No hubo modo de sacártelo! —protestó Darío herido en su amor propio. No había sido fácil conseguir el teléfono de Ariel cuando empezaron a salir. De hecho, no lo consiguió hasta que fue demasiado tarde.

—No te enfades, Da, pero nunca te has caracterizado por tu inteligencia —aseveró Héctor repantigándose en el sofá.

—Discúlpalos un segundo, cariño —murmuró Darío poniéndose en pie.

Héctor se apresuró a escabullirse antes de que su hermano lo pudiera atrapar. Fue en vano. Darío echó a correr tras él, internándose en el largo pasillo. Un instante después las risas de Héctor y sus gritos pidiendo socorro llenaron el silencio. La pequeña se removió inquieta y Ariel la calmó con una nana mientras una sonrisa complacida se dibujaba en su rostro. Un movimiento en el pasillo seguido del crujido de los muelles de una cama, le indicó que sus muchachos habían terminado peleándose en su cuarto, sobre el colchón. Sus carcajadas y resuellos le aseguraron que, por fin, todo había vuelto a su ser.

Cuando regresaron al salón, Héctor tenía la camisa mal abrochada e intentaba peinarse el alborotado pelo con los dedos. Darío entró tras él, se sentó en el sofá, esperó que se hubiera peinado y, sonriendo socarrón, le volvió a revolver el pelo con su enorme manaza.

—¡Para, Da!

—No seas tan presumido.

—No soy presumido. Soy guapo, no como otros.

—Ten cuidado, Héctor, no me gustaría tener que cambiarte la cara —le advirtió Ariel.

—Algún día no estará tu sirenita para defenderte. Entonces veremos quién gana —le advirtió Héctor a su hermano.

—Cuando quieras, mocoso —le desafió Darío echándose sobre él y revolviéndole el pelo. Otra vez.

—¿Por qué no viniste en Reyes? —preguntó de repente Ariel, desconcertando a los chicos con el cambio de tema.

—¿Perdona?

—No viniste a Madrid en Reyes —explicó ella.

—Ni por San José, ni en Semana Santa. Te has olvidado de nosotros todos los puentes del año —rezongó Darío, molesto por la desidia de su hermano.

—Pero vine los fines de semana.

—Uno al mes, y ¡prometiste venir todos!

—Bueno... Tampoco pareció importaros mucho —protestó Héctor—. Nadie se molestó en intentar convencerme de que viniera más a menudo. Me dio la impresión de que os daba exactamente igual si venía o no.

—Por supuesto que no nos daba lo mismo. Estábamos muy preocupados por ti, pero tú estabas encerrado en tu propio mundo y no nos contabas nada. Y cuando te preguntábamos nos respondías que estabas muy ocupado y no podías perder el tiempo en venir a Madrid. ¿Qué querías que hiciéramos? ¿Torturarte para ver si conseguíamos que nos dijeras qué te pasaba? Ariel lo propuso, pero yo me negué —comentó con sorna—. Ya no eres un niño, no puedes pretender que te tratemos como si lo fueras.

—No podía venir a Madrid más a menudo porque solo podía verla los fines de semana... y quería estar con ella, Da —explicó Héctor a modo de disculpa.

—Pero luego cambiaste de trabajo y seguiste sin venir. Fue peor todavía. Desapareciste por completo —se quejó amargamente Darío.

—Si ya era complicado antes, cuando dejé El Hondo y empecé con las suplencias se convirtió en imposible —negó apesadumbrado—. Hubo semanas en las que no tuve un solo día libre y otras en las que cuando conseguía uno, era entre semana... Y encima estaba trabajando en el culo del mundo. Con solo veinticuatro horas libres no me daba tiempo a ir y venir a Madrid ni a Alicante. Fue un desastre.

—No seas tan quejica. Quien algo quiere, algo le cuesta. Y tú has conseguido muchísimo a cambio de pasar unos meses fastidiado. Cualquier otra persona en tu situación estaría de rodillas dando gracias —le regañó Darío, enfadado.

—Lo sé, Da. Lo sé. Pero... Bah, da igual. Tengo lo que quiero, ¿no? Aquello por lo que me he tirado años estudiando. —Se dirigió hacia el mueble, cogió una fotografía enmarcada y observó a través del cristal los rostros de sus hermanos mirándole sonrientes mientras él sujetaba entusiasmado su recién adquirida

diplomatura—. Pero ¿de qué me sirve? —musitó dejando el marco en su sitio.

—¿¿Cómo que de qué te sirve?! Tienes un trabajo estupendo haciendo lo que más te gusta. ¿Qué más quieres?

—¡La quiero a ella! Y no la tengo. Todo se ha ido a la mierda, Da. ¡Todo! Lo tenía todo y ahora no tengo nada. ¿Y me preguntas por qué no vengo a Madrid? ¡Porque no soporto estar con vosotros! Os veo tan felices, tan enamorados... Y a mí me duele hasta respirar —afirmó con voz triste—. La echo tanto de menos que me estoy volviendo loco.

—Héctor... —Darío pasó una mano sobre los hombros de su hermano, instándole a continuar con su relato.

—Los primeros meses juntos fueron una especie de carrera contrarreloj —les explicó Héctor—. Sara trabaja en el ayuntamiento durante la semana, las tardes de los martes y los jueves ensaya con el grupo, y los viernes, sábados y domingos canta en los hoteles. Yo curraba en El Hondo de nueve a seis y media, con un par de horas para comer, y los domingos y festivos por la mañana hasta las dos. No os podéis hacer una idea de lo complicado que era vernos. Y eso que tuve suerte y le caí en gracia a Pedro, el capataz de El Hondo —comentó sonriendo—. Como le daba pena que tuviera que madrugar tanto para ir al parque con la bici, se ofreció a llevarme en su coche desde Rojales, por lo que solo tardaba media hora en llegar a su chalé desde La Mata. Y aun así, llegaba a casa a las siete y media, y dando gracias. Como os podéis imaginar, apenas teníamos tiempo para vernos. Por eso aprovechábamos los fines de semana tanto como podíamos.

Capítulo 10

Viernes, 19 de marzo de 2010

Héctor terminó de abrocharse las botas y movió los tobillos para comprobar que estuvieran sujetas, pero no demasiado apretadas. Metió en su taquilla la ropa de calle que había llevado puesta hasta ese instante y cerró con llave. Por último se caló la gorra del Centro de Visitantes, cogió la mochila y abandonó los vestuarios. Un segundo después volvió a entrar. Se situó frente al espejo y se untó los labios con vaselina. Iba a estar toda la mañana fuera y el día había amanecido ventoso y soleado. No le apetecía tener los labios cuarteados y reseco justo esa tarde... porque si todo salía según sus planes, iba a ser memorable.

Salió de los vestuarios, atravesó la biblioteca, pasó frente al mostrador de información y llegó al exterior, donde no se encontró con nadie. Sus compañeros aún estarían tomándose el café. Miró la hora, y una enorme y pícaro sonrisa se reflejó en su semblante. Eran poco más de las nueve de la mañana. Sara estaría durmiendo, al fin y al cabo, era 19 de marzo, fiesta para todos los afortunados a los que no les hubiera tocado currar. Él no era de esos suertudos. Pero tampoco le importaba. Disfrutaba demasiado haciendo su trabajo como para quejarse y, además, acabaría a las dos en vez de a las seis. Sacó el móvil, se apoyó en la pared y se dejó resbalar hasta quedar sentado en el suelo. Se lamió los labios, pensativo. Era muy pronto, su chica estaría aún en la cama. Mejor que mejor. Escribió un breve whatsapp y le dio a enviar.

YA FALTA POCO.

¿ESTÁS PREPARADA PARA UNA NOCHE INOLVIDABLE?

Miró fijamente la pantalla táctil del Galaxy que sus hermanos le habían regalado por Reyes, pero no llegó ninguna respuesta. Sara le conocía demasiado bien, quizá había apagado el móvil para que no la despertara. No le serviría de nada. Cuando regresara a casa por la tarde pensaba inundarla a mensajitos. Iba a ponerla tan caliente que no podría resistirse a él. O eso esperaba. Sonrió negando con la cabeza. Sara había resultado un hueso duro de roer. Cuando había aceptado el «cortejo», lo había hecho pensando que no tardaría mucho en llevarla a su terreno. ¡Craso error! Ella estaba decidida a tomarse su tiempo. Y nada podía hacerla cambiar de opinión.

Siempre había pensado que él no era tan fuerte como su hermano. Que la abstinencia no iba con él. Que no soportaría pasar las noches matándose a pajas mientras soñaba con la mujer que le gustaba. ¡Qué equivocado había estado! Cuando se despedía de Sara y los besos daban paso a las caricias, le costaba la misma vida contenerse y no follársela contra la pared, en el coche, en la playa... Pero se contenía.

Y si no lo hacía, ella lo frenaba con una sonrisa. Una sonrisa a la que él siempre respondía con las mismas palabras. Unas palabras que se habían convertido en una especie de salvoconducto entre ellos. Y, por extraño que pareciera, le gustaba tanto verla sonreír, que se esforzaba en escandalizarla con el único fin de escucharla reír. Mucho se temía que se estaba enamorando de sus sonrisas.

Volvió a observar el móvil, entornó los ojos y, con una sonrisa pícaro, comenzó a escribir un nuevo mensaje.

—¿Ya estáis con los mensajitos? —preguntó Elke ahogando un bostezo. Acababa de entrar en la cocina descalza, despeinada y enfurruñada—. Deberías apagar el maldito móvil por las noches, así tú podrías dormir tranquila... y nosotras también. Ya sabes el oído tan fino que tiene Alba.

—Lo siento. No pensé que se oyera el silbidito en el piso de arriba.

—Y no se oye. Has sido tú quien me has despertado al subir la persiana, ducharte y bajar de puntillas las escaleras. Siempre te olvidas de que el tercer peldaño cruje si lo pisas en el centro. Y por si eso no nos hubiera despertado del todo, lo has rematado poniendo en marcha la cafetera y llenando toda la casa del olor excitante, único y delicioso del café recién hecho. Alba es capaz de darse media vuelta en la cama y hacer caso omiso del café, pero yo no. Te odio.

—Vaya, lo siento. La próxima vez tendré más cuidado —se disculpó sonriendo a la vez que le tendía a su amiga una taza llena a rebosar del oscuro líquido que tanto adoraba.

—Sería mejor que no hubiera próxima vez. ¿Se puede saber por qué narices te has despertado a las ocho y media? ¡Hoy no hay que trabajar!

—No podía dormir.

—Sí claro. Y yo me chupo el dedo. ¿Seguro que no tiene nada que ver con cierto mocosito que se dedica a mandarte mensajitos todos los días a las nueve en punto?

Sara sonrió a modo de respuesta.

—Te ha dado fuerte, eh —afirmó Elke echando tres sobrecitos de sacarina en el café—. ¿Qué te ha escrito hoy? —Sara le enseñó la pantalla del móvil—. Vaya, parece que el muchacho tiene ciertas expectativas.

—Eso parece.

—Más te vale espabilar. ¿Qué le vas a responder?

—No tengo ni la más mínima idea. Esto de los mensajitos se me da fatal. Nunca sé qué poner.

—No me refería al mensaje —replicó Elke repentinamente seria.

—¿No? ¿A qué entonces?

—A si vas a... dejarle hacer algo esta tarde. —Sara arqueó una de sus perfectas cejas ante las palabras de su amiga—. Héctor no tiene pinta de ser un hombre paciente, al contrario, es un muchacho con las hormonas revolucionadas. No va a esperar eternamente.

—Crees que me dejará si no follamos.

—No, está muy encaprichado contigo como para dejarte. Creo que hará lo que hacen todos los hombres, buscará a alguien con quien follar mientras te conquista.

—Que lo haga, no me importa —respondió a la defensiva—. Sé perfectamente lo que puedo esperar de esta relación, no me hago ilusiones.

—¡Joder, Sara, no puedes hablar en serio!

Sara dejó la taza sobre la mesa, cogió el móvil e, ignorando a su amiga, salió de la cocina. Subió las escaleras prestando atención al tercer peldaño y se encerró en su habitación. Elke tenía razón. Lo sabía. Pero aun así... Le encantaba la manera de ser de Héctor, su desenfado, su humor pícaro, el cariño que demostraba hacia aquellos a los que quería, incluyéndola a ella... y a Zuper.

Se había convertido en tan solo tres meses en uno de sus mejores amigos. Y por si eso no fuera suficiente, se lo estaba pasando de maravilla con ese extraño cortejo. Nunca había tenido tiempo, ni ocasión, de disfrutar de un pretendiente, de hecho, ni siquiera pensaba que pudiera ser tan divertido. El matrimonio de sus padres le había enseñado que el amor era cuanto menos voluble y que las relaciones amorosas entre personas tenían más que ver con ceder, aguantar y soportar, que con el cariño, el respeto y la risa. Quizá por eso se había liado tan joven con Geert. Con él todo era fácil. Cada uno tenía su propio espacio, no se metía el uno en la vida del otro, y en el momento en el que algo no funcionaba bien, como no habían firmado ningún contrato, ya que eso era en realidad el matrimonio, no había problemas a la hora de separarse. De hecho su relación había sido un cúmulo de separaciones encadenadas con breves temporadas de estabilidad en las que volvían a estar juntos, más por comodidad que por necesidad. Y así les iba bien. ¿Para qué quería más? O al menos eso había pensado siempre.

Con Héctor todo era distinto. Se comportaba como la niña juguetona que nunca había sido. No se reconocía a sí misma cuando estaba con él. La Sara prudente y lógica se transformaba en una adolescente alocada que se dejaba acorralar contra las paredes para al instante siguiente escapar divertida y aturdida por los besos y caricias que él le prodigaba. Jugaba al gato y al ratón con él. Y era muy consciente de que ella era el ratón. Y le encantaba serlo. Si por ella fuera se mantendría en ese maravilloso limbo toda la vida. Pero era consciente de que el tiempo se le acababa. Elke tenía razón. Tres meses dando largas a un joven como Héctor era demasiado tiempo. Aunque a él no parecía importarle, ni siquiera parecía fijarse en las chicas que ella le presentaba para demostrarle que no esperaba nada de su relación. Negó con la cabeza. No podía seguir jugando eternamente. Había llegado la hora de dar un paso adelante e ir más allá de besos robados y caricias disimuladas.

Y cuando fueran más allá, la fantasía que tan inconscientemente había construido se iría a la mierda. Lo sabía. Solo haría falta un maldito polvo para que él descubriera que ella no era como se imaginaba.

Dejó el móvil sobre la mesilla y se miró en los espejos que cubrían las puertas del armario. Vestida y peinada podía aparentar algo menos de treinta y cinco años, pero

desnuda... Se quitó el albornoz y observó su cuerpo en el espejo. Tenía estrías en la tripa, los pechos caídos y celulitis en los muslos. Sin maquillaje, sus ojos aparentaban exactamente la edad que tenía, si no más. Las profundas ojeras y las arrugas que adornaban su frente, las comisuras de los labios y los ojos hablaban de varios años a sus espaldas. Se retiró el pelo de la cara y observó con desdén las raíces blancas que deslucían la lustrosa melena negra de la que tanto se enorgullecía. Llegaría el día en que Héctor la vería desnuda, se daría cuenta de que lo que tanto le atraía de ella era solo un espejismo que él había imaginado y, en ese momento, huiría espantado.

Y si no escapaba aterrorizado al ver sus arrugas, sus cartucheras, sus estrías y sus canas, lo haría en cuanto se diera cuenta de que para follar necesitaba no solo un poco de lubricación extra, sino un mucho de preliminares y un bastante de caricias durante el coito. Nada de aquí te pillo aquí te mato. Suspiró fastidiada al pensar que tendría que indicarle cada paso a dar, cada caricia a realizar, cuándo ir más rápido y en qué momento más despacio... A Geert le había costado bastante dar con el quid de la cuestión, los otros hombres con los que había estado ni siquiera se habían acercado. Y ella ya no tenía edad para andar fingiendo orgasmos. No le apetecía. En absoluto.

Era una lástima que todo se fuera al garete tan pronto. Si de ella dependiera, continuaría con el cortejo toda su vida. Se mordió los labios, pensativa, recordando una de las frases favoritas de su madre: «Nada dura eternamente».

Como siempre, su madre tenía razón, pero... Sería una pena que todo acabara por un simple polvo mal echado. Irguió los hombros y alzó la cabeza. En su mano estaba asegurarse de que sería un polvo inolvidable. Al menos para ella. Aunque tuviera que darle instrucciones durante cada segundo.

Un silbido procedente del móvil la avisó de que había recibido un nuevo whatsapp. No pudo evitar la sonrisa que se reflejó en sus ojos al leerlo. Héctor la estaba desafiando. Bien. Por una vez le daría a probar su propia medicina.

Héctor oyó el chirriar de la puerta al abrirse y cerrarse. Los pasos firmes del capataz de la cuadrilla y las risas de los peones de guardia que le acompañaban. Se le acababa el tiempo. Se apresuró a acabar de escribir el whatsapp y lo envió.

DIEZ HORAS... Y SABRÁS LO QUE ES BUENO.

—Vamos, Rubio, que te quedas en tierra —le advirtió Pedro al pasar junto a él.

Héctor asintió con la cabeza, guardó con desgana el móvil en el bolsillo del mono azul de trabajo y se apresuró a recoger la mochila que estaba a sus pies. Caminó con rapidez hasta la camioneta todoterreno aparcada frente al Centro y se subió de un salto a la caja trasera.

—¿Ya le estás mandando mensajitos a tu novia? —le preguntó el capataz desde el asiento del conductor.

Héctor le respondió con una enorme sonrisa que hablaba por sí sola.

—Ya veo, ya. Me voy a tener que comprar un cacharrito de esos, a ver si así mi mujer me hace más caso —bromeó el hombre—. ¿Ya estamos todos? —preguntó

comprobando con la mirada que los peones que tenía a su cargo estuvieran en la camioneta—. Rubio, te dejo al pie del Azarbe.

—Perfecto —aceptó Héctor.

—Te recogeré en el mismo sitio a las dos menos veinte, no te retrases o te vuelves a pata. ¿Entendido? —Héctor sonrió dispuesto a replicar burlón, cuando un silbido que venía del bolsillo trasero de los pantalones le hizo olvidarse de todo.

Sacó el móvil con rapidez y observó la pantalla, Sara había respondido a su whatsapp.

¿ESO ES UNA AMENAZA, JOVENCITO?

Comenzó a teclear su respuesta a velocidad vertiginosa. En pocos minutos entraría en una zona sin cobertura.

ES UNA ADVERTENCIA. TE VOY A HACER GRITAR.

Un instante después le llegó la réplica de su chica. Sonrió al leerla.

—¿EN UN RESTAURANTE? NI LO SUEÑES.

—¿NO ME CREES CAPAZ? PONTE FALDA Y LO COMPROBARÁS.

—NO. ESTA TARDE SERÁS TÚ EL QUE GRITE. NO LLEVES ROPA INTERIOR.

Parpadeó asombrado al leer su contestación. No se la esperaba. En absoluto. Era la primera vez que Sara le mandaba un mensaje de esas características. De hecho, lo normal era que él le enviara whatsapps subidos de tono y que ella le respondiera con frases irónicas. Nunca había recibido una respuesta así por parte de ella, para eso hacía falta entablar una conversación por teléfono e ir desafiándola hasta que picaba, algo casi imposible de conseguir con los mensajes de texto. Que ella le respondiera así, tuvo un efecto fulminante. Una repentina y poderosa erección se manifestó con fuerza contra sus pantalones. Respiró hondo y miró a su alrededor para comprobar que nadie estuviera pendiente de sus movimientos. Se llevó la mano a la entrepierna e intentó conseguir un poco más de espacio para su pene. Luego cayó en la cuenta de que pronto se quedaría sin cobertura y se apresuró a mandar su respuesta.

—¿ESO ES UNA PROMESA? TE OBLIGARÉ A CUMPLIRLA. TE PONDRÉ TAN CALIENTE QUE NO PODRÁS RESISTIRTE.

—PONTE UNOS PANTALONES QUE SEAN FÁCILES DE DESABROCHAR.

—Joder —siseó entre dientes al leer la exigencia de Sara. Así era imposible que se le calmara la excitación.

—¿Pasa algo, Rubio? —le preguntó el peón que iba sentado frente a él en la caja de la camioneta.

—No. Es... una tontería —murmuró mientras sus dedos volaban sobre la pantalla del Galaxy. Si Sara quería jugar, jugarían. A ver quién se cortaba antes.

—HECHO. DEJARÉ QUE TE APROVECHES DE MÍ.

—LO HARÉ. LLEVA UN PAÑUELO DE PAPEL EN EL BOLSILLO PARA PODER LIMPIARTE O SALDRÁS DEL RESTAURANTE CON LOS PANTALONES MANCHADOS...

Jadeó excitado al leer el último mensaje. ¿Qué diablos le había pasado a su cauta y circunspecta Sara?

JODER, SARA, ME HAS PUESTO LA POLLA DURA COMO UNA PIEDRA.
¿QUÉ TIENES PENSADO?

Esperó. No hubo respuesta. Levantó la cabeza y miró a su alrededor. Estaban cerca de la Reserva. Se le había acabado la cobertura.

—¿Qué estoy haciendo? —musitó Sara cubriéndose la boca con dedos trémulos—. ¿En qué coño estoy pensando?

Pero sabía de sobra en qué estaba pensando. Las palabras de Elke, su propio deseo, insatisfecho desde hacía ya demasiado tiempo, y el irresistible impulso que la incitaba a demostrarse a sí misma que su relación con Héctor no tenía futuro, se habían confabulado para que por fin diera el temido paso adelante que tanto la hacía dudar.

Lo daría. Sí.

Tenía a su disposición a un joven maravilloso, dispuesto a jugar con ella a cualquier juego. Ya era hora de dejarse de mojigaterías y disfrutar de una velada inolvidable. Aunque fuera el paso previo a la debacle. Si todo tenía que irse a la mierda, cuanto antes, mejor.

Había llegado la hora de dejarse de tonterías y cometer una locura.

Esperó nerviosa la llegada de un nuevo mensaje, pero ninguna letra apareció en la pantalla del móvil. Se sentó en la cama pensativa, haciendo y deshaciendo nudos con el cinturón del albornoz mientras se mordía los labios, hasta que de repente una enorme sonrisa iluminó su rostro. Se levantó presurosa y recorrió los pocos metros que separaban su habitación del baño. Ni siquiera se molestó en perder el tiempo en cerrar la puerta, cayó de rodillas frente al armario que había bajo el lavabo, lo abrió y, sin ningún cuidado, comenzó a vaciarlo hasta dar con lo que buscaba.

—¡Mamá, no es suficiente con el puñetero silbido de los mensajitos, que también tienes que ponerte a revolver en el armario! ¡No son ni las diez! —la increpó Alba asomando la cabeza desde la puerta de su habitación.

—¿Ya estás despierta, cariño? Estupendo ¿Crees que estas cremas estarán bien todavía? —preguntó mostrándole una colección de tarros, a cada cual más arcaico.

—¿De dónde has sacado eso? —Alba abrió los ojos como platos al ver tal elenco de... antigüedades.

—Son míos... ya sabes, esas cosas que compro y que jamás uso. ¿Crees que todavía puedo usarlos sin arriesgarme a acabar con la piel llena de ronchas?

—Yo no me las echaría... A saber cuántos años llevan en casa —dijo internándose en el pasillo tras salir de la habitación y cerrar la puerta.

—¡Mierda! —siseó Sara enfadada.

—¿Es que una no puede tener algo de tranquilidad en esta casa de locas? —preguntó Elke abriendo la puerta del cuarto para asomarse—. ¿Qué narices os pasa ahora?

—Mamá ha sido abducida por los extraterrestres —contestó Alba muy seria.

—¿Qué? —Elke parpadeó asombrada al ver a sus amigas. Sara, de rodillas en el suelo del baño rodeada de un montón de mejunjes; y Alba, plantada frente a ella, con los brazos en jarras.

—Mamá quiere darse eso en la cara —le explicó Alba señalando los botes.

—La verdad es que pensaba dármelo en todo el cuerpo... pero quizá sea mejor no hacerlo.

—Si quieres conservar la piel, desde luego que no —asintió Elke observando con ojos entornados el polvo acumulado sobre algunos tarros.

—¿Sabéis si está abierto hoy el súper? —preguntó Sara, indecisa.

—Es fiesta.

—Ya lo sé, por eso os pregunto.

—Sara, exactamente... ¿qué es lo que quieres hacer?

—Quiero volver loco a Héctor.

—No te hace falta nada de esto para volverlo loco, mamá, ya está colado por ti hasta las trancas.

—Seguro... —desestimó Sara irónica—. Quiero que caiga rendido al verme —musitó mirando las cremas, dubitativa.

—Ya se ha rendido ante ti, Sara. Lleva más de tres meses de abstinencia sexual solo por complacerte. Con que abras la boca caerá de rodillas a tus pies —afirmó Elke con seguridad.

—¿Tú crees? —inquirió Sara con un brillo calculador en la mirada.

—Mamá, me estás empezando a dar miedo. ¿Qué tienes planeado?

—Eres demasiado joven para saberlo —replicó. Alba puso los ojos en blanco al escuchar semejante estupidez de boca de su madre. ¡Cómo si Sara no supiera...!—. ¿Dónde puedo conseguir cremitas de esas que huelen tan bien y te dejan la piel tan suave?

—De nuestro baño —dijo Elke mirando cómplice a Alba.

—¿Tenéis alguna que yo pueda utilizar?

—Las tenemos todas, mamá. ¿Qué quieres hacerte exactamente?

—Todo.

Y dicho y hecho, se pusieron manos a la obra. Lo primero de todo fue el tinte, del que gracias a la vena acumulativa de Sara había un par de botes en el armario. Luego vino un baño relajante en el que se sumergió en sales, aceites esenciales y tonterías varias, y después le tocó el turno a los masajes. Le ungieron cada centímetro de piel con una crema hidratante que la dejó tan suave y flexible como la de un bebé. Y tras esto, se pusieron manos a la obra con su cara. Primero usaron un gel limpiador, a

continuación un tónico facial, después le hicieron un peeling, fuera eso lo que fuera, y para finalizar le embardunaron la cara con una mascarilla de apariencia espantosa que le dio luminosidad al rostro, según le decían Alba y Elke, porque ella se veía exactamente igual que antes de empezar la tortura.

Eran casi las dos de la tarde cuando un silbido procedente del móvil la hizo estremecerse de pies a cabeza.

JODER, SARA, ME HAS PUESTO LA POLLA DURA COMO UNA PIEDRA.
¿QUÉ TIENES PENSADO?

Sonrió al leer el mensaje y ver la hora de envío. Pobre Héctor... Toda la mañana sin saber qué tenía pensado hacerle. Otro silbidito le advirtió de que acababa de escribir otro más.

SARA, ¿ESTÁS AHÍ? ME QUEDÉ SIN COBERTURA.

Se lamió los labios con picardía antes de decidirse a contestarle. Se iba a enterar de lo que valía un peine.

—¿SIGUES DURO?
—JODER, SÍ. LLEVO TODA LA MAÑANA EMPALMADO.
—¿TE HAS MASTURBADO?
—NO...

Sara sonrió al leer la escueta respuesta de su chico. Parecía que por una vez le había dejado mudo. Continuó escribiendo.

—¿QUIERES MASTURBARTE?
—SÍ. ESTOY DESEANDO LLEGAR A CASA PARA HACERLO. ME ENCERRARÉ EN EL BAÑO, ME COGERÉ LA POLLA CON AMBAS MANOS Y ME LA MENEARÉ HASTA CORRERME.
¿QUIERES QUE TE MANDE UNA FOTO CUANDO LO HAGA?
—NO. NO PUEDES TOCARTE. NO PUEDES MASTURBARTE.
SI LO HACES TE QUEDARÁS SIN TU PREMIO.
—iiii¿¿¿QUÉ PREMIO???!!!!!

Sara se echó a reír al ver la cantidad de interrogaciones y exclamaciones que Héctor había usado. Se imaginaba su cara en ese mismo momento... también se imaginaba el bulto que marcaría en sus pantalones. Apretó los muslos. Un nuevo silbido la sobresaltó, haciendo que casi se le cayera el móvil de las manos.

—JODER, SARA. ESTOY EN EL COCHE DE PEDRO, CON LOS HUEVOS A REVENTAR Y A PUNTO DE CORRERME...
iiiDIME ALGO!!!
—SI TE CORRES TE QUEDAS SIN PREMIO.
QUIERO QUE ESTA TARDE ESTÉS TAN EXCITADO QUE NO PUEDAS PENSAR.
—YA NO PUEDO PENSAR.
—ESTUPENDO. A LAS SIETE EN EL ITALIANO. NO LLEGUES TARDE.
—SERÉ PUNTUAL. DIME QUÉ ME VAS A HACER.

Sara observó la pantalla, sonrió y apagó el teléfono.

Capítulo 11

—Lamento que comieras solo el día del padre, Héctor —dijo Ariel tomando la mano de su cuñado. Ella sabía lo que era estar alejada de la familia.

—Bueno... lo cierto es que no lo hice. ¿Os acordáis del agricultor jubilado que conocí en las Salinas de La Mata? Pues nos hicimos amigos. Más que amigos —confesó mirando a su hermano avergonzado—. Era la única persona en la que confiaba lo suficiente para contarle mis cosas.

—¿Seguro que no quieres quedarte a comer? —le preguntó de nuevo la mujer del capataz.

—Muchas gracias, pero no. Quiero ir a la pastelería a ver si todavía les quedan almojábanas y luego he quedado con un amigo. En otra ocasión será —se excusó Héctor.

—Deja al muchacho tranquilo, ha quedado con su novieta y está como loco por largarse con ella.

Héctor sonrió mientras negaba con la cabeza. Si Pedro supiera... Se montó en la bicicleta que había dejado por la mañana bajo el tejadillo del porche y, con un gesto, se despidió del capataz y su familia. Se detuvo un instante en la pastelería, y en cuanto salió se colocó el casco y comenzó a pedalear a toda velocidad en dirección a Los Montesinos mientras se imaginaba a sus hermanos, sus cuñados y su padre reunidos en torno a la mesa del comedor, celebrando juntos el día del padre. Le hubiera gustado estar con ellos, pero le había tocado currar, lo que implicaba que si iba a Madrid llegaría el viernes por la noche para regresar el sábado de madrugada y así poder estar en su puesto el domingo a las nueve. No le merecía la pena darse la paliza para un solo día. Iría el siguiente fin de semana, y aprovechando que el sábado era su cumpleaños lo celebraría en familia. Le había pedido al técnico de gestión librar el domingo a cambio de trabajar ese viernes y se lo había dado. Pasaría un fin de semana completo con sus hermanos. Una punzada de decepción le recorrió el estómago. Le hubiera gustado dedicar ese fin de semana a Sara. Pero no podía dividirse en dos, y hacía demasiado tiempo que no iba a Madrid, y además tenía una boda que preparar. La de su hermano mayor.

Poco antes de llegar a Los Montesinos tomó un sendero de tierra y se internó entre las tupidas huertas que coloreaban de verde y ocre el paisaje que rodeaba las Salinas de La Mata. Relajó el ritmo de su pedaleo para esquivar los traicioneros baches que amenazaban con destrozarle las posaderas y poco después se detuvo al llegar a una finca privada ubicada en un lateral del camino. Nada más desmontar le llegó un delicioso aroma a paella. Se quitó el casco y empujó con la cadera la puerta de hierro forjado. Esta se abrió con un fuerte chirrido. Entró en la finca, apoyó la bicicleta contra el tronco de un enorme olivo y se encaminó hacia la casa baja, de

tejado naranja a dos aguas y radiantes paredes encaladas, ubicada en mitad de la finca.

—Llegas pronto, zagal, no te esperaba hasta dentro de un rato —dijo Fermín a modo de saludo. Estaba junto a la barbacoa del patio, cocinando un succulento arroz a fuego lento.

—Nos hemos escapado diez minutos antes y apenas había tráfico en la carretera —le explicó Héctor cogiendo una cuchara de la enorme piedra de molino que hacía las veces de mesa en el exterior—. Joder, qué bien huele eso.

—Aleja tus zarpas de mi arroz a banda —le advirtió el agricultor—. Anda, entra en la casa y trae la jarra de vino que hay sobre la mesa para que nos remojemos el gaznate.

Héctor miró entristecido su cuchara vacía, luego alzó los ojos hacia el anciano y arqueó un par de veces las cejas con expresión lastimera. El viejo, inmune a sus zalamerías, negó una sola vez con la cabeza y le señaló la casa con mirada férrea. Héctor dejó la cuchara de nuevo en la mesa con un afligido suspiro y sacó el paquete de la pastelería de su mochila.

—Espero que eso sean las almojábanas prometidas. Si no ya te puedes ir despidiendo de mi arroz —le amenazó el anciano sin desviar la mirada de la paellera.

Héctor se echó a reír y se encaminó hacia la pequeña morada en busca del brebaje que Fermín preparaba con sus propias uvas. «Me gusta esta casa —pensó antes de entrar—. Algún día me compraré una parecida, pero un poco más grande». Era similar al antro en el que vivía en La Mata. Pero con encanto. Y en mitad de una parcela de más de mil metros cuadrados rodeada de huertas. Sus hijos, cuando los tuviera, disfrutarían muchísimo de todo ese terreno. Había sitio de sobra para una pequeña piscina, incluso les construiría una diminuta cabaña de madera con un tobogán al lado para que jugaran. Seguro que a Sara le encantaría. Entró en la casa y atravesó el amplio comedor de paredes blancas adornadas con antiguos aperos de labranza. En el centro, sobre una mesa hecha con un trillo cubierto por un grueso cristal y patas de hierro forjado, encontró la jarra de barro que contenía el vino, y junto a ella dos gruesos manteles individuales de carrizo trenzado. Lo cogió todo y regresó al exterior donde el abuelo ya estaba emplatando el arroz a banda que tan bien olía.

Mientras ayudaba al anciano a preparar la mesa, pensó, no por primera vez, en la suerte que había tenido al conocerlo. Eran, por así decirlo, almas hermanas. Él echaba de menos a su familia y Fermín añoraba al hijo que había emigrado a Alemania en busca de un futuro mejor. A ambos les encantaba recorrer sin rumbo fijo los senderos abandonados, observar las aves anidando y el arroz en todas sus maneras de cocinarse. Fermín recogía de su huerta más verdura de la que podía comer, y él estaba encantado de librarle de ella. Y lo más importante, ambos se encontraban solos y disfrutaban de su mutua compañía, motivo por el cual Héctor procuraba pasar al menos un par de tardes a la semana con él.

Se sentaron a la mesa, uno frente al otro y devoraron extasiados el sabroso arroz. Hablaron durante un rato de lo que les había acontecido desde que se vieron por última vez y, antes de darse cuenta de lo que hacía, Héctor le estaba contando cosas sobre Sara, sobre el futuro que comenzaba a planear y en el que inconscientemente la incluía, y sobre las dudas que a veces le atormentaban al darse cuenta que su irresistible encanto no hacía mella en ella.

—He perdido mi magia —se lamentó—. Antes, para conquistar a las chicas solo tenía que sonreír un poco y gastar alguna broma, pero con Sara eso no surte efecto. Tengo que currármelo día a día, ir avanzando paso a paso. Me tiene totalmente desconcertado —confesó—. No sé qué quiere, ni cómo conquistarla. Por mucho que me esfuerzo no hay modo, siempre acabo con una erección de caballo y más solo que la una.

—Eso sí que es una putada, chaval —afirmó Fermín cogiendo la última almojábana del plato y llevándosela a la boca—. Quizá deberías buscarte otra chica para las noches que no estés con ella.

—¿¿Qué?! No. Por supuesto que no. Jamás le haría eso a Sara —rechazó espantado.

Fermín se tapó la boca con una mano arrugada cubierta de cicatrices, evitando así que el inseguro jovenzuelo viera la sonrisa divertida que afloraba en sus labios.

—No veo por qué no. No es bueno para la salud de un hombre estar sin mojar tanto tiempo.

—No digas tonterías, Fer. Para algo tengo las manos —dijo amparado por la confianza que le tenía al anciano—. Además, no me importa esperar el tiempo que sea necesario. Cuanto más tarde en conquistarla más merecerá la pena, y más segura la tendré. Tengo que ir metiéndome en su piel poco a poco, asegurando cada paso que doy para que no se me pueda escapar —explicó con gesto depredador.

—Parece que tienes bien trazados tus planes.

—Sí, pero a veces pierdo la paciencia y la cago. Es complicado —aseveró inseguro negando con la cabeza para luego guardar silencio, pensativo.

Fermín esperó callado a que el muchacho continuase. Era fácil hacerle hablar, solo tenía que ser paciente, y eso se le daba de maravilla. Le gustaba el chico, era un joven trabajador y con mucha iniciativa. También era muy inteligente... menos en lo tocante a las féminas. Ahí se le veía algo despistado al pobre. Se notaba que estaba acostumbrado a ligar con jovencitas con la cabeza en las nubes y no con mujeres de verdad. Se alegraba de que hubiera dado con una moza que le hiciera luchar por conseguirla. Esas eran las mejores.

Héctor levantó la cabeza y observó dubitativo a su amigo. Era la única persona, además de Zuper, que sabía que estaba saliendo con Sara. No se había atrevido a contárselo a sus hermanos todavía. Estaba seguro de que montarían en cólera al saber que estaba con una mujer quince años mayor. Había temido que el anciano se riera de él y le tomara el pelo, pero no había sido así. Al contrario, había asentido con la

cabeza en silencio, esperando a que continuara hablando. Y Héctor había acabado por convertirle en su confidente.

—A veces pienso que Sara no me toma en serio —musitó—. Y eso me cabrea mucho.

Fermín arqueó una ceja pero guardó silencio.

—¿Sabes lo que hizo el sábado pasado? —El anciano negó con la cabeza—. Antes de empezar la actuación me presentó a algunas amigas de Eberhard... y cuando llegó el intermedio y fui con ella a la sala de descanso, se dedicó a contarme lo guapas y simpáticas que eran, como si quisiera animarme a que las conociera mejor. ¡Joder, se supone que soy su novio! No debería hacer esas cosas.

—Lo mismo te estaba poniendo a prueba. —Héctor miró al anciano con cara de no entender nada—. Ya sabes, te presenta a unas chicas guapas para ver si puede confiar en ti.

—¿Cómo?

—Hombre, si te vas con las chicas y le pones los cuernos es que no puede fiarse de ti. Las mujeres son así de retorcidas.

—No. Sara no haría eso. No sé, lo hace tan a menudo que no puede ser lo que dices. Cada dos por tres me insta a que baile con las chicas del público para animar al resto de los asistentes a que salgan a la pista —contó negando con la cabeza, enfurruñado—. A veces se coloca a mi lado y comenta lo guapa que es tal o cual chica, como si ella fuera mi amiga en vez de mi novia. Es como si estuviera convencida de que lo nuestro no tiene futuro, de que la voy a dejar por alguien más joven, y me quisiera demostrar que no le importa.

—Es lo suficientemente retorcido como para ser verdad, vaya que sí.

—Y no sé cómo cojones hacerle comprender que está equivocada. Que no voy a hacer eso.

—Mi mujer decía que todo se puede conseguir con un poco de paciencia.

—Estoy harto de tener paciencia.

—Pero hasta ahora ha dado sus frutos, ¿no? Esta tarde vais a cenar juntos, quién sabe lo que puede pasar.

—Uf, no me lo recuerdes. Estoy que me subo por las paredes —comentó dando un trago al vaso de vino—. ¿Sabes lo que ha hecho hoy? No voy a entrar en detalles, pero me tiene en vilo. Creo que ha pensado algo y no sé que es. Y cuanto más cosas imagino, peor me pongo.

—Pues entonces deberías dejar de beber con este viejo y regresar a tu casa. No querrás que se te eche el tiempo encima.

Héctor asintió con la cabeza y comenzó a recoger la mesa. Poco después se despedía del agricultor con un cariñoso abrazo y volvía a montar sobre su bicicleta para pedalear veloz de vuelta a La Mata.

—¿Dónde vais a ir esta noche? —le preguntó Zuper a través de la puerta del cuarto de baño—. Me voy a sentir raro yo solo —comentó con un deje de tristeza.

Llevaba desde enero acompañando a Héctor a todas las actuaciones de *Velvet Spirits*.

—Al hotel Estrella del Mar, en Santa Pola —contestó Héctor abriéndole la puerta al pelirrojo una vez hubo terminado de extenderse la loción de después del afeitado a conciencia por las mejillas.

—Joder, tío, estás hecho un querubín —silbó Zuper al verle. Su amigo se había puesto de punta en blanco, como siempre, solo que un poco más arreglado, si eso era posible—. Sara se va a mojar las bragas en cuanto te vea.

—Eso espero —musitó Héctor sacudiendo la cabeza para dar a su pelo un aspecto despeinado. «Parece que me he escapado del manicomio». Cogió el peine y volvió pasárselo por el cabello mojado. «Ni que me hubiera lamido una vaca». Frunció el ceño y se lo revolvió de nuevo. «Mejor así. Ligeramente despeinado».

—Imagino que no quieres compañía.

—Imaginas bien —afirmó mirándose con los ojos entornados en el espejo. Un instante después se remangó las mangas de la camisa. «Tengo unos antebrazos bonitos, los voy a lucir». Luego recordó que iba a llevar la chaqueta de cuero y volvió a bajarse las mangas, ya se las subiría en el restaurante.

—Estás un pelín nervioso —comentó Zuper divertido cuando su amigo salió del baño y se dirigió a la carrera hacia el salón.

—No. ¿Por qué lo dices? —preguntó cogiendo la chaqueta del perchero y poniéndosela. Se abrochó los botones.

«Muy serio». Se los volvió a desabrochar. Se subió el cuello de la chaqueta. «Parezco un macarra». Lo volvió a bajar.

—Por nada.

Héctor miró al pelirrojo al escuchar su risita disimulada. Se encogió de hombros, indiferente, y tomó de la mesa las llaves y la cartera. Se dio un último vistazo en el espejo de la entrada y salió de la casa. Un instante después volvió a entrar y comenzó a revolver los cajones de la cocina y los estantes del armario de su cuarto.

—¿Qué se te ha olvidado? —le preguntó Zuper preocupado al verle correr frenético de un lado para otro.

—¿No hay un puñetero paquete de pañuelos en toda la casa?! —exclamó nervioso.

—Yo tengo uno guardado en...

—Pues dámelo, ¡joder!

Zuper se apresuró a buscar el paquete entre el maremágnum de cachivaches que contenía su cajón y se lo entregó a Héctor. Este se lo arrebató de entre los dedos, y sin siquiera despedirse, salió de la casa.

—Me niego a enamorarme si me voy a volver así de histérico —musitó mientras observaba a su amigo desaparecer a la carrera por las callejuelas de La Mata—. Espero estar todavía a tiempo de evitarlo —murmuró para sí dudoso—. Esta noche me quedaré en casa... o saldré con mis otros amigos. No tengo por qué salir siempre con Alba y Elke. Conozco a mucha gente.

Capítulo 12

Desire is hunger is the fire I breathe Love is a banquet on which we feed.^[5]

PATTI SMITH, Because the night

Sara giró todo el volante a la derecha, puso primera y pisó el acelerador. El C4 avanzó de repente, golpeando con levedad el parachoques del coche situado frente a él.

—Ánimo, una maniobra más y estás dentro —se alentó a sí misma mientras giraba todo el volante a la izquierda, ponía marcha atrás y pisaba el acelerador con el máximo cuidado posible. Un nuevo topetazo le indicó que era imposible que el C4 retrocediera más. Bajó por completo el cristal de la ventanilla y se asomó para comprobar que el bordillo no pillara muy alejado—. Bueno, no está perfecto, pero puede valer —asintió desanimada.

Odiaba conducir, odiaba aparcar, odiaba cualquier cosa que la implicara a ella, a sus pies y a sus manos con un volante y unos pedales. Se retiró el pelo de la frente de un manotazo, subió el cristal de la ventanilla, apagó las luces y la radio y quitó las llaves del contacto. Tomó el bolso que reposaba en el suelo del asiento del copiloto, se echó una breve mirada en el espejo retrovisor y comprobó que no se dejaba encendidas las luces de posición, cosa que le solía pasar a menudo. Satisfecha al ver que no se había olvidado de nada y que todo estaba perfecto, abrió la puerta y retiró el pie del pedal del freno.

El C4 comenzó a moverse hacia atrás por voluntad propia.

Gritó frustrada. ¡Qué demonios le pasaba ahora al maldito coche! ¿Por qué se movía solo?

—Sara, ¡Sara! —Escuchó la voz de Héctor a través de la ventanilla. Lo buscó irritada desde el retrovisor interior hasta que consiguió verlo. El muchacho tenía ambas manos en el maletero del coche y el cuerpo echado hacia delante, como si estuviera empujando con todas sus fuerzas—. ¡El freno, pon el freno de mano!

—¡Mierda! Sabía que se me olvidaba algo —siseó tirando de la palanca del freno con todas sus fuerzas.

—Madre mía, Sara, no te llevas nada bien con los coches.

—No sé por qué dices eso —replicó ella, saliendo muy digna del vehículo.

—Quizá porque has golpeado varias veces a los dos coches entre los que has aparcado —comentó tendiéndole la mano.

—Daños colaterales —refutó acercándose a él.

—O tal vez porque te has quedado a casi treinta centímetros del bordillo. —Arqueó una de sus rubias y maravillosas cejas a la vez que la abrazaba.

—Como mucho a diez —rechazó echándole las manos a la nuca mientras se

dejaba envolver por sus fuertes brazos—. Ese es el problema que tenéis los hombres, creéis que diez son treinta, y claro, luego nosotras nos llevamos el chasco cuando os vemos desnudos y recordamos todo lo que nos habéis asegurado sobre vuestros atributos sexuales.

—Se te ha olvidado echar el freno —afirmó hundiendo la nariz en su espesa melena negra mientras dejaba que sus manos se deslizaran por la espalda femenina hasta quedar alojadas en el lugar donde esta pierde su nombre.

—Debe de ser una de las pocas ocasiones en las que se me olvida echar el freno —rebató ella tomándole por las muñecas y obligándole a subir las manos hasta un lugar más decoroso.

—Ya sabía yo... —musitó Héctor divertido dando un paso hacia atrás y mirándola maravillado—. Estás preciosa.

Vestía un ajustado y corto vestido negro de punto con mangas tres cuartos, escote de barco y panel de encaje semitransparente en la espalda que caía a pico hasta más allá de la cintura. Un echarpe de translúcida seda negra, un bolso de tachuelas doradas y unos zapatos negros de salón, de tacón de aguja y puntera dorada, completaban el sugerente conjunto. Se había dejado el pelo suelto, en apariencia despeinado, como recién levantada de la cama después de echar el polvo del siglo, y sus fascinantes ojos negros estaban perfilados con *khôl*, tornándolos todavía más seductores.

Héctor examinó arrebatado a la mujer que tenía frente a él, y acabó deteniendo la mirada sobre los gruesos labios pintados de rojo mate. Su pene pasó de expectante a erecto cuando se lo imaginó rodeado por esa lujuriosa boca.

—Joder, Sara, estás tan hermosa que duele mirarte —musitó fascinado.

Sara se lamió los labios y recorrió el cuerpo de su chico con idéntica lascivia a la que mostraban los ojos de él en ese instante. Se había puesto unos chinos negros de cintura baja y detalles dorados en las costuras de los bolsillos, los conjuntaba con una camisa elástica negra con el cuello abierto y unos zapatos con hebillas. La chaqueta de cuero desabrochada le daba un aire seductor al que pocas mujeres podrían resistirse, y Sara menos que ninguna.

—Tú tampoco estás nada mal —dijo devorándolo con la mirada—. ¿Llevas ropa interior? —le preguntó de sopetón, causándole el impacto esperado.

—Eh... sí —respondió con cara de niño travieso que ha incumplido las órdenes—. Me siento muy incómodo con los huevos colgando —dijo a modo de explicación acercándose a ella para susurrarle algo al oído—. Pero estoy seguro de que te va a encantar lo que llevo debajo de los pantalones.

—Eso suena un poco presuntuoso, ¿no crees? —Le criticó alzando una ceja.

—No me refiero a mi polla, sino a lo que la cubre... ya lo verás —respondió misterioso. Sara le miró intrigada, pero cuando fue a preguntarle en qué consistía exactamente lo que cubría su pene, él se echó a reír, rodeándola por la cintura con un brazo e instándola a andar—. ¿Entramos? Ya es la hora.

El restaurante estaba situado frente al mar, en el interior de una curva natural del cabo Cervera, lo que hacía que estuviera resguardado del caprichoso viento que barría la playa. Contaba con una enorme terraza cubierta por toldos que en ese momento estaba totalmente ocupada. Sara no se detuvo allí, sino que continuó caminando hasta el interior. El tenue resplandor de los farolillos de hierro forjado, la calidez de los suelos de madera y el estucado verde pistacho de las paredes en perfecta armonía con la tapicería de las sillas y los manteles en tonos beis convertían al salón en un rincón íntimo y acogedor. Una agradable mujer con un marcado acento italiano los recibió en la entrada, buscó su nombre en la lista de reservas y los acompañó hasta una mesa ubicada en una pequeña sala sin puertas, al fondo del local. Esperó a que se sentaran para entregarles las cartas y luego se marchó.

—¡Vaya! —susurró Héctor mirando a su alrededor encantado.

Desde donde estaba sentado, y si se inclinaba un poco, tenía una panorámica completa del salón principal a través del hueco de la pared en el que hubiera debido de estar la puerta, sin embargo, las columnas que enmarcaban la entrada a la pequeña sala obstaculizaban en parte la visión del resto de los comensales del restaurante.

—¿Te gusta? —le preguntó a Sara.

—Es uno de mis restaurantes favoritos.

—No lo sabía. Cuando les pedí a Elke y a Alba que me recomendaran un sitio íntimo donde invitarte a cenar, y me dijeron que viniera aquí, no me comentaron que ya lo conocías.

—Eso es porque son unas tunantas intrigantes —replicó Sara burlona—. Hacía años que no venía, han cambiado algunas cosas, pero sigue siendo tan maravilloso como recordaba.

—Estupendo, estoy decidido a conseguir que esta noche sea inolvidable, y este restaurante parece un buen comienzo, ¿no crees? —Sara asintió con la cabeza, embelesada por sus palabras y por el cariño que escuchaba en ellas—. ¿Qué te apetece cenar?

Debatieron entre los distintos platos hasta optar por pedir varios entrantes para compartir y una *pizza* para cada uno.

—Queríamos *carpaccio di filetto, bruschetta de funghi porcini, una pizza Caprese y otra Quattro Formaggi* —le pidió Sara a la camarera con un inmejorable acento italiano—. Y por favor, añade un *Lambrusco grasparossa. Grazie.*

—Impresionante —comentó Héctor mirándola admirado—. ¿Hablas italiano?

—Italiano, inglés y alemán. El francés lo chapurreo un poco.

—Joder, Sara, eres una caja de sorpresas. ¿Cómo es que sabes tantos idiomas?

—Nací en Londres y viví allí hasta los doce años, por lo que el inglés es mi segunda lengua. Geert es alemán, y cuando nos conocimos apenas si hablaba el castellano, así que mientras él aprendía mi idioma yo hice lo mismo con el suyo. Y una de mis mejores amigas es italiana. Ya ves, no tiene ningún misterio —le quitó importancia.

—Yo no lo veo así, me costó horrores aprobar el inglés cuando estudiaba. No quiero ni pensar el jaleo que tiene que ser saber tantos idiomas.

—Al contrario. En el instante en que dominas dos lenguas, las demás las coges al vuelo —dijo chasqueando los dedos.

En ese momento la camarera les sirvió los entrantes. Esperaron a que se fuera para continuar con su conversación.

—Y bien, ¿vas a contarme cual es el premio que me tienes preparado? —preguntó Héctor aludiendo a los whatsapp que se habían enviado durante la mañana.

—No antes de que tú me digas por qué tienes tanto empeño en que hoy sea una noche inolvidable.

—Eres mi regalo de cumpleaños.

—¿Qué?

—El próximo domingo es mi cumpleaños y como voy a estar en Madrid quería celebrarlo hoy contigo.

—Vaya... no sé qué decir.

—No tienes que decir nada. Me basta con verte sonreír.

—No tengo ningún regalo para darte —comentó abrumada por la sinceridad que había escuchado en su voz.

—Tú eres mi regalo. En mi vida he visto a una mujer tan hermosa como tú. Eres sublime —afirmó observándola embelesado.

—Héctor, no empieces a decirme piropos, aún es pronto para que empieces con tu ataque seductor. Dame al menos hasta medianoche —respondió burlona.

Héctor se echó a reír divertido y cambió de conversación, decidido a no atosigarla, al menos no tan pronto. Estaban acabando con los entrantes cuando vio a Sara entornar los ojos pensativa mientras jugaba con el tenedor sobre la mesa.

—Héctor... —Él se puso alerta al ver su mirada calculadora—. Siéntate recto contra el respaldo y coloca los tobillos pegados a la parte exterior de las patas de la silla —le ordenó con voz ronca.

Él, sin saber bien por qué, obedeció. Sus piernas quedaron separadas y su espalda erguida.

—¿Estaba a su gusto? —Héctor giró la cabeza al escuchar la voz de la camarera. No la había oído llegar.

—*Delizioso, grazie.*

La camarera asintió antes de retirar los platos vacíos de la mesa.

—¿Por qué quieres que ponga los pies...? —comenzó a preguntar Héctor.

—Espero que aún te quede sitio en la tripa después de todo lo que has comido —le interrumpió Sara—. La *pizza* que hacen aquí, además de deliciosa, es enorme.

—Sí, tranquila, mi hermana no se cansa de decir que mi estómago es un saco sin fondo.

En ese momento entró en la pequeña sala otra camarera llevando consigo las *pizzas* que habían pedido. Héctor abrió mucho los ojos y asintió encantado. Olían

estupendamente.

—Hacía tiempo que no te veíamos por aquí, Sara. Espero que todo vaya bien — comentó la nueva camarera dejando los platos sobre la mesa.

—Todo va maravillosamente, Alectta —respondió Sara llamando por su nombre a la mujer, para al instante siguiente embarcarse en una animada conversación con ella.

Héctor, incapaz de resistirse al olor de la *pizza*, las ignoró. Tomó un trozo con los dedos y lo soltó inmediatamente. Quemaba. Se inclinó para soplar disimuladamente sobre la *pizza* y en ese momento lo sintió.

Algo le había acariciado la pantorrilla por debajo de la mesa.

Se quedó muy quieto, a la espera de volver a sentirlo de nuevo. Un instante después notó un roce travieso a la altura de los muslos. Observó a Sara, desconcertado. Seguía hablando con la camarera. Deslizó una de sus manos bajo el mantel decidido a investigar qué era lo que le estaba tocando. Un puntapié juguetón le hizo desistir de su intento. Pero ya no importaba. Sabía qué le estaba tocando: el pie desnudo de Sara. La miró sorprendido por su audacia, y ella en respuesta le sonrió burlona a la vez que se despedía de la camarera.

—¿Qué haces? —susurró atorado. Estaban en un restaurante. Alguien podía verlos.

—¿Está muy caliente... la *pizza*? —le preguntó ella con una sonrisa lasciva en los labios.

—Bastante —musitó Héctor. El pie que jugaba sobre su muslo, ascendió de repente hasta la bragueta del pantalón.

—Mmm... no lo suficiente —afirmó ella tomando una porción de *pizza* mientras los dedos de su pie masajearan el pene que se iba engrosando por momentos.

—Joder, Sara...

—Parece que va mejorando —comentó ella doblando el trozo de *pizza* por la mitad e introduciéndose la punta en la boca.

Héctor dio un respingo cuando ella cerró los ojos y juntó los labios para succionar el queso derretido.

—¿No la pruebas? —le instó arqueando las cejas. Héctor asintió con la cabeza y tomó una porción.

En el momento en que se la llevó a la boca, Sara colocó con cuidado la planta del pie contra su erección y comenzó a deslizarlo arriba y abajo por toda su longitud.

Héctor tragó como pudo y cerró los ojos, intentando relajar el ritmo de su respiración, que se había agitado considerablemente.

—Come. Está delicioso —le ordenó ella con voz ronca.

Héctor asintió y, aferrándose a la poca cordura que le quedaba, tomó un poco de *pizza* y se obligó a masticarlo. El pie bajó hasta acariciarle los testículos por encima del pantalón y se quedó allí, trazando círculos con los dedos con perezosa lentitud, volviéndole loco.

Incapaz de concentrarse en la cena, fijó la mirada en la sorprendente mujer que

tenía frente a él. Parecía relajada, inmersa en su cena, solo sus dedos deslizándose nerviosos por el borde del plato daban muestra de que no estaba tan tranquila como quería aparentar. Ella se percató de que era observada y le sonrió con picardía.

—¿Al final has ido hoy a comer con tu amigo?

—¿Con Fermín? Ahhh —gimió sin poder evitarlo cuando el pie comenzó a ascender de nuevo por su polla—. Sí. He estado con él. Es un hombre muy... ahhh... agradable.

—Me lo imagino, por lo que cuentas le has tomado mucho cariño.

—Sí... es... buena gente —se le entrecortaron las palabras.

—Desabróchate la bragueta —le ordenó Sara cerrando sus labios rojos sobre otro trozo de *pizza*.

Héctor deslizó las manos bajo la mesa y obedeció. Cerró los ojos y se llevó una mano a la boca, fingiendo toser, para ahogar un gemido cuando sintió el pie de Sara sobre el slip. Tomó con dedos trémulos la copa de vino y dio un sorbo mientras intentaba sosegar el latir acelerado de su corazón. Jadeó sorprendido cuando su verga, harta de restricciones, se endureció hasta que la corona asomó insolente por la cinturilla, encontrándose con el pie de Sara, que se apresuró a presionar sobre la lágrima de semen que brotaba del glande.

—Joder, Sara..., me estás matando —gimió entre dientes a la vez que se aferraba a los bordes de la mesa con ambas manos.

—Colócate el calzoncillo de manera que los huevos queden sobre la cinturilla, los quiero elevados y duros —exigió ella con voz susurrante.

Héctor abrió mucho los ojos y miró a su alrededor, esperando encontrarse con la mirada indignada de alguno de los comensales. Pero no fue así. Todo el mundo estaba pendiente de sus compañeros de mesa. Pero aun así...

—¿No quieres más? —le preguntó Sara colocando los cubiertos sobre el plato, no se refería a la *pizza*—. Está bien, pediremos el postre —afirmó buscando a la camarera con la mirada.

—No. Espera. Todavía no he... terminado —musitó Héctor haciendo lo que le había ordenado.

Sara le sonrió traviesa, apoyó los codos sobre la mesa, enlazó los dedos y descansó la barbilla sobre ellos, observándole con atención. Se sorprendió al ver que una extraña tensión se apoderaba del apuesto rostro del joven.

—¿Estás bien? —le preguntó preocupada.

—Sí —gimió Héctor removiéndose sobre la silla—. Tengo los huevos tan tirantes que el más mínimo roce me da latigazos, y la cinturilla de los slips es bastante ajustada... solo tengo que... Ahh... —jadeó cerrando los ojos y quedándose muy quieto—. Estoy a punto de correrme, Sara.

—Ni se te ocurra correrme todavía... Aún no te he dado permiso —le advirtió ella siguiendo con su papel.

Héctor la miró aturdido, asintió y se apresuró a tomar otro trozo de *pizza* que no

pensaba comerse. En esos momentos era incapaz de tragar. Sara estaba haciendo estragos en él. El vaivén perezoso de su pie sobre su pene desnudo era más de lo que se creía capaz de soportar. Sin darse cuenta de lo que hacía, comenzó a desmenuzar la porción que tenía en las manos, y luego hizo lo mismo con las que quedaban en el plato, una por una. La última se le cayó de entre los dedos cuando Sara curvó los dedos sobre el glande y presionó.

—¿Estás disfrutando con la cena? —le preguntó con fingida inocencia.

—Sí —jadeó él con voz ronca—. Más de lo que he disfrutado nunca con nada.

—¿No estaba a su gusto la *pizza*? —les preguntó la camarera al acercarse a la mesa y ver que la cena de Héctor estaba desmenuzada sobre el plato.

—Estaba deliciosa —se obligó a contestar Héctor—, pero me he quedado lleno con los entrantes.

—Puede retirar los platos. Y tráiganos la carta de postres, por favor —solicitó Sara.

La camarera asintió a la vez que retiraba los platos, y, mientras tanto, Héctor se aferró con fuerza a su servilleta. Bajo la mesa, Sara continuaba masajeándole el pene.

—¿Has traído los pañuelos? —le preguntó cuando volvieron a estar solos.

—Sí —gimió él—. Los tengo en el bolsillo.

—Saca uno y déjalo a mano. —Héctor asintió con los ojos abiertos como platos mientras miraba a su alrededor. Nadie les prestaba atención.

¿Qué pretendía hacerle ahora? La camarera regresó con la carta de postres, y Sara le pidió unos minutos para elegir. En cuanto la muchacha se retiró fijó su mirada en Héctor.

—Cógete la polla con la mano y mastúrbate hasta correrte. Ahora.

—¿¡Qué!?! No puedo hacer eso, estamos en mitad de un restaurante.

—Entonces es la hora de pedir la cuenta.

—No... espera.

Héctor deslizó la mano debajo de la mesa, se aferró el pene con fuerza y comenzó a masturbarse con rapidez, y mientras lo hacía, el pie de Sara le acariciaba los tensos testículos. Apretó los labios hasta convertirlos en una fina línea roja, los dedos que todavía asían la servilleta se tornaron garras, todos sus músculos se tensaron. Dejó caer la cabeza hacia delante, rogando porque su largo pelo rubio le ocultara el rostro, los ojos cerrados, la boca abierta en un grito silencioso...

—Utiliza el pañuelo cuando te corras, Héctor —le advirtió Sara observándole con atención. Jamás había visto a un hombre tan hermoso, tan salvaje.

Héctor soltó la servilleta con rapidez. Apenas tuvo tiempo de coger el pañuelo de papel cuando un orgasmo demoledor le recorrió el cuerpo. Le pareció que tardaba siglos en acabar de eyacular, luego guardó el pañuelo empapado en semen en el bolsillo del pantalón y continuó con la cabeza baja y los ojos cerrados, inspirando profundamente en un intento de recuperar el ritmo pausado de su respiración.

—Tiramisú, por favor —escuchó decir a Sara. Abrió los ojos y se encontró con la

mirada preocupada de la camarera.

—He estado trabajando todo el día en el campo —improvisó con una sonrisa forzada—, estoy tan... cansado, que me quedo dormido sobre la silla...

Cuando la joven se marchó a por el postre, volvió a sentarse erguido y miró a Sara asombrado. Jamás la hubiera creído capaz de...

—Espero que te guste el tiramisú.

—Me encanta.

—Estupendo. He pedido uno para compartir.

Se lo comieron en silencio. Sara nerviosa por lo que se había atrevido a hacer, y Héctor pensativo, buscando la manera de vengarse.

—Voy al aseo un instante —comentó Sara levantándose de la silla.

—Pediré la cuenta y te esperaré fuera.

Sara atravesó el restaurante caminando con pasos seguros sobre sus tacones de aguja, se internó serena por un estrecho pasillo y, al llegar a los aseos cerró la puerta tras ella. Se detuvo frente a la fila de lavabos y observó las puertas abiertas de los cubículos. Estaba sola. Por fin. Se abrazó la cintura con las manos e inclinó el cuerpo hacia delante mientras un jadeo nervioso abandonaba su boca entreabierta.

«Lo he hecho... ¡Joder, lo he hecho!», gritó en su mente a la vez que se cubría los labios con los dedos. Todavía inclinada, apoyó la mano libre en la encimera de mármol y se miró en el espejo. La mujer reflejada en él era ella misma... y a la vez no lo era. Sus ojos brillaban como nunca lo habían hecho y sus mejillas estaban sonrosadas. Bajó los dedos con los que se cubría los labios, y la sonrisa que vio en el espejo mostraba tanta ilusión y pasión que por un momento dudó de que fuera la suya. Dejó de apoyarse en la encimera, irguió la espalda y elevó la barbilla. La mujer que habitaba en el espejo le devolvió una mirada orgullosa, satisfecha, apasionada... La mujer que era ella misma, se llevó las manos a las mejillas, a los labios, al cuello y comenzó a reírse entusiasmada a la vez que giraba sobre los tacones de aguja de sus zapatos negros y dorados. La mujer en la que se había convertido chocó contra unos fuertes brazos que la envolvieron, apresándola contra un duro torso masculino. La mujer que ahora mismo era, elevó la cabeza y se vio reflejada en los ojos azules de su amante. Alzó las manos, le envolvió la nuca, aferró entre sus puños el precioso pelo rubio de Héctor y le instó a besarla.

Héctor bajó la cabeza y devoró su boca como nunca había hecho. Y mientras se besaban, las manos de ambos recorrieron sus cuerpos, ávidas de acariciar, de sentir la piel del contrario, de tomar lo que hasta entonces se habían negado. Héctor la tomó por la cintura, alzándola en el aire y entró en uno de los servicios vacíos. Cerró la puerta y echó el pestillo. La aprisionó con su cuerpo contra una de las reducidas paredes laterales sin dejar de besarla y permitió por fin que sus dedos se colaran bajo el vestido negro.

Recorrió con dedos firmes los sedosos muslos desnudos hasta alcanzar la empapada tela que cubría el sexo que se moría por probar. Sara le tiró del pelo,

instándole a que se apartara, a que no continuara.

—Tranquila —susurró él contra sus labios—. Puedo contenerme, me va a costar la misma vida, pero puedo hacerlo —recitó la frase que se había convertido en un salvoconducto entre ellos. Se vio recompensado al sentir la sonrisa divertida de Sara sobre su boca antes de continuar besándola.

No había sido su intención acorralarla contra la pared del servicio. En absoluto. Cuando había pagado la cuenta, solo tenía en mente ir al aseo para poder lavarse las manos y refrescarse un poco... pero al pasar frente al de señoras había escuchado la risa de Sara y no había podido evitar abrir un poco la puerta para averiguar qué le hacía tanta gracia. Al verla girar sobre sí misma, riéndose ilusionada, con la melena volando alrededor de su cara, no había podido contenerse. Deseaba ser partícipe de ese instante. Por eso había entrado. Por eso la había abrazado. Por eso estaba ahora allí, sobre ella, deleitándose con su sabor, con su tacto, con su olor.

Enganchó los dedos en la cinturilla de las braguitas. Se arrodilló sin soltarlas y tiró de ellas hacia abajo a la vez que hundía la cara en el sexo femenino. Lamió el rocío que lo cubría mientras deslizaba la molesta prenda por las piernas, acariciando cada centímetro de piel por el que pasaban sus dedos. Al llegar a los tobillos, la instó a levantar un pie y luego otro, hasta hacerse con las braguitas que, en un impulso, guardó en el bolsillo de la chaqueta. Sara volvió a aferrarle el pelo, urgiéndole a detenerse. No lo hizo. La envolvió por la cintura con uno de sus brazos, impidiendo que se alejara de su boca. Posó los dedos de la mano libre sobre la hinchada vulva, separó con el índice y el pulgar los pliegues impregnados en su erótico aroma y cerrando los ojos, se dio un festín. Besó, lamió y succionó hasta que ella separó más las piernas y apoyó la espalda contra la pared, rendida a su lengua, a sus dedos, a su boca. Tomó su esbelto muslo con la mano que antes le sujetaba la cintura, y se lo colocó sobre el hombro, abriéndola más para él. Endureció la lengua y penetró la estrecha vagina, haciéndole derramar la esencia de su placer. Libó de ella, tomando todo lo que le daba y exigiendo más, hasta que unas voces femeninas llegaron hasta ellos a través de la puerta cerrada.

Sara se tensó contra él, bajó la pierna de su hombro e intentó alejarle tirándole del pelo de nuevo. Héctor se puso de pie, tomó su cara entre las manos y la besó apasionado para silenciar sus protestas.

—No hagas ruido —le susurró al oído mientras sus dedos se deslizaban de nuevo por los labios de su sexo, dulces pero firmes.

La penetró con los dedos corazón y anular sin dejar de besarla. Presionó con la palma de la mano contra el clítoris, y dejó que el índice y el meñique masajearan los pliegues vaginales. Sara arqueó la espalda y echó la cabeza hacia atrás, los labios abiertos en un grito silencioso. Él le tapó la boca con la mano libre y curvó los dedos que invadían su interior, frotando ese punto especial que la hacía jadear de placer.

Las voces de las mujeres que estaban más allá de la puerta seguían oyéndose, sus risas y exclamaciones ahogaban los gemidos que escapaban de la garganta de Sara

mientras ella se acercaba más y más al límite.

—Shh, Sara. Si gritas te oirán —le advirtió Héctor susurrando en su oído.

Ella le sujetó la muñeca que se internaba entre sus muslos, instándole a parar y negó con la cabeza.

—Vamos, cariño. Si yo he conseguido contenerme en el restaurante, tú puedes hacerlo aquí —la incitó.

Sara volvió a negar con la cabeza a la vez que tiraba de su muñeca, urgiéndole a que se detuviera.

—Como quieras... —susurró él, desafiante.

Alejó la mano que le cubría la boca, y mirándola fijamente a los ojos, le envolvió con ella la cintura, sujetándola. Se inclinó sobre Sara, apresándola contra la pared, e imprimió un ritmo diabólico a los dedos que la penetraban. Ella abrió los ojos como platos, apretó los labios con fuerza y después hundió la cabeza en la unión entre los hombros y el cuello de Héctor. Su cuerpo comenzó a temblar en el mismo momento en que las voces femeninas se hicieron menos audibles y se oyó el golpe de una puerta al cerrarse. Se tensó, quedándose muy quieta a la vez que un largo gemido abandonó trémulo sus labios.

—Eso es, Sara, déjame escuchar cómo te corres —la animó él sin dejar de mover los dedos en su interior—. Déjame saborear tu orgasmo —reclamó antes de arrodillarse frente a ella y hacer exactamente lo que había dicho, llevándola a un nuevo éxtasis.

Minutos después, continuaba acunándola entre los brazos. Agasajándola con sus caricias, adorándola con sus labios.

—Tenemos que salir —susurró. Ella asintió sin fuerzas—. ¿Estás bien? —Sara volvió a asentir.

La soltó lentamente y se separó de ella.

—Te espero fuera —dijo Héctor saliendo del servicio.

Atravesó el cuarto con pisadas firmes y al salir al pasillo se encontró con dos mujeres que lo miraron sorprendidas.

—Lo siento, me equivoqué de puerta —comentó encogiéndose de hombros y entrando en el de hombres.

Una vez a solas, respiró profundamente, se lavó las manos, se echó agua en la cara y se peinó con los dedos a la vez que se miraba en el espejo. Negó con la cabeza. No sabía qué demonios le había pasado a Sara para hacer... lo que había hecho en el salón... lo que le había dejado hacer en el servicio... pero fuera lo que fuera, quería más. Se colocó bien la chaqueta, comprobó que la camisa negra le cubriera la enorme erección que se marcaba en sus pantalones y abandonó la estancia con una soñadora sonrisa en los labios.

Capítulo 13

—Estás loco, Héctor —susurró Darío con los ojos abiertos como platos.

—Más bien desesperado —apuntó él observando la cara de su hermano mayor. Lo había dejado estupefacto... y eso que no había entrado en detalles.

—Imagino que a partir de ese momento, dejé de resistirse a tus encantos.

—No.

—¿No? No, no se resistió más a tus encantos; o no, continuó resistiéndose a tus encantos —intentó aclarar Darío, atónito.

—No. Continuó resistiéndose a mis encantos.

—¡Bien por ella! —exclamó Ariel saltando sobre el sillón—. Cada vez me gusta más tu chica, Héctor.

Sara permaneció un buen rato en el servicio. Se lavó las manos, se lavó la cara, intentó lavarse el cerebro y convencerse de que lo que acababa de pasar no había sucedido... pero no hubo manera. Sus labios hinchados por los besos, los ojos brillantes, el palpar de su clítoris cada vez que su cerebro se empeñaba en recordar lo sucedido y, sobre todo, el hecho de haber perdido las puñeteras bragas, no le permitían fingir que nada había pasado. Se había convertido en una salvaje. Y ella no era así. Ni por asomo. No tenía por costumbre ir por la vida dando órdenes a jovencitos ni incitándoles a masturbarse tras el mantel de la mesa de un restaurante. Lo único que podía decir en su defensa era que solo había un jovencito al que había dado órdenes lascivas... el mismo jovencito que le había comido el coño en el servicio.

«¡Y cómo me lo ha comido!», pensó llevándose una mano al estómago cuando su cerebro volvió a recrearse con los recuerdos. Sacudió la cabeza y volvió a echarse agua en la cara. Agua fría. Muy fría. Tenía que parar de pensar en eso. Ya. Irguió la espalda, se atusó el pelo con los dedos, se pintó los labios de nuevo y, tragándose el nudo que tenía en la garganta, salió del aseo.

Iría al coche, saludaría a Héctor y se montaría en el asiento del copiloto. Con las piernas juntas. Mejor dicho, muy juntas... ¿Cómo narices había podido perder las bragas en el servicio? Las había buscado por todas partes, y nada, estaban desaparecidas en combate. No importaba, le sugeriría a Héctor que fueran a tomar un café en alguna terraza abarrotada de gente que no tuviera manteles en las mesas, como previsión a una posible venganza del joven, y permanecerían allí hasta la hora de irse al hotel para prepararse para la actuación. Sí. Eso haría. Ella era una mujer adulta, no una ninfómana perdedora de bragas. Y como tal iba a comportarse.

Trastabilló al salir del restaurante y ver a Héctor. Estaba esperándola apoyado en el capó del coche. Se le veía relajado, con las manos metidas en los bolsillos de los pantalones y los pies cruzados a la altura de los tobillos. Tenía el rostro vuelto hacia

el mar y observaba las olas que se estrellaban una y otra vez contra las rocas que bordeaban la playa. El viento le alborotaba el pelo y el sol que se ocultaba tras el horizonte le bañaba con sus rayos anaranjados, envolviéndolo en un halo mágico. De repente, giró la cabeza, la vio, y una sonrisa, inocente y seductora a la vez, se dibujó en su rostro. Caminó hacia ella, la tomó de las manos y la besó.

—¿Te he dicho que eres la mujer más hermosa que he visto jamás? —susurró en su oído mientras pasaba una mano por su cintura, abrazándola, y la instaba a caminar hasta el coche.

Sara asintió con la cabeza, sin saber bien qué decir, a la vez que le miraba por el rabillo del ojo. No le iba a resultar nada fácil comportarse como una mujer adulta y cabal... porque en ese momento lo único que quería hacer era meterlo en el coche, desnudarlo y devorarlo entero. Tragó saliva, carraspeó y, decidida a seguir su plan, buscó las llaves del coche y se las entregó. No estaba en condiciones de conducir.

Héctor la acompañó a la puerta del copiloto antes de deshacerse de la chaqueta y montarse en el asiento del conductor. Metió la llave en el contacto y se giró para mirarla.

—¿A qué hora tenemos que estar en el hotel?

—A las nueve y media más o menos. Solo tengo que cambiarme. Alba me ha asegurado que ella ayudaría a montar los instrumentos y que probaría el micro en mi lugar.

—Estupendo. —Héctor miró el reloj del salpicadero—. Nos queda algo más de una hora para hacer lo que queramos.

—Arqueó varias veces las cejas.

—¿Qué te parece si vamos a tomar un café a alguna terraza en Santa Pola?

—¿Un café?

—Por ejemplo.

—Como veas —aceptó arrancando el coche. Si Sara no quería seguir jugando, por él estupendo. No había problema. Ningún problema.

Dio un brusco acelerón y salió derrapando del aparcamiento. Un instante después, tras echar un vistazo al rostro lívido de su chica, suavizó su manera de conducir. Callejó por Torrevieja un par de minutos y al detenerse en un semáforo, se removió sobre el asiento y al final optó por echarlo un poco hacia atrás.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Sara, extrañada. Jamás le había visto tocar la posición del asiento.

—Tengo la polla tan dura que me resulta incómodo conducir con el asiento tan pegado al volante —contestó él con la franqueza que le caracterizaba.

—Ah, vaya.

La mirada de Sara voló a la entrepierna del joven. Y este, dándose cuenta de ello, se apresuró a retirar los faldones de la camisa para que ella pudiera verlo en toda su magnitud.

—¡Héctor! —le regañó.

—¿Sí? —contestó él con tono inocente y angelical.

Sara apretó más las piernas, se cruzó de brazos y miró por la ventanilla. Al instante siguiente una sospecha se coló en su cabeza.

—¿Qué has hecho con mis bragas? —le preguntó a bocajarro.

—Están a salvo en el bolsillo de mi chaqueta.

Sara puso los ojos en blanco y negó con la cabeza antes de desabrocharse el cinturón y girar sobre el asiento para coger la chaqueta. Fue imposible. El muy perverso la había puesto sobre la bandeja del maletero. Se colocó de rodillas sobre el sillón del copiloto y estiró todo el cuerpo en un intento de alcanzar la esquiiva prenda. Una mano acariciándole el trasero la hizo sentarse de golpe.

—¡Héctor!

—¿Qué? Solo te estaba tapando el culo. En esa posición lo puede ver todo el mundo.

—¿Por qué has tenido que guardar mis bragas en tu chaqueta? —refunfuñó enfadada.

—Porque son mi regalo de cumpleaños. No te las pienso devolver.

—¿No pretenderás que vaya sin bragas por el mundo?

—Si yo puedo ir empalmado, tú puedes ir sin bragas —contestó burlón.

Los ojos de Sara volaron de nuevo a la erección que se marcaba bajo los pantalones de Héctor. Soltó un gruñido. Él se echó a reír. Ella se contagió de sus risas.

—¿Te apetece mucho, mucho, mucho ir a tomar café a Santa Pola? —preguntó Héctor con voz ladina al llegar a la desviación de Los Montesinos.

—No. Podemos ir a otro sitio, solo lo decía por estar cerca de... —Él ignoró su grito y continuó recto, internándose en una carretera comarcal bordeada por huertas.

—¿Adónde vamos?

—Ya lo verás. Es una sorpresa.

—No me gustan demasiado las sorpresas.

—Nadie lo diría a tenor de lo que ha pasado en el restaurante. Aún sigo duro por tu culpa.

Y, tal y como había imaginado Héctor, la mirada de Sara volvió a dirigirse a su entrepierna, tornando de nuevo erecto lo que se estaba calmando. En esta ocasión fue ella la que se echó a reír.

—Eres un tramposo —le acusó divertida.

—Y tú eres la mujer más seductora de todo el mundo mundial —dijo reduciendo la velocidad y tomando un desvío a la derecha.

—¿No irás a meter mi coche por esta carreterucha?

—No te preocupes, conduciré con cuidado.

—Con mucho cuidado, por favor —rogó ella al ver el camino de cabras en el que se habían metido.

Avanzaron rodeados por altos carrizos, esquivaron baches imposibles y se

internaron en senderos tan estrechos que las plantas rebotaban contra las ventanillas. Poco después, a la izquierda del camino, aparecieron unas altas vallas cubiertas por completo de vides salvajes. Héctor detuvo el coche en una diminuta terraza de tierra batida que daba a unas puertas de hierro oxidado. Se desabrochó el cinturón de seguridad y se giró sobre el asiento.

—Ya hemos llegado —dijo inclinándose sobre Sara para besarla.

Posó una mano sobre las rodillas de ella y deslizó los dedos entre sus muslos. Fue subiendo lentamente hasta llegar al dobladillo del vestido... y más allá. El beso se tornó más apasionado, más salvaje, y Sara, rendida, separó las piernas, permitiéndole acceder adónde él más deseaba. Acarició con las yemas de los dedos los húmedos pliegues de su sexo, abriéndose camino en la vagina hasta que logró introducir el índice mientras trazaba mágicos círculos sobre el clítoris con el pulgar, logrando que ella jadeara arqueando la espalda.

Sara se dejó llevar por la lujuria y acarició con dedos impacientes la imponente erección que no había dejado de observar durante todo el viaje. Jugó con ella por encima de la tela del pantalón, y cuando Héctor llevó su mano libre hasta la bragueta y comenzó a bajarse la cremallera, recordó que se había prometido a sí misma comportarse como una mujer adulta y cabal. Y las mujeres adultas no hacían el amor dentro de un coche en mitad de un campo. Para eso estaban los hoteles.

Empujó a Héctor por los hombros, separándose de él, y abrió la boca para decirle que arrancara el coche y fueran al hotel más cercano... pero él no la dejó hablar.

—Joder, Sara, estás empapada. Mataría por poder hacerte el amor —aseveró con voz ronca—. No sé ni cómo me contengo, pero lo hago —jadeó contra sus labios antes de separarse de ella y bajar del coche—. Ven, quiero presentarte a alguien —afirmó entusiasmado mientras se dirigía hacia las verjas oxidadas que hacían de puerta.

Y a Sara no le quedó más remedio que cerrar la boca, aguantarse las ganas y seguirle. Eso sí, antes se paró un momento para recuperar sus bragas del bolsillo de la chaqueta.

—¡Fer! —gritó Héctor a la vez que empujaba con fuerza la puerta, haciendo que rechinasen todos sus goznes.

—¡Ya voy, ya voy! —exclamó el agricultor atravesando el patio—. ¿Qué ha pasado, muchacho? ¿Cómo es que estás aquí de nuevo? —preguntó preocupado. Que el zagal estuviera en las puertas de su casa en lugar de tonteando con su novieta no era buena cosa. No, señor.

—Pasaba por aquí y decidí parar a saludarte —respondió Héctor encogiéndose de hombros.

—¿Pasabas por aquí? —repitió el anciano—. ¿Qué ibas, en dirección a ninguna parte? —resopló burlón. Al llegar por fin a la puerta, miró con atención al joven rubio. No parecía entristecido ni preocupado, todo lo contrario, se le veía feliz y exaltado.

—Fermín, quiero que conozcas a alguien —dijo Héctor dando un paso atrás para tomar de la mano a Sara—. Sara, este es Fermín, mi proveedor de comida sana —comentó bromeando—. Fermín, ella es Sara. —Sacó pecho, orgulloso.

Fermín observó al muchacho, la manera en que se infló como un pavo le dijo, mejor que las palabras, que la mujer era muy importante para él. Mucho más de lo que el mismo joven imaginaba.

—Encantado de conocerla, señorita. Es usted tan bonita como Héctor me había dicho —la piropeó besándola en ambas mejillas. Sara se lo agradeció con timidez—. ¿Os apetece entrar un rato y tomar un poco de café o vino?

—Sería estupendo, Fer. Vamos, Sara, quiero que veas lo alucinante que es esta finca. Algún día compraré una parecida pero más grande, con mucho terreno alrededor, y construiré una caseta para los niños, y un tobogán... puede que hasta una piscina —le explicó con mirada soñadora encaminándose hacia el patio y dejándola atrás.

—¡Héctor! —gritó enfadado el agricultor—. ¿No te has dado cuenta de que acabo de regar el patio? ¿¡Vas a permitir que la señorita atraviese el barro!? ¡Compórtate como un hombre hecho y derecho y cógela en brazos ahora mismo!

—Vaya, Sara, lo siento —se disculpó Héctor al darse la vuelta y verla parada en la entrada, buscando con la mirada un trozo de suelo sin barro.

Sin perder un segundo llegó hasta ella, y la cogió en brazos.

—¡Héctor, no! ¡No llevo bragas! —siseó llevándose al trasero la mano con la que no se sujetaba a él.

—No pasa nada, si no lo dices no se nota.

Caminó hasta la casa y, antes de entrar, se libró de los zapatos embarrados al igual que hizo el anciano. No soltó a Sara hasta que entraron en el salón.

—Preparo un poco de café o preferís vino de pitarra. Lo hago yo mismo.

—Me encantaría probar su vino —aceptó Sara.

—No me llame de usted, señorita, que me hace más viejo de lo que soy.

—De acuerdo, pero solo si tú me llamas Sara.

—Me gusta tu chica, Héctor —dijo el viejo por toda respuesta—. Me gusta mucho. Vamos, sentaos, no os quedéis ahí de pie como dos pasmarotes.

—Necesito utilizar el servicio —solicitó Sara. Más exactamente, necesitaba privacidad para volver a ponerse las bragas que había guardado en el bolso antes de salir del coche.

Héctor la acompañó hasta el pequeño cuarto de baño, se despidió con un beso y regresó junto a su amigo.

—¿Verdad que es la mujer más guapa que has visto nunca, Fer? —Sara escuchó la voz de Héctor a través de la salida de aire que compartían baño y cocina.

—Es una buena moza, sí, señor. Pero habla poco.

—Eso es porque está un poco cortada, pero ya verás, es maravillosa.

—No lo pongo en duda, muchacho. Parece una mujer muy agradable y bien

educada.

—Joder, Fer, no seas carca, es mucho más que eso... es increíble. En serio. ¡Es la mujer más asombrosa del mundo mundial!

—Es bueno verte tan contento, chaval. Esa mujer te hace bien feliz y eso me gusta. Sí, señor. Me gusta mucho. Es buena cosa para ti.

—Gracias, Fer —musitó Héctor acercándose al viejo para tomarle de los nervudos antebrazos—. Es importante para mí que te guste. En serio. Eres la única persona, sin contar con Zuper, que sabe que estoy con ella... y necesitaba que te gustara.

—Lo sé, muchacho. Lo sé. Cuando se la presentes a tu familia, gruñirán y renegarán porque es mayor que tú, pero en cuanto la conozcan, les gustará tanto como a mí. Ya lo verás —afirmó con rotundidad el anciano. Un instante después se vio encerrado en un abrazo de oso propiciado por Héctor—. Vamos, vamos, déjate de ternuras y corta un poco de jamón para bajar el vino —le pidió Fermín separándose de él, incómodo tras el cariñoso abrazo. Los hombres no hacían esas cosas.

Sara se sentó sobre la tapa del inodoro al escuchar la última frase de la conversación. «Santo Dios». Jamás se había parado a pensar en la familia de Héctor, en lo que pensarían al descubrir que estaba saliendo con una mujer mayor que él. Pero por lo visto Héctor sí que lo había pensado, y no había dicho nada a nadie. Ni siquiera a sus hermanos. Y lo entendía. Claro que lo entendía. Ella misma se había encontrado en idéntica situación tiempo atrás, y también le había sentado fatal que su hija se liara con alguien casi diez años mayor, y eso que la pareja de Alba no llegaba a los treinta. Cuánto peor le sentaría a la familia de Héctor que él se liara con una cuarentona, quince años más vieja que el pequeñín de la casa. Seguro que la tomaban por una arpía devoradora de niños. Pero no lo era. Aunque, a tenor de lo que había ocurrido esa misma tarde, y de cómo llevaba comportándose con él desde las Navidades, ya no sabía bien si era una estrecha que no se dejaba llevar al huerto, una devora niños con aspiraciones a *dómina* o una caliente pollas de la peor ralea. Lo que sí que tenía claro era que se estaba comportando como una bipolar. No podía seguir así.

Cuando regresó al salón, todavía apurada por la conversación que había escuchado, vio que los dos amigos estaban sentados a la mesa, uno junto al otro, frente a tres copas llenas de vino, una jarra de barro, un plato de jamón serrano y pan de leña.

—Prueba el vino, Sara, y dime qué te parece. Héctor dice que es muy fuerte, pero yo estoy seguro de que tú sabrás apreciar su cuerpo. Este jovencuelo no tiene paladar —afirmó Fermín mirando enfurruñado a Héctor—. Mira que decir que me ha salido fuerte... Las cosas que hay que oír.

Sara sonrió ante los gruñidos del viejo, que no se correspondían en absoluto con la mirada cariñosa con que observaba a Héctor. Se sentó en la única silla libre, la que estaba en la cabecera de la mesa, y probó el vino.

—Está muy bueno. —Meció con cuidado la copa, observó el vino y dio un nuevo sorbo—. No es nada fuerte, pero sí tiene bastante graduación. Su aroma es agradable... con un deje de hinojo o tal vez de romero.

—Así se hace, Sara. Ves, muchacho, ya te dije que ella tenía paladar, no como tú... mira que decir que sabe raro, habrase visto tamaña desfachatez.

—Está bien. No soy un experto en vino, ¡lo confieso! —aceptó Héctor levantando las manos en señal de rendición a la vez que negaba con la cabeza—. ¡Mándame al paredón, me lo merezco! No soy digno de probar tu vino. Arrodillado ante ti suplico tu perdón —se disculpó burlón haciendo exactamente lo que estaba diciendo—. Como diría mi sobrina Iris: «¡Qué me corten la cabeza!».

Sara no pudo evitar sonreír al ver la teatralidad que Héctor imprimía a sus zalamerías. Fermín fue menos contenido. Se echó a reír con carcajadas tan estentóreas que temblaron las paredes.

—Me ha dicho Héctor que cantas —comentó Fermín una vez pasado el momento de hilaridad. Sara asintió con la cabeza—. ¿Y qué cantas? ¿Canciones de esas modernas?

—Canto de todo —respondió ella sonriendo.

—¿También canciones de las buenas, con música? No las que tocan ahora que parece que les haya dado un calambre a los músicos y solo hagan que golpear el bombo.

—Sobre todo canto canciones de las buenas —afirmó Sara echándose a reír con ganas.

—Ah. Bueno, bueno. Eso me gusta. Cántame una, pero en cristiano, nada de inglés ni cosas de esas que no se entienden.

—¡Fermín! —le regañó Héctor un poco avergonzado por su manera de pedir la canción.

—De acuerdo —aceptó Sara—. ¿Qué te gustaría escuchar?

—Me da lo mismo. Una bonita. Ya sabes.

Sara se echó hacia atrás en la silla, entrecerró los ojos pensativa y luego comenzó a golpear la mesa con los dedos. De repente se levantó de la silla, se descalzó y se sentó sobre la mesa con la piernas recogidas, mirándolos sonriente. Dio un pequeño sorbo a la copa de vino, y a continuación la giró y se la tendió a Héctor. Él la tomó y posó los labios en el mismo lugar en el que ella había bebido. En el instante en que Héctor dejó la copa sobre la mesa, Sara comenzó a cantar.

*Lía con tu pelo un edredón de terciopelo que me pueda guarecer
si me encuentra en cueros el amanecer.*

*Lía entre tus labios a los míos, respirando en el vacío aprenderé
como por la boca muere y mata el pez.*

Lía telarañas que enmarañan mi razón.

Que te quiero mucho y es sin ton ni son.

Lía cada día con el día posterior, y entre día y día...

Lía con tus brazos un nudo de dos lazos que me ate a tu pecho, amor.

Lía con tus besos la parte de mis sesos que manda en mi corazón.^[6]

—Santo Dios, muchacha, tienes la voz de los mismísimos ángeles del cielo — musitó Fermín mirándola con ojos brillantes.

—Gracias —susurró ella deslizándose hacia el anciano para darle un cariñoso beso en la mejilla.

—Y tú —regañó Fermín a Héctor—. Te vas a quedar callado como un pasmarote sin decirle nada bonito a tu novia.

—No puedo —murmuró Héctor. Había sentido cada palabra rozando su piel. Cada estrofa de la canción instalándose en su corazón. Cada verso acariciándole el alma—. No me salen las palabras...

Se levantó de la silla y, acercándose lentamente a ella, la tomó en sus brazos y la besó.

Fermín carraspeó, una vez, dos, y cuando por fin le hicieron caso, señaló el bolso de Sara que colgaba sobre el respaldo de la silla. En su interior sonaba un teléfono móvil.

Héctor dejó que Sara posara los pies en el suelo y se separó renuente para que contestara la llamada. Fue una conversación corta.

—Era mi hija. Le pedí que me llamara a las nueve... por si nos despistábamos, para que nos diera tiempo a llegar a Santa Pola... —murmuró, todavía atolondrada por lo que le habían hecho sentir la canción y los besos de Héctor.

—Tenemos que irnos, Fer...

—Vuelve pronto a verme... Y no te olvides de traer a tu novia —le advirtió el anciano—. Me gustaría mucho escuchar más de tus canciones. Son casi tan hermosas como tú —murmuró mirando a Sara.

—Por supuesto que volveré, no voy a permitir que te bebas este exquisito vino tú solo.

—Me gustas, Sara. Sí, señor. Eres una buena mujer.

Llegaron al hotel un poco más tarde de las nueve y media. Sara salió corriendo como alma que lleva el diablo hacia el cuartucho destinado a *los Spirits* con Héctor a la zaga. Después de tres meses siguiendo al grupo de hotel en hotel, ayudándoles a montar y desmontar el escenario, y tomando unas copas con ellos al término de cada actuación, se había convertido en un integrante más, igual que Alba. Sara desapareció un instante tras el biombo y cuando volvió a salir se había convertido en Velvet. Llevaba unos ajustados leggins negros muy brillantes, y el top y la chaqueta de color rojo que solía usar para el comienzo de sus actuaciones. Se sentó presurosa y Alba y Elke la maquillaron con vertiginosa rapidez. A las diez en punto de la noche estaba subiendo las escaleras que daban al escenario, dispuesta a cantar.

Héctor se acomodó en una mesa junto a Alba, decidido a no pensar en todo lo que

había pasado esa tarde, porque si lo hacía, era capaz de subir al escenario, echarse a Sara sobre el hombro y secuestrarla como un buen vikingo.

—¡Qué guapa estás hoy, Alba! —gritó Zuper acercándose a la mesa y tomando de la mano a la rubia—. Vamos a bailar, nena, que la noche es joven.

—¿No te ha dicho nadie que las chicas odiamos que nos llamen nenas? —le increpó Alba negando con la cabeza con gesto enfadado. Lástima que la sonrisa que pugnaba por escapar de sus labios quitara efecto a su reprimenda.

—¿Qué tal, Zuper? Pensaba que no ibas a venir —le saludó Héctor sorprendido.

—Y por poco no te equivocas. Me ha costado Dios y ayuda encontrar la manera de llegar a Santa Pola.

—No digas tonterías, hay un autobús que para a menos de diez minutos de aquí —declaró Alba mirándole con gesto extrañado.

—Yo no monto en autobús, nena... cariño. Zuperman no se rebaja a viajar como el resto de los mortales... —Alba enarcó una ceja—. Bueno, va, lo confieso. Me despisté y perdí el último. Menos mal que me encontré con Garin y Heller y me acercaron hasta aquí. Si no me hubiera tocado pillar un taxi. ¡Con lo caros que son!

—¿Hubieras pillado un taxi para venir esta noche? —inquirió Alba extrañamente cautivada. Que Zuper se gastara dinero en un taxi, o en lo que fuera, era... inconcebible.

—Joder, sí. ¡Claro que lo hubiera pillado! —exclamó el pelirrojo con inusitada fiereza—. ¿Cuándo he dejado de venir a una de vuestras actuaciones? Por si no te has dado cuenta llevo desde que empezó el año siguiéndoos cada viernes, sábado y domingo —siseó enfadado—. Claro que no te has dado cuenta, por supuesto que no. ¿Quién se fijaría en un payaso que solo hace payasadas? Me voy a por algo de beber.

—Se dio media vuelta dirigiéndose con pasos furiosos hacia la barra.

—¿Qué mosca le ha picado? —le preguntó sorprendida a Héctor—. Todos acabamos por cansarnos de ser ignorados... incluso Zuper —aseveró él mirándola muy serio.

—Oh. No digas chorradas. Zuper sabe que le aprecio.

—¿Seguro? —La mirada de Héctor no dejaba dudas de que él no opinaba lo mismo—. Ahora vengo, voy a ver si convenzo a mi amigo para que se anime y baile la del bombero.

Al final Zuper bailó la del bombero, la del policía y la de todos los cuerpos de seguridad del Estado. También se bebió todas las copas que pudo pagar con el dinero que le hubiera costado ir en taxi hasta Santa Pola. Y cuando la actuación hubo terminado, más allá de las dos de la madrugada, se empeñó en ir a la cala de la Ermita donde estaban sus amigos, Garin y Heller, para seguir con la fiesta en la playa, más exactamente en una cala medio escondida donde nadie podría molestarles. Héctor no consintió en dejarle ir solo, su amigo no estaba muy... sereno. Por tanto lo acompañó. Dio la casualidad de que *los Spirits* conocían a los amigos de Zuper, por lo que Ernest, Ellery, Eber y su mujer, que llegó justo cuando terminaba la actuación, se

apuntaron sin dudar. Solo fue cuestión de utilizar un par de carantoñas para que Sara, Alba y Elke se unieran al grupo.

Capítulo 14

—¿Has estado alguna vez en un fiesta en la playa? —le preguntó Héctor a su hermano. Este negó con la cabeza—. La arena se te mete por todas partes, la brisa marina te deja el pelo pegajoso...

—Seguro que fue horroroso, tú con el pelo pegajoso... Tiemblo solo de pensarlo —se burló Ariel.

—No seas desagradable, sirenita —gruñó Héctor—. Todo el mundo bebiendo sin parar, las chicas bailando ligeras de ropa... muy ligeras de ropa —continuó con la historia—. Tu novia sentada a tu lado en una toalla prestada, tan guapa que las estrellas tenían celos de ella. Tú con ganas de besarla, abrazarla y mimarla... Y tu mejor amigo, borracho como una cuba, haciéndose el mártir, dando por culo y jodiéndolo todo.

—No hagas más el idiota —regañó Héctor al pelirrojo.

—¿Por qué no? Esa es mi especialidad, hacer el payaso —contestó Zuper con voz gangosa.

Llevaba una borrachera de órdago y no parecía tener intenciones de parar de beber. Además, como se empeñaba en repetir una y otra vez, era gratis. Garin y Heller les habían invitado a su fiesta playera, y Zuper estaba bebiendo de todos los recipientes que encontraba.

—Joder, tío.

—Ni joder ni jodamos, que todos somos hermanos —canturreó Zuper alzando el mini de cerveza en el aire... y derramando la mitad de su contenido sobre una de las chicas que estaba a su lado—. Oh, mierda. Lo siento. —La chica, igual de perjudicada que él, se limitó a reírse y deshacerse de la camiseta empapada, quedándose con los pechos al aire—. Ves, tío, lo mío es hacer el idiota. —Lanzó una mirada lasciva a las tetas de la joven—. Me estoy meando —dijo abruptamente.

Se levantó a duras penas y fue trastabillando hacia la carretera, donde, por acuerdo tácito, todos iban a descargar. Héctor resopló, gruñó algo sobre los imbéciles que poblaban el mundo y siguió a su amigo, zigzagueando sobre la arena para no pisar con los pies descalzos los cigarrillos a medio apagar que el grupo había ido tirando en la playa. ¡Eran unos guarros!

Debían de ser más de las seis de la mañana y estaba deseando largarse de allí y pillar la cama. Estaba molido tras llevar más de veinticuatro horas despierto. Saturado de la maldita arena que no solo se colaba hasta en el más pequeño resquicio de su cuerpo, sino que además estaba poniendo perdidos sus casi perfectamente planchados pantalones. Bueno ya ni eso. Su ropa estaba arrugada, sucia y sudada, y su pelo tan pegajoso como el engrudo. ¡Qué asco! Estaba hasta las mismas narices de estar sentado de mala manera sobre una manta zarrapastrosa en el suelo duro como una

piedra. Harto de aguantar bromas de borrachos. Cabreado por tener que pasar las últimas horas de un día maravilloso haciendo de niñera de su mejor amigo en vez de abrazado a una mujer espectacular... ¡Para estar así, prefería estar en la cama! Durmiendo. Soñando. Descansando. Quería tumbarse en su pequeño colchón, aunque fuera solo, sin Sara, ya que tal y como se estaba desarrollando esa última parte de la noche, estaba seguro de que ella estaría, como poco, tan cabreada como él. Mejor hacer borrón y cuenta nueva.

«¡Mi reino por una cama!», pensó bostezando por enésima vez mientras acompañaba a su amigo al improvisado meadero. Se tumbaría en su lecho de muelles saltones, se abrazaría a su almohada blanda y delgaducha y no se quejaría si sus tres compañeros de cuarto se ponían a roncar como osos. Solo cerraría los ojos y dormiría... sin arena que le arañara el cuerpo, ni brisa marina que le dejara la piel y el pelo pringoso, ni borrachos insoportables apoyándose en su espalda. Pero Zuper se negaba a marcharse, y él no quería dejarlo solo. Al menos Alba y Elke parecían estar disfrutando de la compañía de sus amigos alemanes.

Sujetó al pelirrojo cuando este estuvo a punto de caer de bruces contra la carretera al intentar desabrocharse los botones de la bragueta, y luego, se mantuvo atento a la dirección del viento para no acabar con los mejores pantalones que tenía llenos de pis. Ya tenía suficiente con la arena, gracias.

—Zuper, en serio, no hagas más el tonto con Alba. No vas a conseguir nada de ella —dijo saltando hacia un lado cuando su amigo se dio la vuelta para mirarle sin darse cuenta de que seguía con el pene en la mano, orinando.

—¿Por qué? ¿Piensas que le van las tías? —respondió el pelirrojo con la sinceridad de los borrachos.

—No lo sé, pero a veces he visto cosas que... —farfulló sin saber bien qué decir. No era la primera vez que se planteaba el asunto. Había visto a las dos rubias en actitud muy cariñosa en varias ocasiones, y eso por no hablar del beso que presencié en la discoteca.

—Pues yo sí. No le van las tías, le va Elke. Están liadas.

—No puedes estar seguro de eso.

—Sí puedo, me lo dijo Alba.

—¿Te lo dijo?!

—Sí. Mientras tú te dedicas a hacer manitas con Sara en las discotecas, yo me dedico a bailar con ellas... y me entero de muchas cosas. A Elke solo le gustan las tías. A Alba le gustan los tíos y Elke —afirmó con rotundidad—. Me lo dijo ella. Tienen una relación de esas abiertas. Elke me dijo que no le importaba que Alba se follara a algún tío siempre que la dejara participar a ella... y joder, yo quiero ser ese tío. Tampoco soy tan desagradable, ¿verdad? —preguntó con cara de perrito apaleado.

—Claro que no —masculló Héctor aturdido—. Pero ¿no te has parado a pensar que lo mismo te dijeron eso para gastarte una broma? Ya sabes cómo son Alba y

Elke. No se toman nada en serio.

—¿Las has visto morrearse? —le preguntó sacudiéndose el pene para luego guardárselo en los calzoncillos y comenzar a abrocharse, con bastantes dificultades, los botones de la bragueta.

—Eh... no.

—Pues yo sí. Y no fingen. ¿Crees que le hago tilín a la morena de las tetas grandes? —Cambió de tema tan bruscamente que Héctor no supo a qué se refería exactamente—. Sí, hombre, a la que acabo de echar la cerveza en la camiseta, la de las tetas enormes. Me la voy a follar esta noche —afirmó regresando tambaleante hacia el campamento.

Y a eso se dedicó en cuerpo y alma durante los siguientes sesenta segundos. A intentar follársela.

Sara, envuelta en la chaqueta de cuero de Héctor, esperaba el regreso de los chicos con impaciencia. Durante la noche se había alzado un frío e incómodo levante que hacía volar en remolinos los finos granos de arena, convirtiéndolos en diminutos proyectiles que se estrellaban implacables contra su piel. Se abrazó las rodillas, envolviéndose las piernas desnudas con la enorme chaqueta que Héctor le había puesto sobre los hombros y exhaló un suspiro cuando el joven regresó por fin y se sentó tras ella, rodeándola con su calidez. Se acurrucó entre sus brazos, contra su fuerte torso, y ahogó un bostezo, mientras esperaba que su hija y su mejor amiga se cansaran de la fiesta y decidieran que ya era hora de regresar a casa.

No cabía duda de que se estaba haciendo mayor. Años atrás habría disfrutado como nadie de esa reunión nocturna entre amigos, pero en esos momentos solo pensaba en meterse bajo la ducha, con el agua muy, pero que muy caliente, para librarse de la arena, la sal y el frío. Un crujido de huesos seguido de un lastimero gemido le hizo darse cuenta de que no era la única que se estaba muriendo de sueño, aburrimiento e incomodidad. Giró la cabeza y observó cómo Héctor estiraba la espalda y se frotaba los ojos una y otra vez intentando alejar el sueño. El pobre muchacho llevaba en pie desde las siete de la mañana, casi veinticuatro horas. Si ella estuviera en su lugar hubiera montado en cólera horas atrás, pero él parecía aguantar bastante bien... si pasaba por alto sus bostezos y caídas de párpados. Sin duda estaba agotado. Buscó con la mirada a Elke y Alba, decidida a hacerles saber que ya era hora de irse.

Y se encontró con un grave problema.

Elke estaba sentada en la arena frente a un mini de plástico que contenía Dios sabría qué mejunje. A su lado, Alba, con el ceño fruncido y los párpados entornados en un gesto de furia, parecía querer matar a alguien con la mirada. Más exactamente a Zuper. El pelirrojo se había sentado sobre el regazo de la muchacha de las tetas enormes y gesticulaba imitando el llanto de un bebé. Y la chica reaccionaba riéndose de él, poniéndole sus pechos junto a la boca y dándole de mamar, para al instante siguiente apartarse, momento en que Zuper se ponía a berrear con más fuerza...

haciendo que todos los que los rodeaban se rieran con ganas. Todos menos Alba, que parecía estar a punto de liarse a puñetazos a pesar del brazo tranquilizador que Elke había pasado sobre sus hombros.

La fiesta estaba a punto de tornarse en desastre.

—Alba, Elke, estoy molida... —Alzó la voz para hacerse oír—. ¿Qué os parece si nos vamos a casa?

—Gracias, Señor —musitó Héctor tras ella, haciéndola reír.

Las chicas no dijeron nada, se limitaron a intentar ponerse en pie. Y les costó bastante trabajo. Estuvieron a punto de caer al suelo en más de una ocasión antes de poder sostenerse una contra la otra en un abrazo ebrio y comenzar a caminar. Sara observó aterrada sus pasos tambaleantes. Mal asunto. Muy pero que muy mal asunto. Si Alba y Elke no podían conducir... Observó a Héctor. Él apenas había bebido... pero estaba muerto de sueño.

—Bueno, tampoco tenemos prisa —murmuró para sí encogiéndose de hombros.

—¿A qué te refieres con eso? —le preguntó Héctor levantándose del incómodo suelo.

—¡No, mamá, por favor ten piedad de nosotros! —suplicó Alba llegando hasta ellos con Elke colgada del hombro. Héctor las miró, asombrado por el estado en el que se encontraban, y confuso por el énfasis que Alba había puesto al hablar—. Tú no me mires así... —refunfuñó ella mirándole enfadada—, la última vez que mamá dijo eso, tardamos casi una hora en llegar desde Los Arenales hasta Guardamar.

—¿¡Casi una hora!? Pero si no se tarda ni media —comentó Héctor, perplejo.

—Exacto... pero conducía Sara. Se puede decir que tuvimos suerte de no tardar dos —ironizó Elke—. Sara, preciosa, guapa, redivina —dijo zalamera—, ¿por qué no le dices a nuestro flamante principito que conduzca? Él no ha bebido... y le gusta correr. Llegaríamos antes de ser abuelas.

—Héctor no puede conducir, está muerto de sueño.

—¡Eh! Yo no estoy muerto de sueño —rechazó Héctor enfadado. Estaba cansado, sí. ¡Pero de ahí a decir que no podía conducir iba un abismo!

—Ves, hasta él mismo lo dice. Nos llevará raudo y veloz hasta La Mata, y en lo que tardemos en llegar, a mí se me pasa el pedo y ya conduzco yo hasta Guardamar. Todo solucionado. Porfaplease, Sara, no quiero morir de aburrimiento en la carretera —entonó Elke lastimera juntando las manos como si estuviera rezando.

—¿Estás seguro? —le preguntó Sara a Héctor, preocupada. Más valía perder un minuto en la vida que la vida en un minuto.

Héctor, por toda respuesta, se agachó, se remangó las perneras del pantalón y entró en el mar hasta que este le lamió los gemelos y, sin pensárselo un instante, hundió las manos en el agua helada, llenó el cuenco de las palmas con esta y se la echó en la cara. Al regresar junto a las chicas, tenía la camisa empapada de gotitas saladas y estaba totalmente despierto.

—Voy a por Zuper. Dadme un minuto —dijo dirigiéndose hacia donde estaba el

pelirrojo.

No le hizo falta el minuto entero. En cuanto llegó hasta su amigo, este le rechazó afirmando que la noche era joven y que volvería a casa por sus propios medios. A Alba no le sentó bien. Nada bien. Echando chispas por los ojos fue hasta donde estaba el pelirrojo, lo cogió de una de sus grandes orejas, y lo llevó a rastras hasta el coche. Cuando la muchacha que había estado tonteando con él intentó interferir, Alba se limitó a gruñir enseñando los dientes, y como la joven, aunque borracha, todavía conservaba el sentido común, se dio por vencida sin que mediara pelea alguna.

Formaban una insólita estampa. La rubia caminando inestable por la playa y el pelirrojo gateando tras ella, cogido de la oreja, mientras gritaba que quería quedarse con sus nuevos amigos. Elke se echó a reír mientras se acercaba a la extraña pareja mirándoles maliciosa.

—¡Alba! Déjale tranquilo. Si se quiere quedar no puedes obligarle a marcharse — la increpó Sara.

—Está borracho, no sabe lo que quiere —replicó Alba apoyándose en Elke para no perder el equilibrio, lo que hizo que las dos acabaran cayendo sobre Zuper.

—Sí sé lo que quiero. Quiero echar un polvo con una chica a la que yo le guste — lloriqueó el pelirrojo frotándose las costillas lastimadas.

—No vas a echar ningún polvo, se está riendo de ti —le advirtió Alba cada vez más enfadada llevándole al aparcamiento.

—No se está riendo. Me la estoy ligando —replicó él clavando los talones en el suelo para que no siguiera arrastrándole.

—Estás haciendo el payaso. Pórtate bien, y quizá después de ponerte el culo rojo como un tomate te deje chuparme los pies —exclamó Alba enfadada tirándole de nuevo de la oreja para hacerle andar.

Zuper abrió mucho los ojos, cerró mucho la boca, se irguió como pudo sobre sus inestables pies y se apresuró a seguirla.

Héctor parpadeó sorprendido al ver a su amigo tan dócil... y empalmado.

—Uh... aquí hay tema... —comentó Elke riéndose a carcajadas.

—Tengamos la fiesta en paz, Elke —la regañó Sara pulsando el mando a distancia para desbloquear las puertas del C4.

—A Alba le gusta Zuper —canturreó Elke divertida, ignorando a Sara.

—No me gusta —rechazó la interpelada abriendo la puerta del coche.

—Pues entonces, déjalo otra vez con la pechugona —la desafió la alemana.

—No pienso dejarlo con esa zorra —afirmó Alba inflexible.

Zuper se apresuró a abrazarla y asentir con la cabeza. Ella se lo quitó de encima y le empujó hacia el asiento trasero.

—¿Y a ti que más te da si se queda con la zorra o no? Es libre de hacer lo que quiera —preguntó Héctor aturullado. No entendía la reacción de la joven.

—No es libre. Es mi payaso. Y solo hace payasadas para mí —aseveró Alba dejando a Sara y a Héctor con la boca abierta mientras Elke se moría de la risa contra

el capó del coche—. Y tú no te rías —siseó enfadada a su amiga.

Héctor miró a Sara. Sara miró a Héctor. Ambos se encogieron de hombros, se metieron en el coche y se prepararon para un viaje accidentado.

¡Y tanto!

No llevaban ni diez minutos en la carretera cuando Héctor tuvo que parar en el arcén para que Zuper pudiera vomitar parte de lo que había consumido. Poco después, tras una nueva parada, le tocó el turno a Elke. Parecía que ninguno de los dos aguantaba bien la bebida. Alba parecía más entera, aunque poco antes de llegar a Guardamar, también ella acabó cayendo en la epidemia de malestar estomacal que asolaba el coche. Héctor esperó impaciente a que la rubia acabara de vaciar su estómago, y cuando lo hizo, retomó el camino suspirando. Ya no quedaba nadie más por vomitar, o eso esperaba. Estaba deseando llegar a casa, mas el viaje estaba resultando eterno.

Sara miraba por la ventanilla el azul profundo del mar. La Luna se había retirado del cielo nocturno y el Sol todavía no se había levantado para teñir las aguas con sus rayos anaranjados. El débil y lejano resplandor de las estrellas se perdía entre las volutas algodonadas de las nubes que se movían perezosas en el cielo. Todo a su alrededor era oscuridad, solo el haz fantasmal de las luces del coche rompía la opacidad de la noche. Se giró sobre el asiento y observó las caras, un tanto verdosas, de las chicas y Zuper. El pelirrojo estaba sentado en el asiento del medio, dormido, y las chicas, con las cabezas apoyadas sobre los hombros del joven, le imitaban. Negó con la cabeza, apesadumbrada. Ni su hija ni Elke acostumbraban a beber mucho más de un par de cervezas cuando salían. Y por lo que había visto en esos tres meses, Zuper ni siquiera eso. Ninguno de ellos era amigo del alcohol y, sin embargo, esa noche se habían despachado a conciencia. No sabía qué demonios les había pasado, pero lo intuía. Los celos eran malos consejeros y a Alba no le había gustado que Zuper tonteara con la morena de las tetas grandes. Elke habría bebido para acompañar a Alba, al fin y al cabo, había mucha empatía entre ellas. Y Zuper... en fin, Zuper estaba frustrado porque Alba no le hacía caso.

Se removió incómoda sobre el asiento. Le dolía la espalda y los pies la estaban matando... y eso por no hablar del frío que tenía. Encendió la calefacción y aprovechó para contemplar detenidamente a Héctor. Conducía mucho más despacio de lo habitual en él, mantenía la mirada fija en la carretera y aferraba con ambas manos el volante. No hablaba. Toda su atención estaba centrada en conducir, como si estuviera tan cansado que temiera despistarse si no se concentraba por completo. Cosa que nunca haría. Sara estaba segura de ello. Había aprendido sobre él que era mucho más responsable de lo que aparentaba a primera vista.

Observó los ángulos de su perfil, su nariz respingona y sus labios gruesos. Los alborotados mechones rubios de múltiples tonalidades cayendo desordenados sobre sus hombros. El palpar de la carótida en su fuerte cuello, indicativo de que estaba más tenso de lo que aparentaba. Sus musculosos bíceps y tríceps marcándose bajo la

tela elástica de la camisa. Sus delineados antebrazos desnudos, sus manos de dedos largos y delgados asidas con fuerza al volante. Sara apretó los muslos al sentir una intensa punzada de excitación. Tenía ante sí a un hombre maravilloso que bebía los vientos por ella. Había pasado una tarde inolvidable junto a él... y una noche poco menos que espantosa. ¿Iba a dejar que la mágica tarde que habían pasado quedara ofuscada por el recuerdo de esa malograda noche? ¿De verdad iba a ser tan idiota?

—Gira a la izquierda —musitó sin pensar.

—¿Qué? —preguntó él con la mirada fija en la carretera.

—En la siguiente glorieta gira a la izquierda —repitió Sara con seguridad.

—¿Para qué? Por la N-332 vamos rectos a La Mata...

—No vamos a La Mata —afirmó ella con rotundidad. Héctor giró la cabeza y la miró confuso—. ¿Te apetece pasar la noche en mi casa? —le preguntó Sara con una sonrisa entre tímida y sensual.

Héctor giró a la izquierda al llegar a la glorieta.

Sara vivía a las afueras de Guardamar, alejada de la ciudad. Para llegar hasta la casa, tuvieron que internarse en una carretera secundaria que desembocaba en una ancha avenida que terminaba abruptamente unos metros antes de llegar a la playa. A ambos lados de la avenida se situaban casas de distintos tamaños y estilos, rodeadas de parcelas en mejor o peor estado de conservación. Se notaba que era una zona antigua en la que cada propietario había comprado un terreno y edificado en él lo que había querido. Más allá de las casas que bordeaban la avenida no había ninguna otra edificación, solo la naturaleza en su apogeo.

Tal y como le indicó Sara, Héctor condujo hasta el final de la avenida y mantuvo el coche en ralentí mientras ella se bajaba para abrir la cancela de la entrada. Héctor parpadeó asombrado al ver el lugar donde vivía su chica. No era una casita baja como la suya, ni un piso como el de sus hermanos. No. La cancela daba a un enorme patio, en cuyo centro había un señor chalé de dos plantas con un anexo para el garaje, en el que, por supuesto, aparcó el C4. El chirrido oxidado de las puertas al cerrarse despertó a las dos rubias que dormitaban en el asiento trasero. Elke se desperezó con lentitud felina; Alba, por el contrario, abrió los ojos y parpadeó repetidamente.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó—. ¿No vamos a llevar a los chicos a La Mata?

—No. Son casi las siete de la mañana, estamos todos muy cansados y Zuper parece bastante perjudicado, por lo que he pensado que sería mejor que él y Héctor se quedaran a dormir —explicó Sara mientras abría el maletero y sacaba la bolsa con la ropa que había usado en la actuación.

—Ya, ya... y yo me chupo el dedo —replicó Elke estirándose perezosa—. Vamos, bello durmiente, despierta, que ya hemos llegado a palacio —dijo zarandeando a Zuper. Este abrió mucho los ojos, puso cara de espanto, se tapó la boca con la mano y, saltando sobre Alba para salir del coche, miró suplicante a Sara.

Sara se apresuró a abrir la puerta que daba al interior del chalé mientras le

indicaba dónde se encontraba el cuarto de baño. Aún sentado al volante, Héctor negó con la cabeza, dio un golpe en el salpicadero con las palmas de las manos y, con un suspiro resignado, salió del vehículo. Al pasar frente a Sara, se encogió de hombros a modo de disculpa, y luego continuó su camino hacia el lugar donde su mejor amigo vomitaba lo poco que aún tenía en el estómago.

Como diría su hermano: ¡miércoles!

Un buen rato después, con las tripas de Zuper ya calmadas, Héctor le acompañó hasta la habitación que Sara les había indicado —subir las escaleras fue bastante peliagudo—, lo ayudó a desnudarse, lo metió en la cama y le dio la manzanilla que Alba había dejado sobre la mesilla de noche.

—Tío, lo siento —susurró el pelirrojo con voz rota.

—No pasa nada, Zuper. Duérmete.

—Te he jodido la noche —murmuró arrepentido.

—Todavía no ha amanecido. Aún me queda tiempo para disfrutar, tranquilo —le eximió Héctor tapándole con las mantas antes de apagar la luz y salir del cuarto.

Se quedó inmóvil en el vestíbulo al que daban las habitaciones. Había seis puertas a su alrededor, todas ellas cerradas. Una daba al cuarto en el que roncaba su amigo, otra al baño, la tercera a una enorme terraza y las tres restantes, a las habitaciones de las chicas. El problema era que no sabía a qué chica pertenecía cada habitación, y él solo quería ir a la de Sara. Un crujido procedente de las escaleras le hizo girarse. Sara subía lentamente, aún llevaba puesto el ajustado vestido negro, pero los pies descalzos, el pelo alborotado y enredado, el maquillaje corrido y el gesto cansado de su cara ya no la hacían parecer una mujer sensual dispuesta a llevarlo al paraíso del placer, sino una mujer exhausta al límite de sus fuerzas. Y en ese momento, con la ternura invadiendo cada poro de su piel, Héctor lo supo.

Quería cogerla en brazos y llevarla a la cama para observarla dormida.

Quería lamer las arrugas que se marcaban en las comisuras de sus labios y borrar a besos las profundas ojeras que decoraban sus ojos.

Quería acurrucarse junto a ella y acunarla entre sus brazos mientras escuchaba su respiración pausada.

Quería... La quería a ella. Por entero.

Quería sus arrugas, sus sonrisas, sus frases irónicas, su mente despierta, su voz profunda, sus ojos penetrantes, su vitalidad imparable y su sabiduría calmada. Lo quería todo de ella. Para siempre.

—¿Ya se ha dormido Zuper? —le preguntó Sara al pasar junto a él.

—Sí. Mañana se despertará con una buena resaca.

—Así aprenderá a no beber tanto. ¿Se ha quitado la ropa? —Héctor asintió extrañado por la pregunta.

Sin pensarlo un segundo, Sara entró en la habitación en la que dormía el pelirrojo y con un suspiro, se agachó y recogió la ropa que los chicos habían dejado en el suelo. Ya no se sentía una gata en celo dispuesta a disfrutar de su juvenil amante, sino

más bien una pantera vieja a la que le costaba subirse a la rama más baja del árbol.

La excitación que la había asaltado en el coche, llevándola a proponer a Héctor que se quedara a dormir, había desaparecido en el mismo momento en el que el joven había entrado en el baño con su amigo y ella había tenido que hacerse cargo de todo. Las chicas no estaban en condiciones de ayudarla, y la ropa que ella y Elke usaban para las actuaciones tenía que estar preparada para la noche siguiente, por lo que se dedicó a sacarla de la mochila y tenderla en la terraza del patio para que se aireara. Una vez hecho esto, se había dado cuenta de que la pila estaba ocupada con los platos que Alba y Elke habían usado para cenar. Tenían por costumbre recoger por la mañana los cacharros de la cena, y limpiar a fondo los sábados, pero esa noche Héctor estaba en casa y no le apetecía que viera la cocina desbaratada, más todavía después de oírle a diario cantar alabanzas sobre lo limpios y ordenados que eran sus hermanos y lo mucho que le gustaría a él tener su pequeña casita como los chorros del oro. Así que, ni corta ni perezosa, se había puesto manos a la obra y había recogido la cocina, fregado la sartén y metido los platos en el lavavajillas. Como había tardado poco y Héctor todavía estaba ocupado con Zuper, había aprovechado para barrer un poco la planta baja y dar una pasada rápida con el plumero a los muebles del comedor. No quisiera Dios que el jovencuelo que siempre iba hecho un pincel y se ocupaba de su casa con esmero mientras se quejaba de que sus compañeros eran unos guarros, viera el desastre que era su chalé entre semana. Tras dejarlo todo tan limpio como pudo, había pensado en darse una ducha rápida, a ver si recuperaba las fuerzas... y las ganas de sexo. Pero al recordar el estado de las ropas de Zuper, había decidido que era más necesario dejar una lavadora programada para la mañana siguiente, para así poder tenderla nada más levantarse, y ya que estaba puesta, también metería la ropa de Héctor. Conociéndole, estaba segura de que estaría disgustado por ver sus pantalones y su camisa manchados por la arena y la sal de la brisa del mar. Su principito azul era demasiado coqueto como para obviar eso.

Estiró la espalda hasta que la sintió crujir y salió del cuarto con la ropa del pelirrojo en las manos, sintiendo en cada centímetro del cuerpo el peso de sus casi cuarenta años. Encontró a Héctor donde lo había dejado un instante antes, frente al acceso a la escalera. Lo observó de arriba abajo con ojos calculadores. Efectivamente. Su ropa daba asco.

—Quítate la ropa —dijo ahogando un bostezo mientras caminaba hacia él. Lo metería todo en la lavadora, la dejaría programada y se acostaría en su blanda y suave cama.

—Vas al grano, eh... —comentó Héctor acercándose a ella. La acorraló contra la puerta que tenía a su espalda.

Y en ese momento, Sara lo supo. A Héctor no se le había olvidado el motivo por el que lo había invitado a pasar la noche en su casa. La miraba como si ella fuera el pastel de cumpleaños más delicioso del mundo. Estaba decidido a devorarla. ¡Ay Dios!

—No seas tonto. Voy a poner una lavadora y dejarla programada para que se ponga en marcha por la mañana. Si quieres tener tu ropa limpia, ya me la puedes ir dando —dijo intentando esquivarle.

No estaba la noche para más juergas. Pero su joven amante estaba decidido a conseguir su premio, así que fue imposible zafarse de su abrazo. Cuando Héctor entraba en modo depredador, no había manera alguna de deshacerse de él.

—Tus deseos son órdenes —aceptó él con una sonrisa risueña en los labios apoyando las manos en la puerta, junto a los hombros de Sara—, pero... No querrás que me la quite aquí, ¿verdad? —Bajó la cabeza para besarla.

—Claro que no. —Lo empujó débilmente a la vez que giraba la cabeza para evitar sus labios. Si la besaba estaba perdida—. Desnúdate en... —se interrumpió bruscamente.

—¿Dónde me desnudo? —preguntó Héctor con voz ronca mientras le mordisqueaba el lóbulo de la oreja.

—En... —¿Dónde diablos iba a dormir Héctor? «Pues en tu habitación, idiota», se respondió a sí misma con una voz interior muy parecida a la de Elke cuando se enfadaba—. En mi cuarto —dijo con todo el aplomo que fue capaz de reunir mientras la lengua de Héctor hacía virguerías en su cuello.

—Y... ¿dónde está? —inquirió él divertido. Era la primera vez que veía a Sara aturullada... y estaba adorable. Un motivo más para quererla.

—Aquí —dijo ella llevando la mano a su espalda, asiendo el pomo de la puerta y girándolo.

La puerta se abrió bruscamente. Sara, como ya sabía lo que iba a pasar, se aferró a esta y mantuvo el equilibrio.

Héctor fue a parar al suelo. Parpadeó un par de veces, aturdido por la jugarreta de su chica, y luego, estalló en carcajadas.

—Deja de hacer el tonto —siseó Sara tapándose la boca con una mano para que no viera que estaba a punto de echarse a reír—. Vas a despertar a las chicas —lo regañó al ver que no le hacía caso—. Vamos, dame la ropa, para que ponga la lavadora y pueda ducharme —le instó a la vez que encendía la luz del cuarto.

—¿Vamos a ducharnos juntos? ¡Estupendo! —exclamó con mirada pícaro—. Si lo hubieras dicho antes ya estaría desnudo —comentó desabrochándose la camisa.

—Por supuesto que no vamos a ducharnos juntos. Voy a ducharme. Sola —rechazó inflexible.

No tenía otra cosa que hacer que ducharse con él... ¡Con el sueño que tenía! Seguro que el muy truhán se empeñaba en hacer guarrerías en la ducha. ¡Con lo peligroso que era! La mayoría de los accidentes domésticos sucedían en el cuarto de baño. No. No estaba por la labor de acabar escayolada. Y eso por no hablar de lo vulnerable que se sentiría ella bajo la potente luz del cuarto de baño, con todos sus defectos al descubierto, frente a él, que era poco más que perfecto. En cuanto ese pensamiento surcó su cabeza, Sara abrió mucho los ojos para luego parpadear atónita.

¡Ay Dios! Con lo presumido que era y lo arreglado que iba siempre, seguro que era uno de esos metrosexuales que iban depilados de los pies a la cabeza.

—Oh, vamos, no seas mala, yo también quiero quitarme la arena de encima —repuso él, emanando inocente ingenuidad por todos los poros de su cuerpo.

Sara ni siquiera escuchó su fingido ruego, estaba demasiado ocupada mirándolo de arriba abajo intentando averiguar si la horrorosa intuición que había tenido era cierta.

—Eh, Sara, ¿qué te pasa? —Se acercó a ella, alerta ante su mirada escrutadora. Sara dio un paso atrás negando con la cabeza sin dejar de escudriñarle con los ojos entornados y la boca fruncida en un gesto de desagrado—. Tierra llamando a Sara. ¿Estás ahí? —bromeó él, receloso por el brusco cambio de actitud de la mujer.

—¿Te echas cremas en la cara por la noche? —inquirió ella con mirada férrea y voz tétrica.

—No, ¿para qué iba a hacer eso? —replicó confuso.

—¿Tienes pelos en las piernas, los brazos, el pecho...?

—Pues claro —asintió estupefacto.

¿A qué venía esa pregunta?

—Entonces no te depilas —afirmó Sara sagaz.

—¡No jodas! ¡Claro que no! ¿Tú sabes lo que duele hacerse la cera? —exclamó aturullado. Lo había probado una vez, en el pecho, y juró no volver a intentarlo en su vida—. No pienso depilarme, nunca. Ni aunque me lo pidas en mitad de una mamada. Yo no me quito los pelos —sentenció taxativo. No estaba dispuesto a dejarse torturar. Ni siquiera por ella.

—¡Estupendo! —exclamó aliviada—. No estoy dispuesta a salir con un tío que se arregla más que yo y que tiene muchos menos pelos que yo.

—Me estás volviendo loco —musitó Héctor negando con la cabeza.

—Dame la ropa —reclamó Sara cruzándose de brazos a la vez que arqueaba una de sus oscuras cejas.

—Como desees. —Y comenzó a contonearse al ritmo de una música imaginaria mientras se desnudaba lentamente.

Sara sintió que se le secaba la boca cuando él se deshizo de la camisa, tenía un torso fibroso, con cada uno de los duros abdominales bien marcado. Un instante después el cinturón cayó al suelo, y, tras él, los pantalones. Y ella se vio impelida a sentarse en la cama. Las rodillas habían decidido dejar de sostenerla. No cabía duda de que todo el ejercicio que el muchacho hacía con la bicicleta a diario estaba dando buenísimos resultados.

Héctor esbozó una taimada sonrisa al ver que Sara tragaba saliva repetidamente, y comenzó a jugar con los dedos sobre la erección que se dibujaba bajo los ajustados slips.

Sara abrió los ojos como platos. Sabía que el joven estaba bien dotado. Lo había tocado y saboreado, pero allí, bajo la luz de los halógenos, podía ver con escalofriante

claridad las dimensiones del tremendo pene que los slíps intentaban en vano contener. Esperaba sinceramente que esa monstruosidad fuera debida a una ilusión óptica creada por el juego de luces y sombras. Solo que no había sombras. Parpadeó un par de veces y se giró sobre la cama para alcanzar el cajón de la mesilla. Estaba segura de que tenía un bote de lubricante al agua escondido entre la ropa interior. Esperaba que estuviera lleno. Iba a necesitar una cantidad ingente de lubricación extra si él pretendía meter eso en su vagina.

Su mano se detuvo petrificada a un suspiro del cajón. Hablando de monstruosidades... acababa de ver a la Bruja del Este⁷ en el espejo de la pared. Era ella misma. Se frotó los ojos, esperando borrar esa horrible alucinación de sus pupilas. Pero no debía de ser una alucinación, porque la bruja reflejada en el espejo se frotó los ojos también. ¡Ay Dios! Esa... cosa no podía ser ella.

—¿Sara? ¿Estás aquí? —Héctor se acercó a ella, intranquilo por su expresión aterrada.

—No. Estoy en el infierno —respondió ella llevándose las manos a la cara.

Tenía el maquillaje tan corrido que parecía Marilyn Manson en mitad de un concierto. El rímel que había oscurecido sus pestañas estaba aglutinado bajo los ojos, haciendo compañía al *khôl* que había usado para perfilarse la raya y que se había convertido en una sombra de ojeras. Por si eso no fuera suficiente, el pintalabios veinticuatro horas que había dado color a su boca no había durado ni seis, dejando el perfilador labial solo ante el peligro. Por lo que en ese instante lucía unos labios... perfilados por una sinuosa línea discontinua de un indefinido marrón caca.

—Sara, ¿qué te pasa? —Héctor se sentó a su lado en la cama, preocupado.

—Necesito una ducha... —«Y un cepillo», pensó al reparar en que su melena negra, esa de la que tan orgullosa se sentía, estaba tan despeinada y pegajosa como la de la niña de la película El exorcista.

—Te acompaño —propuso él mirándola inquieto al ver el pánico dibujado en su precioso rostro.

—¡No! ¡Ni se te ocurra! —exclamó cuando él hizo ademán de levantarse—. ¡No te muevas de la cama! No tardo ni un minuto. Ya lo verás —dijo saliendo a toda prisa y encerrándose en el cuarto de baño de la habitación. Con llave.

Héctor negó con la cabeza, confuso por la escena que acababa de vivir.

¿Qué mosca le había picado a su chica?

¡Mujeres! En un momento lo miraba como si lo fuera a devorar y, un segundo después, abría los ojos como platos asustada y al instante siguiente salía corriendo. Era imposible entenderlas. Miró la puerta cerrada del servicio y se encogió de hombros. Sara no tenía escapatoria, se había encerrado en el baño interior de la habitación, por lo que cuando saliera él estaría allí, esperándola.

Consciente de que tendría que esperar un buen rato, se sacudió como pudo la arena que tenía en el cuerpo, y después se dedicó a curiosear por la habitación. Una cama de matrimonio cubierta por un cómodo nórdico en tonos azules, dos mesillas, la

coqueta, un espejo de cuerpo entero en el que Sara se había mirado antes de empezar a actuar de manera rara, y un armario empotrado en la pared de cuatro puertas de espejo. Eso era todo lo que había. No vio ropa tirada por el suelo ni sobre las mesillas. Tampoco había polvo cubriéndolo todo. «Igualito que mi cuchitril», pensó irónico. Abrió las puertas del armario y observó que toda la ropa que allí había —y no era poca— estaba perfectamente ordenada. Hizo una mueca de disgusto al recordar el estado de su propio estante y de su armario en la cocina. Debería arreglarlos un poco, aunque dudaba de que Sara llegara a verlo alguna vez, no obstante, se sentía un poco culpable por jactarse delante de ella de lo bien organizadas y limpias que tenía sus cosas en la casa de La Mata, lo cual era, por supuesto, una flagrante mentira. Estaba a punto de cerrar las puertas del armario cuando vio algo que le cabreó de manera fulminante: un estante lleno de ropa de hombre. De un hombre alto y no muy delgado para ser más exactos, dilucidó al sacar unos pantalones de la talla 46.

¿Qué cojones hacía esa ropa en el armario de su novia? Se aproximó a la puerta del baño dispuesto a averiguar la verdad, pero se detuvo al instante. No era plan de entrar por las bravas mientras ella se estaba duchando, más que nada porque había escuchado el clic del cerrojo al cerrarse y no le parecía oportuno tirar abajo la puerta de una patada. Frunció el ceño. ¿Cuánto podía tardar una mujer en ducharse? Daba lo mismo. Esperaría.

Cinco minutos después bostezó por enésima vez mientras contemplaba el amanecer a través de los cristales de la ventana. Dirigió una mirada anhelante a la cama. No se había atrevido a tumbarse por temor a quedarse dormido, pero ya no se oía el sonido de la ducha, claro indicativo de que Sara estaba a punto de salir del baño. Dispuesto a ofrecer la mejor imagen de sí mismo se llevó las manos al slip para quitárselo, pero un vistazo detallado a su inexistente erección le hizo recapacitar sobre esa idea. Mejor se los dejaría puestos. Además, seguro que Sara se sorprendía al ver cómo eran exactamente, e, indudablemente, él se empalmaría veloz como un rayo al verla aparecer desnuda en la habitación. Retiró el nórdico de la cama y se tumbó bocarriba con las manos bajo la cabeza y la mirada fija en la puerta del baño.

Quizá Sara no saliera desnuda de la ducha, puede que se envolviera en una diminuta toalla que apenas le tapara los pechos y que terminara justo por encima de los muslos. O tal vez se pondría un minúsculo picardías blanco. O quizá negro. Sí. Negro, de seda. No. Mejor de encaje. Un minúsculo picardías negro de encaje. Sin braguitas.

Sara se duchó veloz como... una tortuga. Antes de meterse bajo el agua, se limpió con toallitas desmaquilladoras toda la mugre de la cara, o al menos lo intentó, porque el maldito *khôl* que oscurecía sus ojeras no salía ni con estropajo. Al final tuvo que recurrir a la crema especial de Alba, que, gracias a Dios, las chicas habían dejado olvidada en su aseo durante la sesión de belleza mañanera. Luego decidió desenredarse el pelo antes de lavárselo. Si se frotaba el champú sobre la maraña que

era su melena, tendría que recurrir a las tijeras para quitar los nudos. Tras esto, por fin se sintió preparada para entrar en la ducha. Lástima que la ducha no se sintiera preparada para expulsar agua caliente hasta pasados unos minutos de abrir el grifo. ¡Maldito calentador obsoleto! En cuanto ahorrara uno poco lo cambiaría por uno nuevo. Cuando por fin todo pareció aliarse en su favor, se sumergió bajo la escuálida cascada de agua templada y comenzó a lavar a fondo, y con gel del bueno, cada centímetro de su cuerpo. Luego vinieron un par de champús en la cabeza, y tras esto, cinco minutos esperando a que la mascarilla para el pelo hiciera efecto. Cinco minutos que le fueron más que suficientes para inspeccionar su piel y comprobar que ningún pelo malvado estuviera donde no tenía, bajo ningún concepto, que estar. Pasó el examen con un aprobado raspado. Salió de la ducha, se armó con las pinzas, y procedió a eliminar todo aquello que sobraba, que no era mucho, pero leches, ¡cómo destacaba! Seguro que Héctor, con su vista de lince, vería cualquier pelo, por muy diminuto que fuera, a un kilómetro de distancia. ¡Ay Dios!

Una vez terminado el exhaustivo aseo, decidió que un poco de crema hidratante con color no le iría nada mal a su cara, y le serviría para camuflar las ojeras. Y luego pensó que, ya que se untaba la cara de crema, bien podía hacer lo mismo con el cuerpo, así, cuando él la tocara, sentiría su piel tan suave como la seda. Buscó entre los distintos potingues que le habían dejado las chicas hasta dar con una crema que olía a coco y se la extendió por toda la piel. Cuando hubo completado todas las fases para estar guapa, se miró en el espejo, se atusó el pelo, y se lo recogió en una cola alta. Negó con la cabeza, no parecía una mujer sensual y salvaje, así que se lo soltó y se lo volvió a atusar. Se envolvió en una toalla enorme de baño. La descartó. Se envolvió en una más chiquitita de ducha. Comprobó que el pecho no pareciera demasiado caído y que el borde de la toalla le tapara las anchas caderas y, dando un suspiro, salió del cuarto de baño con lo que esperaba fuera un andar seductor.

Entró en la habitación, se dirigió a la cama contoneándose y, se encontró a su maravilloso príncipe azul dormido como un tronco. Estuvo a punto de estallar en histéricas carcajadas. Tanto trabajo, tanta angustia y tantas dudas... para nada.

Se sentó en el borde de la cama y lo contempló embelesada. Parecía un ángel. Estaba tumbado bocarriba, con las manos bajo la nuca. Desnudo excepto por los ajustados y diminutos slips blancos que apenas le tapaban el pubis. Sus largas pestañas caían perezosas sobre sus pómulos, y su boca, entreabierta en una insinuación de sonrisa, dejaba escapar suaves suspiros que más que ronquidos parecían gemidos. Su torso de marcados abdominales se movía al ritmo pausado de su respiración y, bajo los slips, la tremenda erección que tanto pasmo le había causado, reposaba laxa, pero elevada. Sara recorrió con un dedo el bulto que se marcaba en los calzoncillos, intrigada por un pene que, aún flácido, resultaba prominente. Y acabó llegando a la conclusión de que Héctor estaba bien dotado, sí, pero no cabía duda de que la ajustada prenda, ayudaba a marcar más todavía su sexo, dotándolo de un volumen que, con toda probabilidad, al aire libre fuera de lo más

normal... o al menos eso esperaba ella.

Se levantó suspirando, estiró el edredón que estaba doblado a los pies de la cama y tapó a su príncipe azul con él. Anhelaba tumbarse y dejarse llevar por el sueño, pero aún quedaban cosas por hacer. Recogió la ropa que Héctor había dejado caer al suelo sin ningún cuidado, la unió a las otras prendas y bajó a la cocina. Programó la máquina en un lavado corto y con agua fría, se calentó un vaso de leche en el microondas, y tras tomárselo, subió a la habitación para echarse a dormir. Por fin.

Nada más traspasar el umbral de la puerta se detuvo atónita.

—Así que esta era tu sorpresa —musitó con los ojos abiertos como platos.

Héctor se había quitado el edredón de encima —seguramente a patadas dado el estado del nórdico y su posición arrugada en el suelo—, y se había tumbado boca abajo en la cama, dormido, mostrándole a Sara un espectáculo nunca visto: su duro y admirable culo cubierto solo por la delgada tira blanca del tanga que emergía entre las perfectas nalgas.

—No era un calzoncillo extremadamente ajustado y pequeño. Es un tanga —musitó acercándose a él incrédula.

Era la primera vez que veía a un hombre en tanga y merecía la pena. Mucho.

Alargó una mano hasta que sus dedos tocaron la tersa piel del trasero masculino. Héctor gruñó entre sueños y se abrazó con fuerza a la almohada... como un angelito inocente y lujurioso. Sara esperó unos minutos, deseando que él se despertara y a la vez temiéndolo. Héctor era demasiado perfecto, ¡y tenía un culo mucho más bonito que el suyo! Al ver que continuaba durmiendo se atrevió a ampliar su exploración. Lo mimó con suaves roces, y llegó a una conclusión. Héctor tenía un trasero digno de ser acariciado, lamido... y mordido.

Capítulo 15

—Ya te vale, Héctor. La tenías a tiro... ¡y te quedas dormido! ¿Cómo se te ocurre? —exclamó Ariel intentando ocultar su sonrisa, mientras Darío se retorció sobre el sillón muerto de risa.

—Estaba agotado —gruñó cabizbajo.

—¡Y qué! Podías haber dormido después de... ya sabes —le regañó Ariel estallando en carcajadas. Darío se cayó del sillón y continuó riéndose en el suelo—. Al fin y al cabo al día siguiente no tenías que madrugar.

—No te creas, Sara no es de las que dejan que se peguen las sábanas.

Sábado, 20 de marzo de 2010

—Déjame dormir, Da. Aún es pronto para despertarse —gruñó Héctor escondiendo la cabeza bajo la almohada cuando su hermano subió la persiana del cuarto dejando entrar la luz a raudales.

Un instante después frunció el ceño, confuso. No podía haber sido Darío. Su hermano estaba en Madrid, y él estaba...

¿Dónde narices estaba? En su cuchitril no, eso por descontado. La cama sobre la que estaba tumbado era amplia, cómoda y no tenía muelles que se le clavaran en las costillas. Además, tampoco olía a pies, tabaco y sudor como le pasaba a su habitación en La Mata. Parpadeó con pereza, echó un vistazo a su alrededor, recordó que se había quedado a dormir en casa de Sara y volvió a cerrar los ojos. Aún era demasiado pronto para despertarse.

Un instante después se incorporó de golpe en la cama con el corazón acelerado, la respiración agitada y los ojos abiertos como platos. Alguien estaba tocando la guitarra eléctrica a todo volumen, bueno, más que tocándola, estaba asesinándola. Era imposible que esos sonidos espantosos pudieran surgir de seis armónicas cuerdas. Y, ¿qué coño era eso que se escuchaba de fondo? ¿Alguien estaba aporreando las ollas y sartenes de la cocina con un cucharón de metal?

Un segundo después una voz ronca, gastada, que parecía eructar en vez de cantar, entonó un grito de guerra exhortándole a levantarse...

Hey Ho Let's Go!

Hey Ho Let's Go!^[7]

Héctor se bajó de la cama tapándose los oídos con las manos y salió trastabillando

al pasillo. Tenía que encontrar el origen de ese ruido y ¡eliminarlo!

—¡Mamá, por Dios! ¡Es demasiado pronto para que nos tortures con Los Ramones! —gritó Alba abriendo la puerta de su cuarto y pasando junto a Héctor vestida solo con unas braguitas y una ajustada camiseta de tirantes—. ¡Quita esa aberración del equipo de música antes de que los altavoces estallen! —exigió inclinándose sobre la barandilla de la escalera.

Héctor boqueó como un pez, todavía aturdido, y después sus manos cayeron inertes al quedarse patidifuso al ver a Elke tumbada semidesnuda en la cama de la habitación que acababa de abandonar Alba. Pero solo fue un instante, luego volvió a taparse los oídos con las manos. ¡El ruido era insoportable!

—No blasfemes, Alba, Los Ramones son Dios —gritó Sara. Llegó hasta el final de las escaleras y arqueó una elegante ceja al ver a su hija—. No creo que sea oportuno que te pasees en bragas por la casa. Tenemos invitados —dijo en voz muy alta, pero con pasmosa tranquilidad—. Héctor, lo mismo vale para ti. Tápatelo un poco.

Héctor se apresuró a bajar las manos a las ingles. Luego se lo pensó mejor y volvió a taparse los oídos. Seguro que no tenía nada que las chicas no hubieran visto antes, y además estaba cubierto por el tanga, por lo que no podía herir demasiado su susceptibilidad... mientras que sus oídos sí podían sufrir lesiones graves.

—¿Ha estallado la tercera guerra mundial? —farfulló Zuper saliendo de su habitación con la cara verdosa, enormes ojeras, y... cómo no, las manos tapando sus orejas.

—Más o menos —vociferó Elke para hacerse oír por encima de la música—. Es sábado. Toca limpieza. —Su cara resignada decía a las claras que no esperaba misericordia de Sara.

En ese instante la canción acabó y todos respiraron tranquilos ante el silencio.

—¿Qué coño...? —comenzó a decir Héctor a la vez que dejaba caer las manos, pero se vio interrumpido por el ensordecedor sonido de un timbre—. ¡Joder! —exclamó volviendo a taparse los oídos.

El timbre, similar a los de las escuelas, siguió sonando unos segundos más, y cuando por fin calló, la misma voz ronca que le había espantado antes, comenzó a cantar... o mejor dicho, a aullar.

Rock, rock, rock, rock, rock'n'roll high school^[8]

—¡Mamá, baja el volumen, ya estamos todos despiertos! —suplicó Alba.

Sara observó a los cuatro jóvenes reunidos en el vestíbulo de la planta superior, cabeceó satisfecha, sacó un mando a distancia del bolsillo y bajó la música. Todos suspiraron al unísono.

Héctor sacudió la cabeza, reconfortado por el respiro musical.

Abrió y cerró la boca como un pez para destaponar sus oídos y, cuando por fin recuperó el uso de sus facultades, miró a Sara. O tal vez debería decir que miró a

«RamSara». Su chica vestía unos pantalones de chándal viejos, cortados por encima de las rodillas y una camiseta gris holgada con el cuello dado de sí que dejaba uno de sus hombros al descubierto. Pero no era eso lo que la hacía parecer... peligrosa. No. Era el pañuelo rojo que llevaba anudado en la cabeza al más puro estilo Rambo junto con la escoba que sujetaba cual machete en la mano derecha.

—¿Estáis todos bien despiertos? —preguntó apoyando la cadera en la barandilla de la escalera.

—Yo no... yo estoy muerto y quemándome en el fuego del infierno —contestó Zuper tambaleándose contra la puerta.

Héctor asintió, compartiendo las percepciones de su amigo.

—Mamá, no puedes esperar que hagamos nada a estas horas. Déjanos un rato más —suplicó Alba poniendo ojitos tiernos, a la vez que se abrazaba a Elke para mantenerse en pie.

—Son las doce y media, si seguís durmiendo, ¿a qué hora vamos a comer?

—Solo por un día... anda, mamá guapa... *porfaplease...*

—Ya sabes las normas, Alba. Los sábados toca limpieza.

—Y mientras vivamos en tu casa, no está permitido dormir más allá del mediodía, bla bla bla... —murmuró Elke ahogando un bostezo y besando a Alba en la coronilla—. ¿Puedo suponer que a estos dos les toca también currar? —preguntó señalando a los chicos.

—Por supuesto. En mi casa no se hacen distinciones de género —respondió Sara tras pensárselo un segundo. Eran sus invitados, sí. Pero un poco de trabajo duro no les haría daño.

—Estupendo. Me pido barrer y fregar —dijo Elke arrebatándole la escoba—. Hoy toca ventanas, ¿las de la planta baja, no? —Sara asintió—. Que las limpie Héctor, es el más alto de los dos.

—Yo soy el invitado, no puedo limpiar ventanas —rechazó Héctor abriendo los ojos como platos.

—Pues ya sabes dónde tienes la puerta. Aquí a quien no trabaja lo ponemos de patitas en la calle —afirmó Elke divertida. Sara asintió con la cabeza. Héctor puso los ojos en blanco.

—Yo me pido el garaje, el patio, y el polvo y tú, mamá, ¿la cocina y los libros, como siempre? —Sara asintió—. Zuper que limpie los baños... al fin y al cabo el de abajo lo ensució él ayer —apuntó Alba dirigiéndose a su habitación para vestirse un poco más.

—Yo... —balbució Zuper—. ¿Puedo pedir una dispensa papal? De verdad que me siento muy mal, estoy a punto de morirme.

—Yo también... —se subió Héctor al carro—. No he dormido ni cuatro horas, estoy muerto.

—Tenéis diez minutos para ducharos —se apiadó Sara—. Héctor, usa el cuarto de baño de mi habitación. Zuper, tú usa el que está junto a la cocina —ordenó entrando

en su dormitorio para salir al cabo de un instante con un par de pantalones y camisetas entre las manos—. Os espero en la cocina en veinte minutos. Vestidos —apuntó entregándoles la ropa.

Los muchachos se miraron el uno al otro, anonadados y todavía atontados por el brusco despertar, se encogieron de hombros y se dirigieron a donde les había ordenado. Ya encontrarían la manera de escaparse.

No la encontraron.

Sara no tuvo piedad con ellos. El sábado era día de limpieza y por tanto solo había dos opciones: echar una mano o sacar los pies de la casa. Héctor se puso la ropa que le había dado Sara: un pantalón de deporte que le quedaba bastante ancho, y una camiseta vieja que se le ajustaba demasiado a los hombros y le quedaba muy grande de cintura. Intuía quién era el propietario original de esas prendas, pero prefería no pensarlo demasiado hasta que pudiera hablar con ella. Porque si lo pensaba, si llegaba a la conclusión de que la ropa era del ex de Sara, podía cabrearse, y mucho. Y no era plan de cabrearse tan de buena mañana. Tras respirar profundamente durante unos minutos para relajarse, bajó a la cocina y tomó un ligero desayuno, y luego no le quedó otro remedio que ponerse manos a la obra con las ventanas.

Zuper, más inteligente que su amigo, tras ducharse y desayunar un escueto café, entró en el cuarto de baño bayeta en mano, se tumbó en la bañera y se puso a roncar. Cuando poco después las chicas lo descubrieron, montaron en cólera, por lo que no le quedó otro remedio que apechugar y ponerse a currar, pero al menos había descansado un ratito.

«Es la primera vez en mi vida que me despierto temprano un sábado para limpiar», pensó Héctor mientras movía las caderas y limpiaba los cristales al ritmo de AC-DC. Sara pensaba que la mejor música para las tareas del hogar era el rock. «Anima el espíritu, hace que los pies y las manos se muevan solos y tiene un ritmo endiablado, perfecto para limpiar rapidito y con ganas», le había dicho cuando él propuso poner algo menos... movido. Y la verdad es que su chica tenía razón. Jamás había limpiado las ventanas con tanto brío como esa mañana.

Dio una nueva pasada a la de la cocina y, tras comprobar que estaba impecable, pasó a las del salón. Suspiró. Era una puerta ventana de dos hojas, de más de dos metros de alto y metro ochenta de largo.

—Vamos, blandengue, que no es para tanto —le regaña Elke saliendo al patio—. ¿Solo quedan estas? —le preguntó. Él asintió con la cabeza—. Esto está chupado —afirmó poniéndose con una de las hojas de cristal y dejándole a él la otra. Héctor sonrió. Le gustaba la manera de hacer las cosas de sus chicas. Cada una de ellas se asignaba una tarea, y en cuanto la acababa, en vez de tumbarse a ver la tele, acudía a ayudar a quienes aún no habían terminado. Entre eso, y que Sara era una fanática del orden, y la casa siempre estaba cuasi perfecta, apenas tardarían dos o tres horas en dejarla como los chorros del oro, más todavía si eran cuatro y medio poniendo el callo. —Se negaba a contar a Zuper como uno entero. No hacía más que quedarse

dormido por los rincones. De hecho, en ese mismo momento el pelirrojo estaba sentado en una de las sillas del patio, con la cabeza derrumbada sobre la mesa, justo sobre el trapo que debería estar usando para limpiarla... Su amigo le había cambiado el trabajo a Alba después de que lo pillaran dormido en la bañera. No soportaba el ruido de la casa, y le sentaría bien el aire libre, había argumentado, y las pobres chicas se lo habían tragado. Ingenuas.

—Por cierto, bonito culo —comentó Elke de repente como quien no quiere la cosa.

—¿Perdón? —Héctor la miró confuso.

—Tienes un culito muy mono. Ha sido todo un placer poder verte en tanga. Si fuera hetero, me encantaría mordértelo —afirmó lamiéndose los labios.

—Ah... Gracias —musitó Héctor sin saber bien qué contestar. Se encogió de hombros y continuó limpiando los cristales.

A través de la ventana observó a Alba frotando el mueble del salón hasta dejarlo brillante; cerca de ella, Sara, subida a una pequeña escalera, se afanaba en quitar el polvo a los libros de las estanterías. La canción que sonaba en el equipo de música terminó y un instante después comenzó a sonar una guitarra eléctrica en un riff tan rápido y alucinante como no había oído otro igual. Y Alba y Sara comenzaron a bailar perezosas. Alba moviendo el trasero al ritmo de la guitarra, mientras que Sara, todavía sobre la escalera, meneaba las caderas. Cuando los coros de la canción comenzaron a sonar, las chicas los tararearon. Al principio lo hicieron en voz muy baja, pero luego se fueron animando hasta acabar gritando: *Thunder*.

Alba se giró de cara a su madre, se soltó el pelo de la coleta, y señalándola, rugió: —*Thunder*.

Sara se hizo un nudo en la camiseta, dejando su ombligo al descubierto y, acto seguido, se sacó el mando del equipo del bolsillo, y subió el volumen de la música a la vez que gritaba por tercera vez: *Thunder*.

Y el mundo estalló. Los cristales vibraron al ritmo de las guitarras eléctricas y la voz de Brian Johnson, mientras que Sara saltaba sobre la escalera con el plumero en las manos a modo de guitarra eléctrica y la melena volando por las sacudidas de su cabeza y Alba se movía cual *stripper*, con los brazos en alto, haciendo bailar sus pechos al ritmo de la música.

Sound of the drums
Beatin' in my heart
The thunder of guns
Tore me apart
You've been —thunderstruck^[9]

—Alba tiene unas buenas tetas, ¿verdad? —dijo Elke en ese momento.

Héctor la miró, estupefacto por el comentario. Luego, una ladina sonrisa se dibujó

en su boca, no iba a dejarse embaucar por la rubia. Con una vez era suficiente.

—Son mejores las de Sara —contestó con seguridad.

—Buena respuesta, niño —aceptó Elke complacida—. Pero, siento informarte que mi chica tiene el trasero más duro que la tuya —afirmó mirando a Alba.

—Lo dudo —replicó Héctor—, Sara es capaz de cascar nueces con el culo.

—¿Estáis hablando de culos y tetas? —preguntó en ese instante Zuper—. Joder, es uno de mis temas favoritos. Lo sé todo sobre eso.

Dos bayetas, húmedas por el limpiacristales, se estrellaron simultáneamente sobre el pecho del pelirrojo.

—¿Ya habéis acabado con los cristales? —les preguntó Alba unos minutos después, asomándose por la ventana de la cocina.

Los tres amigos interrumpieron su pelea de trapos y asintieron con la cabeza. Alba volvió a meterse en la cocina y la música de AC-DC cesó de golpe. Un instante después, salió al patio acompañada de su madre, llevaban una bandeja con cinco vasos con hielos, una botella de ron, otra de tequila y una última de crema de coco. Lo dejaron todo sobre la mesa y Alba se sacó de un bolsillo unas limas y una navaja. Cortó por la mitad cada fruta y, como si de un ritual se tratase, le entregó una parte a cada uno. Sara, muy seria, mezcló en cada vaso una parte de ron blanco, otra de tequila y otra de crema de coco.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Zuper en voz baja.

—Preparando el «premio al trabajo bien hecho» —susurró Elke con voz profunda.

Alba y Elke cogieron los vasos en una mano y las limas en la otra, y elevaron ambas. Sara instó a los chicos a hacer lo mismo, y cuando lo hicieron, pulsó un botón del mando a distancia, y se apresuró a coger su vaso.

—Pon la lima en el coco —entonó con voz solemne antes de llevar la lima al cóctel, pincharla en el vaso y dar un buen trago.

Alba y Elke la imitaron.

Y Harry Nilson comenzó a cantar Coconut en los altavoces.

Las chicas, con los vasos aún en la mano, comenzaron a bailar alrededor de la mesa del patio, instando a Héctor y Zuper para que hicieran lo mismo. No tuvieron que hacerse mucho de rogar.

Y así fue como Héctor descubrió que su chica no solo vivía de la música, sino que toda su vida era la música. Sara sabía encontrar la melodía perfecta para cada momento del día, para cada tarea que afrontaba, para todo lo que acontecía en su vida... y la sentía. La música brotaba a través de ella, de sus canciones, de su voz profunda y rasgada, de los movimientos de su cuerpo. De cada poro de su piel. Y descubrir eso... solo consiguió que se sintiera aún más fascinado por ella.

Tras el improvisado baile alrededor del patio, las chicas se dignaron por fin a enseñarles el chalé mientras los macarrones que Sara había preparado se acababan de gratinar. En la planta baja estaba el salón cuyas puertas daban a la parte trasera del

patio, en donde había una enorme mesa ovalada de plástico y un montón de sillas del mismo material rodeándola, amén de unas cuantas tumbonas. El resto de la planta estaba ocupado por una cocina bastante grande, un cuarto de baño diminuto y unas estilizadas escaleras que daban a la segunda planta, donde estaban las habitaciones de las chicas. Fue en ese momento cuando Héctor descubrió que su pelirrojo amigo no estaba equivocado. Ni un ápice.

Lo que él había pensado que eran las habitaciones de las chicas, resultó que no lo eran. Bueno, sí. Una de ellas, con una cama de matrimonio, dos mesillas y un armario empotrado era el dormitorio de Alba y Elke. Y la habitación que había a su lado era el estudio de las jóvenes, donde había un ordenador, un par de bajos eléctricos pulcramente apoyados en soportes metálicos y un pequeño amplificador.

—¿Dormís juntas? —preguntó un atónito Zuper en el mismo instante en que Sara los dejó para ir a mirar el horno.

—Va a ser que sí, nene —respondió Alba altanera. Aún no se le había pasado el cabreo de la noche anterior.

—Oh.

—No se te ocurra hacerte una paja mientras piensas en ello —le advirtió con gesto duro—, o te castigaré.

—Entonces me haré una esta misma noche —atinó a decir Zuper.

Héctor miró a uno y a otra, y pensando que allí se cocía algo que él no quería saber, se excusó y bajó a la cocina para ayudar a Sara en lo que fuera menester.

—¿Alba y Elke son pareja? —preguntó a bocajarro a Sara nada más entrar en la cocina.

—Desde hace ya algún tiempo. Y antes de que lo preguntes, so cotilla, Elke paga religiosamente la mitad de su alquiler, igual que yo.

—Y Zuper... —¿Sabría Sara que Alba parecía estar interesada en el pelirrojo a pesar de estar liada con Elke?

—Está colado por Alba —afirmó Sara sacando los macarrones del horno.

—Eh... sí. Eso creo. Él dice que... —Se detuvo de golpe, tragó saliva, y volvió a empezar—. Zuper dice que a Alba también le gustan los tíos —soltó casi sin respirar.

—Le gustan. Morenos a poder ser. Pero me da la impresión de que está dispuesta a hacer una excepción con un pelirrojo que tú y yo conocemos. Lo que no consigo explicarme es qué ha visto mi hija en él —comentó negando con la cabeza.

—Zuper es un tío divertido.

—Es un payaso.

—El payaso de Alba —apuntó Héctor recordando las palabras que dijo la rubia la noche anterior.

—Sí. Eso parece.

Héctor metió las manos en los bolsillos del pantalón y asintió con la cabeza un par de veces.

—¡Joder, qué fuerte! —Silbó entre dientes.

—¿Por qué? Para gustos están los colores. —Se giró hacia él muy seria, a la defensiva—. Nadie tiene derecho a decidir sobre cómo deben amarse las personas. Cada cual es libre de hacer lo que desee. Eso se llama libre albedrío, y yo creo firmemente en ello.

—Por supuesto, y yo también. Pero, no sé... Si yo fuera Elke, no me haría ninguna gracia que mi chica quisiera estar, además, con otra persona —afirmó rotundo mirándola con los ojos entornados.

—Alba y Elke sabrán lo que hacen, no me meto en sus asuntos. Pero respondiendo a la pregunta implícita en tu comentario, a mí tampoco me gustaría nada que mi chico estuviera con otra persona —aseveró devolviéndole la pelota.

—Perfecto. —Se acercó a ella con gesto huraño—. Pues entonces deja de presentarme a todas las chicas que te parece que me puedan gustar. Desde ya te digo que no me interesan, y me cabrea bastante que te empeñes en ponerme a prueba.

—Yo no hago eso —replicó Sara dándose la vuelta para dejar la fuente de los macarrones sobre la mesa y así ocultar el rubor de sus mejillas.

—Por si acaso... —la advirtió Héctor siguiéndola—. Por cierto, ¿de quién es la ropa que llevo puesta? —inquirió estirando la enorme camiseta que se había visto obligado a llevar mientras se secaba su ropa.

—De Geert.

—¿Por qué está en tu armario?

—Porque...

—¿Ya está hecha la comida? ¡Genial! Tengo tanta hambre que me comería una vaca —le interrumpió Zuper entrando como un huracán en la cocina. Ahora que la resaca casi se le había pasado, su estómago comenzaba a volver a la normalidad—. ¿Qué te pasa, tío? ¿He dicho algo que no debería? —le preguntó a su amigo al ver la expresión asesina de su cara.

—Tú, no —le respondió Héctor apretando los puños.

—Oh... Bueno... voy a avisar a las chicas para que bajen a comer... —Si Héctor y Sara querían discutir, él no pensaba interrumpirles. Era mucho más productivo escucharles escondido tras la puerta.

Lástima que la entrada de las chicas en la cocina diera al traste con su astuto plan.

La comida comenzó con un tenso silencio propiciado por Héctor, aunque al poco se convirtió en un ir y venir de pullas entre las chicas y Zuper que acabó con el mal humor inicial, al menos hasta que sonó el teléfono.

—Era tu padre —comentó Sara entrando en la cocina después de atender la llamada.

—¿Qué quiere ahora? —bufó Alba poniendo los ojos en blanco. Apenas habían conseguido recuperarse de su último sablazo.

—Devolverme el dinero.

—¿Se ha dado un golpe en la cabeza y se ha vuelto tarumba? ¿Le quedan pocos días de vida y quiere hacer una buena obra para no ir al infierno? —Enunció Elke

mirando a Sara.

—Ha convencido a no sé quién para que le compre el traspaso de la discoteca que ha montado.

—Pero si solo da pérdidas —musitó Alba asombrada. Sara se encogió de hombros.

—¿Y te ha dicho cuándo te lo va a devolver? Ya sabes que del dicho al hecho va un buen trecho. Yo que tú no me fiaría demasiado —le indicó Elke.

—Me ha asegurado que pasará esta tarde a traerlo.

—¿Estás segura de que no está enfermo? Será la primera vez en toda su vida que Geert te devuelva algo. Aquí hay gato encerrado.

—Solo me ha dicho que ha conseguido dinero fresco y que me va a pagar una parte de lo que le presté, lo único que me ha pedido es que no lo meta en ningún depósito a plazo fijo que me impida sacarlo inmediatamente.

—¡Claro! ¡Ahí está el truco! —exclamó Alba—. Te va a usar de caja fuerte. Seguro que le debe dinero a Hacienda y por eso te lo va a dar a ti, para que se lo guardes.

—No me ha dicho nada de guardar. Solo que me lo va a devolver —replicó Sara, enfadada por la desconfianza de su hija hacia su padre. Desconfianza totalmente fundada, por otra parte.

—Sí, claro, te lo devuelve, y en un par de meses te lo vuelve a pedir. Seguro. En cuanto traiga la pasta, métela en fondos de inversión a tres años. A ver si así conseguimos ahorrar algo.

—No voy a hacer eso, Alba.

—¡Pues claro que no lo harás! Eres tan tonta.

—¡Alba! —la regañó Héctor, enfadado.

—No pasa nada, es una... vieja discusión entre madre e hija —la disculpó Sara—. ¿Recogéis vosotros la mesa? Estoy cansada y voy a ver si me relajo un poco —anunció dejando su plato y su vaso en la pila y saliendo de la cocina.

—Te has pasado, Alba —la reprendió Héctor cuando Sara subió las escaleras.

—¿Sabes cuánto dinero le debe mi padre a mi madre? —Héctor negó con la cabeza—. Pues entonces, ¡cierra la puta boca! —exclamó saliendo también ella de la cocina.

—Bueno, parece que nos toca recoger a nosotros tres —comentó Elke poniéndose manos a la obra.

Sara abrió la puerta de la segunda planta que daba al solárium. Realmente no era un solárium, sino la azotea del anexo para el garaje. Aunque para ella era el paraíso. Caminó descalza sobre las baldosas terracota hasta llegar a la hamaca que había en un extremo, se tumbó en ella, se tapó con una manta tejida por su madre con retales de telas acolchadas y cerró los ojos. El sol le bañaba la cara, dibujando extraños mosaicos multicolores bajo sus párpados. Respiró profundamente y dejó que todas sus dudas se esfumaran. O al menos lo intentó.

Quizá no había sido buena idea obligar a Héctor a limpiar. Al fin y al cabo, era su invitado... Pero ¡qué narices! Esa era su casa y se hacía lo que ella decía. Sus normas eran muy claras: nadie podía despertarse más tarde del mediodía, independientemente de las horas que hubiera, o no, dormido; y los sábados tocaba limpieza, sí o sí. Así había sido desde que comenzó a vivir sola, y no pensaba cambiar ahora, ni por él ni por nadie. A ver si así Héctor se daba cuenta de una buena vez de que las cosas no eran tan idílicas como él pensaba. Que no todo era juerga, diversión y sexo loco. Y cuanto antes lo supiera y se desencantara mejor. Menos sufriría ella.

Se estaba encaprichando demasiado... y él, era solo un espejismo. Antes o después se esfumaría, como todos los espejismos. Y cuanto antes se esfumara mejor, menos tiempo le daría a enamorarse por completo. «Es una lástima que me guste tanto estar con él», pensó mientras el balanceo de la hamaca la iba amodorrando más y más.

Héctor abrió lentamente la puerta que daba a la azotea del garaje. Elke le había asegurado antes de irse a echar la siesta que Sara estaría allí. Y no se equivocaba.

En un extremo, anclada a lo que parecía el armazón de la quilla de un barco, había una enorme hamaca de algodón, tejida con un ajustado e indiscreto macramé naranja chillón a franjas rojas, que mediría unos cuatro metros de largo por dos de ancho. Y tumbada sobre ella, estaba Sara.

—¿Estás dormida? —susurró acercándose indeciso hasta ella.

—No —musitó Sara perezosa—. Estoy pensando.

—¿En qué piensas?

—En todo. En nada. En el pasado, el presente y el futuro —murmuró abriendo apenas los ojos.

—Vaya, cuántas cosas en las que pensar —bromeó—. ¿Esto es cómodo? —preguntó empujando la hamaca con una mano.

—Mucho —afirmó mirándole adormilada.

Una ladina sonrisa se extendió lentamente en los labios de Héctor. Su chica parecía más accesible y dócil que nunca. Observó los tejados de las casas que les rodeaban, estaban desiertos, lo cual no le extrañaba, era marzo y estaban en primera línea de playa. El viento no era suave ni cálido. No obstante, Sara estaba arropada con una manta de lo más abrigadita y grande. Seguro que los dos cabrían bajo ella.

—¿Qué haces? Te vas a quedar helado —murmuró ella al ver que Héctor se quitaba la camiseta.

—¿Me haces un hueco?

Y, sin esperar respuesta, levantó un extremo de la manta, se tumbó junto a ella, con la tripa contra su espalda, y volvió a dejar la manta en su lugar, arropándoles a ambos.

—No nos caeremos, ¿verdad? —le preguntó a la vez que pasaba un brazo entre la hamaca y la cintura de Sara y colocaba el otro de manera que tuviera libre acceso a algunas de las partes más interesantes del cuerpo femenino.

—Aguanta hasta doscientos cincuenta kilos —indicó ella acurrucándose contra el acogedor cuerpo masculino.

—Mmm, ¿cuánto pesas?

—¡Tonto! —le reprendió divertida.

La única respuesta de Héctor fue reírse entre dientes y abrazarla con más fuerza. Permanecieron unos instantes en silencio, disfrutando de la cercanía y calidez que da sentirse en comunión con la persona amada. Héctor recorrió con besos remolones la nuca femenina en una caricia tan tenue que Sara arqueó la espalda e intentó pegarse más a él. Sus dedos se colaron bajo la camiseta y vagaron etéreos por la barriguita, las costillas, la clavícula, erizándole la piel, sensibilizándola tanto que un fortuito roce sobre uno de los pezones le hizo exhalar un jadeo de placer. Continuó arrullándola con sutiles caricias aderezadas con inesperados toques sobre puntos erógenos que Sara ni siquiera sabía que existían. Ligeros mordiscos en el cuello, pellizcos suaves y caprichosos en los pezones, lánguidas espirales alrededor de su ombligo... Incluso el tirón que Héctor dio al desanudarle los cordones del pantalón se le antojó tan erótico y sensual que se estremeció de placer sin poder evitarlo.

Héctor observaba con interés a su chica, atento a cada gemido, cada suspiro, cada escalofrío. Sus pezones erizados bajo la fina tela de la camiseta, los ojos entornados por el placer, sus movimientos inconexos intentando acercarse más a él, frotándole la polla con su hermoso y duro culo. Enganchó con los pulgares los pantalones de chándal que ella llevaba, y de un somero tirón, se los bajó hasta los muslos junto con las bragas. Sara se apresuró a ayudarle y pataleó hasta que la innecesaria prenda quedó tendida a sus pies en la hamaca. Deslizó los dedos con lentitud sobre el pubis depilado de su chica, haciéndola gemir con fuerza mientras negaba con la cabeza y se frotaba más contra él. Tocó con las yemas la humedad que cubría sus labios vaginales, se internó perezoso entre ellos y tentó con liviana calma la entrada al paraíso. Y, en ese momento, Sara separó las piernas, rindiéndose a él.

Posó la mano cuyo brazo estaba preso bajo el cuerpo femenino sobre la tripa de Sara, sujetándola. Luego apoyó la palma de la que tenía libre contra el clítoris hinchado, y penetró con un dedo la dúctil vagina. Sara se estremeció acoplándose más a él. Héctor continuó torturándola unos segundos y luego llevó la mano que hacía estremecer a Sara a sus propios pantalones con la intención de librarse de ellos y dejar en libertad a su inquieta verga.

Sara tembló de impaciencia y llevó una mano a la espalda para deshacerse del nudo que cerraba la cinturilla del chándal que Héctor vestía, y una vez logrado, tomó su pene con lasciva necesidad. Dejó que los dedos lo recorrieran de la base a la punta, donde se posaron traviosos para jugar con la abertura del glande y la tirante piel del frenillo. Sintió cómo cada músculo del cuerpo de Héctor se tensaba, cómo aumentaba el ritmo de los latidos de su corazón y su controlada respiración se convertía en gruñidos frustrados.

—No puedo, Sara. Necesito saber. —La detuvo sujetándola por la muñeca. Ella lo

miró confusa—. ¿Por qué tienes ropa de Geert en tu armario? —preguntó a bocajarro.

—A veces se queda a dormir en casa, y para evitar tener que andar con la maleta a cuestas, siempre tiene algo de ropa aquí —explicó ella intentando zafarse de su agarre.

—¿Dónde duerme cuando se queda?

—Eso a ti no te importa —le espetó enfadada, soltándose al fin.

—¿Dónde?

—En el cuarto de invitados.

—¿Siempre?

—Héctor, por favor. Es el padre de mi hija. Si lo que quieres saber es si ha dormido en mi cama, la respuesta es sí —le respondió irritada por lo absurdo de sus preguntas.

—Pero hace tiempo que no estáis juntos. ¿Aún te acuestas con él?

—¡Claro que no! —exclamó sorprendida por el súbito ataque de celos de su descarado príncipe azul.

—¿Cuánto hace del «claro que no»? —inquirió Héctor con inusitada ferocidad.

—¿Estás celoso? —Meneó el trasero, haciendo que él soltara un quedo gemido.

—No. ¿Cuánto hace, Sara? —reiteró la pregunta a la vez que le aferraba las caderas con las manos, impidiéndola moverse.

—Uf, ya ni me acuerdo. ¿Seguro que no estás celoso, aunque solo sea un pelín? —susurró divertida girando la cabeza para mirarle.

—No soy un hombre celoso, solo me siento... amenazado —reconoció al fin—. Llevo puesta la ropa de Geert, he dormido en la cama en la que te has acostado con él; estoy saliendo con su exmujer —detalló mientras la observaba con los ojos entornados—. No, Sara, no estoy celoso. Me siento amenazado, y eso me cabrea. Y mucho. Él tiene lo que yo quiero.

—Héctor —susurró mirándole comprensiva—. Él ya no me tiene.

—Yo tampoco.

Se quedaron en silencio, indecisos. Héctor volvió a abrazarla, apoyando su torso en la espalda femenina. Sara cerró los ojos, dejándose llevar por las estelas de calor que los dedos de él trazaban en su piel. Gimió con fuerza cuando esos mismos dedos se cerraron sobre uno de sus pezones y tiraron con suavidad de él. Aumentó de nuevo el ritmo de las respiraciones de ambos, el fuego de sus caricias, el roce entre sus cuerpos.

—Sara, voy a hacerte el amor.

—Oh... ¿Aquí? ¿Ahora?

—Sí. —Colocó una de sus piernas entre las de ella, separándolas para él, para su pene impaciente.

—Las chicas... Los vecinos...

—Nadie nos ve bajo la manta, y las chicas no nos molestarán, saben que estoy aquí. —Posó la mano en el vértice entre las piernas femeninas y comenzó a

masturbarla.

—Pero... necesito mis cremitas... —musitó debatiéndose entre el deseo y la vergüenza. ¿Por qué no podían hacer el amor como todo hijo de vecino, en una cama, con la mesilla al lado y el lubricante en el cajón? Sería mucho más fácil proponerle que lo usaran si lo tuvieran al alcance de la mano.

—No te hacen falta. Eres tan hermosa que me duele mirarte. —La penetró con un dedo, lentamente, tentando la dúctil humedad de su vagina.

—No me refiero a ese tipo de cremas. —Inspiró profundamente y se lanzó al río —. Necesito lubricante para que todo vaya como la seda.

—No lo necesitas, Sara. Estás empapada.

Y para dar veracidad a sus palabras, Héctor retiró con lentitud el dedo que había hundido en su resbaladizo sexo y recorrió con él el interior de los muslos, dibujando húmedos caminos antes de volver a internarse con dulzura en su interior. Movié las caderas hasta que su pene desnudo encontró los labios vaginales y comenzó a mecerse con languidez, untándolo con el rocío que los cubría. La protesta que asomaba a los labios de Sara se transformó en un jadeo de sumisa rendición. Héctor la mordisqueó en el cuello, lamió cada roce de sus dientes, y por último, succionó hasta estar seguro de que quedaba marca en la morena piel de su amada, sintiéndose extrañamente posesivo.

Llevó la mano con que le inmovilizaba la tripita a los pezones y jugó con ellos, apretando y soltando, presionándolos con la yema del dedo corazón en movimientos circulares, apresándolos entre el índice y el pulgar cuando ella se estremecía de necesidad. Y mientras tanto, continuaba masturbándola, trazando círculos en el clítoris, pellizcándolo con suavidad entre dos dedos para luego hundir esos mismos dedos en su vagina, cada vez más rápido, más seguro. Y mientras, ella negaba con la cabeza, con las manos engarfiadas en las muñecas masculinas y las piernas temblando.

—Vamos, Sara. Deja que suceda. Quiero oírte gritar.

—No... voy... a... gritar...

—Oh, sí, claro que sí. Antes o después lo harás, soy un hombre paciente —afirmó penetrándola más profundamente con dos dedos.

—No lo eres.

—Puedo serlo. Déjate ir, Sara, dame lo que quiero —exigió curvando los dedos en su interior, colocándolos sobre ese punto mágico que tan difícil le era a ella encontrar cuando jugaba con su cuerpo, y que él no parecía tener problemas nunca en hallar. Lo masajeó sin compasión hasta que Sara arqueó la espalda, tensa como un arco y, dejando escapar un gemido roto, le bañó los dedos en miel.

—Eso es, Sara. Estás tan mojada que solo puedo pensar en poner la cabeza entre tus piernas y lamerte hasta hartarme. Y ni siquiera toda la eternidad será suficiente para eso.

—Oh...

—¿Me sientes, Sara? ¿Notas lo duro que estoy por ti? —preguntó moviendo con fuerza las caderas, ungiendo su pene con el orgasmo que le había dado—. Joder, nena, no puedo esperar más para sentirte alrededor de mi polla.

—No me llames nena... lo odio —atinó a contestar, excitada de nuevo por sus palabras.

—Te voy follar como nadie te ha follado, Sara. Va a ser tan bueno que vas a gritar hasta quedarte afónica.

—No voy a gritar, y no seas tan grosero. —Se meció contra la verga que frotaba su vulva mientras los dedos de Héctor volvían a hacer magia en su clítoris.

—Te gusta mi boca sucia —susurró él en su oído.

—Mentiroso.

—Te voy a clavar la polla hasta que mis pelotas te golpeen el coño. —Sara abrió mucho los ojos, su estómago había dado un vuelco al escuchar semejante ordinariez—. Te gusta, no puedes negarlo. —Héctor tomó una de las manos de Sara y la obligó a posarla sobre su coño—. Cada vez que digo polla te mojas un poco más.

Sara negó con la cabeza, atónita; a ella esas cosas no le iban. ¿O sí? Desde el primer instante de conocer a Héctor, él había usado esas palabras... y ella se había excitado como nunca.

—Tócate para mí mientras te follo, Sara —ordenó él, colocando su mano sobre la de ella mientras su enorme pene comenzaba a presionar contra la entrada de la vagina.

—Ve despacio —jadeó ella masturbándose—. Eres muy grande.

—¿Quieres decir que mi polla es enorme? —apuntó burlón.

—Tu polla es demasiado gorda —claudicó ella—. Ten cuidado.

—Relájate, Sara. Soy perfecto para ti —aseveró introduciéndose en ella con lentitud.

El empapado sexo de Sara apresó el pene entre sus paredes vaginales, rogando más. Y Héctor se lo dio. Entró en ella con fuerza, deslizándolo suavemente entre los músculos que lo succionaban robándole la cordura.

Pronunció palabras que excitaron a Sara, le dijo exactamente lo que pensaba hacer y cómo. Le acarició los pechos mientras ella continuaba masturbándose, y no dejó de mecerse contra ella. Rápido. Fuerte. Incluso duro. Intuyendo en cada momento lo que su chica necesitaba, cuánta ternura, cuánta suavidad, y también cuánta rudeza.

—Héctor —gimió Sara con los ojos cerrados y el pulso disparado por el inminente orgasmo—. No te has puesto condón. —Él no respondió—. No tomo la píldora.

—No te preocupes, me correré fuera.

—No. Es complicado —dijo entre sollozos entrecortados intentando separarse de él—. Puedes... fallar.

—No lo haré, Sara. Te lo prometo. Puedo contenerme, me va a costar la misma

vida, pero puedo hacerlo —aseguró usando la frase que tantas y tantas veces le había dicho durante sus juegos robados—. Vamos, nena. Córrete con mi polla bien adentro. Dame tu orgasmo —reclamó frotándole el clítoris cuando las manos de Sara cayeron sin fuerzas sobre la hamaca.

—No... me... llames... nena —le regañó con los dientes apretados, utilizando sus últimas fuerzas para aferrarle las muñecas.

—Vamos, Sara. Dámelo. Eso es, nena, un poco más —exigió cuando ella comenzó a temblar—. Apriétame fuerte la polla. Ahora, Sara. Dámelo todo.

Y se lo dio.

Héctor embistió con fuerza un par de veces más y luego se retiró súbitamente, pegándose a la espalda de su chica, derramándose sobre su perfecto trasero entre roncros jadeos y gritos silenciosos.

—Lo ves, Sara. Casi me ha costado la vida, y eso por no hablar de la cordura, pero he logrado contenerme —musitó abrazándola—. No te fallaré nunca.

Sara no pudo evitar estremecerse ante lo que parecían implicar sus palabras.

Capítulo 16

Si quieres saber qué es lo que realmente les motiva,
mírales a los ojos. Los ojos no mienten...

JAY WISEMAN, BDSM

Zuper se removió por enésima vez sobre el sofá del salón, y no lo hizo porque estuviera incómodo, sino porque le remordía la conciencia. No podía dejar de pensar en la noche anterior, en cómo se había comportado, en la tremenda borrachera que se había pillado y en la cantidad de estupideces que había dicho y hecho. Si no temiera acabar con dolor de cabeza, se golpearía la frente contra la pared, flojito, por supuesto, no era cuestión de dañar seriamente su privilegiado cerebro. ¿Qué habría pensado Alba de él? Sí, sabía que le tomaba por idiota porque siempre se comportaba como un payaso, de hecho, ese era uno de los rasgos de su personalidad que él más se esforzaba por mostrar. Al fin y al cabo no había nada mejor para que la gente no prestara atención a sus tejemanejes. Pero una cosa era parecer un payaso, y otra muy distinta hacer el gilipollas. Y él había hecho el gilipollas. Sin ofender a nadie ni ridiculizar a otra persona excepto a él mismo, eso sí, pero lo había hecho delante de Alba, y sabía que a ella le había sentado mal. Muy mal. Y no iba a consentirlo. No le importaba que se riera de él, de hecho le gustaba, pero que estuviera enfadada con él... eso sí que no.

Se levantó del sofá en el que había intentado dormir la siesta y se dirigió con paso cansado a las escaleras. La resaca hacía tiempo que se le había pasado, no podía seguir fingiéndose enfermo para no hacer lo que tenía que hacer, sus escasas normas morales se lo impedían. Mientras subía los escalones, sin olvidarse de esquivar el que crujía, fue pensando qué iba a decirle exactamente. Ojalá tuviera suerte y estuviera dormida, así podría dejarlo para después sin que la conciencia le remordiese, porque entonces el retraso no sería culpa suya, sino de ella.

—¿Estás dormida? —susurró tras rascar la puerta de la habitación con la uña del meñique para no hacer mucho ruido.

La diosa Fortuna se mostró esquiva con él. Alba estaba despierta.

—Pasa y cierra la puerta —le ordenó desde el interior.

Y Zuper obedeció.

Entró despacio, con la cabeza baja, y cerró la puerta tras de sí. Al ver que ella no decía nada, levantó la mirada del suelo y la observó. Puede que hubiera más cosas en la habitación, pero toda su atención se centró en la joven rubia, ignorando todo aquello que le rodeaba. Estaba sentada en la cama con la espalda apoyada en el cabecero, leyendo un libro. Ignorándole. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón prestado y tomó una decisión. Se disculparía rápidamente y volvería al

salón, seguro que en la tele habría algo interesante con lo que dormirse.

—Alba, siento cómo me comporté anoche. Fui un completo gilipollas —dijo mirando al suelo.

—Con disculparte no basta, Zuper. —Alba rechazó sus excusas sin levantar la mirada del libro—. Te mereces un castigo por hacer payasadas con otra mujer sin haberme pedido permiso antes.

Zuper abrió la boca para contestarle que eso era una tontería, que él no tenía que pedirle permiso a nadie para hacer el payaso, y volvió a cerrarla antes de decir nada, porque... estaba arrepentido y quería el castigo que ella le había prometido la noche anterior. Debía de haberse vuelto loco.

—¿Qué castigo crees que sería adecuado? —preguntó él volviendo a mirar al suelo.

Escuchó el sonido del colchón cuando ella bajó de la cama, sus pies desnudos caminando sobre el parqué.

—Mírame a los ojos —le exigió ella sujetándole la barbilla entre sus finos dedos—. ¿Qué castigo crees que mereces? —Le devolvió la pregunta.

—Ayer dijiste que me pondrías el culo rojo como un tomate y luego me dejarías besarte los pies —se atrevió a responder él.

—Para obtener un privilegio antes hay que ganárselo —contestó Alba dándose la vuelta y yendo hacia el armario.

Revolvió unos instantes entre las cajas que había en el suelo del mismo, y cuando se giró hacia él llevaba puestos unos brillantes zapatos rojos de altísimo tacón de aguja.

—¿Te gustan? —preguntó.

Zuper asintió con la cabeza. Su estómago convertido en un amasijo de nervios que luchaban entre sí. Los preciosos zapatos no pegaban con los pantalones cortos y la camiseta de tirantes que ella vestía, pero verlos en sus pies le sobrecogió como nada lo había hecho nunca. Se imaginó a sí mismo chupando el delgado tacón. Acariciando con su lengua el empeine de los estilizados pies. Sintiendo el cuero duro de la suela sobre el pene... Su erección fue instantánea. Se apresuró a cubrirla con ambas manos.

—No te tapes.

Él obedeció de inmediato. Alba caminó hasta la cama con pasos seguros, duros. Se sentó en el borde y entornó los ojos, pensativa.

—Quítate los pantalones, arrodíllate frente a la cama y pon las manos en el colchón.

Zuper abrió mucho los ojos al escuchar su orden, se llevó las manos a la cintura de los enormes vaqueros de Geert e hizo lo que le había exigido. Con el corazón aleteando histérico en su pecho, se arrodilló y puso las manos sobre el colchón, aferrando con los dedos las sábanas. El primer azote llegó de improviso. En la nalga derecha. El segundo, apenas un segundo después le escoció sobre la izquierda. Gimió

quejumbroso... y excitado.

—No tienes permiso para quejarte —le susurró ella al oído.

Zuper cerró la boca, apretó los dientes y, asiendo con más fuerza las sábanas, obedeció.

Los azotes se sucedieron sin orden fijo, a veces, varios en un breve intervalo, otras, con algunas desesperantes pausas entre uno y otro. Al principio fueron cuasi delicados, ligeros azotitos que le sensibilizaron la piel, luego aumentaron de intensidad poco a poco, variando fuerza, rapidez y zona. El calor se acumuló en su trasero y recorrió todo su cuerpo. Con cada exquisito golpe el placer y el dolor se mezclaban, reverberando en cada centímetro de su piel. Los testículos se tensaron en la bolsa escrotal, el pene se endureció e hinchó hasta que el simple roce del glande contra el borde del colchón le hacía morderse la lengua para no jadear de placer. Y mientras tanto, Alba continuaba su castigo, acariciándole la espalda, el pelo, los hombros con una mano mientras le golpeaba con la otra. Diciéndole entre azote y azote lo hermoso que se veía su culo tan encarnado, lo bien que se estaba portando, lo mucho que la estaba complaciendo... y con cada una de sus palabras Zuper se sumergía más y más en un trance hipnótico en el que nada importaba. Nada salvo ella. Sus manos, sus palabras, sus caricias, sus golpes.

Un último azote, más un premio que un castigo. La palma de la mano acariciándole el trasero mientras las yemas de los dedos se perdían en el sensitivo perineo, y después, todo terminó.

—Lo has hecho muy bien. Puedes incorporarte —dijo ella con voz cariñosa.

Zuper se levantó haciendo acopio de todas sus fuerzas, tenía la piel tan sensible que el simple movimiento de sus músculos al tensarse le hizo jadear... de placer. Temblaba de pies a cabeza, los testículos le dolían por la necesidad de correrse, y el pene se balanceaba imperioso en el aire, brillante por las lágrimas de esperma que resbalaban desde la abertura del glande hasta el frenillo. Inspiró profundamente, deseando que ella se sintiera lo suficientemente complacida con él como para permitirle llegar al orgasmo. No pedía más. Se giró hacia ella, mirándola a la vez que le mostraba su tremenda erección.

—No tienes permiso para mirarme.

Zuper bajó rápidamente la cabeza a la vez que se tapaba avergonzado.

—Aleja las manos de esa preciosa polla. Ahora es mía, solo yo puedo ordenar que la cubras, ¿entendido?

Él asintió y dejó caer las manos paralelas a sus muslos.

—Santo Dios, es un sumiso de los pies a la cabeza —exclamó en ese momento Elke.

Estaba sentada en un puf negro que había bajo la ventana, tras la cama. Y llevaba allí desde el principio, observándoles, comprendió Zuper en el mismo instante en que la vio. Avergonzado como nunca, llevó las manos hasta la ingle, pero se contuvo antes de tapar con ellas el prominente pene que despuntaba sobre sus rizos pelirrojos.

Cerró los dedos formando puños y, lentamente, volvió a dejarlos caer paralelos a sus muslos a la vez que volvía a bajar la mirada.

—Te has portado muy bien, pelirrojo —comentó Elke complacida—. Déjale que se la menee un poco, Alba, me encantaría ver cuánto puede aguantar sin correrse —comentó deseando averiguar más del que intuía iba a ser su compañero de juegos.

—¿Te he dado permiso para hablar, Elke? —le preguntó Alba observándola con los ojos entornados.

—No, *dómina*. Perdóname —se apresuró a responder la alemana con voz grave y respetuosa a la vez que caía de rodillas al suelo, con las piernas separadas, la espalda arqueada, los hombros echados hacia atrás y las manos, con las palmas hacia arriba, sobre sus muslos y la cabeza baja, en posición sumisa.

Alba asintió. Elke se había comportado como una descarada y había observado su juego con Zuper sin adoptar la posición de sumisa, pero debía de tener en cuenta que no estaban en El Templo y que quizá por eso se había despistado y no se había comportado correctamente. Al fin y al cabo ellas solo jugaban allí. Y por otro lado, Zuper se merecía una recompensa por haberla complacido y ella necesitaba saber hasta dónde estaba dispuesto a llegar.

—Mastúrbate —le ordenó tras levantarse de la cama y colocarse a su espalda.

Zuper suspiró agradecido, y esperó inmóvil a que Alba le ordenara a Elke que abandonara la habitación.

—¿A qué esperas? —le regañó la joven con tono severo.

Él se mordió los labios avergonzado al comprender que Elke no iba a irse. Contuvo un instante la respiración y luego, sin darse tiempo a pensar, envolvió su dolorido pene con ambas manos y comenzó a masturbarse con rapidez. No había en el mundo nada que necesitara más que complacer a Alba. Ni siquiera respirar. Y si además eso daba pie a una increíble corrida, mejor que mejor.

—No tienes permiso para correrte —susurró Alba en su oído.

Zuper detuvo bruscamente el movimiento de sus manos y cerró los ojos. Un segundo más y se hubiera corrido... disgustándola. Inspiró profundamente y volviendo a aferrarse la polla, comenzó a acariciársela con cuidado.

«Hazlo despacio», esbozó Elke las palabras en su boca sin llegar a pronunciarlas. Zuper leyó los labios de la alemana y asintió con la cabeza.

—Elke, quítate la camiseta, arrodíllate frente a Zuper, levanta la cabeza y mantén la boca abierta —ordenó Alba con voz inflexible.

La rubia se apresuró a obedecerla mientras la miraba desafiante. Alba la había visto mandar el mensaje al pelirrojo... y la iba a castigar por ello.

Zuper observó los enormes pechos de la alemana balanceándose y estuvo a punto de correrse. Detuvo su mano, intentando darse tiempo para recomponerse, para recuperar el control.

—Muéstrale lo que tiene que hacer, Elke. Está así por tu culpa —la regañó Alba con voz severa.

Elke llevó una de sus manos hasta el pene de Zuper, lo agarró con el pulgar y el índice bajo el glande y presionó fuerte durante unos segundos, luego hizo lo mismo en la base y se retiró a la posición de sumisión. Aún con la boca abierta. Aún con la cabeza echada hacia atrás. Alba no le había quitado el castigo. Ni se lo quitaría.

Zuper respiró profundamente al sentir que la presión en sus testículos había cedido de inmediato, volviéndose más dolorosa pero menos apremiante. Sin perder un segundo más para no decepcionar a Alba, volvió a masturbarse.

Alba observó con atención al pelirrojo, la tensión que se dibujaba en sus labios, sus ojos entrecerrados, el sudor que se acumulaba a lo largo de su clavícula y caía lentamente por su delgado y pálido torso. Percibió el momento en que sus piernas comenzaron a temblar y hubo de hacer uso de la técnica enseñada por Elke. Continuó observándole cuando él volvió a menear las manos sobre su pene, y, antes de que comenzara a temblar de nuevo, se acercó a él y le susurró lo complacida que estaba a la vez que le acariciaba con las yemas de los dedos el final de la espalda. Él se tensó como un arco, y apretó los labios, consciente de que no le estaba permitido emitir sonidos.

—Tienes permiso para gemir.

Y lo hizo. Vaya si lo hizo. Un largo gemido abandonó su boca para ser rápidamente reemplazado por jadeos entrecortados que fueron subiendo de intensidad al mismo ritmo que su excitación.

Alba esperó unos segundos y luego deslizó sus uñas por las enrojecidas nalgas. Zuper dejó de respirar a la vez que un desgarrado sollozo abandonó su garganta. Apretó con fuerza su miembro, desesperado por conseguir detener la inminente eyaculación. Tenía que conseguirlo. No podía fallarle. No ahora, que estaba tan cerca de complacerla. Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla al comprender que no podría evitarlo.

—Córrete en la boca de Elke. En silencio. Y tú, sumisa tramposa y desvergonzada, trágate hasta la última gota —le ordenó a la alemana.

Zuper se abalanzó hacia la rubia, penetró su hermosa y abierta boca, y eyaculó en ella mientras apretaba con fuerza la mandíbula para no gritar. Cayó al suelo de rodillas cuando sus piernas dejaron de sostenerle, temblando tras el orgasmo más potente y satisfactorio que había sentido en toda su vida. Y mientras estaba perdido en las brumas del éxtasis sintió los dedos de Alba limpiándole las mejillas húmedas de lágrimas.

—Tranquilo. Lo has hecho muy bien —susurró besándole los párpados y los pómulos a la vez que le acariciaba el pelo—. Me has complacido. —Zuper giró la cara para besarla, pero Alba se retiró con una sonrisa indulgente en los labios—. Aún no te has ganado el privilegio de besarme. Pero puedes chuparme los pies, tal como te prometí ayer.

Zuper lo hizo, agradecido y excitado de nuevo. Pero no pudo solazarse tanto como hubiera querido, porque Alba se apartó de él y se inclinó sobre Elke, que

permanecía de rodillas, inmóvil con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás. Le abrió más la boca con los dedos y escudriñó su interior para luego revisarle la barbilla.

—¿Te lo has tragado todo? —le preguntó implacable. La alemana asintió—. No vuelvas a desafiarme, Elke.

—Sabes que lo haré, *dómina*.

—Oh, sí lo harás, y a mí me encantará castigarte por ello —replicó Alba besándola en la boca a la vez que tomaba uno de los pezones de la rubia entre sus dedos y tiraba de él retorciéndoselo—. Soy demasiado blanda contigo —se reprendió a sí misma regresando a la cama y cogiendo el libro que había estado leyendo.

Era la señal de que ya habían acabado.

Elke se levantó presurosa, se puso la camiseta y corrió al cuarto de baño para lavarse los dientes. Odiaba el sabor del semen.

Zuper continuó de rodillas en el suelo, luchando por recuperar la fuerza en sus piernas y levantarse, y cuando por fin lo consiguió y comenzó a ponerse los pantalones, cada roce de la tela contra su trasero le hizo recordar los azotes de la joven rubia, excitándolo otra vez. Cuando Elke regresó a la habitación estaba vestido de nuevo y una enorme erección se marcaba contra la bragueta de los vaqueros.

Elke lo miró, le guiñó un ojo y se sentó en la cama, junto a Alba.

—Ya se ha recuperado —murmuró a su amiga sin importarle que él la oyera.

Alba dejó de nuevo el libro sobre la cama y miró al joven que la observaba todavía aturullado.

—¿Es la primera vez que haces esto? —le preguntó con una cálida sonrisa. Zuper asintió—. ¿Te gustaría repetirlo? No. No contestes todavía —le ordenó cuando él comenzó a asentir con la cabeza—. Practico D/s desde hace algún tiempo, solo en la privacidad de El Templo, un lugar dedicado a los placeres del sexo del que Elke y yo somos... socias. —Zuper enarcó las cejas—. Aunque hoy he hecho una excepción —aceptó Alba divertida—, pero será la primera y la única vez que la haga —indicó inflexible—. Solo soy *dómina* en El Templo, en ningún otro sitio más. El resto del tiempo soy Alba. ¿Entiendes lo que digo? —Zuper afirmó con un gesto de cabeza—. Bien, porque solo te voy a proponer esto una vez. Reflexiona durante un par de semanas, no menos. Medita sobre lo que has sentido hoy, investiga un poco sobre el BDSM, consúltalo con la almohada, y... si te ves tentado a repetir la experiencia... —Alba se levantó de la cama, fue hasta su mesilla, sacó un joyero, y de este un pendiente de oro en forma de aro idéntico al que llevaban Elke y ella en la oreja derecha. Se lo tendió—. Ponte este pendiente, no hará falta que digas ni hagas nada más. Elke y yo sabremos lo que significa.

—Si... acepto, ¿seré tu sumiso?

—Sí.

—Tu único sumiso —especificó él. Alba entornó los ojos y miró a Elke, esta asintió sonriendo.

—Elke es la única sumisa de mi sexo que aceptaré jamás. Si me complaces mucho, hasta límites insospechados, quizás tengas el privilegio de ser mi único sumiso varón, y si no...

—Seré tu único sumiso varón —aseveró Zuper. Iba a dedicarse en cuerpo y alma a complacerla.

—Sara, Héctor, ¿estáis visibles? —preguntó Elke con voz pícaro a través de la puerta entornada de la azotea.

Héctor frunció el ceño, parpadeó un par de veces y, por fin, consiguió abrir los ojos. Se había quedado dormido. Y no era el único. Miró a su chica, dormía plácidamente encerrada en sus brazos, con la espalda pegada a su torso y el acogedor trasero acogiendo su tibia erección. Observó con ojos entornados el cielo que empezaba a oscurecerse y calculó la hora. Aún les quedaba un buen rato antes de que tuvieran que prepararse para la actuación. Sin pensarlo un segundo, asió la manta que los cubría y tapó sus cabezas para amortiguar la voz de Elke y que Sara no se despertara. No iba a permitir que nadie le robara el tiempo que todavía le quedaba con ella. Además, se le habían ocurrido un par de ideas.

—Sara, Héctor... Voy a entrar. ¿Estáis visibles? —reiteró Elke.

Esta vez su voz le llegó clara y diáfana. Incluso a través de la gruesa lana de la manta. La muy cabrona tenía que haber abierto la puerta. ¡Mierda!

Sara se removió inquieta contra él, provocando que su incipiente erección se endureciera insolente en busca del placer prometido.

—¿Por qué tengo la cabeza bajo la manta? —preguntó adormilada.

—Sh... calla. Estamos escondidos —susurró Héctor en su oído a la vez que la mano que reposaba en la tripita femenina comenzaba a ascender hacia los pechos.

—¿Escondidos? ¿De quién?

—De una bruja malvada que quiere jodernos la marrana. Hazte la dormida —la instó él apresando un pezón entre los dedos y tirando de él.

—No te pases, nene, no soy ninguna bruja, sino una inocente mensajera —contradijo Elke levantando ligeramente una esquina de la manta y mirándolos con la nariz arrugada.

—Joder, Elke. ¿No sabes captar las indirectas? —bramó Héctor arrebatándole la manta para volver a cubrir con ella su cuerpo y el de Sara.

—No me has lanzado ninguna indirecta, niño.

—La manta tapándonos era una indirecta, bruja.

—Parad ya, los dos —los regañó Sara, divertida por el tono ofendido de Héctor—. ¿Qué pasa, Elke? Aún es pronto para... para despertarnos de la siesta —acabó la frase poniéndose colorada como un tomate.

—Ya, ya. La siesta, seguro —replicó la alemana burlona, aunque se apresuró a cambiar de tono en cuanto la mirada enfadada de Sara se posó en ella—. Ha venido Geert, te está esperando en la cocina, con Alba.

—Oh, vaya. Hora de ponerse en marcha.

Se incorporó sobre la hamaca, haciendo que esta se balanceara peligrosamente, al menos para Héctor, e hizo intención de bajar.

—Espera un poco. —La detuvo agarrándola por la cintura para volver a tumbarla, esta vez con la espalda pegada a la tela—. No estás en condiciones de abandonar el refugio —susurró en su oído a la vez que deslizaba la mano desde la cintura hasta el pubis desnudo. Sara enrojeció violentamente. ¡Había vuelto a perder las bragas!

—Dile... dile a Geert que ahora bajamos, que nos dé un par de minutos.

—¿Vas a tener suficiente con eso, muchachote? —le preguntó Elke con sorna a Héctor—. Me habían dicho que eras rápido, pero tanto... uf.

—¡Elke! —gritó Sara abochornada.

—¡Joder! —exclamó Héctor abalanzándose sobre Elke, consiguiendo que la dichosa hamaca estuviera a punto de volcar.

—Eh, tranquilo, no vaya a ser que acabes en el suelo —dijo dando un salto hacia atrás para esquivarle—. No te lo tomes tan a pecho, niño, un gatillazo lo tiene cualquiera, sobre todo los hombres —comentó burlona abandonando la terraza.

—Joder, Sara, no puedo creer que se lo hayas contado —exclamó furioso cerniéndose sobre ella.

—Es mi mejor amiga y a ti no pensaba volver a verte, por supuesto que se lo conté. Además, no tienes por qué tomártelo tan mal, al fin y al cabo como ha dicho Elke, un gati...

—Ni se te ocurra acabar esa frase, Sara —le advirtió Héctor.

—¡Hombres! —murmuró ella poniendo los ojos en blanco—. Deja de quejarte tanto y ayúdame a encontrar los pantalones y las bragas. Tengo que vestirme si quiero bajar a la cocina —musitó sentándose sin retirar la manta de su regazo.

Al instante siguiente tenía la espalda pegada a la tela naranja y a Héctor sobre ella.

—No vas a bajar a ningún lado.

—Por supuesto que sí. No seas niño y olvídate del tema.

—¡No soy ningún niño! —exclamó furioso. Estaba harto de que Elke le llamara así, no iba a permitir que Sara también lo hiciera—. Y no me olvido del tema. No pienso bajar a la cocina, con Geert, dos minutos después de que Elke me haya dejado en ridículo. ¿No has pensado lo que dirá si lo hago?

—Elke no te ha dejado en ridículo. Y no va a decir nada, menos todavía delante de Geert, se lleva fatal con él y a ti te adora; no le dará armas que pueda usar contra ti —le explicó suspirando—. Y además, no le hagas ni caso, es igual que Zuper, una bocazas.

—Sea como sea, de aquí no nos movemos hasta dentro de media hora.

—¿Media hora?

—Como mínimo.

—¿Y qué se supone que vamos a hacer durante media hora? —bufó harta de tanta tontería.

—Se me ocurren varias ideas —susurró antes de besarla.

Y fueron muchas y muy buenas ideas. ¡Vaya que sí! Lástima que Sara fuera una de las mujeres más cabezotas de todo el mundo mundial y se negara a dar su brazo a torcer.

—Sí que has tardado en despertarte de la siesta —gruñó Geert cuando Sara entró en la cocina, casi veinte minutos después de que Elke hubiera subido a buscarla.

—Nos entretuvimos un poco —comentó Héctor entrando tras ella todavía enfurruñado por no haber conseguido su objetivo—. Ya sabes, cosas que pasan —afirmó en plan machito pasando una mano por la cintura femenina y atrayéndola hacia él. Que no hubieran hecho nada no significaba que no pudiera vacilar como si lo hubieran hecho.

Sara puso los ojos en blanco e intentó zafarse; por supuesto, no lo consiguió. El señorito Orgullo Herido no estaba por la labor de soltarla.

—Pues podíais haberos apresurado un poco, no tengo todo el tiempo del mundo —dijo Geert, molesto por el tono del chaval—. Te veo un poco desnudo... Espero que no hayas pasado mucho frío en la terraza.

—Para nada. Tumbado en la hamaca, sobre todo si estás bien acompañado, pasas bastante calor —replicó él sacando pecho.

—¡Héctor! —siseó Sara entre dientes colorada como un tomate—. ¿No quieres beber nada, Geert? —preguntó soltándose del macho ibérico que la tenía sujeta para dirigirse rápidamente a la nevera.

Y una vez allí, a cubierto tras la puerta del frigorífico, se permitió esbozar una sonrisa taimada. Por supuesto que estaba enfadada con Héctor por comportarse como... como un pavo real, pero por otro lado... que se esforzara tanto por demostrarle a Geert que ella estaba ahora con él era alucinante. La hacía sentir especial, única. Algo inaudito en ella. Se asomó por encima de la puerta y observó la escena que se desarrollaba en la cocina. Héctor y Geert estaban uno frente al otro, mirándose. La mirada de Héctor era desafiante, la de Geert oscilaba entre la confusión y la diversión. El alemán era perro viejo, no se iba a molestar en seguirle el juego al perro joven, a no ser que estuviera seguro de poder ganar, y eso era prácticamente imposible. Hacía muchos años que entre ella y Geert no había nada más que una profunda amistad. Aderezada de vez en cuando con un poco de sexo, sí, no lo negaba, pero incluso de eso hacía ya demasiado tiempo. Sin embargo, la actitud de Héctor era radicalmente distinta. Y Sara lo entendía, más o menos. El muchacho se sentía amenazado, se lo había dicho antes de hacerle el amor. Y cuando algo lo amenazaba, se defendía. De eso no cabía duda. Lo que no aprobaba Sara era la manera de defenderse que tenía. ¡Joder! Si casi parecía uno de esos boys que bailaban medio desnudos. Solo le faltaba untarse la piel de aceite para que brillara y ponerse el tanga que estaba tendido en la azotea. —Héctor le había dado una agüita, ¡qué apañado!— en vez del pantalón del chándal. Porque no llevaba nada más. Absolutamente. Nada. Más.

A Don Estoy-Más-Bueno-Que-El-Pan no le había parecido suficiente bajar a la cocina sin camiseta, con el torso al aire y los pies desnudos, no, señor.

También había tenido que enrollarse la cinturilla del pantalón una y otra vez sobre sí misma, hasta que quedó tan baja en sus caderas que casi enseñaba lo que solo ella podía ver, y no contento con eso, se había colgado la camiseta de la cintura, de modo que cayera sobre uno de sus muslos, llamando la atención hacia el bulto que los tirantes pantalones marcaban en sus ingles. ¡Y menos mal que se le había bajado la erección! Porque, si por él fuera, habría entrado totalmente empalmado a la cocina, incluso a pesar de la bronca que ella le había echado.

—¿Nos conocemos de algo, muchacho? —le preguntó Geert mirando con los párpados entornados al jovenzuelo que tenía delante. Le sonaba su cara, pero no sabía de qué.

—Os conocisteis la Navidad pasada, en el Miramar —apuntó Elke observando a ambos hombres divertida—. Le pediste una manzanilla cuando se puso malo por culpa de la bebida.

—¡Yo no me puse malo por culpa de nada! —gritó Héctor. Recordaba perfectamente lo que había sucedido, y no había bebido, en absoluto. Se había sentido enfermo al descubrir que Geert era el ex de Sara. Nada más.

—Ah, sí. Ya lo recuerdo —señaló Geert obviando el comentario de Héctor—. Los jóvenes de hoy en día no saben cuánto deben beber, ni cuándo decir basta. Todo lo hacen deprisa, no saben que en la medida está el placer —comentó encogiéndose de hombros.

Por supuesto, le había lanzado una pulla a Héctor, una inocente y sin mala intención, pero Héctor no se la tomó así. Puede que el viejo no apuntara a lo que él creía que apuntaba, era casi imposible que las chicas le hubieran contado lo del gatillazo de la primera noche, pero por si acaso, se defendió.

—Eso lo dices porque estás mayor. Si fueras un poco más joven, te darías cuenta de que puedes hacer las cosas rápido y después despacio, una y otra vez, tantas como quieras, sin limitaciones físicas. Pero eres tan viejo que ya ni te acuerdas de lo que es poner un poco de énfasis en el asunto.

—¡Héctor! —exclamó Sara dejando la botella de dos litros de Coca-Cola sobre la mesa con un fuerte golpe.

—Yo estoy con Héctor —apuntó Zuper, que hasta ese instante se había mantenido callado en un rincón de la cocina—. ¿Para qué guardar las fuerzas si sabes que no te van a faltar?

—¡Zuper! No empieces tú también.

—Y para que voy a apresurarme si sé que lentamente voy a disfrutarlo más. Claro, que para hacer las cosas despacio se necesita la sabiduría que dan los años, no la ineptitud de la juventud —replicó Geert, comenzando a divertirse.

—¡Geert! —le regañó Sara volviendo a golpear la botella contra la mesa.

—Eh, no hagas eso que se llenará de gas y no habrá manera de abrirla —la

reprendió Zuper quitándole la Coca-Cola de las manos. Mucho se temía que si seguía así, acabaría por lanzársela a su amigo o al viejales.

—¿Me estás llamando inepto? —inquirió Héctor amenazante sin prestar atención a Sara ni a Zuper.

—Quien se pica, ajos come —respondió Geert alzando las cejas.

—Mira, gilipollas. —Héctor avanzó hacia Geert con furia imparable. Al menos hasta que Sara le paró.

—Héctor, se acabó —lo interrumpió poniéndose frente a él y empujándole hacia la puerta.

—No. No se acabó —gruñó, aunque dejó que le llevara fuera de la cocina. A empellones.

—Sí. Se acabó. Estás en mi casa y tienes que respetar mis reglas, y la principal de ellas es que no quiero peleas —le advirtió Sara cerrando la puerta que daba a la cocina para lograr un poco de privacidad.

—Estupendo, échale a él entonces, no a mí. —Comenzó a recorrer en círculos el comedor, rabioso.

—Él no está provocando una pelea, tú sí. Y no te estoy echando de casa, te estoy pidiendo que te tranquilices y no te comportes como... como un semental en celo.

—Soy un semental en celo —siseó entre dientes pegándose a ella—. Y él lo ha puesto en duda y además se está metiendo en mi terreno.

—No ha puesto en duda nada. Y no se está metiendo en ningún terreno. Eres tú, estás muy susceptible.

—¿Que yo estoy susceptible? ¿Yo?

—Sí, tú —afirmó ella cruzándose de brazos—. Deja de gruñir y haz algo útil. Sube a la azotea y recoge tu ropa y la de Zuper de la cuerda.

—¡Joder, Sara! No lo dirás en serio. Me estás echando para quedarte con él, le estás dando la razón.

—No le estoy dando la razón a nadie... —Inspiró profundamente para calmarse—. Héctor. —Se acercó a él y posó con ternura las manos en las mejillas del muchacho—. No te estoy echando, de verdad. No tienes que sentirte amenazado porque Geert esté en casa, hace muchos, muchos años que solo es mi amigo. Nada más. —Él abrió la boca para protestar—. Escúchame, Geert está en la cocina, con Alba, para devolverme un dinero que me debe. Y Alba es muy quisquillosa cuando se mezclan las palabras dinero y Geert. Tengo un polvorín a punto de explotar ahí dentro y no necesito que tú eches más leña al fuego. ¿Me entiendes?

—Sí —susurró él enfurruñado.

—Perfecto. Prométeme que si te dejo entrar en la cocina, te comportarás como el muchacho estupendo y encantador que sé que eres.

—No soy ningún muchacho, Sara —rechazó mirando al suelo abatido.

—Lo sé, es solo una manera de hablar. ¿Puedo confiar en ti?

—Nunca te he decepcionado.

—Cierto, y matar a Geert sería algo que me resultaría extremadamente decepcionante.

Héctor sonrió ligeramente ante su broma.

—¿Puedo golpearle solo un poquito? —preguntó juguetón.

—Preferiría que no lo hicieras —rechazó con una enorme sonrisa en los labios que se tornó seria, tenía que hacer algo y pensó que lo mejor sería avisar a su chico de antemano. Quizá así no le montara una escenita—. Héctor, voy a subir con Geert al cuarto de invitados para solucionar el tema del dinero sin que Alba esté delante. Solo serán diez minutos. ¿Estás de acuerdo?

—¿Me queda otra opción?

—No.

—Entonces, de acuerdo, pero no tardes más de diez minutos o subiré a buscarte.
—Sara no pudo evitar poner los ojos en blanco. ¡Hombres!

Cuando entraron de nuevo en la cocina, lo primero que hizo Héctor fue envolverla entre sus brazos y, delante de todos, besarla hasta quitarle el aliento. Luego se despidió con un gesto de cabeza y le dijo a Zuper que le acompañara a recoger la ropa tendida en la terraza.

—Y a todo esto, Sara —comentó Geert cuando estuvo seguro de estar bien lejos del alcance de los oídos del jovenzuelo—. ¿Ese chaval no estaba con Alba? No sé, creo recordar que en el hotel me pareció interesado por nuestra hija —preguntó como quien no quiere la cosa.

—No te las des de listo, papá. Héctor lleva interesado en mamá desde antes de las Navidades, y nunca se ha fijado en mí, salvo para conseguir que se la presentara. Así que, punto en boca —respondió la joven cortante.

Su padre podía ser un tipo encantador, pero pensaba que todos los hombres eran iguales que él y, por tanto, harían daño a Sara. Sabía que no era difícil aprovecharse de ella enarbolando la bandera de la amistad, hecho del que él se aprovechaba a menudo. Y por eso mismo se ponía a la defensiva en cuanto veía a alguien acercarse a ella. Para que no le hicieran daño.

—Chico listo. Siempre se aprenden más cosas de los mayores que de los jóvenes. Espero que esté muy atento a todo lo que puede enseñarle tu madre, así, cuando lo ponga en práctica con las chicas de su edad, las tendrá comiendo de la palma de la mano.

—¡Papá! ¡Héctor no va a poner nada en práctica con nadie que no sea mamá! —estalló Alba asustada al ver que su madre comenzaba a palidecer. El muy ruin había puesto el dedo en la llaga.

—Claro que no, cariño, era solo una suposición. Además, siempre viene bien tener cerca a una mujer con recursos, más si eres joven y tienes que conformarte con trabajos mal remunerados... y tu madre tiene muchos recursos.

—Y tú bien que lo sabes, te pasas la vida sableándola —replicó Elke furiosa.

Alba y Sara podían hacer la vista gorda y convencerse de que el hombre que

tenían delante era buena persona que solo lanzaba pullas para obligarlas a defenderse, pero ella no se dejaba engañar. Geert era un maldito mamonazo que, viendo que su estatus como mejor amigo de Sara peligraba por culpa de Héctor, atacaba sin piedad. Pues no lo iba a permitir.

—No la sableo, le pido prestado —puntualizó él con voz amable.

—Y nunca se lo devuelves.

—Pues justo vengo a zanjar mi deuda —apuntó con sonrisa lobuna.

—¿Qué deuda? Porque si vienes a pagar todo lo que le debes, nos podemos ir las tres de crucero con Héctor y Zuper durante todo un año y aún nos sobraría dinero para dar la entrada de un chalé en vez de tener que vivir de alquiler —rebató Alba.

—Vamos, palomita, no exageres.

—No exagero, eres un gorrón —atacó Alba. Si algo le carcomía por dentro era la caradura que tenía su padre y lo idiota que era su madre en ese aspecto.

—¡Basta, los dos! —exclamó Sara frotándose las sienes para aplacar el incipiente dolor que comenzaba a acribillarle la cabeza—. Geert, sube conmigo al cuarto de invitados para zanjar el tema que te ha traído aquí.

—¿Al cuarto de invitados? Por qué no vamos a tu dormitorio, es más cómodo.

—No me cabrees, ¿entendido? Subieron en silencio y, al llegar a la estancia, Sara dejó abierta la puerta.

Geert se apresuró a cerrarla, por lo que suspirando Sara se acercó a la ventana y abrió de par en par las cortinas. Héctor y Zuper estaban al otro lado del cristal, terminando de recoger la ropa que había colgada en las cuerdas situadas al fondo de la azotea. Le saludó sonriente y volvió su atención a Geert.

—Suelta la pasta, vaquero —le dijo en broma, intentando caldear un poco el ambiente.

—Parece que el niñato te tiene demasiado controlada, gatita. No es propio de ti dejar que un tío te mangonee.

—Nadie me está mangoneando —replicó Sara. La sonrisa se había esfumado de su cara.

—Si tú lo dices... —Se encogió de hombros y observó a los muchachos a través del cristal. Habían acabado de recoger la ropa y estaban jugando a ¿piedra, papel y tijera? Suspiró—. Por el amor de Dios, Sara, ¿qué haces saliendo con ese niño? Podrías ser su madre. ¿Cuántos años tiene? ¿Diecinueve? ¿Veinte?

—Veinticinco. Y no es ningún niño.

—¿Estás segura de eso? —preguntó indicándole que mirara por la ventana.

Sara se acercó y vio como Héctor sacaba la mano plana tras haberla escondido en su espalda, a la vez que la de Zuper salía con el puño cerrado... Héctor envolvió la piedra del pelirrojo con su papel, y acto seguido los dos comenzaron a forcejear divertidos.

—Son jóvenes. Solo se están divirtiendo, no veo qué tiene eso de malo.

—Tiene de malo que son muy jóvenes. Sara, no quiero ser pájaro de mal agüero,

pero esta relación está abocada al fracaso.

—No veo por qué.

—Porque el chaval es un figurín con aires de semental, solo hay que ver cómo se pavoneaba delante de mí. Si llega a subirse un poco más el tiro de los pantalones, se hubiera arrancado los huevos.

—No exageres, Geert. Además, Héctor no suele comportarse así. Hoy ha tenido un día... complicado, pero en realidad es un muchacho encantador.

—Oh, sí, ya lo he visto. Es tan encantador que por poco me pone un ojo morado. Un verdadero querubín. Lo que no pongo en duda es que es un muchacho. No, Sara. No me gusta ese chaval para ti. Es un polvorín de testosterona a punto de reventar.

—No te tiene que gustar a ti, Geert. Me tiene que gustar a mí, y lo cierto es que me encanta.

—Tú sabrás lo que haces.

—Lo sé —afirmó Sara intentando zanjar el tema.

—Como tú digas, pero... Ten cuidado, gatita. No te pilles mucho por él. No niego que sea un muchacho encantador, pero antes o después se le cruzará una chica de su edad que le haga tilín... y cuando eso ocurra, tú te convertirás en su segunda opción.

—Cuando eso ocurra, le desearé que sea muy feliz y seguiré con mi vida —afirmó Sara apretando los puños—. Sé perfectamente lo que puedo y no puedo esperar de esta relación, Geert. No hace falta que me lo expliques.

—Está bien, no te enfades conmigo —recoló Geert encogiéndose de hombros—. Solo ten cuidado, ¿de acuerdo? No quiero que te hagan daño.

—Lo sé, y te lo agradezco, y ahora, si me das mi dinero, podremos bajar a la cocina con las chicas —le tendió la mano a la vez que le sonreía con cariño.

—Claro, por supuesto.

El importe que le devolvió no era ni la mitad de lo que le había pedido prestado la última vez, pero aun así Sara le agradeció que se lo hubiera devuelto. Sabía lo mucho que le costaba a Geert conseguir, y conservar, el dinero. No le dijo de dónde lo había sacado y ella no se lo preguntó. Había cosas que era mejor no saber, y a Geert le gustaban demasiado los trapicheos, bien lo sabía ella. La única petición que él le hizo fue que no lo ingresara en ningún plazo fijo o fondo de inversión del que no pudiera sacarlo al momento, porque probablemente necesitaría un préstamo en septiembre. Había pensado en montar un nuevo negocio y estaba viendo cómo ponerlo en marcha. ¡Cómo no! En definitiva, Alba volvía a tener razón, el dinero no era limpio, y ella estaba siendo usada como caja fuerte. En fin, al menos cuando volviera a pedírselo esperaba que fuera esa cantidad y no más. Se estaba cansando de actuar como si fuera el Banco de España.

Cuando salió de la habitación se encontró a Héctor apoyado en la barandilla. Esperándola. Se había cambiado de ropa y volvía a vestir los chinos negros y la camisa elástica. Y, a pesar de que la ropa estaba algo arrugada, estaba guapísimo; no tenía ni idea de cómo se las arreglaba, pero siempre iba hecho un pincel. Se acercó a

él con una preciosa sonrisa en los labios, y cuando él abrió los brazos para recibirla se acurrucó contra su pecho e inspiró profundamente. La historia entre los dos no duraría eternamente, lo sabía, lo aceptaba. Pero ahora estaban juntos, y pensaba disfrutar cada momento como si fuera el último. Posó los labios en el fuerte cuello del muchacho y suspiró, sintiéndose menos segura de lo que quería aparentar. Él respondió a su gesto estrechando su abrazo y besándola en la coronilla. Y Sara, sin saber el porqué, volvió a sentirse segura. Más o menos.

Capítulo 17

—Ese fin de semana cambió mi vida —confesó Héctor a su hermano y su cuñada—. En el momento en que la vi en la cocina con Geert y sentí que el estómago se me volvía del revés por culpa de los celos, supe que la había cagado pero bien.

—No te imagino siendo celoso, Héctor —comentó Ariel sorprendida. Héctor podía ser pícaro, tramposo, presumido, pero celoso... ¡Imposible! No cuadraba con su forma de ver la vida. Los celos eran algo demasiado serio para él.

—Y no lo soy. Simplemente no me gusta que nadie se meta en mi terreno —afirmó con ferocidad—. De todas maneras, no fueron solo los celos los que me hicieron darme cuenta de hasta qué punto la había cagado. El fin de semana que pasé con vosotros fue... espantoso. Por un lado quería estar en Madrid, pero por otro... la echaba tanto de menos que me dolía. No hacía más que pensar en ella, en lo que estaría haciendo, en si me echaría de menos tanto como yo a ella. Estuve tentado de no venir —admitió mirando a su hermano con arrepentimiento—, pero íbamos a celebrar mi cumpleaños y estaba deseando veros y poder echaros un cable con la boda.

—¿Echarnos un cable? ¿Tú? No jorobes. No moviste un dedo. Viniste ese fin de semana y luego no te volvimos a ver el pelo hasta mayo. Ni siquiera te dignaste a aparecer en Semana Santa.

—Bueno, es que tenía cosas importantes que hacer.

—¿¡Más importantes que ayudar a tu hermano mayor a preparar su boda!?

—Tranquilo, Da, Héctor tiene una buena excusa para no haber venido —comentó Ariel sentándose en su regazo para calmarle. Y luego se giró hacia Héctor y lo fulminó con la mirada a la vez que hacía crujir los nudillos—. Porque tienes una excusa, ¿verdad? Una muy buena y muy creíble.

1 de abril de 2010. Jueves Santo

Héctor adelantó por el arcén a la enorme caravana de coches que intentaban entrar en Guardamar, frenó un poco al acercarse a la glorieta para tomar el desvío y luego volvió a pedalear con todas sus fuerzas. Aunque era Jueves Santo, le había tocado currar hasta las dos, pero el viernes lo tenía libre, por lo que ya hasta el domingo no tenía que volver al trabajo. ¡Y lo mejor de todo era que Sara le había invitado a pasar todo el puente con ella! Estaba como loco por llegar a su chalé y comérsela a besos. Derrapó al dar la curva para entrar en la parcela, dejó tirada la bicicleta en mitad del patio, se deshizo del casco, cogió la mochila en la que llevaba la poca ropa que pensaba ponerse esos días, y entró en la casa raudo y veloz para ver a su chica. La

encontró en la cocina. Nada más verla abrió los brazos para abrazarla y darle un beso de tornillo como solo ella se merecía. No le dio tiempo.

—¡Héctor! ¡Menos mal que has llegado! —exclamó ella poniéndole las llaves del coche en una mano y el monedero en la otra—. Vete ahora mismo al Casablanca, ¿sabes dónde es? —Héctor asintió, atónito. No era ese el recibimiento que esperaba—. Pues al lado está el colmado, compra tres botellas de Coca-Cola de dos litros y otras dos de limón. Ayer me quedé corta cuando fui a comprar y ya casi no queda bebida. ¿Y qué clase de fiesta playera vamos a hacer sin bebida?

—Eh, sí, ahora voy —dijo él acercándose para recibir su beso de bienvenida, aunque fuera sin lengua.

—Vamos, no te quedes ahí como un pasmarote —le instó ella dándole un azotito en el culo antes de salir disparada hacia la cocina—. Ah, cómpralas de la cámara, que estén bien frías. Y tres paquetes de cerveza. ¡Vamos, no te quedes parado!

Héctor asintió con la cabeza, se dio media vuelta y fue al garaje a por el coche. Un instante después Sara le llamó desde la ventana de la cocina. Él se volvió con una sonrisa esperanzada en los labios. Seguro que le quería dar su beso de bienvenida...

—¡Trae un par de bolsas de hielo! —gritó rompiendo toda la magia del momento. «¡Maldita sea mi suerte!».

Cuando regresó eran más de las tres y media de la tarde. Todo Madrid se tenía que haber puesto de acuerdo para llegar a la misma hora a Guardamar, porque las carreteras estaban colapsadas y la tienda hasta los topes de gente. Tenía que haber ido en bici, pero, a ver quién era el guapo que se echaba todas esas botellas a la espalda. Aparcó el coche en el garaje y entró en la casa cargado como una mula con cuatro bolsas llenas de bebida y hielos.

—Mamá está en la ducha. —Alba y Elke estaban en la cocina, esperándole—. Ha dicho que te pongas el bañador y que nos ayudes a llevar a la playa la nevera portátil y las bolsas con la comida —le indicó comenzando a llenar una enorme nevera azul de *camping* con lo que había comprado.

—Ahora voy. —Se desentendió dando media vuelta con la intención de pegarse una buena ducha, entre otras cosas, con su chica. Al fin y al cabo no habían tenido oportunidad de estar juntos, a solas, desde hacía once días. Y sí. Él y su pene los tenían contados.

—También ha dicho que como se te ocurra intentar subir a ducharte con ella, te cortemos los cojones —comentó Elke en ese momento. Héctor se quedó inmóvil, con un pie fuera de la cocina y otro dentro.

—Es el primer día de playa y se está poniendo guapa. No puedes entrar en el baño bajo pena de castración —aseveró Alba apoyando a su pareja.

Héctor se giró lentamente y miró con ojos entornados a las dos brujas que le habían leído el pensamiento.

—¿Me estáis diciendo que no puedo subir a ver a mi novia? —preguntó amenazante.

—No. Te estamos diciendo que tu novia está dándose ánimos delante del espejo mientras se prueba los biquinis que se compró ayer en pleno ataque de nervios. Si quieres pegar un polvo esta noche, más te vale que la dejes tranquila para que se los pruebe todos y pueda elegir el que le haga el culo más bonito.

Héctor miró a las chicas, frunció un poco el ceño, y acabó asintiendo. Ellas sabían más que él de esas cosas. Cogió la mochila de donde la había dejado tirada al entrar en casa por primera vez y subió las escaleras en dirección a la habitación para cambiarse. Por supuesto, los dos perros guardianes, rubios y con forma de mujer que le seguían pisándole los talones no le permitieron hacer nada más... ni siquiera acercarse al cuarto de baño para echar una inocente miradita.

Cuando llegaron a la playa los recibieron como si fueran maná caído del cielo. De hecho, les arrebataron la nevera y la comida y les hicieron entrar en la zona de fiesta que habían delimitado con varias sombrillas y muchas toallas. La playa estaba abarrotada de gente, pero gracias a la previsión de Sara y a que *los Spirits* habían llegado bien pronto, tenían su trocito de paraíso en primera línea de sombrillas. Y era un trocito bien grande. Y por desgracia, bien lleno de arena. Intentando no pringarse demasiado, Héctor ayudó a colocar la comida a Alba y Elke que, al igual que el resto de las chicas, se habían quitado la parte superior del biquini y lucían con orgullo sus preciosos pechos. Las tortillas, croquetas, empanadas y ensaladas terminaron de llenar las mesas que ya estaban medio ocupadas por las patatas fritas, las cortezas, los gusanitos, el fiambre, el pan y las bebidas que aún resistían a la voracidad de los fiesteros.

¡Desde luego iba a ser toda una fiesta! Y luego, siendo consciente de que tal vez Sara iba a tardar todavía un buen rato en llegar, se acercó a la orilla y metió los pies en el agua. Los sacó inmediatamente.

—¡Dios está helada! —gimió con un escalofrío.

—Pero mira que eres exagerado, tío —se burló Eberhard acercándose a él con un vaso en la mano.

—¿Exagerado? ¿Yo? ¿Tú la has probado?

—Pues claro, está buenísima. Un poco fresca, pero estupenda.

Héctor miró a su amigo, volvió a meter los pies, y de nuevo se quedó helado.

—Creo que paso. Ya me bañaré en verano, cuando esté un poco más caliente —aseveró Héctor encogiéndose de hombros.

Eber se echó a reír y fue a por algo de comida. Héctor lo acompañó hasta la mesa con las viandas, cuanto más lejos del agua, mejor. No pensaba bañarse ni obligado, bastante tenía ya con tener que comer en la playa —¡con la de arena que había allí! —, como para que encima se le congelaran los huevos. No, mejor dedicarse a alternar con la gente.

Conocía a la mayoría de las personas allí reunidas. Estaban todos los miembros de *Spirits*, la esposa de Eberhard, algunas amigas de Alba y Elke que Sara se había empeñado en presentarle durante sus actuaciones y un par de chicos a los que no

conocía de nada. Solo faltaba Zuper en el grupo, pero le había dicho que no iba a ir, que quería estar solo el fin de semana para recapacitar. No sabía qué le pasaba a su amigo, pero estaba muy raro últimamente. Mucho más serio de lo normal. De todas maneras, él estaba allí, y más le valía pasarlo bien. Se mezcló con el grupo y comenzó a hablar, sin dejar de vigilar el lugar donde la avenida se juntaba con la playa.

Y de repente la vio. Caminaba deprisa, hundiendo sus pies descalzos en la arena, con las sandalias en una mano y una pequeña cesta de mimbre en la otra. Se había recogido el pelo en una cola de caballo y llevaba unas enormes gafas de sol que le tapaban la mitad de la cara y ocultaban sus tempestuosos ojos negros. Ya se encargaría él de quitárselas. El pareo con el que se cubría el cuerpo se enredaba entre sus piernas gracias a la brisa marina, dejando ver de vez en cuando el biquini negro y dorado que llevaba. ¡Estaba preciosa! Y pronto la tendría en sus brazos, pensó al ver que casi había llegado a la zona de fiesta. Sonriendo como un bobo, dejó el vaso en la mesa y se dirigió hacia ella para reclamar su beso. Pero ella debía de estar despistada y no lo vio, ya que, de repente, sacó una toalla de la cesta, la extendió al lado de una de las sombrillas, se quitó el pareo y...

—¡Joder! —musitó Héctor entre dientes.

«No tengo edad para andar cambiando de costumbres por nadie», pensó Sara mientras recorría la playa casi a la carrera. Desde que Alba y Elke habían empezado a organizar la fiesta estaba en un sin vivir. Por un lado, deseaba que llegase el día, adoraba tumbarse en la arena y convertirse en una croqueta humana. Pero por otro... miró al cielo, el sol brillaba en los más alto y ninguna nube amenazaba con atenuar siquiera un poco su fulgor. No habría modo de ocultar la celulitis, las estrías, las tetas caídas y las arrugas a la vista de nadie, y menos de Héctor. Y tampoco era que lo pretendiese, él ya la había visto desnuda, y no había salido huyendo. Aunque en ninguna de las ocasiones en que había hecho el amor había habido mucha luz: en la hamaca estaban envueltos por la manta, y en la cama, con las prisas, se les había olvidado encender las lamparillas de noche. En definitiva, aún no se había enfrentado a algo parecido a la luminosa luz solar de las cuatro de la tarde.

Negó con la cabeza ante sus tétricos pensamientos. Ya no tenía edad para cambiar de hábitos. Y daba igual que brillara el sol o estuviera nublado, hacía más de veinte años que hacía topless en la playa, y no iba a cambiar de costumbre solo porque su chico tuviera quince años menos que ella y estuviera como un queso. Así que, sin pensarlo un instante más se quitó el pareo, se llevó las manos a la espalda y se desabrochó el biquini.

—¡Joder! —Le escuchó susurrar junto a ella.

Sara levantó la cabeza de golpe, horrorizada. Había esperado tener un segundo para tumbarse en la toalla y acomodarse en una postura sexy. No que la pillara quitándose el sostén... ¡Y tan cerca de ella que no había manera de esconderse!

—Joder —repitió Héctor sin saber qué decir. No quería que nadie la viera así.

¡Solo él tenía ese derecho! Y entonces, haciendo un supremo esfuerzo de voluntad, pudo alejar la vista de sus pechos y posarla en su cara. Y vio sus ojos. Y su gesto despavorido—. Nena. Estás buenísima —afirmó con toda la sinceridad del mundo. Su chica no necesitaba de él un ataque de celos, sino otro ataque muy diferente—. Te follaría ahora mismo —dijo acercándose a ella para besarla y demostrarle hasta qué punto se había puesto duro. Pero antes de que pudiera ponerse manos a la obra pasó por delante de ellos un balón de playa, y tras este, un niño pequeño—. Mierda —susurró dando un paso atrás—. Si te beso, no voy a poder parar y nos van a detener por escándalo público. Necesito... —se interrumpió pensativo. Lo que necesitaba no lo podía tener en ese momento. Una idea brilló en su mente—. Necesito un baño. Ahora vengo, no te vayas —comentó antes de girarse y correr hacia el agua como alma que lleva el diablo.

Y a pesar de que el agua estaba realmente helada, no pudo abandonar su gélida caricia. Porque, aunque su pene había visto reducidas sus dimensiones al contacto con el líquido elemento, en el mismo momento en que este dejaba de cubrirlo, el muy insolente se acordaba de quién le esperaba en la playa en topless y volvía a ponerse en guardia. No había modo de convencerle de que se quedara quietecito y dormidito, por lo menos hasta llegar a alguna toalla con la que poder taparse. Y Héctor no podía abandonar el helado refugio del mar so pena de espantar a las cientos de familias con niños que había en la playa, porque lo que se marcaba en su bañador no era una ligera erección, no. Era una puñetera antena parabólica capaz de captar sonidos de más allá del sistema solar.

—¿Qué se supone que estás haciendo, Héctor? —le preguntó Eber a voz en grito desde la orilla al verle salir por enésima vez del agua para luego volver a sumergirse con rapidez.

—Yo diría que el niño tiene problemas con las comunicaciones «vía satélite» —comentó Elke burlona. Alba miró a su chica, y acto seguido, cayó al suelo riéndose a carcajadas.

—¿Por qué no te vas a la mierda un ratito, bruja? —respondió Héctor tiritando con el agua a la altura del ombligo.

—Vamos, chicas, dejadle en paz. —Salió Sara en su defensa acercándose a la orilla con una enorme toalla entre las manos.

Se había quedado tan asombrada por su súbita retirada. —Héctor no era de los que se iba sin conseguir lo que quería— que no había atado cabos hasta que lo vio intentar salir del agua, y se fijó en cómo crecía lo que había bajo el bañador cada vez que lo intentaba. Y, para qué negarlo, había esperado un rato para ir en su auxilio... estaba disfrutando como nunca al ver que él era incapaz de controlar su reacción hacia ella.

Héctor vio el cielo abierto cuando ella entró en el agua y abrió la enorme toalla que llevaba entre las manos. ¡Por fin podría salir! Se abalanzó sobre ella a la carrera, la envolvió en un abrazo de oso y dejó que ella le envolviera a su vez con la toalla.

—Eres una mujer perversa —le dijo al oído.

—¿Yo? Pero si te he rescatado del mar —comentó divertida. Su joven príncipe azul era como los gatos, adoraba el sol y odiaba el agua fría. Siempre iba hecho un pincel y odiaba pringarse con la arena.

—Tú, mujer cruel, has sido la culpable de que acabara en el agua —susurró antes de besarla en el lóbulo de la oreja.

—Que yo sepa no te he empujado al agua —comentó risueña mientras le sacudía las gotas del pelo con los dedos.

—Hace casi dos semanas que me tengo que conformar con besos y caricias robadas, y lo he aguantado con entereza.

—¿Con entereza? Si no haces más que lloriquear porque no puedo pasar las tardes contigo a solas.

—Con entereza —la interrumpió con rotundidad—. Cualquier hombre en mi situación hubiera muerto de un ataque de lujuria frustrada —afirmó—. Pero yo no. Yo soy un hombre paciente. —Sara entornó una ceja y lo miró escéptica—. Sí lo soy, hasta cierto punto —susurró feroz, abrazándola con fuerza, dejándole sentir la tremenda erección que había vuelto a erguirse impaciente en su ingle—. Joder. Estaba dispuesto a pasar una tarde de playa sin sobresaltos. Me había concienciado de que iba a verte en bikini y que tenía que aguantarlo pacientemente y sin excitarme. Y llegas tú y me enseñas tus preciosas tetas. ¡Toda la sangre se me ha acumulado en la polla! He tenido que meterme en el agua para prevenir un ataque cerebral por falta de riego sanguíneo.

Sara se echó a reír sin poder evitarlo. Lo decía tan serio, tan compungido...

—Esta me la vas a pagar —susurró él con una pícaro sonrisa en los labios.

—Ya veremos —replicó Sara dándole un cariñoso apretón en el pene antes de darse la vuelta y dirigirse a las sombrillas.

Héctor gruñó impaciente mientras intentaba colocar la toalla de manera que le disimulara un poco.

—¿Tienes alguna noticia del amigo de tu hermana? —le preguntó Sara mientras se chupaba los dedos. ¡La empanada estaba buenísima!

—Sara —gimió Héctor con voz ronca—. No soy un niño.

—No, claro. Ya lo sé —repuso ella, intrigada por su respuesta.

—Me parece estupendo que hagas topless en la playa. No soy ningún machista que monta en cólera porque los demás hombres puedan ver las tetas de su novia. Entiendo que todas estáis en bolas, y en serio, no pasa nada, no me molesta. —Y era verdad, pasado el arrebató inicial de celos, estaba encantado de que ella estuviera tan buena que todos babearan de envidia. Eso sí, que no se la acercara ninguno, o acabaría con los dos ojos morados—. Puedo permanecer aquí sentado todo el día tapando mi erección de caballo con tu pareo. Pero todo tiene un límite. Y como vuelvas a chuparte los dedos, te voy a dar otra cosa mucho más rica que chupar, y al diablo con el escándalo público —afirmó llevándose las manos a la entrepierna.

—Ah, vaya. No me había dado cuenta.

—Ya —musitó Héctor luchando con toda su fuerza de voluntad para no mirar por debajo de la barbilla de su chica. Perdió la batalla.

—¿Héctor? —lo llamó Sara un instante después.

—¿Sí? —Parpadeó sobresaltado y sacudió la cabeza antes de lograr desviar la mirada a zonas más seguras.

—¿Sabes algo del amigo de tu hermana?

—Sí, estuve hablando con Ruth ayer por la noche. No es su amigo exactamente, es el hijo de uno de sus «niños» de la residencia. Me dijo que se lo había comentado a su jefe y que puede que tuviera algo para el verano. Ya veremos a ver si sale.

—¿No te dijo nada más?

—No. Estaba como loca por contarme cómo iban los preparativos de la boda, y a mí se me olvidó por completo preguntárselo. Ariel ya ha elegido su vestido —comentó con una sonrisa radiante—. La verdad, no me la imagino con falda, pero Ruth dice que está preciosa, y que apenas se le nota el embarazo.

El fin de semana que había pasado con sus hermanos había sido un cúmulo de sorpresas. Por un lado, Ariel y Darío ya tenían fecha para la boda: el veintinueve de mayo, y estaban empezando a prepararlo todo. Iba a ser una boda civil, con la familia y los amigos más cercanos. Ruth estaba histérica porque quería que todo saliera perfecto. Darío estaba histérico porque no quería que Ariel se esforzara demasiado estando embarazada. Y Ariel estaba histérica porque Ruth y Darío la estaban volviendo loca. Casi se alegraba de no estar en Madrid. La casa familiar parecía una jaula de locos. Solo su padre y su sobrina parecían disfrutar de los preparativos. El primero porque los olvidaba al instante —no podía conservar recuerdos— y la segunda porque era una niña y se lo estaba pasando bomba con todo el trajín. Y además, a la sorpresa por la boda se le añadió otra: la de un posible trabajo a la vista. Y uno de larga duración si tenía un poco de suerte.

Su hermana era directora de Recursos Humanos de una residencia de día para ancianos. Pero no era solo eso, ella adoraba a todos sus ancianos, para ella eran sus niños, y los trataba como si realmente lo fueran. Los mimaba, cuidaba y hablaba con ellos de todo aquello que se habla con los amigos, aunque estos sean algo desmemoriados. Y uno de los temas de los que hablaba con sus niños era su familia, de sus dos hermanos pequeños. De él. Y había dado la casualidad de que el hijo de uno de sus ancianos trabajaba en el Ministerio de Medio Ambiente. Y el anciano, tras decidir por su cuenta y riesgo que si Ruth era maravillosa, su hermano pequeño tenía que serlo también, se había puesto manos a la obra. Le había hablado a su hijo incesantemente de Héctor —al que apenas conocía—, hasta el punto de que este había decidido quitarse el muerto de encima hablándolo con su superior. Y quién sabe por qué motivo, el jefe le había escuchado y había pedido más información.

Héctor ya le había mandado su currículum por mediación de Ruth, y no era porque fuera suyo, pero el apartado académico era espectacular, lástima que en experiencia

laboral no llegara al año. De todas maneras, tampoco se hacía muchas ilusiones. Ni siquiera le habían llamado para hacer una entrevista, así que lo veía un poco negro.

—¿Por qué no te imaginas a tu futura cuñada con falda? —preguntó Sara, sacándole de sus pensamientos.

—Bueno, nunca la he visto vestir otra cosa que no sean leggins o vaqueros. No le gustan mucho las cosas de chicas. —Y procedió a contarle cómo era exactamente su cuñada.

Sara lo observó atentamente mientras le contaba cada rasgo de la novia de su hermano. Luego pasó a detallarle cómo eran sus hermanos, su padre, su cuñado, su sobrina... Saltaba a la vista que Héctor adoraba a su familia. Que los quería por encima de todo. Que haría cualquier cosa por ellos. Incluso mantener en secreto que salía con una mujer quince años mayor para no disgustarles ni decepcionarles. Aunque ella tampoco esperaba otra cosa. Lo entendía. Y lo asumía, aunque le hubiera gustado que la invitara a la boda. Por supuesto que se negaría a ir, eso por descontado. No pensaba ponerle en ese tipo de compromiso. Pero soñar todavía era gratis.

—Vaya... Mira quién se ha apuntado a la fiesta —le indicó Héctor, interrumpiendo el monólogo sobre su familia y la maravillosa boda que estaban montando.

Zuper caminaba por la playa con la mirada fija en Alba y Elke. Iba sumido en sus pensamientos, tropezando a veces con sus propios pies. Más o menos como le llevaba pasando a Héctor durante todo el día; mantener el tipo cuando las chicas están en topless era sumamente complicado.

Héctor comprobó que su pene estaba tranquilo bajo el pareo y se levantó para ir con su amigo.

—¡Al final te has decidido a venir! —exclamó entusiasmado. Le había echado mucho de menos, a él y a sus payasadas.

—Sí. He tomado una decisión —afirmó el pelirrojo tocándose la oreja derecha.

—Ah. ¿Te has puesto un pendiente?

—Sí.

—Te queda muy bien.

—Eh... Sí, me da un aspecto más... interesante. Pero el cabrito pica un huevo —aseveró volviendo a frotarse el lóbulo de la oreja.

—No te lo toques —le dijo Alba llegando hasta ellos—. ¿Cuándo te lo has puesto?

—Esta mañana.

—Tardará unos días en cicatrizar —apuntó Elke—, así que tómatelo con calma.

—Lo mío no es la paciencia —gruñó Zuper.

—No tengas prisa, Zuper, todo sabe mejor cuando se cuece a fuego lento. No conviene apresurarse —le indicó Alba dándole un buen pellizco en el culo.

—¿Lleváis las llaves? —preguntó Sara de pie junto a la puerta abierta del coche.

Las dos rubias asintieron con la cabeza desde el interior del vehículo mientras Zuper se revolvió impaciente en el asiento trasero—. Os dejo la puerta cerrada con una vuelta de llave y sin echar la cadena —les informó antes de cerrar y despedirse por fin de ellas.

Esperó en la cancela de la entrada hasta que vio desaparecer las luces del coche por la avenida y, tras esto, entró en el patio y cerró la verja con llave. Al instante siguiente tenía la espalda pegada a las rejas de hierro y a Héctor sobre ella, devorándole la boca.

—Dios, ya no podía esperar más —afirmó meciéndose sobre ella, frotando su tremenda erección contra el pubis femenino—. ¿Por qué has tenido que ponerte pantalones? Si llevaras falda te follaría aquí mismo.

—Pues entonces menos mal que no la llevo —comentó ella divertida entre beso y beso.

—¿Tienes las llaves de casa a mano?

—Están en el bolso.

—¡Joder! Me va a dar algo, Sara. Lo digo en serio —aseveró él arrancándole el bolso de las manos y volcando todo su contenido sobre la mesa que había en el patio.

—¡Héctor! —jadeó ella, atónita por su impaciencia.

—¡Las tengo! —exclamó él volviendo a meterlo todo en el bolso para después cogerla de la mano y llevarla a la carrera hasta la puerta de la casa.

Le temblaron los dedos al meter la llave en la cerradura. Cuando consiguió abrir, cogió en brazos a su chica, cerró la puerta con el talón y subió corriendo las escaleras que daban a la habitación. La tumbó sobre la cama con suavidad y antes de que Sara se diera cuenta, empezó a desnudarla.

—Tranquilo, Héctor, no hay prisa.

—Sí la hay. Llevo todo el día deseando meterme estas dos preciosidades en la boca, ¡y no nos han dejado solos ni un momento! —Gruñó desabrochándole el sujetador a la vez que frotaba sus mejillas contra los pechos—. Y luego en la actuación. Joder, nena, me has puesto enfermo de veras. Adoro cómo te marcan el culo los leggins negros... —jadeó bajándole los pantalones de un tirón—. No hacía más que pensar en quitártelos y comerte... —se interrumpió para hacer exactamente lo que llevaba pensando toda la noche—. Ah, qué bien hueles —gimió hundiendo la nariz entre sus pliegues vaginales.

—¡Héctor! Tranquilízate, que te va a dar algo —le advirtió, sorprendida de verle tan sumamente excitado... y desatado.

—Ya me está dando algo. Estoy enfermo de deseo —musitó mordisqueándole los muslos—. Me duelen los huevos, me palpita el corazón, me sudan las manos... voy a morir de un ataque de lujuria si no te follo pronto —afirmó escalando con los labios por su cuerpo hasta llegar a su boca.

—Pero mira que eres exagerado —susurró ella divertida por su exageración antes de devolverle el beso.

—No exagero. Estoy al borde del infarto —afirmó con carita de niño bueno. Sara no pudo evitar echarse a reír al ver su gesto—. Mujer malvada y cruel que no me cree, estoy a punto de desfallecer en tus brazos y tú te ríes. Mira cómo me tienes y dime si no es para estar preocupado. —Señaló con la cabeza la tremenda erección que despuntaba insolente en su pubis—. ¡Priapo a mi lado tiene la polla de un querubín de Rubens!

Sara estalló en carcajadas. Héctor intentó durante un instante volver a poner cara de niño bueno, pero al final acabó tumbado junto a ella, sujetándose el estómago por la risa, con su erecto pene bamboleándose indignado en el aire.

—Quizá he exagerado un poco —comentó girándose para hundir la cara en el cuello femenino.

—Una pizca de nada.

—Es que la sangre no me llega al cerebro, y claro, no puedo pensar bien —se disculpó a la vez que comenzaba a frotar su sexo contra el muslo de ella—. Dios, Sara, mira lo que me haces... parezco un perro en celo.

Sara se secó las lágrimas que habían brotado de sus ojos, se estiró hasta alcanzar el cajón de la mesilla con una mano, y hurgó en este hasta dar con lo que buscaba.

—Toma —le tendió un tubo de crema.

—¿Qué es esto? —preguntó él incorporándose en la cama e intentando leer con la luz del pasillo las letras del tubo para averiguar lo que era.

—Lubricante al agua —musitó Sara un poco avergonzada—. Así no tendrás que perder el tiempo en preliminares.

Héctor la miró con tanta intensidad que Sara pensó que estaba leyéndole la mente. Luego se inclinó sobre ella con una preciosa sonrisa dibujada en su boca, la besó con extrema ternura, y dejó el tubo de crema de nuevo en la mesilla de noche.

—Ya lo usaremos en otra ocasión —afirmó antes de volver a besarla.

Descendió lentamente por su cuello, lamió con lentitud su clavícula, dibujó con la lengua sus pechos, y al llegar a sus pezones, se dio un festín con ellos. Los chupó y succionó, primero uno, después el otro, prestando a ambos idéntica dedicación, los apresó entre sus labios y tiró de ellos hasta hacerla jadear, y después, los mordió con suavidad antes de volver a lamerlos y chuparlos hasta que estuvieron tan duros que el dolor se mezcló con el placer. Les dio un último lametazo y deslizó los labios por su vientre, jugó sobre su ombligo, mordisqueó la suave piel entre sus muslos, y cuando ella arqueó la espalda elevando las caderas, hundió la cara en su sexo y la penetró con la lengua. Se recreó en los suaves pliegues, trazó en la vulva un sendero de besos y roces de sus dientes, frotó con la nariz el clítoris, y cuando la sintió temblar, lo tomó entre los labios y succionó con fuerza a la vez que introducía dos dedos en su empapada vagina.

Y por fin, la hizo gritar.

—Sara. —Le oyó llamarla entre las brumas del poderoso orgasmo que acababa de provocarle.

Abrió los ojos y lo vio sobre ella, sosteniéndose sobre los codos, con la frente pegada a la suya y la boca y la barbilla empapadas por la esencia de su éxtasis.

—Sara, necesito tranquilizarme —susurró con gemidos entrecortados—. Me he puesto un condón y te la voy a meter un poquito... solo la puntita, para calmarme un poco y luego vuelvo a los preliminares. Lo juro.

Y a pesar de los temblores que aún recorrían su cuerpo, Sara no pudo evitar echarse a reír de nuevo.

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó Héctor con un atisbo de sonrisa en los labios.

—Solo un poquito.

Héctor entornó los ojos y sonrió al darse cuenta de que estaba tan obsesionado con dejarla satisfecha que acababa de decir una soberana estupidez. Y entre risas, la penetró. Solo un poquito. Solo la puntita.

—Ah, esto es el paraíso —jadeó cuando las paredes vaginales se cerraron con fuerza sobre su glande—. Un poquito más y lo dejo —bromeó empujando lentamente—. Solo una pizca más.

Y esa pizca más acabó siendo una penetración profunda y continuada que volvió loca a su chica. Un vaivén cadencioso en el que apenas entraba un poco para salir una pizca y volver a hundirse otro poco. Un roce lento y reposado, en el que no solo entraban en juego el pene y la vagina, sino también cuerpo, corazón y mente. Una cadencia que poco a poco fue dejando atrás el ritmo sosegado para convertirse en la rápida melodía de dos cuerpos que se buscan y se encuentran.

—Sara, déjame ver cómo te tocas —le suplicó Héctor alzándose sobre los brazos y mirando sus sexos unidos—. No tienes ni idea de lo mucho que me pone ver tus dedos jugando con tu coño —susurró cuando ella comenzó a masturbarse—. Me gusta ver cómo se empapan y se vuelven brillantes. Cómo se hincha tu clítoris. Eres tan bonita ahí, Sara, tan preciosa.

—Qué boca tan sucia tienes —jadeó ella, tan excitada que apenas si podía hablar.

—Llevo toda la semana pensando en hacerte el amor —gimió sin dejar de mirarla—. Meneándomela como un loco mientras nos imaginaba follando en la cama, sobre la mesa del comedor, en el sofá —musitó doblando los codos lentamente para pegarse más a ella—. Te follaba la boca.

Sara tembló, sus ojos se entornaron, incapaces de mantenerse abiertos. Los dedos con los que se acariciaba se quedaron sin fuerzas. Héctor colocó los suyos sobre el clítoris y continuó masturbándola mientras hablaba.

—Te follaba por delante... —jadeó en su oído aumentando la rapidez y la fuerza de sus penetraciones—, te ponía a cuatro patas sobre la cama y me enterraba en ese maravilloso culo que tienes.

Y Sara volvió a gritar.

Y Héctor gritó con ella.

Capítulo 18

—¿Sabes cuando tienes la impresión de que todo es demasiado bueno, demasiado perfecto? —preguntó Héctor a su hermano. Este asintió—. Así fue para mí abril. Todo iba sobre ruedas. Me quedaba todos los fines de semana en casa de Sara. Hablábamos, reíamos, hacíamos el amor. Éramos felices. Y luego llegó mayo y fue todavía mejor. Me daba la impresión de que el destino se había aliado con nosotros para ponernos las cosas fáciles. ¡Qué equivocado estaba! Lo que para mí era maravilloso, para Sara era el principio del fin.

Lunes, 3 de mayo de 2010

«Hace casi un año que hice este mismo viaje por primera vez».

Héctor descorrió la cortinilla que cubría la ventana y observó la luna reflejándose en el horizonte infinito del Mediterráneo. Sacó una botellita de agua de la mochila que descansaba en el suelo a sus pies y le dio un trago, luego buscó el paquete de toallitas húmedas para bebés que su hermano se había empeñado en que llevara y se refrescó la cara y los brazos con ellas.

«Estoy haciendo exactamente lo mismo que hice hace once meses, el mismo viaje, el mismo autobús, pero ya nada es igual».

Y así era. Ya no se sentía entusiasmado porque iba a vivir solo por primera vez en su vida, se sentía entusiasmado porque había alguien esperándole. No sentía que estuviera metido en una aventura donde no tenía ni idea de qué podía pasarle. Ahora sabía exactamente qué le esperaba al final de su viaje: una mujer preciosa a la que estaba loco por ver.

Pegó la frente al cristal de la ventana, deseando poder meter prisa al conductor para que acelerara y llegara de una vez a su destino. Suspiró con fuerza. Tenía que ser paciente. Apenas le quedaban unos minutos. Volvió a meter en la mochila el agua y las toallitas húmedas, se peinó con los dedos y comprobó disgustado que, por mucho que había intentado evitarlo, se le había arrugado la camisa azul a cuadros, informal pero a la vez seria, que se había puesto para la entrevista de esa mañana. Pasó las manos por los pantalones vaqueros y por último frotó los zapatos negros con hebillas con un pañuelo para abrillantarlos un poco. Cuando acabó de adecentarse, el autobús entraba en la estación de autobuses de Guardamar. Esperó impaciente a que se detuviera, y en cuanto lo hizo, se levantó, cogió la mochila y salió tan deprisa como sus pies se lo permitieron. Y allí estaba ella. Apoyada en el capó del C4. Esperándole. Tan hermosa con sus pantalones pirata y su camiseta de manga corta que dolía mirarla y saber que aún tendría que esperar para tenerla desnuda entre sus brazos.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó acercándose a él.

Héctor no se molestó en responder. Tenía cosas más importantes que hacer, como por ejemplo, besarla. Llevaba desde el jueves sin verla por culpa de la visita a Madrid y estaba como loco por tocarla. Por olerla. Por mirarla. Por saborearla. Se había vuelto adicto a ella.

—Vamos, Héctor, no te pongas cariñoso ahora. Estamos en mitad de la calle.

—No me pongo cariñoso, ¡estoy con el mono! Mírame, si hasta me tiembla el pulso —exclamó él haciendo temblar las manos a propósito.

—Oh, vaya. Vas a tener que ir al hospital. Ese tembleque en las manos no augura nada bueno. Lo más probable es que te dejen ingresado —le advirtió divertida.

—¡Joder, Sara! Dame las llaves —le pidió con voz urgente.

—Héctor, lo he dicho en broma —le indicó ella, asustada por su gesto de dolor.

—Ya lo sé, pero acabo de imaginarte vestida de enfermera porno. Con la bata abierta y sin nada más, revisándome los bajos con la boca —explicó arqueando mucho las cejas—. Necesito meterme en el coche y desabrocharme los pantalones para hacer hueco —musitó extendiendo una mano para que le diera las llaves—. Tengo la polla tan dura que voy a hacer un agujero en la bragueta.

Sara desvió la vista a la entrepierna masculina, asintió y le entregó las llaves. Eso no era una erección, era un bate de béisbol.

—No sé que voy a hacer contigo —le recriminó—. Siempre te lo tomas todo por el lado que no es.

—Ya te lo he dicho... estoy con el mono.

—Tú siempre estás con el mono —musitó ella, medio en broma medio en serio. Eso era lo que pasaba cuando se tenían relaciones con un muchacho tan joven, que siempre estaba preparado y pidiendo más.

Héctor se encogió de hombros y sonrió lascivo a la vez que le guiñaba un ojo. Luego se apresuró a meterse en el coche y, tras echar un vistazo a su alrededor, se desabrochó los botones del pantalón.

—Ah. Te juro que pensaba que iba a estallarlos —comentó metiendo la llave en el contacto. Arrancó y se incorporó a la carretera, no tardarían ni diez minutos en llegar a casa. No les daba tiempo a hacer nada, y por eso mismo decidió picarla un poco—. ¿Te apetece hacerme una mamadita?

—¡Héctor!

Él estalló en carcajadas. Le encantaba cuando se ponía colorada como un tomate y lanzaba fuego por los ojos.

Cuando llegaron al chalé, Héctor había conseguido atemperar un poco los ánimos mientras que Sara estaba que echaba humo por las orejas. Su querido principito no se había dignado a contarle nada sobre la entrevista de trabajo, argumentando que tenía la boca seca y que era mejor esperar a estar en casa para hablar tranquilamente. Y ella estaba al borde de un ataque de nervios.

¡Necesitaba saber algo ya!

Héctor, indiferente ante la mirada airada de su chica, tomó la mochila y se fue directo a la cocina a servirse un refresco. Desde la fiesta en la playa se había quedado a dormir todos los fines de semana, y también algunos días entre semana. La casa ya no tenía secretos para él.

—Bueno, ¿me vas a contar algo o no? —preguntó ella nerviosa apoyándose en la encimera.

—No hay mucho que contar —comentó poniendo cara seria—. Me he reunido con el hijo del «abuelo» de Ruth en la puerta del Ministerio de Medio Ambiente, y me ha acompañado hasta el despacho de su jefe. Una vez allí me ha presentado, me ha dejado solo con él y yo me he puesto de los nervios. No sé ni cómo he atinado a contestar a sus preguntas —afirmó bajando la cabeza compungido.

—Tranquilo, seguro que le has causado una buena impresión —le consoló Sara abrazándole con ternura.

—Me ha dicho... —Hizo una pausa para dar más dramatismo al momento— ¡que no me busque nada para el verano! —exclamó levantándola entre sus brazos y girando con ella alrededor de la cocina.

—¿Que no busques nada para el verano? —preguntó ella confundida y algo mareada de tanta vuelta—. ¿A qué se refiere?

—Quiere que esté disponible para viajar en verano por todo el país —jadeó Héctor riéndose histérico sin parar de dar vueltas sobre sí mismo con Sara todavía en brazos—. Por lo que se ve el hijo del abuelo es muy amigo suyo y después de conocerme y ver que soy buena gente y que estoy preparado para trabajar duro, ¡ha decidido tirar de algunos hilos!

—¿Que estés disponible... por todo el país? ¿De qué estás hablando ahora? —susurró casi tan nerviosa como él. Pero mucho más asustada.

—¡Todo ha ido como la seda! Se ha mostrado entusiasmado con todo lo que le he contado, con mis ideas, con lo que estoy haciendo en El Hondo, ¡con todo! —exclamó posándola por fin en el suelo y comenzando a pasearse nervioso por la cocina—. Tiene contactos con IberNat que a su vez está adscrita a RN2000 y va a intentar meterme en suplencias. Tendré que moverme por todo el país, pero serán solo unos meses, y si lo hago bien, quizá le caiga en gracia a alguien y me quede en un puesto estable. ¡Dios! Es increíble, Sara. ¡Increíble!

—Héctor. ¡Héctor! Para, y cuéntamelo todo bien —le exigió ella tomándole la cara entre las manos y obligándole a detenerse.

—No puedo, Sara, no puedo. Es imposible que me quede quieto. Estoy demasiado nervioso —se echó a reír eufórico—. He pasado seis horas metido en un autobús, y ahora necesito gritar, saltar, dar volteretas —gritó girando sobre sí mismo para detenerse de repente, frente a ella, y mirarla como si fuera el bocado más apetitoso del mundo—. ¿Dónde están Alba y Elke?

—Han ido con Zuper a El Templo, llegarán de madrugada. ¿Por?

—Te voy a hacer el amor ahora mismo —afirmó abalanzándose sobre ella—.

Ayúdame a calmar los nervios y después te lo cuento todo, lo juro.

—¿Te sientes lo suficientemente aplacado como para contármelo todo con pelos y señales? —le preguntó Sara divertida.

Habían hecho el amor en el comedor con rapidez no exenta de ternura. Héctor había sido incapaz de esperar un segundo más teniendo a mano un sofá tan cómodo. Luego había vuelto a poseerla en la habitación, sobre la cama, lentamente, a conciencia. Y ahora, estaban tumbados sobre las sábanas arrugadas, desnudos y saciados.

—No sé ni por dónde empezar, Sara. Es... la oportunidad de mi vida. Solo con pensarlo me dan taquicardias —afirmó girándose para mirarla.

—Túmbate boca abajo y deja que te dé un masaje relajante mientras me lo cuentas —le instó ella, deseosa de saber qué había pasado en la entrevista y a qué iba a tener que enfrentarse como resultado de la misma.

—Sí, me encanta que me hagas masajes —ronroneó Héctor obedeciéndola al instante, su chica tenía las manos más dulces del mundo mundial—. ¿Por dónde empiezo?

—Yo creo que lo mejor es hacerlo por el principio —comentó ella burlona mientras se untaba las manos con aceite y comenzaba a deslizarlas lentamente por la espalda masculina.

—Si tú lo dices —comentó risueño—. Esta mañana me he levantado histérico cuando ha sonado el despertador a las cinco y cuarto. Darío estaba en la cocina, preparándome el desayuno. Estaba todavía más nervioso que yo.

—Tiene que ser un encanto de hombre.

—Es el mejor hermano del mundo mundial. Ya lo comprobarás cuando le conozcas —musitó Héctor adormecido por el masaje.

«¿De verdad piensas presentármelo algún día, Héctor? —le preguntó Sara desde el interior de su mente—. No, claro que no. No te arriesgarás a enfadar a tu hermano, y lo entiendo. De verdad que lo entiendo», se respondió a sí misma, incapaz de verbalizar lo que le preocupaba y ponerle a él en el aprieto de confesar que se avergonzaba de ella. En lugar de eso, satisfizo su frustración dándole un fuerte pero cariñoso pellizco en el trasero.

—No te duermas y sigue hablando.

—No me duermo —refunfuñó él con voz ronca—. He llegado media hora antes de la cita, y me he tomado una tila en el bar. Pero ni por esas he dejado de temblar. Uf, Sara, estaba atacado de los nervios, te lo juro. Cuando Ruth me dijo que el hijo de uno de sus «niños» trabajaba en el Ministerio de Medio Ambiente, pensé que sería un ordenanza o algo similar. Desde luego ni se me pasó por la cabeza que estuviera metido en el OAPN^[10], ni que fuera íntimo amigo de uno de los que cortan el bacalao.

—¿Te puede meter en el OAPN? —preguntó atónita.

—No. Claro que no. Ni siquiera soñaría con eso —desestimó hundiendo la cara

en la almohada—. Ah, Sara, me encanta —jadeó cuando ella le recorrió lentamente la columna vertebral con dedos resbaladizos.

—Sigue contándome cosas... o me quedaré quieta.

—Malvada —musitó cerrando los ojos—. No creo que quiera, ni pueda, meterme en OAPN ni en RN2000, ni siquiera lo mencionó. Pero tras leer mi currículum me hizo miles de preguntas y luego me comentó que yo parecía bastante preparado, y que, por la amistad que le une al hijo de Pepe, el anciano de mi hermana, iba a sugerir a IberNat que le echaran un vistazo a mi currículum. Como te puedes imaginar, yo estaba eufórico. A ver, es casi imposible que nadie preste atención a alguien como yo, con tan poca experiencia. Pero si me recomienda él, quizá tenga alguna oportunidad.

—Seguro que sí, Héctor. Ya lo verás.

—No lo sé, no las tengo todas conmigo, pero soñar es gratis —afirmó optimista—. Me preguntó si tenía disponibilidad geográfica y, por supuesto, le dije que sí, que era libre para trabajar en cualquier lugar de España. Luego quiso saber si tenía algo planeado para el verano, y le contesté que mi contrato en El Hondo acababa en junio y que a partir de ese momento estaba disponible para cualquier cosa que me ofrecieran. Entonces comentó que quizá pudiera mover algunos hilos, siempre y cuando yo tuviera en cuenta que lo único que podría conseguirme, con un poco de suerte, serían suplencias de verano de quince días a lo sumo, con un sueldo bastante reducido. Acepté sin pensarlo un segundo.

—Vaya —murmuró Sara deteniendo sus manos. Disponibilidad geográfica implicaba que podía marcharse en cualquier momento a la otra punta del país.

—Ya, es una putada —afirmó Héctor girándose hasta quedar de costado. Intuía lo que en esos momentos se le estaba pasando a Sara por la cabeza—. Pero, no nos preocupemos aún. Es muy difícil que me ofrezcan algo. Y si lo hacen, ya veremos cómo nos las apañamos —afirmó acercándose a ella y dándole un dulce beso en los labios—. Entiendes que no puedo ponerle trabas a nada, ¿verdad? Si me ofrecen algo, no puedo rechazarlo, tengo que cogerlo con las dos manos. Puede ser la oportunidad de mi vida.

—Claro que lo entiendo, no te preocupes. Ojalá consigas esas suplencias, sería maravilloso —musitó intentando sonreír.

—Sí, supongo. Aunque se me va a hacer muy cuesta arriba estar lejos de ti —afirmó mirándola con mucha atención, intentando adivinar qué pensaba ella en realidad.

—Bueno, podremos vernos entre suplencia y suplencia —declaró Sara fingiendo un entusiasmo que no sentía.

—Sí, eso haremos —sentenció Héctor volviendo a tumbarse boca abajo, incapaz de seguir viendo la tristeza que empañaba los ojos de Sara. Era muy mala fingiendo—. Si saliera algo tendría que dejar la casa que comparto con Zuper, no puedo mantener una habitación en La Mata y a la vez pagar una pensión donde quiera que me manden —comentó preocupado, mejor dar todas las malas noticias de golpe—.

Pero si no me saliera nada, tendría que conseguir un trabajo aquí, de lo que fuera, mientras encuentro algo de lo mío, o regresar a Madrid con mis hermanos. No tengo ni un duro ahorrado.

—No te preocupes por eso, Héctor, si te salieran las suplencias por descontado que te instalarías aquí cuando vinieras a verme. Y si no te salen, bueno, también podrías venirte a vivir conmigo.

—Ni lo menciones, Sara —la interrumpió él antes de que continuara hablando—. No pienso dejar que me mantengas. Si no me salen las suplencias, buscaré otra cosa, tengo buenas manos para trabajar —aseveró feroz. Lo último que necesitaba era que ella le tuviera que sostener económicamente como si fuera un crío.

—Por supuesto que sí, no sé en qué estaba pensando, encontrarás trabajo. Seguro —susurró ella cerrando los ojos.

¿Qué mosca le había picado para proponerle eso? Hacía años que se había prometido que jamás volvería a mantener a ningún hombre. Se suponía que con Geert había aprendido la lección. ¿Tan encaprichada estaba con Héctor que era capaz de volver a cometer los mismos errores que en el pasado? Menos mal que él no era como Geert.

—¿Te lo imaginas, Sara? Si me salieran las suplencias, quizá tuviera la suerte de que en alguno de esos parques en los que trabaje les guste cómo lo hago y acaben dejándome fijo. Podría comenzar a pensar en el futuro. Quizá comprar alguna casa con un pequeño terreno alrededor y poner un tobogán para los niños —murmuró Héctor dando voz a su particular cuento de la lechera.

—¿Un tobogán para los niños? —preguntó Sara aterrorizada. No era posible que Héctor estuviera pensando ya en niños; era demasiado joven. ¡Y ella demasiado vieja!

—Sí —musitó él soñador—. Y una casita de madera pegada a un árbol... y una piscina pequeña, de esas de plástico. ¿Te lo imaginas, Sara? Un par de churumbeles jugando en el patio mientras yo hago una paella en la barbacoa. Pero para comprar todo eso, antes tengo que tener un buen trabajo. Va a ser complicado, pero nada es imposible.

—Claro que no —susurró ella.

Él continuó hablando de sueños, oportunidades y trabajos, pero ella no le escuchó, sumida como estaba en sus propios y lúgubres pensamientos.

Su jovencísimo príncipe azul soñaba con niños y un futuro en familia, y ella ya no tenía edad para eso. ¿Cuánto tiempo les quedaba para estar juntos antes de que él se diera cuenta de que no podría cumplir sus sueños si continuaba con ella? ¿Meses? ¿Semanas? Tanto si le salían las suplencias como si no, él se iría. Necesitaba un trabajo, y ella sabía cómo era el mundo de los ingenieros forestales. Recorrían toda España de proyecto en proyecto, adquiriendo experiencia, buscándose la vida como buenamente podían hasta que encontraban algo fijo. Si lo encontraban. Porque tal y como se planteaba el futuro con la crisis, muchos acabarían saliendo al extranjero. Y

tanto si se quedaba, como si se marchaba, ella seguiría siendo una vieja que no podría darle los hijos que él deseaba.

«Se nos agota el tiempo».

Deslizó lánguidamente los dedos por la espalda masculina, disfrutando de la cálida piel del muchacho al que pronto perdería. Le rozó las costillas con las uñas, haciéndole removerse por las cosquillas, y cuando él se quejó de que ese masaje no era relajante, continuó su camino por los muslos y las pantorrillas. Le encantaba sentir el tacto del suave vello que cubría sus piernas, la dureza de sus músculos cuando se tensaban al sentir el roce de sus dedos... ascendió lentamente hasta llegar al trasero, le dio un ligero pellizco y volvió a descender por sus piernas. Y mientras lo hacía no podía dejar de pensar que pronto lo perdería.

«Viajará por todo el país, apenas nos veremos», repetía en su cabeza el eco funesto que anunciaba la desintegración de su paraíso privado.

«Conocerá a una chica de su edad, se enamorará... y me olvidará. Y eso es bueno», se dijo intentando convencerse. Héctor se merecía lo mejor. Una muchacha cariñosa con la que formar una maravillosa familia y con la que pasar el resto de su vida. No una vieja con media vida ya gastada. «No hay esperanza para nosotros». Desde el principio sabía lo que podía esperar de su relación y había asumido que el tiempo que pasarían juntos sería corto. Era ley de vida. Los chicos jóvenes querían chicas jóvenes con las que crear un hogar y tener hijos, no cuarentonas con el reloj de la maternidad a punto de caducar. Pero aun habiéndolo aceptado desde el momento en que lo conoció, dolía. Cuánto dolía.

—Vaya, Sara, te ha dado por mi culo —escuchó la voz risueña de Héctor entre las brumas de su desesperación.

Parpadeó un par de veces hasta que consiguió centrarse en lo que estaba haciendo, y se dio cuenta de que, efectivamente, él tenía razón. Estaba amasándole el trasero. Y no le extrañaba en absoluto. El muchacho tenía un culo precioso, duro y bien formado. Tentador.

Se echó un buen chorro de aceite en las manos, e incapaz de frenar sus pensamientos, las posó de nuevo sobre las maravillosas nalgas del joven.

«Encontraré una muchacha con la que pasar el resto de su vida. Pero yo me aseguraré de que nunca se olvide del tiempo que pasó conmigo», decidió en un arrebato de ira. Podría no ser joven ni ser tan hermosa como su futura novia, pero sabía más el diablo por viejo que por diablo. Estaba convencida de que podía dar sopas con honda a cualquier jovencita en cuestiones de sexo. Y había llegado la hora de demostrarlo. Hundió uno de sus resbaladizos dedos entre los montes gemelos y lo deslizó hasta encontrar el fruncido orificio del ano.

—¿Qué haces Sara? —le preguntó él, tensando el cuerpo.

—¿Confías en mí?

—Sí. Pero ¿qué vas a hacer?

—Te voy a hacer gritar —susurró dándole un ligero mordisco en el trasero.

—No sé si me va a gustar gritar de esa manera —replicó él levantando la cabeza de la almohada y mirándola con una ceja enarcada. No era pasión lo que había escuchado en su voz, sino desesperación.

—Te va a encantar, confía en mí —reiteró, aunque no estaba muy segura de lo que iba a hacer.

Héctor asintió con la cabeza e intentó relajar el cuerpo.

Y Sara intentó recordar las instrucciones que le habían dado Elke y Alba durante una noche de borrachera que había intentado olvidar con todas sus fuerzas. Hay cosas que una madre no necesita hablar con su hija. Entrecerró los ojos y sonrió ladina; lo primero de todo era...

—Separa las piernas —le ordenó—. No vas a olvidar nunca esta noche.

Héctor suspiró profundamente antes de obedecer. No sabía lo que se proponía su chica, pero no le gustaba en absoluto el tono fatalista que percibía en su voz. Intuía que lo que iba a hacerle, fuera lo que fuera, no estaba motivado por la pasión.

Sara recorrió con los dedos la unión entre las nalgas, tentó el anillo de músculos del ano y descendió hasta el perineo. Comenzó a masajearlo suavemente con el pulgar, atenta a cada sonido que emanaba de los labios de Héctor, a cada escalofrío que atravesaba su cuerpo.

«Si quieres volver loco a un tío, tienes que aprender a tocarle el culo», había dicho Elke con voz gangosa. Recordaba perfectamente la escena, las chicas y ella bebiendo margaritas alrededor de la mesa de la cocina, la noche en que Alba le confesó que estaba enamorada de Elke, y que era correspondida. Pero, antes de eso, bebieron un margarita tras otro, hasta estar tan borrachas que ya no importaba lo que decían... ni ante quién lo decían.

«Pobrecillos, están tan absolutamente enamorados de su polla, y resulta que Dios les puso el punto G en el culo», exclamó Elke entre risas. Y ella, a pesar de la borrachera, puso toda su atención en la conversación. Quizá ahora le sirviera para algo. Tenía que lograrlo. Era imprescindible.

Pasó las uñas por el interior de los muslos de su chico, arañándole con delicadeza y él aferró la almohada entre sus manos y ahogó un gemido. Envalentonada por la respuesta, ascendió de nuevo hasta su trasero y dibujó en él con las yemas de los dedos. Círculos, corazones, espirales... acabando cada trazo con una ligera presión sobre el fruncido y prohibido orificio. Y mientras dejaba volar su imaginación, colocó la otra mano bajo los testículos y comenzó a jugar con ellos. Estaban duros, tensos. ¿Estaría él tan excitado como parecía? Tenía que saberlo, necesitaba comprobar si sus juegos estaban dando resultado.

—Date la vuelta —susurró. Sí. Lo estaba.

Su erección se elevaba imponente apuntando al cielo. Lo observó complacida y muy satisfecha consigo misma. Parecía tenso, impaciente, a la espera. Había colocado las manos a ambos lados de su cuerpo y la miraba con los ojos entornados, quizá intentando averiguar qué se proponía. Pero, ah, no se lo iba a decir. Lo iba a

sorprender como no lo había sorprendido nadie en su vida. Lo iba a volver tan loco de deseo que nunca se arrepentiría de haber pasado esos meses con ella.

Se mordió los labios y acto seguido se levantó de la cama, fue al armario y cogió unas medias del cajón. Se le acababa de ocurrir algo que lo haría todavía más excitante.

—¿Qué vas a hacer con eso? —le preguntó Héctor mirándola preocupado.

—Voy a atarte —afirmó gateando lujuriosa por la cama hasta llegar a él.

—¿Para qué? No pienso irme a ninguna parte, no hace falta que me ates —comentó incorporándose sobre los codos. ¿Qué demonios le pasaba a Sara? ¿Por qué se estaba comportando así?

—Será más excitante. Vamos, tumbate, no seas tonto. Te va a encantar —susurró con una lasciva sonrisa en los labios. O al menos eso intentó.

—No lo pongo en duda —musitó él tumbándose de nuevo y colocando las manos junto al cabecero para facilitarle la tarea. Si su chica se empeñaba, él no pensaba llevarle la contraria.

—Separa las piernas y flexiona las rodillas —le indicó cuando acabó de anudar las medias alrededor de sus muñecas. Héctor tragó saliva y tiró de las ataduras. No estaban demasiado apretadas, pero tampoco podía soltarse. Un ramalazo de deseo le recorrió el cuerpo al pensar en ello. Cerró los ojos, inspiró profundamente para relajarse e hizo lo que le había pedido.

Sara se arrodilló entre sus piernas y se inclinó hasta que su melena le acarició el pene. Las caderas masculinas se elevaron de repente, buscándola.

—Shh... Tranquilo. —Se estiró hasta el cajón de la mesilla, sacó el lubricante al agua y se echó un poco en los dedos—. Está un poco frío, no te asustes —le advirtió antes de bajar la cabeza.

En el mismo momento en que sus labios rodearon el pene, sus dedos se posaron sobre el ano y comenzaron a masajearlo despacio en movimientos circulares. Un gemido gutural escapó de la garganta de Héctor a la vez que su pelvis comenzaba a alzarse de nuevo. Sara presionó con la mano libre sobre el vientre masculino, obligándolo a descender. Cuando lo hubo logrado, continuó lamiendo el glande, flagelándolo con la lengua hasta que saboreó la primera lágrima de semen que emanaba de él, y justo entonces, decidida a volverle loco de deseo, lo abandonó para descender con lentitud hasta la base del pene, acariciando con los dientes cada gruesa vena que encontró a su paso. Y mientras tanto, siguió relajando y dilatando con su índice el ano, tornándolo dúctil hasta que con una ligera presión hundió la primera falange en el recto.

—¡Joder, Sara! —jadeó Héctor tirando de las ataduras que le tenían preso al sentir la extraña intrusión.

—Tranquilo. Ya está —afirmó moviendo el dedo dentro de él. Haciéndolo salir para volver a introducirlo—. No voy a ir más allá. Relájate —le instó dándole un sutil mordisco en la base de la verga.

Héctor se agarró con fuerza a las medias que le apresaban las muñecas, tragó saliva y volvió a cerrar los ojos.

Sara decidió mantener inmóvil el dedo que le penetraba, darle tiempo para aceptarlo, y para proporcionarle algo distinto en lo que pensar, frotó la mejilla contra la ingle masculina, disfrutando con la áspera suavidad de la piel apenas cubierta por el vello rubio y rizado. Abrió los labios y permitió que la cabeza del pene se colara entre ellos. Lo saboreó con inusitada ferocidad, lo chupó y lo lamió, sumergiéndolo poco a poco en el interior de su boca hasta que sintió los temblores recorriendo el cuerpo de Héctor. Entonces, lo abandonó, expulsándolo del húmedo paraíso que era su boca y comenzó a impulsar el dedo en su recto.

Héctor hundió la cabeza en la almohada, frustrado e impactado por las sensaciones que asaltaban sus sentidos. Quería sumergirse de nuevo en el placer que le proporcionaban los ardientes labios de Sara. Quería que dejara en paz su culo y olvidarse de ese dedo que le molestaba y le hacía sentirse extraño. Quería gritar embriagado por el éxtasis que no llegaba...

Sara tentó el recto buscando ese punto que Elke había dicho era el sùmmum del placer masculino. Supuestamente era fácil encontrarlo, pero ella no daba con él. «Solo tienes que meterles un poco el dedo, moverlo una pizca, y zas, ya los tienes jadeando como locos», había dicho. Pues Héctor no jadeaba. ¡Mierda! No solo no iba a ser inolvidable sino que iba a quedar como una idiota. Lo intentaría una última vez, y si no funcionaba, en fin, qué se le iba a hacer, siempre podía volver a tomarlo en la boca. Aunque sería más de lo mismo. Idéntica a las otras chicas que él había conocido y que conocería en un futuro. Movi6 la mano lentamente hasta colocarla con la palma hacia arriba, hacia los testículos e hizo un movimiento circular con el dedo. Encontró un punto un poco más duro que el resto. Lo frotó con suavidad.

Héctor se estremeció con fuerza.

Sara sonrió y volvió a acariciarle justo ahí.

Él jadeó y separó más las piernas.

—Te gusta —musitó ella con orgullo.

—No —mintió él. No podía gustarle eso.

—Sí. Te gusta.

—Sí —claudicó—. Pero no sé si quiero que me guste —confesó.

—No te voy a dar otra opción —susurró ella exhalando su cálido aliento sobre el pene.

—No quiero que me la des —afirmó él arqueando la espalda cuando Sara reanudó los movimientos de su dedo.

Y no se la dio.

Continuó acariciándole el recto hasta que todo el cuerpo se le puso en tensión y jadeó de placer. Su polla palpitó en el aire, expectante, pero no derramó ni una sola gota de semen.

—Joder, Sara. Es como si estuviera a punto de correrme, al límite, pero no me

corro —gimió casi sin respiración, abrumado por el insólito orgasmo que había invadido sus sentidos—. Es... no sé lo que es.

Sara esperó un instante a que se calmara y volvió a empezar. Despacio al principio, tan ligero que Héctor apenas lo percibía. Luego el placer fue subiendo de intensidad, asaltando cada nervio que recorría su cuerpo, convirtiéndose en una bola incandescente que reverberaba en todo su ser y no llegaba a explotar.

—Sara... No puedo... —sollozó elevando las caderas cuando la excitación se hizo insoportable y el orgasmo prostático estalló de nuevo... dejándole frustrado, con los testículos henchidos de semen y ansiosos por vaciarse.

Su cabeza cayó laxa en la almohada y su cuerpo tembló agotado sobre las sábanas arrugadas. El éxtasis era fuerte. Muy fuerte. Pero él necesitaba más. Necesitaba correrse. Inhaló aire lentamente, estremeciéndose por el placer restringido, exhausto por el deseo insatisfecho. Ansiaba que ella continuara, que lo follara con la boca hasta hacerle estallar. Negó con la cabeza. No, no era solo eso lo que deseaba. Quería más. Lo quería todo.

Quería que moviera el puñetero dedo mientras le chupaba la polla con fuerza. Quería correrse en su boca. Con su dedo en el culo.

Sara lo observó entusiasmada. Reposaba lánguido sobre la cama, sus manos cogidas todavía a las medias que lo ataban, los músculos de su torso, sus brazos y sus piernas relajados, los ojos cerrados y los labios entreabiertos, todo él rendido por el placer. Todo, menos su imponente polla que continuaba dura y erguida sobre su ingle, esperando con avidez el orgasmo. Y ella se lo daría. Vaya si se lo daría. Le daría un orgasmo tal que no lo olvidaría nunca.

Volvió a frotar ese punto con el dedo.

Héctor abrió los ojos, sobrecogido al sentir de nuevo el calor naciendo en su interior.

—No, Sara. Espera. Dame tiempo. No puedo soportarlo más —demandó tirando de las medias que lo ataban.

—Claro que sí. Tú puedes con todo, y yo te lo voy a dar —afirmó con ferocidad.

Héctor cerró los ojos cuando el placer comenzó a expandirse por su cuerpo. Otra vez. Intentó controlar su respiración, pensar en otra cosa, lo que fuera con tal de parar la candente marea que se extendía por todo su ser. Pero era incontenible. El sudor le bañó las sienes, la respiración se volvió errática, y la frustración por saber que esa vez tampoco podría tener un orgasmo completo estuvo a punto de hacerle sollozar.

—Sara, para. Por favor, para. No sigas... —suplicó. Ella elevó la vista y lo observó confusa—. Por favor, Sara. Ya basta. Necesito más. Necesito correrme. De verdad. Así no es suficiente.

—Cuanto más esperes, mejor será —afirmó ella inmovible.

—Ya no puedo esperar más... jamás he sentido tanto placer en mi vida. Por favor. Deja que me corra.

Y entonces ella sonrió. Una sonrisa satisfecha, orgullosa, que le hizo comprender

qué era lo que le pasaba.

—Sara, no... Ahhh —gritó expulsando todo el aire que contenían sus pulmones cuando ella le envolvió el pene entre sus labios y comenzó a succionar. Dejó de pensar. Solo sintió.

Y mientras le lamía golosa, la mano con que le sujetaba el vientre abandonó su posición y se aferró al falo, acariciándole la base y los testículos, a la vez que el índice de la otra seguía frotando ese punto en el interior de su recto que le hacía temblar de expectación. Todas las sensaciones que recorrían su cuerpo se amplificaron hasta que solo el placer existió. Un placer intenso e inconmensurable que le impidió respirar e hizo que cada uno de sus músculos vibrara, elevándole hasta límites insostenibles mientras eyaculaba con fuerza en la boca de su amada.

Sara se deleitó al sentir cada uno de los espasmos del pene contra el paladar, esperó hasta que lo sintió relajarse y le dio un último lametazo para a continuación chuparse los labios y capturar hasta la última gota de semen. Elevó la cabeza, orgullosa de su hazaña y miró al joven que yacía extenuado junto a ella. No se movía, su respiración apenas hacía subir y bajar su torso. Preocupada por su quietud le acarició con las yemas de los dedos el vientre. Todo él tembló ante el contacto. Suspiró aliviada. Héctor se había corrido con tanta fuerza que la había asustado. Le había escuchado exhalar un ahogado gemido antes de comenzar a embestir contra su boca, y luego... su sabor salado la inundó. Y él continuó temblando, su torso agitándose con fuerza intentando llevar aire a los pulmones, los labios separados en un grito silente, los ojos abiertos sin ver, la cabeza inclinada hacia atrás en un ángulo casi imposible, la espalda arqueada y sus músculos tan tensos que solo las plantas de sus pies estaban sobre el colchón. Y después... Había cerrado los ojos y caído desmayado en la cama.

Se acercó a gatas hasta el cabecero e intentó desatar las medias que sujetaban sus muñecas. Fue imposible. Él había tirado tanto de ellas que estaban demasiado apretadas como para soltarlas. Sacó las tijeras de la manicura del cajón de la mesilla y cortó las ligaduras. Él permaneció inmóvil. Lo tapó con el edredón, preocupada por su languidez.

—¿Estás bien? —le preguntó acariciándole la cara con dedos trémulos.

—Sí —consiguió responder él, sin abrir los ojos.

—Duérmete, vuelvo en un momento. —Apagó la lamparita de la mesilla.

Fue al baño sintiéndose tan exaltada que tuvo que presionarse con las manos el pecho, en un inútil intento de calmar los acelerados latidos de su alterado corazón. ¡Lo había conseguido! Observó su reflejo en el espejo y se tapó la boca con los dedos para no ponerse a gritar eufórica. «¡A ver qué jovencita es capaz de superar esto!», se dijo a sí misma mientras se lavaba las manos y se refrescaba la cara sin dejar de sonreír nerviosa y, en vista de que no lograba tranquilizarse, comenzó a peinarse el pelo hasta que la cadencia del cepillo le hizo recuperar la calma. Luego bajó a la cocina y se tomó un vaso de leche. Alba y Elke todavía no habían regresado de El

Templo, y probablemente no lo harían hasta mucho más tarde. Cuando iban a ese sitio, al que a ella no le permitían ni acercarse ni saber dónde estaba, no regresaban hasta bien entrada la mañana. Normalmente iban en fin de semana, tras las actuaciones, pero conociendo a su hija y a Elke, seguro que habían decidido ir ese lunes para dejarla a solas con Héctor. No obstante, al día siguiente Elke y ella tenían que ir a trabajar, y Alba debía asistir a la universidad. Tendrían que regresar antes o después. Buscó el móvil en el bolso y al dar con él comprobó que tenía un mensaje. Pasarían a recogerlos, a ella y a Héctor, a las siete menos cuarto de la mañana. Dejarían a Héctor en La Mata para que recogiera su bici y luego se irían a trabajar. «Chicas listas», pensó Sara. Muy listas. Volvió a dejar el móvil en su sitio y regresó a la habitación.

Su joven príncipe azul seguía con los ojos cerrados, pero se había destapado. Se acercó a la cama con cuidado de no hacer ruido para no despertarle. Tenía que estar agotado tras todo lo que le había pasado ese día: el madrugón, la entrevista, el viaje... el increíble y maravilloso sexo que ella le había proporcionado. Cerró los ojos, exultante. Lo había conseguido. Lo había excitado hasta volverle loco de deseo. Tendría un maravilloso recuerdo de ella cuando ya no estuvieran juntos.

—Sara, ¿qué haces? —le preguntó Héctor entreabriendo los ojos cuando ella lo tapó de nuevo.

—Estás agotado, duerme un poco mientras hago la cena.

—No te vayas. Túmbate conmigo.

—Tengo que hacer la cena, tendrás hambre —murmuró besándole con dulzura.

—No tengo hambre. Quiero mimos —exigió él encerrándola en sus brazos y obligándola a tumbarse.

—No puedes querer más mimos —musitó Sara atónita.

Era inconcebible que pidiera más. Ningún hombre podría querer más después de todo lo que le había hecho, daba igual lo joven que fuera o la cantidad de testosterona que corriera por sus venas. No era posible. Levantó la sábana y se apresuró a investigar sobre el estado de su pene. Estaba flácido. ¡Gracias a Dios!

Héctor estalló en carcajadas al ver su cara de alivio. Pero no la soltó. Al contrario, se pegó a ella y hundió la cara en el hueco entre su hombro y su cuello.

—No quiero más sexo, Sara. Quiero que te quedes conmigo. Quiero poder acariciarte entre sueños y sentir tu piel junto a la mía cuando me quede dormido —musitó acunándola en sus brazos.

Y Sara se dejó acunar.

—Sara. —La voz de Héctor la despertó horas después. Abrió los ojos lentamente a la oscuridad de la noche, y volvió a cerrarlos cuando la luz de la lamparita de la mesilla la deslumbró.

—Apaga la lámpara —gimió escondiendo la cara en el torso de su chico.

—Sara. Escúchame —la instó Héctor con una insólita seriedad en su voz—. Llevo dándole vueltas toda la noche y no puedo olvidarme, ni callarme. No quiero

que vuelvas a hacer lo que has hecho antes —declaró con rotundidad.

—¿Lo que he hecho antes? —inquirió Sara incorporándose sobre la cama asustada. No podía referirse a lo que ella pensaba, no era posible.

—Sabes perfectamente a lo que me refiero, Sara. No vuelvas a hacerlo —exigió Héctor con firmeza a la vez que la envolvía en sus brazos, obligándola a volver a tumbarse junto a él.

—Pero ¿no te ha gustado? —le preguntó con un hilo de voz.

—¿Que me metas el dedo en el culo y me lleves al límite? Sí. Me ha encantado. Me he corrido como nunca antes.

—¿Entonces? Si te ha gustado, no lo entiendo —farfulló totalmente confundida.

—No estabas conmigo, Sara. Estabas lejos, no eras tú. Solo querías... Estabas tan obsesionada en darme placer que ni siquiera te has excitado dándomelo, ni has permitido que yo te lo diera.

—No hacía falta que tú...

—Sí hacía falta. Disfruto estando contigo, Sara. Haciendo el amor contigo. Siempre contigo. Para correrme yo solo, ya tengo mis manos.

—Pero, te ha gustado —reiteró ella.

—Sí, ha sido alucinante. Me encanta lo que me has hecho. —Fijó en ella su mirada, como si fuera capaz de leer sus más íntimos pensamientos con sus extraordinarios ojos azules—. Pero no me ha gustado el motivo por el que lo has hecho. No quiero que vuelvas a hacerlo. No lo soporto.

—Pero...

—Me has atado y me has masturbado hasta más allá de lo soportable. Incluso cuando te he pedido que pararas has seguido, estabas obsesionada con que me corriera una y otra vez, cada vez más fuerte... más duro... ¿Qué querías demostrar? —preguntó con severidad no exenta de dulzura.

—Nada.

—No me mientas. Esta noche estabas empeñada en darme algo que no pudiera olvidar... y ya lo tengo, Sara. Ya tengo algo con lo que soñar cuando no esté a tu lado. A ti misma. No hace falta que me intentes enganchar con el sexo. Ya estoy fascinado por tu manera de ser, por tus sonrisas, tus canciones, tu lógica implacable. El sexo solo es... algo más. No es lo único que me gusta de ti. Ni mucho menos lo más importante.

—No es lo que estás pensando.

—Sara, te quiero. Te quiero más allá de cualquier razón. Si no pudiera hacerte el amor, te querría igual. Pero si lo nuestro solo fuera sexo, me hundiría. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí —musitó ella aturdida al escuchar el «te quiero». Héctor no debería decir esas dos palabras sin pensar. No estaba bien. Podría hacerla soñar, y no podía permitírselo. Necesitaba tener los pies bien plantados en el suelo.

—No vuelvas a utilizar el sexo como si fuera tu mejor arma —continuó él,

ignorante de la conmoción que había provocado en ella—. No lo es. Tu mejor arma eres tú misma. Es de ti de quien me he enamorado, no de tu cuerpo. No ensucies lo que tenemos dudando de mí —afirmó mirándola muy serio. Esperando.

—No lo haré —murmuró ella incapaz de decir las palabras que él esperaba escuchar. No podía hacerlo. No podía verbalizarlas. Porque si lo hacía las haría reales, y no podían serlo.

—Bien. Ahora, cierra los ojos y sueña conmigo —le ordenó Héctor.

Esperó hasta sentir que la respiración femenina se hacía cada vez más pausada y profunda, indicándole que había vuelto a dormirse, y cerró los ojos, pensando que quizá se había apresurado al exponer de manera tan franca sus sentimientos. Quizá fuera demasiado pronto. Pero le daba lo mismo. La quería, y no iba a ocultárselo por más tiempo. Además, estaba seguro de que Sara le correspondía. Lo único que pasaba era que ella aún no quería admitirlo. Pero ya lo haría. Tenía todo el tiempo del mundo para obligarla a hacerlo.

La voz del corazón. Tercer latido.

1 de enero de 2011

—No me extraña que Sara se sintiera insegura —comentó Ariel abrazando con fuerza a la pequeña Livia—. Yo también estaría asustada si Da me dijera que iba a marcharse y que estaríamos separados Dios sabe por cuánto tiempo —confesó, dejando patidifusos a Darío y a Héctor. Ariel era la mujer más independiente y arisca de todo el mundo mundial. Era inconcebible que le disgustara quedarse sola. Pero claro, el amor hace posible lo imposible.

—Pero no fue así exactamente, Ariel. Yo no dije en ningún momento que fuera a desaparecer durante todo el verano. Solo dije que nos veríamos menos a menudo —explicó Héctor. Darío asintió ante sus palabras. Su hermanito tenía razón.

—¿Y pretendes que Sara se sienta feliz y contenta al saber que vas a pasar todo el verano lejos? ¡Eres imbécil! —le espetó la pelirroja. Darío abrió los ojos como platos. Su sirenita no solía atacar a Héctor, lo adoraba.

—Yo no pretendía que estuviera feliz y contenta, solo quería que confiara en mí, no que lo sacara todo de madre —replicó él enfadado—. ¡No lo entiendes, Ariel! Sara tiene tan asumido que voy a dejarla por otra más joven, que siempre se pone en lo peor, da igual lo que yo haga o diga. No confía en mí. Nunca lo ha hecho —afirmó a la defensiva—. Le dije que si conseguía el trabajo volvería con ella cada vez que tuviera una oportunidad, que no iba a desaparecer de su vida, que la quería. ¿Qué más querías que hiciera?

—¡Demostrarle que la quieres!

—¿Qué? ¡Se lo demostraba a diario! —Rebatió estupefacto.

—¡Y una mierda! Muchos besitos, muchos «te quiero», mucho dale que te pego por la noche. Pero a la hora de la verdad, ¡si te he visto no me acuerdo! —exclamó Ariel cabreada de verdad. Durante toda la conversación se había ido poniendo en la piel de Sara, y en ese momento, no solo la entendía perfectamente, sino que quería matar a Héctor, lentamente y con alevosía, por estar tan ciego y ser tan idiota.

—¿Si te he visto no me acuerdo? ¿A qué viene eso ahora? Yo nunca la he dejado de lado —objetó confuso.

—¿Ah, no? —le preguntó ella con suavidad antes de darle el bebé a Darío y levantarse para encararse a Héctor.

Darío se apresuró a sujetar a la niña contra su cadera y se levantó para defender a su hermanito si llegara el caso. Ariel estaba tomando posiciones para atacar. Y si tuviera razón, no pondría impedimento en que le sacara los ojos a Héctor. Pero en esta ocasión no la tenía. Su hermano había actuado bien, era Sara la que estaba medio loca por pensar mal de él.

—¿Por qué no la has traído a Madrid para que pudiéramos conocerla? —le preguntó de sopetón la pelirroja con las manos apoyadas en las caderas y mirada furiosa.

—Porque... no se ha dado la oportunidad —eludió Héctor la respuesta encogiéndose de hombros.

—¡Anda ya! Así que no se ha dado la oportunidad —repitió ella con voz de falsete—. Además de mentiroso eres un gallina. ¡Cómo que no has tenido oportunidad! ¡Podías haberla traído a nuestra boda! —exclamó dándole un empujón que lo dejó pegado al respaldo del sillón.

—¡Eh! Para, Ariel. Ahí no tienes razón —la detuvo Darío abrazándola por la cintura—. Si no vino fue porque ella no quiso. Estoy seguro —afirmó con rotundidad. Su hermano no podía ser tan cruel de hablarle de la boda y no invitarla. Si Sara no había venido era solo por culpa de ella, de nadie más—. Héctor no es tan estúpido como para no invitarla, ¿verdad? —preguntó mirando fijamente al pequeño de la casa.

—Bueno... sí lo fui —respondió Héctor bajando la mirada al suelo.

—Pero, eso no puede ser verdad —repuso Darío aturdido.

—Ya ves... Cuando hago el tonto, lo hago a lo grande —musitó Héctor—. Pero no me echas la bronca —suplicó sin dejar de mirarse los pies—. Bastante me la he echado yo mismo.

—Te pasaste toda la boda como un alma en pena —murmuró Darío intentando moderar el tono de su voz para no reflejar el enfado que sentía—. Alejado de todos, parado en un rincón sin dirigirle la palabra a nadie, encerrado en ti mismo hasta que Iris se cansó de verte tan triste y te obligó a bailar con ella. Todos asumimos que te había pasado algo, que la chica con la que intuíamos que estabas tonteando te había dejado tirado, que se había negado a acompañarte. Incluso intentamos sonsacarte algo y tú te limitaste a decir que estabas bien, solo algo cansado. Nos tenías muy preocupados.

—Lo sé. No fue el mejor día de mi vida. Me comían los remordimientos. Lo siento —se excusó Héctor.

—¡Lo sientes! —farfulló Darío atónito—. Me estás diciendo que estuviste como un alma en pena durante mi boda porque tu chica no te acompañó y resulta que no vino ¡por qué no la invitaste! ¡No me lo puedo creer! —exclamó asombrado—. ¿Por qué no le pediste que te acompañara? —murmuró desconcertado abrazando con fuerza a su hija.

—Porque... no lo sé. No lo pensé. Simplemente no lo hice —declaró Héctor pasándose las manos por el pelo mientras negaba con la cabeza.

—Pero ¿por qué? —reiteró Darío sin salir de su asombro—. Si estabas saliendo con ella, lo más normal era que te acompañara y nos la presentaras. —Se calló súbitamente—. Pero no nos la querías presentar —aseveró rotundo.

—No, no fue por eso...

—¡Seguro que no! —ironizó enfrentándose a su hermano—. Eres imbécil, Héctor. Peor todavía... eres como un niño que hace una travesura y como le da vergüenza que le descubran, se esconde debajo de la cama hasta que pase la tormenta. No me extraña que Sara te haya dejado.

—No me dejó ella. La dejé yo —replicó Héctor—. Pero tienes razón. Soy un niño. Un niño mimado que busca excusas tontas cuando no se atreve a ser valiente.

Capítulo 19

Cómo hablar, si cada parte de mi mente es tuya
Y si no encuentro la palabra exacta. Cómo hablar.

AMARAL Y ANTONIO VEGA, *Cómo hablar*

Viernes, 28 de mayo de 2010

—Estoy seguro de que se me olvida algo —comentó Héctor.

—Pues si falta algo vas apañado, porque ahí no cabe ni un alfiler —le contestó Zuper mirando alucinado el contenido de la maleta de su amigo—. Mira que eres pijotero con la ropa. Solo vas a estar fuera dos días, no hace falta que te lleves todo el armario.

—Claro que hace falta. Esta noche tengo la despedida de soltero y mañana la boda es por la tarde. No pretenderás que lleve la misma ropa todo el fin de semana.

—No, pero el sábado por la noche vas a ponerte el traje, así que ya cambias con respecto al de por la mañana. No veo por qué tienes que llevar una ropa para el viaje, otra para la despedida, otra para el sábado por la mañana, otra para el domingo y otra para el viaje de vuelta.

—Porque voy a reunirme con la familia y los amigos, y van a hacer muchas fotos y no me gusta salir en todas igual. Además, la puñetera ropa se arruga enseguida, y odio ir hecho un adefesio —afirmó nervioso revisando por enésima vez el contenido de su maleta. Esperaba que no se le olvidara nada.

—Joder, ni que fueras la Leti.

—¿Quién? —inquirió distraído mientras comprobaba que las prendas que iba a vestir el sábado por la mañana estuvieran impecables—. Mierda. Necesito una maleta más grande, en esta está todo tan apretado que se me va a poner hecho un higo.

—La Leti, la princesa Letizia —apuntó Zuper extrañado al ver que su amigo sacaba por enésima vez la camisa color teja y los Dockers negros—. ¿Qué vas a hacer?

—Intentar colocarlos mejor para que no se arruguen —dijo doblándolos de nuevo.

—Déjate de chorradas, tío. Al final van a llegar las chicas y nos van a pillar en bragas.

—¡Lo sé, joder, no me pongas más nervioso de lo que estoy! —gritó Héctor colocando con cuidado la ropa en la maleta mientras miraba de reojo el móvil que había dejado sobre la mesa de la cocina.

Había pedido a Pedro que le dejara salir un poco antes del trabajo para poder coger el autobús de las cinco y cuarto. Como las chicas salían de trabajar a las tres, habían quedado con ellas a las cuatro menos cuarto para comer todos juntos y

despedirse hasta el lunes. ¡Y ya eran menos veinte! Quizá con un poco de suerte fuera Sara la que condujera; eso le daría por lo menos media hora más. Comprobó que había metido suficiente ropa interior para todo el fin de semana, con el ajetreo de la boda no tendría tiempo de poner lavadoras en la casa familiar, por tanto necesitaba llevarlo todo desde La Mata. Se cercioró de que había metido los calcetines negros para el traje y en ese momento se dio cuenta de qué era lo que se le olvidaba.

—¡Mierda! —gritó a la vez que salía corriendo al cuarto que compartía con Zuper.

—¿Qué ha pasado ahora?

—No he metido los putos zapatos ¡Y ya no me caben en la maleta! —exclamó desesperado.

—Pues mételos en una bolsa y los llevas en la mano —señaló Zuper poniendo los ojos en blanco. ¡Cuánta tontería!

Héctor ignoró a su amigo. No pensaba llevar sus preciados zapatos de vestir en una bolsa de plástico que pudiera dejarse olvidada en cualquier sitio. Sacó la mochila del armario y metió en ella la caja de los zapatos. Luego regresó al comedor y miró la hora en el móvil. Menos cuarto. Aún tenía tiempo de lavarse un poco la cara y peinarse. Se dirigió al baño. En ese mismo instante alguien tocó el claxon tres veces.

—Mierda. Conduce Elke —dijo para sí deteniéndose en mitad del salón.

Tenía dos opciones, decir a las chicas que le esperaran un momento mientras se peinaba, o salir ya de la casa. Si les decía que esperaran, probablemente el imbécil de su amigo se empeñaría en que entraran a tomar algo y eso sí que no podía permitirlo. Desde que las conocía les había estado diciendo que él se ocupaba de la casa, que la tenía como los chorros del oro y la realidad era que estaba hecha un desastre y llena de mierda. Giró ciento ochenta grados sobre sus pies, tomó la maleta con la ropa, la mochila del trabajo con los zapatos, y el bolso bandolera con la cartera, los pañuelos y el agua, y se dirigió a la puerta. Al fin y al cabo se había peinado al salir de la ducha.

Sara, Alba y Elke les esperaban fuera del coche con el maletero abierto.

—Niño, ¿estás seguro de que piensas regresar el domingo por la noche? Cualquiera diría que te vas de vacaciones un mes —comentó Elke irónica.

—No te pases de lista, bruja —murmuró él guardándolo todo en el coche y acercándose a Sara para recibir su beso.

—Le ha entrado complejo de Leti —comentó Zuper enlazando a Alba por la cintura y dándole un sutil beso en la comisura de los labios.

En respuesta a su gesto, la muchacha tomó entre sus dientes el pendiente en forma de aro que el pelirrojo llevaba en el lóbulo de la oreja y tiró de él. Un tenue gemido abandonó los labios del joven, que al instante siguiente se giró y besó a Elke de la misma manera. No quería que sus chicas se pusieran celosas una de la otra.

—¿Preparado para la boda? —le preguntó Sara a Héctor.

Héctor asintió con la cabeza, ensimismado. Estaba nervioso, ilusionado y también

apesadumbrado. Sabía que debería haberla invitado a acompañarle, pero no se había sentido con fuerzas de hacerlo. Y no era porque Ruth y Darío no tuvieran ni idea de que estaba saliendo con ella. Qué va. Era porque no quería ponerla en un compromiso. Estaba seguro de que a ella no le gustaría conocer a sus hermanos y su padre justo el día en que se casaba uno de ellos y estaban rodeados por la familia y todos los amigos.

¿Existiría un infierno para los gallinas mentirosos? Si así fuera, iría de cabeza. Porque lo cierto era que solo de pensar en lo que dirían sus hermanos y la bronca que podían montarle, le entraban sudores fríos.

—¿Nos vamos? —preguntó Elke al volante—. Queda poco más de una hora para que salga tu autobús. Como sigas ahí como un pasmarote no nos va a dar tiempo a despedirnos.

Héctor sacudió la cabeza para despejarse de la sensación de traición que le corroía y se apresuró a sentarse entre Sara y Zuper. Apenas tardaron quince minutos en llegar a la estación de autobuses. Buscaron una cafetería en la que tomar unos bocadillos y, mientras los demás intercambiaban bromas, él comió en silencio luchando contra la duda y los remordimientos que le carcomían por dentro. Mil veces estuvo tentado de decirle a Sara que hiciera la maleta y se fuera con él a Madrid. Que quería que conociera a sus hermanos y que sus hermanos la conocieran a ella. Y mil veces se echó para atrás en el último momento. No podía pedirle que le acompañara tan de improviso, sin haberla avisado con algunos días de anticipación y, además, no sería justo para Ruth ni para Darío presentarles a su chica en la boda, con todos los nervios que tendrían encima. Y a Sara no parecía importarle que no la hubiera invitado a ir con él. No se había quejado ni le había preguntado. De hecho, no había comentado nada en ningún momento.

Abandonaron la cafetería cuando quedaban aún quince minutos para la hora de salida. Entraron en la estación de autobuses y caminaron hacia la terminal de salidas. Mientras las chicas y Zuper iban riendo y haciendo bromas sobre su equipaje, él y Sara caminaban cogidos de las manos, silentes. El minuterero del enorme reloj anclado en una de las paredes del hangar se desplazaba perezoso por la esfera, anunciándole que el tiempo se agotaba, instándole a tomar la decisión correcta antes de que fuera demasiado tarde. El muchacho detuvo sus pasos, se giró para enfrentarse a la hermosa mujer que lo acompañaba e inspiró profundamente. Iba a pedirle que lo acompañara. Y a la mierda con todo.

—Sara —la miró fijamente a los ojos—. He pensado que quizá... —El móvil sonó estruendoso en el bolsillo de su camisa vaquera—. ¡Joder! Qué inoportuno. Espera un segundo —indicó antes de contestar la llamada—. Dígame.

Sara lo observó preocupada. Se había puesto pálido al escuchar a su interlocutor, luego la había mirado entre aterrado y eufórico, y, por último, una gran sonrisa había aflorado a sus labios mientras se alejaba para ir a una zona más tranquila y poder así mantener una conversación telefónica lejos de la algarabía que inundaba los andenes.

—Sí, claro. Sin problema. Por supuesto.

Zuper hizo aspavientos con las manos para llamar la atención de su amigo, y luego le señaló imperioso el reloj de la estación. Apenas le quedaban cinco minutos para que saliera el autobús. Héctor asintió, se despidió de su interlocutor y con una gran sonrisa en los labios fue hasta Sara, la envolvió entre sus brazos y, elevándola, comenzó a girar sobre sí mismo exultante.

—Estoy en IberNat —murmuraba en su oído una y otra vez—. Me han cogido para un par de suplencias, pero si funciono bien, me darán más —afirmaba besándola en el lóbulo de la oreja, el cuello, las mejillas, la boca...

—¡Héctor, joder, espabila que te quedas en tierra! —gritó Zuper sacándolo de su delirio.

Héctor alejó la mirada del rostro de Sara, y observó aterrado que el conductor del autobús subía al vehículo.

—Sal corriendo, tío, que ya me ocupo yo de guardar la maleta —le indicó el pelirrojo dándole un empujón.

Y eso hicieron. Ambos jóvenes echaron a correr. Héctor llegó a tiempo de subirse al autobús y entregarle su billete al conductor, mientras que Zuper se colaba bajo la puerta que ya estaba descendiendo sobre el compartimento para equipajes y metía la maleta y la mochila ante la enfadada mirada del encargado de la estación.

Héctor se sentó en su asiento con el corazón acelerado y la respiración agitada. ¡Por poco perdía el autobús! Y en ese momento se dio cuenta de que había perdido algo mucho más importante que eso. Se había perdido el beso de su chica. No se había despedido de Sara. Ni le había dicho que lo acompañara. Apoyó la frente en el cristal y la observó preocupado. Estaba de pie en el arcén, frente a él. Sonriéndole mientras le decía adiós con la mano. Pero la sonrisa no se reflejaba en sus ojos. En ellos solo había tristeza.

El autobús arrancó, alejándolo de ella.

«¡Mierda! ¿Qué he hecho?».

Tomó el móvil y se dispuso a llamarla para decirle que la quería, que la iba a echar muchísimo de menos en Madrid, que le hubiera gustado que le acompañara pero que era un jodido cobarde y no se había decidido. En lugar de eso, escribió un whatsapp.

TE QUIERO, NENA. ESTA NOCHE CUANDO LLEGUE A MADRID TE LLAMO.
UN BESO.

La respuesta de ella llegó casi al instante.

—¡TE HE DICHO MIL VECES QUE NO ME LLAMES NENA! ¡¡DISFRUTA MUCHO CON TU FAMILIA Y HAZ FOTOS, QUIERO VER LO GUAPO QUE VAS A ESTAR!!

—TÚ SÍ QUE ESTÁS GUAPA, NENA. TE VOY A ECHAR MUCHO DE MENOS.

No puso nada más. Ya hablarían a su regreso. Cara a cara. No por teléfono.

Sara le estaba aguardando en la estación de autobuses de Guardamar cuando regresó el domingo por la noche. Pasaron toda la noche juntos, ella arropada por los brazos de él, él envuelto en el apacible éxtasis que le daba su presencia. Se rieron con las fotos que se había hecho con el móvil y hablaron largo y tendido de la despedida de soltero de Darío, de la ceremonia, del banquete, de su padre, de su sobrina, de sus cuñados, de todo lo que Héctor había hecho durante el fin de semana y, cuando no quedó nada más que contar, hicieron el amor, despacio, reconociéndose mutuamente en la piel del otro. Luego Héctor le habló de la llamada telefónica que había recibido el viernes antes de irse, del trabajo como suplente que le habían propuesto en IberNat, de su inminente incorporación el uno de julio y de cómo todos sus sueños comenzaban a hacerse realidad. Ella sonrió, se fingió entusiasmada y le instó a luchar por su futuro. Luego volvieron a hacer el amor, se besaron hasta quedar sin respiración, y se amaron entre sábanas arrugadas hasta que el amanecer les obligó a abandonar el lecho impregnado por el calor de sus cuerpos para comenzar el nuevo día.

Y, en ningún momento de aquella noche interminable y maravillosa, Héctor le dijo que quería presentarla a sus hermanos. ¿Para qué? No iba a tener tiempo de viajar a Madrid en todo el verano. Era una tontería anticipar acontecimientos. Cuando llegara la hora de enfrentarse a la realidad, se armaría de valor y lo haría, no antes. Mientras tanto, continuaría disfrutando del idílico y frágil paraíso en el que vivía.

Capítulo 20

—Pasé un verano espantoso recorriendo toda la geografía española. Era como jugar a la oca: de parque en parque y te quedas sin ver a Sara porque te toca.

—Tuvo que ser complicado —se solidarizó su hermano.

—Complicado, no. Fue peor. Intentaba verla todas las semanas, pero había ocasiones en las que las suplencias se solapaban y tenía que encadenar una con otra, de una punta a otra del país, sin tan siquiera un día libre para verla. Era desesperante. No podía pensar en nada más que en verla, en hablar con ella, en sentirla junto a mí. Como un adicto al que le quitan su droga. Así estaba yo sin Sara. Agonizando por tenerla a mi lado.

Lunes, 30 de agosto de 2010

Héctor pagó al taxista con una mueca en los labios. No imaginaba que un taxi desde el aeropuerto pudiera salir tan caro, pero no pasaba nada. El dinero estaba bien invertido, no solo había ganado varias horas para poder estar con Sara, sino que además le iba a dar una sorpresa que no olvidaría en su vida. Y eso era lo que contaba. Se había quedado sin dinero, pero no importaba, cobraría en un par de días, y mientras tanto no pensaba salir de casa. De hecho, no pensaba salir de la habitación de Sara. Había pasado demasiado tiempo desde la última vez y había llegado la hora de resarcirse.

Salió del taxi con la mente colapsada por las imágenes de ella desnuda, abrazándole, acariciándole, chupándole, follándole... Se recolocó como pudo la enorme erección que estaba a punto de hacer estallar la bragueta de los vaqueros, tomó el equipaje y se encaminó con pasos rápidos a las rejas que rodeaban la propiedad. Al final había tenido que comprarse una maleta mucho más grande. Cada vez que se le acababa el trabajo tenía que regresar a Guardamar con toda la ropa, y en su vieja maleta no le cabía toda. En fin, un gasto más que asumir... y que había asumido él, no Darío. Se detuvo pensativo mientras buscaba las llaves en el bolso bandolera. Hacía tiempo que no le pedía dinero a su hermano. Claro que desde que había empezado a trabajar en IberNat había dejado de salir, no solo a fiestas, sino a cualquier otra cosa. Si Sara no estaba a su lado no le apetecía hacer nada más que meterse en la habitación que en ese momento tuviera alquilada y whatsappear con ella. Y eso tenía sus ventajas, no solo no le pedía dinero a Darío para acabar el mes, sino que había conseguido ahorrar para pagar el avión y el taxi.

Abrió la cancela y atravesó el patio presuroso con el sol de la tarde chamuscándole la piel y haciéndole sudar. Metió la llave en la cerradura de la puerta

de entrada, la giró, empujó y... la música lo envolvió. Cerró los ojos y respiró profundamente, llenando sus sentidos de los aromas familiares a los que se había acostumbrado desde que vivía con Sara, aquellos que tanto había echado de menos. El olor de los macarrones al horno con el queso un poco requemado, la brisa marina colándose por las ventanas abiertas, la mezcla de perfumes de las tres mujeres que allí vivían. Dejó la maleta y el bolso en el suelo y atravesó sigiloso el salón en pos de la profunda voz de Sara que se elevaba sobre la canción, excitándolo, atrayéndolo, apaciguándolo. Por fin había regresado a su paraíso privado.

Se apoyó en el marco de la puerta de la cocina y la observó silencioso. Estaba frente a la pila, de espaldas a él, descalza, asombrosamente *sexy* con unos diminutos pantaloncillos rosa de algodón y la parte superior de un bikini de triángulos blancos cubriéndole los pechos. Su increíble melena negra, recogida en una descuidada coleta alta, se balanceaba al ritmo de la música de Queen, de *We Will Rock You* más exactamente. Aclaraba los platos sucios para luego trasladarlos al lavavajillas con cuidado de que no gotearan en el suelo. Y mientras lo hacía, cantaba con voz potente las estrofas de la canción a la vez que mecía las caderas en un vaivén incesante que estaba a punto de acabar con la cordura del hombre que la devoraba con la mirada.

Sara detuvo un instante su baile para retirarse de la cara un mechón de pelo que había escapado de la restricción de la goma, y siguiendo un repentino impulso, arqueó la espalda y sacudió la cabeza mientras cantaba a voz en grito el estribillo de la canción:

We will we will Rock you!^[11]

Y Héctor no lo soportó más.

Recorrió presuroso los escasos metros que le separaban de ella y la abrazó por la espalda a la vez que hundía la cara en el exquisito punto donde se unen hombro y cuello.

—Ya me estás haciendo temblar, nena —murmuró dándole un ligero mordisco.

Sara gritó tan alto que los cristales de las ventanas vibraron, culebreó como una posea para librarse del delincuente que la tenía presa, y cuando lo consiguió, cogió una sartén grasienta de la pila, y la arrojó con todas sus fuerzas contra lo que esperaba fuera la cabeza del cabronazo que había osado irrumpir en su casa. Héctor tuvo el tiempo justo de agacharse. La sartén atravesó la cocina dando vueltas sobre sí misma en el aire, decorando con cientos de gotitas de aceite usado el suelo y los armarios antes de acabar impactando contra la pared con un golpe que dejó una horrible mancha parduzca en los azulejos antaño blancos.

—¿Sorpresa? —musitó Héctor fijando la mirada en la mujer encolerizada que tenía frente a sí. Sentir su airada furia era mucho mejor que girar la cabeza y ver el desastre en que se había convertido la cocina.

—¡Héctor! Pero... Pero... ¡¿Qué narices estabas pensando?! He estado a punto de

romperte la crisma con una sartén sucia —exclamó atónita. ¿Qué narices hacía él allí? Supuestamente no tenía que regresar hasta el día siguiente, cuando ella hubiera tenido tiempo de darse el tinte, depilarse las cejas y untarse la piel hasta quedar suave como la seda con una de las cremas de las chicas.

—Sí... Bueno... —Se arriesgó a echar una mirada a su alrededor. Un segundo después volvió a mirarla a ella. ¡La que se había liado!—. La verdad es que si me das a elegir prefiero que me rompas la cabeza con una sartén limpia. Mancha menos. Y si es pequeña, mejor que mejor, será mucho menos contraproducente para mi salud —comentó dejando insinuar una ligera sonrisa en los labios.

—¿Cómo puedes bromear? Eres... Bah, déjalo —claudicó ella. De nada le iba a servir enfadarse. Con Héctor era imposible que los enfados durasen más de un minuto. Todo lo solucionaba con su increíble sonrisa—. ¿Qué haces aquí? Me dijiste que no regresabas hasta mañana a mediodía. —«Si me hubieras avisado que llegabas hoy, me habría puesto algo más *sexy* que estos pantalones viejos y el biquini de hace dos años. No se puede estar más fea que yo en estos momentos», pensó irritada mientras se agachaba para recoger la sartén del suelo y la llevaba nuevamente a la pila.

—Cambié de planes. Quería darte una sorpresa —comentó encogiéndose de hombros a la vez que se acercaba a ella—. No parece que te haya hecho mucha ilusión.

—Oh, claro que me ha hecho ilusión. Es solo que me has pegado un susto de muerte. —«Y eso por no hablar de que tengo dos centímetros de raíces, las cejas de Macario y apesto a sudor»—. No deberías ser tan sigiloso, te lo he dicho mil veces —le regañó a la vez que se soltaba la coleta, así al menos no se le verían tanto las canas.

—Si no fuera sigiloso no sería una sorpresa —indicó él abrazándola.

—Odio las sorpresas —musitó ella acurrucándose en sus brazos.

—Pues tenemos un problema, porque a mí me encanta sorprenderte. —Y la besó.

Y Sara se olvidó de todo. De su pelo, de sus cejas, del sudor que recorría su cuerpo. Se dejó llevar por sus besos voraces, por la necesidad que llevaba quince días acumulándose en su interior. Por la pletórica felicidad de tenerlo de nuevo a su lado.

—Sara —jadeó apartándose unos milímetros de ella—. ¿Dónde están las chicas?

Le temblaban las manos por el ansia de tocarla, apenas podía respirar de lo excitado que estaba y tenía una erección de caballo que estaba a punto de romperle la bragueta del pantalón. No le hacía especial ilusión que Alba, o aún peor, Elke, aparecieran de repente en la cocina y le vieran en ese estado. Si lo hacían, se pasaría el resto de su vida escuchando las pullas de la bruja y la risa de Alba. ¡Y eso sí que no!

—Se han ido a la playa —respondió ella con la respiración agitada, los pezones erguidos despuntando en los triángulos del biquini y el sexo húmedo debido a sus besos.

—Estupendo. Voy a comerte entera —afirmó él con voz ronca.

—¿Ahora? —exclamó Sara recuperando la razón y con ella el recuerdo de las raíces, las cejas y el sudor—. Imposible. Tengo que acabar de recoger la cocina. No la puedo dejar así. —Y de paso, ojalá tuviera un poco de suerte y él se quedara dormido esperándola. Así ella podría adecentarse un poco. Bastante complicado era tener siempre una apariencia magnífica, como para que él se lo pusiera más difícil todavía apareciendo sin avisar. Y, a todo esto, ¿cómo había conseguido llegar tan pronto? Exactamente un día antes—. ¿Cómo has conseguido regresar hoy?

—He cogido un avión, estaba impaciente por verte y no podía esperar al autobús de mañana —admitió él antes de lamerle los labios—. Dios, qué bien sabes. Cuánto te he echado de menos —gimió contra su boca para a continuación apresarle el labio inferior en un cariñoso mordisco que le hizo encoger los dedos de los pies de placer—. No sé si voy a poder aguantar sin hacerte el amor hasta llegar a la habitación —afirmó deslizando una de sus manos bajo el escueto bikini para disfrutar de la suavidad de los gloriosos pechos de su chica.

—Pues vas a tener que aguantarte las ganas —jadeó ella apartándose de su mano, estremecida y decidida—. No puedo dejar la cocina como está. Ve subiendo tú que ahora voy yo. —Si al menos le diera tiempo a darse una ducha.

—Mujer cruel, llevo quince días echándote de menos, loco por verte, por olerte, por follarte, ¿y quieres que me aguante las ganas? Imposible. —Posó las manos en el trasero femenino y la atrajo de nuevo hacia él, pegándola a su tremenda erección. Sara, incapaz de rechazarle, abrió las piernas para sentirle mejor—. Tengo la polla y los huevos a punto de reventar. No querrás ser la culpable de que muera por sobrecarga de frustración sexual.

—Nadie ha muerto jamás de eso —jadeó cerrando los ojos y meciéndose contra él.

—Yo seré el primero —aseveró deslizando una de sus manos hasta colocarla sobre el sexo de Sara—. Dios, nena, estás empapada —susurró al sentir el calor y la humedad en los dedos—. Te voy a comer el coño hasta que grites —declaró introduciendo la mano bajo el algodón del pantalón.

—¡No! —exclamó Sara con los ojos abiertos como platos. Era pleno agosto, hacía un calor de mil demonios y no se había duchado desde que se había despertado por la mañana. ¡Y ya eran casi las cinco de la tarde! ¡No podía comerle nada!

—Por supuesto que sí —afirmó rotundo penetrándola con un dedo a la vez que se inclinaba hasta que su cabeza quedó frente a los erguidos pezones que le estaban llamando a gritos.

—Héctor, para —suplicó cuando sintió el primer roce de su lengua.

—No.

—Héctor, por favor —rogó, sin saber bien qué estaba pidiendo cuando los labios masculinos se cerraron sobre uno de sus pezones y succionaron con fuerza. Por toda respuesta, él se limitó a apresar entre sus dientes el fruncido botón y negar con la cabeza—. Tengo que ducharme, estoy empapada en sudor —confesó Sara al fin.

—Mejor, más sabrosa —replicó él con la voz rota por el deseo.

Le quitó los pantalones, la tomó de las axilas sentándola sobre la encimera, y, sin dudarle un segundo, se arrodilló ante ella y hundió la lengua entre los húmedos pliegues de su sexo. La devoró con codicia hasta que la sintió temblar, y entonces, se irguió, se desabrochó los vaqueros liberando su enorme y ávida polla y la penetró de una certera embestida.

Jadearon al unísono.

—No voy a poder aguantar mucho más, Sara. —Deslizó la mano entre los cuerpos de ambos y comenzó a hacer magia con los dedos sobre el clítoris—. Vamos, nena, córrrete conmigo.

—No... me... llames... nena —jadeó ella abrazándose a él con brazos y piernas. Hundió la cara en su cuello y frotó sus sensibles pechos contra el torso masculino.

—Dámelo, Sara. Vamos, nena, apriétame la polla, exprímeme —demandó Héctor acelerando los movimientos de sus caderas y sus dedos.

Y ella se lo dio.

Gritó y se contorsionó en sus brazos, con su vagina ciñendo con fuerza el pene que la invadía mientras toda ella temblaba de placer.

Héctor apretó los dientes y continuó embistiendo impetuoso hasta que la sintió relajarse. Entonces, emitiendo un gruñido que escapó de lo más profundo de su ser, dejó de contenerse, arremetió con firmeza una vez más y salió de ella en el mismo instante en el que un demoledor orgasmo lo asaltaba. Friccionó su polla palpitante contra el vientre desnudo de su chica, derramando la preciada carga de sus testículos sobre ella.

Sara abrió los ojos como platos. Ni siquiera se había dado cuenta de que no había usado condón. Héctor se percató de su gesto asustado y le guiñó un ojo.

—No te preocupes. Me ha costado la misma vida contenerme, pero lo he hecho —afirmó usando su frase secreta—. Ojalá algún día pueda correrme dentro de ti sin tener que llevar una de esas malditas fundas —musitó poniendo voz a un pensamiento que se había instalado en su cabeza desde hacía ya un tiempo.

—No pienso tomar la píldora —aseveró ella contundente—. Ya te dije que no me sentaba bien.

—Eh, que yo no he dicho nada de tomar la píldora. Solo he pronunciado un deseo en voz alta. ¿Quién sabe? Lo mismo tengo suerte y se cumple.

—Lo vas a tener complicado, chaval —le indicó Sara arqueando una de sus perfectas cejas—. No estoy por la labor de tentar al diablo y quedarme embarazada —comentó divertida por la cabeza de chorlito de Héctor. Una cosa era tener sexo como locos y otra muy distinta, tener sexo a lo loco.

—¿Tan malo sería? —preguntó él en voz baja mirándola a los ojos con inusitada seriedad.

Sara lo observó atónita. No podía estar diciendo lo que estaba diciendo. Estaba claro que el tremendo calor de agosto le estaba fundiendo el cerebro y haciéndole

pensar cosas que no eran.

—Voy a darme una ducha —dijo bajando de la encimera y caminando hacia la puerta.

Héctor se encogió de hombros y la siguió. Si ella no quería hablar del tema, no lo harían. Por ahora.

—Aún no me has explicado cómo has conseguido regresar un día antes —indagó Sara tiempo después tumbada desnuda sobre la cama.

Tal y como se había temido, Héctor la había acompañado al interior de la ducha, y una vez allí, había aprovechado para asearla a conciencia, lo que dio como resultado que hicieran acrobacias en el reducido cubículo, para más tarde acabar en la cama, empapados y follando como locos.

—Ya te lo dije, cogí un avión —murmuró él, más centrado en recorrer con las yemas de los dedos la suave piel femenina que en contar sus peripecias para regresar.

—Sí, pero... —Le apartó la mano que le estaba haciendo cosquillas en el pubis. ¿Acaso Héctor no había tenido suficiente sexo aún?—. ¿Cómo hiciste para conseguir vuelo en tan poco tiempo? Porque hasta ayer mismo me decías que tomarías el autobús mañana.

—Era lo que pensaba hacer —explicó él, ignorando su manotazo y volviendo a posar travieso la mano sobre el cuerpo femenino—. Pero ayer por la tarde tenía poco trabajo en la oficina y me puse a mirar por Internet vuelos a Alicante. Encontré un billete de última hora bastante barato y no me lo pensé dos veces.

—Pero aun así, has llegado muy pronto —musitó ella volviéndole a apartar la mano. «¿No se cansa nunca?». Intentó desviar su atención del sexo. Necesitaba recuperarse un poco antes de volver a ejercitar sus músculos—. Casi parece que hayas cogido una alfombra mágica en vez de un avión.

Héctor la miró con los ojos entornados y luego observó su propia mano. ¿Por qué no le dejaba acariciarla?

¿Es que no se daba cuenta de que la había echado tanto de menos que, ahora que estaba con ella, no era capaz de permanecer junto a ella sin tocarla?

Necesitaba recargarse de nuevo con su esencia, grabarse en las yemas de los dedos cada centímetro de su piel, sentir que estaba a su lado, y que no se iban a separar... al menos durante los siguientes dos días. Tenía que aprovechar cada segundo juntos antes de que tuviera que volver a irse y sufrir durante semanas la agonía de su ausencia.

—¿Estás molesta porque haya llegado un día antes? —preguntó inclinándose sobre ella y frotando la nariz contra el cuello femenino.

—¡Claro que no! ¡Estoy encantada! —se apresuró a afirmar, y en verdad lo estaba. Pero lo cierto era que por muy rápido que hubiera volado el avión, era prácticamente imposible salir de trabajar a las cuatro en Barcelona y llegar a Guardamar a las cinco.

—Pues no lo parece —protestó remolón a la vez que la mordisqueaba en el

hombro para luego descender depositando suaves besos en la clavícula, sobre el esternón, el comienzo de los pechos... deleitándose con su sabor. Guardándolo en su memoria para cuando volvieran a estar separados—. No haces más que rechazarme.

—¿Rechazarte? ¿Cuándo te he rechazado yo? —inquirió incorporándose a la vez que se apartaba de sus labios.

—Ahora. No me dejas tocarte. En cuanto me acerco me das un manotazo o me alejas. Estoy hambriento de ti y tú no me haces caso —refunfuñó haciendo pucheros como si fuera un niño pequeño. Sara estalló en carcajadas al ver su gesto enfurruñado.

—Pero, Héctor, cariño... si acabamos de hacer el amor. Dame un respiro.

—Jo... —masculló él apoyando la espalda en el cabecero de la cama y cruzándose de brazos—. Llevo dos semanas trabajando como un negro lejos de casa, deseando regresar para estar contigo, y, cuando por fin vuelvo, arriesgando la vida en uno de esos trastos que vuelan por los aires, tú me rechazas. No es justo.

—¿Arriesgando la vida? Los aviones son uno de los medios de transporte más seguros que hay —refutó ella divertida al ver su mohín. Su chico era un teatrero impresionante.

—Eres mala. Me tienes cardíaco perdido y no me haces caso —le reprochó poniendo morritos—. Se me van a reventar los huevos y a ti te da igual.

Sara lo miró enarcando una ceja. Héctor curvó los labios hacia abajo y frunció las cejas fingiendo disgusto. Los labios femeninos se elevaron en una sonrisa que presagiaba una tormenta de carcajadas. Los masculinos se abrieron en una enorme risa que llenó la habitación.

—Mujer cruel, ¡con lo bien que me estaba saliendo la actuación! —exclamó poniendo los ojos en blanco—. No hay forma contigo, enseguida me pillas.

—Es que eres un pelín teatral —replicó ella dándole un suave beso en la mejilla—. Anda, cuéntame cómo has conseguido llegar tan pronto a casa.

—Está bien. Pero que conste en acta que tú me has obligado a narrarte mi aburridísima aventura, en contra de mis buenos deseos de... —Se calló de golpe. Una chispa ladina brilló en sus ojos—. No te muevas, ahora vengo —dijo saltando de la cama.

Sara lo observó estupefacta salir del cuarto, escuchó los pasos apresurados de sus pies descendiendo a velocidad de vértigo las escaleras, y el sonido del golpe que se dio cuando entró en la cocina. Mucho se temía que él había olvidado el estado en el que la había dejado, y, por ende, había resbalado con el aceite desparramado en el suelo.

—¡Joder, me he roto el culo! —gritó Héctor masajeándose el trasero—. Puñetero aceite.

Se acercó a la nevera cojeando, abrió la puerta del congelador y buscó lo necesario para poner en marcha su plan. Y mientras lo hacía, la música que sonaba desde el lector de CD le llamó la atención. Entornó los ojos, ladeó la cabeza y un

gesto ladino iluminó sus rasgos.

Another one bites the dust^[12]

—Sí, que otro lo muerda, porque yo no lo voy a morder —murmuró con una peligrosa sonrisa en los labios.

—¿Qué se supone que piensas hacer con eso? —inquirió Sara alarmada cuando lo vio entrar en la habitación portando un cuenco con hielos.

No sabía si echarse a temblar por la idea que se le hubiera podido ocurrir, o babear de placer ante la visión de su hermoso cuerpo desnudo preparado para entrar en acción. Muy preparado.

Los poderosos rayos de sol de media tarde se filtraban a través de las cortinas de tono suave de la habitación, iluminando con partículas doradas el ambiente y resaltando la fisonomía casi perfecta del hombre de despeinados cabellos rubios y risueños ojos azules que la miraba como si ella fuera el helado más delicioso de todo el mundo mundial. Como si estuviera decidido a darse el festín de su vida.

Sara se lamió los labios, incapaz de resistirse a su perverso candor. Su mirada descendió a la imponente erección que oscilaba orgullosa en el aire, retándola a que se atreviera a albergarla en el interior de su boca, a que la lamiera, chupara y succionara hasta exprimir por completo la esencia masculina.

—¿De verdad quieres que te cuente mi aburrido viaje? —preguntó Héctor dejando los hielos sobre la mesilla para luego tumbarse a su lado, consciente por completo del hambre con que ella lo miraba.

—Sí —afirmó ella sacudiendo la cabeza para salir del embrujo en que estaba sumida—. Estoy intrigada por saber cómo has logrado lo imposible.

—Lo primero de todo fue encontrar un avión que saliera de Barcelona a una hora prudencial —comentó él instándola a tumbarse con la espalda pegada al colchón mientras se colocaba de lado junto a ella—. Una vez encontrado, fue cuestión de utilizar mi maravilloso encanto personal para que el jefe me dejara salir antes de hora —explicó chupando un hielo que luego colocó sobre los labios femeninos—. Lámelo.

Y Sara lo lamió como si se tratara del rígido pene que se frotaba contra su costado.

—Le conté que tenía a la mujer más hermosa del mundo esperándome impaciente en casa y que estaba desesperado por regresar junto a ella y hacerle el amor de mil maneras distintas —afirmó recorriendo con el frío cubito los labios femeninos.

—¡Le dijiste eso! —exclamó Sara abriendo los ojos como platos—. No habrás sido capaz.

—Estaba desesperado por verte, Sara. Totalmente desquiciado. Han sido las dos semanas más largas de mi vida, sin poder escaparme ni siquiera un día para estar contigo —repuso él muy serio—. Por supuesto que se lo dije al jefe. Aunque tampoco hubiera sido necesario. Según iban pasando los días se me iba notando en el ánimo.

Cada vez estaba más decaído; solo fue cuestión de exagerarlo un poco durante las últimas horas —susurró burlón guiñándole un ojo. Aunque lo cierto era que no había exagerado ni una pizca. El fin de semana, mientras hacía su trabajo en el Centro de Visitantes, había estado tan melancólico, tan apagado, que hasta sus compañeros lo habían notado y se habían preocupado—. Y como además soy un currante de impresión, que no solo no he salido por ahí en mis horas libres, sino que las he dedicado a adelantar el trabajo, pues hoy no iba a tener nada que hacer en todo el día, excepto firmar el finiquito —comentó deslizando el hielo por el cuello femenino, para acabar dejándolo olvidado en el valle entre sus pechos—. Así que hablé, supliqué, lloré y me arrodillé como un hombre con el corazón roto y el jefe me dejó salir antes de media mañana.

—¿Lloraste, suplicaste, te arrodillaste? No sé por qué, pero no te creo —musitó Sara echando la cabeza hacia atrás para que él le recorriera el cuello a conciencia con los labios.

—Bueno, quizá he exagerado un poco. Pero lo del hombre con el corazón roto sí es verdad —le indicó recorriendo la clavícula femenina con ligeros besos que consiguieron que ella se estremeciera—. Luego vino un viaje de vértigo en el coche de un amigo para llegar antes de las dos a El Prat. Si piensas que yo conduzco como un loco, tendrías que haber montado con Gerard, estuvimos a punto de estrellarnos cientos de veces, pero llegamos a tiempo al aeropuerto —afirmó antes de darle un apasionado beso que transformó el cuerpo femenino en un trémulo flan de vainilla.

—No me gusta que te lo tomes a broma, Héctor. Los coches son muy peligrosos —murmuró ella con voz entrecortada cuando sus labios se separaron tras el arrebatador ósculo.

—Mereció la pena, Sara —aseveró él mordisqueándole el lóbulo de la oreja para a continuación succionarlo con fuerza, arrancándole un dulce gemido—. Conseguí embarcar a tiempo en el avión, y luego tuve que hacer un hercúleo alarde de contención durante los sesenta y cinco minutos más angustiosos de toda mi vida. —La miró muy serio antes de tomar otro hielo del cuenco—. Chúpalo como si fuera mi polla.

Y Sara se humedeció los labios y envolvió con ellos el gélido cubito. Lo absorbió y lo acarició con la lengua hasta que quedó bañado en su cálida saliva.

—Joder, nena, me estás volviendo loco.

—No me llames nena —replicó ella clavando los dientes en la punta del hielo.

Héctor jadeó al ver su gesto, luego se llevó la mano libre al pene y se lo masajeó en la base unos segundos, en un intento por contener el ansia que comenzaba a minar su resolución de acabar de contar la historia.

—¿Por qué tuviste que hacer alarde de contención? —inquirió Sara divertida y a la vez excitada al ver sus ojos entornados por el placer y sentir en la piel el eco de los movimientos de su mano mientras se masturbaba lentamente.

—Porque en el mismo momento en que el avión despegó, supe que en menos de

dos horas estaría a tu lado y me puse duro como una piedra —murmuró con voz queda a la vez que comenzaba a trazar con el hielo espirales sobre el estómago femenino—. El trayecto entre Barcelona —colocó el hielo sobre el pezón izquierdo— hasta Alicante —lo deslizó hasta el derecho— se me hizo insoportable. Jamás me han dolido tanto los huevos —afirmó posando la boca sobre el pezón izquierdo y comenzando a succionarlo mientras hacía círculos helados sobre el derecho.

—Pobrecillo —gimió Sara arqueando la espalda para acercar más los pechos a su boca.

—Estuvo a punto de darme un ataque de huevitis hinchaditis aguditis...

—Eso te lo acabas de inventar —musitó ella divertida. Hasta en los momentos más íntimos y sensuales sabía hacerla reír.

—Tócame... me estoy muriendo por tus caricias —suplicó.

Y Sara lo hizo. Rodeó la imponente erección con sus dedos y presionó levemente. Un suspiro extasiado abandonó los labios masculinos.

—Más... —gimió el contra su pezón inhiesto, endureciéndolo más todavía.

Sara envolvió por completo el vibrante pene y comenzó a masturbarlo con lentitud, deleitándose con su tersura y dureza, recorriendo con las yemas de los dedos cada hinchada vena. Acariciando con el pulgar el sedoso glande que derramaba lágrimas de semen.

—Me estás matando, házmelo más fuerte, más rápido... por favor, Sara...

—Cuéntame el final del viaje —le instó ella observando el intenso placer que se reflejaba en su rostro.

—Bueno... —Héctor carraspeó para recuperar la respiración y con ella la voz—. Por fin llegué a El Altet^[13]. —Desplazó el hielo con el que había estado jugando hasta el ombligo femenino—. Y después de esperar un buen rato para recoger la maldita maleta, salí del aeropuerto y comencé a buscar transporte para llegar a casa —gruñó meciendo las caderas contra la mano femenina en un intento por aumentar el ritmo de las caricias que esta le prodigaba. Como no lo consiguió optó por torturarla al igual que ella hacía—. Busqué como un loco un autobús que saliera hacia Guardamar. —Presionó con el hielo en el ombligo al mismo ritmo que lo hacía con sus caderas, en una clara indicación de que lo que él quería era penetrarla y olvidarse de todo—. Como no había ninguno que saliera en un tiempo razonable, decidí coger un taxi —explicó a la vez que comenzaba a hacer descender el cubito con exagerada lentitud hacia el pubis femenino.

—¡Has venido en taxi desde el Altet! Estás loco —exclamó Sara mirándole con los ojos abiertos como platos. Habría tardado como poco media hora. El trayecto le habría salido carísimo, y su escaso sueldo no le daba para muchos gastos.

—Loco por verte. Sí. Oh, vamos, no me pongas esa cara. Tampoco ha sido tan caro, ha merecido la pena —afirmó muy serio.

Esas horas que había conseguido ganar para estar juntos eran mucho más valiosas que unos pocos euros guardados en el banco. Deslizó el ya reducido hielo sobre los

hinchados labios vaginales y observó embelesado como ella cerraba los ojos, separaba las piernas y elevaba las caderas ahíta de placer.

—Y tras convencer al taxista de que corriera todo lo que pudiera porque estaba impaciente por volver a casa y hacerle el amor a mi chica, llegué a mi destino. — Colocó el hielo en la entrada de la vagina, presionó sobre este con los dedos, y lo introdujo en el cálido interior femenino.

Sara exhaló un extático gemido a la vez que sus caderas se elevaron aún más y su mano envolvía con fuerza el grueso pene que palpitaba contra su palma.

Héctor sonrió, tomó otro cubito del cuenco, y tras chuparlo lo enterró junto al primero. Dejó que las yemas de sus dedos se impregnaran del gélido elemento y luego recorrió con ellas los ardientes pliegues femeninos, separándolos con los dedos índice y anular a la vez que dibujaba círculos helados sobre el clítoris.

Sara jadeó sin respiración cuando el calor que desprendía su sexo entró en contacto con los fríos dedos masculinos. El contraste entre ambos estados colapsó sus sentidos dejándola al borde del orgasmo.

—Dime cuánto te gusta que te folle con los dedos —reclamó Héctor—. Dime cómo quieres que te los meta, fuerte... suave...

—Fuerte. Hazlo fuerte. Y rápido.

—No.

—¿No?

—Convénceme para que lo haga —exigió acariciándole el clítoris.

Sara le miró, enarcó una ceja y con una diabólica sonrisa en la boca, le soltó la polla y se giró apoyándose en el costado izquierdo hasta quedar frente a él. Pasó la pierna derecha sobre las de Héctor, le aferró el pene con la mano izquierda y le abrazó con la derecha, deslizándola lentamente por la cintura masculina hasta llegar a la unión entre las nalgas. Y una vez allí, presionó con el índice sobre el ano a la vez que comenzaba a masturbarlo con fuerza.

Héctor abrió los labios en un mudo grito de éxtasis.

—Méteme los dedos si no quieres que pare —le exigió ella.

Y Héctor lo hizo. Sin dilación, sin pensarlo un segundo, sin la más mínima duda. Penetró con dos dedos la vagina y dejó que la palma de la mano se encargara del clítoris mientras que colocaba la mano que tenía libre en el trasero de su chica, en idéntica posición a la que le acariciaba el ano a él.

Se besaron con ferocidad, sedientos el uno del otro, devorados por un hambre insaciable que los empujaba a luchar con las lenguas para calmar la necesidad de sus sentidos impregnándolos en la esencia amada. En la piel amada. Los dedos de Héctor acariciaban y penetraban el sexo de Sara. Los de Sara envolvían el de Héctor. Los índices de ambos se hundían en el angosto y oscuro pasaje del placer prohibido. Sus cuerpos temblaban, sus pulmones se olvidaban de requerir el aire necesario para respirar y sus mentes se fusionaban en una sola que tenía un único propósito: gozar del placentero amor que ambos se prodigaban.

—Sara..., estoy a punto de correrme —consiguió decir Héctor al separarse tras el intenso y prolongado beso.

—Ponte un condón... —musitó ella con los labios entumecidos.

Héctor se removió sobre la cama para alcanzar la mesilla y abrió el cajón para coger el preservativo. Antes de hacerlo, su mano se quedó inmóvil en el aire. Giró la cabeza y observó a su chica con un brillo ladino en la mirada. Hundió la mano en el cajón y cogió el lubricante al agua.

—Con tanto hablar de aviones, me han entrado ganas de probar otra... puerta de embarque —susurró enseñándole a Sara el lubricante.

Ella inspiró profundamente y asintió con la cabeza. Había llegado la hora. Llevaban todo el verano jugando con las entradas traseras de sus cuerpos, yendo cada vez un poco más lejos, adaptándose y deleitándose con el extraño placer que les proporcionaba. Era el momento de dar el paso definitivo.

Héctor sonrió y sin dejar de mirarla con extrema atención, colocó las almohadas en el centro de la cama y la instó a tumbarse de espaldas, con las caderas sobre estas. Le separó las piernas instándola a doblar las rodillas y se postró entre ellas. Observó complacido la humedad que emanaba de su vagina, y la penetró con los dedos índice y anular. Se sorprendió por un instante al sentir un inusitado frescor en las yemas, y luego sonrió al comprender que era debido a los cubitos que le había introducido y que poco a poco se habían derretido. Decidido a saborear su esencia se llevó ambos dedos a la boca, lamiéndolos deslumbrado. Repitió la sensual exploración y luego hundió el índice en la boca de Sara, instándola a saborearse a sí misma. Ella lamió y chupó los dedos libidinosa.

Héctor esperó hasta que ella calmó su sed, y luego tomó otro hielo de los que estaban medio derretidos en el cuenco y la incitó a que lo chupara. Y cuando lo hubo hecho, lo llevó hasta el fruncido orificio que pensaba invadir.

Sara exhaló un gemido gutural al sentir el frío elemento sobre su ano y elevó las caderas separando más las piernas.

Sin dejar de presionar con el reducido hielo la puerta trasera, Héctor bajó la cabeza hasta que sus labios se posaron en el interior de los muslos femeninos y trazó con ellos un sendero de besos que se aproximó inexorablemente al vértice del placer femenino. Pero antes de llegar siquiera a tocarlo, se entretuvo en lamer el lugar donde muslo y cadera se unen, en apresar entre los dientes con exquisita delicadeza cada centímetro de suave piel que se le antojó para luego succionar con fuerza, provocando que su chica gimiera y vibrara impaciente. La atormentó, saboreó y tentó con la lengua sin dejar de jugar con el hielo en su trasero hasta que ella aferró sendos mechones de su cabello con las manos, exigiéndole silente que se dedicara de una buena vez al clítoris.

Y él, como el muchacho obediente y encantador que era, obedeció.

Posó su cálida boca sobre el lugar que ella más deseaba y, usando labios, lengua y dientes, la llevó hasta el límite del placer.

Sara cerró los ojos y se dejó llevar por el increíble éxtasis que comenzaba a formarse en su interior. Inspiró con fuerza en busca del aire que necesitaban sus pulmones, arqueó la espalda y elevó más aún las caderas, meciéndolas contra la cara de su amado, impaciente por llegar al orgasmo prometido. Y en ese instante, él se separó de ella, dejándola al borde de algo tan potente que apenas pudo evitar gritar de frustración.

Héctor tomó el lubricante al agua, lo derramó sobre su mano y antes de que ella pudiera quejarse por el inesperado abandono al que la había sometido, penetró con un dedo el estrecho ano. Fue invadiéndolo lentamente, sin dejar de mirar su rostro extasiado, y cuando lo insertó por completo en su interior, comenzó a moverlo en círculos a la vez que se inclinaba sobre ella y devoraba sus pechos hinchados y sus endurecidos pezones.

Sara se quedó inmóvil durante unos segundos, intentando acomodar sus sentidos a la ya conocida intrusión, respirando profundamente e instando a su cuerpo tenso a relajarse. Cuando sintió la segunda falange traspasar el anillo de músculos inspiró profundamente y cerró los ojos, deleitándose con el ardor mezclado con placer que le provocaba el dedo entrando y saliendo de su recto. Un instante después, con los labios de Héctor succionando con fuerza sus pezones, estuvo a punto de traspasar el punto de no retorno. Solo la presión del segundo dedo irrumpiendo en su ano consiguió frenar el inminente orgasmo.

Héctor observó con extrema atención a su chica, vigiló cada suspiro que emitía, cada mueca de dolor o de placer que se reflejaba en su rostro, cada vez que aferraba con fuerza las sábanas con las manos y cada vez que las soltaba. Se mantuvo pendiente cada segundo, leyendo en ella sus sensaciones, miedos y deseos. Y cuando los dos dedos que asediaban su acogedor esfínter pudieron acometerlo cómodamente, los sacó con premura. Derramó una buena cantidad de lubricante sobre su pene, se masturbó para untarlo por completo, y le preguntó a Sara con la mirada. Ella asintió con la cabeza.

Colocó los pies femeninos sobre sus hombros, se inclinó sobre ella, y sujetándose con una mano la polla, la colocó en la entrada que ansiaba invadir. La penetró lentamente, con extremo cuidado hasta que quedó por completo enfundado en ella. Ambos suspiraron al unísono. Sosteniéndose con un brazo, llevó la mano que tenía libre hasta el sexo empapado de Sara, y frotó con el pulgar, resbaladizo por los fluidos y el lubricante, el enaltecido clítoris que esperaba impaciente sus caricias. Entró y salió perezoso de ella, permitiéndole que su recto se acomodara a la gruesa verga que lo invadía, logrando que ambos disfrutaran de las tímidas acometidas que se fueron acelerando al mismo ritmo que sus respiraciones y jadeos. Hasta que el orgasmo explotó demoledor en Sara, provocando a su vez que el escaso control que Héctor todavía mantenía estallara llevándole al éxtasis.

Tiempo después continuaban en la cama, sus cuerpos vencidos por las sensaciones y sentimientos que les habían invadido. Héctor abrazaba a Sara,

depositando cariñosos besos en su sien, sus mejillas, su preciosa nariz respingona. Y ella, con la cabeza reposada sobre su hombro, jugaba con los dedos en el torso masculino, enredándolos en el fino vello dorado que lo cubría, arañando con cuidado las diminutas tetillas de su amante.

Suspiró remolona, intentando salir del arrobamiento que se había abatido sobre ella tras la increíble experiencia. Se removió perezosa hasta que consiguió poner sus músculos en movimiento e intentó sentarse en la cama con el propósito de reunir fuerzas para levantarse.

Héctor se lo impidió.

—¿Adónde vas? —preguntó con voz somnolienta a la vez que pasaba una mano por su cintura y la obligaba a volver a recostarse sobre él.

—Es tarde, Alba y Elke tienen que estar a punto de regresar de la playa y tengo que recoger el desastre que hemos dejado en la cocina antes de que sea la hora de irnos.

—Que lo recojan ellas —murmuró Héctor hundiendo el rostro en la suave melena de Sara—. Nosotros tenemos que recuperar el tiempo perdido —afirmó abrazándola mimoso.

—Por supuesto que no —rechazó Sara, divertida por su desfachatez—. Nosotros lo hemos manchado, ergo nosotros lo limpiamos.

—Luego... Esta noche... Mañana... —replicó Héctor colocándola por completo sobre él e instándola a acunar su flácido pene entre los muslos—. Ahora eres mía. No te voy a dejar salir de la cama en toda la tarde —afirmó con determinación.

—Me temo que eso no es posible, cariño —le informó Sara dándole un cariñoso beso en la barbilla antes de librarse de sus brazos y salir de la cama—. Tengo que ir a ensayar dentro de... —Miró el despertador de la mesilla— una hora y media.

—¿Tienes que ir adónde? —preguntó Héctor sentándose *ipso facto*. No. Tenía que haber escuchado mal. Sara no podía haber dicho lo que había dicho. Solo tenía dos días para estar con ella. El uno de septiembre se incorporaba a una nueva suplencia y estarían separados una semana entera, si no era más tiempo. No podía dejarlo tirado después de todo lo que había luchado por estar a su lado en ese momento.

—A ensayar —respondió ella, extrañada por el tono feroz que él había imprimido a la pregunta.

—¡Pero hoy es lunes! ¡Solo ensayas los martes y los jueves! —exclamó enfadado.

—Sí, pero como se suponía que llegabas mañana, les pedí a *los Spirits* que cambiáramos el día de ensayo para poder pasar juntos toda la tarde del martes.

—Llámales y diles que lo cambien para el miércoles, que es cuando yo ya no estaré —exigió él con ferocidad.

—No voy a pedirles que vuelvan a cambiar de planes otra vez, y menos con una hora de antelación —replicó ella más furiosa de lo que aparentaba.

¡¿Cómo se atrevía ese niñato a darle órdenes?!

—¡Joder, Sara! Estupendo. Maravilloso. Cojonudo —dijo levantándose furioso—. Pido favores para salir antes del curro, me meto en un puñetero avión y me gasto un pastón en un taxi para estar contigo... y tú ni siquiera te molestas en cambiar un ensayo de mierda por mí. Me parece... fabuloso —ironizó.

—No te lo tomes tan a la tremenda. Ya te he explicado por qué cambié el día. Si hubieras avisado de que venías antes no lo hubiera hecho —rebatió ella con voz sosegada y mirada feroz mientras se vestía. Desde luego que no iba a dar su brazo a torcer. Se empezaba con una tontería, y al final se acababa haciendo todo lo que el hombre ordenaba. Había visto a su madre caer en esa trampa cuando era niña, y todavía recordaba lo mucho que les había costado escapar. No pensaba cometer sus mismos errores.

—Si hubiera avisado, no te habría dado una sorpresa. Claro que, con la ilusión que te ha hecho, no sé ni para qué me he molestado.

—Por supuesto que me ha hecho ilusión.

—Ya lo he visto. En el momento en que he entrado por la puerta te has tirado a mis brazos y me has comido a besos para luego follarme salvajemente sobre el suelo del salón. Ah, no, eso solo ha pasado en mis sueños. Tú lo que has hecho ha sido tirarme una sartén grasienta a la cabeza —le recriminó enfadado mientras se ponía los vaqueros.

—Héctor, no te hagas el mártir. No te pega —rechazó Sara frotándose la sien con las yemas de los dedos, comenzaba a sentir un molesto dolor de cabeza.

—¡No me hago el mártir! —gritó colérico porque ella no le tomaba en serio. Inspiró profundamente y decidió cambiar de argumento—. He recorrido medio mundo para estar contigo esta tarde. —Sara arqueó una ceja al escuchar su exageración, y Héctor estalló al ver su expresión burlona—. ¡No puedes dejarme tirado! Llámales y diles que no vas al ensayo.

—Si vas a tener una pataleta, haz el favor de hacerlo en cualquier lugar donde no tenga que escuchar tus berridos —dijo ella con total tranquilidad saliendo de la habitación. O se marchaba de su lado o le tiraba algo a la cabeza.

—¡Yo no tengo pataletas! —gritó él.

—Sí las tienes —afirmó Sara dando un portazo.

Capítulo 21

—Vaya... ¿tuviste una pataleta? —preguntó Darío intentando parecer circunspecto.

—Yo no tengo pataletas —afirmó Héctor—. Joder, Da, no te rías, hablo en serio —murmuró cuando su hermano no pudo reprimir una risita—. Lo pasé fatal. Me había hecho la ilusión de pasar con ella toda la tarde y me dejó de lado por culpa de un ensayo de mierda.

—Eso te pasa por no avisar, Héctor. Siempre estás con las sorpresas, y a veces eso no es bueno —le recriminó Ariel.

—No sé si me gusta que te pongas de su parte, sirenita.

Ariel se encogió de hombros. Entendía los motivos de Sara para no cambiar el día de ensayo. No iba a ponerse de parte de Héctor solo porque fuera su cuñado.

—De todas maneras, no creo que por culpa de esa tontería estuvierais mucho tiempo disgustados, ¿no?

—¡No fue ninguna tontería! Llevaba dos semanas sin verla, y quería estar a solas con ella. ¡No rodeado de músicos! —se defendió enfadado—. Tú no lo entiendes, Da.

—¿No lo entiendo? ¿Estás seguro? —musitó Darío mirándole muy serio.

Héctor bajó la cabeza, avergonzado. Por supuesto que su hermano lo entendía. Había estado separado de Ariel durante más de dos meses tras una discusión, sin saber dónde encontrarla ni si volvería a verla. En comparación, su pataleta era una soberana estupidez.

—Lo siento, Da. A veces solo pienso en mí mismo.

—Todos lo hacemos en algún momento, hermanito —murmuró Darío despeinándole el pelo con cariño—. Imagino que al final cediste y fuiste con ella.

—No. No lo hice —musitó empalideciendo—. Y aún estoy pagando las consecuencias. —Irguió la espalda y observó fijamente a su hermano—. ¿Sabes lo que es un sin-pa, Da? —Darío negó con la cabeza—. Es la mejor manera de cagarla bien cagada.

—Mamá, ¿con quién discutes? —le preguntó Alba a Sara al pie de la escalera.

Ella y Elke acababan de entrar en la casa y habían oído gritos de hombre y un portazo. Y era imposible que la discusión fuera con Geert. Su padre jamás discutía. Si Sara se enfadaba con él, el tipo se limitaba a encogerse de hombros y desaparecer por un tiempo de sus vidas. Eso solo dejaba a Héctor como posible contrincante, pero el muchacho no estaba en Guardamar, sino en algún parque natural cerca de Barcelona. Había estado en tantos sitios distintos durante los dos últimos meses, que Alba era incapaz de recordar en cuál trabajaba en ese momento.

—Con Héctor. Y no discuto —aseveró Sara bajando las escaleras con inusitada furia para una persona que afirmaba no haber discutido.

—Ah, ¿cuándo ha venido? —preguntó la joven rubia mirando extrañada a su

madre.

—Hace un rato. ¿Qué tal en la playa?

—Estupendamente, el mar estaba en su punto, la brisa refrescaba lo suficiente como para no pasar mucho calor, y había un montón de chicas y chicos guapos jugando a las palas. Nos hemos recreado la vista a conciencia —contestó Elke entrando en la cocina para coger un refresco—. ¡Joder! ¡¿Qué ha pasado aquí?!

—Mierda —musitó Sara entre dientes—. Se me había olvidado.

—Ha pasado que tu madre me ha recibido tirándome una sartén a la cabeza —explicó Héctor bajando las escaleras.

Alba y Elke se miraron la una a la otra, atónitas. Era la primera vez que veían al muchacho enfadado, luego dirigieron sus miradas hacia Sara. Tenía la boca tan apretada que sus labios eran una fina y pálida línea. Y mejor no hablar de las dagas que lanzaban sus ojos.

—¿Qué le has hecho, niño? —inquirió Elke feroz, dispuesta a arrancarle los testículos por hacer sufrir a su amiga.

—Cállate, bruja —replicó Héctor, cabreado porque siguiera empeñada en llamarle niño.

—Déjalo estar, Elke —instó Sara a su amiga cuando esta se disponía a despellejar verbalmente a su amante—. Lo último que me hace falta es que añadas más leña al fuego —afirmó entrando en la cocina para recogerla. Elke la siguió. Alba, sin embargo, se acercó al joven.

—¿Qué ha pasado? —le preguntó en un susurro.

Y Héctor se lo contó. A su manera. En voz bien alta para que Elke y Sara vieran que tenía razón. Y por supuesto, los bufidos indignados de Sara interrumpieron su narración en los momentos en los que se dejó llevar por la pasión y exageró o deformó ligeramente la verdad. De hecho fueron muchos los bufidos que se oyeron.

—Bueno, no es tan grave —argumentó Alba tras escuchar la historia—. Acompaña a mamá. Al fin y al cabo siempre habéis ido juntos a todos los ensayos.

—¡No he pillado un vuelo para verla ensayar! —explotó Héctor por enésima vez en la tarde—. He venido antes para estar con ella ¡a solas! Quiero ir al cine, a cenar, a pasear...

—Sí, claro. Eso justo es lo que ha dicho antes —ironizó Sara acabando de fregar el suelo de la cocina. Héctor irguió mucho la espalda y la miró furioso.

—Pues sí, ¡también quiero follar! —gritó enfadado—. Llevo dos semanas sin verte, y no es por nada, nena, pero no soy un jodido eunuco.

—Claro que no, si por ti fuera, pasaríamos toda la santa tarde follando sin parar. ¡Ni que fuéramos conejos! —respondió Sara con rabia antes de darse cuenta de que tenían público. ¿Qué demonios le estaba pasando? Ella jamás se alteraba, jamás gritaba y, sobre todo, jamás decía semejantes burradas.

—Mejor ser un conejo que una... —Héctor frunció el ceño pensativo. Necesitaba algo inamovible, duro—. Una... ¡Una roca! No das tu brazo a torcer ni aunque te lo

estés rompiendo. ¡Tampoco te pido tanto! Solo quiero que pasemos la tarde juntos.

—Y yo te he dicho que me parece perfecto. Acompáñame al ensayo, como siempre haces, y luego podremos hacer lo que te salga de las narices. ¡Son solo dos puñeteras horas! —gritó indignada porque la comparase con algo tan frío y carente de sentimientos como una roca.

¿No podía haber buscado otra comparación mejor?

—Si la única opción que me das es pasar dos horas con tus amigos, prefiero quedarme en casa tocándome los huevos —rechazó indignado.

—Tocarte los huevos se te da muy bien.

Alba y Elke, que habían estado observando la discusión como quien asiste a un partido de tenis, inspiraron profundamente al escuchar la afirmación de Sara. Se había pasado.

—¿Qué estás insinuando? —susurró Héctor feroz, ofendido porque ella sugiriera que no era un tío trabajador. Porque eso era una gran mentira.

—Nada. No quería decir lo que he dicho. Bueno, sí. Sí lo quería decir... pero no en el sentido en el que te lo has tomado —afirmó arrepentida al ver su gesto, pero sin querer dar su brazo a torcer—. Me refería a que siempre estás pensando en... déjalo. Lo siento. ¿De acuerdo?

—Está bien.

—Mira, esta discusión es estúpida. Tengo que ir al ensayo, no puedo decir a los chicos que cambiemos de día cuando ayer les hice modificar todos sus planes. No sería justo para ellos.

—Tampoco es justo para mí.

—Van a ser solo dos horas. Vente conmigo, y si no te apetece —se apresuró a continuar al ver que él hacía ademán de interrumpirla—, quédate en casa, date una vuelta o haz lo que te dé la gana. Pero dejemos de discutir, por favor.

—Está bien —consintió Héctor metiendo las manos en los bolsillos del pantalón y mirándola enfurruñado—. No pasa nada. —Sacudió la cabeza, torció los labios en una mueca de fastidio, y al final se acercó a ella y le dio un casto beso en la frente—. Siento haber montado esta escenita, pero me ha sentado fatal no poder tenerte en exclusiva toda la tarde.

—Lo sé. Yo también lo siento, a veces puedo ser un poco cabezota —musitó ella poniéndose de puntillas para darle un ligero beso en los labios—. Anda, vamos a vestirnos que al final llegaremos tarde al ensayo —le instó dándole un conciliador azote en el trasero que esperaba le hiciera sonreír.

Estaba harta de verlo enojado, quería que volviera a ser el tunante de siempre.

—No voy a ir al ensayo, no me apetece —rechazó la invitación. Que no quisiera discutir más no significaba que fuera a postrarse de rodillas y hacer todo lo que ella dijera. Él también tenía su orgullo—. Te veo cuando regreses. —Se sentó en el sillón del salón, tomó el mando de la tele y la encendió.

—¿Te vas a pasar toda la tarde viendo la tele? —preguntó Elke burlona—.

Vamos, no seas niño, vente con nosotras. *Los Spirits* tienen ganas de verte también.

—No me voy a pasar la tarde pegado a la tele —masculló Héctor sintiendo que empezaba a cabrearse de nuevo. Eso era justo lo que pensaba hacer hasta que la muy bruja le había tratado como el niño enfurruñado que no era.

Frunció el ceño, pensativo, y por fin la inspiración se dignó a acudir en su ayuda. Se levantó para coger el bolso bandolera, sacó su reluciente móvil y, mientras marcaba con rapidez el número de Zuper, se volvió a repantingar en el sillón con una traviesa sonrisa en los labios.

—¿Qué vas a hacer esta tarde? —preguntó a su interlocutor tras un somero «Hola»—. ¿En La Zenia? Sí, sé dónde está. Déjame pensarlo —dudó un instante.

Lo que su amigo le proponía era salir con algunos de sus nuevos compañeros de piso a tomar unas tapas a una terraza, y él no podía permitirse ese lujo. Había gastado casi todo su dinero en el avión y en el taxi. Pero, por otro lado, tenía los billetes de autobús y el alquiler de la habitación de su nuevo destino ya pagados, por lo que no iba a necesitar dinero hasta el miércoles cuando llegara a Burgos. Y para entonces ya tendría el sueldo ingresado en el banco.

—Está bien. ¿Dónde habéis quedado? Voy para allá. —Guardó el móvil—. Voy a salir con Zuper —declaró mientras subía las escaleras a toda prisa. Reapareció un instante después, vestido con unas bermudas vaqueras y la camiseta negra de los Rolling Stones—. Nos vemos luego —se despidió saliendo de la casa sin mirar atrás.

—Tiene que estar hecho polvo por la discusión —comentó Alba.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Elke mirando a Sara. Su amiga tenía los ojos brillantes, colapsados por las lágrimas no derramadas.

—Porque es la primera vez que sale de casa sin mirarse veinte veces al espejo para comprobar que la camisa está perfectamente planchada y cada mechón de su pelo en su sitio —respondió Alba, irónica pero certera—. Es demasiado presumido para salir hecho un desastre.

—No soy presumido, mi ropa está perfecta y no me apetece peinarme —replicó Héctor asomando la cabeza por la puerta de la cocina. Había entrado al salón porque había olvidado las llaves, y tras escuchar la conversación que las chicas mantenían en la cocina no podía callarse—. Y además, qué más da si estoy hecho un desastre. No voy a estar con nadie a quien quiera deslumbrar —murmuró fingiéndose compungido sin poder evitarlo. Era difícil abandonar los antiguos hábitos. Aunque Sara y las chicas lo tuvieran calado.

—Anda, lárgate de una vez y deja de hacer el tonto, niño —le reprendió Elke, divertida por sus puchereros.

—Vete a freír espárragos, bruja.

Abandonó la casa aún más enfadado que antes. Él no estaba hecho un desastre, simplemente había adoptado un look distinto al habitual. Se detuvo al llegar al final de la calle, justo donde la arena de la playa ocultaba el asfalto de la carretera, y observó con atención las prendas que se había puesto tras sacarlas de la maleta sin

molestarse en seleccionarlas, a excepción de la camiseta de Los Rolling, que era su favorita y por eso mismo se la había puesto. ¡Parecía un desarrapado! Tanto los pantalones como la camiseta estaban arrugadísimos tras llevar desde la noche anterior metidos en la maleta. Tendría que haberlos planchado antes de ponérselos, pero con el cabreo que tenía seguro que los hubiera quemado. Miró el reloj de su muñeca, disponía de poco más de una hora para llegar hasta donde había quedado con Zuper. Se peinó con los dedos, pensativo. Podía acercarse al centro de Guardamar y tomar el autobús a La Mata... o podía darse un largo paseo por la playa. Se descalzó sin pensarlo un segundo, sujetó las zapatillas en una mano y se adentró en las dunas salvajes que daban paso a la extensa playa.

La brisa del atardecer lanzaba minúsculos granos de arena contra sus brazos desnudos y alborotaba su cabello despeinado, tornándolo pegajoso por la sal. Pero a pesar de ello, se alegró de haberse decidido por el paseo. La playa estaba casi desierta, las familias y los adolescentes que la habían invadido durante el día se habían evaporado, seguramente para hacer una cena temprana y prepararse para el ineludible recorrido de cada anochecer por el paseo marítimo. Solo el cadencioso susurro de las olas rompiendo en la orilla acompañaba los pensamientos de Héctor, haciéndole recapacitar sobre los acontecimientos de la jornada y sobre el rumbo que llevaba su relación con Sara. Se sentía herido, traicionado. Había hecho lo imposible por estar a su lado, por arañar unas horas de tiempo para estar junto a ella, y ella no se había dignado a dejar de ir a un puñetero e inútil ensayo para quedarse junto a él toda la tarde. No era justo. Claro que...

¿Qué podía esperar? A la hora de elegir, Sara siempre optaba por darle la espalda a él. Lo hizo la tarde que Geert estuvo en la casa y lo había vuelto a hacer ahora. Y eso le cabreaba profundamente. Bastante tenía con tener que pasar casi todo el mes lejos de ella, como para que ahora lo ignorara cuando por fin estaban juntos. Aunque también era cierto que había cambiado el día de ensayo pensando en él... No sabía ni qué pensar. Él se pasaba los días envuelto en la bruma gris de su desesperación, caminando por los parques naturales como alma en pena por estar separado de ella, anhelando verla, perdido en sus recuerdos. Y, mientras tanto, ella vivía su vida tan feliz, olvidándose por completo de él. Estaba seguro. Sara seguía haciendo su trabajo, saliendo con sus amigos, cantando y ensayando. Era totalmente independiente de él. Y eso le cabreaba. Y mucho. Quería que ella le necesitara tanto como él la necesitaba a ella. Pero no era así. Cuando hablaban por teléfono ella siempre estaba alegre, siempre le contaba las mil y una cosas que había hecho. Bueno, sí, también le decía que lo echaba de menos... pero no parecía ni triste ni deprimida.

«¿Estás seguro de eso? Quizá solo sea una coraza que se pone para no sufrir», murmuró en ese momento la voz de su conciencia. Héctor bufó y la ignoró. Lo último que le faltaba era que su subconsciente se pusiera de parte de Sara. ¡Joder! Era su subconsciente, no el de ella. Hasta eso le había arrebatado. Tan enfadado estaba que le dio una patada a la arena, consiguiendo que esta saliera volando y se le colara en

los ojos.

—¡Genial, simplemente genial! Hasta la arena se pone en mi contra —gruñó enfadado a la vez que se acercaba al mar y se agachaba para llenarse las manos de agua y limpiarse los ojos—. ¡Dios, cómo escuece!

Echó a andar de nuevo, asegurándose de que lo hacía justo por la orilla, donde la arena humedecida por las olas no se levantaría para atacarle si volvía a dejarse llevar por la rabia y le daba una buena patada.

«¡No es justo!», pensó por enésima vez. Él se mataba por complacerla, por estar con ella. Volaba por hacer realidad todos sus deseos, aunque solo fuera durante los cuatro o cinco días al mes que estaban juntos. Incluso había dejado de ir a Madrid a ver a sus hermanos ya que los pocos días libres que tenía los empleaba en estar con ella. Y todo para que ella lo dejara de lado por un ensayo. Estaba harto. Él era el que siempre volvía, el que se mataba por regresar a Alicante aunque solo fuera para pasar unas pocas horas a su lado. El que luchaba contra viento y marea por su relación.

«¿Estás seguro de eso?», le preguntó la estúpida voz de su conciencia en ese momento.

—Sí —afirmó dudoso para sí mismo—. Bueno, quizá he exagerado un poco —murmuró—. Tampoco hace falta luchar contra viento y marea para tener una relación, ¿no? Debería ser suficiente con estar juntos.

«¿Ocultándola a todas las personas a las que quieres? ¿A todas las que te importan algo?», musitó burlona la voz de su conciencia.

—Yo no la oculto ante nadie. Es solo que no veo la necesidad de hablarle de ella a mis hermanos si no la van a poder conocer todavía —replicó enfadado.

La única respuesta de su traidor subconsciente fue una mordaz carcajada.

Héctor gruñó enfadado porque incluso allí, el único lugar en el mundo en el que esperaba encontrarse en paz y silenciar sus remordimientos, la voz de la razón le perseguía implacable. Sara le había traicionado esa tarde, sí, pero él la traicionaba cada día que pasaba sin hablar de ella a sus hermanos y su padre. Y se odiaba por ello. Pero para qué iba a enfrentarse a su familia si ella todavía no le había dicho que le quería.

—¡Eh! ¡¿Para qué?! —gritó enfadado a su subconsciente. A ver si era capaz de responder a eso. ¡Ja!

Una mujer que paseaba a su perro por la playa lo miró asustada y cambió rápidamente de dirección, alejándose del loco que hablaba a las olas. Héctor la ignoró y siguió caminando por la orilla, jugando a esquivar las pequeñas olas que humedecían la arena.

—Ahora no dices nada, eh —le reclamó a su conciencia.

Sara no le había dicho que le quería. Y no parecía tener intención de hacerlo. Si no se lo había dicho cuando él le confesó sus sentimientos, que era el momento oportuno, estaba claro que no lo haría nunca. Claro que él tampoco era tan idiota como para repetírselo. ¿Para qué? ¿Para que ella no abriera la boca? Con una vez

había tenido más que suficiente. Había dejado pasar los días esperando que ella le confesara su amor... y había esperado en vano. Así que no pensaba volver a abrir la boca.

«¿Se puede ser más imbécil? —le preguntó su puñetera voz interior—. No es un concurso de ver quién lo dice antes. Es una declaración de amor, niño tonto y egoísta».

—Pues bueno, me parece estupendo. Yo ya me declaré. Ahora le toca a Sara —argumentó Héctor furioso—. Y en vez de decirme que me quiere, me deja tirado para ir a ensayar con el grupo. Tiene toda la semana por delante para estar con ellos y solo hoy y mañana para estar conmigo, y los prefiere a ellos. Me paso el día echándola de menos, y estoy seguro de que ella se lo pasa de puta madre con sus amigos y ni se acuerda de mí —gruñó.

Incapaz de contenerse, dio una fuerte patada al agua, alguien tenía que pagar por las afrentas que había recibido ese día. El mar se vengó lanzándole una ola que le empapó el pantalón hasta las caderas.

—¡Genial! ¡Simplemente genial! Ahora no solo llevo la ropa arrugada, sino que también estoy empapado. Cojonudo. —Dio otra patada al agua y saltó hacia la arena antes de que el mar volviera a mojarle.

Cuando por fin llegó a su antigua casa en La Mata estaba calado hasta las cejas. Zuper abrió la puerta y lo miró de arriba abajo, extrañado de que su presumido amigo tuviera un aspecto tan desastroso.

—¿Qué te ha pasado?

—No preguntes —bufó él metiendo con furia las manos en los bolsillos. Ni siquiera el mar se había apiadado de él, y había acabado revolcándole por toda la orilla con una ola colosal que le había barrido cuando se disponía a darle una última patada.

—Bueno, está bien —musitó Zuper encogiéndose de hombros. Ya le contaría lo que le pasaba cuando se sintiera con ganas—. Aún falta un rato para que salgamos, si quieres te dejo unos pantalones y una camiseta. No creo que a los chicos les haga mucha gracia que les empapes los asientos del coche.

Héctor asintió con la cabeza.

Un rato después, vestido con unos pantalones cortos que se ajustaban demasiado a sus piernas y una camiseta sin mangas que se le pegaba al musculado estómago salió de la casa en compañía de Zuper y sus tres compañeros de cuarto. No parecían malos tipos, solo un poco demasiado bromistas, irresponsables, juguistas.

¿Él también había sido así antes? Un vividor que se pasaba el día de fiesta en fiesta sin darle importancia a nada y sin preocuparse por nada que no fuera pasárselo en grande y conquistar a alguna churri para llevársela al huerto, o, en este caso, a la playa. Sí. Lo había sido. Y no hacía mucho de eso, apenas ocho meses. Toda una vida.

Zuper y él se colocaron juntos en el asiento trasero del coche de uno de los chicos

y, acto seguido, haciendo rugir con fuerza el motor, el vehículo salió disparado en dirección a La Zenia. Iban a una velocidad de vértigo, con la música retumbando en los altavoces y las ventanillas abiertas de par en par mientras se gritaban unos a otros la cantidad de chicas a las que se iban a follar esa noche y lo bien que se lo iban a pasar. Héctor sacudió la cabeza, asombrado al recordar que él también se había comportado con ese alborotado entusiasmo. También había sucumbido a la disparatada e irreverente felicidad que otorgaba la libertad de vivir solo por primera vez en tu vida. De no tener que dar explicaciones a nadie. De no necesitar siquiera ser responsable de tus actos, porque estabas rodeado de gente igual de agitada que tú que iba buscando pasar la mejor noche de su vida. Solo que para él, ahora, la mejor noche de su vida era cada noche que pasaba con Sara.

—Estás muy serio. ¿Has discutido con Sara? —le susurró Zuper al oído.

—Hemos tenido una divergencia de opiniones. Ella quería ensayar y yo quería que nos quedáramos en casa. Al final hemos decidido pasar cada uno la tarde con sus amigos y vernos después —comentó sin ganas de entrar en detalles.

Zuper asintió sin dejar de mirarle con extrema atención. Había más de lo que su amigo le contaba, pero él no era nadie para intentar descubrir sus secretos. Al fin y al cabo tenía su propia ración de secretos ocultos y perversos... muy perversos. Sonrió al pensar que el fin de semana volvería a ir a El Templo con las chicas.

Cuando aparcaron en La Zenia se reunieron con un grupo de diez o doce jóvenes de ambos sexos que les esperaban impacientes, y caminaron unas cuantas calles hasta llegar a la terraza del restaurante en el que iban a cenar. Héctor se extrañó de que hubieran dejado los coches tan lejos, había sitio de sobra para aparcar bastante más cerca, pero tampoco le dio mayor importancia. Estaba demasiado ocupado sintiéndose de nuevo un muchacho sin preocupaciones, responsabilidades ni novia. Unieron unas cuantas mesas justo en un extremo de la terraza que daba al paseo marítimo y se sentaron entre risas y chanzas. El grupo de chicas y chicos estaban decididos a pasarlo en grande, y él no iba a ser menos. Habló con todos, se rio con sus bromas, contó chistes verdes, exageró sus aventuras, vaciló con los sitios en los que había estado debido a su trabajo y, en definitiva, se comportó como uno más. Comenzaron pidiendo unas pocas raciones para todos y unas jarras de cerveza para compartir. Pero pronto la medida quedó a un lado, y a la vez que aumentaban las risas y la embriaguez, las jarras vacías de cerveza dieron paso a las de sangría mientras crecían de manera exponencial los platos de calamares a la romana, mejillones tigre, almejas a la marinera, coquinas en salsa, boquerones, gambas, sepia y sardinas a la plancha... incluso cuatro mariscadas.

Héctor se acercó a Zuper, asustado, tenía treinta euros en el bolsillo y cero en la tarjeta de débito. Con eso tenía que darle para pagar su parte, y dudaba de que fuera suficiente.

—¿Se han vuelto locos? ¿Cómo piensan pagar todo esto? —le musitó al pelirrojo en el oído—. Nos va a salir por un ojo de la cara y necesito los dos para ver bien a

Sara.

—Tranquilo. Cuando me invitaron a la cena me dijeron que esta terraza es muy barata, que me iba a sorprender de lo bien que se comía y de lo poco que costaba —le respondió Zuper en el mismo tono. Aunque por los ademanes nerviosos de sus manos quedaba claro que estaba tan intranquilo como Héctor con el devenir de la cena—. ¿Cuánto dinero tienes?

—Treinta y pocos euros.

—Más o menos como yo. Imagino que será suficiente. Todos estamos sin un duro, al fin y al cabo es fin de mes. Tranquilo —reiteró—. Estoy seguro de que saben lo que se hacen.

Héctor negó con la cabeza. Él no estaba tan seguro, y su amigo, por mucho que intentara aparentar lo contrario, tampoco. Así que hizo lo único que podía hacer, negarse a pedir nada más, al menos sus bebidas se las ahorraría. Zuper hizo lo mismo. Estaba claro que no las tenía todas consigo.

Cuando los demás se hartaron de comer raciones, pidieron los postres y los cafés, y después comenzaron con los cubatas, y ni Héctor ni Zuper consiguieron esta vez ocultar su resquemor. La cuenta iba a ser astronómica, aunque a sus compañeros no pareció importarles, pues siguieron con sus bromas y sus risas. De repente el conductor del coche en el que habían llegado hizo un gesto a los otros comensales y todos comenzaron a recoger sus móviles y paquetes de tabaco de encima de la mesa. Héctor miró extrañado a Zuper, y este se encogió de hombros, igual de aturdido que su amigo. Eran casi las doce de la noche y la terraza estaba en pleno apogeo. Las familias de la zona habían dado su paseo nocturno por la orilla del mar y ahora acudían en masa a tomar el merecido helado. Los camareros volaban de mesa en mesa cargados con enormes bandejas llenas de copas de leche merengada, horchatas y granizados.

—¡Vamos! —les siseó el conductor del coche al ver que no se movían—. Recoged todo lo que tenéis en la mesa, ya es la hora.

—¿Ya es la hora de qué? —preguntó Héctor aturullado.

—De hacer el sin-pa.

—¡No! —jadeó Zuper, mortalmente pálido—. No me dijisteis que ibais a hacer un sin-pa.

—¿Y cómo pensabas que íbamos a pagar todo esto? —refutó con sorna el conductor.

—Dijiste que era muy barato.

—No. Dije que era gratis —replicó rotundo—. Vamos, dejad de hacer el imbécil y preparaos. Nos largamos ya.

—¿Qué coño es un sin-pa, Zuper? —inquirió Héctor cada vez más asustado por la palidez de su amigo y las palabras que escuchaba.

—Un «sin pagar» —musitó el pelirrojo recogiendo el móvil de la mesa.

—¿¡Qué!?! No pienso irme sin pagar.

—Pues ya puedes ir preparando la cartera, porque nosotras nos largamos — afirmó una de las chicas levantándose como si tal cosa junto al resto de las féminas.

Héctor observó estupefacto cómo cruzaban la calle y caminaban hacia el interior del restaurante, no sin antes pararse a preguntar a uno de los desbordados camareros con un sugerente mohín en los labios dónde estaba el aseo. El hombre respondió amablemente y ellas se dirigieron con total desenvoltura hacia donde parecía haberles indicado, solo que, una vez entraron en el restaurante, dieron media vuelta y salieron del mismo por la puerta contraria. Se habían escapado sin pagar con total impunidad.

Héctor volvió a posar la mirada en sus compañeros de mesa, o mejor dicho, en los pocos que quedaban en la mesa. La mayoría habían desaparecido. Algunos caminaban por la playa aprovechando la oscuridad de la noche y otros se perdían entre la multitud de gente que aún recorría el paseo marítimo.

—Vamos... —le instó Zuper tomándolo del codo.

—No pienso irme sin pagar.

—Pues ya nos contarás qué tal has pasado la noche en el calabozo —se despidió el cabecilla levantándose de su silla.

Los que aún quedaban del grupo hicieron lo mismo. Zuper les imitó.

—Vamos, tío, entre tú y yo es imposible que tengamos dinero para pagar todo esto —murmuró Zuper con nerviosismo. Jamás se había visto en una situación como esa.

Héctor negó con la cabeza y todo estalló.

Sus compañeros de cena salieron disparados en direcciones opuestas. Zuper lo miró durante un segundo y también echó a correr. Los desbordados camareros, alertados por los gritos de los clientes que trataban de advertirles del robo, salieron corriendo tras los timadores. Todos menos dos que fueron hasta donde se encontraba Héctor, cercándolo. Aunque no hacía falta, no pensaba irse sin pagar. Ni Sara ni sus hermanos se lo perdonarían nunca si lo hiciera. ¡Mierda! Él mismo no se lo perdonaría nunca.

—No se preocupen —dijo con la voz más sosegada y segura que pudo conseguir articular al ver que todos sus acompañantes habían conseguido escapar—, yo me hago cargo de la cuenta.

Los camareros asintieron furiosos y desconfiados, por lo que no abandonaron la guardia junto a Héctor.

Héctor tomó el móvil y se mordió el labio pensativo. Comenzó a marcar el número de Darío, pero cortó la llamada antes de que diera el primer tono. Era inútil que recurriera a su hermano, aunque le hiciera una transferencia por Internet en ese mismo instante, el dinero no estaría ingresado en su cuenta hasta el día siguiente, y eso significaría pasar la noche en el calabozo. Porque si algo tenía seguro era que el dueño del restaurante no le iba a creer si le decía que pasaría al día siguiente a pagar. Se llevó la mano a la sien y se la friccionó con fuerza con los dedos. Y ese fue el momento elegido por el más fortachón de los camareros para presentarle la cuenta.

Héctor miró la cifra final y sus ojos se abrieron como platos. ¡Ese restaurante no era nada barato! ¡En absoluto! Suspiró profundamente, y marcó el número de la única persona que podía sacarle del apuro.

—Sara... —murmuró en voz baja cuando ella contestó al teléfono—. Estoy metido en un lío —confesó—. La gente con la que he estado cenando se ha ido. No. No necesito que me recojas. Es que... han hecho un sin-pa. Y yo soy tan idiota que me he quedado porque mi estúpida conciencia no me permite irme sin pagar —susurró furioso en el tono más bajo posible para que los camareros no lo oyeran—. Pero no puedo pagar la cuenta. No me llega el dinero —musitó avergonzado—. Poco más de quinientos euros —asintió en silencio a lo que Sara le decía desde el otro lado de la línea. Su chica no solo no parecía enfadada, sino que le decía que estaba orgullosa de él por comportarse como un hombre de honor. Si ella supiera—. Estoy en La Zenia, en un restaurante que hay en la cala de las Moscas. Gracias. Te debo una.

Dejó el móvil sobre la mesa y suspiró aliviado a la vez que se pasaba las manos por su despeinado y pegajoso pelo. A su izquierda uno de los camareros carraspeó.

—Todo solucionado —comentó Héctor abochornado, intentando dar a su voz apariencia de normalidad—, me he dejado la tarjeta de crédito en casa, pero mi novia se va a acercar a traérmela. No creo que tarde más de media hora. Es que no le gusta conducir rápido. ¿Podrían traerme una botella de agua? Tengo la garganta seca —suplicó.

El camarero más grande miró a su compañero y asintió con la cabeza. Quince minutos después tenía la botella frente a él, y a los dos camareros rodeándole, poco dispuestos a dejarle sin vigilancia. Se sirvió un poco de agua, dio un trago y se atragantó al ver a la última persona que esperaba, acercándose con paso firme a la mesa.

—Uf, qué cabrones, cómo corrían, no ha habido manera de atraparlos —comentó Zuper sentándose a su lado con fingida indiferencia—. ¿Has pedido ya la cuenta?

—Eh... Sí. Está pedida —respondió Héctor mirándole con los ojos abiertos como platos.

—Estupendo, cuanto antes paguemos antes nos largaremos y podremos buscar a esos malnacidos. Se van a enterar de lo que vale un peine —afirmó furioso el pelirrojo con voz lo suficientemente alta como para que lo escucharan hasta los camareros que estaban más lejos. Pero sus ojos asustados desmentían sus palabras.

Guardaron silencio unos minutos, Zuper incapaz de seguir haciendo teatro, y Héctor estupefacto al ver a su desaparecido amigo de nuevo a su lado. Al final se armó de valor y disimulando que sacaba algo del bolsillo se inclinó hacia Zuper.

—¿Qué narices haces aquí? —le siseó atónito al oído.

—No tengo ni idea. Solo sé que mientras corría como un loco he pasado por delante de un cajero, me he parado, he sacado todo el dinero de mi cuenta y he regresado —dijo tendiéndole setenta y cinco euros por debajo de la mesa—. No va a

ser suficiente para pagar lo que debemos, así que ve haciéndote a la idea de que vamos a pasar la noche en el calabozo... Pero, míralo de esta manera, vas a tener tiempo de sobra para contarme de pe a pa la discusión que has tenido con tu chica. Y ese cotilleo bien vale una noche entre rejas —comentó encogiéndose de hombros.

—Zuper —murmuró Héctor con los ojos brillantes por el inesperado apoyo de su amigo.

—Eh, a mí no me mires con ojos tiernos, tío. Y no quiero oír ni una palabra sobre esto. Tengo una reputación de cabrón irresponsable que mantener —aseveró mirándolo muy serio.

—Gracias —murmuró Héctor sin palabras. Ni en sus mejores sueños hubiera esperado eso de su amigo. Estaba claro que últimamente juzgaba fatal a la gente.

—Siento haberte metido en este lío.

—Tranquilo, creo que saldremos indemnes.

—¿Se te ha ocurrido alguna manera de pagar sin tener que robar un banco? —preguntó Zuper mordaz.

—La solución está llegando en este mismo instante —replicó Héctor dirigiendo la mirada hacia el C4 que circulaba con inusitada rapidez, al menos para su lenta conductora, para un segundo después frenar bruscamente con un chirrido de ruedas, quedando aparcado en doble fila.

Cuando Sara bajó del coche, Héctor pensó que no había visto una mujer tan hermosa en toda su vida. Vestida con unos pantalones negros cortos, una blusa blanca sin mangas y unas sandalias romanas, caminó hacia el restaurante con pasos tranquilos que denotaban seguridad. Los vio y se dirigió hacia ellos esbozando una preciosa sonrisa que derritió el corazón de ambos jóvenes.

—Siento haber tardado tanto, cariño —le saludó dándole un afectuoso beso en los labios—. Pero estaba en casa cuando me has llamado, y hasta que he abierto el garaje y tomado la N-332 he perdido varios minutos. No te imaginas cómo está la carretera a estas horas —se excusó sin perder la sonrisa—. Hola, Zuper, me alegro mucho de verte aquí. Ya sabía yo que no le ibas a dejar solo. Eres mejor persona de lo que quieres aparentar —musitó dándole un beso en cada mejilla. Luego se giró hacia uno de los camareros que les vigilaban—. Tráigame una horchata, en vaso grande por favor, y un par de coca-colas con mucho hielo para mi novio y su amigo. Ah, y la cuenta de todo, por favor —solicitó sacando del bolso el sobre con billetes que Geert le había entregado tiempo atrás para que lo guardara a buen recaudo. Qué mejor manera de gastarlo que sacando a Héctor de un apuro.

—La tiene sobre la mesa, señorita. A las coca-colas y la horchata invita la casa. Pocas veces tenemos la suerte de ver como un par de chicos honrados se quedan a asumir el sin-pa de sus amigotes —afirmó el camarero dejando petrificados a los jóvenes. Pero, al fin y al cabo, ¿qué esperaban? ¿Que fuera tonto, sordo y ciego?

—Sí, es muy raro —le dio la razón Sara a la vez que sacaba unos cuantos billetes del sobre y guardaba el resto en el bolso—. El maldito sin-pa está cada vez más a la

orden del día. Como los restaurantes no tienen suficiente con la crisis, ahora encima se ven obligados a soportar a los cabrones que se creen muy graciosos robándoles. Es un asco. Canto en una orquesta, y le puedo asegurar que en todo Alicante el sin-pa se ha convertido en una especie de deporte nacional. Menudo futuro nos espera.

Y así, sin comerlo ni beberlo, ni mucho menos esperarlo, acabaron hablando con el dueño del restaurante hasta bien entrada la madrugada, momento en que por fin regresaron a casa. Héctor condujo hasta La Mata y dejó a Zuper en la puerta de la casa baja en la que vivían, no sin antes dedicarle una mirada que el pelirrojo entendió sin problemas, y ante la que se limitó a asentir en silencio y con fuerza.

—No se te ocurra hacer ninguna estupidez, Héctor —le exigió Sara cuando retomaron el camino hacia Guardamar.

—Tranquila. No pienso hacer nada de lo que pueda arrepentirme —siseó con ferocidad.

Continuaron en silencio hasta llegar al chalé, donde Alba y Elke los esperaban malhumoradas. Se ganó una buena bronca, aunque se consoló pensando que Zuper lo pasaría aún peor que él. Cuando por fin se pudo escabullir de las dos leonas enfurecidas, se dio una buena ducha y se reunió con Sara en la hamaca de la azotea. Siempre que su chica estaba intranquila por algo se tumbaba sobre la tela naranja y miraba el horizonte, o, si era de noche, las estrellas.

—Siento haber metido tanto la pata, Sara. No tenía ni puñetera idea de que los conocidos de Zuper pensaban hacer un sin-pa —comenzó a disculparse—. Te juro que te devolveré hasta el último céntimo que me has dejado.

—No te preocupes por eso. Es solo dinero, no merece la pena —aseveró tendiéndole los brazos para que se tumbara junto a ella—. Me preocupa más cómo te sientes en este momento.

—Me siento imbécil. Como un maldito niño que no sabe ver lo que sucede ante sus propios ojos —afirmó derrumbándose en la hamaca—. Tenía que haberme imaginado lo que pretendían cuando empezaron a pedir como locos, pero... soy un gilipollas.

—No te hagas el mártir —le regañó Sara acariciándole las mejillas con sus labios—. Lo que te ha pasado le puede pasar a cualquiera.

—A ti seguro que no. Siempre haces lo correcto.

—No siempre —suspiró mordiéndose los labios—. Siento no haber pospuesto el ensayo para otro día. Tenías razón, no era imprescindible. Pero me enfadé tanto cuando me exigiste que no fuera, que me dejé llevar y no fui razonable. Odio que alguien me diga qué es lo que tengo que hacer.

—Debería habértelo pedido de otro modo.

—Y yo debería haber comprendido tus motivos.

—Soy un idiota.

—Y yo una cabezota.

—No volvamos a discutir, Sara. No soporto que estés enfadada conmigo —

murmuró envolviéndola entre sus brazos.

—Trato hecho —selló la promesa con un beso.

—Sara, te quiero —susurró él en su oído a la vez que la abrazaba con fuerza pegándola a él.

No pensaba seguir haciendo el tonto. La quería, y le daba lo mismo si ella se lo decía o no. Él necesitaba gritarlo a los cuatro vientos. Y no pensaba dejar de hacerlo por un estúpido orgullo mal entendido.

Sara se lamió los labios mientras observaba sus ojos sinceros.

—Te quiero —musitó antes de besarle.

El corazón de Héctor dio un vuelco en su pecho. Sara no decía las cosas por decir. Siempre hablaba en serio. ¡Le quería!

Y que mejor manera de celebrar la inesperada y muy deseada confesión que hacer el amor bajo la luz titilante de las estrellas.

Capítulo 22

—¿No mataste a los capullos que os dejaron en bragas a ti y a tu amigo? —exclamó Ariel con mirada asesina—. ¡Se merecían una buena paliza!

—Y la tuvieron.

—Cuéntamelo —musitó la pelirroja con los ojos brillantes de emoción.

—No hay mucho que contar. Cuando al día siguiente Sara se marchó a trabajar fui a la casa de Zuper y entre los dos nos encargamos de los tipos que vivían con él y nos la habían jugado. Acabamos con algunas contusiones, y en mi caso un ojo morado. Pero los otros terminaron peor; habían continuado la juerga y tenían una resaca espantosa, por lo que no nos costó mucho machacarlos y echarlos de la casa.

—¡Bien hecho! —exclamó Ariel.

—¿Y a Sara que le parecieron tu ojo morado y tus contusiones? —preguntó Darío con los ojos entrecerrados.

—Se enfadó muchísimo. Me llamó idiota, niño tonto y descerebrado —comentó Héctor acariciándose el lado de la mandíbula que había tenido hinchado tras el incidente—. Pero enseguida se le pasó, al día siguiente yo me marchaba a Burgos y no quería pasar el resto de la tarde enojada. No es una mujer a la que le duren mucho los enfados. O bueno, al menos no lo era entonces. Ahora parece que esté perpetuamente cabreada conmigo. —Cerró los ojos y se tapó la cara con las manos mientras negaba con la cabeza. Un sollozo estrangulado abandonó sus labios contra su voluntad.

—¿Qué? Vamos, cuéntamelo, Héctor. Échalo fuera —exigió Darío pasando uno de sus fuertes brazos sobre el hombro de su hermano pequeño.

—¿Recuerdas que en septiembre pasado pasé una noche en casa?

—No me lo recuerdes, aún me dura el enfado —gruñó Darío recordando exactamente el momento al que se refería su hermano—. Nos habías dicho que te quedarías todo el fin de semana y, en lugar de eso, llegaste el viernes a las once de la noche y te marchaste el sábado a las seis de la mañana. ¡No te molestaste en estar ni ocho horas con nosotros!

—Tenía un estupendo motivo para actuar de esa manera: iba a daros la sorpresa del siglo. Pero al final el sorprendido fui yo.

Viernes, 10 de septiembre de 2010

Héctor recorrió desesperado los pasillos de la estación de Atocha en dirección al mostrador de Información. El tren era su última oportunidad de conseguir llegar a Alicante el sábado. Al llegar al mostrador esperó impaciente la cola de viajeros que

había por delante de él, y cuando le llegó su turno preguntó con voz ansiosa si había algún tren que saliera esa misma noche a Alicante. No lo había. El primero era el Alvia de las siete y veinte de la mañana. Compró el billete sin pensarlo un segundo.

Sujetando con fuerza los pasajes en una mano y la maleta con la otra se dirigió al andén ocho de Cercanías, y una vez allí comprobó que faltaban seis minutos para la llegada del tren que le llevaría a Alcorcón. A sus hermanos. Y justo en ese momento, la desesperación, la esperanza y la felicidad que había sentido desde que había recibido la noticia ese mediodía estallaron, convirtiendo su cuerpo en una masa de músculos temblorosos. Se sentó en uno de los bancos metálicos a la vez que una carcajada histérica abandonaba sus labios. Sus hermanos iban a matarle. O no. Darío gritaría y amenazaría con darle una paliza, pero no le haría nada, aunque no podía decir lo mismo de Ariel. Seguro que la sirenita gruñona le daría un par de puñetazos antes de que su flamante marido decidiera intervenir. Ruth, por su parte, no gritaría ni amenazaría, solo le echaría la bronca del siglo, durante horas y horas. Su hermana podía ser muy insistente cuando se lo proponía. Pero le daba lo mismo. Todo había cambiado esa misma mañana, y tenía que ver a Sara para darle la buena noticia. Y luego, se lo diría a sus hermanos. Juntos.

—¡Cómo que te vas a las seis y media de la mañana! Lo tienes que estar diciendo en broma. ¡Pero si acabas de llegar! —exclamó Darío una hora después, en el salón de la casa familiar—. No me lo puedo creer, Héctor. Dijiste que te ibas a quedar todo el fin de semana. Llevamos meses sin verte.

—Si le rompo las dos piernas no podrá marcharse —comentó Ariel acunando contra el pecho a su hija recién nacida.

Héctor miró a su cuñada sintiendo una punzada de remordimientos que le recorría el estómago. Había dado a luz a su bebé hacía menos de una semana, y él no había podido ir a verla hasta ese viernes. Por eso había pensado —y prometido— quedarse hasta el domingo. Pero todo había cambiado, necesitaba ver a Sara. Contarle lo que había pasado. Y, además, a partir del viernes siguiente pensaba pasar unos cuantos días en Madrid con su familia. Tantos como tuviera libres hasta que se viera obligado a incorporarse a su nuevo trabajo.

—No te enfades, sirenita. Te prometo que el próximo viernes me tendrás en casa. Y no me iré hasta que me echéis. —Algo que quizá sucediera más pronto que tarde, habida cuenta de que pensaba ir con Sara y presentarla como su novia.

—¿Igual que ahora? —preguntó Ariel con los ojos llenos de lágrimas que se apresuró a limpiar furiosa.

Héctor agachó la cabeza, incapaz de ver tan decepcionada a su cuñada. La pelirroja no era una mujer de lágrima fácil, de hecho, jamás la había visto llorar. Imaginó que tendría las hormonas revolucionadas por el parto y que por eso se mostraba tan poco agresiva. Pero prefería mil veces que lo amenazara a que llorara.

—Por favor, Ariel, no llores —suplicó Héctor acuclillándose ante ella y tomándola de las manos. La muchacha se zafó de un fuerte manotazo—. Ha sucedido

algo, algo maravilloso que va a dar un vuelco a mi vida. Necesito ir a Alicante y ponerlo todo en orden. Solo serán unos días, te lo prometo. Volveré el viernes.

—No quiero tus promesas, son fáciles de hacer y fáciles de romper —musitó antes de levantarse y abandonar la estancia.

—Te voy a matar, Héctor —masculló su hermano, tan enfadado que tenía las venas del cuello hinchadas y se podía escuchar claramente el rechinar de sus dientes de tanto como apretaba las mandíbulas—. Puedo pasar por alto que nos ignores, que no te molestes en venir a vernos, que pases de tu padre, de tus sobrinas, de tus hermanos. Pero que hagas llorar a mi mujer, eso no puedo perdonártelo.

—Lo siento, Da, de verdad. No era mi intención hacer llorar a Ariel.

—¿Hacerla llorar? ¡Sabes lo que ha pasado, lo mucho que sufre cuando las personas que quiere no están junto a ella! Y tú le has fallado de la manera más rastrera posible. ¡Hace poco más de un año, en este mismo salón, prometiste regresar cada fin de semana! ¡Y no solo no lo has hecho sino que la has abandonado por completo! ¡Nos has abandonado a todos! Y, ¡miércoles!, yo te entiendo. Entiendo que tienes que vivir tu vida, que has conocido a alguien que te hace volver una y otra vez a Alicante dejándonos a nosotros de lado. No soy tonto, Héctor, tengo ojos en la cara. Entiendo que estás dividido y te excuso ante Ariel, Ruth y papá. Pero esto, esto ya no puedo disculparlo. Ariel, Iris y Ruth llevan eufóricas desde que les dijiste que ibas a pasar este fin de semana, ¡entero!, con nosotros. Y ahora nos haces esto.

—¡Joder, Da! ¡No me hagas sentir peor de lo que ya me siento! Tengo razones importantes para irme. Necesito hacer algo mañana mismo.

—¿¡Y no puedes hacerlo otro día!?

—¡No! —gritó Héctor. Aunque estaba mintiendo. Sí lo podía hacer otro día, de hecho, lo que tenía que hacer lo podía hacer en ese mismo momento, por teléfono. Pero quería ver la cara entusiasmada de Sara cuando le contara la noticia.

—Eres un niño egoísta. Desaparece de mi vista antes de que me deje llevar y te dé una paliza —ordenó Darío. Aunque fue él quien se levantó para irse del salón. Abrió la puerta y se volvió para mirarlo. La decepción apagaba sus ojos—. Mañana te llevaré a Atocha —afirmó antes de cerrar la puerta.

Héctor se llevó las manos a la cabeza y hundió los dedos en su despeinado cabello, sintiéndose el ser más ruin, despreciable y aborrecible de todo el mundo mundial. Si al menos se atreviera a explicarles a Ariel y Darío lo que había sucedido... Pero antes quería hablar con Sara, ver cómo reaccionaba ante la noticia. Porque, aunque no estaba seguro de que fuera a mostrarse tan entusiasmada como él, no quería arriesgarse a hablar de ella a sus hermanos hasta que estuviera seguro de que ella iba a querer conocerlos. Era una tontería ganarse otra bronca para nada. Mejor tener todos los hilos bien atados. Se repantingó en el sillón e inspiró profundamente. Al menos se había escapado de la bronca de Ruth.

—Tu hermana quiere hablar contigo —dijo Ariel abriendo la puerta del salón y tirándole el teléfono con todas sus fuerzas a la cabeza. Apenas tuvo tiempo de

esquivarlo.

—Me ha llamado Ariel y me ha dicho que te vas mañana. ¿Me puedes explicar exactamente el motivo que te ha llevado a incumplir, por enésima vez, tu promesa? —Escuchó la voz de su hermana a través del auricular. Suspiró. Estaba claro que tampoco se iba a librar de esa bronca.

Eran casi las dos de la madrugada cuando Ruth dio por finalizada la conversación con un «Me has decepcionado» que le dolió tanto o más que el «Eres un niño egoísta» de Darío o las lágrimas de Ariel. Sabiendo de antemano que los remordimientos de conciencia no le iban a dejar dormir, se quitó los pantalones y la camiseta, encendió la tele y bajando el volumen para no despertar a su hermano, se tumbó en el sofá en calzoncillos. Quizá tuviera suerte y el monótono sonido del televisor consiguiera adormecer sus sentidos.

No fue así.

Poco después de las tres de la madrugada la puerta del salón volvió a abrirse. Un anciano de pelo blanco y mirada perdida se asomó extrañado, y al ver al joven rubio se decidió a entrar.

—¿Qué haces en el salón, hijo? ¿Por qué no estás en tu cuarto? —preguntó Ricardo en voz baja acercándose a Héctor—. ¿Estás bien?

—Sí, papá. Estoy estupendamente —ironizó el joven poniendo los ojos en blanco.

—No hagas eso con los ojos, es de mala educación —le regañó sentándose en el sillón orejero.

—No volveré a hacerlo.

—Siempre dices lo mismo, y siempre vuelves a hacerlo. No hagas promesas que no piensas cumplir.

—Joder —musitó Héctor entre dientes. Parecía que a todos les había dado por el mismo tema, aunque era imposible que su padre se estuviera refiriendo a las mismas promesas rotas que el resto de la familia.

—No digas palabrotas —le volvió a reprender Ricardo antes de desviar la mirada al televisor.

—Lo siento.

—¿Qué sientes? —preguntó el anciano mirándolo desconcertado. Héctor negó con la cabeza, entristecido.

Su padre sufría amnesia anterógrada, no podía crear nuevos recuerdos. Todo lo que pasaba ante sus ojos lo olvidaba un instante después de que sucediera.

—Nada. No me hagas caso, papá, son tonterías mías.

—Por supuesto que te hago caso, hijo. Lo que te inquiete a ti me aflige a mí —murmuró mirándole con preocupación—. Y esta noche pareces muy angustiado. Anda, vamos, cuéntame esas tonterías que te están haciendo sufrir —le instó dándose unos golpecitos en las delgadas rodillas.

Héctor sonrió sin poder evitarlo. De pequeño se había sentado miles de veces en esas mismas rodillas para confesarle todas sus travesuras. Y en ese preciso instante se

sentía tentado de hacer exactamente lo mismo. El anciano volvió a darse unas palmaditas, y Héctor se levantó de donde estaba tumbado para sentarse en el suelo y apoyar la cabeza sobre las piernas de su padre. Qué mejor confesor para escuchar todos sus secretos que alguien que le adoraba y que además sería incapaz de recordarlos. Sintió la mano de su padre acariciándole la cabeza y, antes de que pudiera darse cuenta, estaba contándole todo. Su amor por Sara, sus esperanzas, sus miedos, sus dudas...

Cuando Darío entró en el salón a las seis de la mañana encontró a Héctor dormido, sentado en el suelo a los pies de su padre, abrazado a las delgadas piernas del anciano y con la cabeza apoyada en sus huesudas rodillas mientras Ricardo, con los ojos cerrados y leves ronquidos abandonando sus labios, acariciaba con los dedos la cabeza de su hijo menor.

Sábado, 11 de septiembre de 2010

Héctor sujetó con fuerza el asa de la maleta y echó a correr en el mismo momento en que las puertas del Alvia se abrieron. Tenía exactamente dieciocho minutos para llegar a la estación de autobuses de Alicante y subirse al que lo llevaría a Guardamar. Si tardaba más, tendría que esperar una hora para poder tomar el siguiente. Y se negaba a perder tanto tiempo. Necesitaba ver a Sara ya. En ese preciso instante.

Llegó al Muelle Poniente casi sin aliento, pero a tiempo. Se montó en el autobús y, por fin, se relajó. A las doce del mediodía estaría con ella y podría contarle la noticia que cambiaría sus vidas, al menos durante los próximos cinco meses. Estaba tan excitado que apenas podía contenerse para no ponerse a saltar y dar gritos como un loco en el asiento. Pasó las manos por encima de los vaqueros para limpiarse el sudor y pegó la frente al cristal de la ventanilla. Pronto la vería y todos sus sueños se harían realidad. Estaba impaciente por ver su cara cuando le dijera lo que había pasado. Estaba seguro de que se echaría a sus brazos tan entusiasmada como él. Girarían abrazados alrededor de la cocina, dando gritos y saltos... Alba y Elke aparecerían por la puerta, asustadas por el escándalo, y luego se pondrían a saltar con ellos. Y cuando se hubieran calmado un poco, le diría a Sara que quería presentarla a sus hermanos, que quería que viajaran juntos a Madrid para que se conocieran y pasar unos días con ellos. Ella gritaría de felicidad. Estaba seguro. No podía ser de otra manera. Y después... Después llamaría a Darío y le contaría que tenía novia y que se la iba a presentar el viernes siguiente, que iría a casa, tal y como había prometido, y llevaría a Sara con él, y su hermano se quedaría tan asombrado que no sabría qué responder. A continuación sonaría el teléfono, serían Ruth y Ariel, que le llamaban para interrogarle sobre cómo era Sara. Pero él no les contaría nada de nada, quería que se sorprendieran al conocerla.

Estaba tan emocionado, tan exultante de felicidad con los vertiginosos pensamientos que recorrían su mente, que no pudo evitar dar una serie de rápidos y fuertes pisotones en el suelo a la vez que una eufórica carcajada abandonaba sus labios. Aunque no tardó en detener su ridículo baile-de-la-lluvia-sentado cuando sintió la mirada divertida de los demás pasajeros. Inspiró profundamente y cerró los ojos.

Más le valía tranquilizarse o le daría una apoplejía antes de llegar junto a Sara. Pero era tan difícil. Era todo tan maravilloso. Tan perfecto. Tan increíble.

Cuando el viernes a las siete de la mañana respondió la llamada de Pedro, su antiguo jefe en El Hondo, no pensó que fuera para darle la extraordinaria noticia que daría un giro tan rotundo a su vida. El capataz se había enterado de que la empresa subcontratada por la Consejería de Medio Ambiente de la Comunidad Valenciana para hacerse cargo de los ZEPA (Zonas de Especial Protección para las Aves) de la

RN2000 iba a necesitar en breve a alguien para una suplencia. Y sin dudarlo un solo segundo, el bueno de Pedro había movido todos los hilos a su alcance para que se fijaran en Héctor. Y ese era el motivo de que le llamara a esa hora tan intempestiva.

—No digo que sea seguro que te vayan a llamar, pero por si acaso quiero que estés prevenido. Sé que han estado pidiendo información sobre ti y que la han recibido muy buena.

Héctor recordaba exactamente cada una de sus palabras. Las había repetido en su cabeza una y otra vez durante toda la larga mañana del viernes. Al principio había estado tan nervioso que apenas podía realizar correctamente su trabajo, pero luego, según fueron pasando las horas, consiguió tranquilizarse y convencerse de que era casi imposible que le dieran una suplencia de tanta responsabilidad, así que continuó haciendo su trabajo mientras intentaba pensar en otras cosas. Hasta que poco antes de las cuatro de la tarde, al contestar una llamada de un número desconocido estuvo a punto de morir de un infarto.

No se habían limitado a solicitar un poco de información. En absoluto. Habían revisado su currículum con lupa y habían hablado con todos y cada uno de sus jefes pidiéndoles referencias. Y por lo visto todas habían sido estupendas. En vista de estos informes, habían decidido tenerlo en cuenta para suplir temporalmente a una de las ingenieras que se ocupaba de la inspección de Parques Naturales vinculados al ZEPA de la Comunidad Valenciana. La suplencia tendría una duración mínima de veinte semanas, y comenzaría en el momento que la empleada cogiera la baja por maternidad, de ahí su extensa duración. Dieciséis semanas por baja maternal más cuatro de vacaciones. El único requisito que necesitaba cumplir para obtener el puesto era acudir a una entrevista en la que el psicólogo y el director de Recursos Humanos de la empresa evaluarían su capacidad y correcta actitud para el puesto a desempeñar. Una prueba que confiaban resolvería positivamente dadas las excelentes referencias que le avalaban.

Y Héctor había aceptado sin dudarlo un instante. El sueldo sería escaso y el trabajo duro. Estaba seguro de ello.

¡Pero le daba lo mismo! Serían cinco meses realizando una misma labor, aumentando su nivel de experiencia, ¡y en la misma zona! No solo ampliaría considerablemente su currículum y sus contactos, sino que quizá, ese trabajo diera paso a otro. Pero lo mejor de todo era que podría regresar todas las noches a casa, con Sara. La vería todos los días, cenaría con ella, dormiría con ella.

¡Incluso pasaría todos los fines de semana con ella!, porque el turno de trabajo era de lunes a viernes. ¡Era simple y llanamente extraordinario! ¡No tendrían que separarse durante los próximos cinco meses! Y lo mejor de todo, lo más maravilloso, era que Sara comenzaba sus vacaciones el día quince de ese mes, y le había dicho que, como todos los años, aprovecharía los primeros quince días para ir a Madrid a visitar a sus tíos y primos. Y él iría con ella. Y la presentaría a sus hermanos y su padre. Sara no lo sabía todavía. No le había dicho nada del nuevo trabajo ni de sus

planes. No había tenido tiempo. Por eso estaba como loco por verla. Se lo contaría todo, sin omitir nada, y luego le pediría que le acompañara a Madrid para presentarla a su familia. No podrían hacerlo antes del quince, Sara tenía que trabajar y él debía acabar la suplencia en Burgos, pero después...

Después se reunirían en Madrid. Él tendría que regresar pronto a Alicante, probablemente se incorporaría al puesto a partir del veinte de ese mes. Pero tenía cinco días para estar con Ruth y Darío y darles tiempo a conocer a su novia. Estaba seguro de que se sentirían tan fascinados por ella como él.

Se mordió el puño para no gritar de felicidad en mitad del autobús. Inspiró profundamente e intentó regular su agitada respiración. «Calma», pensó mirando por la ventanilla. El autobús estaba entrando en la estación de Guardamar. «Te queda menos de un cuarto de hora para volver a verla y contarle la increíble noticia. Tranquilízate». Pero no podía. Era incapaz de aplacar su eufórico entusiasmo. En cuanto el vehículo se detuvo, saltó de su asiento y bajó a esperar con impaciencia que el conductor abriera el compartimento para equipajes. Cuando la puerta abatible se elevó por fin, tomó su maleta y sin pensarlo un segundo salió a la calle y paró el primer taxi que vio pasar. Definitivamente no podía esperar ni un segundo más para ver a su chica.

—Así que le has dado mi dinero a tu niño —comentó Geert enfadado.

Había ido a casa de Sara a por el dinero que le había dado para que lo guardara, y se había encontrado con la sorpresa de que su bondadosa e ingenua chica se lo había dado a otro. Otro más guapo y más joven que además se la estaba follando. Apenas era capaz de pensar con claridad por culpa de la rabia que le corroía las entrañas.

—No —rechazó Sara rotunda—. Le he dado mi dinero a mi novio. Hay mucha diferencia entre una cosa y otra. Además, no te quejes tanto, solo han sido quinientos euros, te queda un buen pico todavía —afirmó molesta por verse impelida a darle explicaciones a Geert.

—Sea como sea, Sara, la cuestión no es que me falte dinero, la cuestión es que te lo avisé —comentó el alemán apoyándose contra la encimera y cruzando los brazos.

—¿Que me avisaste de qué? —inquirió ella levantándose de la silla y caminando hasta la nevera para servirse un refresco bien frío.

Estaba a punto de estrangular a ese hombre con sus propias manos. Comenzaba a entender por qué Elke le tenía tanta manía; cuando Geert quería, podía ser insufrible.

—Que antes o después tu niño te acabaría sacando la pasta.

—¿Perdona? —Sara se giró encolerizada con un bote de refresco en la mano.

Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para no tirárselo a la cabeza. No soportaba que nadie se metiera con Héctor, y menos que nadie Geert, que tanto tenía que callar.

—No te enfades. No te echo la culpa a ti. Eres demasiado buena y complaciente y él es un muchacho con necesidades. Es lógico que si quieres mantenerle a tu lado tengas que aflojar el monedero.

—Te estás pasando, Geert, no te consiento que hables así de Héctor.

—La verdad siempre duele, Sara. Pero es necesaria. No puedes dejar que te utilice.

—Nadie me está utilizando, excepto tú —replicó ella furiosa—. Ya te he contado lo que pasó. Pero lo haré una vez más, a ver si así consigo que te quede clarito. Fue a cenar a un restaurante con unos amigos, y estos, en vez de pagar la cena, decidieron hacer un sin-pa. Héctor, como el hombre decente que es, decidió asumir la responsabilidad y la cuenta.

—Con tu dinero —apuntó Geert con ironía.

—Estamos juntos. El dinero es de los dos —aseveró Sara dejando el refresco en la encimera con un fuerte golpe. No era cuestión de desperdiciar una magnífica Coca-Cola reventándola contra la cabeza de su expareja.

—Por supuesto, Sara, es de los dos, y bien que se aprovecha él de eso —respondió mordaz el alemán—. El chico se va de juerga con sus amigos, y cuando llega la hora de apoquinar, todos salen corriendo menos él, que paga la millonaria cuenta con un dinero que no tiene. Con el tuyo más exactamente. Una actuación muy digna, muy honorable. Muy estúpida. No hay quién se lo crea —estalló enfadado. ¿Cómo podía ser Sara tan tonta? No iba a permitir que nadie le tomara el pelo. Aunque solo fuera por una vez en su vida, iba a hacer las cosas bien. Era su amiga y su deber era protegerla de desalmados como él mismo que querían aprovecharse de su ingenua y generosa manera de ser—. ¿Quieres que te diga lo que pasó?

—No quiero escucharte más. Toma el dinero y lárgate de aquí. —Le lanzó el sobre despectiva. Geert lo atrapó al vuelo y lo dejó sobre la mesa con indiferencia.

—Lo que pasó, gatita, fue que el chaval estaba pasándoselo en grande.

Probablemente habría alguna chica con las tetas grandes, el culo duro y el cerebro de un mosquito a la que querría deslumbrar, y estuvo de acuerdo en el plan que habían trazado sus amigos. Pero, cuando todos salieron corriendo, le remordió la conciencia y se rajó, por lo que en vez de escapar, decidió llamarte compungido, pues estaba seguro de que tú le darías dinero sin pedir explicaciones. Al fin y al cabo, es lo que haces siempre conmigo y el muchacho no es tonto.

—No digas chorradas. Héctor no es como tú —rechazó Sara con total seguridad. Si algo tenía claro era que Héctor no era como Geert lo estaba pintando.

—Claro que no, pero lo será. Lleva mi mismo camino —le advirtió con voz seria—. Es igual que yo cuando tenía su edad. Está decidido a comerse el mundo, tiene cientos de sueños y ha encontrado una chica a la que puede manejar a su antojo.

—Geert, ya está bien.

—Cariño, de verdad que siento ser yo quien te lo diga, pero esa es la realidad —musitó acercándose a ella consolador. Odiaba hacerle daño, pero era necesario. No podía dejar que el chaval se aprovechara de ella impunemente.

—No lo es. Coge el dinero y lárgate.

—No me malinterpretes, el muchacho es agradable, divertido, listo, cariñoso. No

lo pongo en duda, igual que tampoco pongo en duda que te mantiene calentita y satisfecha por las noches. Y, ojo, me parece estupendo, ya era hora de que alguien te follara como es debido, solo lamento no haber podido ser yo —siseó enfadado por demostrar su debilidad—. Pero no puedes ponerte una venda sobre los ojos solo porque sea agradable contigo y te lo pases bien en la cama.

—Nadie me pone una venda sobre los ojos —replicó Sara odiándose por dejarse llevar por sus palabras y entrar en su juego.

—Claro que no. Te la pones tú misma. ¿Hace cuánto que vive en tu casa?

—A ti eso no te importa.

—Está bien, no contestes, no hace falta. Lleva viviendo aquí desde hace más de dos meses. —Sara entornó los ojos, indignada porque él pareciera saberlo todo—. Ya lo ves, tiene la casa y la comida gratis solo por ser tu novio, y por si eso fuera poco, hace unas semanas te pidió dinero para pagar la cena de sus amigos. Dentro de un mes te lo volverá a pedir con cualquier excusa, y tú se lo volverás a dar. Y en menos de un año le estarás pagando por follarte.

—¡Fuera de mi casa! —explotó Sara señalando la salida.

—Pero, gatita, te estoy diciendo la verdad —susurró Geert arrepentido por no haber sabido moderar sus palabras, pero completamente convencido de que el rubiales era un viva la virgen igual que lo había sido él y que se estaba aprovechando de su incauta Sara. Y eso sí que no lo iba a permitir—. Solo pretendo ayudarte.

—No. No lo haces. Intentas intoxicarme con tus mentiras. Héctor no es así. Es un buen muchacho, y tú no vas a ponerlo en duda —le advirtió furiosa.

—Pues claro que no lo pongo en duda. Ya te he dicho que es un chico estupendo, maravilloso —reculó—. Pero sigue siendo un muchacho. Tú misma lo acabas de reconocer. Quizá he sido un poco demasiado rudo al explicarlo. No quiero decir que le vayas a pagar por follarte, pero llegará un día en que él se dé cuenta de que no tenéis futuro. —Sara volvió a señalarle la puerta—. ¡Por el amor de Dios, Sara, cómo puedes estar tan ciega! —explotó, indignado porque ella se empeñara en ignorar la verdad—. Eres demasiado vieja para él, ni siquiera le puedes dar hijos.

—No lo soy. Puedo tener hijos si quiero —protestó ella débilmente. Por supuesto que era demasiado mayor, pero algo en su interior la impulsaba a rebelarse contra ese axioma.

—¡Por supuesto que lo eres! —Rebatió arrepentido por ser tan bocazas y tocar el tema que nunca debería haber tocado estando Sara presente—. Vamos, gatita, no irás a empezar otra vez con el tema de siempre, ¿verdad? Lo hemos hablado mil veces. No querrás empezar otra vez con los pañales, las noches en blanco, los llantos que no sabes a qué son debidos. Eres demasiado vieja para volver a enfrentarte a todo eso.

—No lo soy —reiteró Sara de nuevo antes de hacer una pausa y respirar profundamente—. Sí, ahora sí lo soy, tienes razón, te encargaste de convencerme para que dejara pasar el tiempo, y fui tan imbécil de hacerlo —le acusó incapaz de guardar silencio. Geert abrió la boca para defenderse, pero ella se lo impidió—. Déjalo, no

merece la pena hablar de ello. Fue culpa mía, debería haber tomado cartas en el asunto, haber buscado otras opciones en vez de esperar a que cambiaras de opinión, quizás entonces Alba habría tenido un hermano. Pero ahora ya es demasiado tarde — aceptó, dejando de lado la vieja discusión.

—Exacto, gatita, es demasiado tarde. No puedes plantearte un futuro a corto plazo a su lado. No te queda tiempo. ¿No lo entiendes? —añadió Geert volviendo al punto que le interesaba—. Llegará un día en que él quiera más, en el que quiera todo lo que tú ya no puedes darle. Y cuando llegue ese día, ¿qué crees que hará? Estará tan acostumbrado a vivir en tu casa, a comerse tu comida, a depender de ti para que le pagues los gastos, que no le resultará práctico dejarte. Y se quedará contigo por comodidad —afirmó con brusquedad sujetándola por los hombros—. Antes o después se cansará de despertarse todas las mañanas y ver siempre tu cara y se buscará chicas más jóvenes con las que cambiar un poco de aires mientras tú le sigues manteniendo.

—Eso no va a pasar nunca —refutó Sara empujándole con fuerza para zafarse de sus manos—. Héctor no es así, te has descrito a ti mismo. Eso es lo que tú hiciste, lo que sigues haciendo —le acusó—. Sí, llevo una venda sobre los ojos, pero no es por él, es por ti —gritó—. Sé cómo es Héctor. Es un chico muy inteligente, tiene miles de proyectos e ideas, trabaja muchísimo por conseguir lo que quiere y, en un futuro muy cercano, tendrá su propia casa y un montón de dinero para gastar en lo que le dé la gana. No le haré falta para nada.

—Y entonces te dejará —la acorraló Geert—. Buscará una chica de su edad con las tetas grandes y el culo pequeño que le pueda dar un par de hijos y a la que no le avergüence presentar a su familia. —Sara palideció—. ¿Pensabas que no lo sabía? Por favor, Sara, es la comidilla de todas las orquestas de esta zona. No te llevó a la boda de su hermano, lo sé, todos lo sabemos. Su familia ni siquiera sabe que está contigo, ¿verdad?

—No, no fui a la boda, no me lo propuso y aunque lo hubiera hecho, no hubiera ido —respondió con fatídica calma—. Sabes, Geert, sé perfectamente lo que puedo esperar de esta relación. Sé la edad que tengo yo, y la edad que tiene él. Lo que puedo ofrecerle y lo que no. Y ni el dinero ni la supuesta comodidad de la que hablas son algo que entre dentro de la ecuación. Llegará un día en que seguiremos caminos distintos, por supuesto, lo tengo totalmente asumido. Conocerá a una chica de su edad, claro que sí. No me cuentas nada nuevo, pero te equivocas en una cosa, no tendrá el culo pequeño sino grande, a Héctor le gustan los culos grandes, y será tan inteligente como él, también cariñosa y divertida —aseveró secándose con el dorso de la mano las lágrimas que empezaban a recorrer sus pómulos—. Será una muchacha encantadora que es exactamente lo que él se merece. Y cuando la encuentre y se enamore, no será un cobarde como lo fuiste tú. No me engañará ni se esconderá. Me lo dirá a la cara porque es un hombre íntegro. Y cuando eso suceda, cuando todo se acabe, le pediré a Dios que esa muchacha lo haga tan feliz como él

me ha hecho a mí. Porque Héctor se lo merece más que nadie en el mundo. Y ahora, si te ha quedado todo claro, coge el dinero y lárgate de mi casa.

—Gatita.

—No vuelvas nunca, Geert. No quiero volver a verte en lo que me queda de vida.

Geert asintió con la cabeza, guardó el sobre con el dinero en el bolsillo de su pantalón y se dirigió hacia la puerta.

—Sara, lo siento. Ojalá esté equivocado —musitó girándose.

—Estás equivocado. Lo sé. Vete y no vuelvas —le ordenó con absoluta determinación.

Geert asintió de nuevo, consciente de que esa vez Sara no le daría una segunda oportunidad. Inspiró profundamente y abrió la puerta. Se quedó inmóvil al ver a la persona que estaba sentada en el primer escalón de las escaleras.

—Yo... ya me iba... —farfulló paralizado sin saber qué hacer ni qué decir.

—Hazlo ya, antes de que deje de contenerme y te mate —siseó Héctor tan enfadado que le costaba respirar.

Geert no necesitó que se lo dijera otra vez.

—¿Héctor? —Sara abandonó temblorosa la cocina al escuchar su voz.

—Sorpresa —dijo mirándola decepcionado.

—Héctor, ¿desde cuándo llevas ahí? —murmuró asustada por lo que hubiera podido escuchar y por cómo lo iba a interpretar.

—No lo sé. Un rato. Media hora. Una hora. Toda una vida. Qué más da —respondió encogiéndose de hombros. Seguía sentado en el escalón, con los codos apoyados en las rodillas y las manos caídas entre los muslos.

—No sé qué habrás oído, pero creo que deberíamos hablar sobre ello.

—Oh, sí, por supuesto. Y ya que tú sabes perfectamente lo que puedes esperar de esta relación, que ya veo que es bien poco, dime, ¿qué es lo que puedo esperar yo? ¿Que me respetes? ¿Que confíes en mí? ¿Que me creas cuando te digo que no voy a follarme a ninguna otra mujer que no seas tú? Dime qué coño puedo esperar de ti —murmuró con voz suave—, y cuando lo averigüe, tal vez consiga deshacer esta bola que tengo en el estómago y que no me deja respirar. Dímelo, Sara. Dime a qué puedo atenerme exactamente en esta relación. Así no volveré a comportarme como un niño ilusionado, aunque eso es lo que soy para ti, ¿no es así?

—Lo estás sacando todo de quicio.

—¿Yo? Yo no estoy sacando nada de quicio, gatita —masculló con desdén—. De eso ya os habéis ocupado tú y el hijo de puta al que voy a matar antes de que acabe el día —siseó rabioso levantándose por fin de donde estaba sentado.

—Basta, Héctor —le pidió Sara dando un paso hacia atrás. Jamás le había visto tan enfadado.

—No, no basta. La verdad es que me come la curiosidad —comentó irónico—. Dime cómo va a ser esa muchacha maravillosa que conoceré y con la que tendré hijos. Tendrá el culo grande, por supuesto. Pero ¿será rubia, morena, pelirroja?

Dímelo, ya que pareces saberlo todo.

—Héctor, no te lo tomes tan a la tremenda.

—¡Qué no me lo tome...! ¡¿Y cómo cojones quieres que me lo tome, Sara?! — explotó—. Acabo de escuchar a la mujer con la que pienso compartir el resto de mi vida decirle a su ex que está segura de que voy a dejarla por otra. Ah no. Espera. Que tiene completamente asumido que voy a dejarla por otra.

—Héctor, por favor, compréndeme. Me sentía acosada por Geert.

—Ya lo he visto. Por cierto, gracias por defenderme. Me alegra saber que no piensas que soy un gigoló que te folla para conseguir tu puto dinero. Algo es algo. Pero, sinceramente, preferiría que me hubieras creído las cientos de veces que te he dicho de todas las maneras posibles que para mí solo existes tú, que te quiero a ti, que deseo pasar el resto de mi vida contigo.

—Eres muy joven, Héctor, lo que deseas ahora cambiará con el paso del tiempo —musitó a la defensiva. Un instante después cerró los ojos arrepentida. No debería haber dicho eso. Lo mejor en una discusión era dejarla correr, no alimentarla.

—¿Lo que deseo? Yo no te deseo, Sara. ¡Yo te quiero! —gritó él acorralándola contra la pared—. ¿Acaso te he dado motivos para creer lo contrario? ¿Para pensar que eres solo algo temporal?

—Héctor, por favor, sé razonable.

—Lo empujó intentando apartarle, pero él no se movió ni un ápice.

—No estoy de humor para ser razonable —rebatí cerniéndose más aún sobre ella—. Quiero que me digas que todo lo que he escuchado hace un instante son mentiras. Que confías en mí, que me crees cuando te digo que te quiero. Que sabes que soy sincero.

—Eres sincero, Héctor, lo sé. Pero el tiempo nos hace cambiar a todos. Y tú eres muy joven —musitó la letanía que llevaba meses repitiendo una y otra vez en su cabeza.

—¡A la mierda con la juventud! Da lo mismo cuantos años tengo. ¡Sé lo que quiero!

—¡Sabes lo que quieres ahora! ¿Sabrás lo que quieres mañana? —Héctor la miró aterrado al comprobar que ella realmente pensaba todo lo que había dicho de él—. Es ley de vida. Antes o después conocerás a una chica de tu edad de la que te enamorarás y con la que querrás formar tu propia familia. Una chica que envejezca al mismo ritmo que tú, no una vieja momia a la que tendrás que cuidar dentro de treinta años, cuando tú estés en la flor de la vida —gritó dejando salir todo lo que llevaba dentro desde hacía tanto tiempo, dando nuevas y potentes alas a sus miedos y dudas, levantando otra vez las murallas que poco a poco habían ido cayendo.

—No me puedo creer que digas eso —susurró él apartándose abatido.

—Es la verdad. —Lo era. Por supuesto que lo era. Estaba segura de ello. Había pasado meses obligando a su mente y su corazón a asumir esa realidad para estar protegida cuando llegara el momento.

—No. No lo es.

—Héctor, siempre estás hablando de vivir en una casa con un patio lleno de arena y un tobogán en el que jueguen tus hijos —arguyó ella acercándose lentamente a él. Apremiándole para que se diera cuenta de la cruel realidad que les rodeaba—. Es tu sueño. ¿Vas a renunciar a él?

—Por supuesto que no.

—¿Y quién piensas que te dará los hijos que deseas?

—Tú.

—Por favor, Héctor, vives en los mundos de Yupi —exclamó despectiva—. Necesitas a alguien más joven para esa tarea —masculló negando con la cabeza a la vez que una amarga risa escapaba de sus labios—. Soy demasiado mayor para embarcarme en un embarazo.

—No digas chorradas —replicó cada vez más enfadado—, conozco a mujeres mayores que tú que han tenido hijos sin problemas.

—No son chorradas —afirmó repentinamente seria—. No hay nada que haya deseado más en mi vida que ser madre de nuevo, pero conozco mis limitaciones... Y no me veo con fuerzas para soportar un embarazo a mi edad, y menos con los riesgos que conlleva. Soy demasiado vieja. —No podía dejarse llevar por la esperanza, era el más cruel de los males que guardaba la caja de Pandora. El más peligroso. El único capaz de destruirla—. No puedo, y no hay más que hablar.

—¡Claro que puedes! ¿Quién te ha convencido de lo contrario? ¿Geert? —preguntó entornando los ojos, pensativo, recordando la conversación que había escuchado un instante atrás—. ¿No será que a él no le apetecía tenerlos y te repitió que eras vieja hasta que te lo creíste?

—Ahora eres tú quien dice tonterías. Hace años que Geert y yo no estamos juntos. —Pero incluso entonces también había afirmado que ya era demasiado vieja, que si un solo hijo ya daba demasiado trabajo, cuánto más darían dos—. La realidad es que estoy satisfecha con mi vida y no quiero más complicaciones, y tú no haces más que soñar con tener niños. Nuestros sueños son incompatibles. Ya lo ves.

Héctor apretó los puños al escuchar su nuevo pretexto para no estar juntos y la miró pensativo.

—No haces más que buscar excusas con las que convencerte de que no podemos tener una vida juntos. ¿Por qué?

—Porque el amor se acaba, Héctor —contestó con una verdad que sabía era ineludible. Lo había visto en los ojos de su madre, en los de Geert, en los suyos propios—. Y el nuestro durará menos que ninguno. Estamos abocados al fracaso.

—Eso no es verdad —negó él con los dientes apretados—. Hay miles de parejas que se adoran, mis hermanos son un claro ejemplo.

—¿Tienes envidia de tus hermanos? —preguntó ella entornando los ojos.

—No. Y tú, ¿siempre ves el lado negativo de todo?

—No, Héctor, soy realista.

—No lo eres. No quieres ver la realidad, la ocultas bajo un velo de mentiras que tú misma inventas.

—No. Antes o después conocerás a una mujer más joven y querrás formar parte de su vida. Es ley de vida. Todos lo hacéis. —Mi padre. Geert. El mismo traje con distinta percha.

—Si de verdad crees lo que estás diciendo, sinceramente, no sé qué cojones haces perdiendo el tiempo conmigo.

—No pierdo el tiempo. Disfruto estando contigo, hablando contigo.

—Follando conmigo... claro, por supuesto. Y no hay nada más, ¿verdad? ¿Todas las veces que me has dicho que me quieres eran mentira? —Sara permaneció en silencio. Héctor sintió que el corazón se le rompía en mil pedazos—. ¿Por qué lo has hecho? ¿Me dijiste que me querías por simple cortesía? —Sara desvió la mirada, incapaz de enfrentarse a él—. Joder, Sara. No... —Cerró los ojos y cuando los abrió ya no quedaba nada del ingenuo e inocente Héctor. O al menos así lo quiso creer él—. Dime, Sara, solo para tenerlo claro, ¿has confiado en mí alguna vez? O mejor aún, ¿me has creído alguna vez?

Ella se quedó en silencio de nuevo. Sí, deseaba gritarle. Sí, he creído en ti siempre. Sí, he confiado en ti desde el primer momento. Pero... ¿para qué? Era mentira, y él lo sabía. Siempre había estado segura de que su relación era algo pasajero. Había asumido que él se cansaría pronto de estar con ella y se buscaría otra chica más joven. Y con ese pensamiento en la cabeza le había intentado demostrar una y otra vez que no le importaba, que sabía que la dejaría. Se lo había confirmado una y otra vez con cada chica joven que le había presentado. Cada vez que le había follado con desesperación para que cuando la dejara no pudiera olvidarla. Y él lo había sabido siempre. Estaba segura. Lo sabía y por eso le decía que la quería, para atormentarla con lo que jamás podría tener.

—Vaya, no me esperaba esto. Bien —siseó él ante su silencio—. Si lo único que querías de mí era sexo, deberías haberlo dicho desde el principio. No hacía falta que me mintieras diciéndome que me amabas —afirmó comenzando a desabrocharse los pantalones.

—¿Qué haces? —le preguntó Sara estupefacta.

—Voy a follarte. Para eso es para lo único que sirvo, ¿no? Pues vamos, disfrutemos del momento —le soltó escupiendo sus propias palabras—. Follemos como locos —declaró con un nudo en la garganta mientras se bajaba los pantalones. Su pene flácido no se molestó en erguirse—. Oh, oh. Houston, tenemos un problema —comentó con sorna—, parece que a mi polla no le apetece follarse a una vieja —dijo mirándola a la cara. Ella le había destrozado el corazón. Bien, él pensaba devolverle el mismo daño que le había causado. Con creces—. Pero no pasa nada. Déjame que me la toque un momento y verás como enseguida se pone dura... o mejor todavía, chúpamela un poco, seguro que lo estás deseando. Al fin y al cabo solo estás conmigo por mi polla.

—Basta, Héctor, no te rebajes así.

—No me rebajo. Soy un puto semental. Solo quiero hacer bien mi trabajo. Míralo por el lado positivo, ahora que ya sé lo que quieres, no haré más el imbécil —aseveró envolviéndose el pene con los dedos.

—Héctor, no quiero follar contigo.

—Eso lo dices ahora, pero en el momento en que te subas a mi polla, no vas a querer bajarte de ella.

—Pues entonces será mejor que no me suba —replicó ofendida por como la estaba tratando.

—¿Vas a desaprovechar esta magnífica oportunidad de montar esta increíble polla? —apuntó burlón señalando su pene laxo—. Vamos, Sara, sería un verdadero desperdicio. ¿Quién sabe cuándo una vieja como tú va a encontrar a otro imbécil de veinticinco años dispuesto a follarla?

—¡Fuera! —gritó ella conmocionada por sus palabras. El hombre horrible que estaba frente a ella no podía ser el muchacho adorable del que se había enamorado—. Largo de mi casa. Vete a buscar alguna niñata de tu edad a la que meterle tu maravillosa polla y déjame a mí tranquila —le espetó con rabia.

—No dudes que lo haré —gritó él. Sara lo miró con los ojos muy abiertos, dio un paso atrás y se encontró con la espalda pegada a la puerta de la cocina.

—Estupendo. No te detengas. Hazlo. Espero que tu nueva chica grite muy alto, tal y como a ti te gusta —dijo en el mismo instante en que abría la puerta y se encerraba tras ella.

—Por supuesto que gritará. Si he conseguido que tú gritaras, bien puedo hacerlo con una mujer más joven y dispuesta —replicó Héctor abandonando la casa con un fuerte portazo.

La voz del corazón. Colapso.

1 de enero de 2011

—¡Por Dios, Héctor! ¿Cómo pudiste decirle eso? —murmuró Darío sin dar crédito a lo que acababa de escuchar. Era imposible que su hermano le hubiera dicho esas cosas horribles a la mujer de la que estaba enamorado.

—No lo sé. Estaba furioso, totalmente fuera de mis casillas —confesó a la vez que se tapaba la cara con las manos—. Tienes que comprenderme, Da. Estaba ilusionado, feliz por mi nuevo trabajo, deseando decírselo y... al instante siguiente estaba escuchándole decir que tenía asumido que yo iba a dejarla por otra. ¡Joder, si hasta dijo que deseaba que fuera una muchacha jodidamente encantadora!

¿Cómo crees que me sentí? —le preguntó a su hermano levantando la cabeza y mirándole abatido—. Deseaba hacerle tanto daño como ella me había hecho a mí.

—¡Miércoles, Héctor! Por muy furioso que estuvieras, tenías que haber pensado antes de hablar. Lo que hiciste fue muy cruel.

—¡Lo sé! —musitó con los ojos velados por la desesperación—. No ha pasado un segundo sin que me arrepienta. Estos tres últimos meses han sido los peores de mi vida.

—Y aun así no nos has dicho nada hasta hoy. ¿Por qué, Héctor? ¿Por qué no nos lo contaste entonces? Viniste el viernes, pasaste todo el fin de semana a nuestro lado y no abriste la boca. Te encerrabas en el cuarto y solo salías cuando te exigíamos que comieras con nosotros. Pasaste tres días en casa y ni siquiera hablaste. Te limitabas a sentarte frente a la cuna de Livia y mirarla con ojos llorosos.

—No me sentía con fuerzas para contároslo, Da. No quería hablar con nadie, solo... quería olvidarme de todo. Pensaba que la rabia y la tristeza se me pasarían con el tiempo. Pero cada vez es peor. Cada vez me duele más —exclamó mirándole con los ojos desbordados por las lágrimas—. No puedo superarlo, Da. Tengo el corazón destrozado y esto me está matando —murmuró tapándose la cara con las manos.

—Tranquilo, Héctor, no pasa nada. Estoy aquí. —Lo envolvió con fuerza entre sus brazos a la vez que miraba a Ariel desolado. No sabía cómo ayudar a su hermano.

—Estamos contigo, Héctor, no estás solo —le intentó consolar la joven besándole en la coronilla como a un niño pequeño que se ha hecho daño en las rodillas—. Sabes que te queremos. Estamos contigo. Todo se solucionará, ya lo verás. Nada puede hacerte daño si tu familia está a tu lado —afirmó Ariel con rotundidad.

—Ella también es mi familia y no está a mi lado.

—Tranquilo, hermanito, verás como todo acaba por solucionarse.

—No sé cómo. Lo he intentado de todas las maneras posibles y no quiere saber nada de mí. Tardé demasiado en reaccionar y ahora lo estoy pagando.

—¿Tardaste demasiado en reaccionar? —preguntó Ariel frunciendo el ceño.

—Cuando hui de Sara estaba furioso, desesperado, solo quería olvidarme de todo, perderme. Y eso es lo que hice. Pasé más de un mes perdido.

Sábado, 11 de septiembre de 2010

El portazo reverberó en toda la casa. Era consciente de que había dicho cosas que ningún hombre debería decir a una mujer, pero no le importaba nada. En su prisa por huir había olvidado la maleta y el bolso bandolera con la cartera, el DNI, el dinero... aunque tampoco eso le importaba nada. Atravesó el patio con la mirada perdida y la mente colapsada por caóticos pensamientos de rabia y humillación, pero antes de llegar a la cancela dio media vuelta. No pensaba deambular por las calles como un idiota desesperado. Desanduvo lo andado y entró en el anexo del garaje, montó en la bicicleta que había guardado allí a principios del verano y abandonó la casa.

Pedaleó frenético, volcando la cólera que le acosaba en los veloces movimientos de sus piernas, vaciando su mente. Recorrió la larga avenida surcada de baches sin molestarse en sortearlos, atravesó la rotonda de entrada a la ciudad y se incorporó a la N-332 indiferente al chirriar de las ruedas resbalando sobre el asfalto, al furioso sonido del claxon y a las imprecaciones que le lanzaron los conductores de los vehículos que tuvieron que esquivarle. Pedaleó con fuerza, con una sola cosa en la mente, llegar a algún lugar donde no hubiera nadie, donde el silencio reinara. Al llegar a otra rotonda tomó el desvío hacia las Lagunas de La Mata y, sin reducir la velocidad, recorrió el sendero de tierra hasta llegar a las mesas de madera que conformaban el merendero del parque. Desmontó y dejó caer la bicicleta sin ningún cuidado para luego sentarse sobre una de las mesas. Hundió la cabeza entre las rodillas y cerró los ojos. Todos sus sentidos parecieron amplificarse. Los juncos mecidos por el viento cuchicheaban sobre él. El piar de las aves en las ramas de los árboles parecían risas burlonas. El estridente canto de los grillos y cigarras le instaba a golpear algo, lo que fuera, hasta que el dolor que sentía fuera solo físico. Se tapó los oídos, intentando adormecer los sonidos del campo y entonces fueron los ecos silentes de sus propios pensamientos los que le atormentaron. Saltó de la mesa, furioso, y desahogó su frustración con los árboles, las piedras y el carrizo que encontró en su camino. Gritó, dio patadas, golpeó los troncos nudosos y acabó derrumbado sobre la pálida arena que cubría el suelo, mientras sus gemidos ahogados se mezclaban con la ruidosa algarabía de los animales que se burlaban de su dolor.

Tras unos minutos interminables se limpió la cara con el dorso de la mano y sacó el móvil del bolsillo de su pantalón. Sus ojos velados por las lágrimas observaron la pantalla apagada del teléfono hasta que por fin encontró la voluntad necesaria para obligarse a marcar con lentitud un número. Necesitaba hablar con alguien. Alguien que le sacara de la cabeza la rabia que le impedía pensar. Alguien que le consolara y

le hiciera reaccionar, que le echara la bronca y que luego le dijera qué tenía que hacer para deshacerse de la desesperación que le aturdió. Y solo existía una persona capaz de hacer eso. Su hermano. Darío le ayudaría. Siempre lo hacía. Siempre estaba dispuesto a escucharle y aconsejarle, ahora también lo haría. Él le diría cómo deshacerse del terrible dolor que le acuchillaba las entrañas.

Detuvo su dedo antes de marcar la última cifra y exhaló un rugido angustiado. Darío no sabía nada de Sara. No sabía que estaba enamorado de ella, ni que soñaba con formar una familia y pasar el resto de su vida junto a ella. Nadie lo sabía, porque a nadie se lo había contado. Observó desesperado el número que le faltaba por marcar. El número que le llevaría hasta su hermano mayor.

—¿Qué le vas a decir, imbécil? ¿Qué llevas un año saliendo con una mujer que se ha reído de ti? —se recriminó a sí mismo antes de apagar el móvil.

No lo haría. No podía. No tenía fuerzas para hablar de ello. Y, además, ya no tenía sentido confesar. Lo único que podía hacer era dar carpetazo, olvidarse de todo y continuar con su vida como si no la hubiera conocido nunca. Como si no la hubiera tenido entre sus brazos. Como si ella no hubiera existido.

Volvió a montarse en la bicicleta y se internó por senderos apenas esbozados que solo conocían aquellos que, como él, habían trabajado en el parque. Deambuló durante horas, ignorando el sonido de las llamadas que emitía el móvil en el bolsillo de su pantalón. Desdeñó las protestas de sus músculos agotados y el dolor que como un rayo le recorría la espalda y continuó forzando su cuerpo en una carrera sin sentido ni destino. Solo detuvo su incesante pedaleo cuando sus piernas, trémulas por el cansancio, dejaron de obedecer sus órdenes y estuvo a punto de caer. Bajó de la bicicleta, saltó como pudo las vallas que protegían el frágil ecosistema de las salinas y se tumbó sobre la costra rosada de la orilla dejando que el aire salobre calmara sus sentidos hasta que la tarde se convirtió en noche y su cuerpo exhausto dejó de quejarse. Entonces, se puso en marcha de nuevo y emprendió el camino hacia el único lugar en el mundo en el que podría encontrar amparo.

La luna coronaba el cielo surcado de estrellas cuando se bajó por fin de la bici. Sus pantorrillas estaban manchadas por la sangre que brotaba de los arañazos provocados por el roce de las ramas bajas del chaparral y tenía las palmas de las manos en carne viva tras habersele reventado las ampollas que se habían formado por aferrar el manillar durante horas sin la protección de los guantes. Aun así, asió las rejas que conformaban la cancela y las empujó con fuerza arrancando sonoros quejidos a las cadenas que impedían su abertura.

—¡Malditos borrachos! —gritó Fermín, saliendo enfadado de su casa. Era la segunda vez ese verano que tenía que soportar la visita de los jovencuelos que pasaban el mes de vacaciones allí y se divertían fastidiando a los hombres de bien como él—. ¡Me tenéis hasta los huevos! ¡Ya podéis salir corriendo porque llevo la escopeta cargada de perdigones y os voy a hacer un agujero en el culo! —exclamó apuntando a las rejas con la linterna para espantarles, porque en realidad la escopeta

llevaba décadas descargada. Se detuvo en seco al ver al zagal que se apoyaba exánime en su cancela. Soltó el arma y corrió hacia él—. Héctor, por Dios, muchacho, ¿qué te ha pasado?

—¿Puedo quedarme a dormir? —preguntó el joven con los labios agrietados por culpa del aire salado de las lagunas.

—Claro que sí, muchacho, claro que sí. Pero ¿qué te ha pasado? —preguntó de nuevo con la preocupación desbordando su voz.

Héctor se agachó para recoger la bici que había dejado caer y estuvo a punto de darse de bruces contra el suelo.

—Quita, yo lo haré —le ordenó el anciano inclinándose renqueante para tomarla por el manillar e introducirla en la finca—. Vamos a casa —dijo pasando una mano sobre el hombro del muchacho.

Lo llevó hasta el interior y lo instó a sentarse frente a la mesa, sirvió vino en un par de jarras, y tendiéndole una esperó a que dijera algo. El joven se limitó a beber en silencio con la mirada fija en un punto de la pared en el que no había nada.

—¿Me lo vas a contar por propia voluntad o prefieres que te emborrache? —le preguntó Fermín mirándole muy serio.

Héctor parpadeó con lentitud y centró la mirada en el rostro preocupado y afable del anciano, luego desvió la vista a la botella de vino, negó con la cabeza y le acercó la jarra vacía para que volviera a llenársela. Fermín arqueó una ceja y, sin mediar palabra, vertió el oscuro líquido.

—El alcohol no ahoga las penas, solo las embota. Luego vuelven con más fuerza —le advirtió cuando le vio beberse el contenido de la jarra de un solo trago.

—He discutido con Sara. Ya no estamos juntos —musitó Héctor por toda respuesta a la vez que hundía la cabeza entre los brazos y un ronco sollozo escapaba de su garganta.

—Vamos, vamos, muchacho. Seguro que no es así —murmuró el anciano dándole una cariñosa palmada en la espalda sin saber bien qué hacer—. Todos los enamorados discuten, y luego se arreglan. Ya verás como mañana todo vuelve a su cauce.

—No, Fermín. Ella nunca me ha querido.

—No digas tonterías, claro que te quiere. Se le nota en los ojos cada vez que te mira.

—Interpretaba. Nunca me ha tomado en serio, nunca me ha visto como un hombre. Para ella solo soy un crío. Y yo la quiero —exclamó con la voz desgarrada por el dolor—. Pero no estoy dispuesto a seguir con una mujer que no confía en mí ni me quiere como yo la quiero.

—Tienes que estar equivocado, seguro. Será una discusión tonta, todas lo son.

—No, Fermín. —Y procedió a contarle todo lo que había pasado.

—Vaya —murmuró el anciano tras casi una hora de confesiones amenizadas con vino. Había escuchado cada palabra del muchacho, y en esos momentos no sabía qué decir para consolarle—. Vamos, Héctor, los hombres no lloran, así que para ya y

límpiame esas lágrimas.

—Los hombres no, pero los niños sí, y yo soy un maldito niño —contestó el joven medio borracho, no había comido nada en todo el día y el vino comenzaba a surtir efecto en su organismo.

—Si llego a saber que te iba a dar llorona no te hubiera ofrecido vino —protestó Fermín—. Anda, vete a la cama y duerme un poco. Mañana, con la cabeza fresca y en su sitio, lo verás todo más claro —dijo ayudándole a levantarse y acompañándolo hasta una habitación.

Lunes, 13 de septiembre de 2010

—¿Estás seguro de que quieres hacer esto? Me parece que vas a cometer un error. Un gran error —comentó Fermín apagando el motor de la furgoneta. Eran poco más de las ocho de la mañana y se sentía como un ladrón a punto de desvalijar una casa.

—Estoy seguro, Fer —afirmó Héctor bajándose del vehículo.

—Deberías haber contestado al teléfono cuando te ha llamado —dijo el anciano refiriéndose a todas las veces que el móvil de Héctor había sonado y en la pantalla se había reflejado el número de Sara—. De hecho, ¿por qué no la llamas tú? Todavía estás a tiempo de hablar y solucionar las cosas.

—Enseguida vuelvo —se limitó a responderle Héctor.

Caminó hasta la cancela, sacó las llaves del bolsillo del pantalón y abrió el portón.

Fermín negó con la cabeza al ver que el muchacho recorría el patio con la espalda encorvada. Iba a cometer el mayor error de su vida y el muy testarudo no quería reconocerlo.

Héctor entró en la casa con el corazón latiéndole acelerado aunque sabía que no había nadie allí. Era lunes, Sara y Elke estarían en el ayuntamiento trabajando y Alba había ido con ellas para comprobar los horarios y comprar los libros del nuevo curso universitario, o al menos eso le había asegurado Zuper que haría, cuando le pidió que averiguara si habría alguien en la casa esa mañana. Había pasado la noche del domingo discutiendo con Zuper por teléfono y él y Fermín se habían puesto de acuerdo en intentar convencerle de que hablara con Sara.

«Está muy mal, Héctor, y tú tampoco estás bien. Habla con ella, escúchala», le había dicho Zuper una y otra vez.

¿Y él? ¿Qué pasaba con él? ¿Es que su amigo no entendía cómo se sentía? Sara lo había humillado más allá de lo que nadie podría soportar. ¿De qué iba a servir hablar? De nada. Solo se harían más daño.

«Lo que estás haciendo no está bien, Héctor. Los adultos hablan y solucionan las cosas. Negarte a hablar con Sara de los problemas que tenéis es de cobardes. Llámala, habla con ella, perdónala, y reza para que ella te perdone a ti», le había repetido

Fermín hasta que no tuvo más opción que irse en plena madrugada a dar un paseo lejos de todo. ¿Acaso no se daba cuenta de que ya no podía dar marcha atrás y perdonar?

Sacudió la cabeza para deshacerse de las palabras de sus amigos y recorrió cada estancia del chalé intentando no dejarse llevar por los recuerdos del tiempo compartido junto a Sara. Recogió las pocas cosas que evidenciaban que había vivido allí durante apenas dos meses. Dos meses en los que se había sentido en casa, en los que había intentado crear un hogar junto a la mujer de la que aún estaba enamorado. Un par de libros, algunas revistas, el casco y los guantes de la bicicleta, la maleta y el bolso olvidados, la poca ropa que guardaba en el armario. Lo llevó todo a la furgoneta, cerró la puerta de la casa y la cancela de entrada al patio, y metió las llaves que Sara le había dado en un sobre, lo cerró y lo introdujo en el buzón. Luego se dio media vuelta y entró en la furgoneta sin mirar atrás.

Fermín lo llevó hasta la estación de autobuses de Guardamar y después se despidió de él aún enfadado. Héctor llamó a su actual jefe, le explicó que estaba enfermo y que ese día no iría a trabajar y se subió al autocar que le llevaría a Valencia. Una vez allí realizó la entrevista de trabajo bajo una aparente y frágil calma que solo consiguió haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad. Y al terminar, viajó a Madrid y de allí a Burgos, donde se reincorporó al trabajo el martes, como si no hubiera ocurrido nada.

Durante toda la semana el móvil sonó anunciándole las llamadas de Sara.

No respondió a ninguna.

1 de enero de 2011

—¡Miércoles, Héctor! ¿No podías haber metido la pata un poco más? —ironizó Darío.

—Estaba herido, Da. Y muy furioso —se defendió—. Me sentía humillado, utilizado. Pensé... no sé lo que pensé, pero sí sé que no quería hablar con ella bajo ningún concepto. Quería que sufriera igual que estaba sufriendo yo.

—No te reconozco, Héctor. Tú no eres así —le increpó Ariel negando con la cabeza.

—Sí lo soy, sirenita. Cuando me cabreo puedo ser el mismo diablo. Y estaba muy cabreado —murmuró Héctor desviando la mirada avergonzado—. Pasé toda esa semana debatiéndome entre la desesperación y la rabia. Odiándola y anhelándola. Deseando llamarla y apagando el móvil para no escuchar sus llamadas. Estaba perdido, no era yo mismo, no sabía qué hacer. El viernes, mi contrato en Burgos acabó y regresé a Madrid, con vosotros, y sentí tanta envidia, como no te podrías imaginar nunca, Da. Tú tenías a Ariel y a tu hija recién nacida a tu lado. Ruth y Marcos no paraban de hacerse carantoñas cuando Iris no les miraba. Y yo, que había

soñado una y otra vez con estar así con Sara, no tenía nada. Todo lo había perdido. La mujer que amaba, mis sueños, mis esperanzas, mi futuro... No sabes lo que me costó pasar ese fin de semana con vosotros.

—Y por eso no has vuelto hasta ahora.

—Sí. Coincidió con que el martes siguiente me llamaron para comenzar a trabajar y fue vertiginoso. Tuve que aprender a hacer trámites burocráticos de los que no tenía ni idea, adaptarme a la forma de trabajar de la nueva empresa y ponerme al día con un montón de informes e inspecciones que debía contrastar con la Concejalía de Medio Ambiente de los ayuntamientos responsables de los Parques Naturales. Me pase todo el mes recorriendo la Comunidad Valenciana. Obligándome a olvidar a Sara, a no sentir. Ella también dejó de llamarme. Zuper me contó que se había ido de vacaciones a Italia, con Elke y Alba. Y yo pensé que no tenía que estar sufriendo mucho si se largaba de viaje. Y luego, luego volví a verla y me di cuenta de mi terrible error. Pero ya era tarde.

Miércoles, 27 de octubre de 2010

Héctor aparcó el coche a más distancia de la que habría deseado y caminó presuroso por las estrechas calles del centro de la ciudad hasta llegar a la Concejalía de Medio Ambiente del Ayuntamiento de Alicante. Se detuvo inmóvil frente al edificio y miró el reloj de su muñeca con inquietud. Faltaban menos de cinco minutos para que las agujas se posicionaran indicando que eran las diez de la mañana. No podía perder más tiempo. Apretó con fuerza los dedos en torno al asa del maletín e inspiró profundamente antes de dirigirse a la entrada. Atravesó el vestíbulo y se detuvo apenas un instante para repasar su aspecto. Esa mañana había elegido la ropa con extremo cuidado. Quería dar una apariencia profesional, pero no demasiado seria. Tras pensarlo mucho se había decidido por unos pantalones chinos color paja, una camisa estampada a rayas de distintas anchuras grises y azules con cuello italiano y, sobre esta, un cárdigan azul oscuro con cuello esmoquin y dos bolsillos parche. Pasó las palmas de las manos por la ropa, asegurándose de que no estaba demasiado arrugada y, sin permitirse más dudas, se dirigió a la sala de reuniones que la concejalía había puesto a su disposición.

Aunque no era la primera vez que se reunía con un administrativo en esa misma sala, no podía evitar sentirse excesivamente nervioso. Sabía de antemano que quien lo había atendido en las ocasiones anteriores no era más que el sustituto por vacaciones de la persona designada por la concejalía para revisar las inspecciones de los ZEPA. Y el periodo vacacional ya había acabado. Estaba seguro de que acabaría encontrándose frente a... a ella. Al fin y al cabo todo coincidía. El trabajo en Medio Ambiente, las vacaciones hasta mediados de octubre, su propia mala suerte que se aliaba en su contra... Se limpió la palma de la mano, empapada en sudor, en el

bolsillo trasero del pantalón, y sin pensárselo dos veces abrió la puerta.

Sara observó aterrada como el picaporte descendía, indicando que alguien estaba a punto de entrar. Inspiró profundamente y desvió con rapidez la mirada hacia el ordenador que coronaba la mesa.

—Hola, Sara —escuchó la voz de aquel al que había amado hasta la locura, y su traicionero corazón comenzó a latir con fuerza por primera vez en dos meses. Elevó despacio la cabeza y, armándose de un valor que no tenía, se levantó y le saludó con un educado «Buenos días».

Héctor estuvo a punto de dejar caer el maletín al verla. Esa no era su Sara, sino una pálida sombra de la mujer de la que se había enamorado. No parecía la misma. Sus antaño seductores ojos negros estaban apagados y las oscuras ojeras que lucía bajo ellos pronunciaban más todavía la lividez de su rostro. Había perdido mucho peso, se le notaba en los rasgos demasiado afilados de la cara y en la extrema delgadez de sus brazos y piernas que no conseguía disimular con la falda gris marengo y la holgada blusa color marfil que vestía.

Sara observó al hombre que tenía frente a sí. Su pelo seguía siendo un poco demasiado largo, aunque se lo había recogido tras las orejas, dejando al descubierto sus hermosas facciones. Seguía vistiendo tan impecable como siempre, con la ropa perfectamente planchada y conjuntada, pero... había algo distinto en él. Su mirada era más dura, la sonrisa amable que siempre despedían sus labios había dado paso a un rictus severo y la postura de su cuerpo indicaba que no era el muchacho afable y bromista de antaño si no alguien mucho más... peligroso. Sobre todo para ella. Carraspeó un par de veces para aclararse la garganta y le indicó con un gesto que tomara asiento. Cuanto antes empezaran, antes acabaría el suplicio.

Héctor asintió y se giró para cerrar la puerta.

—Déjala abierta, por favor.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—No me parece oportuno —se limitó a responder ella sentándose en la silla que había frente al monitor. Las rodillas comenzaban a temblarle demasiado para sostenerla.

—A mí sí me lo parece —rechazó él ignorando su petición.

Había aplazado la reunión una y otra vez, decidido a dejar pasar el mayor tiempo posible antes de encontrarse con ella, receloso e intimidado por lo que pudiera sentir al verla de nuevo. Y ahora que la tenía frente a sí, sabía que todos sus temores habían sido fundados. Quería estrecharla entre sus brazos y borrar la tristeza de su mirada, besar su rostro hasta que las ojeras y la palidez desaparecieran, acariciarla lentamente hasta que sus labios volvieran a sonreírle como hacían antaño. Quería hablar con ella de mil tonterías hasta que los dos acabaran riéndose a carcajadas. Quería escuchar su voz cantándole canciones de amor mientras le miraba como si él fuera lo único que necesitaba en el mundo. Quería hacer retroceder el tiempo, eliminar ese aciago sábado de sus recuerdos y que todo volviera a ser como antes.

Sara le miró unos segundos, aterrada. No podía estar a solas con él. Era demasiado pronto. Su corazón aún no lo había olvidado. Su alma aún clamaba por su presencia, por su voz, por sus risas, por sus bromas. Todavía se sentía débil ante él. Necesitaba más tiempo para blindarse, para endurecerse. Para olvidar la alegría que sentía al ver su rostro al despertarla por las mañanas, la felicidad al sentir su perezoso beso de buenas noches. Se levantó, caminó hasta la entrada con una tranquilidad que no sentía y abrió la puerta.

—Tengamos la fiesta en paz, Héctor —masculló al pasar a su lado. No permitiría que notara su debilidad, aunque para lograrlo tuviera que camuflarla de desdén.

—No soy yo el que está buscando bronca —replicó él aferrando con fuerza el picaporte, conteniéndose para no dar un portazo. ¿Ahora se hacía la ofendida? Perfecto, le apetecía mucho tener una buena discusión. Cerró la puerta.

—Déjala abierta —siseó furiosa, sintiendo que las paredes de la sala se cernían sobre ella, apresándola, encerrándola sin posibilidad de escapar.

—¿Por qué debería hacerlo? —la retó él—. Y no me digas que porque no te parece oportuno. Todas las veces que me he reunido con tu sustituta lo he hecho con la puerta cerrada.

—¿Quieres saber el porqué? Porque con la puerta abierta veo a mis compañeros recorrer los pasillos, oigo el ruido de las fotocopiadoras y las voces de las conversaciones y puedo obligarme a realizar mi trabajo. Si la cierras, dejaré de escuchar los sonidos que me recuerdan que estoy haciendo mi trabajo, tú dejarás de ser un representante del ZEPA y yo dejaré de ser una administrativa de Medioambiente. Solo seremos tú y yo, y no creo que pueda reprimirme para no escupirte en la cara y decirte cuánto te aborrezco, cuánto deseo no volver a verte —aseveró con calmada rotundidad—. Y, sinceramente, no me apetece montar una escenita en la concejalía. Abre la puerta, por favor.

—Somos adultos —masculló él con el corazón atenazado por el desprecio con que le había hablado—. ¿No podemos comportarnos como tales y dejar a un lado nuestro rencor?

—No, Héctor. No somos adultos. Tú eres un niño mimado y yo soy una vieja chocha. Abre la puerta.

—Sara, no...

—La reunión ha terminado. —Recogió los papeles que había sobre la mesa y caminó hacia la salida—. La próxima vez que vengas le pediré a Marga que te atienda ella.

—Sara... —La detuvo sujetándola por el brazo—. No te vayas. Tenemos que hablar.

—Lo único de lo que me interesa hablar contigo es de trabajo —afirmó categórica, rogando para que su voz no temblara de la misma manera que lo hacía su corazón ante el inesperado contacto.

—Como quieras. —La soltó remiso y abrió la puerta, consciente de que si quería

continuar hablando con ella, aunque fuera de temas laborales, tenía que dar su brazo a torcer.

Sara inspiró profundamente y, haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad, fue de nuevo a la mesa.

—Aquí están los informes sobre los proyectos de investigación, conservación, restauración, sensibilización y uso público de los humedales que se gestionan bajo la supervisión de la concejalía. Cotéjalos con los tuyos y acabemos con esta charada de una vez —exigió con voz inflexible.

Sábado, 1 de enero de 2011

—En ese momento me di cuenta de que ni podía ni quería olvidarla, Da. Había estado dando tumbos durante casi dos meses, sobreviviendo a duras penas a la tristeza y el dolor, alejándome de todo lo que pudiera recordarme a ella. No había querido salir con Zuper porque él me recordaba todo lo que había perdido. Le odiaba y le envidiaba porque sabía que seguía acompañando a las chicas a las actuaciones, que seguía saliendo con Alba, que seguía viendo a Sara casi a diario. Tampoco me porté mucho mejor con Fermín, aunque vivía en su casa apenas si le hablaba, me encerraba en mi habitación y dejaba pasar las horas mirando el techo. No quería acercarme a él, tenía miedo de que me recriminara mi comportamiento y me obligara a salir de mi estupor. Ni siquiera fui capaz de venir a Madrid, a casa, no podía soportar veros felices. Estaba resentido, y solo quería seguir ahogándome en mi amargura —confesó mirándose las manos—. Pero cuando la vi tan desmejorada, tan pálida, tan furiosa conmigo, algo se rompió en mi interior. Deseé, como nunca he deseado nada, abrazarla hasta que volviera a sonreír, zarandearla hasta que me abofeteara y me hiciera recuperar la razón. Y en lugar de eso, perdí por completo la chaveta —murmuró esbozando una sonrisa amarga.

—¿Qué hiciste, Héctor? —musitó Darío asustado por la angustia que escuchaba en la voz de su hermano.

—La seguí.

—¿Qué? —inquirió Ariel acunando a su pequeña—. ¿Cómo que la seguiste? ¿Esperaste a que saliera de trabajar o algo por el estilo?

—Peor. La seguí a todas horas, como un loco obsesionado. La busqué e intenté acorralarla para hablar con ella.

—Pero no dio resultado —aventuró su hermano.

—No. Ideé un plan perfecto, o al menos eso pensaba. Busqué excusas estúpidas para reunirme con ella en la concejalía, y cuando vi que eso no daba resultado, decidí que sería más fácil hablar con ella fuera de la oficina, donde no pudiera refugiarse en el trabajo. Pero me equivoqué. La llamé y no me respondió al teléfono. Fui a buscarla a casa y Elke y Alba no me dejaron entrar. Y entonces perdí la cabeza por completo.

—¿Qué hiciste? —susurró Darío entornando los ojos.
—Me convertí en su fan número uno.

La voz del corazón. En mil pedazos.

A veces te mataría y otras en cambio te quiero comer.

Me estás quitando la vida.

ANTONIO VEGA Y AMARAL, *Cómo hablar*.

Domingo, 26 de diciembre de 2010

Sara tomó el pequeño espejo de su bolso, lo abrió y se retocó el maquillaje por enésima vez esa noche, decidida a camuflar la tristeza, y también la traicionera esperanza, bajo capas de luminosas sombras y brillante carmín. Sus propios ojos la observaron a través del pulido cristal del espejo. En ellos se reflejaban la agonía que le estaba destrozando el corazón.

—Los chicos te están esperando para subir al escenario —le advirtió Alba mirándola preocupada.

—¿Estoy guapa, cariño? —preguntó dirigiendo una mirada fugaz a las escaleras. Se subiría al escenario con la esperanza de no verlo. Agonizando por verlo.

—Estás maravillosa, mamá.

—Me encanta cuando me mientes —sonrió Sara lanzándole un beso a la vez que se armaba de valor y asentía con la cabeza para indicar a *los Spirits* que estaba lista.

Eberhard fue el primero en subir las escaleras, se sentó en un taburete bajo y comenzó a tocar unos lentos acordes en la guitarra española. Ernest subió tras él, se colocó tras la batería y acompañó sus compases con un ritmo lento, similar al latido de un corazón roto. Sara inspiró profundamente y los siguió. Caminó con paso decidido hacia el centro del escenario mientras rezaba para que se apoderara de ella la ansiada rabia que le permitiría sobrevivir un día más. Una noche más. Tomó el micrófono con ambas manos y obligó a sus ojos a recorrer el salón buscando al hombre al que no quería ver. Al hombre al que anhelaba más que a nada en el mundo. Al hombre al que no podía permitirse mostrar ninguna debilidad. Quizá esa noche tuviera suerte. Era el día siguiente a Navidad. Ojalá él estuviera en Madrid con su familia, así ella podría disfrutar de un fin de semana sin su presencia, sin su mirada, sin su voz. Setenta y dos horas de soledad que le permitirían blindar de nuevo su corazón. Aunque este llorara por verlo de nuevo. Su mirada detuvo su deambular, secuestrada por los iris azules que la atormentaban en sus sueños y en sus vigias. Se obligó a sonreír con desdén y comenzó a cantar.

Tú juegas a quererme,

yo juego a que te creas que te quiero.^[14]

«Maldito seas. ¡Vete! ¿Por qué me haces esto?», le preguntaron sus ojos mientras entonaba la letra de la canción.

*Buscando una coartada,
me das una pasión que yo no espero,
y no me importa nada.*

Estaba frente a ella, de pie en primera fila, mirándola con ojos tristes y anhelantes que la instaban a rendirse. A ceder. A escucharle. A caer de nuevo en su trampa.

«No quiero más dolor». Aferró con más fuerza el micrófono e intentó revestir de frialdad su frágil corazón.

*Tú juegas a engañarme, yo juego a que te creas que te creo.
Escucho tus bobadas acerca del amor y del deseo...*

Le vio apretar los labios, afligido al escuchar la letra de la canción y tuvo que contenerse para no bajar del escenario y consolarle. Para no abrazarle y besarle hasta que volviera a sonreír. Pero si lo hacía volvería a caer de nuevo bajo su hechizo.

Y no me importa nada, nada.

«¡Vete! No vuelvas más y déjame vivir tranquila», suplicó silente a la vez que le miraba con fingido desprecio.

*Que rías o que sueñes, que digas o que hagas.
Y no me importa nada.*

No podía soportar verle. Prefería mil veces su ausencia. Su silencio. Pero él no le otorgaba esa merced. Desde que se habían reunido en la concejalía acudía cada noche de cada fin de semana a sus actuaciones. Se sentaba a una mesa cercana al escenario y la observaba sin parpadear, absorbiendo cada canción, cada nota, cada estrofa, cada verso. Por eso ella cantaba cada noche *Y no me importa nada*. Intentaba mandarle un mensaje. Pero él no se daba por aludido. Nunca lo hacía. Nada le hacía presagiar que esa noche fuera a ser distinta a las demás.

*Por mucho que me empeñe, estoy jugando
y no me importa nada.*

Cuando acabara la actuación y todo el mundo se retirara, él intentaría de nuevo

acercarse a ella. Y ella huiría. Se refugiaría en la compañía de sus amigos y se protegería tras palabras cortantes, deseando alejarle. Anhelando que la odiara de nuevo para no tener que luchar noche tras noche, hora tras hora, contra la tentación de decirle lo que realmente sentía.

«No podré soportar el dolor de perderle de nuevo». Sacudió la cabeza y continuó cantando. La única manera de no volver a perderle era no volver a tenerle.

*Tú juegas a tenerme, yo juego a que te creas que me tienes.
Serena y confiada, invento las palabras que te hieren,
y no me importa nada.*

Pero sí le importaba. Le importaba demasiado. Por eso tenía que echarle de una vez por todas de su vida.

*Tú juegas a olvidarme, yo juego a que te creas que me importa.
Conozco la jugada, sé manejarme en las distancias cortas.*

Héctor repitió esa estrofa en su interior y sonrió. «Juegas a olvidarme, Sara. Yo juego a que te creas que te creo», la modificó para sí. No le engañaba. Podía cantar cada noche esa misma canción mirándole desdeñosa, pero él sabía que mentía. Conocía la jugada, sabía manejarse en las distancias cortas, y cuando por fin lograba acercarse a ella al terminar la actuación, sus oscuros ojos eran incapaces de mentirle. Podía intentar herirle con sus palabras, pero cuando por fin se encontraban frente a frente, Sara rehuía su mirada, se escondía tras sus amigos y fingía ignorarle mientras sus ojos se velaban por las lágrimas no derramadas.

*Y no me importa nada, nada
Que rías o que sueñes, que digas o que hagas.*

—Y no me importa nada... que huyas o te enfades. Que finjas o que grites —tarareó Héctor, cambiando la letra de la canción—. Y no me importa nada, por mucho que te empeñes, estoy jugando... —Sus labios esbozaron una sonrisa satisfecha—. Y voy a ganar.

El tiempo de jugar había terminado. Esa noche no podría escaparse. Hablarían. Lo quisiera o no.

—Está ahí fuera, otra vez —anunció Alba mirando entre las cortinas de la parte trasera del escenario.

—Déjame que le ponga encima mis cariñosas manos y te aseguro que no volverás a verlo —sentenció Elke a su lado, entornando los ojos para poder ver mejor—. Y el cabronazo de Zuper está con él. Traidor —siseó—. Me las pagará en El Templo.

—Eso será si yo te dejo, y no me parece probable —replicó Alba con severidad. Se sentía extrañamente posesiva con respecto al pelirrojo y no iba a permitir que nadie le castigara. Nadie excepto ella misma, por supuesto. Sacudió la cabeza para borrar las lascivas imágenes de su cabeza y miró a su madre—. Mamá, quizá deberías darle una oportunidad. Lleva meses viniendo a verte actuar, intentando hablar contigo. No puedes seguir rehuyéndole.

—Ya se cansará —aseveró Sara.

—No parece dispuesto a rendirse —comentó Eberhard mirándola—. Deberías hablar con él. Aclarar las cosas. No podéis seguir así.

—Estáis sufriendo los dos —apuntó Ellery.

—Vamos, a recoger. —Sara los ignoró y se dirigió a las escaleras sin mirar atrás.

Elke se apresuró a seguirla, pero la fuerte mano de su hermano mayor se lo impidió.

—Suéltame —siseó intentando zafarse de él.

—Déjalos que hablen tranquilos —le ordenó él sujetándola con más fuerza.

—¿Estás loco? —exclamó la rubia—. Sara no quiere hablar con él. Ellery, Ernest, ayudadme —reclamó la ayuda de sus otros hermanos. Estos negaron con la cabeza—. ¿Pero qué mosca os ha picado?

—Una con el pelo rojo —murmuró Zuper bajando por las escaleras—. Gracias, chicos. Os debo una.

—No nos debes nada —respondió Ellery en nombre de sus hermanos. Si el pelirrojo no hubiera hablado con ellos para proponerles esa treta, ellos mismos hubieran buscado la manera de reunir a los antiguos amantes. Ni Sara ni Héctor podían continuar fingiendo que no pasaba nada, cuando en realidad los dos estaban sufriendo. Tenían que hablar y solucionar sus problemas. Para bien o para mal.

—¿Qué? Alba, haz algo —instó Elke a su chica. La joven negó con la cabeza—. Le va a hacer daño otra vez —gimió intentando soltarse de nuevo del agarre de Eberhard—. ¿Cómo te has dejado convencer?

—En realidad no ha tenido que convencerme. Yo misma estaba dispuesta a hacer lo que fuera por acabar con esto de una vez por todas. Todos estamos hartos de ver a mamá llorando por las esquinas —afirmó la joven acercándose al pelirrojo y dejándose abrazar por él—. Déjalos que hablen —exigió a su amiga.

—Está bien, Alba —aceptó Elke—. Pero reza para que Sara descienda esas escaleras con una sonrisa en los labios, porque si veo lágrimas en sus ojos nadie podrá impedirme que le dé su merecido al niñato —aseveró furiosa apoyándose en la pared.

—Nadie te impedirá nada, hermana —asintió Eberhard—, al contrario, te ayudaremos a darle una buena paliza.

—Sara, por favor, habla conmigo —suplicó Héctor frustrado a la vez que la asía de la muñeca para impedir que escapara.

Nada estaba saliendo como había pensado. Por fin había conseguido hablar a

solas con ella. Pero ella se negaba en rotundo a mantener una conversación, se limitaba a decirle una y otra vez que la dejara en paz, y eso era algo que él no pensaba hacer.

—Déjame en paz —le ordenó por enésima vez intentando soltarse.

Héctor tiró de ella hasta dejarla pegada a él. Sara apretó los labios y se tragó el gemido de desesperación que pugnaba por escapar de su garganta. Se había dado cuenta demasiado tarde de la encerrona de sus compañeros. Estaba a solas con él y no veía la manera de escapar con dignidad.

—No tienes suficiente con acosarme cada vez que actúo, que además tienes que conspirar con mis amigos para atormentarme más todavía —le espetó furiosa empujándole—. ¡Suéltame!

—No —rechazó él haciendo más firme su presa—. Habla conmigo. —Ella negó con la cabeza—. Me vas a escuchar quieras o no —susurró feroz, harto de sus continuos desplantes—. Siento mucho lo que pasó. Lamentó cada palabra que te dije. Odio la manera en que me comporté, pero estaba herido. Me hiciste mucho daño.

—El mismo que tú a mí —siseó mientras luchaba por soltarse. Estaba demasiado cerca de él. Veía el dolor en sus ojos, escuchaba la angustia en su voz, sentía la aflicción que emanaba de cada poro de su piel, y eso estaba acabando con las defensas que tanto le había costado levantar.

—¡Lo siento! —exclamó sujetándola por los hombros, acercándola más a él.

—Yo no. El dolor nos hace fuertes —masculló una de las frases favoritas de su madre en un intento por recuperar la cordura que perdía poco a poco al estar tan cerca de él.

—¿En serio? Porque a mí me está destrozando... y a ti también. ¿No podemos olvidarnos de todo lo que nos dijimos y hablar de cómo nos sentimos? —rogó él con la voz tomada por la impotencia. Nada estaba sucediendo como él había esperado.

—No quiero olvidar —musitó apoyando las palmas de sus manos en el torso masculino para alejarle... pero en vez de empujarle, se aferró con fuerza a su camisa, atrayéndole.

—¿Tampoco perdonar? —susurró alentado por un leve brote de esperanza al ver que ella no le rehuía. La abrazó y hundió la cara en la espesa melena negra hasta que ella echó la cabeza hacia atrás y sus ojos quedaron esclavos de sus miradas.

—No hay nada que perdonar, Héctor. Lo que sucedió pasado está —claudicó, dejándose acunar por sus brazos, por su voz, por su olor.

—Sara, volvamos a intentarlo. Déjame que... —Besó sus sienes, sus párpados, sus pómulos.

—No —susurró aterrada al darse cuenta de que estaba cayendo de nuevo bajo su embrujo—. No estoy dispuesta a volver a cometer el mismo error por tercera vez —afirmó más para sí que para él. Había amado dos veces en su vida, a Geert y a él. Y no pensaba repetir con ninguno de los dos.

—No digas tonterías.

—Por favor, Héctor, para. —Lo empujó, consiguiendo liberarse de sus brazos y comenzó a caminar presurosa hacia las cortinas que ocultaban la escalera de acceso al escenario—. Deja de llamarme, deja de ir a mi casa, deja de perseguirme de hotel en hotel —le exigió con la voz rota por la impotencia de saber que con su sola presencia, Héctor era capaz de hacer que perdiera la razón y olvidara todas las promesas que se había hecho a sí misma.

—No pienso dejar de perseguirte, Sara —afirmó él siguiéndola, enfadado al ver que se le escapaba de nuevo tras haberla tenido otra vez entre sus brazos, presa de sus labios—. Deseas tanto como yo que llegue el fin de semana para poder subirte al escenario y verme en primera fila —la espetó enfurecido por su cabezonería—. Lo primero que haces cuando te pones frente al micrófono es buscarme con la mirada. Deja de hacer el tonto y reconoce que me echas de menos tanto como yo a ti. No sigas mintiéndote a ti misma.

—No me miento —replicó ella a un paso de las cortinas, mirándole con fingida frialdad.

—Sí lo haces. Me quieres y no puedes olvidarme. Atrévete a negarlo —la retó con voz implacable acercándose a ella. Acortando distancias. Decidido a cazarla de nuevo—. Atrévete a quererme —le susurró.

—Por favor, Héctor, déjalo estar —gimió Sara. No le quedaba fuerza ni voluntad para defenderse. No tenía nada más a lo que aferrarse que la pura desesperación.

—Dime que no me quieres y te dejaré tranquila —farfulló él con ferocidad, ignorando su súplica. Estaba a punto de romper sus defensas, lo sentía en lo más profundo de su ser. No iba a permitirle huir de nuevo.

—No merece la pena. Da igual si miento o no. Si te quiero o no. Lo único importante ahora mismo es que no quiero volver a verte nunca más —siseó mirándole con la tenaz serenidad de una reina de hielo acorralada. Sus manos engarfiadas sobre la gruesa tela que la separaba de la protección de su grupo de amigos.

—Estás mintiendo de nuevo —la regañó él esbozando una sonrisa a la vez que se cernía sobre ella dispuesto a reclamar su premio. Un paso más y sería suya de nuevo.

—Y tú estás demasiado seguro de tu victoria. —Se giró antes de que pudiera besarla y bajó con rapidez las escaleras.

—Ya vuelves a huir —exclamó yendo tras ella—. No pensé que fueras tan cobarde.

—No es cobardía, Héctor, es desesperación —afirmó.

Las lágrimas que luchaba por contener escaparon de la prisión de sus párpados al ver a sus amigos esperándola en el reducido espacio tras el escenario.

Elke apretó los puños y fue hacia su amiga nada más verla. Al instante siguiente Alba, Zuper y el resto de *los Spirits* la siguieron.

Sara observó el abanico de sentimientos en los rostros de sus amigos, la furia de Elke, la congoja de Alba, el desconcierto de los chicos. Y tomó una decisión. No era una mujer débil, y no se mostraría como tal. Ni ante ellos ni ante él.

—Sara —la llamó Héctor desde el pie de las escaleras—. No te escondas tras ellos. Sé valiente y acaba lo que hemos empezado —la desafió, consciente de que se le acababa el tiempo.

—Serás cabronazo —siseó Elke dirigiéndose hacia él.

—No, Elke. Puedo solucionarlo yo sola —susurró Sara limpiándose las lágrimas con el dorso de la mano antes de darse la vuelta y enfrentarse a él—. Se acabó, Héctor, no pienso discutir más.

—Por supuesto que vamos a discutir más.

—No, no lo haréis —le advirtió Eberhard colocándose junto a Sara, sus hermanos lo imitaron, creando una muralla de rostros amenazantes alrededor de ella.

—Ya te estás escondiendo de nuevo tras tus perros guardianes —masculló Héctor negando con la cabeza. La había tenido al alcance de su mano. Y volvía a perderla por culpa de la irracional y estúpida protección de sus amigos.

—No quiero volverte a ver nunca más —reiteró ella ignorando su pulla.

—Pues no pienso complacerte, nena. Tenemos una cita en el ayuntamiento el jueves y no pienso faltar —sentenció furioso antes de dar media vuelta y saltar del escenario.

1 de enero de 2011

—¿Qué pasó ese jueves? —preguntó Darío al ver que su hermano se quedaba callado mirando al suelo. Este negó con la cabeza—. Héctor, dime que pasó —susurró posando una mano sobre el hombro del pequeño de la familia, consciente de que la herida era más reciente de lo que había imaginado. Solo habían pasado dos días.

—No sucedió nada —dijo Héctor sin levantar la mirada—. Entró en la sala con la dignidad de una reina y la testarudez de una mula, me advirtió que si intentaba cerrar la puerta gritaría hasta que alguien acudiera en su ayuda y que eso no quedaría muy bien en mi currículum. Luego se sentó frente a la mesa, sacó sus carpetas y encendió el ordenador. No volvió a mirarme ni a hablarme —gimió ocultando la cara entre sus manos—. No te puedes ni imaginar cómo me sentí, Da. Quería matarla y besarla. Quería romper cada una de las cosas que había en la sala para exorcizar mi rabia y, a la vez, darme de cabezazos contra la pared por ser tan tonto de no saber encontrar la manera de recuperarla. Quería tumbarla sobre la mesa y hacerle el amor hasta que entrara en razón, y al instante siguiente tenía que resistirme al impulso de arrodillarme a sus pies como un perrito faldero y suplicarle que me perdonara y volviera conmigo. Me volví loco, Da. No sabía qué hacer, qué decir, cómo actuar —murmuró bajando las manos y elevando la mirada al techo.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Ariel asustada al ver las emociones que recorrían los hermosos rasgos de su cuñado.

—Nada. No hice nada. Me acobardé al pensar que podía cumplir su amenaza y

gritar —resopló furioso—. Me enfadé tanto con ella, conmigo, con el mundo en general, que me di media vuelta y salí de allí sin decir ni una palabra. —Negó con la cabeza, irritado al recordar su huida—. Había acudido al ayuntamiento dispuesto a hacer cualquier cosa para recuperarla. ¡Cualquier cosa, Da! Y ella me lo pagaba amenazándome. Me sentí imbécil, humillado, y decidí que no merecía la pena seguir perdiendo el tiempo por culpa de una mujer que no me quería.

—¿Has vuelto a verla? —le preguntó Ariel, aunque sabía cuál era la respuesta.

—No. Pasé el resto del jueves con Fermín, visitando una finca que había pensado comprar. Pero ya da lo mismo —murmuró negando con la cabeza—. El viernes acabé pronto de trabajar, cogí el coche y me vine a Madrid con una sola idea en mente.

—Que supongo que no era hablar con tus hermanos —masculló Darío atando cabos.

—No. No quería hablar con vosotros. Quería morirme de celos y envidia viéndoos con vuestras familias, quería tocar fondo de una maldita vez, ahogarme en la rabia y el resentimiento. Y cuando pensé que lo había conseguido, me marché de casa con la única intención de follar durante toda la noche con todas las mujeres que pudiera. Era la única manera que se me ocurría de olvidarla. Y lo único que he conseguido ha sido sentir asco de mí mismo. Estoy muerto sin ella —musitó enterrando de nuevo la cara entre las manos—. ¿Qué voy a hacer, Da? ¿Cómo puedo recuperarla?

—Tranquilo, Héctor. Seguro que se nos ocurrirá alguna manera —aseveró su hermano abrazándolo.

La voz del corazón. Pálpito.

Sábado, 1 de enero de 2011

Ruth sacó las llaves del bolso, impaciente por entrar en el piso familiar y comprobar que su hermano pequeño estuviera bien. Apenas podía contener las ansias de abrazarle y besarle. De consolarle. Había hablado con su cuñada a media tarde y esta le había pedido que esperara hasta la hora de cenar para ir a verlo. Tras un año de silencio, Héctor por fin se estaba abriendo a Darío, y Ariel tenía miedo de que la aparición de toda la familia le hiciera volver a cerrarse en sí mismo. Y Ruth lo entendía, no era fácil desnudar el corazón en presencia de dos hermanos, dos cuñados, una sobrina, un padre, y su propia suegra con problemas de personalidad. Pero ya no podía esperar más.

Insertó la llave en la cerradura, abrió la puerta y nada más traspasar el umbral, se quedó inmóvil.

—Tranquila, cariño —susurró Marcos, su marido, abrazándola cuando ambos vieron la escena que se desarrollaba en el salón—. Ariel ha dicho que está bien, no te pongas nerviosa.

—Estoy tranquila —mintió.

Su hermano pequeño lloraba abrazado a Darío ante la mirada angustiada de Ariel. No. Héctor no estaba bien. Y ella quería saber por qué.

—¡Tío Héctor! ¿Estás llorando? —gritó asustada Iris, su sobrina de ocho años, corriendo hacia el lugar en el que Darío abrazaba a su hermano—. ¡No puedes llorar! Los repes dicen que los hombres no lloran, y tú eres un hombre —exclamó con los ojos muy abiertos. Los repes eran sus mejores amigos, unos gemelos de su edad.

Héctor se limpió las lágrimas con el dorso de la mano y miró a su sobrina sin saber bien qué decir. Siempre era complicado explicar ciertas cosas a los niños... y en el caso de Iris, más que complicado era desalentador. Jamás se le acababan las preguntas. Inspiró profundamente para darse tiempo a inventar una excusa... y lo vio. Su hermana estaba en la puerta del salón mirándole con lástima; junto a ella, abrazándola, se hallaba su cuñado observándole preocupado, y, tras ellos, Luisa, la madre de Marcos, y Ricardo, su propio padre, le miraban aturridos.

—Tío, no llores —le susurró en voz demasiado alta la pequeña—. ¡Los hombres no lloran, lo sabe todo el mundo mundial!

—No pasa nada, Iris, es que me he hecho daño —mintió besándola en el frente.

—¿Cómo te has hecho daño?

—Me di con la pata de la mesa —improvisó. Y antes de que la niña pudiera continuar preguntando, se apresuró a extender su explicación—. Me golpeé en el dedo gordo del pie. Por eso me duele tanto y se me saltan las lágrimas.

—Yo me caí el otro día y me hice una brecha enorme en la rodilla —dijo levantándose la pernera del pantalón y enseñándole un pequeño rasguño—. Y no lloré —le recriminó.

—Porque tú eres más valiente que yo. Lo sabe todo el mundo mundial —bromeó revolviéndole el pelo.

—Jo, tío, no hagas eso, que luego mamá se empeña en peinarme y me pega muchos tirones —se quejó.

—Anda, cariño, quítate el abrigo y vete a lavar las manos —le pidió Ruth a su hija. La pequeña frunció el ceño y buscó la mirada de su padre. Marcos se limitó a asentir con la cabeza, dándole a entender que debía obedecer a su madre.

—Jopetas. Los mayores son unos pesados —masculló en voz baja dirigiéndose al baño.

Héctor sonrió sin poder evitarlo. Iris era una fuerza de la naturaleza imposible de parar.

—Héctor. —Ruth se acercó a él, se arrodilló para que sus ojos quedaran a la misma altura y le acarició la cara—. ¿Qué ha pasado?

—Nada —contestó eludiendo la mirada. Tras el aluvión de emociones que le habían embargado instantes atrás no se veía con fuerzas de enfrentarse a su hermana, y menos ante tanta gente.

—Yo no soy Iris, no me creo tus mentiras.

Héctor negó con la cabeza y se levantó obligando a su hermana a hacer lo mismo.

—Ahora no puedo, Ruth, dame tiempo —se excusó abandonando el comedor.

Ruth inspiró con fuerza, miró a su familia, y antes de que nadie pudiera impedirselo, fue tras él. El tiempo, y la paciencia, se le habían agotado.

—Héctor, deja de ignorarme y dime qué te pasa —le exigió con voz de hermana mayor nada más entrar en la habitación y ver que estaba de pie, frente a la ventana, dándole la espalda.

—Es solo mal de amores —suspiró él empañando con su aliento el frío cristal—. Hace un año conocí a una mujer, comenzamos a salir y me enamoré. Hace unos meses discutimos, nos dijimos cosas horribles y la dejé. Me negué a contestar sus llamadas y, empeñado en olvidarla, hice lo imposible por no encontrarme con ella. Hasta que un día volví a verla, y me di cuenta de que la seguía queriendo con locura. Desde entonces he intentado volver con ella, pero ella no quiere saber nada de mí. Se niega a verme, a hablarme, a escucharme... Estoy hecho polvo, Ruth —confesó por fin.

—Anímate, hermanito, eres un muchacho maravilloso con un gran encanto personal, seguro que vuelves a conquistarla. —Héctor negó con la cabeza—. No seas terco, ya verás como sí —le recriminó con cariño acercándose a él para abrazarle—. ¿Por qué no nos has dicho nada hasta ahora? —susurró acariciándole el pelo—. Llevas meses sufriendo y haciéndonos sufrir a nosotros. Somos tu familia, Héctor. Te queremos y nos preocupamos —le hizo saber, obligándole a girarse para darle un

cariñoso beso en la mejilla.

—Me daba miedo decíroslo. Sara es mayor que yo y pensé que no os lo ibais a tomar bien —reconoció sintiéndose liberado después de tanto tiempo ocultándose.

—No pasa nada, cariño —respondió Ruth frotando su nariz contra la de su hermano en un beso de gnomos—. Unos meses más o menos no significan nada.

—Tiene quince años más que yo —reveló él alejándose un paso de su hermana para poder observar su reacción.

—¿Cómo? —Ruth abrió los ojos como platos. Seguro que no había escuchado correctamente.

—Lo que has oído, Ruth. Tiene cuarenta años. Por eso me daba reparo decíroslo —admitió apartándose de ella y apoyándose en el quicio de la ventana. Marcando distancias.

—Estás trastornado, Héctor —susurró Ruth atónita por lo que acababa de escuchar. No podía ser cierto. Su hermano era demasiado joven, demasiado influenciado. No llevaba ni dos años viviendo solo y ya había caído en la trampa más vieja del mundo. La de la mujer madura que atrapa a los incautos jovencitos para aprovecharse de ellos, ¡y encima se creía enamorado!—. Eres un niño, no puedes salir con una mujer de cuarenta años —atinó a decir.

—Ruth, no sigas por ahí —le advirtió con voz severa.

—¿No? Pero... —Ruth se detuvo antes de seguir hablando. Tenía que ser muy cauta con lo que dijera. De nada serviría enfurecerle, porque entonces él volvería a encerrarse en sí mismo y no podría hacer nada para liberarle de la perniciosa influencia de la infame seductora—. ¿Te has parado a pensarlo detenidamente? —murmuró tomando un camino alternativo. Era mejor apelar al sentido común—. ¿Qué futuro te espera con una mujer tan mayor? No podrás formar una familia.

—¡Por supuesto que podré! —exclamó enfadado por escuchar de labios de su hermana la misma excusa en la que Sara siempre se escudaba.

—¿Estás seguro? A su edad es un riesgo tener hijos —intentó hacerle reflexionar—. Vas a hipotecar toda tu vida por una mujer que te saca quince años.

—¡Eso es una estupidez! —estalló él. Sabía que su hermana diría eso. ¡Lo sabía! Por eso no había querido contárselo—. ¿¡Por qué no puedes aceptar que la quiero y que me da lo mismo la edad que tenga!?

—¡Por qué es un despropósito! —le increpó perdiendo la paciencia. Habían pasado todo el año sufriendo por él, angustiados por su manera de comportarse, deseando poder ayudarlo pero incapaces de hacerlo al no saber lo que le ocurría. ¡Y lo que le pasaba era que se había encaprichado de quién no debía!—. No seas niño, Héctor, reflexiona.

—No soy un niño, Ruth —replicó con los puños apretados. Estaba harto de que todos pensaran eso de él.

—Desde luego que eres un niño. Un niño mimado y egocéntrico que nos ha tenido en un sin vivir durante un año, que ha roto todas las promesas que nos hizo,

que se ha olvidado de su familia por culpa de... de una lagarta de cuarenta años que le tiene sorbido el... sexo —le reprochó incapaz de contenerse un instante más.

—¡Sara no es una lagarta! Retira eso que has dicho, Ruth.

—No. No lo retiro. Es la verdad. Eres un muchacho consentido que se cree enamorado, cuando lo que está es... encaprichado —afirmó sin querer usar la palabra que realmente estaba pensando.

—¡No estoy encaprichado! ¡La quiero! —gritó Héctor.

—No me grites —siseó enfadada—. Y por supuesto que es un capricho, el antojo de un muchacho, y ella lo sabe, por eso no quiere volver contigo. Menos mal que tiene más cabeza que tú.

—¡No es así, Ruth! —exclamó él llevándose las manos a la cabeza. Lo que tanto había temido que pasara estaba sucediendo. Ruth no lo entendía, no lo entendería nunca.

—Por favor, Héctor, no seas chiquillo —le reprendió ella asiéndole las muñecas e instándole a mirarla—. La olvidarás, conocerás a una chica de tu edad, te enamorarás, tendrás hijos y te alegrarás de no haber tirado tu vida por una mujer tan mayor —aseveró ella con rudo cariño. No pensaba dejarle cometer el mayor error de su vida.

—¡No! —rugió Héctor al escuchar la frase que tantas y tantas veces había escuchado en boca de Sara. Se liberó de las manos de su hermana y golpeó la pared con el puño—. No la olvidaré nunca —gritó con toda la fuerza de sus pulmones—. Eres igual de estúpida que ella —la acusó—. Estáis tan seguras de que solo estoy encoñado, tan seguras de que la abandonaré por una chica de mi edad que sea mona y se abra de piernas, que no me dais siquiera la oportunidad de demostrar lo mucho que la quiero, lo en serio que voy, lo decidido que estoy a pasar el resto de mi vida amándola. Estáis tan empeñadas en que solo soy un niño que no sabe lo que quiere, que no me dais la opción de ser un hombre —gritó sin saber bien a quien estaba hablando, si a su hermana o a Sara—. Pues estáis muy equivocadas. ¡Qué os follen a las dos!

Ruth le abofeteó.

—No te consiento que me hables así.

Héctor la miró atónito, dio un paso atrás, luego otro, se giró y salió de la habitación como alma que lleva el diablo. Se detuvo un instante en el pasillo al ver que su padre salía de su cuarto alarmado por los gritos. Respiró profundamente y se dirigió al comedor; su hermano y el resto de su familia estaba allí, esperándole...

—¿Qué ha pasado? —preguntó Darío preocupado por los gritos que había escuchado.

Héctor negó con la cabeza, incapaz de hablar. Necesitaba estar solo. Alejarse de todos. Miró a su alrededor desesperado. La casa estaba llena de gente, no tenía ningún sitio al que escapar. Su mirada se detuvo en la puerta de la terraza. Dio un fuerte empujón a su hermano para quitarlo de en medio y corrió hasta allí. Salió a la fría oscuridad de la noche cerrando la puerta tras él, y apoyándose en la barandilla

rompió a llorar.

—¿Qué ha pasado, Ruth? ¿Qué le has dicho? —interrogó Darío a su hermana.

—Ahora no, Da. Tengo que hablar con Héctor —se excusó Ruth intentando esquivarle.

—Déjale tranquilo. Necesita desahogarse sin público —dijo Ariel interponiéndose en el camino de Ruth.

—Pero ¿sabéis lo que me ha dicho? Afirma estar enamorado de una mujer quince años mayor que él que para más inri no le hace ni caso. No podemos permitir que siga haciendo el ridículo —aseveró dirigiéndose de nuevo a la terraza.

—Ruth, escúchame —la detuvo Darío.

—Ahora no tengo tiempo, Da, tengo que hablar con Héctor.

—Ahora, Ruth —se enfrentó a ella—. Siéntate y déjame que te lo cuente antes de que le digas algo de lo que puedas arrepentirte. Yo también me enfadé cuando me dijo la edad de Sara, pero ya no. Le entiendo, Ruth, está enamorado, y creo que ella también le quiere. —Y empezó a desgranar la historia que Héctor le había contado.

Mucho tiempo después Ruth miraba a su hermano mediano sin saber qué decir. Había escuchado cada una de sus palabras, pero no podía asimilarlas.

Marcos, su marido, la abrazaba en silencio, menos asombrado por la historia que su mujer. Él sabía lo que era estar locamente enamorado de alguien y que ese alguien no quisiera verte porque habías metido la pata de la manera más espantosa. Y le daba lo mismo la edad. El amor era atemporal.

—Tranquila, cariño. Todo se solucionará. Solo tienes que pensar en tu hermano, en lo mucho que está sufriendo...

—Pero...

—Y cuando nos presente a su chica, cuando la conozcas de verdad, si ves que no te gusta, o que no es de fiar, díselo a Ariel, y ella se encargará de sacarle los ojos —le soltó Marcos con la intención de hacerla sonreír.

—Desde luego que lo haré, Ruth. Si Sara no es como Héctor piensa, me ocuparé del problema personalmente —afirmó la pelirroja con mirada fiera y totalmente en serio.

Darío se tapó la cara con las manos y negó con la cabeza. ¿Cómo se le ocurría al imbécil de su cuñado darle ideas a su sirenita? ¿Acaso no la conocía?

—Pero —continuó hablando Ariel— no creo que vaya a ser necesario. Estoy segura de que Héctor ha elegido a la mujer perfecta para él —aseveró con fe inamovible.

Todos permanecieron en silencio ante su tono asertivo, al menos hasta que Iris entró en el comedor dando saltos y brincos en dirección a la terraza.

—¿Dónde vas, mocosa? —La detuvo su padre alzándola en el aire.

—Voy a ver a tío Héctor, aún no ha jugado conmigo.

—Déjale tranquilo, Iris. El tío no está para juegos. Anda, vete a ver si Livia sigue dormida —le indicó para darle algo que hacer y que no estuviera rondando por el

salón.

Héctor llevaba más de una hora en la terraza, vestido solo con los vaqueros y una camisa. Tenía que estar muerto de frío pero ninguno de ellos se había atrevido a salir y hablar con él. Intuían que quería estar solo.

—¡Jo! El abuelo puede estar con el tío y yo no. ¡No es justo! —Se enrabietó la niña.

—¿El abuelo...?

Todos giraron la cabeza hacia la terraza y vieron como Ricardo cerraba la puerta corredera tras salir al exterior.

—¡Miércoles! —musitó Darío levantándose.

—Déjales solos, Da. Una charla con papá Ricardo es justo lo que Héctor necesita —le detuvo Ariel.

—¿Qué te pasa hijo? ¿Por qué estás aquí fuera con el frío que hace?

—Papá, entra en casa —le despidió Héctor sin molestarse en dirigirle la mirada.

—Creo que te he enseñado a mirar a tus mayores cuando les hablas.

—Lo siento —murmuró Héctor girándose hacia él mientras rezaba para que no viera sus ojos hinchados ni las lágrimas que manchaban sus mejillas.

—Pero ¿qué te ha pasado, hijo? ¿Por qué estás llorando? —le preguntó Ricardo asustado acercándose a él.

—No me pasa nada. Métete en casa y déjame en paz —respondió Héctor cortante. Estaba harto de dar explicaciones a todos.

—¿Esa es la educación que yo te he dado? —exclamó el anciano furioso. Y muy preocupado. Su díscolo y encantador hijo menor estaba triste, y no le quería decir por qué.

—Lo siento —reiteró Héctor enfurruñado—. No me apetece hablar, por favor, hazme caso y ve dentro, hace demasiado frío para ti aquí fuera.

—¿Me estás echando de mi propia terraza? —le preguntó con suavidad comenzando a cansarse de las tonterías del muchacho.

—No.

—Bien. —Ricardo se apoyó en la barandilla junto a su hijo—. Hace frío para ser verano.

—Sí —se limitó a contestar Héctor. Su padre vivía un verano perpetuo desde que la enfermedad le arrebató la capacidad de crear recuerdos. No serviría de nada decirle que estaban en Navidad porque lo olvidaría al instante siguiente.

—¿Me estás dando la razón como a los tontos?

—Más o menos —masculló Héctor esbozando una tímida sonrisa. Ricardo bufó y pasó su envejecida mano por el cabello rubio del muchacho, revolviéndoselo.

—¿Por qué estamos aquí fuera? Hace un frío que pela —comentó el anciano unos minutos después.

—Deberías entrar en casa, papá.

—Ten un poco de educación y mírame cuando me hablas —le reprendió.

Héctor puso los ojos en blanco y giró la cabeza para mirarle. Su padre dio un respingo y se apresuró a ponerle ambas manos sobre los hombros.

—¿Qué te ha pasado, hijo? ¿Por qué tienes los ojos como si hubieras llorado? —preguntó preocupado. La escena anterior había sido borrada por completo de su mente.

—Joder.

—No te permito que digas palabrotas en mi presencia.

—Cojonudo. ¿También tú me vas a echar la bronca?

—¡Héctor!

—¡Qué!

—¿Quién te ha echado la bronca?

Héctor parpadeó ante el brusco cambio de tema y negó con la cabeza.

—Ruth, Darío, Ariel...

—¿Por qué te la han echado?

—Porque... ¿De verdad quieres saberlo? —Su padre asintió con la cabeza—. Está bien, veamos si esta vez te lo tomas igual de bien que la primera —dijo para sí recordando que hacía unos meses le había contado parte de la historia—. Me he enamorado de una mujer, he estado saliendo con ella durante un año, sin decírselo a la familia, y hace tres meses discutimos y ella ya no quiere saber nada de mí.

—¿Por qué no nos lo dijiste?

—Porque es mayor que yo, y me daba miedo que os sentara mal y os enfadarais conmigo —respondió Héctor usando frases cortas para que su padre no perdiera el hilo de la conversación.

—¿Quién es mayor que tú?

—La mujer de la que estoy enamorado.

—¿Cuánto mayor?

—Quince años. La mujer a la que quiero tiene cuarenta años. ¿Qué te parece?

—Es cuestión de perspectiva —musitó el anciano, pensativo—. Si fuera mi novia, diría que es muy joven para mí. Pero como es la tuya, diré que me parece un poco madurita para ti. Pero claro, yo no me voy a casar con ella, así que tampoco importa mucho mi opinión.

Guardaron silencio unos instantes.

—¿Por qué estamos aquí fuera, Héctor? —volvió a preguntar su padre al haberse olvidado de nuevo del motivo que los mantenía en la terraza.

—Porque estoy hecho polvo y no quiero que mis hermanos me vean llorar —confesó. Al fin y al cabo en menos de un minuto su padre lo olvidaría.

—¿Por qué estás hecho polvo?

—Porque he discutido con mi novia y ahora no quiere saber nada de mí. Y la echo tanto de menos que me duele. Me siento tan perdido que solo quiero encerrarme en un lugar oscuro y silencioso y dejar pasar el tiempo para que se extinga la agonía que me está destrozando el corazón. Quiero romper algo, quiero gritar, quiero...

quiero recuperarla, papá, y no sé cómo hacerlo —murmuró abrazándose a su padre.

Ricardo rodeó con sus delgados y tembloroso brazos a su hijo menor y le acarició la espalda mientras lloraba desconsolado, tal y como hacía cuando era un niño y llegaba a él sollozando tras discutir con sus amigos o sus hermanos. Ah, su pequeño, tan sensible y cariñoso. Tan consentido y travieso. El niño mimado de la casa, el que siempre conseguía cualquier cosa de sus hermanos, sus amigos, y su mismo padre sin hacer ningún esfuerzo, solo usando su encanto y sus pícaras travesuras. Por lo visto le había llegado el momento de luchar con todas sus fuerzas por lo que quería de verdad. Esperaba que estuviera preparado para sufrir.

Se mantuvieron silentes unos minutos, hasta que Héctor avergonzado por su arrebato infantil, se separó de los brazos de su padre y se limpió los ojos con la manga de la camisa.

—¿Por qué lloras, hijo? ¿Qué ha pasado? —le preguntó su padre preocupado, olvidando por enésima vez lo que había pasado.

—Pasa que la mujer a la que amo me ha dejado y no quiere verme. Pasa que estoy desesperado. Pasa que no sé qué hacer para recuperarla. ¡Pasa que me quiero morir! —gritó Héctor golpeando con fuerza la barandilla mientras las lágrimas se derramaban de nuevo por su cara. Estaba harto de tener que contestar una y otra vez a la misma pregunta.

Ricardo abrió mucho los ojos, y acto seguido propinó un fuerte bofetón a su hijo.

Héctor se quedó inmóvil, atónito. Era la primera vez que su padre le pegaba desde que había dejado de ser un chiquillo que se rompía los pantalones al subir a los árboles.

—¡No eduqué a mis hijos para que lloraran y se rindieran ante la menor dificultad! —exclamó tomándole la cara con sus manos nudosas y secándole las lágrimas con los pulgares—. No quiero volver a verte llorar como un niño. Eres un hombre, Héctor, y tienes que enfrentarte a tus problemas como tal. ¿Entendido? —Héctor no respondió, estaba demasiado estupefacto como para hacerlo—. ¡Entendido!

—Sí, papá.

—Bien. Entonces, ¿qué vas a hacer? —le preguntó sujetándole por los hombros con fuerza.

Héctor se quedó callado un instante sin saber qué contestar.

—No lo sé —dijo al fin.

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó su padre con afabilidad, sin comprender por qué su hijo le decía eso.

—Papá —susurró Héctor al darse cuenta de qué había vuelto a olvidarlo todo.

—¡Qué es lo que no sabes! —exclamó Ricardo enfadado porque no le respondiera.

—¡No sé cómo recuperar a la mujer a la que amo! —gritó Héctor.

—Oh... Necesitas un plan. Quizá tus hermanos puedan ayudarnos —musitó el anciano. Y sin perder un segundo, abrió la puerta de la terraza y entró al interior de la

casa ante el asombro de todos los allí reunidos, que habían visto atónitos cómo abofeteaba a su hijo menor—. ¡Reunión familiar! —exclamó. Luego se quedó inmóvil al ver a tanta gente en su salón—. Estupendo. Cuantos más seamos más ideas se nos ocurrirán. Ruth, Darío, vuestro hermano necesita vuestra ayuda —afirmó sentándose en el sillón orejero—. Héctor... —Se detuvo confuso. Acababa de convocar una reunión familiar y no sabía el motivo.

—Papá... —susurró Héctor avergonzado.

—Podrías probar con flores y bombones... a las chicas nos gustan esas cosas —comentó Ruth acudiendo en ayuda de la memoria de su padre y dejando estupefactos a Héctor y al resto de la familia.

—Ya lo he intentado, no sirve de nada —atinó a contestar el joven todavía perplejo.

Ruth esbozó una tímida sonrisa y se levantó del sillón para situarse junto a él.

—Bueno... seguro que algo se nos ocurre —afirmó poniéndose de puntillas y dándole un cariñoso beso en la mejilla—. Siento haberme comportado como lo he hecho —susurró en su oído—. He hablado con Da y Ariel, ellos me lo han explicado todo. Entiendo y asumo que estás enamorado. Lamento mis palabras, han sido muy desafortunadas —afirmó arrepentida antes de fruncir el ceño y obsequiarle con toda la verdad. No pensaba mostrarse hipócrita con su hermano pequeño—. No obstante, también te advierto que me reservo mi opinión sobre Sara hasta que pueda conocerla y juzgar por mí misma si de verdad se merece a un hombre tan maravilloso como tú —sentenció mirándole desafiante.

Héctor arqueó una ceja, esbozó una enorme sonrisa, y, antes de que Ruth pudiera intuir lo que pretendía, la tomó en brazos y comenzó a girar sobre sus pies a la vez que una feliz carcajada abandonaba sus labios.

—¿Te he dicho alguna vez lo mucho que te quiero, hermanita? —le dijo abrazándola con fuerza.

—No tantas como merezco —le recriminó medio en broma, medio en serio—. Me estoy mareando.

Héctor la dejó de nuevo en el suelo, pero no la soltó hasta que comprobó que las rodillas la sostenían. Luego pegó su frente a la de ella y mientras le acariciaba la cara susurró:

—Perdóname por todas las burradas que te he dicho antes. Soy un imbécil.

—Es un vicio común en los enamorados, todos nos comportamos como si fuéramos tontos. Aunque quizás lo seamos —le disculpó ella sonriendo.

—Sara te va a encantar. Estoy seguro, en cuanto la conozcas te darás cuenta de que he acertado de pleno —afirmó él sin olvidarse de la advertencia de su hermana.

—Eso espero, Héctor, porque si no, ya he quedado con Ariel en que ella se ocupará personalmente del tema.

—Uf, miedo me dais —exclamó fingiéndose asustado.

—Tío —le llamó Iris tirándole de los pantalones—. ¿Ya no necesitas estar solo?

—le preguntó muy seria. Él negó con la cabeza—. Está bien, pues es mi turno. Dame vueltas como a mamá. Muchas más vueltas, ¡eh! Que yo no me mareo fácilmente —afirmó.

Y Héctor lo hizo, tomó a su sobrina por las axilas, la elevó hasta que casi tocó el techo con las manos y comenzó a girar. Pocas vueltas después, la volvió a dejar en el suelo, alertado por la palidez vercosa de su rostro. Todos prorrumpieron en carcajadas, todos menos su cuñado, que sentado en el sillón fruncía el ceño pensativo.

—Estoy pensando que quizás puedas acorralarla en el lugar donde trabaja y hacerla entrar en razón. A mí me dio resultado —comentó Marcos mirando a Héctor—. Cuando las chicas están rodeadas de gente que puede oírlas gritar, suelen ser más razonables y silenciosas que cuando están solas —apuntó guiñándole un ojo a su mujer. Él mismo había usado esa técnica al principio de su relación con Ruth y no le había ido nada mal.

—¡Marcos! No digas tonterías. A ti te dio resultado porque me encerraste en mi despacho, a solas. Si no hubiera sido así, habría salido huyendo.

—Lo ves. Tengo razón. Enciérrala en el despacho y ve a por todas, Héctor, te lo digo por experiencia.

—No le hagas caso, Héctor. Mi marido es un bocazas. No consiguió nada, salvo hacerme pasar un mal rato —objetó Ruth. No iba a permitir que su hermano usara las mismas tretas que Marcos. Si Sara tenía un poco de genio, podía acabar con un ojo morado.

—¿Un mal rato? Yo diría que fue todo lo contrario —se defendió Marcos burlón, arqueando varias veces las cejas.

—Te voy a matar —siseó Darío con las reservas de paciencia agotadas. Aunque apreciaba a su cuñado, había cosas que por el bien de su salud mental no estaba dispuesto a escuchar.

—No vas a matar a nadie hoy, Da. Y si se diera el caso, ya se ocuparía Ariel —desestimó Ruth dirigiéndole una mirada divertida a su cuñada, que también era su mejor amiga. Ariel sonrió ladina. Marcos palideció. Darío asintió conforme y Héctor soltó una risita involuntaria—. De todas maneras, volviendo al tema que nos ocupa, tu propuesta está fuera de lugar. Héctor no puede acceder al trabajo de Sara.

—De hecho, sí puedo. En estos momentos soy algo así como su jefe —murmuró pensativo. Si fuera capaz de cerrar la maldita puerta de la sala...

—¿Cómo? —preguntaron Ruth y Marcos sorprendidos. Darío se limitó a asentir. Héctor y su padre habían regresado de la terraza antes de que le diera tiempo a explicar la relación laboral que tenía con la mujer.

—Soy el encargado de inspeccionar los ZEPA de la Comunidad Valenciana, y eso incluye Alicante. Y Sara trabaja en el Ayuntamiento de Alicante, en Medio Ambiente. Me reúno con ella de vez en cuando.

—Vaya con el niño, al final va a resultar el más listo de todos —silbó Marcos encantado—. Pues entonces lo tienes fácil, entras en el despacho...

—La sala. Nos reunimos en una sala.

—Está bien. Entras en la sala, cierras la puerta con llave y le haces ver las estrellas —dijo Marcos en tono críptico para que su hija no entendiera a qué se estaba refiriendo.

—No me deja cerrar la puerta.

—¿Por qué? —preguntó su padre en ese momento.

—Porque no quiere que nos quedemos a solas —respondió Héctor desalentado.

—Ah. Estamos hablando de tu jefa —comentó el anciano asintiendo con la cabeza.

—No, papá. Yo soy su jefe. Más o menos —volvió a explicar Héctor con calma.

—Pues entonces ya puede decir misa.

—¿Perdona?

—¡Si tú eres el jefe, tú mandas! —le increpó su padre—. ¿Pero en qué mundo vivimos que los empleados no obedecen a los jefes? Claro, te ve jovencito y piensa que eres un cabeza de chorlito sin personalidad al que puede mangonear. No lo permitas, hijo. No te he educado para que te dejes avasallar por nadie —afirmó furioso—. Demuéstrale que eres un hombre hecho y derecho y que no vas a permitir que nadie se ría de ti. Sé amable pero rotundo. No te muestres débil, pero tampoco seas cruel. No amenazas ni te enfurezcas, quien grita pierde la razón —recitó una de sus frases favoritas—. Límitate a exponer tus decisiones y tus empleados tendrán que acatarlas. Eres el jefe. No les queda otra.

Héctor parpadeó atónito ante el discurso exaltado de su padre. El anciano no tenía ni idea de lo que estaban hablando, pero tenía toda la puñetera razón. Desde que había discutido con Sara se había comportado como un adolescente bipolar, unas veces dócil y sumiso, otras cruel y burlón. Había ignorado sus llamadas durante semanas, había pasado meses esquivándola para luego perseguirla implacable hasta conseguir hablar con ella a solas, y entonces había suplicado su perdón para al instante siguiente, al verse rechazado, mostrarse amenazador y despiadado. Y él no era así. No era un desquiciado que cambiaba de opinión y de modo de actuar a cada segundo, aunque eso fuera exactamente lo que llevaba haciendo desde hacía ya casi cuatro meses. No. Si quería recuperar a su chica iba a tener que dejar de comportarse como un niño desesperado.

—Tienes toda la razón, papá. No voy a hacer más el tonto. Voy a ir a por lo que quiero y voy a hacerlo con cabeza.

—Amén —asintió Ricardo sin saber bien a qué se refería su hijo, pero orgulloso de su actitud decidida—. Y ahora, no creéis que ya es hora de ir a dormir. Estoy muerto de sueño —afirmó bostezando.

—Sí, es hora de dormir. Y de pensar —afirmó Héctor. Se levantó, y tras despedirse de la familia, fue a su cuarto y se tumbó sin molestarse en quitarse la ropa, sumido en sus pensamientos. Lo primero que tenía que hacer era dejar de depender de los demás y demostrarse a sí mismo que no era un niño. Y cuando lo hiciera, se lo

demonstraría a Sara.

Capítulo 23

Dicen que el amor es suficiente,
pero no tengo el valor de hacerle frente.

Tú eres quien me hace llorar,
pero solo tú me puedes consolar.

MALÚ, *Blanco y negro*

Lunes, 3 de enero de 2011

—No sé, parece a punto de caerse a pedazos —comentó Héctor dando un par de puntapiés a las vallas que cercaban la propiedad. Estas temblaron un poco, pero consiguieron sostenerse.

—Los cimientos son firmes —apuntó el dueño de la finca—. Está un poco desangelada, eso no te lo voy a negar, pero con una manita de pintura y un par de arreglos estará como nueva. Y tú eres fuerte y joven, no te costará mucho trabajo sacarla adelante.

—¿Un par de arreglos? Me iría mejor con un viaje a Lourdes para pedir un milagrito —replicó Héctor entrando en la casa.

—Antes o después habrá que cambiar la instalación eléctrica. —Fermín se apresuró a ir tras él—. Tenías una cuñada electricista, ¿no es así? —Héctor asintió—. Si invitas a tu hermano y tu cuñada a pasar unos días este verano, te pueden ayudar a cambiarla, y no te saldría muy caro, al fin y al cabo sois familia.

—Ya, pero no es solo la luz. ¡Es todo! —exclamó Héctor abriendo los brazos y girando sobre sí mismo—. Es muy pequeña, el techo de la habitación tiene goteras, faltan baldosas en el suelo y cristales en las ventanas, el patio parece una selva, los muebles están destrozados.

—Bueno, las goteras se pueden arreglar y las baldosas y los cristales los podemos cambiar nosotros mismos, no es complicado —declaró Fermín observando los marcos de las ventanas—. Es cierto que al patio le hace falta un buen apaño, pero tú no andas escaso de fuerzas. Los muebles los puedes ir comprando poco a poco. Y sí, es pequeña, pero por ahora no te hace falta más.

—Si es necesario, yo mismo os puedo echar una manita —aseveró animoso el dueño de la casa. Héctor lo miró de arriba abajo. Era delgado como un junco y más viejo que Matusalén. En vez de una mano, les echaría un bastón.

—Puede dejarnos un momento, por favor —solicitó. El anciano se retiró con paso renqueante—. ¿Tú comprarías esta casa? —le preguntó a Fermín cuando se quedaron solos.

—Los cimientos son firmes.

—Sí, eso ya lo sé, me lo habéis repetido mil veces. Pero todo lo demás no vale ni

para chatarra. Me va a costar un ojo de la cara dejarla decente —argumentó, con un gesto pesaroso de cabeza.

—Solo si tienes prisa —declaró el anciano agricultor recorriendo el comedor.

—¿Cómo?

—Hay muchas cosas que arreglar, pero todas las puedes hacer tú. No necesitas contratar a nadie para pintar las paredes o arreglar el patio. La instalación eléctrica la podéis poner nueva entre tú y tu cuñada, y seguro que tus hermanos te echarían una mano. Solo es cuestión de tiempo y paciencia. Eres joven y fuerte, y no tienes ninguna prisa. Sería una pena desperdiciar esta oportunidad —aseveró mirándole muy serio.

—¿Oportunidad? Es muy barata, sí, no te lo voy a negar pero...

—Ya sé lo que me vas a decir —le interrumpió el jubilado—. Está en mitad del campo, demasiado lejos de la playa y su apariencia no es muy buena. Pero por otro lado, no está muy alejada del pueblo, tiene instalación de agua y luz, los cimientos son fuertes, la parcela es grande y la casa puede arreglarse con poco dinero y mucho trabajo.

—Podría reformarla poco a poco. Además, seguro que en cuanto la limpie un poco tiene otro aspecto —murmuró Héctor dejando vagar la mirada por la estancia—. Tampoco necesito mucho para vivir: una cama, una mesa, un par de sillas... —comentó para sí mientras recorría la casa—. El terreno es estupendo, los niños podrían jugar al aire libre sin problemas, incluso podría hacerles una piscina pequeña y una casita de madera con un tobogán —dijo señalando una zona a través de los inexistentes cristales de la ventana—. Y puedo añadir las habitaciones según las vaya necesitando, hay terreno suficiente para ello. Pero aun así está fuera de mis posibilidades, ningún banco se arriesgará a concederme un préstamo.

—Siempre puedes alquilarla con derecho a compra —señaló Fermín—. Piénsatelo bien. Hace años que Augusto quiere deshacerse de este terreno y no hay modo de que nadie se lo compre. Si sabes regatear, se lo puedes sacar por cuatro perras.

Horas más tarde, tumbado en la cama de su habitación en la casa de Fermín, seguía pensando en la propiedad medio en ruinas. Su amigo había regateado como solo Ariel sabía hacer y había conseguido un precio increíble. Y él quería esa casa. La deseaba más allá de toda duda. No era muy grande, apenas cincuenta metros cuadrados edificadas en una parcela de menos de setecientos, pero era la casa de sus sueños. O lo sería cuando la arreglara. Si conseguía arreglarla, claro. Y para eso primero tendría que comprarla, no iba a dejarse la piel y el dinero en reformar una propiedad alquilada. Pero no tenía dinero. Bueno, algo sí tenía. Era lo único positivo que había sacado de los meses que había estado sin Sara: ahorrar. Sacudió la cabeza. Era increíble la cantidad de dinero que se podía economizar al no salir de fiesta por las noches ni tener que pagar el alquiler de una habitación. Amén de que las dietas por desplazamientos ayudaban mucho a aumentar la nómina. Pero aun así ese empleo

no le duraría mucho más, aunque si hacía caso a los rumores, era más que probable que le destinaran a otro puesto cuando terminara la suplencia. Sonrió apoyando la cabeza en las manos. Estaban muy satisfechos con la manera en que desempeñaba su trabajo y se sentía orgulloso de ello. Frunció el ceño, pensativo. Pero aun así, no podía embarcarse en una empresa tan complicada y de larga duración como la compra de una casa, por muy barata que fuera o por mucho que la deseara. Tenía que pensar con la cabeza y con su paupérrima cuenta bancaria, no solo con el corazón.

Se levantó de la cama, tomó la calculadora, un par de bolígrafos de distintos colores y varios folios y se dirigió al comedor.

—¿No crees que es un poco tarde para estar echando cuentas? —le preguntó Fermín bien entrada la madrugada, cuando se levantó a por un vaso de leche—. Mañana te va a costar Dios y ayuda levantarte.

—Creo que sé cómo conseguir el dinero que me hace falta —respondió Héctor rodeando una cifra varias veces con un bolígrafo rojo.

—Así que es eso lo que no te deja dormir. —El anciano sirvió un par de vasos de leche, los llevó a la mesa y se sentó junto al joven.

—Mi hermana Ruth tiene un buen trabajo y está fija. El banco no le negará un crédito. —Héctor le señaló unas cantidades escritas en tinta azul—. Puede pedirlo ella, y yo se lo iré pagando mes a mes. Estoy casi seguro de que me renovarán el contrato, y, si no lo hicieran, siempre puedo buscar cualquier otra cosa. Además, no es tanto dinero. Me lo puedo quitar de encima en diez o doce años. O, si no, puedo aceptar la propuesta de Darío —reconoció, pasándose las manos por el pelo.

—¿Has hablado con tu hermano? —inquirió Fermín sorprendido. No eran horas de estar al teléfono, sino de dormir.

—Sí. Les comenté a Ruth y a Da que había ido a mirar un terreno antes de regresar de Madrid y ellos se interesaron por el tema.

—Ah. Y ¿cuál es la propuesta de tu hermano?

—Quiere comprarme mi parte del piso familiar.

—¿Tu parte?

—Sí, Darío vive con Ariel en la casa de papá, me propuso comprarme mi parte ahora y que utilizara ese dinero para comprar el terreno.

—¿Y tú qué piensas?

—No lo sé. Me parece que sería abusar de mi hermano.

—A mí no me lo parece. Creo que tiene toda la santa razón. Antes o después tu padre faltará y vosotros tendréis que sopesar qué hacéis con el piso. Tanto si lo vendéis a un desconocido, como si se lo queda tu hermano, una tercera parte te corresponde a ti. Bien puedes vendérselo ahora que es cuando te hace falta el dinero.

—Pero no me lo puede vender. En realidad no es suyo, es de papá.

—Tonterías. Él te da el dinero y tú firmas ante notario tu renuncia a la casa, y ya está. Os ahorráis papeleo e impuestos. Mejor imposible.

Héctor negó aturdido. Tenía demasiadas cosas en la cabeza.

—Anda, vete a la cama y consúltalo con la almohada. Mañana tendrás las ideas más claras.

Viernes, 21 de enero de 2011

«Tienes que tener paciencia, Héctor. No te dejes llevar por el mal genio. Sé amable y cariñoso, trátala como a una princesa», le había dicho su hermano por teléfono el día anterior cuando le contó su plan. Acto seguido le había llamado su cuñado. Estaba claro que las noticias volaban rápidas en Madrid.

«Bien hecho, Héctor, la has tenido un mes sufriendo porque no has dado señales de vida. Ahora es tu oportunidad, no la cagues. Entra en esa sala, cierra la puerta y demuéstrole lo mucho que la has echado de menos y lo bien que se lo puede pasar con... ¡Ay! Ruth, no hagas eso, duele», había dicho Marcos antes de que su hermana lo interrumpiera y le diera sus propios consejos. «No hagas ni caso a mi marido y escúchame con atención. Pórtate como un caballero. Dialoga. Expón tus motivos sin perder la calma. Sé razonable».

«Ponte de rodillas, deja que te dé unos azotes en el culo y pide perdón», había sido el consejo de Zuper cuando tomaron un café la noche anterior. Héctor no sabía si su amigo había dicho lo de los azotes metafóricamente o en serio. Y a la vista de su sonrisa soñadora y su mirada encendida, mucho se temía que era la segunda opción. ¿En qué clase de extraños juegos andaría metido con Alba y Elke?

Y ahí estaba ahora. Frente al edificio que albergaba la Concejalía de Medio Ambiente. Nervioso. Aterrado. Excitado... Nervioso ante el incierto resultado de su plan. Aterrado por el enfrentamiento que le esperaba.

Excitado al imaginarse las armas que pensaba usar para convencerla de que le diera una segunda oportunidad. Sacudió la cabeza y se mordió los labios con fuerza. Sería mejor no dar alas a su imaginación o se encontraría con un gran problema difícil de explicar. Inspiró profundamente, comprobó por enésima vez que los pantalones y la camisa negra que vestía estuvieran perfectos y sin arrugas, estiró las solapas de la chaqueta de cuero, se frotó los brillantes zapatos contra las perneras para dejarlos aún más relucientes y, pasándose los dedos por el cabello, entró en el edificio. Subió hasta la cuarta planta por las escaleras, intuyendo que el ligero ejercicio calmaría un poco sus nervios y saludó a la recepcionista con una radiante sonrisa en los labios antes de pedirle que indicara a la señorita García que la estaba esperando en la sala de reuniones. Una vez se hubo asegurado de que Sara recibía el mensaje, entró en la sala con aparente tranquilidad, cerró los estores que cubrían las ventanas y se dispuso a esperarla con todo el talante profesional que fue capaz de fingir.

Sara se personó en la estancia apenas un minuto después. Estaba furiosa. Mucho. Quizá había sido un error no avisarla de la reunión. O tal vez no. La había pillado

desprevenida y eso era exactamente lo que pretendía.

—¿Cómo te atreves a convocar una reunión sin avisarme con anticipación? —siseó en voz baja atravesando el umbral y dejando la puerta abierta.

—Por favor, cierre la puerta, Sara —solicitó Héctor en voz clara y audible para todos aquellos que estuvieran cerca.

—No pienso cerrar la puerta —rechazó ella alerta ante sus modales excesivamente formales.

—He encontrado varias incorrecciones en sus informes —declaró Héctor en un tono más alto que el anterior—. Quiero revisarlos. Le aconsejo que cierre la puerta.

—¿Incorrecciones? Eso es imposible —musitó preocupada.

Ella misma se había encargado personalmente de que todo fuera impecable para no tener que reunirse con él más de lo estrictamente necesario.

—Hay cifras que no coinciden con las que yo manejo —afirmó abandonando su asiento y acercándose hasta la mujer por la que estaba dispuesto a todo.

—No te creo. Hace menos de un mes que los comprobamos y estaban perfectos —replicó Sara dando un paso hacia la derecha para alejarse de él.

—Ya no lo están. Cierra la puerta, no te conviene que piensen que hay fallos en tu trabajo —le advirtió Héctor en voz baja al llegar junto a ella.

—Nunca pensé que pudieras ser tan rastrero —le soltó dándose cuenta de que la advertencia no era más que un chantaje.

—Sara, cierra la puta puerta. No me hagas decírtelo más veces —la amenazó cerniéndose sobre ella, acorralándola contra la pared.

—¡Cerdo! —Se escapó de él y cerró la puerta con un sonoro golpe antes de dirigirse activa a la mesa.

Héctor siguió dejando espacio entre ellos. Dándole la oportunidad de que se recuperase y volviera a sentirse segura y protegida tras el monitor del ordenador.

—Muy bien, vamos a solucionar esto de una vez por todas. Dime qué es lo que no te cuadra —exigió con la mirada fija en los datos que llenaban la pantalla.

—No me cuadra nada —murmuró Héctor tras ella—. No me encaja que tengas miedo de verme, que no quieras quedarte a solas conmigo, que te niegues a hablarme si no es en presencia de alguno de tus amigos. —Aferró la silla en la que estaba sentada y le dio la vuelta, dejándola frente a él, de espaldas al ordenador—. No me cuadran tus ojeras, tu delgadez, la tristeza que veo en tu mirada. —Colocó las manos sobre la mesa, encerrándola entre sus brazos.

—No estás aquí para hablar de mí, sino de los informes supuestamente incorrectos —le recordó ella intentando escabullirse de la cárcel de su cuerpo.

—Eso lo decidiré yo —refutó afianzando más su presa, impidiéndole escapar.

—Déjame tranquila.

—No.

—No me hagas hacer algo que no quiero —le advirtió.

—Como por ejemplo...

—Gritaré.

—Adelante. Hazlo. Grita bien fuerte —la retó. Sara lo miró atónita—. Dame una excusa para que te calle con un beso —la desafió—. Aunque... tampoco es que sea necesario —susurró antes de besarla.

Sara apoyó las manos en el torso masculino, decidida a empujarle y liberarse, pero, al igual que la última vez, sus desobedientes dedos se cerraron en torno a la camisa, acercándolo más a ella. Era tan bueno sentir de nuevo sus besos. Sus labios jugando con los de ella, presionando para luego alejarse mientras su lengua la tentaba una y otra vez, hasta que logró su rendición y penetró en su boca. Recorrió su interior deleitándose por completo en ella. Acarició sus dientes, el cielo del paladar, el interior de las mejillas... hasta que ella no pudo soportarlo más y acudió en su busca con la suya propia, luchando apasionadamente por un mayor contacto, enredándose en una contienda erótica que no dejaba lugar a dudas de lo que ambos deseaban.

Héctor se arrodilló frente a ella sin dejar de besarla, la abrazó por la cintura con una mano y hundió los dedos de la otra en su melena negra. Tiró de ella hasta que resbaló de la silla y acabó sentada a horcajadas sobre su regazo. Deslizó la mano hasta el lugar donde la espalda pierde su nombre y presionó a la vez que elevaba las caderas y, a pesar de las capas de ropa que los separaban, los sexos de ambos temblaron con el súbito roce. Hombre y mujer se estremecieron cuando la pasión, reprimida durante tanto tiempo, se liberó por fin, arrollándoles, incitándoles a moverse uno contra el otro.

Sara tiró de la camisa hasta que algunos botones saltaron y sus manos pudieron alojarse sobre la cálida piel de su amante. Héctor se desplazó hasta que ambos quedaron tumbados sobre la áspera moqueta del suelo y sus cuerpos intentaron acoplarse a pesar de la ropa que había entre ellos. Las piernas de Sara le rodearon la cintura, mientras que él, sin dejar de mover las caderas, buscaba, y encontraba, el final de la falda y comenzaba a subirla por los muslos femeninos... hasta que el ahogado gemido que brotó de la garganta femenina hizo que tomara conciencia de lo que estaban haciendo... y de dónde lo estaban haciendo. Dejó que sus lenguas se entrelazaran durante un instante que hubiera podido ser eterno, y se separó remiso de ella.

—No he venido a esto, Sara. He venido a conversar —afirmó para recordárselo a sí mismo mientras se alejaba de la tentación de sus labios, de sus pechos, de sus piernas... de toda ella.

—No tenemos nada que decirnos —rechazó ella con la respiración agitada. Se levantó del suelo y, colocándose la ropa, caminó presurosa hasta que la mesa se interpuso entre ellos.

—Al contrario. Tenemos mucho de lo que hablar —replicó él saltando sobre la mesa y encarándose a ella—. Estamos hechos el uno para el otro. Nuestros corazones lo saben, nuestros cuerpos lo saben, yo lo sé. Solo hace falta convencer a tu testaruda cabecita de que ya es hora de que volvamos a estar juntos. Y esta vez, para siempre

—afirmó abrazándola de nuevo.

—No. Te equivocas —refutó Sara mirándole asustada. Consciente por completo de que acababa de demostrarle sin lugar a dudas lo débil que era ante sus palabras, sus manos, sus labios...

—¿Estoy equivocado? ¿Segura? Bien. Pues si tú crees que no estamos hechos el uno para el otro, entonces follemos y que nuestros cuerpos decidan quién tiene razón —aseveró bajando la cabeza para volver a besarla.

—¿Te has vuelto loco?! —siseó ella apartándose de él—. Estamos en la concejalía... No pienso follar contigo aquí.

—¿Dónde entonces? —Acompañó su pregunta con sutiles besos en el cuello femenino—. Dime dónde quieres follar conmigo, nena, y te llevaré ahora mismo.

—No... Me has entendido mal —susurró ella echando hacia atrás la cabeza para que él dispusiera de más espacio en el que besarla—. Me refiero a que no voy a follar contigo en general. Da igual el lugar. —Aferró de nuevo el cuello de su camisa, acercándolo más.

—Entonces hablaremos —afirmó Héctor separándose de repente con una sonrisa burlona en los labios.

—Tampoco pienso discutir aquí; no es el lugar ni el momento —objetó a la vez que sacudía la cabeza para liberarse del hechizo en el que había caído.

¡Maldita fuera su estúpida piel por ser adicta a sus labios! Bastaba con que la rozara para que perdiera la razón.

—Estoy de acuerdo. Te estaré esperando en la puerta cuando acabes de trabajar.

—¿Qué? ¡No! No puedo irme contigo. —Caminó hacia atrás hasta que la pared le impidió seguir reculando.

—Claro que puedes, y lo harás. Yo me encargaré de que no te puedas escabullir —afirmó implacable acercándose a ella de nuevo.

—¡No! —Rechazó desesperada. No tendría tiempo de prepararse mentalmente para el enfrentamiento. Necesitaba un lugar seguro—. Ven a buscarme a casa a las cinco.

—¿De verdad me crees tan imbécil, Sara? —apuntó él acorralándola contra la pared—. No voy a entrar en tu juego, no te daré ventaja yendo a tu terreno ni iré a tu casa para acabar peleándome con tu perro guardián.

—Yo no tengo perro —atinó a decir ella.

—Ya lo creo que lo tienes. La lengua de Elke es casi tan afilada como sus colmillos. Deberías vacunarla contra la rabia —declaró mordaz antes de robarle un fiero beso—. A las tres en la puerta de la concejalía. Si no estás preparada a esa hora, entraré a buscarte.

Y sin darle tiempo a reaccionar se dio media vuelta y abrió la puerta de la sala.

—Muchas gracias por atenderme, y disculpe el baile de cifras —comentó al atravesar el umbral—. No sé cómo ha podido pasar. Seguramente los duendes del ordenador han cambiado los datos de mis informes —se despidió Héctor al salir de la

sala. Lo hizo en voz alta, para que quien hubiera cerca pudiera oírle. Lo último que quería era dejar en mal lugar a su chica. Porque si algo tenía claro era que a Sara le quedaban pocas horas de soltería.

—Sí. Estoy segura. Te mantendré informada, no te preocupes —afirmó Sara antes de colgar el teléfono.

A Elke no le había sentado nada bien la llamada. Pero tenía que avisarla para impedir que fuera a buscarla y se encontrara con Héctor. Intuía que ninguno de los dos se comportaría racionalmente, y lo último que necesitaba era una confrontación que expusiera su vida privada frente a la misma puerta de su trabajo. No. Había tomado la mejor decisión. Bajaría, le acompañaría a alguna cafetería cercana en la que hubiera mucha gente y en la que no pudiera convencerla con sus malas artes. Hablarían y, luego, con todo bien cerrado, se despedirían para siempre. No podía ser tan difícil. Y ella no era una cobarde. O bueno, no lo era normalmente, porque tenía que reconocer que últimamente se estaba comportando como una adolescente indecisa y caprichosa que no sabía lo que quería. Miró el reloj de la pared. Apenas faltaban cinco minutos para las tres de la tarde. Apagó el ordenador y se dirigió al aseo, donde se entretuvo unos minutos en peinarse, estirarse la ropa y retocarse el maquillaje. Luego recogió el bolso, se despidió de sus compañeros y bajó a la calle.

Héctor la estaba esperando apoyado en un Peugeot 306 con más años que Matusalén que estaba aparcado en doble fila.

—Estaba a punto de subir a buscarte —comentó yendo hacia ella como el depredador que era. Sara se limitó a enarcar una ceja como respuesta a su amenaza—. ¿Tienes hambre? ¿Quieres que vayamos a algún restaurante a comer?

—No, gracias. —Tenía el estómago tan revuelto por culpa de los nervios, que sentía náuseas con solo pensar en comida—. Preferiría acabar con esto lo antes posible, así que... ¿Qué te parece si vamos a tomar un café a una cafetería que conozco? —Exactamente la misma en la que desayunaba todos los días mientras bromeaba con el camarero. Un lugar seguro.

—Sara, ya te he dicho que no pienso ir a tu terreno —rechazó la propuesta con una diabólica sonrisa en los labios—. Esta vez te toca a ti venir al mío.

La tomó con suavidad del codo y se dirigió al vehículo en el que había estado apoyado. Abrió la puerta del copiloto y la instó a entrar como si fuera el caballero de brillante armadura que no era. Sara se quedó inmóvil frente al coche, remisa a entrar en semejante cacharro.

—Adelante, Cenicienta, súbete a la carroza.

—¿Es tuyo? —Sara lo miró aturullada.

—Sí —respondió orgulloso.

—¿Funciona? —No pudo evitar preguntar.

—¡Claro que sí! —protestó ofendido.

—¿Seguro? —Se sentó renuente en el asiento del copiloto.

—Por supuesto. —Cerró la puerta antes de que ella se lo pensara mejor y se

apresuró a subir. Metió la llave en el contacto y arrancó. A la primera—. No te preocupes, no tiene muy buen aspecto, pero Ariel lo estuvo revisando en Navidades y me ha asegurado que el motor va suave como la seda.

—¿Ariel? ¿Tu cuñada? —Él asintió con la cabeza—. Pero... ella es electricista.

—Y adora los coches. Entiende de motores más que la mayoría de los hombres y más que muchos mecánicos. Deberías fiarte de su palabra. Es un lince en estos temas.

—Me fiaría si la conociera —replicó Sara sin pensar mientras se abrochaba el cinturón. En contra de lo que había pensado, el coche se deslizaba con suavidad por la carretera.

—La conocerás —aseveró Héctor con rotundidad.

—¿A quién? —Sara se giró para mirarle, totalmente desconcertada.

—A Ariel. En cuanto dejemos claras las cosas entre tú y yo te presentaré a toda mi familia. —Sara abrió mucho los ojos ante su afirmación—. Les he hablado de ti, y están deseando conocerte.

—¿No crees que estás sacando las cosas de quicio? —Atinó a decir una vez recuperada de la sorpresa. ¿Había hablado de ella con su familia? ¡¿Por qué?!

—Tenía que haberte llevado a Madrid hace mucho tiempo. Es un error que estoy dispuesto a solucionar lo antes posible.

—No creo que sea necesario que conozca a nadie —replicó aterrada. Había aceptado reunirse con él, bajo amenazas, con la intención de dejar las cosas claras y romper definitivamente. Y en lugar de eso, se acababa de enterar de que ya no era el secreto mejor guardado de Héctor y que además tenía la intención de presentarle a su familia.

¡Ni loca! Seguro que la echaban con cajas destempladas por seducir a su hermanito.

—Sí que es necesario —rechazó Héctor mirándola de reojo—. Si no me hubiera comportado como un cobarde ahora estaríamos juntos. No volverá a pasar —aseveró tomando la N-332.

—¿Dónde vamos? —inquirió Sara de repente consciente de que estaban saliendo de la ciudad.

—A un lugar cerca de Los Montesinos.

—¿Por qué? —susurró estupefacta.

—Quiero que veas algo.

—Pero íbamos a hablar en una cafetería —balbució atónita.

—Y vamos a hablar. —Héctor la miró misterioso.

—Tengo que llamar a Elke —musitó sacando el móvil.

—¿Por qué? —inquirió él repentinamente furioso. ¿Acaso había quedado con su perro guardián para que la rescatara?

—Pensé que nos quedaríamos en Alicante y quedé en llamarla para que me pasara a recoger e irnos juntas. —Marcó el número de Elke y comenzó a hablar con ella—. Ha habido un cambio de planes, vamos a ir a otro sitio. No, no sé exactamente

adónde. —Miró a Héctor en busca de respuesta. Esté aferró con fuerza el volante y se mantuvo silente—. No, no lo sé. Héctor, ¿dónde vamos a estar? Necesita saberlo para que pueda recogerme.

—Dile que no se preocupe, yo te llevaré a casa —declaró él en voz tan alta que la alemana pudo oírlo a través del teléfono. Él también pudo escuchar sus gritos enfadados exigiendo saber exactamente dónde pensaba llevar a su amiga. Sonrió ladino. Ni bajo tortura se lo diría.

—No, no pasa nada, Elke. Estamos pasando Santa Pola —le indicó Sara a su amiga. Héctor frunció el ceño al escucharla.

—Apaga el teléfono —le exigió. Lo último que necesitaba era tener a la peligrosa rubia siguiendo sus pasos.

Sara lo ignoró. Héctor aguantó la conversación diez minutos más, hasta que ella nombró La Marina, lo que confirmó sus sospechas de que Elke pensaba seguirles como el perro guardián que era.

—Apaga el puto teléfono, Sara, o te juro que lo tiro por la ventana —la exhortó decidido a cumplir su amenaza.

—Tengo que colgar, Elke. Sí, estoy bien, no te preocupes —la tranquilizó antes de guardar el móvil en el bolso—. No tienes por qué ser tan borde —le increpó enfadada.

Héctor se limitó a encogerse de hombros y continuar conduciendo. Había conseguido lo que quería, no tenía sentido ponerse a discutir. Todavía.

Sara recostó la espalda contra el respaldo del asiento y dejó que su mirada vagara por el paisaje que se dibujaba tras la ventanilla. La conversación había sido bastante complicada. Elke se empeñaba en ir a buscarla de inmediato y Héctor se negaba a decir el sitio exacto en el que iban a estar. Y mientras ella trasladaba los mensajes del uno al otro, escuchaba a Alba discutiendo con Elke para que no se metiera en la vida de su madre porque ya era mayorcita. Indudablemente su traicionera hija estaba de parte de Héctor.

—No soy un puñetero asesino para que intente perseguirme por todo Alicante dispuesta a protegerte —gruñó Héctor un rato después apretando con fuerza el volante.

—Ya lo sé. Pero tienes que entender que Elke no puede evitar preocuparse —excusó a su amiga. Héctor bufó desdeñoso—. ¿Qué tal te va en el trabajo? —Intentó cambiar de tema.

Héctor la miró de reojo y lanzó un sonoro suspiro antes de contestar.

—Bien, me va francamente bien. La suplencia está a punto de terminar pero ya han hablado conmigo y quieren renovarme el contrato, en principio para seis meses más, en el mismo puesto en el que estoy. La persona a la que sustituyo ha pedido jornada reducida y baja en disponibilidad geográfica, y como a mí no me importa recorrerme toda la Comunidad, han pensado que siga ocupando el puesto. Por ahora. Ya veremos qué pasa dentro de seis meses, pero por lo que sé, si no la cago, tengo el

futuro asegurado.

—Estupendo, Héctor, te lo mereces, has luchado mucho para llegar hasta donde estás.

—Vaya, gracias. —La miró con una enorme sonrisa en los labios—. ¿Y a ti qué tal te va?

—Igual que siempre. Mi vida está demasiado estructurada, es imposible que cambie nada —comentó. Ojalá pillara la indirecta.

—Tonterías. Nada es para siempre. Todo puede cambiar en un solo segundo.

—No lo creo. —Pues sí. La había pillado. Y como siempre le había dado la vuelta—. ¿Cómo es que tienes coche? —Cambió de tema de nuevo.

—Me hacía falta para trabajar. Tengo que viajar a menudo, así que eché cuentas y descubrí que las pensiones, trenes y autobuses me costaban más de lo que me gustaría en gasolina si regresaba a casa a dormir, así que le pedí dinero a mi hermano y me lo compré de segunda mano a mediados de octubre. —Sara asintió con la cabeza—. La verdad es que me salió tirado de precio, es algo antiguo pero no tiene muchos kilómetros y el motor está perfecto. De todas maneras, me pagan dietas cada vez que me desplazo fuera de Alicante, y entre eso y que últimamente no salgo mucho, a finales de año pude devolverle a Da el dinero que me había prestado.

—Yo no te he preguntado nada —murmuró Sara mirándole extrañada.

—Ya lo sé. Pero quería que lo supieras. Siempre pago mis deudas. —O al menos lo hacía desde octubre—. Cuando llegemos a casa te daré el dinero que te debo.

—No digas tonterías. No me debes nada.

—Entonces buscaré a Geert y se lo meteré por el culo —declaró furioso. Solo con pensar en los problemas que le había acarreado ese imbécil le entraban ganas de darle una buena somanta de palos.

—¡Héctor! Ni se te ocurra —le exigió ella, asustada al escuchar el tono airado de su voz.

—¿Por qué? ¿Acaso te molestaría que le diera su merecido? ¿Has vuelto a verle? —preguntó con mirada fiera.

—No, está en Alemania. Y no, no me molestaría que le dieras su merecido, pero no es cuestión de manchar el dinero de mierda —replicó Sara enfadada. Por supuesto que le molestaría, pero cualquiera se lo decía. Seguro que se pondría hecho una fiera si pensaba que estaba protegiendo a su ex. Y de todas maneras, como no había defensa posible para Geert, prefería dejarlo correr y tener la fiesta en paz.

Héctor la miró, asombrado por su respuesta, y estalló en una estentórea carcajada. Sara no pudo evitar sucumbir a la risa. Poco después, ya con el ánimo más relajado, y tras dejar Guardamar a sus espaldas, abandonaron la N-332.

—¿No íbamos a Los Montesinos? —Sara observó con atención la carretera, se habían desviado antes de tiempo.

—No. —Héctor redujo la velocidad al internarse en la carretera comarcal.

—Pero me habías dicho...

—Está cerca, pero no es allí exactamente. —Giró a la derecha para tomar un estrecho camino rural rodeado de huertas.

—¿Vamos a la casa de Fermín? —Pegó la nariz al cristal y observó con atención la carretera, intentando averiguar su destino.

—No. —Héctor detuvo el coche ante una pequeña finca bordeada por vallas oxidadas—. Ya hemos llegado —dijo saliendo del vehículo para luego rodearlo y abrir la puerta del copiloto.

Sara bajó del coche despacio, intrigada por el lugar al que la había llevado. Le vio sacar unas llaves del bolsillo de la chaqueta y abrir, entre crujidos y chirridos, la cancela.

—¿Entras por tu propio pie o prefieres que te lleve en brazos? —le preguntó Héctor solícito. Y no bromeaba. El patio estaba sembrado de charcos que embarraban el terreno, el carrizo salvaje ocupaba gran parte del espacio vacío y algunos árboles estaban tan inclinados que parecían a punto de caerse.

—Me lo estoy pensando —atinó a contestar Sara mirando fijamente el panorama que se presentaba ante ella.

Héctor se echó a reír. Pero no era una risa auténtica, sino nerviosa. Una risa que pretendía ocultar el miedo que le corroía por dentro.

—No está tan mal como parece —afirmó fingiendo una tranquilidad que no sentía.

—¿Seguro?

Sara dio un paso cauteloso hacia la casa, por llamarla de alguna manera. Ubicada en mitad de un patio que más parecía una selva, se levantaba una pequeña edificación de paredes tan blancas que parecían totalmente fuera de lugar en comparación con lo que la rodeaba.

—Vamos, no te lo pienses más —la tomó en brazos y se internó con paso seguro en el salvaje vergel.

—¡Héctor! —exclamó Sara dispuesta a exigirle que la soltara *ipso facto*, pero se lo pensó mejor. No se veía capacitada para atravesar esa jungla calzada con sus zapatos favoritos, que, aunque no tenían mucho tacón, no merecían el desprecio de acabar llenos de barro.

Héctor llegó hasta el porche que daba sombra a la pared delantera de la casa y, tras dejarla con cuidado en el suelo de baldosas levantadas, abrió la puerta e hizo una reverencia burlona indicándole que entrara.

Sara lo hizo, y se detuvo nada más cruzar el umbral. Las paredes del interior estaban recién pintadas, al igual que las del exterior. Aún olía a pintura. Los marcos de aluminio de las ventanas eran demasiado modernos para una casa tan vieja y tan bien iluminada. El sol se colaba a raudales por las ventanas sin cortinas, revelando un espacio cálido y diáfano.

—¿Por qué me has traído aquí? —se atrevió a preguntar observando con atención lo que la rodeaba.

—Quería que vieras mi nueva casa.

—¿Tu nueva casa? —Muy nueva no era, eso por descontado.

—Sí. La he alquilado por seis meses, pero lo más probable es que la compre en verano, cuando me confirmen si voy a seguir trabajando —respondió orgulloso—. ¿Qué te parece?

—Estás loco —susurró adentrándose en el salón.

—No te dejes llevar por falsas apariencias. Los cimientos son firmes, solo necesita unos pequeños arreglos y algunos adornos y será perfecta —afirmó adentrándose en la estancia.

—Grandes arreglos y muchos adornos —le corrigió entre dientes a la vez que lo seguía.

Capítulo 24

Te regalo mi amor te regalo mi vida,
te regalo el sol siempre que me lo pidas.
No somos perfectos solo polos opuestos.
Mientras sea junto a ti siempre lo intentaría.
¿Y qué no daría?
MALÚ, *Blanco y negro*

Lo siguió a través de los escasos metros que componían la casa. Era cuadrada, de una sola planta. Estaba dividida en dos zonas rectangulares de idéntico tamaño. La primera, nada más entrar, era un amplio salón que hacia la veces de comedor, cocina y habitación, o al menos eso intuyó Sara al ver el mobiliario que había allí. Una de las paredes estaba ocupada por un par de armarios bajos sin encimera, una lavadora, una pequeña nevera que había conocido tiempos mejores y una anticuada cocina a gas colocada bajo una enorme ventana. Sobre uno de los muebles había un moderno horno microondas. El otro extremo de la sala estaba ocupado por una cama de matrimonio cubierta por cojines, una mesa de madera con picaduras y desconchones y dos sillas plegables de color negro. No había nada más. Ni siquiera lámparas, observó echando una mirada al techo, donde descubrió un par de bombillas de bajo consumo situadas estratégicamente para iluminar las dos áreas en que se dividía la estancia.

—Faltan algunos muebles —comentó Héctor metiéndose las manos en los bolsillos traseros del pantalón mientras la observaba nervioso.

—Sí, algunos —acertó a decir Sara.

¡Todos! ¡Faltaban todos!

—Déjame que te enseñe el resto, verás cómo te encanta. —La tomó del brazo y echó a andar hacia una puerta que había en mitad de la pared que dividía la casa en dos.

Daba a un pequeño vestíbulo con tres puertas más. Una de ellas se abría a un diminuto cuarto de baño en el que había un plato de ducha, sin cortinas, un lavabo y un inodoro. Las otras dos daban a sendas habitaciones. Una de ellas estaba vacía, en la otra Héctor había colocado una barra de aluminio de pared a pared en la que había colgado toda su ropa ordenada por prendas y colores. En el suelo, en una hilera perfecta, estaba colocado todo su calzado. Y, en una enorme caja de plástico transparente con tapa, estaban guardadas sus camisetas y ropa interior.

—Aún estoy pensando cómo decorarla —comentó él pasándose los dedos por el pelo—. Ofrece muchas posibilidades.

—Claro... seguro, muchas —repitió Sara estupefacta. Por supuesto que ofrecía

muchas posibilidades. De hecho, las ofrecía todas.

—¿Te apetece tomar algo? —le preguntó Héctor dirigiéndose de nuevo al comedor.

—Eh... ¿un vaso de agua? —Esperaba que tuviera vasos, pero a tenor de lo que estaba viendo, comenzaba a dudar.

Héctor fue hasta la nevera, sacó una botella de agua y se la tendió.

«Ay, Señor. Por no tener no tiene ni vasos», pensó Sara aceptándola. Se giró buscando un sitio en el que sentarse, las sillas plegables no le parecían muy seguras, por lo que al final optó por hacerlo en el colchón.

—¿Por qué tienes la cama en el comedor? —le preguntó antes de poder contenerse.

—Hasta que ahorre para comprar más muebles la utilizo también como sofá. —Se sentó junto a ella y la observó. Su gesto asombrado lo decía todo—. La casa no parece gran cosa, pero quedará preciosa en cuanto la arregle un poco —explicó herido en su orgullo.

—Sí... seguro. Tiene muchas posibilidades —repitió ella lo que él había dicho antes.

—Igual que nosotros —aseveró Héctor quitándole la botella de la mano para dejarla en el suelo.

—¿Qué? —Lo miró sorprendida por el cambio de tema.

—Quiero que volvamos a estar juntos —afirmó rotundo abalanzándose sobre ella. Esa misma mañana había descubierto que era vulnerable a sus caricias y pensaba aprovecharse de ello.

—Estamos mucho mejor separados —rechazó Sara levantándose. Era demasiado peligroso permanecer tan cerca de él—. No tengo edad ni ganas de complicarme la vida otra vez.

—No digas tonterías. —Se puso en pie enfrentándose a ella.

—No son tonterías. En estos tres meses me ha dado tiempo de recapacitar sobre adónde nos dirigíamos en nuestra relación, y, sinceramente, no me interesa. Estoy cansada de vivir intentando cumplir tus expectativas.

—¿Mis expectativas? —La miró estupefacto sin saber a qué se refería.

—Estoy cansada de luchar para estar siempre perfectamente vestida, peinada y maquillada, intentando aparentar una edad que no tengo. Estoy harta de hacer cosas que no me apetezen.

—¡Yo nunca te he pedido nada! —explotó furioso. ¡Hasta ahí podían llegar!

—Por supuesto que no, pero se da por sentado. Eres joven y guapo, lo normal es que la chica con la que salgas esté a tu altura. Reconócelo, tenemos objetivos y necesidades muy distintos —declaró muy seria.

—¿Por ejemplo? —preguntó él cruzándose de brazos.

—Durante el tiempo que estuvimos juntos no paramos un segundo, siempre estábamos de fiesta en fiesta, acostándonos a las tantas de la madrugada. Era

agotador. Ya no tengo edad para tanta juerga. Prefiero mil veces pasar el fin de semana tranquila en casa, leyendo un buen libro, viendo la tele o disfrutando de una buena barbacoa.

—A mí tampoco me gustaba ese ritmo de vida, pero al principio era la única manera de estar contigo, y después no me atreví a sugerirte hacer otra cosa porque pensaba que tú no querrías. De hecho, te recuerdo que la única vez que me quise quedar en casa, tú me dejaste tirado para ir a un ensayo —apuntó a la defensiva.

—¿Vamos a discutir también sobre eso? —le preguntó mordaz apoyando las manos en las caderas.

—No, solo te lo he recordado porque quiero que te des cuenta de que somos más parecidos de lo que crees —alegó él—. A mí tampoco me gusta estar todos los días de fiesta en fiesta, pero pensé que era lo que tú querías y acepté. —Sara arqueó una ceja, incrédula—. Desde que lo dejamos no he vuelto a salir por ahí, a mí también me gusta estar en casa, contigo, hablando, leyendo...

—Oh, por favor, Héctor, no seas mentiroso —explotó—. Solo te quedabas en casa cuando teníamos sesión de sexo —desestimó ella.

—Bueno, no te voy a negar que eso también me gusta. Y me parece que no era el único que disfrutaba haciendo el amor —susurró envolviéndola entre sus brazos.

—Por supuesto que disfrutaba, pero no puedes basar una relación en el sexo.

—Ni quiero. Siempre he pensado que teníamos algo más que sexo.

—No podemos tener nada más que sexo —se contradijo a sí misma.

—¿Por qué no? Yo quiero pasar el resto de mi vida contigo, escuchar tus canciones, pasear por la playa al anochecer, hacerte el amor en la hamaca toda la noche y que el sol nos despierte al amanecer. Quiero estar a tu lado siempre, ver cómo envejeces...

—Para eso no tendrás que esperar mucho —murmuró apartándose de él.

Héctor se maldijo en silencio por esa última frase. No podía haber metido más la pata... o tal vez no. Ya estaba harto de que la edad de ambos fuera un tema tabú.

—Bueno, yo también envejeceré, no veo problema en que lo hagamos juntos. —Posó las manos en los hombros de ella y le acarició los pómulos con los pulgares.

—Oh, vamos, Héctor. No es razonable que un muchacho de veinticinco años y una mujer de cuarenta salgan juntos. No tenemos futuro. —Sacudió la cabeza, rechazando sus caricias.

—Claro que lo tenemos.

—No. Tú eres muy joven, ahora no lo piensas, pero antes o después querrás tener hijos.

—Ya quiero tenerlos. Contigo —se apresuró a afirmar antes de que ella dijera que conocería a una chica más joven... porque si lo hacía, explotaría.

—Eso es imposible.

—Ya, eres demasiado mayor bla, bla, bla. No empieces, Sara, me sé de memoria el cuento. Y no me lo trago —sentenció con una sonrisa burlona en los labios.

—¡Pues trágatelo! —replicó ella furiosa. No iba a permitir que se burlara de eso.

—¡No! Hay mucho más de lo que me cuentas.

—No digas tonterías.

—Te escuché discutir con el cabronazo de tu ex, ¿no lo recuerdas? Hablasteis de los niños, y no parecías muy contenta con tener solo a Alba.

—Eso a ti no te importa —replicó furiosa.

—Claro que me importa. Todo lo que te haga sufrir, me importa. Y más si tiene que ver con niños.

—No quiero discutir sobre eso —afirmó cogiendo su bolso del suelo y dirigiéndose a la puerta—. De hecho, no quiero discutir sobre nada contigo. Es inútil, eres demasiado joven para entenderme.

—Claro, por supuesto. Soy muy joven, no tengo cabeza, no pienso las cosas... Pues te equivocas, Sara. No sabes hasta qué punto —replicó enfadado asiéndola del brazo para impedir que se marchara.

—No me equivoco, Héctor. Eres demasiado joven, ya madurarás.

—Y ese es el problema, verdad. Temes que me haga mayor. Porque entonces no te serviré para nada —atacó Héctor con lo primero que se le ocurrió. Si ella podía usar su edad como excusa para separarlos, él también podía hacerlo, eso sí, dándole la vuelta a la tortilla.

—¿Qué? ¿De qué narices estás hablando ahora? —Dio un tirón para zafarse de él.

—Dentro de pocos años no seré tan joven —alargó las sílabas, irónico—, y como no podré satisfacerte igual que ahora, me dejarás y te buscarás a alguien más joven —le lanzó su misma excusa para no estar juntos.

—¿De dónde has sacado esa chorrada? —Lo miró con los ojos desorbitados.

—No es una chorrada. Si yo puedo dejarte a ti para buscarme a alguien más joven, ¿por qué no vas a hacer tú lo mismo? ¿O acaso piensas que cuando tenga treinta y tantos podré seguir haciéndote el amor ocho veces por noche? —inquirió mirándola muy serio, dándole la vuelta al argumento que ella siempre esgrimía en su contra.

—¿Ocho? —Sara arqueó una ceja, burlona.

—Está bien, seis —claudicó burlón—. No quieres estar conmigo porque sabes que de aquí a poco tiempo no podré pasar de dos polvos por noche, y dando gracias.

—No seas idiota, Héctor. Dos polvos por noche ya me parecen demasiados. Y, además —sacudió la cabeza para no seguir diciendo tonterías—, el sexo no tiene nada que ver con los problemas que hay entre nosotros.

—La edad tampoco. El único problema que hay entre nosotros es el miedo que tienes a que te deje. Y justo por eso, me dejas tú a mí —bufó acercándose a ella.

—¡No fui yo quien te dejó! —gritó ella dando un paso hacia atrás para poner algo de distancia entre los dos, necesitaba espacio para pensar. Héctor no se lo permitió—. Por supuesto que tenía miedo de que me dejaras —reconoció reculando hasta que chocó con la pared—. Un miedo fundado y real a tenor de lo que pasó. Te recuerdo

que fuiste tú el que te marchaste, el que no respondió a mis llamadas, el que hizo lo imposible por evitarme...

—Y ahora estoy aquí, suplicándote que vuelvas conmigo. Atrévete a quererme. Atrévete a aceptar que te quiero —la desafió apoyando las manos en la pared, encerrándola entre sus brazos.

—¿Por cuánto tiempo? No, no me contestes, da lo mismo. Ya es tarde. He aprendido la lección —musitó agachándose para pasar por debajo de sus brazos y escapar.

—¿Qué lección, Sara? —La aferró de la muñeca y tiró de ella, pegándola a él. Obligándola a enfrentarle.

—Que no puedo volver a pasar por lo que pasé cuando te fuiste. No lo soportaría —confesó acorralada, los ojos brillando por las lágrimas que comenzaban a acumularse en ellos.

—Y por eso me apartas de ti.

—Me rompiste en mil pedazos.

—No voy a volver a dejarte.

—Conocerás a una chica más joven.

—¡Deja de repetir siempre lo mismo! —explotó—. No me fui porque hubiera conocido a una chica más joven como tanto te empeñas en decir. Me fui porque me sentí humillado al descubrir lo que pensabas de mí. Había puesto toda mi fe en nosotros y tú solo me considerabas un maldito niño con el que te lo pasabas bien mientras esperabas a que te abandonase. ¿Qué narices querías que hiciera?

—Que hablaras conmigo, que me escucharas.

—Lo intenté. Te llamé por teléfono mil veces y no me lo cogiste, te fui a buscar a casa y tu hija y la bruja de Elke no me dejaron entrar, intenté hablar contigo en el ayuntamiento y no me dejaste —gruñó tomándola por los brazos y pegándola a él.

—¿Y qué querías que hiciera? Cuando por fin te dignaste a hablar conmigo, ya estaba decidida a olvidarte. No podía permitir que volvieras a poner mi vida patas arriba —siseó ella zafándose de él.

—¡Nunca he puesto tu vida patas arriba!

—¿No? Tras la discusión pasé todo el fin de semana llamándote desesperada, rezando para que volvieras y pudiéramos hablar sobre lo que había pasado. Y cuando por fin regresaste, lo hiciste cuando yo no estaba en casa, como un cobarde —le espetó—. Recogiste todas tus cosas y desapareciste sin mirar atrás. Eso me destrozó, Héctor. Lo único que me impulsó a seguir adelante fue la seguridad de que recapacitarías y hablaríamos... pero no volviste a dar señales de vida hasta casi dos meses después.

—Y cuando lo hice, me ignoraste por completo —replicó furioso.

—Ya era demasiado tarde. —Le dio la espalda y caminó hacia la puerta.

—Nunca es demasiado tarde —rebatía él yendo hasta ella. La tomó por los hombros y la obligó a que se girase y le mirara. Se le rompió el corazón al ver que las

lágrimas que había intentado contener resbalaban por sus mejillas.

—Basta, Héctor, no discutamos más, por favor. No hay nada que arreglar. Deja que me vaya —suplicó intentando que la soltara.

—No. —Deslizó las manos hasta envolverle el rostro y limpió las lágrimas que lo manchaban con los pulgares.

—No lo entiendes, Héctor. No puedo —musitó inclinando la cabeza para acariciarse con sus dedos.

—¿No puedes o no quieres? Atrévete a quererme, Sara. Déjame demostrarte lo mucho que te quiero. —Se acercó a ella y le dio un cariñoso beso en la frente.

—Héctor, para por favor. No me trates bien. No seas cariñoso. No me lo hagas más difícil —le rogó frotando su mejilla contra la de él.

—No voy a parar hasta que vuelvas a mi vida. —Su lengua aleteó en la comisura de los labios de ella, tentándola, seduciéndola.

—Conocerás a otra —comenzó a repetir la letanía que llevaba diciéndose a sí misma desde que se dio cuenta de que le amaba.

—No, Sara, no nos hagas esto. Si alguna vez te fallo, si te traiciono, si dejo de quererte... entonces ódiame, abandóname, clávame una estaca en el corazón si quieres. Pero no ahora. No lo hagas ahora. No me condenes sin que haya cometido el delito del que me acusas —la exhortó antes de besarla con toda la pasión que nacía de su corazón.

—¿Cómo puedo resistirme a ti? —gimió cuando sus labios se separaron.

—No puedes.

Y antes de que ella tuviera tiempo de protestar, la tomó en brazos, caminó hasta la cama y la posó con delicadeza sobre ella, como si fuera su bien máspreciado, su tesoro más querido. Y en realidad lo era. Los cojines los envolvieron mientras se besaban perdidos uno en el otro y sus manos luchaban por librarlos del exceso de ropa. La piel de ambos ardió con el primer contacto, sus cuerpos se estremecieron al encontrarse de nuevo.

Se amaron lentamente sin dejar de mirarse a los ojos, de reconocerse mutuamente. Se fundieron el uno en el otro, olvidándose de todo, excepto de la canción de amor que vibraba al compás de los latidos parejos de sus corazones. Sus gemidos rompieron el silencioso son de la casa, llenándola de vida mientras se amaban. Y así continuaron, inmersos el uno en el otro hasta que sus cuerpos se convulsionaron de placer, dando alas a sus corazones y apaciguando sus almas.

Tiempo después, Héctor abrió los ojos mientras acariciaba con lentitud la espalda de Sara. Estaba tumbado sobre las sábanas arrugadas, boca arriba, desnudo, y su chica acurrucada sobre él, con la cabeza reposando en el hueco de su hombro y su melena negra haciéndole cosquillas en el torso. Los cojines que habían cubierto la cama estaban esparcidos por el suelo y en el ambiente flotaba el innegable aroma de la pasión. Sonrió feliz. No cabía duda de que estaba en el mismísimo paraíso. La abrazó con fuerza a la vez que la besaba en la coronilla y ella se removió inquieta,

acariciando su incipiente erección con un muslo sedoso que él no dudó en arrullar. Ella gimió bajito y le acarició con la punta de los dedos el escaso vello rubio que cubría sus tetillas, haciendo que estas reaccionaran con un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. Se giró hasta que Sara quedó tumbada de espaldas en la cama, con él cerniéndose sobre ella. La observó con adoración antes de bajar la cabeza y besarla con todo el amor y las esperanzas que albergaba su corazón, y luego descendió trazando un sendero de besos por su cuello hasta llegar al tentador valle entre sus pechos. Frotó las mejillas contra la tersa piel y besó los senos ascendiendo lentamente. Envolvió un pezón entre sus labios y succionó con levedad durante un instante antes de apartarse para soplar sobre él. Sara le aferró el cabello y arqueó la espalda, instándole a que se dejara de juegos. Héctor sonrió y, decidido a hacerla sufrir un poco más, deslizó una de sus manos por el estómago de su amada, una fuerte vibración en este le hizo detenerse. Alzó la cabeza y la miró con los ojos entornados. Sara se mordió los labios, ruborizada. Él bajó la cabeza y cuando estaba a punto de pegar el oído al ombligo un enorme rugido proveniente de la tripa de su chica le hizo reír con fuerza.

—¡No te rías! —exclamó ella indignada.

—¿Te ha dado hambre el ejercicio? —preguntó divertido tumbándose de lado.

—No he comido en todo el día. Estoy muerta de hambre —murmuró ella a la vez que se sentaba y comenzaba a frotarse el estómago mientras miraba la nevera con gula.

—No te lo pienses más y ve a por algo de comer.

Sara no se lo pensó dos veces. Caminó presurosa hasta la nevera, la abrió, y se quedó inmóvil. La luz del interior no se encendía y la comida que había allí no parecía estar fría.

—No funciona —musitó inclinándose para ver mejor lo que había dentro.

—Ya, tengo que comprar una nueva.

—¿Por qué tienes la comida metida en la nevera si no funciona? —preguntó mirando las latas de judías, lentejas, los paquetes de fiambre envasado al vacío y un enorme bote de crema de cacao a medio empezar.

—En algún sitio tengo que ponerla —comentó Héctor sin poder apartar la mirada del trasero perfectamente esculpido de Sara. La erección que había desdeñado en pos del estómago vacío de la mujer saltó impaciente sobre el nido de rizos de su ingle, reclamando atención inmediata. Y Héctor se la dio. Envolvió entre sus dedos el impaciente pene y comenzó a acariciarlo con lentitud.

—Claro... —contestó Sara no muy convencida mientras intentaba decidir qué podía comer. Legumbres, no, ni loca. Solo le faltaba tener aerofagia en su primera visita a la nueva casa de Héctor. El fiambre tampoco le apetecía. Miró la crema de cacao y se lamió los labios golosa. Por una vez que se diera un capricho no iba a pasar nada, salvo unos pocos centímetros más en sus nalgas, pero a Héctor parecían gustarle los culos grandes. Tomó el bote y cerró la nevera, más por costumbre que por

necesidad. ¿Dónde guardaría el pan y los cubiertos? Abrió el armario que había junto al fogón. Se quedó petrificada.

—Héctor, ¿por qué tienes libros en el armario de la cocina? —preguntó totalmente sorprendida sin desviar la mirada de las novelas y los tratados perfectamente ordenados y colocados en el interior del mueble.

—En algún sitio tenía que guardarlos —respondió él casi sin respiración al verla acucillarse frente al mueble. Su mano se movió con mayor rapidez sobre su pene.

—Para eso se suelen usar las estanterías.

—Todavía no las he comprado —atinó a decir mientras se frotaba el glande con el pulgar.

—Ah —murmuró ella abriendo otra puerta y sonriendo al ver que ese armario contenía revistas en la balda inferior y platos y vasos en la superior. Continuó su escrutinio sin soltar el bote de crema de cacao que tenía en las manos—. No te molesta que curiosees un poco, ¿verdad?

—No —acertó a decir él con voz ronca. Estaba tan excitado que apenas podía hablar—. Curioseas todo lo que quieras. En los estantes inferiores hay bastantes cosas —apuntó apoyándose sobre un codo para observarla mejor.

La siguió con la mirada, deseándola más y más al verla mover las caderas con cada paso que daba. Se sentó en la cama sin dejar de masturbarse y con la mano libre se acarició los testículos. Y, mientras, contempló embelesado las exquisitas líneas del cuerpo femenino cuando ella se arrodilló para ver mejor el estante inferior, tal y como él le había indicado. Estuvo a punto de jadear de placer cuando la vio inclinarse hacia delante.

—Está bien, me rindo —suspiró Sara irguiéndose de nuevo—. ¿Dónde tienes el pan? —preguntó girándose para mirarlo—. Oh vaya... —susurró al verlo sentado sobre la cama, mirándola feroz mientras su mano subía y bajaba con lentitud por su pene enhiesto.

—No tengo pan —respondió sin dejar de masturbarse.

—Ah. Y ¿dónde untas la crema de cacao? —Le enseñó el tarro.

—No la unto. Me la como con los dedos.

—Eso es una guarrería —afirmó hipnotizada viendo como la mano con la que se acariciaba los testículos se alejaba de estos para posarse sobre el glande y comenzaba a masajearlo mientras que la otra continuaba moviéndose sobre el pene.

—Sí, pero es como más rica está —aseveró Héctor con la voz entrecortada.

Sara asintió, metió los dedos en el tarro y se los llevó a la boca. Héctor gimió cuando lo hizo. Ella sonrió y volvió a untarse los dedos en el espeso chocolate mientras caminaba hacia él contoneando las caderas. Se subió a la cama y gateó hasta colocarse junto a él con la crema de cacao todavía en la mano.

—¿Quieres probarla? —le preguntó seductora.

Héctor asintió con la cabeza a la vez que se tumbaba boca arriba.

Sara introdujo el índice en el tarro, se untó los pezones con la oscura crema y

acercó sus pechos a la hambrienta boca masculina. Héctor los devoró con fruición hasta que estuvieron duros y brillantes por su saliva.

—Más... —gimió sin dejar de darse placer con la mano.

Sara lo observó satisfecha y le complació volviendo a embadurnarse los pezones. Héctor los lamió, mordisqueó y succionó hasta que le arrancó un jadeo de placer que retumbó en el vacío comedor. Sara se apartó de él, excitada, nerviosa, anhelante... Se mordió los labios y antes de pararse a pensar en que quizá en esa casa no hubiera agua caliente para poder ducharse, pringó el duro vientre de su amante con la pegajosa crema y se lo limpió usando la lengua... y los dientes. Héctor cerró los ojos, echó la cabeza hacia atrás y se quedó inmóvil, con el pene encerrado fuertemente en uno de sus puños, hasta que Sara terminó con el aseo.

—Delicioso... —susurró ella lamiéndose los labios. Metió de nuevo el dedo en el bote de crema de cacao—. ¿Quieres más?

—Sí —gimió él presionando con los dedos índice y pulgar la base de la polla hasta sentir un conato de dolor. Estaba a punto de correrse, tenía que recuperar el control como fuera, y según Zuper esa era la mejor manera. Su amigo parecía haber aprendido muchos trucos raros desde que salía con Alba y Elke.

Sara sonrió y pintó con chocolate el glande palpitante, y luego, tras pensárselo un segundo, colocó una rodilla a cada lado de la cabeza de su amante y volvió a embadurnarse los dedos para a continuación bañar su clítoris en el cremoso dulce. Héctor no lo dudó un instante, soltó su enardecida polla, aferró los muslos de su chica, elevó la cabeza y comenzó a beber de ella como un náufrago sediento. Sara apoyó las manos en las poderosas piernas masculinas y se inclinó dispuesta a devorar su nuevo plato favorito: verga al chocolate.

Héctor se tensó al sentir las suaves ondas de la melena rozándole los muslos e, incapaz de mantenerse inmóvil, elevó las caderas cuando Sara comenzó a retirar con lentitud la oscura crema que cubría su glande. Un gruñido reverberó en su pecho cuando sumergió la lengua en la húmeda calidez bañada en chocolate de su chica. Se devoraron el uno al otro con dulce abandono, deleitando sus sentidos, sumergiéndose en el placer, y cuando ambos estuvieron cerca del límite, Héctor tumbó a Sara de espaldas sobre la cama y la penetró despacio, gozando de la presión de su vagina apesándole el pene.

—Héctor, ¡para! —Lo detuvo ella con los ojos abiertos como platos a la vez que posaba las manos sobre sus hombros y lo empujaba para que se apartara.

—¿Qué pasa, Sara? —Salió de ella preocupado por la intensidad de su petición.

—No te has puesto condón —le advirtió ella mirándole pesarosa.

—Antes tampoco lo he usado —replicó él inclinándose para besarla a la vez que se sumergía de nuevo en su interior.

—No debemos tentar a la suerte dos veces —le regañó empujándolo. Él no se movió un ápice.

—No estoy tentando a la suerte —replicó con serenidad mientras la observaba

con suma atención—. Estoy llamándola.

—No bromees con eso.

—No bromeo.

—Tenemos que discutirlo tranquilamente antes de tomar una decisión.

—La decisión está tomada desde el momento en que te escuché decir que te hubiera gustado darle un hermanito a Alba.

—Pero... ¡se me ha pasado el arroz! —exclamó nerviosa. Él se echó a reír al escucharla—. No te rías, esto es muy serio —le reprendió golpeándole el pecho con un puño.

—Sara, mírame —le exigió él, su voz rezumando seriedad y determinación. Ella obedeció. Sus oscuros iris apresados por la fuerza inamovible de los azules de Héctor—. Dime que no quieres tener un hijo mío —la retó.

—Esa no es la cuestión. Hay muchas cosas que debemos tener en cuenta antes de intentar... —argumentó ella incapaz de mentirle.

—No. Lo único que debemos tener en cuenta es si tú quieres. Dímelo, Sara. ¿Quieres tener un hijo conmigo?

—Sí, pero... —murmuró ella, acorralada por sus palabras.

—Deja de preocuparte. Ocurrirá lo que tenga que ocurrir —afirmó oscilando sobre ella hasta arrancarle jadeos de placer.

Se enterró con lentitud en su interior hasta que las pelvis de ambos estuvieron unidas y le hizo el amor con una enérgica letanía que elevó sus cuerpos en una sinfonía de gemidos ahogados, susurros de amor y pasión mutua.

Lunes, 28 de febrero de 2011

—Enhorabuena, hermanito. Está claro que donde pones el ojo pones la bala —se congratuló Darío al otro lado del teléfono—. ¡Ariel, Sara está embarazada! —Le oyó decir a su mujer. Un instante después, Héctor sonrió al escuchar la voz de su cuñada—. ¡Héctor! ¡Enhorabuena! ¡Eres un portento! ¡Menuda puntería has tenido, más que Robin Hood después de tomarse una tila! —exclamó feliz dando vueltas alrededor del salón con su hija en brazos—. ¿Cuándo podremos conocerla? —le preguntó con impaciencia.

—Tendréis que esperar un poco. Sara tiene las hormonas bastante revolucionadas con el embarazo, se pasa el día vomitando. No está en disposición de viajar hasta Madrid —se excusó Héctor, con la mirada fija en la mujer que se acurrucaba nerviosa en el sillón que acababan de comprar para la casa.

—No pasa nada, podemos ir nosotros —aseguró Ariel—. Ahora mismo miro por Internet los billetes de autobús para el viernes y los reservo.

—No, escúchame, sirenita, tienes que tener un poco de paciencia.

—¿Por qué? Ya es hora de que la conozcamos, es parte de la familia. No puede

permanecer aparte —musitó la joven deteniendo su loca danza.

—Ya lo sé preciosa, pero...

—¡No! No hay peros que valgan. Es de la familia —volvió a repetir Ariel—. Y la familia tiene que mantenerse unida —aseveró furiosa. Ella sabía lo que era estar sola, sin una familia que la quisiera y apoyase. ¡Héctor no podía ocultarles a Sara! Darío, viendo el rostro compungido de su mujer, se apresuró a abrazarla, para, tras darle un suave beso en los labios, quitarle el teléfono de las manos—. ¿Qué pasa, Héctor? —le preguntó a su hermano.

—Sí. Estamos muy contentos —respondió Héctor críptico.

—Sara está contigo y no puedes hablar —intuyó Darío.

—Exacto.

—No quiere conocernos...

—Está pasando un mal momento, tiene las hormonas revolucionadas... todo le da miedo —musitó guiñándole un ojo a su mujer a la vez que recorría orgulloso el salón de su propia casa—. Pero el ginecólogo ha dicho que cuando pasen los tres primeros meses se encontrará mejor y dejará de vomitar. Solo necesita un poco de tiempo.

—Entiendo, está asustada.

—Bastante.

—¿Por qué no me llamas mañana, cuando estés solo, y lo hablamos?

—Será lo mejor. Nos llamamos, hermanito —se despidió Héctor.

—¿Qué han dicho? ¿Les parece bien? ¿Están contentos? —le preguntó Sara intranquila acariciándose la tripita con ambas manos—. Seguro que te han dicho que estás loco. Y de verdad que lo estás —musitó acurrucándose en el sillón. Héctor puso los ojos en blanco al escucharla. Con la llegada del embarazo habían regresado sus antiguos miedos.

—No digas tonterías, mamá. Están encantados, igual que nosotras —la regañó Alba sentándose junto a ella mientras que Elke, a su lado, le masajeaba con ternura los hombros.

Desde que Sara había empezado a vomitar, hacía ya una semana, las dos rubias habían intuido el motivo y la trataban como si fuera una frágil muñeca de porcelana a punto de romperse. Y Héctor no estaba seguro de que no fuera así.

—Ariel y Da están entusiasmados. Deberías haberte puesto al teléfono, hubieras oído los gritos de alegría de Ariel —afirmó arrodillándose en la alfombra nueva, frente a ella—. Está deseando conocerte.

—No... —susurró ella llevándose una mano a los labios para contener una arcada. Bastante tenía con pasarse el día vomitando, como para encima tener que lidiar con la ansiedad que le provocaría conocer a su familia, sabiendo como sabía, a pesar de lo mucho que Héctor lo negara, que ellos estarían disgustados con él por haberse liado con una vieja como ella.

—Está bien. No hay prisa —murmuró él acariciándole las mejillas con los pulgares—. ¿Qué te parece si llamamos a Ruth y se lo contamos? Seguro que se

vuelve loca de alegría. —Sara asintió con la cabeza—. ¿Quieres decírselo tú? —preguntó Héctor. Ella abrió los ojos como platos y negó en silencio repetidamente—. Está bien, ya se lo digo yo. Tranquila.

Se sentó en el suelo y abrazó con ternura las piernas de su chica antes de comenzar a marcar el número de su hermana. Esa misma mañana el ginecólogo les había confirmado que estaban esperando un bebé, y la reacción de Sara había sido empalidecer hasta que el doctor la obligó a tumbarse en una camilla.

—La impresión la ha dejado fuera de combate —le dijo a Héctor al cerrar la puerta de la consulta en la que habían dejado a Sara y a Alba—. Espero que sea un bebé deseado —apuntó mirándole fijamente.

—Deseado y buscado —afirmó Héctor sin dudar.

—Me alegro. Desde que nació Alba, Sara estaba deseando volver a quedarse embarazada. Es estupendo que se haya decidido por fin —declaró observando al joven con curiosidad.

—No se decidió exactamente.

—Me lo imagino. Dale un poco de tiempo para que se haga a la idea —le advirtió.

Y pensaba dárselo. No tenía prisa, solo tenía que convencer a sus hermanos de que esperaran un poco más para conocerla.

Martes, 1 de marzo de 2011

Sara recorrió la casa mirando con ojo crítico las paredes. Estaban demasiado vacías. Calzada con sus deportivas más viejas salió al salvaje patio y lo atravesó ensimismada en sus pensamientos. Abrió el maletero del C4, se colgó al hombro la bolsa de rafia del supermercado y cogió un par de cuadros que había comprado esa misma mañana en una tienda cercana a la concejalía. Regresó a la casa y los colocó en el suelo, apoyados en las paredes en las que pensaba colgarlos esa misma tarde cuando Héctor regresara del trabajo, algo que sucedería de inmediato, pensó mirando el reloj que había colgado en la pared de la cocina. Contenta por su inminente llegada, se apresuró a llenar la nevera, nuevecita y en funcionamiento, con la comida que había comprado. Una vez hecho esto, se sentó en el sofá que habían adquirido hacia menos de quince días y sonrió feliz a la vez que sacaba las cortinas, a las que tenía que coser el bajo, del arcón que habían restaurado tras encontrarlo abandonado en la calle, y que hacía las veces de mesita.

Poco a poco la desangelada casa de Héctor se estaba convirtiendo en un verdadero hogar. Miró a su alrededor y una risa entusiasmada brotó de sus labios. Aún quedaban muchas cosas por hacer, pero lo principal ya lo tenían. Las paredes, el techo, el suelo, toda la casa rezumaba cariño, alegría y felicidad. Y eso era lo único importante. Faltaban la mayoría de los muebles, pero ya los comprarían. Tal y como

siempre decía Héctor, no tenían prisa. Al fin y al cabo, ella todavía vivía en el chalé, aunque tal y como iban las cosas, pronto se mudaría allí, con él. Cada día se le antojaba más insoportable la idea de pasar la noche separados. Sonrió divertida. Su joven y maravilloso príncipe azul había resultado ser más terco que una mula. Héctor había decidido vivir en esa casa desde el momento en que la pisó por primera vez, y ella no había encontrado el modo de convencerle de que esperara a tener todas las comodidades. Aunque, tampoco necesitaban mucho más de lo que tenían. Y, por si fuera poco, Alba y Elke no hacían más que instarla a que se mudara. Zuper se había mudado a vivir en El Templo, y ellas parecían decididas a irse a vivir con él. Negó con la cabeza. ¿Quién lo hubiera imaginado? Las razones del corazón eran inescrutables.

Enhebró la aguja y se dispuso a acabar de coser las cortinas nuevas. Y mientras lo hacía, no pudo evitar recordar la nana que tantas y tantas veces le había cantado su madre cuando era pequeña. La misma que ella había cantado a Alba. La misma que comenzó a cantar para su bebé.

Twinkle, twinkle, little star, how I wonder what you are!^[15]

El repentino timbre del teléfono la sacó de su ensoñación. Se inclinó presurosa para tomar el bolso que había dejado sobre el arcón, buscó el móvil y cuando lo encontró, miró extrañada el número que aparecía en la pantalla. No lo conocía. Cortó la llamada pensando que sería una equivocación y volvió a su labor. Un instante después sonó de nuevo. Era el mismo número. Respondió intrigada con un educado «dígame».

—Hola, ¿eres Sara? —le preguntó al otro lado de la línea una joven agradable.

—Sí —musitó ella curiosa. No reconocía a la dueña de la voz.

—Soy Ariel, tu cuñada —afirmó la joven.

—Ah... ¿Ariel?

—La misma que viste y calza.

—¿Cómo... cómo has conseguido mi número?

—Amenacé a Héctor con cortarles los cataplines si no me lo daba. No te enfades con él —le pidió Ariel al ver que no contestaba—. Sabe que soy capaz de cumplir mis amenazas y el pobre le tiene mucho cariño a sus huevecillos.

—Bueno... son muy importantes para los hombres —atinó a contestar.

—Sí, eso dice Da —asintió risueña la pelirroja—. ¿Qué tal estás? Héctor dice que vomitas por las mañanas.

—Eh... sí.

—Mi madre me contó que le pasó lo mismo cuando se quedó embarazada de mí. Prueba a tomar una cucharadita de miel antes de levantarte de la cama.

—Lo haré —murmuró Sara—. Héctor me ha dicho que tienes una niña pequeña.

—Sí, Livia. Pronto cumplirá seis meses. Es un diablillo, como yo.

Sara no pudo evitar echarse a reír al escuchar la orgullosa afirmación de su nueva cuñada.

Héctor entró sigiloso en la casa, decidido a sorprender a Sara con el ramillete de flores de tomillo que acababa de recoger del salvaje patio. Seguro que estaría tan inmersa en la costura de las cortinas que no le vería entrar. Sonrió divertido, Sara llevaba una semana empeñada en acabar unas cortinas que no necesitaban. Al fin y al cabo no había nadie cerca que pudiera espiarles. Cerró la puerta con cuidado y se quedó inmóvil al escuchar el cascabeleo risueño de su risa. La observó con atención. Estaba sentada en el sillón, con los pies escondidos bajo las piernas mientras hablaba por teléfono con alguien. Se apoyó en la pared y la contempló embelesado.

—¡No! ¿De verdad tiraste a Darío al suelo? —exclamó Sara sorprendida.

¡Con razón había dicho que su hija era un diablillo como ella!

Héctor abrió los ojos como platos al escuchar a su mujer y luego se echó a reír. ¡Así que para eso quería su cuñada el número de teléfono de Sara!

—Hola, cariño —le saludó ella al percatarse de su presencia—. ¿A que no sabes con quién estoy hablando? —le preguntó entusiasmada. Héctor se limitó a arquear una ceja—. ¡Con Ariel! Me acaba de contar que tiró a tu hermano al suelo la primera vez que se vieron.

—Es una sirenita muy peligrosa.

—Ya lo creo. ¿Quieres que te pase con Héctor? —le preguntó a la pelirroja—. Ah, vaya. —Lo miró aturdida—. No quiere hablar contigo... sino conmigo —musitó extrañada.

Héctor le guiñó un ojo y, sentándose a su lado con una enorme sonrisa en los labios, pegó la oreja al móvil.

—Serás cotilla.

La voz del corazón. Latiendo al compás.

Jueves, 21 de abril de 2011

Sara recorrió el salón con la mirada, asegurándose de que ninguna mota de polvo manchara los escasos muebles que había allí, o de que ninguna malévol pelusa se ocultara en alguna esquina dispuesta a mostrarse cuando la familia de Héctor entrara en la casa. Revisó la nevera y los armarios de la cocina para asegurarse de que tenía suficiente comida y bebida, y luego se dirigió a su habitación decidida a cambiarse de ropa por quinta vez esa mañana. Se había puesto una falda y una blusa para recibir a la familia de Héctor, pero no se sentía cómoda con esas prendas. Necesitaba algo que le diera seguridad... y lo encontró en el armario de él. La camiseta de los Rolling Stones, la misma que Héctor llevaba cuando se conocieron. Se la puso con rapidez y cambió la falda por unos leggins pirata. Se miró en el espejo y sonrió, ahora sí que era ella. Una vez conforme con su apariencia, continuó poniéndolo todo en orden. Estiró por enésima vez el edredón que cubría la cama de matrimonio y acomodó los cojines. Centró las lamparitas en las mesillas y colocó de nuevo el vuelo de las cortinas. Entró en la habitación de su futuro hijo y escudriñó con atención el espacio vacío buscando algo que no tuviera que estar allí, por ejemplo, polvo. Asintió con la cabeza al ver que todo estaba impecable y fue al cuarto de baño. Seguro que Héctor se había peinado otra vez antes de salir de casa y había dejado el peine sin colocar. O, Dios no lo quisiera, hubiera algún pelo en el lavabo... ¡O la tapa del inodoro estuviera subida! Escrutó alerta cada rincón del diminuto habitáculo y cuando comprobó que no había ningún indicio de suciedad o dejadez, respiró aliviada. Se llevó las manos al pecho para intentar calmar los acelerados latidos de su angustiado corazón y regresó al salón dispuesta a esperarles sentada en el sillón. Aguantó apenas un minuto antes de levantarse. Estaba tan nerviosa que le era imposible permanecer quieta. Se dirigió al mueble del comedor y buscó entre los CD que lo abarrotaban alguno que pudiera tranquilizarla, si es que eso era posible.

—Ya he limpiado la mesa del patio —dijo Zuper al entrar en la casa, sobresaltándola.

—Perfecto, pero por favor, la próxima vez intenta hacer un poco más de ruido —gimió con voz aguda sujetándose el pecho para que no se le escapara el corazón.

—He tosido un par de veces —comentó el pelirrojo mirándola preocupado.

—No te he oído. ¿Por qué no barres el patio? —le instó moviendo la mano.

—Ya lo he hecho —respondió Zuper acercándose a ella. Héctor le había encargado cuidar de Sara mientras él iba a recoger a sus hermanos, y a tenor de la palidez de su cara, no lo estaba haciendo muy bien.

—¡Pues hazlo otra vez! —le ordenó ella. El pelirrojo abrió mucho los ojos—.

Perdona, estoy muy nerviosa, lo último que me hace falta es verte revoloteando por la casa, por favor.

—Está bien —murmuró el muchacho saliendo de nuevo—, pero si necesitas algo...

—Te llamaré.

Héctor y Elke habían ido a recoger a la familia del primero a la estación de autobuses y, aunque Alba se había resistido, había logrado convencerla de que los acompañara. Lástima que Zuper no hubiera podido ir con ellos ya que necesitaban todos los asientos de los dos coches. Y allí estaba ella, casi histérica, intentando tranquilizarse mientras inventaba tareas innecesarias para que el pelirrojo las hiciera, porque necesitaba estar sola al menos un instante.

Por fin iba a conocer a la familia de Héctor. Y estaba aterrorizada. Inspiró profundamente intentando relajarse de una buena vez. No podía perder más tiempo, Héctor no tardaría mucho en regresar, ¡con toda su familia! Sintió que las piernas le fallaban y se apoyó en el mueble. ¡Malditas hormonas traicioneras! Desde que se había quedado embarazada tenía los sentimientos a flor de piel, todo le afectaba, todo le hacía temblar. ¡Y ella no era así! Sacudió la cabeza y, sin pararse a elegir, puso el primer CD que sus dedos encontraron. Sonrió cuando la música brotó con fuerza de los altavoces. Era justo la que le hacía falta. *Las Chicas del tiempo*^[16] siempre eran capaces de arrancarla de las garras de la melancolía. Decidida a no perder más el tiempo, fue hasta la pared que hacía las veces de cocina y comenzó a preparar unos canapés y algo de beber. La familia de Héctor había alquilado un apartamento con la intención de conocerla y pasar la Semana Santa con ellos, y ella pensaba agasajarles como a reyes. No los iba a defraudar. Sacó el fiambre de la nevera, lo colocó junto a un poco de pan en una bandeja, y repartió las patatas fritas y los frutos secos en varios cuencos de madera. Buscó los preciosos vasos de colores que había comprado el día anterior en el mercadillo, se quitó los zapatos y, una vez descalza, fue llevándolo todo a la mesa sin dejar de mover las caderas al ritmo de la música.

Ruth regañó por enésima vez a Iris por brincar en el asiento trasero del coche de su tío y, cuando la niña por fin se quedó quieta, dejó que su mirada se perdiera en el paisaje que se dibujaba tras el cristal de la ventanilla.

—Tranquila —le susurró su marido al oído a la vez que pasaba un brazo sobre sus hombros con cariño—. Todo va a ir bien. Verás como es tan maravillosa como parece por teléfono.

—Seguro que sí —asintió Ruth, aunque no las tenía todas consigo. Dirigió la mirada hacia el C4 que los precedía, lo conducía Elke, la mejor amiga de la novia de su hermano, y Darío, Ariel, Livia, su padre y Luisa, su suegra, viajaban en él, impacientes y entusiasmados por conocer, por fin, a Sara.

—¿Estás bien, Ruth? —le preguntó Héctor desde el volante del Peugeot 306.

—Sí, claro. Estoy admirando el paisaje —disimuló su nerviosismo.

—¿Es precioso, verdad? —comentó Alba girándose en el asiento del copiloto.

—Sí lo es —asintió observando a la joven. Si Sara se parecía en algo a su hija, no cabía duda de que sería guapísima.

«¿Por qué no ha acompañado a Héctor?», se preguntó Ruth por enésima vez. Héctor les había dicho que su novia había preferido quedarse en casa para acabar de ultimar todo, pero Ruth intuía que lo había hecho para recibirlos en su terreno en vez de en la estación de autobuses. Apenas había hablado con ella por teléfono, pero en esas pocas conversaciones se había dado cuenta de que era una mujer muy inteligente. Estaba segura de que buscaría un escenario en el que tuviera una posición de fuerza, y su casa era el mejor lugar para eso. Sacudió la cabeza para librarse de ese pensamiento. Ariel había hablado cientos de veces con Sara y aseguraba que era una mujer encantadora, sin asomo de malicia. Ojalá pudiera pensar lo mismo, pero seguía sin fiarse. Le había robado a su hermano pequeño. Así que ya podía ser la mejor mujer del mundo, o se las vería con ella.

—Ya casi hemos llegado —escuchó decir a Héctor. El corazón le dio un vuelco en el pecho.

Un instante después bajó del coche y se encontró ante la casa de los sueños de su hermano. Era más bien pequeña, aunque el terreno que la rodeaba era extenso y desangelado. Se pasó las manos por la chaqueta, estirándosela y se dispuso a enfrentarse a su destino. Estaba a punto de conocer a la mujer de la que estaba enamorado su hermano pequeño. Esperaba, por el bien de ella y por el suyo propio, que fuera tan maravillosa como Héctor creía. Esbozó su mejor sonrisa, decidida a ponerlo todo de su parte, y se dirigió al vehículo del que se estaba apeando su padre. Y fue en ese momento cuando se dio cuenta de que había alguien ayudándolo. Un pelirrojo alto y desgarbado de mirada traviesa. Zuper, el mejor amigo de Héctor.

—Hola, guapa, tú tienes que ser la hermana mayor de Héctor —la saludó besándola efusivamente en las mejillas—. Yo soy Zuper... de Zuperman —afirmó elevando un brazo para que pudiera ver sus inexistentes músculos.

—No hagas el tonto, Zuper —le reprendió Elke dándole un pellizco en el culo.

—¡Eh! Con lo que me costó elegir mi alias, bien puedo fardar un poco —insistió señalando su delgado brazo.

—No tienes músculos de los que fardar —se burló Alba imitando el gesto de su amiga a la vez que mordía el pendiente en forma de aro que colgaba de la oreja del muchacho para luego tirar de él hasta arrancarle un gemido.

Ruth parpadeó confusa al observar cómo las dos rubias manoseaban el culo del pelirrojo sin disimulo mientras que este, tras liberarse del mordisco de la más joven, la besaba con adoración en los labios. Estuvo a punto de atragantarse cuando la alemana, ni corta ni perezosa, acercó su boca a la de ellos y sopló para llamar su atención, consiguiendo que la incluyeran en el extraño beso a tres bandas.

—Ten cuidado, hermanita, estás a punto de que los ojos se te salgan de las órbitas —le susurró Héctor revolviéndole el pelo.

—¿Están...? —dijo en voz muy baja.

—Eso parece —afirmó divertido antes de pedir al resto de los presentes que se dirigieran a la casa.

Ruth miró atónita a los tres jóvenes y se encontró con la sonrisa descarada de Alba, la burlona de Elke y el guiño juguetón de Zuper.

—A veces una imagen vale más que mil palabras —se disculpó el joven encogiéndose de hombros—. Era más fácil montar esta escenita que pasar cuatro días ocultándonos —explicó antes de girarse y caminar tras su amigo.

Ruth asintió con la cabeza y les siguió. Desde luego, habían dejado bien clara su postura. Sara tenía que ser una mujer muy liberal para aceptar la extraña relación de su hija, y eso era algo que le parecía maravilloso. Un punto a favor de la mujer de Héctor. Estaba deseando conocerla en persona. Se preguntó, no por primera vez, cómo sería en realidad. ¿Sería la mujer sensata y agradable que parecía ser por teléfono o una hermosísima bruja devoradora de hombres dispuesta a aprovecharse de su ingenuo hermanito? Aunque Héctor tampoco tenía mucho de lo que pudiera aprovecharse, y su diminuta casita así lo evidenciaba.

Claro que su hermano era muy guapo, un buen trofeo para lucir. Negó con la cabeza por la dirección que estaban tomando sus pensamientos. Héctor no era tan idiota como para enamorarse de una mujer así. Pero ¿qué clase de mujer sería? Sara se había negado a conocerles hasta ese mismo instante. Héctor y Ariel afirmaban que era porque tenía las hormonas revolucionadas con el embarazo y todo le angustiaba más de lo normal, pero eso era una tontería, ¿o no? No sabía qué pensar del misterio que parecía envolverla. Por mucho que Ariel se empeñara en que era una mujer maravillosa, a ella no le bastaban unas pocas conversaciones por teléfono para tenerlas todas consigo.

—Vamos, Ruth, anima esa cara, parece que te hayas tragado un sapo —la reconvinó Ariel.

—Estoy un poco nerviosa —explicó ella.

—Pues intenta disimularlo o conseguirás que a Héctor le salgan arrugas prematuras por la preocupación —la instó Darío en voz baja.

Ruth elevó la mirada y se encontró con los iris azules de su hermano pequeño observándola angustiados. Se obligó a relajarse y esbozar una tímida sonrisa. Héctor suspiró, arqueó las cejas y continuó caminando en dirección a la casa. Sin concederse más tiempo para dudas, fue tras él, y en ese momento se percató de que la música que llevaba oyendo desde que se había bajado del coche no era solo la que salía de los altavoces. Por encima de la voz de la solista se escuchaba con claridad una voz femenina que modulaba con exactitud cada nota de la canción. La voz de su cuñada.

Héctor abrió la puerta y se llevó el índice a la boca, instándoles a entrar en silencio. Le obedecieron. Y mereció la pena.

Sara estaba en el salón, de espaldas a ellos, bailando mientras cantaba. Movía las caderas al ritmo de la música mientras sus pies se desplazaban por el espacio vacío entre la mesa y el mueble, en un baile sensual a la vez que divertido. Su voz era

preciosa, hipnótica.

It's Raining Men! Hallelujah!

It's Raining Men! Amen!^[17]

Héctor atravesó la estancia con pasos sigilosos, se colocó tras su chica y, antes de que esta tuviera tiempo de reaccionar, la abrazó posando con delicadeza las manos sobre su tripita y comenzó a bailar con ella a la vez que le preguntaba:

—¿Se puede saber para que narices quieres que lluevan hombres? ¿No tienes suficiente conmigo? —Sara no pudo evitar sonreír al escuchar el tono aparentemente enfurruñado de Héctor.

¡Le encantaba hacerse el mártir! La risa que escapó de su garganta borró parte de la ansiedad que sentía Ruth e hizo sonreír al resto de las personas que se agrupaban en la entrada.

—¡Yo también quiero bailar! —gritó Iris corriendo hacia la pareja.

Sara se volvió asustada al escuchar a la niña, pero un instante después una deliciosa sonrisa se dibujó en sus labios a la vez que se inclinaba para quedar a la altura de la pequeña y abrazarla cariñosa. Ariel fue la siguiente en correr hasta ella.

—¡Soy yo! —gritó entusiasmada deteniéndose ante Sara.

—¡Ariel! —exclamó esta ilusionada envolviéndola en un gran abrazo. Si no fuera por el empeño de la pelirroja, por todas las conversaciones que habían mantenido una noche tras otra, no sabía si se hubiera atrevido a conocer a la familia de Héctor.

—¡Ven, te voy a presentar a papá Ricardo y los demás! —la instó Ariel tirando de ella.

Sara se giró para mirar a Héctor, este posó una mano tranquilizadora en su espalda y la acompañó.

—Papá, Darío, Ruth, Marcos, Luisa... esta es Sara —la presentó.

—¡No os parecéis en nada! —exclamó aturullada al ver a los hermanos de su maravilloso príncipe azul. Había esperado encontrarse con dos jóvenes rubios y de ojos claros, y en vez de eso, eran muy morenos.

—Claro que no, yo soy el más guapo de la familia —apuntó Héctor divertido por la reacción de Sara.

—Y también el más engreído —señaló Ruth acercándose a su nueva cuñada para saludarla con un beso. Sara lo aceptó con timidez y luego se giró para saludar nerviosa al resto de la familia.

Ruth dio un paso atrás y contempló a la mujer que había enamorado a su hermano. No era en absoluto como había pensado. No parecía altiva ni sofisticada. Tampoco vestía como una diva, ni gracias a Dios, como una lagarta dispuesta a seducir jovencitos. Sino como una chica normal y corriente que, además, llevaba puesta la camiseta favorita de Héctor, la de los Rolling Stones, que por cierto le llegaba hasta mitad del muslo, y no le quedaba en absoluto *sexy*. Negó con la cabeza

a la vez que una sonrisa comenzaba a dibujarse en sus labios. Había imaginado que se encontraría con la madrastra interesada de Cenicienta, y en su lugar había dado con una Cenicienta madurita. Y Cenicienta era quien se casaba con el príncipe azul. Observó a su hermano pequeño acercarse a Sara, abrazarla por la cintura y besarla cariñoso en la sien mientras la miraba con adoración. Y no pudo evitar sonreír. No cabía duda de que para Héctor, Sara era la mujer más hermosa de todo el mundo mundial. Y a ella le parecía estupendo que así fuera. Si había conseguido conquistar a su hermanito siendo una mujer normal, era porque tenía que ser tan especial como Héctor aseguraba.

Viernes, 22 de abril de 2011

—Me gustaría hacerte unas fotos —comentó Marcos acercándose a ella con la cámara en la mano.

—¿No tienes suficientes con todas las que me has hecho en la playa? —le respondió Sara avergonzada al saberse el centro de todas las miradas. Estaban en el patio de su casa, tomándose el café de después de comer.

Las dos familias habían pasado la mañana en la playa, estrechando relaciones. Había hablado con sus cuñadas y cuñados, se había enamorado irremisiblemente de Ricardo, el maravilloso padre de Héctor, y había reído con las locas ocurrencias de Luisa, la madre de Marcos. Había disfrutado como una niña haciendo castillos de arena con Iris, Alba, Ruth y Elke mientras que los chicos, provocados por una traviesa Ariel, habían acabado bañándose en el Mediterráneo para demostrar que no eran menos valientes que la pelirroja. En definitiva, se lo había pasado en grande, y mientras ella reía y charlaba con su nueva familia, Marcos se había ocupado de dejar constancia gráfica de cada una de sus sonrisas, sin que ella se hubiera dado cuenta hasta que ya fue demasiado tarde para evitarlo.

—Había pensado en algo un poco más especial —dijo Marcos misterioso. Sara lo miró intrigada—. Me gustaría hacerte fotos posando en bikini a lo largo del embarazo. Un álbum en el que se muestre cómo va evolucionando tu tripita. Luego puedes seleccionar las que más te gusten y ampliarlas para colgarlas en tu habitación. Ya se lo hice a Ariel y le encantó, puedes preguntárselo si no me crees —apuntó Marcos al ver el gesto contrariado de Sara. Ariel asintió con fuerza con la cabeza.

—No, no. Claro que te creo —se apresuró a afirmar Sara—, es solo que... Bueno... Ariel es joven y muy guapa, al igual que Ruth —les dedicó una cariñosa sonrisa a sus cuñadas—. Es lógico que quieran verse immortalizadas en un cuadro pero, con sinceridad, bastante tengo con tener que mirarme al espejo cada mañana, como para encima colgar una foto mía, a tamaño natural en mi cuarto. Soy demasiado vieja para estar retratada medio en bolas en un cuadro.

—No le hagas ni caso y házselas —exhortó Héctor a su cuñado. Sara bufó—. Yo

sí que quiero tener un cuadro tuyo, a ser posible semidesnuda. Será un buen recuerdo para llevarme cuando me dejes —apuntó abrazándola por la cintura.

—¡Héctor! —siseó Sara con los ojos abiertos como platos—. No se te ocurra...

—¿Cuándo te deje? —inquirió Ruth arqueando una de sus perfectas cejas negras. Si algo le había quedado claro tras pasar casi veinticuatro horas con ellos, era que Sara estaba incluso más enamorada de Héctor que él de ella. Y eso era mucho decir, porque su hermano estaba loquito por la morena.

—Sí, ¿no os lo había comentado? —preguntó Héctor a su familia. Estos negaron con la cabeza mientras que Elke, Alba y Zuper se echaban a reír al intuir lo que venía después. Sara clavó sus uñas en el brazo de Héctor, avisándole de que mantuviera la boca cerrada—. Sara va a dejarme en cuanto cumpla los treinta y no pueda cumplir seis veces cada noche tal y como hago ahora. Solo está conmigo porque soy joven, guapo y... potente.

—¡Héctor! —chilló Sara.

—¿Seis veces, cuñado? ¿No exageras un poco? —apuntó Marcos divertido.

—El que vale, vale.

—No le hagáis ni caso —se apresuró a decir Sara totalmente avergonzada a la vez que golpeaba a Héctor en un brazo—. Es una broma tonta que me gasta cada dos por tres —explicó.

—No es ninguna broma. Es una advertencia —afirmó Héctor abrazándola y mirándola con determinación—. Te harás esas fotos, porque eres la mujer más hermosa del mundo mundial y porque quiero colgar tus cuadros semidesnuda por toda la casa para que todos nuestros invitados se mueran de envidia por la suerte que tengo.

—Estás loco.

—Solo por ti. Anda, ve a ponerte el biquini plateado que te compraste el año pasado. Hazme feliz —solicitó besándola con pasión delante de toda su familia. Sara necesitó unos instantes para recuperarse del beso, y luego, sin pararse un segundo a pensarlo, no fuera a ser que se echase para atrás si lo hacía, entró en la casa a cambiarse.

—Y ahora, ¿te molestaría explicarnos a que ha venido eso de que va a dejarte? —preguntó Darío mirándole divertido—. No parece que le haya hecho mucha gracia, y no me extraña.

—Es una broma entre los dos, una advertencia, un recordatorio de que no pienso dejar que vuelva a pensar que su edad es un impedimento para nuestro amor —comentó Héctor restándole importancia.

—La verdad es que fue una idea estupenda que le dieras la vuelta a la tortilla de esa manera —afirmó Zuper—. Ni siquiera a mí, que soy mucho más inteligente que tú, se me hubiera ocurrido. En cuanto ella se queja de su edad, Héctor saca el tema y Sara se calla de golpe. Un plan maestro, sí, señor.

—Eso es, sonrío un poco. Perfecto. Ahora tumbate en la hamaca. Y, por favor, no

olvides taparte los pechos con la mano —se apresuró a decir Marcos al ver que a Sara volvía a olvidársele ese pequeño detalle que a él le podía costar la cabeza—. Sí, así. Me encanta el contraste de colores —afirmó sin dejar de pulsar el disparador de la cámara ahora que ella volvía a estar más o menos cubierta—. Chúpate un poco los labios... Sí. A Héctor le va a encantar esta foto.

—¡Y tanto que me gusta! —exclamó Héctor arrodillándose tras él.

—Ah, hola, Héctor. No sabía que estabas aquí —comentó Marcos tenso, sin girarse—. Sacude la cabeza, Sara, haz volar tu melena —le pidió a su modelo—. Ha sido ella quien se ha empeñado en quitarse el sujetador del biquini —susurró a su cuñado sin atreverse a mirarle—. Cuando le dije que borraría los tirantes con el Photoshop se empeñó en que era una tontería y se deshizo de él. Te juro que no ha sido idea mía.

—Ya lo sé, no te preocupes. Sara siempre hace topless en la playa. Estoy acostumbrado.

—Pues está mañana no lo ha hecho —susurró Marcos a su cuñado antes de cambiar el ángulo de enfoque y seguir fotografiando a la mujer que posaba para ambos—. Siéntate en el borde de la hamaca y juega con los pies mientras miras al horizonte. Sí. Así. Estás guapísima.

—No lo ha hecho por respeto a papá y a Luisa —explicó Héctor devorando a su bella mujer con la mirada.

—Pues podías haberlo avisado, por poco me da un ataque cuando la he visto quitarse el sujetador como si tal cosa. Lo primero que se me ha pasado por la cabeza es que me ibas a matar, y, sinceramente, con probar los puños de tu hermano tengo suficiente para toda la vida.

Héctor explotó en una estentórea carcajada de la que Sara se contagió con rapidez. Marcos aprovechó para seguir disparando fotos mientras su cuñado caminaba hacia la hamaca.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que le diga que pare? Cuando se sumerge en su trabajo, se olvida de todo —dijo colocándose tras ella y enredando los dedos en su melena.

—No te preocupes, me lo estoy pasando en grande —rechazó Sara—. Tu cuñado me está haciendo sentir como si fuera una modelo de verdad. Es encantador.

—Héctor, quítate la camiseta —le pidió Marcos en ese momento—. Vamos, tío, no te cortes.

Héctor miró a Sara, se encogió de hombros e hizo lo que le habían pedido.

—¡Lo sabía! Hacéis una pareja perfecta —exclamó Marcos inmerso en su mundo fotográfico—. Abrázala. Sí. Perfecto. Sonríe un poco. Túmbate en la hamaca y que ella se siente sobre tu regazo. ¡Estupendo, Sara! Me encanta la cara de sufrimiento placentero que pone Héctor —afirmó cuando ella comenzó a jugar con el vello que cubría el torso masculino—. Sara, recuéstate. Héctor, ponte detrás de ella, abrázala y acaríciala la tripa. Perfecto.

Héctor sonrió, y sin que su cuñado se lo pidiera, besó a Sara.

—¡Perfecto! No te separes, aguanta un poco más en esa posición —le solicitó Marcos entusiasmado.

—¡Héctor! Estate quieto, no estamos solos —se ruborizó ella.

—Marcos no cuenta, es un fotógrafo profesional, no se asusta por nada —afirmó él sin dejar de acariciar la pequeña barriguita de su mujer—. Y los demás están otra vez en la playa, tardarán en regresar. Es como si estuviéramos solos —afirmó mordisqueándole cariñoso el lóbulo de la oreja—. Me alegro muchísimo de que trajeras la hamaca —musitó besándola de nuevo—. Me trae muy gratos recuerdos.

Cuando Sara se había mudado por fin, Elke y Alba habían aprovechado para dejar el alquiler del chalé e irse a vivir con Zuper, y se habían repartido los muebles entre las dos parejas. La hamaca había sido lo primero que habían colocado en su nueva casa. Y en honor a su primera vez, también fue el primero de los muebles que habían trasladado del chalé que «estrenaron». De hecho, ahora que por fin había llegado el buen tiempo, la «estrenaban» cada semana al menos un par de veces, y ya tocaba. Deslizó la mano con la que acariciaba la barriguita de su mujer hacia sus pechos cada vez más llenos e hinchados. El embarazo le estaba sentando muy bien. Cada día estaba más hermosa.

Sara giró la cabeza, atrapó el labio inferior de Héctor entre sus dientes y tiró de él con delicadeza hasta que se avino a besarla. Ninguno de los dos fue consciente de que el clic que hacía el disparador de la cámara se detenía.

—Chicos, os dejo solos... —susurró Marcos mirándoles divertido.

Héctor se limitó a enseñarle una mano con el puño cerrado y el pulgar alzado. Sara ni siquiera fue consciente de ello.

Sábado, 24 de diciembre de 2011

—El cochinitillo tiene una pinta estupenda, Ruth, seguro que estará exquisito —comentó Sara cuando su cuñada metió la bandeja en el horno.

—Eso espero. Es una receta de Luka y a ella le sale buenísimo. Tu ensalada de granada, nueces y escarola también tiene una pinta tremenda —afirmó Ruth mirando con gula la ensaladera que Sara removía.

—Ruth, Sara, daos prisa, Luka y compañía ya están aquí —les pidió Marcos entrando en la cocina con Iris subida a caballito.

—Voy a ver cómo van mis chicos —musitó Sara.

Se quitó el delantal y se dirigió hacia la habitación que Ruth les había asignado a Héctor y a ella en su casa. Eran las primeras Navidades que iba a pasar con su familia política en Madrid. Y como eran tantos, Darío y Ruth habían decidido celebrarlas en la casa de Marcos. Y aun así se les había quedado pequeña. Alba, Elke y Zuper habían tenido que ocupar la antigua habitación de Héctor en la casa familiar. Y ahora

estaban todos allí reunidos, esperando la llegada de sus amigos de la infancia. Entró en su habitación y se detuvo silente para observar la preciosa escena que se mostraba ante sus ojos.

Héctor estaba sentado en la cama, con Toni, su hijo de apenas tres meses en brazos. Le daba el biberón mientras cantaba una nana entre dientes.

—Mira, ya está aquí mamá —susurró Héctor a su hijo sin levantar la mirada.

—¿Qué tal se lo ha tomado? —le preguntó Sara acercándose a ellos y tomando el biberón vacío que Héctor le tendía.

—Como un jabato. Tenemos que ir pensando en hacerle un poco más de bibi. Es un chico muy grandote —afirmó frotando la nariz contra la de su hijo—, y tiene que comer mucho mucho para llenar esta tripota enorme. —Hizo una pedorreta sobre el estómago del bebé.

Sara sonrió embelesada por su talante juguetón.

—Acaban de llegar tus amigos —le comentó—. Ve con ellos mientras yo duermo a Toni —musitó saboreando el nombre de su hijo. Se lo habían puesto en honor de su abuelo, Antonio, al que ella solo había llegado a conocer por las palabras de su abuela, Visitación.

—No te preocupes —replicó Héctor poco dispuesto a separarse de su hijo y su mujer—. Se van a quedar un buen rato, y a mí me gusta mucho ver cómo le duermes. —Le tendió con cuidado al bebé, y cuando ella lo abrazó contra su pecho, se tumbó en la cama expectante.

Nunca hubiera imaginado que podría sentirse tan feliz con solo contemplar a su mujer durmiendo a su hijo mientras le cantaba una nana. Pero así era. Era una imagen tan hermosa, tan emotiva, que a veces incluso tenía que limpiarse las lágrimas de felicidad que brotaban traicioneras de sus ojos. Sacudió la cabeza divertido. Sara había recuperado su carácter cuando dio a luz, pero ahora era él quien tenía las hormonas totalmente descontroladas y se emocionaba por todo. Claro que cómo no emocionarse cuando tenía todo lo que siempre había deseado a su lado. No podía pedirle nada más a la vida. Bueno sí, que Sara se casara con él. Pero estaba seguro de que antes o después la convencería. Al fin y al cabo era el siguiente paso lógico. Estaban viviendo juntos, en la casa que estaban pagando entre los dos. Sara se había negado en redondo a que Ruth pidiera un préstamo en nombre de Héctor, por lo que lo había pedido ella a pesar de sus protestas. Aunque lo cierto era que daba lo mismo. Como bien había dicho Sara en más de una ocasión, todo lo que tenían era de los dos, incluida la casa y sus corazones.

Cuando entraron en el salón poco después, los amigos de Ruth y Marcos se levantaron con rapidez para ser presentados. Sara se esforzó con ahínco en recordar cada nombre y cada cara, aunque no le costó mucho, los reconocía a casi todos por las fotos de los álbumes que Ricardo se había empeñado en enseñarle una y otra vez.

Luka y Alex con su pequeño Bagoas, que tenía la misma mirada pícaro y traviesa que su madre. Y según le había contado Héctor, Luka era de armas tomar.

Javi y Pili. No le extrañaba que a Javi le llamaran el Dandi, no había ni una sola arruga en su ropa. Era un hombretón enorme que miraba embelesado a su mujer mientras esta les entregaba un precioso babero bordado que había hecho con sus propias manos.

Jorge y Dani. Acababan de casarse y se les veía tan felices que Sara casi se sintió tentada a aceptar la propuesta de Héctor y casarse con él. Pero no. Estaban muy bien como estaban, ¿para qué iban a complicarse la vida?

Se sentaron en el sillón, en las sillas, algunos incluso en el suelo y la conversación voló de un extremo a otro del salón. Mientras Sara miraba las fotos junto a Ariel, Iris jugaba con sus abuelos y el pequeño Bagoas iba pasando de regazo en regazo.

—¿Por qué tienes esa mirada? —le preguntó Héctor al ver que fruncía el ceño.

—Estaba contando —murmuró Sara entornando los ojos.

—¿Contando?

—Me faltan dos.

—¿Dos qué?

—Dos de los amigos de tu hermana que siempre salen en las fotos. No ha venido la chica rubia, bajita, con la cara en forma de corazón y ojos enormes.

—Ah, Enar. —Héctor asintió con la cabeza—. Hace tiempo que no sabemos nada de ella. No creo que le vaya muy bien la vida, se ha metido en temas problemáticos. —Sara le miró enarcando una ceja—. Drogas... alcohol...

—Vaya, lo siento. ¿Y el pelirrojo? El que tiene una granja de aves rapaces —se apresuró a explicar al ver el gesto confundido de Héctor.

—Ah, Carlos. Está muy raro, normalmente Marcos, Ruth, Iris y Luisa pasan la Nochevieja con él en la sierra, pero este año ha puesto una excusa para que no fueran. Marcos está bastante preocupado por él. Carlos lleva sin bajar a Madrid desde hace un par de meses. Y tampoco deja que vaya nadie a verle.

Fin

Nota de la autora

Y llegamos casi al final de la serie Amigos del Barrio. Si sois perspicaces averiguaréis quiénes serán los protagonistas de +Uno (así es como llamo al último libro de la serie). Si no, volved a leerlos las últimas frases. (Sí, lo reconozco, en estos momentos tengo una malvada sonrisa en los labios).

Me siento extrañamente melancólica mientras escribo esto. No puedo dejar de pensar que las historias de mis chicos están llegando a su fin, y me da cierta pena saber que no van a volver a meterse en mi cabeza y contarme sus locuras. Aunque también es cierto que puedo volver a leer sus libros siempre que quiera, y eso me consuela.

Espero de todo corazón que hayáis disfrutado de las aventuras y desventuras de Héctor y Sara tanto como yo.

Y ya sabéis, si queréis charlar un ratito, reiros con mis locuras o simplemente ver lo que se me pasa por la cabeza, os estoy esperando en mi blog www.noeliaamarillo.com ¡Besos a tod@s!



NOELIA AMARILLO nació en Madrid el 31 de octubre de 1972. Creció en Alcorcón (Madrid) y cuando tuvo la oportunidad se mudó a su propia casa, en la que convive en democracia con su marido e hijas y unas cuantas mascotas. En la actualidad trabaja como secretaria en la empresa familiar, disfruta cada segundo del día de su familia y amigas y, aunque parezca mentira, encuentra tiempo libre para continuar haciendo lo que más le gusta: escribir novela romántica.

Notas

[1] Tómame ahora, cariño, tal como soy/Acércame a ti, intenta entender / El deseo es hambre, es el fuego que respiro / El amor es un banquete con el que nos alimentamos (*Because the night*, Patti Smith). <<

[2] Porque la noche pertenece a los amantes/porque la noche pertenece a la lujuria. <<

[3] Así que, tócame ahora, tócame ahora, tócame ahora. <<

[4] El amor es un ángel, disfrazado de lujuria. <<

[5] El deseo es hambre, es el fuego que respiro/El amor es un banquete con el que nos alimentamos. <<

[6] Ana Belén. *Lía*. <<

[7] Hey Ho Let's Go! (Hey ho, ¡vamos!). Frase con la que comienza la mítica canción *Blitzkrieg Bop* del grupo de punk rock The Ramones. <<

[8] *Rock & Roll High School*. The Ramones. <<

[9] *Thunderstruck*, AC-DC. <<

[10] Organismo Autónomo Parques Nacionales. <<

[11] Te vamos a hacer temblar. <<

[12] *Another one bites the dust*, Queen. (Que otro muerda el polvo).<<

[13] Nombre que se le da comúnmente al aeropuerto de Alicante, debido a que es en esa localidad donde está ubicado. <<

[14] *Y no me importa nada*, Luz Casal. <<

[15] Brilla, brilla, estrellita. ¡Cómo me pregunto lo que eres! <<

[16] La canción que Sara escucha está interpretada por The Weather Girls. Bromea con el nombre del grupo. <<

[17] It's raining men. The Weather Girls. (Están lloviendo hombres). <<